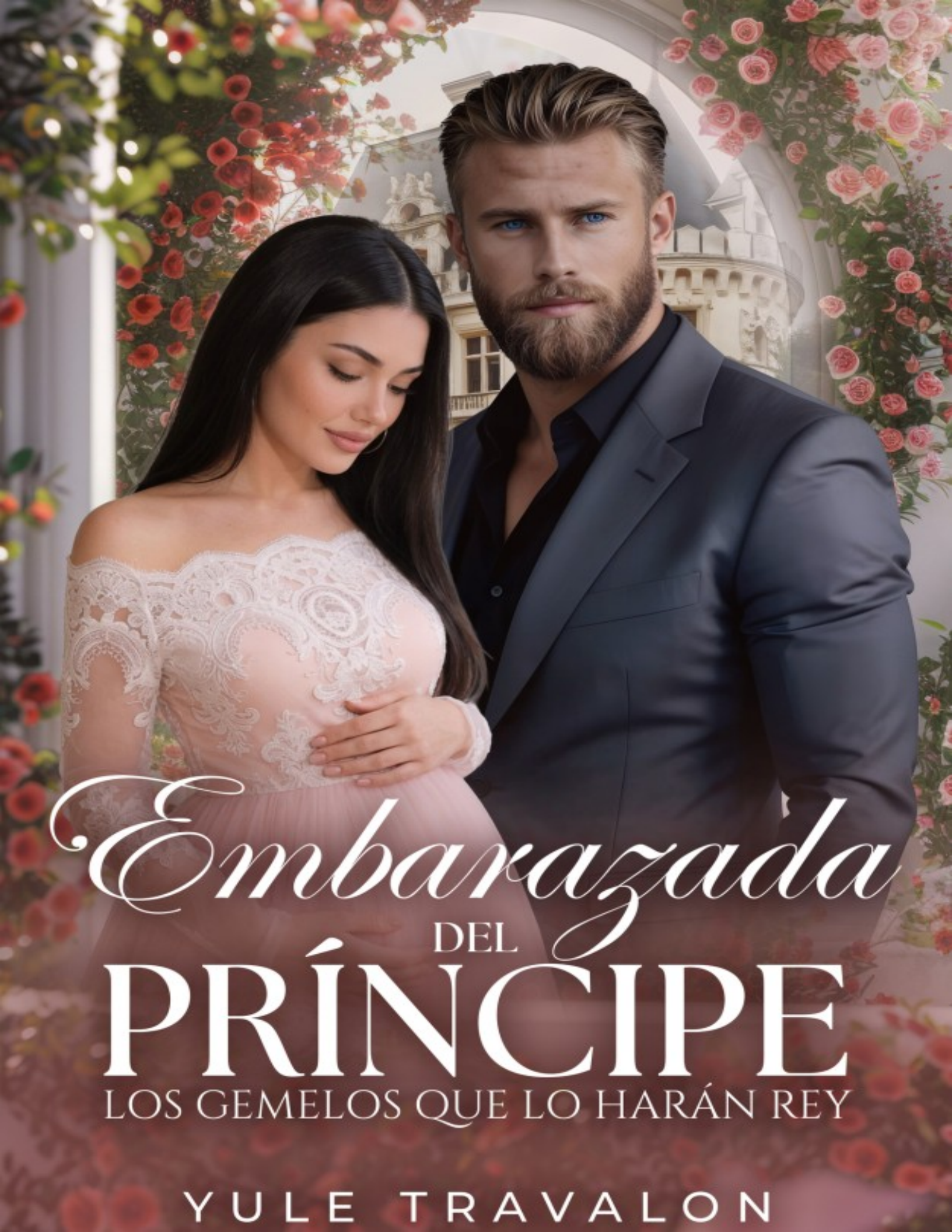


Embarazada del PRÍNCIPE

LOS GEMELOS QUE LO HARÁN REY

YULE TRAVALON

Embarazada del PRÍNCIPE

LOS GEMELOS QUE LO HARÁN REY

YULE TRAVALON

Copyright © YULE TRAVALON

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Se prohíbe el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

ÍNDICE

Índice
Advertencia
Nota do autor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
ATO II
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo
Escena poscréditos
También te puede gustar…

SINOPSIS

PRÍNCIPE REBELDE + PLEBEYA ELEGIDA ENTRE PRINCESAS + MATRIMONIO DE CONVENIENCIA + UN HEREDERO EN 365 DÍAS + PROTECCIÓN OBSESIVA (COMO LA TOQUES, TE MATO) + FAMILIA ENCONTRADA

Haakon III es un príncipe rebelde al que no le importan las normas ni las imposiciones de su reino. Sin embargo, su vida libertina y llena de escándalos pende de un hilo, ya que su padre, el rey, quiere obligarle a casarse con una princesa. Sin tiempo para compromisos ni para el amor, huye de sus responsabilidades y viaja por el mundo en busca de diversión y placer.

Cuando descubre que su padre ha muerto y que debe regresar de inmediato para ocupar el trono, Haakon presencia una escena que le saca de quicio. Su forma de actuar es pegar primero y dejar que la mujer huya después.

Al llegar a su país, descubre que, para heredar el trono, debe tener un hijo en 365 días.

Ravena Lessa siempre ha soñado con ser madre, pero está lejos de conseguirlo. Psicóloga y terapeuta sexual, su trabajo consiste en resolver los problemas de los demás, aunque resulta sorprendente que no logre poner orden en su propia vida. Desde niña ha luchado por todo lo que deseaba: la independencia económica, su libertad y Gustavo Borges, su primer amor.

Por desgracia, lo perdió todo cuando se mudó a la capital con su prometido. Gustavo fue mostrando poco a poco otra cara, empezó a controlar la vida de Ravena y se niega a cumplir su mayor sueño: ser madre. Huir deja de ser una opción para convertirse en una necesidad cuando su vida corre peligro en una relación abusiva.

Y un desconocido se cruza en su camino para salvarla y le cobra el favor más tarde.

Contra todo y contra todos, el príncipe elige a una mujer que no es una princesa para que lleve en su vientre a su heredero.

Ravena huye de una relación que la destruyó por dentro y recibe la propuesta de una vida de lujo, llena de aventuras, y un compromiso real para asegurar el trono de su protector.

Juntos lucharán por una segunda oportunidad, por la corona y por el amor.

No recomendada para menores de 18 años.

ADVERTENCIA

[!]

¡ATENCIÓN: este libro no es una novela de época! ¡Es una novela romántica contemporánea!

Este libro no es un romance dark.

Pero contiene detonantes emocionales sobre **relaciones abusivas, con escenas gráficas de violencia física, psicológica y sexual.** En estos casos concretos, he colocado una señal de alerta **[!]** para marcar el inicio de algunas escenas duras e indicar que las saltéis si no os sentís cómodos. La alerta termina con una señal **[!]**.

NOTA DO AUTOR

¡Hola, querido lector, querida lectora!

Es un honor que vuestros caminos se hayan cruzado con este libro.

Espero que disfrutéis de la compañía mutua y os sumerjáis en esta increíble aventura llena de tiros, hostias y explosiones. ¡Y de escenas subidas de tono!

Este es un libro único e independiente. Así que, para entenderlo, solo tenéis que... leer. Fácil, ¿verdad?

Sí, algunos personajes de mis libros anteriores aparecen aquí. Ethan Evans y Khaled Al Makariam son solo algunos de los que os encontraréis. Pero ¡tranquilos! Si no los conocéis, no os preocupéis, porque aquí se los vuelve a presentar desde el principio a través de la mirada de los protagonistas.

Bueno, ¿y qué decir de mis protagonistas?

Un príncipe rebelde que no quiere casarse y que, para asumir el trono, necesita un heredero. Y una brasileña que huye de una relación abusiva, cuyo mayor sueño es ser madre, pero que hasta ahora no ha podido cumplirlo porque su pareja cree que primero tiene que merecérselo.

El resto lo descubriréis por vuestra cuenta, ¿de acuerdo?

Por último, ¡divertíos!

¡Echaos unas buenas risas, planead una tortura maquiavélica para algunos personajes y luego contadme qué os ha parecido!

¡Feliz lectura!

Yule.

Extraído de las notas a pie de página:

El Septentrión es un reino ficticio, creado especialmente para este libro, pero no es un lugar «fantasioso» (con magia, poderes, etc.). Si queréis visualizarlo, se inspira en tres países de Escandinavia: Noruega, Suecia y Dinamarca.

El Septentrión tiene el inglés como lengua oficial, que se confunde fácilmente con el británico, solo que con más acento. Sin embargo, al poseer una cultura muy vasta, en este reino se hablan varias otras lenguas y dialectos locales. / Los miembros de la realeza aprenden a hablar muchos idiomas, y Haakon entiende y habla portugués bastante bien.

«Cuando quieres algo, todo el universo conspira para que realices tu deseo» **— Paulo Coelho.**

PRÓLOGO

Príncipe Haakon III

—¡Estoy harto de tus escándalos, Haakon! —me grita el rey—. ¡No permitiré que manches aún más la reputación de la Casa Iranovichk!

Su furia va cogiendo fuerza, como una olla a presión, ante mi silencio.

—¿No tienes nada que decir en tu defensa?

—Yo no he hecho nada malo. Solo me encontré con lady Pâmela y le dije: hola, casada. Y ella se levantó el vestido... —me defiendo—. Yo me bajé los pantalones... y el resto es el mundo animal en acción...

¿Qué le voy a hacer? Mi reputación me precede.

—¿Qué hago contigo?

—Acepta mi renuncia al trono y se acabaron los escándalos —propongo.

—Un día serás rey —ignora por completo mi petición, como lleva haciendo los últimos años—. ¡Así que empieza a comportarte como tal!

—Entonces prepárate para más titulares sobre la Casa Iranovichk, papá. —Esbozo una sonrisa de burla.

Me levanto de la silla de madera oscura con cojín rojo en el asiento y hago una reverencia lenta y prolongada, agitando la mano sin parar. En respuesta, lo oigo resoplar de rabia.

He salido a alguien. Soy más cabezota que el rey y no voy a cumplir su petición, ni aunque venga como orden real: no me casaré con la mujer que él ha elegido solo para tener un heredero ni me

someteré a las estúpidas reglas de este palacio para garantizar la sucesión al trono.

—¡No puedes huir de quien eres, de tu esencia! ¡Tienes que dejar de actuar por impulso y aceptar tu destino! —brama.

—¡No! Ya soy mayorcito, puedo forjar mi propio destino. —Rechino los dientes.

—¡La casa real jamás aceptará tu renuncia! —explota, y tira al suelo el cetro, el portátil y una pila de documentos de la mesa.

—¡Ninguno de vosotros tendrá que impedírmelo si desaparezco! —Doy un portazo y marcho por el pasillo, ciego de rabia.

Aún lo oigo, incluso desde lejos:

—¡Serás rey y le darás un heredero a esta Casa Real aunque sea lo último que haga, y después de muerto volveré para atormentarte, mocoso!

Y con la sonrisa de quien acepta el desafío, murmuro:

—Pues larga vida a vuestra majestad.

*

Seis meses después

La media tarde fría y nublada de São Paulo, con su fina llovizna, me recuerda a la estación actual en el Septentrión, país formado por un conjunto de cuatro islas por encima de Escandinavia, el lugar donde nací.

En esta época el sol ni siquiera asoma por el horizonte; el día y la noche son igual de oscuros y de largos. Luces de un verde profundo y de un lila vibrante despliegan el cielo en la aurora boreal, y todos buscan un poco de pecado y de placer para entrar en calor.

São Paulo no parece muy diferente.

De todos los lugares por los que he pasado desde mi huida, Brasil ha sido, de lejos, el más interesante y rico en experiencias. He vivido tantas culturas, climas y situaciones dentro de este país que me consume la sensación de haber viajado por el mundo entero sin salir de aquí.

Para mi sorpresa, he conocido a muchos inmigrantes que encontraron aquí un hogar, lo que me hizo decidir poner fin a mi búsqueda de un nuevo hogar y quedarme en la ciudad de la garoa.

Pero entonces me encontraron.

Empezó por la mañana.

Salí a mediodía para vender algunos diamantes y tener dinero en efectivo en las manos, ya que usar tarjetas estaba fuera de toda consideración. Mi país es uno de los mayores productores de diamantes del mundo, mi familia posee unas reservas envidiables y yo estoy viviendo como si no hubiera mañana con la parte de la riqueza que me corresponde.

Funcionó. Hasta ahora.

—¡Maldita sea! —refunfuño.

Meto las manos en la sudadera al ver en uno de los muros de la Avenida Paulista un cartel gigante con mi foto. Leo rápidamente el texto en varios idiomas: ¿ha visto a este hombre? Contacte con nosotros en el número...

—¿No es él? —Una mujer me apunta a la cara con el móvil, oigo un clic bajito y la veo alejarse deprisa, casi huyendo, como si yo fuera algún tipo de criminal.

Arranco el cartel de la pared y lo tiro a la papelera más cercana. Tampoco era bueno, la verdad: no favorecía mi perfil ni mostraba mis nuevos tatuajes.

Deberían actualizar esa foto.

—¡Deprisa! ¡Lo hemos encontrado! —Oigo dos voces que suenan en mi lengua materna y giro el cuello para comprobarlo.

Al ver el sello real del reino estampado en sus trajes, no me cabe duda: pertenecen a la policía secreta del palacio. De inmediato me vuelvo hacia el lado opuesto, pero las voces aumentan:

—¡¿Alteza?!

—¡Más rápido, que no escape! ¡Llama a todas las autoridades, di que lo hemos encontrado!

—¡¿Señor?!

Corro tan rápido como puedo hacia el metro más cercano; a medida que avanzo, la gente se va apartando de la acera, abriéndome paso. Doy gracias a Dios por llevar unos reales en el bolsillo para comprar el billete, salto varios tramos de escaleras para ganar tiempo y desaparezco en un vagón.

—Malditos, no me puedo creer que vaya a tener que irme de este país. Justo cuando estaba encontrando mi sitio... —digo jadeando, cuando por fin tengo tiempo para respirar.

*

Si esta es la última vez que voy a estar en São Paulo, pienso disfrutar de la noche como si el mundo se fuera a acabar. Es en lo único que pienso.

He vendido menos diamantes de los que quería, pero llevo una maleta llena de dinero. He planeado toda mi huida: puedo volver a Bahía, un lugar cálido y acogedor. Viviré navegando a vela y sin dormir, por culpa de las fiestas alternativas. Después me las apañaré para pedir asilo en Japón, o quién sabe si en Dubái...

A punto de llegar a una de las discotecas más caras que la ciudad que nunca duerme tiene para ofrecer, veo a los hombres de esta mañana. Aprieto el paso para entrar, pero me alcanzan, tan absortos como yo por este encuentro.

—¡Mierda! ¡No os rendís nunca! —refunfuño.

Al ver que el más grande abre la boca, lo interrumpo con la mano.

—¡Ni una palabra! No me importa, no quiero saberlo. Yo me desvinculé de mis deberes reales, aunque vuestro rey no lo aceptara. ¡Así que volved a la Vieja Escandinavia y dejadme en paz!

—Vuestra Alteza, el príncipe Haakon —se dirige a mí con muchísimo respeto y hace una reverencia.

Lo que llama bastante la atención en la cola abarrotada para entrar en la discoteca. La gente empieza a estirar el cuello y a preguntar en voz alta quién soy.

—No hagas eso, aquí no. —Lo levanto—. No voy a volver, y no podéis llevarme a la fuerza. —Me cruzo de brazos.

—¿No ha seguido las noticias, Alteza?

—No. No pierdo el tiempo con la tele ni con internet; hay tanto que vivir fuera de aquel palacio que lo último que quiero son noticias de mi patria.

—Tiene que volver, Alteza —dice el otro, e inclina la cabeza con sutileza para no llamar tanto la atención.

—¿Cómo habéis acabado aquí? ¿Tan obvio he sido? Primero me fui a Canadá, después estuve en Chile... Caray... ¡Pues sí que sois buenos!

—No queda tiempo, tenemos que tratar un asunto urgente.

—Mi única urgencia es emborracharme y perder el juicio esta noche. —Me río—. Lejos de los paparazzi y de los titulares del Septentrión. Buscadme mañana... o cuando vuelva a estar sobrio... quién sabe, quizá la semana que viene...

Me acerco al portero de la discoteca, listo para entrar.

—Tiene que regresar y asumir el trono.

—Qué pesados sois... nunca os rendís —refunfuño, y les doy la espalda.

—Su avión llega mañana al final de la tarde.

—¿Cuántas veces tengo que repetirlo? ¡No quiero ni necesito el puto trono!

—Hemos venido a buscarlo porque Su Majestad, el Rey, sufrió un mal repentino y estaba en el hospital...

Interrumpo al hombre antes de que me convenza con su teatrillo.

—Pues enviadle a Su Majestad mis más sinceros deseos de salud y de pronta recuperación.

—Alteza... el rey ha muerto.

CAPÍTULO 1

Ravena Lessa

—Vas a ser mía o no serás de nadie más.

A los 12 años, en una clase de historia, la profesora Sônia desafió a la clase a escribir una línea cronológica que contara toda nuestra trayectoria vital:

—El concepto de la microhistoria es que a nosotros nos suceden hechos mientras en el mundo ocurren grandes cosas. Así que haced una línea del tiempo contando todos los acontecimientos importantes que han marcado vuestras vidas en el pasado y lo que imagináis que puede pasar de aquí en adelante.

El ejercicio era creativo y me entusiasmó muchísimo.

En una cartulina de gramaje grueso, mi cronología empezaba así:

Nací el 19 de noviembre de 1999, muy cerquita del cambio de siglo.

A los 4 años, mis padres y yo nos mudamos de Guarulhos a Poços de Caldas, en Minas Gerais.

No cursé la etapa de alfabetización en el colegio; soy hija de una maestra, así que aprendí a leer y a escribir desde muy pronto y salté directamente a primero de primaria, por lo que siempre conviví con niños uno o dos años mayores que yo.

A los 9 años, en quinto curso, conocí a Gustavo Borges.

Y eso cambió por completo mis planes de futuro.

La línea de mi cuento de hadas que predecía el porvenir seguía así: a los 15 me graduaré en el instituto; a los 16 Gustavo y yo nos daremos nuestro primer beso y entraré en la facultad de Inglés. A los 17 quiero empezar a trabajar, para conocer Inglaterra a los 18

con mi novio (me guardé para mí que perdería la virginidad en esa ocasión). A los 19 nos casaremos; a los 20, ya graduada, nos mudaremos a la capital de Minas, y a los 25 quiero ser madre de un príncipe.

Expectativa: una niña soñadora y enamorada del chico más interesante del colegio, convencida de que viviría una vida de princesa Disney.

Realidad: tengo que huir del país. A un lugar muy, muy lejano.

—Vas a ser mía o no serás de nadie más —repite Gustavo, pegado a mi oído.

Presiona el cañón frío de su pistola contra mi nuca y me abraza por detrás; su cintura se mueve con muchísima violencia y yo permanezco quieta, con las lágrimas cayendo en silencio, tragándome el llanto y la desesperación para complacer sus deseos.

—Dime quién es tu dueño.

Ante la ausencia de mi respuesta, me aparta de la cara el pelo oscuro y voluminoso, me aprieta la pistola contra la mejilla y me levanta el rostro para mirarme fijamente.

—Di que soy tu dueño —gruñe, más agresivo.

—Lo eres... —digo, no sin soltar un gritito de desesperación.

—Di que me quieres.

—Yo... yo te quiero...

—¡Di que nunca vas a dejarme!

Mi silencio, que dura medio segundo, y mis ojos dilatados hacen que me cruce la cara con fuerza. Gustavo apunta con la pistola al techo y dispara, solo para demostrarme que está cargada y que él está dispuesto a acabar con toda esta mierda.

—¡Di que nunca vas a dejarme! —ordena, y siento la delgada línea entre la vida y la muerte en el calor del cañón contra mi frente.

—Nunca... NUNCA voy a dejarte, Gustavo. —Me trago el llanto. Igual que hice con mi orgullo y mis sueños de futuro.

La verdad es que sí voy a dejarlo.

Y va a ser esta noche.

A estas alturas de la película, con 24 años, imaginaba que estaría viviendo el famoso «felices para siempre» de mis fantasías preadolescentes con el chico al que amaba.

En realidad, sé muy bien que estoy al principio de la historia, en esa parte en la que las hermanastras de Cenicienta la ponen a recoger guisantes del suelo o el padre de Bella acaba preso en una torre por haber robado una rosa de la Bestia... aunque quizá, viendo los últimos meses, creo que mi situación encaja más dentro de una película de terror.

—Tú no existes sin mí. —Gustavo empuja mi cuerpo lejos de él y se limpia con la sábana, que después me tira a la cara—. Recuérdalo.

Y sale dando un portazo.

Yo no sabía que, de niña, al desear a aquel guapo chico de ojos azules, hice de profetisa de mi propia historia.

Y de verduga también.

Todo lo que escribí en aquella cartulina de una clase de historia a los 12 años se cumplió, de hecho. Mi primer beso (y la pérdida de mi virginidad) fue con Gustavo. Y no solo fuimos novios: nos vinimos a vivir juntos a Belo Horizonte, la capital de Minas Gerais, lejos de nuestras familias.

Lo único que difiere de mi plan original es que me licencié en Psicología, no en Inglés (aunque llegué a hablarlo con fluidez). Y mi príncipe azul, en realidad, era un sapo... de esos bien venenosos.

Empecé a trabajar a los 17, como becaria en una clínica privada, en un edificio de oficinas en pleno centro de la ciudad. Gustavo aprobó las oposiciones a la Policía Federal, nos mudamos a un piso más grande y yo ya veía cómo se hacían realidad mis planes de ser madre a los 25.

—No, ella todavía no merece ser madre. Le queda mucho por aprender —decía él en tono de broma delante de mis amigos.

Y a mí solía decirme:

—Claro que vas a darme un hijo. Cuando te lo merezcas.

Todo en nuestra relación giraba en torno a eso. «Merecer».

Vale que siempre era en tono de broma para suavizar el peso de las palabras, pero Gustavo se fue transformando en otra persona, poco a poco.

Siempre fue celoso, nada tan exagerado, hasta el día en que donó mi ropa porque le parecía demasiado corta o demasiado escotada. No tardé mucho en pillarlo usando mi móvil a escondidas... y en una de esas discusiones me convenció para borrar todas mis redes sociales.

Pasó el tiempo... y un día me entró la curiosidad de leer novelas románticas como Cincuenta sombras de Grey; Amazon era un filón y yo disfruté de lo lindo aprendiendo cosas nuevas y sintiéndome cada vez más interesada en temas como la dominación y la sumisión.

Así fue como me di cuenta de que el campo de la psicología en el que quería trabajar estaba ligado al sexo, y me hice sexóloga y terapeuta de parejas. Mira tú qué ironía: empecé a salvar los matrimonios de los demás.

Como si todo aquello no fuera ya lo bastante raro, mi novio iba a recogerme al trabajo, no me permitía volver sola a casa... mi fama creció, gente de la alta sociedad empezó a acudir a la clínica que monté en el mismo edificio donde había sido becaria... y entonces, de la noche a la mañana, Gustavo decidió que sería bueno que trabajara desde casa.

Según él, yo podía atender perfectamente a mis pacientes por webcam. Porque no quedaba bien que me quedara a solas con otro hombre en una sala con la puerta cerrada con llave durante 45 minutos... y menos aún siendo el sexo mi especialidad.

Cuando quise darme cuenta, estaba alejada de mis amigos del trabajo... de mi propia clínica... ya no tenía contacto con los amigos de la facultad...

Y entonces lo entendí. Mejor dicho, lo descubrí.

En la séptima sesión de terapia con una paciente llamada Luana Gusmão, ella me contó con quién tenía sus problemas conyugales: Gustavo Borges, un chico que vino del interior de Minas, aprobó las oposiciones a la policía, se conocieron en la universidad... y tuvieron una hija.

¡No es que tuviera otra vida! ¡Tenía otra familia! ¡Y una hija!

Era el matrimonio perfecto. El padre de ella, un político famoso de aquí, de BH, adoraba a su yerno. Pero Gustavo a veces desaparecía... no cogía las llamadas... ya no parecía desearla como antes...

—¿Cree que puede ayudarme, doctora?

Ravena. Ese era el nombre de su hijita. Mi maldito nombre.

El tipo de broma tan idiota y tan cretina que me dejó sin capacidad de reacción cuando la descubrí.

Me sentí tan humillada, tan menospreciada y engañada que hice las maletas y decidí marcharme a casa de mis padres, al interior.

—El día que me dejes, te mato —fue lo que dijo él.

Me obligó a llamar a mis padres y a cancelar aquel viaje repentino; me obligó a decirles —con la pistola en la cabeza— que tanto trabajo había acabado con mi salud mental y que necesitaba desconectar de todo y de todos para recuperarme.

Han pasado ocho meses desde entonces. Doscientos cuarenta días en los que he tenido tiempo para muchas cosas: planear un homicidio, quitarme la vida o huir.

Voy a huir.

Como diría Freud, o Arnold Schwarzenegger: «hasta la vista, baby».

Ya he salido de la fase de negación, he dejado de creerme sus mentiras de que abandonaría a su mujer y se quedaría conmigo, he aceptado que yo podía salvar cualquier matrimonio, menos el mío...

El detonante, el relámpago que iluminó mi cielo y lo cambió todo, llegó cuando él empezó a ponerse agresivo y a pegarme; hemos llegado al colmo de que me apunte a la cabeza con una pistola para que sirva a sus deseos.

Yo ya no podía más.

Casi me convierto en actriz de tanto fingir que estaba bien, que podía olvidarlo todo, que aún lo amaba, como la chica ilusa de 12 años.

Ya no siento nada. Solo quiero salir de aquí.

Uno de estos días, mientras limpiaba la casa para ir recogiendo minuciosamente lo necesario para huir, encontré dos cosas: una fue la cartulina gruesa escrita con rotulador que contaba mi cronología, hecha a los 12 años. Allí constaba, con estas palabras: a los 25 seré madre de un príncipe.

Lloré desesperadamente, culpando a la niña tonta que fui.

¿Cómo no vi las señales? ¿Cómo pude dejar que mi vida tomara este rumbo? ¿En qué me equivoqué para que Gustavo se casara y le diera un hijo a otra mujer?

Ahora, más que nunca, sabía que jamás cumpliría el sueño de ser madre a los 25, y quién sabe si a alguna edad.

Entre trastos, dentro de un cajón, encontré una tarjeta de visita con el nombre, la dirección y el teléfono de Leon, mi primo.

Leon vivió en el interior de Bahía y, cuando salió del armario, fue un gran escándalo, más aún en una familia tan religiosa y tan unida como la nuestra. Se marchó a São Paulo y de allí se fue a París.

—Nena, ¡sal de esa situación, por el amor de Dios! —me dice desesperado, al teléfono.

—Lo estoy intentando. Te juro que lo estoy intentando, Leon.

—¿No hay un vecino? ¿Un amigo? ¿Alguien que pueda ayudarte a huir de ahí?

—No, no hay nadie... —me lamento.

—Tenemos que idear un plan. Puedes quedarte aquí, en mi casa, mientras te recuperas mental y económicamente...

—Leon, no quiero molestarte, ¡y menos ahora que tu vida va viento en popa en París!

—Prima, tengo dos cosas que contarte —respira hondo—: Ya no estoy en París. Y no va a ser ninguna molestia. Fuiste una de las pocas personas de la familia que no me dio la espalda ni me trató diferente cuando salí del armario; te tengo muchísimo cariño... Hagamos una cosa: si te mando el billete, ¿vienes?

Parecía un ángel caído del cielo que acudía en mi salvación.

O un hada madrina. Cubierta de purpurina. Y bailando axé. Con Ivete Sangalo, probablemente.

Lloré muchísimo al teléfono, porque vi allí una luz en el fondo del pozo en el que estaba. Y ni siquiera le pedí nada; solo quería desahogarme y llorar, porque dolía demasiado pasar por todo aquello y guardarme lo que estaba ocurriendo.

—¿Dónde vives ahora?

—En Koioskovo.

—¿Qué sitio es ese? ¿Está en Rusia? —Se me pone la piel de gallina.

—No, boba. Es la capital de un reino muy al norte de Suiza, llamado el Septentrión.

—Vaya... no lo había oído en mi vida, Leon.

—Prima, si no vienes, por favor, ¡prométeme que vas a salir de ahí y que no vas a convertirte en una estadística más de feminicidio!

—Claro que voy a salir de aquí.

—No merece la pena vivir con ese hombre, Nena, da igual que sea tu primer amor. Si me quieres y te quieres, ¡lárgate de ahí,

chica!

—¿Puedo pensarme tu propuesta, Leo?

—Claro que sí. Pero, por favor, piénsatelo rápido; no quiero que ocurra lo peor...

—Pero ¿cómo voy a pagarte? —Me pongo nerviosa.

Busco en internet el precio del billete solo de ida a Koioskovo y casi me caigo redonda al suelo.

—Puedes trabajar en mi pastelería, ¿qué te parece? ¿No me habías dicho que encontraste mi tarjeta ahí entre tus cosas y que te habías graduado en gastronomía? Tú vente, Nena, ¡vamos a hacer que la Confitería Lessa sea todo un éxito aquí!

Sí. Le mentí a Leon.

Estaba desesperada, necesitaba que alguien me escuchara y no quería reaparecer de la nada después de años sin hablar con él solo para pedirle un favor.

Le dije que me había graduado en gastronomía, que había montado una cocina de autor mineira aquí, en BH, y le pedí unas recetas para iniciar la conversación. Pero avanzamos muy rápido y me desahogué del todo antes de tiempo.

Tenía tantas cosas atragantadas, tanta frustración, tantas noches sin dormir... que me derramé como un río.

Y el mayor spoiler llega ahora: no sé hacer un brigadeiro sin que se me queme, ¡imagínate decorar una tarta!

—Vente, Nena, por favor... si no puedes quedarte con tus padres ni tienes otro sitio adonde ir...

—No... no... ellos adoran a Gustavo y van a la iglesia donde los padres de él son pastores...

—Entonces, prima, sal de ahí. Puedo pagarte un billete a cualquier parte del mundo, pero aquí puedo cuidar de ti. Piensa que no tendrás que pagar facturas, tendrás un techo, comida calentita, la ropa lavada...

—Está bien. —Me doy por vencida.

No quería darle la lata, pero la propuesta es tentadora y necesito salir de este infierno.

—¿Me lo prometes? ¿Puedo comprar el billete ahora?

—Sí... pero espera, necesitamos una fecha y yo tengo que planear la huida.

*

Mi increíble plan de fuga fue el siguiente: lo dejé todo atrás.

La nevera, la cocina, el televisor gigantesco del salón... el piso del que pagué más de la mitad y el coche que Gustavo ya no me dejaba conducir.

Mi clínica, los libros raros y las enciclopedias, mi despacho y el cuadro —ahora vacío— que lucía mi diploma en la pared.

Todo se quedó atrás.

De madrugada, un jueves en que Gustavo salió a trabajar —o se fue con su esposa—, metí ropa (di preferencia a la de abrigo), el diploma y el portátil en una maleta grande; en la de mano puse ropa interior, productos de higiene y un abrigo mullido.

Usé la aplicación de Uber con la cuenta de Leon, salí hacia el aeropuerto y viajé a Guarulhos, donde iba a coger el vuelo internacional, primero al Reino Unido y después al Septentrión.

Para mi total sorpresa, el viaje fue un éxito... hasta Guarulhos.

Todavía tenía que esperar una hora hasta volver a embarcar, así que me senté en un banco apartado de toda la gente para comerme el bocadillo que había traído de casa; solo había otros tres hombres sentados a una distancia considerable.

—Tranquila y no grites. —Oigo la voz de Gustavo en mi oído.

En ese momento sentí que la comida se me atragantaba; tosí fuerte y casi eché el bocadillo fuera. El día era frío, pero no fue eso

lo que me hizo temblar: fue su presencia.

—¿Creías que no me daría cuenta? —Gustavo se relame y mira alrededor.

—Gustavo, déjame ir...

—Ya te lo dije, Ravena. —Me agarra el brazo con tanta fuerza que siento que la sangre deja de circular—. O eres mía o no serás de nadie más.

—Gustavo, delante de la gente no —gimoteo.

—Voy armado —susurra—. Levántate. Y volvamos a casa.

—No quiero ir... —Hago un puchero.

—¿Adónde ibas, eh, zorra? ¿Ibas corriendo a abrirte de piernas para otro, verdad? —Me agarra la barbilla con agresividad, pero su semblante permanece impasible.

—Gustavo, déjame ser feliz, por favor —me desespero y rompo a llorar.

Él me abraza contra su cuerpo para amortiguar el ruido y montar la escena de cara a los transeúntes.

—Tú solo vas a ser feliz conmigo. —Me aparta las lágrimas—. Te perdono, ¿vale? —Sella nuestros labios sin prisa, y siento el sabor salado invadir mi boca—. Vamos a volver a casa, les diremos a todos que sufriste un colapso nervioso y todo irá bien.

—¿Vas a cambiar? —pregunto; las manos, temblorosas, apenas consiguen quedarse quietas en mi regazo.

—Voy a cambiar, mi amor. Por ti. Te quiero. —Me levanta consigo y me hace sentir su pistola bajo el uniforme—. Ahora vamos, de vuelta a nuestro nidito de amor.

La gente de alrededor sigue distraída, pendiente de los paneles que anuncian los próximos vuelos; el mío, de hecho, sale en 45 minutos y ya ha empezado la llamada de embarque.

—Ven, mi amor. Confía en mí. Te quiero —susurra, y sus ojos azules brillan.

Gustavo me cierra la mano en torno a la muñeca con muchísima fuerza y arrastra mi maleta con la otra. No sé qué parecerá a ojos de la gente: un hombre de uniforme con pinta de buen policía llevándose a rastras a una criminal o un esposo protector intentando llevar a su mujer a casa.

—No quiero ir —digo bajito, tan atemorizada solo de pensar en revivir los últimos seis meses de mi vida que apenas consigo llorar.

—Sí que quieres, sabes que quieres venir conmigo. Tu vida entera está conmigo, mi amor. ¿Estás así porque no hemos tenido un hijo? Vuelve conmigo. Eso demostrará que lo mereces. Aún estamos a tiempo, vamos a arreglarlo...

—Por favor, Gustavo, suéltame...

—Lo hago por tu propio bien.

—¡Si no me sueltas, voy a gritar!

—¿Ah, sí? —Por fin deja de hacerse el bueno y se vuelve hacia mí, mostrando su verdadera cara—. Grita. Grita, puta histérica, monta tu numerito, venga. Solo les confirmarás a todos que has perdido el juicio. Y que yo estoy intentando ayudarte.

—Gustavo... —gimoteo, intentando soltarme.

Nadie a nuestro alrededor parece prestar atención a la situación, aun viendo que me llevan a rastras contra mi voluntad. Igual que ningún vecino llamó nunca a la policía, igual que la gente se apartaba discretamente en el garaje cuando veía a Gustavo explotar conmigo.

—¡Ven, joder!

—¡Ha dicho que la sueltes! —Se me eriza toda la piel al oír una voz muy fuerte y cargada de acento a mi espalda.

Acto seguido, todo lo que veo es una bota militar yendo directa al pecho de Gustavo, derribándolo al suelo. Con la misma fuerza con la que él cae y tira de mí hacia abajo, el desconocido tira de mí también y me pone en pie, me estrecha entre sus brazos y me aleja de Gustavo.

Recoge mi maleta del suelo, me la pone en los brazos y me empuja con delicadeza por los hombros.

—¡Huye! —gruñe bien alto.

—Pero yo... —No sé ni qué decir; me debato entre ver a Gustavo levantándose y al hombre echándome de allí. No tengo ni tiempo de darle las gracias.

—Vete de aquí —insiste.

Y echo a correr, sin mirar atrás.

CAPÍTULO 2

Ravena Lessa

Intenté ocultar mi nerviosismo mientras pasaba por inmigración y me dirigí lo más rápido que pude a coger el avión. La cola de primera clase ya estaba vacía y en la ejecutiva aún quedaban dos personas; me puse justo detrás de la última y saqué el pasaporte y el billete para embarcar.

La sensación de que en cualquier momento Gustavo entraría en el avión y me sacaría de allí a la fuerza me tenía asfixiada.

Recorrí el pasillo con las piernas temblorosas, guardé la maleta de mano en el compartimento superior y me encogí en el asiento de la última fila de la ejecutiva, como si con ese simple gesto pudiera volverme invisible.

Tardaron unos siete minutos en entrar todos los pasajeros mientras las azafatas, amabilísimas, los ayudaban a guardar sus maletas. Pero el suspiro de alivio no llegó hasta que oí:

—Señoras y señores, bienvenidos al vuelo número 1736, con salida del Aeropuerto Internacional de Guarulhos y destino al Aeropuerto de Londres-Heathrow. Nuestro tiempo de vuelo será de aproximadamente 11 horas y 30 minutos...

Solté el bolso que tenía en el regazo y empecé a examinar frenéticamente mi espacio, de tamaño mediano: otro asiento justo a mi lado —vacío—, entradas USB disponibles, un compartimento con periódicos y revistas y, por supuesto, un pequeño televisor en el respaldo del asiento de delante, además de un espacio generoso para estirar las piernas... aunque, como soy bajita, me conformo con quedarme encogida.

Ya me estaba preparando para el inicio del viaje, algo que siempre me pone ansiosa, cuando el avión se detuvo y empezó a

retroceder hacia la pista de pasajeros.

—Disculpe —llamo a la azafata—. ¿Por qué se ha parado el avión?

—Todo está en orden —intenta tranquilizarme—. Solo tenemos que subir a un pasajero de última hora y reiniciar los procedimientos. Permanezca en su sitio.

Las manos empiezan a sudarme y me remuevo inquieta en el asiento.

¿Será que al final lo ha conseguido? ¿Esa va a ser mi sentencia? ¿Volver a Belo Horizonte y seguir cautiva de Gustavo? No puedo aceptarlo.

Tardé mucho en despertar de la pesadilla y decidir salir de ella. Lo planeé todo minuciosamente y reuní el valor para irme a un lugar desconocido, un país nórdico del que no había oído hablar hasta hace unos meses.

—Por favor, Dios, nunca te he pedido nada: ¡deja que tu hija huya de este infierno! —rezo bajito.

De repente, el avión parece hacerse pequeño cuando entran dos hombres vestidos de negro.

La he cagado. Es la policía federal, ¡estoy perdida!

Me debato entre espiar el largo pasillo por encima de los asientos y las cabezas de los pasajeros o ponerme a rezar.

Los dos hombres de uniforme llevan insignias militares en el pecho y caminan con ese aire robótico y altivo de la gente del ejército. La azafata viene solícita justo detrás de ellos, intentando calmar a los pasajeros con las manos.

Cuando los tres se detienen delante de mí, me debato entre calcular un nuevo plan de fuga o sonreír con decencia para que no sospechen que estoy a punto de romper la ventanilla y saltar fuera. En cualquier caso, evito el contacto visual.

Como diría Freud en sus famosas sesiones de terapia: esto va a acabar como el rosario de la aurora.

—Disculpe, señorita. —La voz simpática y cordial de la azafata no me tranquiliza.

—¿S-sí? —tartamudeo.

Solo puedo pensar en una cosa: ¡de aquí no salgo, de aquí no me saca nadie! ¡Ni la policía federal ni el ejército!

—¿Puedo ver su billete?

Lo saco del bolsillo, no sin antes palparme el pantalón entero y agitar el papel en el aire con un temblor frenético.

—La señorita está en el asiento correcto —señala.

Hasta ahora, ninguna señal de que vayan a detenerme.

—¿Consideraría ceder su sitio a uno de estos dos caballeros y coger el próximo vuelo?

—¿Qué? ¿Coger el próximo vuelo? No. ¡De ninguna manera!

—Además, se alojaría en un hotel costeado por nuestra compañía y recibiría una cantidad de dinero para cubrir cualquier gasto que tenga. —Mira de reojo a los hombres de mala cara que tiene detrás.

—No, cielo. Ayúdame a ayudarte —digo nerviosa—. Necesito salir de este aeropuerto lo antes posible, y no para quedarme en un hotel. Necesito estar en este vuelo.

De repente me callo y me preparo para encogerme en el asiento.

Un nuevo pasajero aparece por el pasillo, tirando de su maleta de mano.

¡Es él! ¡Lo reconozco de inmediato!

El hombre que le dio la patada a Gustavo y me sostuvo en sus brazos para que no cayera al suelo. Contengo la respiración mientras lo examino: va vestido de manera más informal que sus guardaespaldas, lleva una llamativa chaqueta de cuero negra, botas militares altas, gafas de sol Ray-Ban y una gorra que oculta su identidad.

También noto que mi héroe desconocido tiene un hematoma justo debajo del ojo izquierdo; distingo el enrojecimiento, casi morado, bajo sus gafas.

Su piel clarísima hace que el hematoma parezca grave, y me mordisqueo el labio inferior como si pudiera pedirle perdón por lo ocurrido, porque imagino que eso fue cosa de Gustavo.

Sin apartar los ojos de mí, le tiende su billete a la azafata, que lo comprueba:

—Sí, ese es su asiento, el del pasillo —asiente ella—. Señorita... piénselo bien. ¿Consideraría entonces vender su sitio por... 10 000 reales? —Mira a los hombres que entraron antes, casi buscando su aprobación.

No voy a mentir.

Suena extremadamente tentador: pagaría el precio entero del billete y aún me sobraría dinero para empezar mi vida en Europa con unos ahorrillos. Pero antes de que ceda a la oferta y hable de mi ex psicópata que me espera ahí fuera, me doy cuenta de que el hombre alto y fuerte de la gorra, justo delante de mí, está moviendo sutilmente los labios y negando con la cabeza.

Creo que quiere que me quede en mi sitio.

—Lamentablemente, no puedo.

—Dejad de molestarla. —Su voz grave me hace estremecer—. La bella joven solo quiere viajar, ¿no veis que la estáis poniendo tensa? —suspira.

—Pero Al... —oigo decir a uno de ellos en inglés.

—¡Basta! —gruñe el hombre, zanjando la conversación—. Ha dicho que se queda.

La mujer aprieta los labios al mirar a los extranjeros y se encoge de hombros.

—Señores, estamos completos; puedo ver si otros pasajeros ceden sus asientos —dice, solícita, y se aleja por el pasillo.

Siento un alivio sobrenatural cuando todos se marchan, menos el que tiene pinta de estrella del rock. Se quita las gafas de sol y veo con nitidez la herida justo debajo de su ojo color miel.

Viéndolo tan de cerca, pienso que no debe de haber tomado el sol en su vida, igual que tampoco debe de haber tenido nunca granos. ¿Será una versión vikinga de Edward Cullen?

Me agarro al asiento, incapaz de despegarme de su mirada penetrante. Y me agarro aún más fuerte cuando levanta la maleta para encajarla en el compartimento: la camisa blanca que lleva bajo la chaqueta se le sube, mostrándome la línea en V de su abdomen, además del contorno de su cuerpo y un tatuaje que parece continuar por la espalda, los muslos y hasta dentro de los calzoncillos rojos.

El hombre se quita la gorra, revela su pelo castaño, casi dorado, perfectamente despeinado, y se queda sonriendo a la nada; estira bien las largas piernas bajo el asiento de delante y se instala del todo.

No sé qué decir. Creo que debería empezar por un gracias.

Sin su intervención, cuando nadie parecía preocuparse, creo que ahora estaría en otro avión, de vuelta a Minas.

—No tienes ni idea de que acabas de salvarme la vida. ¡Muchas, muchísimas gracias! ¡Te debo la vida!

Me pongo hasta temblorosa y me emociono al hacer esa declaración. Solo yo sé el dolor que he cargado en el pecho y en el alma durante los últimos años, y apenas puedo creer que haya escapado de todo.

Una lágrima involuntaria me resbala por la cara y empiezo a sorber por la nariz. Me siento boba, idiota: voy a llorar delante de un desconocido.

—Toma. —Se saca un pañuelo blanco del interior de la chaqueta.

Me lo acerco a la cara y su perfume me noquea de tal manera que las mariposas que llevaban toda la vida dormidas dentro de mí empiezan a despertar de la nada. El tacto suave del pañuelo es una novedad para mi piel: nunca he sentido nada tan agradable ni con tan buen olor en toda mi vida.

—Gracias. —Intento tragarme mis sentimientos y empiezo a hablar en inglés, para practicar y ver cómo me defiendo.

—No llores. Lo peor ya ha pasado. —Aprieta sus labios en forma de corazón, de un tono cereza madura.

—¿Tú también estás huyendo? —pregunto bajito, e intento espiar si los guardias, escoltas, gente del ejército o lo que sean... se han ido.

—Siempre. —Se encoge de hombros.

La risa que suelto parece un estornudo.

—Estás mucho más guapa así. No llores.

—Gracias. —Le devuelvo el pañuelo.

—Quédatelo. Lo necesitas más que yo —dice de buen humor; sus ojos parecen recorrer el contorno de mi cara, observan mis pequeños gestos, y me siento un poco rara y robótica.

—Ravena. —Le tiendo la mano.

El ilustre desconocido me mira, admirado. Se queda unos segundos inmóvil, como si no supiera exactamente qué hacer o qué decir.

—Iovius. —Su mano toma la mía por debajo, besa el dorso de mi palma y siento un escalofrío al notar sus labios en mi piel.

Todo hay que decirlo: nombre y costumbre extraños. ¿Quién besa la mano de los demás hoy en día, en pleno siglo XXI?

—¿Iovius? —pregunto, asombrada.

—¿Ravena? —me devuelve, con el mismo tono de extrañeza.

Me echo a reír, no tengo ni idea de por qué. Y en mitad de la risa suelto un ronquido ridículo que me obliga a hundir el pañuelo en

plena cara para contener la carcajada boba.

—¿De qué huyes, «Iovius»?

—De la responsabilidad.

Ah, el típico hombre que llevo atendiendo toda mi vida. Sus matrimonios nunca funcionan, se quedan en el mismo trabajo para siempre, no consiguen prosperar porque no se comprometen, no se responsabilizan...

Antes de que termine mi análisis mental —y algo no encaja, porque todo en Iovius parece exhalar responsabilidad—, me devuelve la pregunta:

—¿Y tú? ¿De qué huyes?

Bajo la cara y doblo el pañuelo, como si fuera un origami. Suelto un suspiro lento y bajo; los ojos vuelven a escocerme.

—Creo que ya te has dado cuenta. De hecho, has sido el único en ocho meses que se dio cuenta e hizo algo... gracias.

—No me des las gracias por hacer lo correcto —dice en tono formal.

—Es que... esa era mi última oportunidad. Si no embarcaba... ¿qué habría sido de mí? —Vuelvo a sorber por la nariz y aprieto la tela suave contra mi cara, contengo el grito que me sube por la garganta y lloro en silencio; empiezo a temblar.

Al menor amago que hace Iovius de levantar la mano hacia mí, me protejo la cara, como si esperara que el golpe llegara de una vez.

Cuando espío por una rendija entre los dedos, compruebo que solo ha descorrido la pequeña cortina de la ventanilla ovalada que hay a mi lado y está echando un vistazo fuera; sus ojos brillan como dos esmeraldas en contacto con la luz.

—¿Te gusta el sol?

Esa pregunta me intriga y me saca del rincón sombrío de mi mente en el que estoy metida.

Siento el calor que irradia por la ventanilla calentándome la cara.

—Me gusta. Vengo de Minas... en esta época solemos decir que allí hay un sol para cada uno.

Su risa es agradable de oír; la manera en que su boca en forma de corazón se expande y muestra sus dientes blancos y alineados me deja medio perdida en mis propios pensamientos.

—Me gusta el sol —dice él.

—Disculpen —regresa la azafata—, lamentablemente nadie ha cedido su sitio a sus acompañantes, así que han tenido que desembarcar. Tampoco hemos conseguido un asiento en primera clase para usted... Y como no ha querido ir en la cabina con el piloto y el copiloto, me temo que este es su sitio.

—Me parece perfecto. —Me mira fijamente, como si esperara algún comentario por mi parte.

—A mí también. —Aprieto el pañuelo entre los dedos, hundiéndolo en el regazo.

La voz de Iovius es muy grave y está cargada de un acento que no es exactamente el inglés británico; recuerda al sueco o al danés.

—Si necesitan algo más, no duden en llamarme... —La azafata se despide con un gesto y se va.

Cuando el avión empieza a moverse y repiten una vez más los avisos de seguridad, doy gracias a Dios.

Agradezco el milagro que se ha obrado hoy y me muero de ganas de llegar al Reino Unido, hacer la escala de tres horas y después reunirme con mi primo en el Septentrión.

—Madre mía del amor hermoso en bicicleta sin ruedines y sin frenos. —Meto la mano en el bolso, desesperada.

¡Se me olvidó tomarme la biodramina! Y en este momento decisivo en que el avión despega, lo único que querría es estar sedada.

—¡No! ¡No! ¡No me lo puedo creer!

Me distraje con Gustavo intentando frustrar mis planes, y después con este hombretón que apareció de la nada, ¡y me olvidé de mi medicamento!

Lo busco dentro del bolso, lo revuelvo todo y no lo encuentro por ninguna parte. Cierro los ojos con fuerza y apenas respiro al sentir que el avión recorre la pista a una velocidad aterradora. En el tirón hacia arriba, cuando se me taponan los oídos, abro los ojos y casi salto del asiento.

Iovius tiene el cuello estirado hacia la ventanilla que hay a mi lado; su cara está iluminada por los rayos de sol y sus ojos verdes parecen cobrar más vida cuando miran los míos tan de cerca. Su olor cálido a café y avellana invade mis fosas nasales como un nocaut, y las mariposas de mi estómago se preparan para su primer vuelo tras una vida entera en el capullo.

—Por el amor de Dios, sube ya, sube ya... —Vuelvo a apretar los ojos al sentir que el avión se sacude.

Mis manos inquietas no paran de golpear el reposabrazos, hasta que siento una mano enorme cubrirlas y sujetarlas con fuerza. El escalofrío me obliga a abrir los ojos y mirar al sujeto.

—¡Ay, Dios mío! —Suelto un gemidito cuando el avión se sacude otra vez.

—Todo va a salir bien, respira.

Siento que su mano me aprieta con más firmeza. Y no se retira a su sitio: sigue con el cuello estirado hacia la luminosidad de la ventanilla, y su olor parece irradiar calor, igual que el sol.

Cuando el avión por fin se estabiliza en el aire, me insulto mentalmente con todas las palabrotas que conozco. ¿Por qué demonios se me ocurrió ir en avión, si me da tanto miedo? ¿No podía haber cogido un barco y tardar una semana en llegar? ¿No podía haberme tomado la biodramina antes de inmigración?

Me dio tanta vergüenza el numerito que monté que me quedé calladita mientras sobrevolábamos el océano Atlántico.

Pasé el día entero contemplando la inmensidad azul e intentando convencerme de que por fin estaba a salvo y ya no tenía que temer nada.

Nunca más nadie va a tenerme cautiva ni a obligarme a hacer cosas contra mi voluntad.

¡Por fin soy libre!

Príncipe Haakon III

Yo no quería volver a casa. No en estas circunstancias.

Algo dentro de mí decía que tarde o temprano regresaría al Septentrión, pero solo cuando estuviera preparado.

Mi padre, un hombre conservador y con un pensamiento filosófico muy propio de los nórdicos, siempre decía: nada sucede sin que Dios lo sepa. No existen las casualidades, nada ocurre por coincidencia, todo es un hilo en la larga tela que Él teje.

Me sentí extraño cuando vi, horas antes, a un hombre de uniforme llevándose a rastras a esa mujer contra su voluntad.

Cada parte de mí se retorció por dentro y no pude contener mis instintos: antes de darme cuenta, la tenía en mis brazos.

Ahora estamos sentados juntos, sobrevolando el océano desde hace horas.

En algún momento, hacia el final de la tarde, vi que el móvil se le resbalaba de las manos y que Ravena dejaba caer la cabeza hacia un lado. Lo presencié todo a cámara lenta, casi me aparté, pero ella apoyó la cara en mi brazo y una fina sonrisa se abrió en sus labios carnosos.

—Así está mejor, porque no lloras... —murmuro.

Al intentar devolver mi atención a la revista que estaba leyendo, oigo el ruido de su ronquido.

—¿Qué es eso? —Vuelvo la cara de golpe.

Ella ronca más fuerte, con la boca entreabierta, y su nariz hace un ruidito como de cerdita.

—Noches sin dormir, ¿eh? —Miro a los lados; el avión está en silencio.

Tiro de ella sutilmente hacia mí, hasta una posición más cómoda, para que no se despierte con tortícolis.

Pasados unos minutos, se me nubla la vista.

Y antes de darme cuenta, cierro los ojos y siento que mi cabeza se inclina hacia ella y se apoya sobre la suya.

Me duermo yo también.

Ravena Lessa

Al despertar, me doy cuenta de que tengo la cabeza apoyada contra la pared del avión y de que estoy cubierta por una fina manta azul marino, tan suave y perfumada como el pañuelo de antes.

Hasta me brillan los ojos, porque he despertado en el mejor momento.

—Su cena. —La azafata deja un banquete para mi compañero de viaje sobre la mesita de su asiento y en el carrito detenido en el pasillo.

Creo que le ha traído la cocina entera del avión.

Y para mí, un sándwich mustio con zumo frío en vaso desechable.

Cojo sin ánimo mi comida y compruebo la hora en el reloj: faltan pocas horas para llegar a Londres. Y mi estómago ruge bien alto, casi diciendo: ¡si te tragas ese sándwich lacio, luego habrá represalias!

—¿Quieres compartir?

Hay muchas cosas irresistibles en un hombre. Y una de ellas es cuando ofrece comida. Más aún una que parece hecha en un restaurante de cinco estrellas.

—¿Estás seguro? Tiene tan buena pinta... —Me froto los ojos.

—Pruébala.

El grandullón me pasa uno de sus filetes, puerro salteado, patatas rústicas y arroz. También me ofrece su champán.

—No, gracias, estoy debidamente medicada. —Lo rechazo con la mano; he entrado en razón y me he tomado la biodramina.

No esperaba el gesto, y eso suavizó mi día de tal manera que mi pasado y mis pesadillas se quedaron, definitivamente, un océano atrás.

Comí bien, mucho mejor que si me hubiera tragado el sándwich.

Y me quedé escuchando música para pasar el rato; mi compañero de viaje estaba leyendo algo en el Kindle.

Me pregunté si sería una novela romántica. Conozco a autoras brasileñas buenísimas que podrían perfectamente darle una charla a un hombre sobre cómo darle placer a una mujer.

Quise preguntarle adónde iba, quién era en realidad, cómo llegó a Brasil y qué le pareció mi tierra. También quise preguntarle si podía hacer algo por él, sobre todo mirando el hematoma de su ojo cada diez minutos y sintiéndome culpable por ello.

Pero cada vez que abría la boca, me quedaba sin aliento.

El corazón me latía fuerte, desesperado. Mientras soñaba, su olor me acompañaba, y ahora tengo la sensación de que lo llevo impregnado en la ropa.

Me consumió una vergüenza infinita y me limité a babear y admirarlo.

El aterrizaje fue más tranquilo que el despegue.

Me quedé hipnotizada contemplando todo Londres y después su aeropuerto, casi celebrando estar a un océano entero de distancia de mi ex.

La azafata vino a escoltar al buenorro, así que él fue el primero en levantarse, mientras todos los pasajeros lo observaban, algunos haciendo fotos y otros entre murmullos.

—Mi padre decía que nada en la vida está completo sin su contrario. Así que espero que, después de huir, llegues adonde quieres. —Iovius se despide de mí con un beso en la mejilla y un abrazo que me hace derretirme entre sus brazos.

Lo veo sacar la maleta del compartimento y ponérsela bajo el brazo. Estoy tan hipnotizada y sonriente que solo me percato demasiado tarde de una pegatina en ella... una pegatina que puse yo, pequeña y discreta, para identificar mi maleta.

—Oye...

Iovius desaparece por la puerta del avión, no sin antes despedirse de mí con la mano —aunque casi parece que lo hace para toda la tripulación, que está de pie viéndolo marchar.

—Esa maleta es mía —digo, por fin, cuando salgo de mi ensimismamiento.

Corro hasta la azafata.

—Hola, el chico que acaba de salir se ha llevado mi maleta por error... ¡Esta es la suya! —Le muestro el objeto.

—Imposible, señorita. Esa es su maleta. —Ella lo comprueba.

—No. Tenía una pegatina... era pequeña y...

—Bienvenida a Londres. —Sonríe y me despacha.

—Ay, Dios mío... ¿Qué hago yo con esta maleta? —La sacudo; parece más pesada que la mía. Es idéntica: mismo tamaño, color y forma, solo que no tiene la pequeña pegatina que le puse.

Me acomodo el bolso en el hombro y salgo con el objeto que no me pertenece, después de que desembarquen algunos pasajeros.

El frío me abraza de tal manera que me aferro a la ropa que llevo puesta y maldigo todos los infortunios que he pasado, sin olvidar, claro, el hecho de que estoy feliz y lejos de Brasil.

Busco a Iovius por todos los rincones del aeropuerto e intento abrir la maldita maleta para ver si encuentro algún teléfono o alguna forma de contactar con él, devolverle esta y recuperar la mía. Pero ni siquiera acierto el código: no funciona ninguno genérico ni ninguno de los que busco en internet.

Bueno... como dijo alguna poetisa francesa, o Dios tras el séptimo día de la creación: c'est la vie...

Suspiro y contemplo el cielo nublado londinense a través del gran ventanal de cristal del aeropuerto.

Al menos dentro de unas horas partiré hacia mi destino final y me reuniré con mi primo.

Y por fin podré empezar mi vida de nuevo.

CAPÍTULO 3

Príncipe Haakon III

El avión real que fue a buscarme a Londres aterriza en una pista privada destinada a los nobles.

Koioskovo, la capital del Septentrión, está en el extremo norte del país, y por eso en esta época del año el sol no sale: tenemos días oscuros, fríos y melancólicos. Durante el viaje de vuelta aproveché cuanto pude para recibir los últimos rayos de sol, porque era consciente de que aquí serían un lujo del que no dispondría.

Por la ventanilla ovalada del avión de la familia, veo una multitud ya congregada fuera, contenida por el ejército. Los periodistas se empujan, los fotógrafos se posicionan y los gritos de la población son tan fuertes que los oigo desde dentro del avión cerrado.

Mi atención queda secuestrada casi al instante cuando entra un hombre de mi estatura, vestido de negro y con insignias en el pecho. La pupila negra se dilata en sus ojos verde esmeralda y una sonrisa le llena la cara.

—Alteza... —Svar, mi primo, me saluda con una reverencia prolongada y después me abraza por el hombro—. Primo... lo siento mucho...

—No sé si estoy triste o furioso —resoplo—. Desde que nací oigo que un día seré rey, pero para eso mi padre tendría que morir... —miro al techo—; no parece un día feliz. Yo no quería perder a mi padre, por mucho que discrepáramos...

Svar sacude la cabeza repetidamente mientras me mira de arriba abajo, hasta que su gesto se vuelve de negación.

—¿Por qué vas vestido como una estrella del rock?

—Ya, lo sé, no puedo salir así. —Me paso las manos por la chaqueta de cuero negra. Ni siquiera debería llevar vaqueros.

—Desde luego que no. No parecen ropas apropiadas para un futuro rey, y menos para uno que está de luto. —Cierra las ventanillas que me dan visión del exterior—. ¿Dónde están tus vestiduras reales?

—Es una historia graciosa...

—Me lo imagino.

—Están dentro de mi maleta. —La señalo, encima de la mesa.

—Pues póntelas.

—Verás, es que esta no es mi maleta. —La abro y le muestro lo que hay dentro: cinco conjuntos de sujetador y braguitas, guantes, un abrigo femenino y productos de higiene.

—¿De dónde ha salido esto? —se exalta—. Mejor ni me lo cuentes... ¡No puedes salir así, no es adecuado! Si bajas de este avión con pinta de estrella del rock and roll, saldrás en todas las portadas de los periódicos del mundo con titulares diciendo que desdeñas la muerte de tu propio padre.

Le doy la razón. Voy sacando cada prenda de la maleta, examinándola con calma e intentando pensar en una solución.

—Fue exactamente lo que me pregunté. «¿De dónde ha salido esto?» —Sostengo unas braguitas beis en las manos—. ¿Quién usa este tipo de cosas?

—¡Suelta eso! —Svar me las arranca de las manos, tenso solo de imaginar que, por algún resquicio o rendija de las ventanillas, los fotógrafos capturen el momento.

Saco el abrigo negro y algo mullido; parece hecho para una niña o una adolescente, no para un hombre de casi dos metros, y Svar sacude la cabeza en señal de negación.

—Tengo tantas preguntas... ¿Por qué no esperaste al avión real en Brasil? ¿Y por qué embarcaste así?

—Porque tenía prisa y no quería que me reconocieran —respondo con sencillez, y observo su aire de desaprobación, aunque no lo exprese con palabras.

—Tú necesitas montar un escándalo por donde pasas, ¿verdad? Apenas has vuelto a tu tierra natal y ya quieres reaparecer en todos los periódicos... —se divierte—. Tu padre estaría loco de remate...

—Conocía bien al hijo que engendró. —Le guiño un ojo—. Y creo que tendré que ponerme esto, o habrá que esperar a que alguien venga con ropa negra, en respeto por la muerte del rey. ¿O te sobra alguna sábana por ahí?

Él contiene la risa mientras sigue mi odisea para intentar meterme en la prenda tan ajustada; mis brazos parecen el doble de grandes dentro de las mangas.

—¿Cuánto va a tardar alguien en venir a traernos ropa adecuada? —Empiezo a dar golpecitos con el pie.

—Una hora, quizá hora y media... Eso, claro, solo para que vayas al palacio y te reúnas con la abuela; después partiréis juntos hacia Drü. ¿Haakon? ¡¿HAAKON?! —dice mi nombre más alto al final, al darse cuenta de que ya estoy en la puerta del avión, vestido con el abrigo.

La multitud entra en delirio y empieza a gritar mi nombre.

Como no puede tirar de mí hacia dentro, Svar murmura:

—Quítate las gafas y la gorra. Mantén el rostro erguido y no sonrías; puedes levantar la mano a modo de saludo, pero no la agites. —Me dicta todo el procedimiento y yo actúo en consecuencia.

Intento contenerme y no reírme de su mirada de desesperación al verme con el abrigo femenino. Y el grito de asombro de los súbditos al ver el morado de mi ojo deja a Svar paralizado: no se había dado cuenta.

—Alteza, ¿podría decirnos unas palabras?

—Príncipe, ¿asumirá el trono de inmediato?

—Mi señor, ¿qué le ha pasado en el ojo?

Los miembros del ejército mantienen el rostro erguido, aunque sus ojos me siguen cuando paso ante ellos. Los reporteros no dejan de hacer preguntas, y son tantas las luces y los flashes en mi cara que cuesta mantener la postura y no cubrírmela con la palma de la mano.

Camino con paso firme y levanto la mano hacia el pueblo de mi país, que me recibe con aplausos.

No tardo en subir al coche blindado; Svar entra después, se sienta a mi lado y se queda en alerta, exasperado, con la vista clavada en el hematoma.

—¿En serio? No me puedo creer que hayas hecho eso. ¡La Reina Madre nos va a matar!

—Tonterías —le quito importancia—. La gente está ahí de pie, pasando frío; no podía dejar que esperaran ni un segundo más, habría sido una crueldad.

—Al Palacio de Skarsgard —le dice al conductor—. Y ponga el principal informativo del país, por favor.

—Allá vamos...

—Y, por el amor de Dios, ¿qué te ha pasado en el ojo?

—Te quedarías de piedra si vieras cómo acabó el otro tipo. —Me cruzo de brazos.

Cuando las ventanillas del blindado se cierran por completo, el estruendo de fuera se apaga.

Y yo me sumerjo en mi propio ruido interno.

Contengo el pulso sobre la rodilla; la mano empieza a moverse involuntariamente, con espasmos extraños. Me asaltan flashbacks y gritos, discusiones, ofensas y reproches cruzados con mi padre, él resistiéndose a concederme la renuncia, y mi huida.

Todo pasa rápido por mi mente y ya siento el maldito peso de la corona, ese que se nota incluso cuando no la llevas en la cabeza.

Nací para ser un día responsable de millones de personas. Precisamente yo... conocido como el príncipe insensato e

irresponsable...

—El Príncipe de Drü ha llegado al país con un atuendo insólito. —La voz de la pantalla mediana del interior del coche me llama la atención—. ¿Será la última moda? —ironiza.

—Pero era negro, en respeto por el luto nacional —dice el otro comentarista acto seguido—. Su Alteza es conocido por no seguir las normas, las costumbres ni las tradiciones. Siempre está envuelto en pequeños escándalos...

—Como cuando fue el detonante del divorcio de lord Ulisses y lady Pâmela —dice la comentarista mordaz—. O cuando salió a escondidas con una plebeya que misteriosamente apareció embarazada y muerta, en el mar...

Se llamaba Dianna, digo mentalmente, furioso. El recuerdo me hace doler el pecho, como si me hubieran clavado un cuchillo.

—O cuando, de niño, se quitó sus propios zapatos y se los dio a un huérfano descalzo que miraba pasar la carroza real —defiende el otro, rápido, intentando apagar el incendio del comentario anterior —. O cuando cocinó para una multitud en el aniversario del país.

—Blanco, ¿no te molesta tener un futuro rey que no lleva el pelo largo? —La mujer se ríe—. Es la primera vez en mil, quién sabe si dos mil años, que un rey del Septentrión está casi calvo. En nuestra tradición, los hombres que pertenecen a la realeza y que un día asumirán el trono jamás se cortan el pelo, pues es señal de su poder y de su ancestralidad.

—Por si no lo recuerdas, Yanca, el Príncipe de Drü se cortó el pelo en una visita al hospital oncológico de la capital, hace tres años. El cabello se donó para hacer pelucas para los niños del hospital.

La periodista pone los ojos en blanco y le resta importancia, pero su colega prosigue:

—Su Alteza Haakon Tercero es un hombre moderno, que se preocupa por los súbditos y que pone a su pueblo en primer lugar. Incluso por delante de la tradición.

Contengo la sonrisa, pero a Svar no se le escapa.

—Da igual lo loco que estés y lo mucho que desafíes las normas establecidas: te quieren. —Asiente con la cabeza.

—La mayoría de ellos —digo con una mirada de tristeza; miro por la ventanilla y saludo con la mano a las personas de la carretera que intentan llamar mi atención.

—El príncipe tiene que aprovechar esa buena fama suya para unificar el país y alejar cualquier fantasma de una República. Con suerte, quizá consiga que solo se instaure una monarquía parlamentaria, donde la figura del rey sea meramente simbólica...

Mi país no es una monarquía absolutista; tenemos una constitución que guía las acciones del rey.

Tenemos un parlamento con dos cámaras: una de los Lores —los que están ahí por linaje de sangre— y otra de los Comunes —los elegidos por el pueblo—. Lo que no tenemos es primer ministro: el rey ocupa el poder ejecutivo y, por debajo de él, están los dos líderes de las cámaras.

Durante el reinado de mi padre, la cuestión de fundar una República quedó descartada, pero siempre existió el rumor de elegir a un primer ministro y reducir los poderes del rey. Sin embargo, el carisma de mi padre y de mi abuelo, y su firmeza al gobernar y dirigir el país, impidieron que eso llegara a debatirse.

Ahora las cosas pueden ser diferentes...

Yo intenté hacer mi parte, intenté renunciar. Habría sido lo mejor para mí, para mi país y para mi pueblo.

Pero mi padre no lo aceptó.

—Blanco, sé sincero: ¿te sientes cómodo siendo gobernado por un rey autista? —provoca la periodista.

—No es autista; tiene déficit de atención e hiperactividad. Tiene TDAH —aclara el otro—. Y sí, me siento extremadamente cómodo siendo gobernado por el ahora almirante de la marina,

ingeniero y diplomático. Por encima de todo, un rey humano, que piensa antes en su pueblo que en sí mismo.

—... y cocinero... y pintor... y economista... y una docena más de cosas que intentó hacer y nunca terminó.

—Madre mía, esa mujer debe de odiarte. —Svar hace una mueca.

—Es republicana —respondo de inmediato.

Svar baja el volumen, pero yo sigo leyendo los subtítulos en la pantalla. Su voz queda en segundo plano, casi como un susurro:

—El jefe de gabinete del Palacio ya ha preparado tu discurso para el velatorio de Su Majestad. Partiremos hacia Drü en dos horas. La abuela ha escogido a 12 princesas para que elijas a una y tengas un heredero; empiezan a llegar el fin de semana. —La voz de mi primo se va haciendo cada vez más lejana.

Contemplo los prados congelados y, a lo lejos, las últimas montañas que anuncian el extremo norte. Parpadeo y vuelvo a escuchar su voz:

—Tendrás 15 días para elegir a tu consorte, y después 75 para engendrar al bebé real. Tu padre puso como condición que solo asumas el trono y el control de todo cuando tengas un heredero. —Al callarse, me mira en busca de respuestas.

—Voy a renunciar —digo.

—No puedes. El país no lo soportaría. Ya tuvimos un monarca que renunció, y su hijo también. Tu padre era amado, un ejemplo para el Septentrión. La gente necesita un nuevo líder, uno fuerte, firme, que unifique a todos, Haakon. Y a ti te quieren. No deberías hacer caso de lo que dicen esos periodistas...

—Soy demasiado rebelde para seguir el guion de la realeza... E hiperactivo hasta el punto de que nunca saben qué esperar de mí. ¿Hay algo peor que un rey impredecible? La gente quiere confianza y estabilidad... justo lo que no tengo para ofrecer.

—Y eso es lo que les gusta de ti. Hablas el idioma de los más jóvenes, eres travieso y estás lleno de bromas... —Me agarra el hombro y me dedica una mirada amable—. Lo vives todo a flor de piel, eres justo y pones a las personas en primer lugar. Vamos a pensar en una cosa cada vez, Haks. Primero el baile, después el heredero, y luego, quién sabe, quizá puedas renunciar cuando tu linaje esté asegurado...

—No voy a casarme a la fuerza.

—Haakon... el futuro del país está en tus manos...

—Estamos hablando de la vida de más de 50 millones de personas.

—Y el 87 % de ellas te adora.

—No lo has entendido, primo —suspiro.

Svar es una de las pocas personas con las que puedo hablar informalmente, lo que para la gente común no significa nada, pero para mí lo es todo.

Todos me tratan siempre con extrema formalidad y nunca pueden acercarse demasiado.

—No quiero vivir esa vida planificada, donde estoy bajo las miradas de todos y tengo que seguir reglas a cada instante. Y esas princesas... a todas les han enseñado desde niñas cómo complacer a su futuro rey...

—Sí.

—No es lo que espero de una mujer. No de mi mujer. Quiero que me respete, no porque sea su rey, sino porque soy digno y me lo he ganado. —Respiro largamente para recobrar el aliento—. ¿Sabes qué fue lo más increíble de estar en Brasil? Que no me conocieran. Que no supieran que era yo. ¡Me trataban como a una persona cualquiera! ¿Has probado eso alguna vez?

—Es un lujo que pocos de nosotros conocemos, Haks.

—Es increíble, tío. —Le agarro el hombro—. La gente que te aprecia, te aprecia de verdad. No tienen que fingir solo porque eres

un noble...

Por las calles que recorremos, la gente se aglomera y corre detrás del coche, llamándome por mi nombre. Aquí, en mi país, rara vez tengo privacidad, y jamás podría llevar la vida que he llevado estos últimos meses.

Eso significa que no puedo ser yo mismo, y eso es tan cruel como meter a un animal salvaje en una jaula.

—¡Príncipe Haakon! —gritan al unísono cuando bajo del coche, ya en el patio del palacio, a metros de distancia de las largas verjas.

—¡Príncipe! —Saludan y lanzan flores—. ¡Alteza!

—¿Lo ves? Te quieren —murmura Svar.

—Esta gente se merece un rey mejor.

A la menor señal de mi saludo, la multitud estalla de alegría: aplauden, cantan el himno de nuestro país y lanzan flores y regalos por entre las verjas.

Los guardias se limitan a mantener la seguridad y dejan que se queden en el umbral de la entrada de los jardines del palacio.

La última vez que vi a uno de ellos empujar a una persona, le di un golpe en la cara que salió en todos los periódicos. Ahora ya no ponen a prueba mis límites.

—Su Alteza Real, el Príncipe de Drü, de la Casa Iranovichk, Haakon III —me anuncia la voz alta y grave del heraldo apostado en la entrada, cuando entro en el palacio.

—Vuestra Alteza. —Me recibe de inmediato Laios, el secretario de la familia, jefe del gabinete del Palacio, el tipo al que le encanta recordarme todas las tradiciones y reglas; o, como me gusta llamarlo, el papagayo del rey.

—¿Me has echado de menos, Laios? —Lo observo besar el dorso de mi mano.

—Por supuesto, Alteza. —Esboza una media sonrisa—. Todo su pueblo lo ha echado de menos y ha aguardado su regreso. Anunciamos que estaba en misión secreta en un país de Oriente...

—Qué bien.

—Y entonces apareció usted en el Aeropuerto Internacional de Guarulhos. —Me muestra un vídeo en su tableta—. Con gorra y gafas. Dándole una patada en el pecho a un ciudadano brasileño. ¡Mejor aún! ¡A un policía federal!

—Mira lo que le pasó al otro tipo. —Se lo enseño a mi primo.

—Sí, te acertó de lleno. —Observa el momento exacto en que se produjo mi hematoma—. Espera, ¿eso son dientes volando? —Sujeta el aparato electrónico e intenta mirarlo de cerca.

—¿Salgo bueno en el vídeo, Laios?

Él se queda callado y arquea la ceja, haciéndose el desentendido.

—Di que salgo bueno; ese vídeo me ha revalorizado mucho.

—Por supuesto, Vuestra Alteza. —Parpadea, medio furioso, y yo me divierto—. Espero que haya una explicación excepcional para semejante actitud, sobre todo viniendo de un príncipe heredero.

—Estaba haciéndole daño a una mujer y haciéndola llorar... coartando su derecho a la libre circulación.

—Que ella acudiera a las autoridades, entonces. ¿La mejor solución era de verdad que usted llegara con una patada en el pecho del ciudadano y le arrancara los dientes de la boca? —Laios mira el vídeo.

—También hubo un cabezazo. —Señalo con el índice—. Mira cómo se desmaya.

—¿Y la historia de la joven indefensa viene incluida en el vídeo? Porque yo solo veo al futuro soberano de este país cogiendo de las manos a una desconocida, apartándola de otro hombre, abrazándola, y una pelea salvaje. Que no se corresponde con el perfil de un futuro monarca.

—Yo creo que el vídeo cuenta toda la historia —analizo.

—Piden dos millones de euros por mantener el vídeo en secreto y no enviarlo a los periódicos de todo el mundo.

—Ah, que lo envíen. —Me encojo de hombros—. Salgo bueno; me gustó el ángulo desde el que grabaron.

—Veo que Vuestra Alteza sigue siendo un juerguista.

—Y sigo discrepando efusivamente de la violencia contra la mujer. —Lo apunto con el índice y le guiño un ojo.

Extiendo de nuevo mi mano y él la besa. Solo así se queda callado.

—Qué hacía Vuestra Alteza Real en Brasil, o por qué viajó hasta aquí en un avión comercial, lleno de plebeyos, sigue siendo un misterio para mí.

—La policía secreta me encontró y me contó la muerte de Su Majestad —asiento con la cabeza—; cogí el primer avión que pude.

—¿No podía esperar al avión real, mi señor?

—No, no podía. Me desperté agitado de madrugada, compré el primer billete de vuelta, en el último asiento disponible, y me vine. Puede llamarme insensato, rebelde y juerguista, Laios. —Esbozo una media sonrisa para provocarlo—. Lo que no puede decir es que sea infiel a mi país y a mi rey. En cuanto lo supe, vine de inmediato. No podía esperar ni un segundo.

—Entiendo. ¿Y qué tipo de visita educativa hacía en ese país tercermundista?

—Fui a conocer los burdeles. —Me quito el abrigo femenino y se lo tiro a la cara. Saco del bolsillo del abrigo las braguitas beis que guardé—. Y el resto no es asunto suyo. Por cierto, hay una maleta dentro del avión real. ¿Cree que podría encontrar a la dueña de esto? —Le restriego la prenda íntima por la cara—. Nos intercambiamos las maletas.

—He leído sobre encontrar mujeres por zapatos de cristal, no por braguitas beis, mi futuro soberano.

—Pues haga todo lo posible.

Estoy a punto de dirigirme a mi habitación para cambiarme de ropa cuando me quedo clavado en el sitio al ver a mi abuela, la

Reina Madre, aparecer en lo alto de la escalinata.

—¡Mirad qué colorado viene este pillo! —dice la Reina Madre, y todos se inclinan de inmediato en cuanto aparece; baja amparada por cuatro empleadas del palacio.

—Abuela. —La espero con los brazos abiertos.

Ella viene tan rápido como puede, golpeando el suelo con su bastón. Me abraza la cabeza con ternura y me besa la coronilla; después hace lo mismo con su otro nieto, Svar.

—Estás bronceado. Guapo. Si llevaras el pelo largo y barba, serías la viva imagen de tu padre.

—Cosa que se puede disponer, majestad —se entromete Laios.

—No, me gusta como está. ¡Un guerrero vikingo joven, moderno, un rey del siglo XXI! —dice animada, y hace una pinza con los dedos índice y corazón al tocar mi chaqueta de cuero—. ¿No te parece un rey al que seguirías a cualquier parte, Svar?

—Sin sombra de duda, majestad: en un maremoto, en la guerra, en la tormenta o en el exilio, yo lo seguiría —dice mi primo con firmeza.

—¿Cómo es Brasil? —Ella cambia de tema, para no comentar mi vestimenta; la mueca de su cara no tiene precio.

—Cálido. Gente acogedora y amable. Incluso cuando la vida es difícil, son fuertes y nunca se rinden —respondo.

—Tu abuelo decía que nos vemos a nosotros mismos en los lugares adonde vamos. —Me da unas palmaditas en la cara y me llama con el índice—. ¡Laios, di en voz alta nuestro itinerario de hoy!

—Sí, majestad. Viajaremos a Drü, el príncipe velará al rey y después lanzará una flecha de fuego a su barco... —va diciendo detrás de nosotros.

—¿Por qué no lo enterramos aquí mismo, en Koioskovo, abuela?

—Es la tradición, querido: todos los reyes son colocados en un barco rumbo al país del eterno verano. Viajan por el mar cálido y

lleno de vida. Y su travesía solo termina cuando el nuevo rey acierta con su flecha de fuego —dice, mientras despide a los empleados que traen bebidas y aperitivos en bandejas.

—Sobre lo de ser el nuevo rey... —suspiro.

—Serás coronado, pero no gobernarás —dice, para mi completo estupor.

—¿Cómo que no?

—Tu padre convenció al consejo de que solo te convertirías en soberano cuando tuvieras un heredero y garantizaras tu linaje. Svar ya te habrá contado lo del baile y las princesas...

—Sí. Completamente innecesario...

—Al pueblo le gustan las distracciones. Y quiere ver, fotografiar y contemplar a su futuro rey bailando.

—¿Y quién va a gobernar mientras tanto?

—Un regente —dice con sencillez, como si fuera obvio.

—... Regresaremos dentro de cuatro días para anunciar al regente, elegido por el parlamento. Es menester recordar que el príncipe tendrá que anunciar a su esposa en un plazo de 15 días, para cumplir el plazo de engendrar al bebé y tenerlo en un año —continúa Laios.

—¡¿Tener al heredero en un año?! —me exaspero.

Mi abuela le tiende la mano a Laios y él le besa el dorso. Con la mirada, ella me recuerda: «solo así se queda callado».

—No hay de qué preocuparse. Tengo la absoluta certeza de que encontrarás en una princesa, o en una de las ilustres invitadas aristócratas, una buena esposa, una buena mujer y una buena madre para el bebé real. —Asiente con firmeza.

—Los miembros de la Cámara de los Lores están ansiosos por presentar a sus hijas a Vuestra Alte... —Laios se calla porque Svar levanta la mano para que se la bese.

—No le hagas caso: la abuela y yo nos encargaremos de que tú, y solo tú, elijas a la mujer que quieras —garantiza mi primo.

—¿Aunque no sea una princesa? —Arqueo la ceja.

—Eso ya sería pedir demasiado. —Svar aprieta los labios.

—¡Tiene que ser alguien con perfil de reina, de soberana, de Augusta! —dice animada la Reina Madre—. Una mujer que sea ejemplo para todas las demás.

—No sé si me gusta la idea. Quiero enamorarme...

—Eres el futuro rey, querido. Solo puedes estar enamorado de la corona y de tu país. Y si no fuera una princesa... —Mi abuela sonríe, como si esa hipótesis fuera imposible—. Tendría que ser aprobada por el consejo y el parlamento.

—¿Y por qué iba yo a hacer eso?

—Porque, después de que nazca tu heredero, convenceremos al consejo de que acepte tu renuncia.

—¡Pero eso llevará un año!

—Un año pasa muy rápido...

—Conozco a la mayoría de las princesas y no trago a ninguna.

—Entonces encuentra a una buena mujer, de buen linaje y buen historial, e intentaremos convertirla en tu consorte —dice mi abuela, aunque sea reacia a la idea—. Al fin y al cabo, toda mujer lleva una reina escondida dentro de sí. Hasta esas de los burdeles a los que sueles ir. —Hace una mueca agria y espanta a los empleados con la mano enguantada, llena de anillos—. Mira a qué nivel de desesperación hemos llegado para salvar esta dinastía y la monarquía... —Apoya la mano en el pecho de Svar.

—Ya lo veo —digo, estupefacto.

CAPÍTULO 4

Ravena Lessa

Al llegar a Koioskovo al final de la tarde, tengo una vista aérea privilegiada de una cordillera de montañas cubierta de nieve. Entre ellas, bajo la luz de la luna llena, luces violetas y de un verde neón bailaban en el cielo en una danza silenciosa y lenta.

No podía creerlo. Era tan bonito y tan fascinante de ver que fui una de las últimas en salir del avión, hipnotizada por semejante fenómeno de la naturaleza.

Enseguida me doy cuenta de que esta ciudad es bastante más fría que Londres. Tardo un buen rato en pasar por inmigración, recoger mis maletas y llamar a mi primo, que dice estar esperándome en el aeropuerto.

En cuanto cruzo el vestíbulo, la primera persona que veo es Leon. Suelto el carrito con las maletas y salgo desesperada a su encuentro. Lo abrazo fuerte y me pongo a gritar como una loca, hasta el punto de que todo el mundo a nuestro alrededor se nos queda mirando.

—¡Bienvenida a Koioskovo! ¡Estoy tan feliz de verte! ¿Cómo estás? ¿Has llegado bien? ¿Qué tal el viaje, hubo turbulencias?

Me acribilla a preguntas, pero no consigo responder ninguna. Solo sigo abrazada a él.

—Tranquila, Nena, no tienes que ponerte nerviosa, lo peor ya ha pasado... —Leon me acaricia la espalda e intenta cubrirme con su abrazo.

Dos tapones de 1,68 y 1,70 de estatura agarrados el uno al otro, balanceándose y dando saltos sin parar. Esa es la escena que todos espían, curiosos.

—Dios mío, qué frío hace aquí, ¿seguro que no estamos en Rusia? —Lo suelto y empiezo a frotarme los brazos con las manos—. ¡Llevo un jersey de abrigo y una sudadera y aun así estoy temblando!

—Ya, has venido en una época bien fría, pero verás que en verano es agradable, hace unos 23 grados...

Después de darme sus guantes y ponerme un gorro en la cabeza, Leon empieza a hacer poses con el cartel que ha traído: «la más buenorra de Brasil», en letras enormes. Un poco más abajo pone: «la mejor prima del mundo – Ravena Lessa».

—¡Ay, primo, cuánto te he echado de menos! ¿Cuánto hacía que no nos veíamos?

—¿En persona? Por lo menos unos 5 años —dice.

—Madre mía, ¡y qué lugar tan diferente! Y tú estás tan pálido, parece que hace tiempo que no tomas el sol.

Leon se pone las dos manos delante de la boca y empieza a mover los dedos, fingiendo ser una odalisca o cualquier cosa graciosa que esté intentando imitar.

—Sí, es un lugar diferente, ¡pero muy bonito! Y estamos en la época de la noche polar, así que olvídate de ver amanecer... Tú también pareces bastante pálida...

—Cárcel privada, que le dicen, ¿sabes? —Intento reírme de mi propia desgracia.

Vamos juntos a por mi carrito, que lleva una maleta grande, una maleta de mano que no me pertenece y mi bolso.

—¿No falta alguien? Pensaba que por fin ibas a presentarme a tu dignísimo prometido, ¿dónde está? ¡No aguanto más tanto misterio!

Leon me entrega el cartel que ha hecho, lleno de purpurina y colores metalizados, y empieza a empujar el carrito.

—Ha tenido una emergencia y ha ido a socorrer a su primo.

—Jolín, no me dejaste ver ni una foto suya ¿y ahora tampoco lo conozco? ¡Estoy ansiosa!

—Es majo, ya verás...

—¿Puedo al menos saber ya su nombre?

—Svar. —Se le ve la felicidad irradiando de los ojos.

Lo abrazo de nuevo y le beso la frente.

—¿Y te trata bien? ¿Eres feliz? Por favor, sé el lado sensato de la familia y no te metas en los líos en los que se metió tu prima...

—Es maravilloso. Quería estar aquí, pero le surgió una urgencia y tuvo que viajar; vendrá a visitarnos dentro de 3 o 4 días.

—¿3 o 4 días? ¡No sé si aguantaré tanta curiosidad!

—Claro que aguantarás; hasta entonces te instalarás, descansarás y te irás habituando a esta ciudad preciosa y fría.

En el aparcamiento, busco el coche de Leon y me sorprendo al ver una furgoneta monísima en tonos azul bebé y rosa.

—Pensé que vendrías con más maletas, por eso cogí el coche de la tienda para ayudarte con la mudanza. —Se ríe.

—Bueno... me fugué en plena madrugada, ¿no, primo? Así que solo cogí algo de ropa, mi diploma, documentos... ah, y está esta maleta de aquí. Un desconocido del avión se llevó la mía, en la escala que hicimos en el Reino Unido.

—¿Cómo que se la llevó? ¿Robando maletas ajenas, loca?

—¡No! ¡A mí me robaron! Ay, es una historia tan larga... te la cuento cuando lleguemos a tu casa.

—Vale. Cuando llegues, descansa mucho; ya te aviso de que en las próximas semanas tendremos un pedido gigante en la tienda.

—¿En serio? —Me animo, porque eso significa que a mi primo le va bien en la vida.

Pero me pongo nerviosa, porque mentí y dije que me había graduado en gastronomía cuando, en realidad, fue en Psicología. Pero necesitaba una coartada para retomar el contacto con él.

—Muy en serio. Tuve que contratar a 5 empleadas más; menos mal que has venido a ayudarme. —Hace un puchero.

—Ajá. —Esbozo una sonrisa forzada.

—Pero dejemos eso para el fin de semana. Cuéntame, ¿cómo llegó hasta ti esa maleta misteriosa? No habrá ninguna bomba ahí dentro, ¿verdad?

—Mira, yo creo que conocí a un hombre de otro mundo. Era educado, amable, se comportaba como un lord inglés... —De inmediato me viene el recuerdo del avión—. Fue mi héroe, me salvó en el último momento para que pudiera coger el avión, y ahora me siento estúpida por no haberle pedido el número. ¿Te imaginas un tipo alto, bien fuerte y educado?

—Me estoy imaginando a todos los hombres de Koioskovo. —Leon se ríe—. Tú ya sabes, la mejor polla de Brasil es la del nordeste. Recife y Bahía... mmm... parece que hasta tiene miel.

Me echo a reír a carcajadadas como una loca por lo que acaba de decir.

—Pero la mejor polla de Europa, hija mía, no tiene igual. Es la del Septentrión. Parece que suelta leche condensada. —Hace un ruidito con la lengua en el paladar y se ríe conmigo—. Mmm, una cremita rica. —Y ahora se pone a imitar a los Teletubbies.

Como diría Freud en sus famosas anotaciones: la mejor persona del mundo, y si no estás de acuerdo, pues no lo estés ahí en tu casa.

He echado tanto de menos a Leon y su sentido del humor que ya me siento en casa.

—Los hombres del Septentrión son extremadamente educados, como los británicos, altos y musculosos. Un poco esnobs, claro. Svar mide dos metros.

—¿En serio?

—En serio, parezco un muñequito a su lado. Koioskovo es un antiguo país vikingo; son casi todos así, muy altos, callados y con

cara feroz. No se abren fácilmente y no son sentimentales; es un pueblo muy de estilo europeo clásico, no están acostumbrados a las demostraciones de cariño ni nada de eso... Pero tienen un corazón de oro.

Ahora tengo una visión distinta de la aurora boreal. Sigue un rastro en el cielo como si fuera un río en un movimiento sutil, guiando o llevando algo hacia su destino final.

¿O será que solo estoy medio confusa por el viaje?

—¿Y cómo es para ti?

—¿Cómo que cómo es?

—Ser gay aquí.

—Ah, no es un país con prejuicios, aunque cualquier demostración de cariño en público siempre se mira con sorpresa... señal de mucha intimidad.

Aunque Leon sea una persona toda delicadeza, actúa con firmeza cuando conduce; da gusto verlo. No lo recordaba tan decidido. Creo que ha madurado mucho.

Le acaricio el hombro y sonrío.

—Como nosotros dos abrazándonos y gritando en el aeropuerto... —comento.

—Algo así —dice Leon—. En general, recuerda a cualquier gran reino europeo...

—¡Anda, ya se me había olvidado que aquí hay una monarquía! —digo animada—. ¿Encontraré aquí a mi príncipe Harry?

Leon se encoge de hombros y sigue conduciendo.

—¿Cómo es la familia real de aquí?

—¿No lo buscaste? —Se queda pasmado.

—No...

—¿Cómo que no lo buscaste? Es lo primero que mira todo el mundo cuando viene al país de los diamantes.

—Yo estaba más preocupada por el clima y la comida. Minas era tan rico, uai. Y no voy a comer un buen queso ni un requeijão en una buena temporada.

—¡Ay, me derrito! Qué ganas tenía de oír un «uai». —Leon tamborilea los dedos en el volante—. ¡Lo mismo que oír un «oxe»! ¡Cuánto echo de menos mi tierra! Me encantaba todo, menos la gente prejuiciosa y de mente estrecha del pueblecito donde vivía. Pero ahora tengo un pedacito más de mi tierra aquí, porque yo soy medio bahiano y medio mineiro. —Su mano me agarra el brazo.

La sonrisa que esboza transmite una paz y una tranquilidad que solo me dan ganas de abrazarlo y darle las gracias.

Leon y yo siempre fuimos muy unidos de pequeños; él pasaba las vacaciones en mi casa. Las cosas en la familia se pusieron un poco raras cuando salió del armario y se fue a estudiar gastronomía fuera.

—Todavía no me has contado lo de la maleta —recuerda.

—Pues eso. Entró un tío guapísimo, un dios griego, con unos guardaespaldas privados, pero como ya no quedaba sitio, ellos se marcharon. Estuvo hablando conmigo... ¡hasta me dio un pañuelo para secarme las lágrimas! —suspiro—. Pobre, tenía un ojo morado... se peleó con Gustavo para que yo pudiera estar aquí y ahora.

—Como un príncipe salvando a una princesa —sugiere.

—Sí... —digo con la voz débil, insegura de la comparación.

A Iovius seguro que lo confundirían con un príncipe; a mí, en cambio, jamás me confundirían con una princesa.

Y por mucho que quisiera tener mi maleta, no culpo a Iovius.

—¿No le pediste el teléfono? ¿Una dirección? Hablas de él de una manera que hasta me está entrando calor. —Se ríe—. ¿Por lo menos le diste un apretón a la maleta? Uy, perdona, se me ha resbalado la mano... y otro apretón.

—No... él se bajó en Londres; debe de trabajar en algo muy importante, tenía pinta de hombre responsable. Aunque decía que huía de la responsabilidad...

—¿Al menos sabes su nombre? ¿Le diste las gracias por librarte del impostor aquel?

—Iovius. Sí que se las di.

Leon me mira de reojo un momento y luego se ríe; sigue conduciendo con atención.

—Era muy alto, tenía el pelo tipo oro envejecido y despeinado. Ojos color miel; cuando la luz del sol le tocaba la cara, se le ponían bien verdes. Y parecía que nunca hubiera montado en avión, porque lo miraba todo a su alrededor como si fuera un alienígena.

—¿Y qué hay en la maleta?

—No conseguí abrirla. Normalmente vienen con un código estándar, pero él debió de cambiarlo. —Echo un buen vistazo por la ventanilla; ahora ya se ve la ciudad.

—Entiendo. ¿Y trataste de hablar con alguien en el aeropuerto?

—Lo intenté, claro. Pero no me hicieron caso.

La arquitectura de este lugar es muy bonita. Las casas son de colores, algunas están pegaditas unas a otras, hay muchos pinos altos y lagos por todas partes. Durante la mayor parte del trayecto, la carretera está cubierta de niebla, y por eso Leon conduce con muchísimo cuidado.

—Dios mío, ¿qué es aquello? ¿Una iglesia? —Estiro el cuello y señalo un castillo tan grande que llama la atención incluso desde lejos.

Se distinguen sutilmente los colores vibrantes de la aurora boreal detrás de él y a su alrededor.

—Es el palacio de Skarsgard, donde vive la familia real —dice —. Es una vista preciosa, sobre todo de noche, por la aurora boreal.

—Ya lo veo...

—Has llegado en una época muy bonita; aunque no haya luz de sol, la nieve caerá y lo cubrirá todo. Y nosotros somos unos privilegiados: como esta ciudad está en el extremo norte del país, la aurora boreal aquí es muy común.

—¿Y cómo es vivir sin sol? No puedo ni imaginármelo.

—Te acostumbras con el tiempo... aunque es raro; en Brasil nos despertamos a las 6 con el amanecer... aquí la gente suele levantarse a las 8 o las 9.

—Qué diferente... —Hago una mueca.

Aunque, bien pensado, debe de ser una gozada despertarse más tarde, sobre todo con lluvia o nieve ahí fuera.

—Pero si lo echas mucho de menos, te llevo a Drü.

—¿Drü? ¿Qué es eso?

—Si Koioskovo es el extremo norte del Septentrión, Drü es el extremo sur. Se lo conoce como el país del eterno verano. Allí hay sol, playas bellísimas, y los habitantes son diferentes de los de Koioskovo: son más cálidos.

—Mmm...

—El Septentrión es un reino formado por 4 países: Koioskovichk, el país en el que estamos, Drü, Pelmuria y Qäpak. También tiene más de cien islotes alrededor de los 4 países. Juntos forman la Vieja Escandinavia o las Islas de Diamante. Es como Brasil: imagínate que tienen culturas, climas, comidas y hasta lenguas diferentes... Pero no te preocupes, aquí todo el mundo habla inglés.

—Madre mía...

—El Septentrión es un reino muy antiguo y respetado en toda Europa. Si consigues un visado de residencia aquí, podrás moverte por toda Europa sin problemas.

—Anda, es verdad... necesito ese visado. ¿Es fácil de conseguir?

—Siendo sincero, no.

Freud le cede el sitio a Maysa para que me cante bajito al oído: se me cayó el mundo encima.

—Pero tú no vas a volver a Brasil de ninguna manera. ¡Tendrán que detenerme y deportarme contigo!

—Ay, primo, no hace falta que te sacrifiques por mí...

—Claro que hace falta. Y voy a hacer todo lo posible para que consigas un visado.

—¿Cuándo conseguiste el tuyo? ¿Fue difícil? —Me abrazo al bolso en mi regazo.

—Svar lo consiguió por mí. No te preocupes, ya nos las arreglaremos.

—Parece ser bien importante, tu prometido... —Sigo mirando las construcciones; ahora son edificios muy altos y modernos, la mayoría con fachadas de espejo.

—Digamos que lo es, sí —suspira—. Y solo una cosita más, prima.

—Dime.

—Cuando Svar nos visite dentro de poco, ¿podrías vestir de negro?

—Claro, he traído algo de ropa de ese color. ¿No le gusta la ropa de colores?

—Es que el rey del Septentrión ha muerto —dice Leon con mucho respeto—. Y Svar, digamos que trabaja para la familia real.

—Ajá.

—Y quiero ser respetuoso con sus sentimientos, así que si pudieras guardar luto...

—¡Ah, claro que sí! Si me hubieras avisado antes, ya iría así. Ahora caigo en que todo el mundo en el aeropuerto y en la calle va vestido de negro... —Miro a los transeúntes por la ventanilla: todos van de negro.

—Pues sí. El rey Gullivar era un hombre muy bueno y el pueblo lo amaba. Le encantaban mis dulces... insistía en que fuera a trabajar al palacio real como su maestro pastelero, pero yo tenía miedo de que, viviendo allí, acabara sin hacer bien las cosas...

—¿El rey de este país ha comido tus dulces? —Me quedo estupefacta.

—Sí, Svar le llevó una vez una caja a Su Majestad y él pidió verme. Era un hombre muy amable... Y autorizó nuestra boda...

Me quedo sin palabras. Ahora sí que siento que estoy metida en un buen lío, porque si Leon me pide que haga una tarta para llevar al palacio, ¿qué voy a hacer? Caerme redonda al suelo.

—Y ese gran pedido que ha recibido tu tienda, Leon... —Saco el tema para prepararme—. No tendrá nada que ver con el palacio, ¿verdad?

—Pues la verdad es que sí —dice, y me quedo petrificada—. La reina va a dar un baile; ha invitado a varias princesas del mundo entero a venir aquí. Y también a las mujeres solteras de la nobleza... Ya puedes ir bajándote de la nube: nosotros vamos al baile real, ¡pero estaremos en la cocina!

—Mmm...

—El hijo del rey Gullivar es, digamos... un príncipe rebelde y que no acepta las reglas con facilidad, bien diferente de su padre.

—Ajá. —Ya me veo camino de la guillotina por haberle hecho un brigadeiro de sal a la reina.

—En el pasado se lio con una plebeya; dicen que ella hasta se quedó embarazada, pero la encontraron muerta en el mar. El príncipe nunca volvió a ser el mismo. Primero cayó en una depresión y se alejó de todo... dicen incluso que estuvo ingresado en una clínica de rehabilitación... —Se detiene en el semáforo en rojo.

Lo que me da tiempo para tener una visión panorámica de las casas, las tiendas y los edificios altísimos.

—Y esta vez desapareció porque no aceptó las órdenes de su padre de casarse con una princesa de Japón. Pero lo han encontrado hace poco y, cuando llegue, descubrirá que para asumir el trono tendrá que tener un heredero.

—¿No quería casarse y van y le ponen al chico a tener un hijo, así de entrada? —Me río.

—Pues sí. Svar está furioso, pero muy feliz, porque estaba preocupado por su primo y...

—¡¿Primo?! —suelto un grito—. ¿Estás saliendo con un príncipe?

—Con un duque. —Leon se da diez golpecitos en la boca. Antes de arrancar el coche, se da varios cabezazos contra el volante mientras empieza a soltar maldiciones—. ¡Burra! ¡Marica burra! ¡Ay, qué rabia, no me puedo creer que lo haya dicho, no podía!

—¿Por qué? ¡Si suena fenomenal! Mi primo va a formar parte de la realeza —lo provoco.

—No puedes contárselo a nadie —implora.

—¿Y a quién se lo iba a contar yo, uai?

—¡Madre mía, qué burro soy! Le prometí a Svar que solo lo contaría cuando os conocierais...

—Vale, vale... yo hago como que no sé nada.

—Vale —respira hondo, pero se le queda una mirada tristona, como si hubiera cometido una traición imperdonable.

Leon se detiene delante de una tienda de tres plantas y me la enseña: es la suya.

—¿Todo esto es tuyo? —Abro los ojos como platos. Es un lugar bien grande.

La fachada es toda de ladrillo, sin pintar, y tiene un cartel del mismo color que la furgoneta, con el nombre: Confitería Lessa. Hay una cola considerable de gente fuera, comiéndose con los ojos el escaparate lleno de palos de chocolate, tartas de varios pisos, berlinas y trufas.

—Sí, regalo de boda del rey. —Mueve las cejas arriba y abajo —. Vamos a entrar por la parte de atrás —avisa, y da la vuelta.

—Tu tienda parece de lo más concurrida, ¡¿eh?!

—Pues sí. Desde que el rey Gullivar descubrió mis dulces, todo el mundo aquí también los conoció. Estamos siempre a rebosar, gracias a Dios. —Entramos por el garaje del fondo, lo que parece el almacén de la tienda: una nave abarrotada de estanterías altísimas, llena de cajas—. Svar apareció en el momento justo, allá en París; yo ya estaba sin dinero...

—Y entonces apareció tu príncipe y empezaste a vivir tu cuento de hadas —digo animada—. ¡Me alegro de que al menos uno de nosotros lo haya conseguido!

—Es solo cuestión de tiempo que tú vivas el tuyo —me consuela con un beso en la frente—. No te preocupes por el trabajo; sube arriba, date una ducha, descansa del viaje y más tarde me pones al día del resto, ¿vale?

—Vale. —Le beso las mejillas sonrosadas—. Primo, no tengo ni cómo agradecértelo. De verdad, ¡muchísimas gracias!

—Dilo con un «uai».

—Muchísimas gracias, uai.

Me abraza con tanta fuerza y apoya la cabeza en mi hombro que nos quedamos así los dos, dentro del coche, acurrucados.

—Es tan bueno tener a alguien de la familia aquí. ¡Espero de verdad que te guste este lugar!

—Yo también espero que me guste.

No hacía falta irme tan lejos. Pero Gustavo se volvió tan posesivo, y sus celos lo cegaron hasta el punto de dejarme encerrada en casa, que imagino que habría ido a por mí a cualquier parte: São Paulo, Paraná, Recife... entonces, ¿qué le impediría ir a Argentina, Canadá o Estados Unidos?

He venido a un lugar desconocido para reconstruir mi vida y, con el apoyo de un primo al que quiero tanto, siento que lo

conseguiré muy rápido.

De hecho, ya siento el alivio, la libertad, la sensación de paz de estar lejos de toda la pesadilla que viví en Brasil.

Hasta en el momento de bajar del avión tuve miedo de que me obligaran a volver, pero ahora, aquí en casa de Leon, sana y salva, siento que ha llegado la hora de dejar el pasado atrás y empezar una nueva historia.

¿Quién sabe si algún día viviré un cuento de hadas, como Leon?

Estoy deseando que llegue.

CAPÍTULO 5

Ravena Lessa

No sé si fue el desfase horario lo que me descolocó o el cansancio emocional.

Dormí casi dos días enteros; solo me levantaba para hidratarme o comer. No tenía ni idea de que el frío y unos copos de nieve cayendo al otro lado de la ventana fueran a provocarme esa sensación de hibernación.

Al tercer día, me desperté dispuesta a ayudar.

Me levanté muy temprano, incluso antes que Leon, y fui a conocer la tienda: un lugar espacioso, con doce mesas grandes repartidas frente a la vitrina interior casi infinita de tartas y dulces.

Dos de las tres cocinas del local eran visibles incluso desde fuera, porque sus paredes eran de cristal. La cocina principal estaba al fondo, pues tenía batidoras y otras máquinas más grandes que yo.

Encendí la televisión, puse en marcha el robot aspirador y salí detrás de él con un paño húmedo para limpiar el local.

—Autoridades de toda Europa asistieron a la ceremonia del rey Gullivar. —Lo oigo en inglés—. Su heredero, Haakon Tercero, fue puntual y no hubo ningún escándalo durante el rito.

Intento correr hasta el aparato para ver cómo es el príncipe, pero cuando llego, cortan la imagen y pasan al rey barbudo saludando a la gente.

—El rey Gullivar era amado y...

—¿Has despertado, bella durmiente? —Leon se frota los ojos y bosteza; ya lleva el delantal puesto y una bandana en la cabeza.

—Sí... no quería interrumpir tu sueño, así que empecé limpiando...

—Prima, no hace falta que hagas eso...

—No, quiero hacerlo e insisto. Ya llevo dos días sin trabajar; ahora necesito ser útil. —Sigo persiguiendo al robot aspirador con el paño.

—¿Limpiando el suelo? —Se rasca la frente.

—Por algún sitio hay que empezar, ¿no? —Echo un vistazo panorámico al lugar—. Dios mío, Leon, qué sitio tan bonito... Recuerda a aquellas confiterías de gente muy rica de Brasil...

—Sí —asiente.

—Nuestra familia estaría orgullosa, si pudiera verlo...

—¿Tú crees? —Sonríe, pero percibo su mirada triste—. Venga, ven conmigo a separar claras de yemas y a meter remolachas en la peladora.

—¿Remolachas? —Me quedo intrigada. ¿Qué dulce podría llevar eso?

—Sí, vamos a hacer un Red Velvet para la reina.

Parte médico: bien jodida.

Me congelo por dentro. Pero no voy a pasar vergüenza de entrada, porque sé separar claras de yemas.

—¿Y cómo es ese baile? ¿Es como en los cuentos de hadas? —Intento concentrarme en el trabajo, pero quiero conversación.

—Algo así —se divierte Leon—. Vendrán algunas princesas escogidas a dedo, de varias partes del mundo, y el príncipe elegirá a una de ellas para casarse y tener a su heredero.

—¿Y cómo es él?

—Nena, ¡no me puedo creer que todavía no hayas buscado una foto de ese hombre! —Leon hace amago de coger el móvil, pero se lo impido.

—No, no hace falta, a ver si no va a ser muy fotogénico...

—Prima, es muy fotogénico.

—Ya... pero prefiero verlo en persona. ¿Crees que será posible?

—Probablemente sí —se lo piensa—. Te llevo conmigo a entregarle la tarta a la reina, ¿qué te parece?

—¡Excelente!

—Pero ¿seguro que no quieres buscarlo en Google?

—No... no voy a hacerme ilusiones como me pasó con el príncipe Harry. Yo soñaba con que, cuando nos encontráramos, con una sola mirada él sabría que yo era la mujer adecuada para él y me pediría matrimonio —divago—. No voy a crearme expectativas con otro príncipe...

Los empleados de la tienda empiezan a llegar uno a uno y mi primo me los presenta a todos.

Algunos trabajan en el almacén contando, separando y cargando mercancía. Uno que otro ayuda a Leon en la cocina —él es obsesivo y le gusta hacerlo todo perfecto—, y el resto del personal atiende en el salón a la gente que va llegando.

Todas las instrucciones que me da las ejecuto muy bien.

Creo que voy a poder seguir fingiendo que me gradué en gastronomía.

Príncipe Haakon III

En el viaje a Drü me reencontré con toda mi familia: mi madre, mi otra abuela y mi hermano menor. Cumplimos todo el rito de despedida del rey y nos quedamos dos días más disfrutando del palacio de verano.

A la vuelta me bombardearon con obligaciones reales y mantuve a Svar a mi lado en todo momento, ya que era el único en quien confiaba para aconsejarme.

—Si renuncia, Alteza, la monarquía no lo soportará —me explica Laios con más calma—. Usted es el último de este linaje que posee gran carisma y respeto, aun siendo reacio a las reglas.

—Tu hermana, la princesa Lívia, es la siguiente en la línea de sucesión. Desde que desapareciste, el rey decidió enviarla al Reino Unido para estrechar lazos más sólidos con la monarquía de allí. Solo tiene doce años; si renuncias, querrán traerla de vuelta y casarla con algún noble viejo o algún magnate. —Svar se masajea la frente—. Será un enorme quebradero de cabeza.

—Y el parlamento puede obligarla a cumplir las voluntades del rey y a tener un heredero.

—¿Con doce años? —Muestro mi preocupación.

—La tradición es la tradición —es lo que dice él—. Solo se asciende al trono con un heredero. La tradición es la tradición... —repite sacudiendo la cabeza.

—Y aun así queréis elegir al monarca menos tradicional de todos los tiempos —provoco.

—También el más carismático. Ese ojo morado le ha granjeado mucha popularidad, sobre todo porque se filtró el vídeo entero de la escena: la pobre mujer arrastrada por aquel hombre y usted salvándola. Han hecho gifs e imágenes del momento en que vuestras miradas se cruzan... ¡las doncellas están alborotadas!

—¿Quién lo filtró? —pregunta Svar.

—Yo —digo, para sorpresa de ambos.

—¿Alteza? —Laios se desconcierta y se agarra con fuerza a la mesa para no caerse.

—¡Lo hice para que vieran que no estoy preparado para controlar ni mis propios instintos, imaginaos cuatro países!

—Y ahora lo adoran aún más. La popularidad ha subido al 91 %.

Apoyo la cabeza sobre la mesa del gabinete real y me doy unos golpecitos suaves con la frente. Por mucho que intente manchar mi imagen, nunca lo consigo. Parece un castigo divino, o el destino riéndose en mi cara.

—Ahora todos quieren saber quién es la joven doncella en apuros —dice Laios.

—¿Todavía no ha conseguido encontrarla? ¡Quiero mi maleta!

—Alteza, usted me dio unas braguitas beis...

—¿No puede llamar al Aeropuerto Internacional de Guarulhos o a la compañía aérea y pedir sus datos de viaje? —dice Svar en tono autoritario—. ¡Es para su futuro rey!

—¿Y qué digo?

—¡Diga que es un asunto diplomático del Septentrión, hombre! ¡Vaya! ¡Vaya deprisa! —Svar lo echa de la sala.

Y nos ponemos a reír a carcajadas, segundos después.

—Gracias, solo así se consigue tener paz.

—Ahora en serio, primo. De verdad que oí la conversación de casar a Lívia con algún noble o magnate del Septentrión. El consejo real es impredecible, y...

—No voy a permitir que le hagan eso a mi hermana —lo interrumpo, masajeándome las sienes—. ¿Novedades del parlamento? ¿Se inclinan por alguien?

—Stephan.

—¿Stephan? —Oír ese nombre me provoca un malestar repentino.

Me levanto de la silla y le doy una patada a la pesada mesa; el sonido de esta arrastrándose por el suelo se prolonga.

El desgraciado de Stephan fue quien mató a Dianna.

Lo sé, ¡cada parte de mí grita que el culpable es ese bastardo!

Éramos felices y llevábamos bien nuestro romance a escondidas, hasta que aparecieron los paparazzi y ella empezó a comportarse de forma extraña. Solo supe que estaba embarazada cuando apareció muerta.

Stephan la acechaba. Los vi juntos varias veces; él no perdía la oportunidad de volverme loco y provocarme celos.

Él la mató.

—¿Stephan? ¿Regente? —Todavía no me lo puedo creer; arqueo las cejas, alarmado.

—Pensaba que era lo que querías... ¿No fuiste a Brasil en busca del príncipe Ayslan Linkalter? ¿Qué mejor que su hermano para gobernar?

—Hermano bastardo —dejo claro—. Hijo del antiguo rey después de renunciar y perder sus prerrogativas. Ayslan nació antes de la renuncia, tiene derechos. Pero ¿Stephan? —Cojo aire para contener la furia.

—No hay nada que hacer, Haakon. No se encontraron pruebas que lo inculparan en el caso de Dianna... y tiene amigos influyentes en el parlamento. Tanto es así que ahora es tu mano derecha.

—¡Mi mano derecha y una mierda! —refunfuño—. Si al menos hubiera convencido a Ayslan de volver...

—Aprovechando el tema, dime: ¿conseguiste contactar con él?

—Sí. Vive en São Paulo y trabaja como médico en un hospital llamado Rota da Vida. ¿Te lo puedes creer?

—Me lo creo. Ayslan fue el precursor de los rebeldes de la realeza —se divierte Svar—. ¿Y qué te dijo? No pareces contento.

—Me pidió mi bendición para casarse con una tal Patrícia Sanches.

—¿Y qué le dijiste? —Se levanta y empieza a arreglarse la ropa.

—Que yo no era el rey para conceder nada.

—¿Y qué dijo él?

—«Todavía no eres el rey», y me guiñó un ojo.

—El primo Linkalter es un rebelde, como tú. ¡Dos cabezotas! —se divierte, mientras ordena sus cosas en el maletín.

—Pero ¿Stephan...? Ahora sí que estoy seguro de que quieren acabar con la monarquía, ¡mira a quién quieren poner! ¡Odia a nuestra familia! ¡Cree que somos unos usurpadores del trono! ¡Y encima mató a la mujer que yo amaba!

Svar se encoge de hombros, sin darle mucha importancia.

—¿Adónde crees que vas?

—Ya es mi hora, Haks. Le prometí a Leo que iría a verlo en cuanto llegara a Koioskovo; hoy me ha llamado preocupado pidiendo noticias. Pero tranquilo, está haciendo algunas tartas y dulces para que las reinas los prueben y den su aprobación.

—Ya está aprobado; mamá y la abuela lo adoran.

—Lo sé, pero ha dicho que insistía.

—¿Y por qué no asistió a la ceremonia fúnebre de mi padre?

—Leo pidió disculpas: tuvo que socorrer y cuidar a su prima.

—¿Una prima es más importante que el rey? —Me rasco la barbilla.

—Claro que no, Haks. Pero la familia es lo primero; esa es la mayor tradición de la familia real.

—¿El rey no era familia suya?

—Claro que sí. Igual que su prima también lo es.

Resoplo y empiezo a trastear en el portátil sin rumbo.

—Dile a mi cuñado —siempre lo llamo así, porque considero a Svar mi hermano— que lo perdono.

—Se alegrará de oírlo. —Svar me aprieta el hombro con firmeza—. Vuelvo mañana, bien temprano. Si tienes alguna urgencia, llámame.

—Claro que sí. —Sigo abriendo y cerrando páginas en el portátil.

Ravena Lessa

La tienda cerró a las 17 h, más temprano de lo habitual, pero todos los clientes de la larga cola de fuera fueron debidamente atendidos.

Me puse un vestido negro y, encima, una chaqueta de Leon. Mi abrigo estaba en la maleta de mano y todavía no había salido a comprarme ropa nueva.

Un hombre alto y de pelo cobrizo entró en la tienda e inmediatamente supe que era Svar. No sé si fue por la forma en que miró a Leon a través de la pared de cristal de la cocina o por el gritito entusiasmado de los clientes que quedaban en el local, antes de cerrar.

—¿Qué haces aquí? —oigo gritar a mi primo desde dentro—. ¡No tenías que llegar tan pronto! —dice ya en la recepción, jadeando.

—Quería darte una sorpresa. —El hombre, vestido de negro de arriba abajo, muy elegante, le entrega una flor azul brillante—. Te he traído esto. Es de nuestros jardines de Drü.

—Flores puedes regalárselas a los muertos; yo quiero otra cosa. —Se pone de puntillas cuando abraza al hombre—. Ven aquí, deja que te presente a uno de los amores de mi vida. —Lo arrastra hacia mí—. ¡Mi prima Ravena!

—Hola —digo, y la timidez se apodera de mí.

Más aún porque él es altísimo y tiene una presencia imponente.

Svar entorna los ojos cuando me mira, como si mi cara le resultara familiar o como si yo estuviera sucia.

Por si acaso, me paso las manos por las mejillas y la frente, me las limpio en la chaqueta y le estrecho la mano.

—Es un placer conocerlo... —Dejo un silencio en el aire—. No sé qué tratamiento se le da a un duque —le pido ayuda a Leon.

—Vuestra Gracia —se divierte mi primo.

—Puedes llamarme Svar. —Me estrecha la mano—. Es un placer conocerte, Ravena. Este de aquí apenas podía dormir esperando tu llegada.

Posa la mano abierta sobre la cabeza de Leon, le quita el pañuelo que la cubre y le revuelve el pelo.

—Yo también estaba deseando llegar...

—Venga, vamos adentro a tomarnos un buen chocolate caliente arriba. —Leon le indica que pase.

Los pocos clientes sacan sus móviles y hacen algunas fotos, saludan al duque y vuelven a comer.

Al pasar por el ancho pasillo de la tienda, observo todo lo que mi primo ha preparado para la degustación de las reinas: tartas, palos de chocolate, milhojas, pasteles con coberturas y rellenos completamente diferentes. Y todo eso lo ha hecho hoy, y yo he ayudado. Separando huevos, tamizando la harina y echando el azúcar, pero he ayudado.

—Bueno... Su Alteza comentó tu ausencia en el funeral del rey —le dice Svar a Leon.

—Es culpa mía, lo asumo. Pero Ravena durmió tres días enteros y yo no podía dejarla sola. —Mi primo parece angustiado.

Y el otro lo observa en silencio, juzgándolo con la mirada.

—¿Por qué no la llevaste? —Levanta la taza para recibir el líquido caliente y perfumado.

—Fue un viaje agotador, Svar. Está el desfase horario... Y ella ha pasado por muy malos momentos... necesitaba descansar.

—Si he ofendido al príncipe, puedo pedirle disculpas personalmente —digo.

¿Sería esa mi oportunidad de conseguir a mi príncipe Harry vikingo?

Si se parece mínimamente a Svar, presiento que me voy a desmayar. ¿Cómo voy a comportarme delante de un hombre tan alto y de ojos tan llamativos? ¿Y si tiene melena? ¡Dios mío!

—Su Alteza se lo agradecería —se divierte Svar, y bebe el chocolate caliente. Saca el móvil que le vibra en el bolsillo y esboza una risa que intenta contener; no lo consigue, y aparta la taza.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? —Leon se pone nerviosísimo.

—Nada... nada, te lo juro.

—¿No está bueno?

—Sí. Es solo que... es gracioso...

—¿Qué es gracioso? —Leon se cruza de brazos.

—¿Has seguido las noticias?

—No. Estaba ocupado comprando todo lo que necesitaba para la confitería; estaba todo cerrado, fue difícil encontrar productos de buena calidad y... ¿De qué te ríes, Svar? —Leon da golpecitos con el pie.

Y yo me quedo observándolos a los dos, sin saber qué decir.

—De nada. ¿Podrías ir a buscarme un trozo de tarta de limón?

—Vale.

—Voy yo, seguid hablando —digo—. Después de días separados, imagino que querréis estar solos un minuto.

—Con un minuto no arreglamos nada. —Leon se ríe y se sienta en el regazo de Svar—. ¿Seguro que quieres bajar? ¿No quieres que te ayude?

—Sí, primo, quédate y recuperad el tiempo perdido.

Me levanto y voy al ascensor; veo que los empleados se están preparando para marcharse y ya no quedan clientes: la tienda ha cerrado.

Busco la tarta de limón por la vitrina y no la encuentro.

Vuelvo al pasillo y tampoco la veo. Hay tarta de avellana con nueces, de fresa, una torre de bombones, otra de carolinas... hay tantas cosas que hasta se me hace la boca agua.

Al entrar en la cocina me encuentro a un hombre que no ha estado aquí en todo el día —y Leon me presentó a todos sus empleados.

Tiene el pelo revuelto, es muy alto y va vestido de negro, de espaldas a mí.

Las manos me empiezan a temblar cuando veo, sobre la encimera ya limpia, un pasamontañas negro de esos que solo dejan ver los ojos. Cojo el primer objeto que encuentro por el camino —un rodillo de amasar— y me voy acercando lentamente.

Dios mío, ¡ha entrado un ladrón!

Y no hay tiempo de avisar a Leon, tengo que hacer algo...

Aprovecho que está concentrado en algo y no oye mis pasos, doy un salto y le asesto un golpe con el rodillo de lleno en la cabeza.

—¡Leon! ¡Socorro! ¡Han entrado a robar en la tienda! —grito.

—¡Aaaay!

—¿Cómo has entrado aquí? ¿Quién eres? —Salto a su espalda cuando se encorva y empiezo a darle patadas en los muslos y algunos coscorrones en la cabeza—. ¡Vete de aquí o llamo a la policía! —grito.

El corazón se me acelera. Apenas puedo creer que haya recuperado el valor; siento la adrenalina en las venas, estoy haciendo algo muy peligroso, pero no tengo miedo, por primera vez en mucho tiempo.

—¡Suéltame! —gruñe él. Sus manos intentan alcanzarme.

—¡Vete de aquí o sigo pegando!

—¡Loca!

Se tambalea por toda la cocina conmigo a su espalda; estoy aferrada a su cuello. Hacemos tanto ruido que oigo —para mi alivio — pasos en el pasillo.

Leon y Svar llegan, con los ojos como platos y desconcertados.

—¡Leon! ¡Llama a la policía! ¡He pillado a este ladrón aquí dentro!

—¡Quitadme a esta loca de encima! —dice el otro despacio, porque le suelto un sopapo con cada palabra que pronuncia.

Todo resulta extraño cuando ni Svar ni Leon reaccionan; de hecho, el primero se está riendo y mi primo está blanco como el papel.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Mi primo me hace señas para que baje, y yo suelto el cuello del hombre, me deslizo hasta pisar firme en el suelo y siento que él me agarra del pelo con fuerza, casi dejándome de puntillas.

—¿Te has vuelto loca, mujer?

A la primera oportunidad que tengo, le piso el pie para que me suelte.

—¡Aaaay!

—Prima, ¿qué has hecho?

—Perdón, pensaba que era un ladrón. —Señalo el pasamontañas sobre la mesa.

—A... A... A... Alteza, lo siento muchísimo. —Leon acude en su auxilio.

—Tranquilo, cuñado, quise dar una sorpresa. —Se masajea la nuca.

Vuelve la cara levemente hacia mí y solo ahora consigo ver el aspecto del príncipe; doy un salto hacia atrás y me apoyo en la encimera, con los ojos como platos.

¡Es él! ¡El hombre del avión que se llevó mi maleta! ¡El hombre que le dio una paliza a Gustavo! ¡Iovius!

—¿Alteza? —pregunto, confundida por lo que eso significa.

—¿Dígame? —Me mira, furioso, palpándose la cabeza.

—Podrían detenerla por esto, lo sabes, ¿verdad? —murmura Svar—. Atentado terrorista contra el futuro rey e intento de homicidio.

—¿Qué? ¿Me van a detener? —digo desesperada.

Y de quien más espero una respuesta, la persona a la que acabo de agredir, no recibo más que una mirada confusa y desconcertada, las cejas casi unidas en la frente fruncida y los labios entreabiertos.

—¡Por favor, no me detenga! —Me arrodillo ante él.

CAPÍTULO 6

Ravena Lessa

—¡Te estoy dando orden de arresto! ¡Siéntate aquí y no te muevas! —Iovius me lleva hasta el salón y me deja sentada a una mesa.

Ahora sé su nombre de verdad: es Haakon Tercero. También sé que es el futuro rey de este país, el príncipe del que todo el mundo habla.

Y yo acabo de agredirlo, porque pensaba que era un atracador, alguien que había entrado a robar en la tienda.

Freud, sentado en el diván del rinconcito de mi cerebro, garabatea frenéticamente en su bloc de notas. Al terminar, muestra el parte médico: chalada, loca & desquiciada.

Observo, con un tic nervioso en la pierna, cómo el príncipe vuelve a la cocina. A través de la pared de cristal veo a mi primo implorando, casi tirándose a los pies del hombre, y a él impasible, mirándolo con severidad. Svar aparece con una pastilla y él se la toma de un trago.

—¿Qué he hecho, Dios mío? —Sigo con el temblequeo en la pierna—. ¡Apenas acabo de llegar y ya estoy montando líos! ¡Me va a deportar! ¡Va a redactar una ley para que nunca más pueda entrar en su país!

Si antes estaba nerviosa, empiezo a quedarme sin aire al darme cuenta de que frente al establecimiento hay seis guardias reales; el uniforme es azul cobalto, con varias medallas en el pecho, y llevan un sombrero parecido a esos tan extravagantes de Inglaterra.

Y dos hombres de negro y gafas de sol caminan ahí fuera, impidiendo que los transeúntes se acerquen al escaparate.

Bajo los hombros al ver volver al hombre alto y elegante, con el ojo aún marcado por los restos de un hematoma. Lleva en la mano izquierda un trozo de tarta y con la otra se sujeta una bolsa de hielo en lo alto de la cabeza. Se sienta en el banco justo enfrente del mío y empieza a comer, mientras sus ojos me examinan.

—Yo pensaba que era un atra...

—No hables sin mi permiso. —Levanta el índice y sigue comiendo.

No sé qué es más incómodo: no poder hablar o que me observe mientras come.

—¿Qué debería hacer contigo? ¿Arresto domiciliario o deportarte? —dice en tono rudo.

¿Puedo hablar ya?

El pecho me rebota sin parar; el aliento ya ni existe. De repente el hombre ha cambiado de la noche a la mañana, y con razón. Yo tampoco trataría con amabilidad a alguien que me hiciera daño.

Creo que he estropeado cualquier buena impresión que hubiera dejado —me río solo de pensarlo.

¿Qué impresión dejé? Huyendo de un ex abusivo y montando un alboroto en el aeropuerto. Menuda mierda de buena impresión, Ravena.

—No... voy a pensar en un castigo más adecuado para ti... —Se pasa la lengua por los labios y mueve las cejas.

Sus ojos ya no están rojos ni llorosos después de los golpes. Y come exactamente igual que en el avión: la espalda apoyada en el acolchado del banco, la mano —bastante más grande que la mía— sujetando el tenedor con ligereza y la tarta llegando a su boca sin que mueva siquiera el cuello hacia delante. Y me guiña los ojos mientras mastica.

—¿A qué has venido a mi país?

—¿Ya puedo hablar? —murmuro.

—Te he hecho una pregunta.

—Ah, sí... bueno, he venido a visitar a mi primo Leon.

—¿El duque es tu primo?

—Sí... bueno, yo no sabía que era duque. Creo que, a estas alturas, ya habrás entendido que huí de un hombre malo, que me hacía daño y no me dejaba ser feliz. Mi primo me ofreció refugio... Majestad. —Hasta el tratamiento confundo, de puro nerviosismo.

Veo asomar una fina sonrisa en sus labios, pero su semblante recupera enseguida la rabia.

—¿Sabes lo del vídeo?

—¿Qué vídeo?

Haakon saca el móvil del bolsillo y lo deja sobre la mesa. Veo, a través de una cámara de buena calidad, el momento exacto en que Gustavo recibe la patada en el pecho y yo me libro de sus manos. Se me ve la cara durante unos cuatro segundos, es un fotograma rápido, pero Haakon es visible todo el tiempo.

Él me abraza y yo lo miro, desorientada, con la cara muy cerca de su pecho. La mirada de confusión y gratitud queda grabada en el vídeo, y yo suspiro solo de recordarlo.

—Gracias. Ya te lo dije una vez, ¿te acuerdas?

—También dijiste que me debías la vida —recuerda él, y se me eriza toda la piel.

¿Se acuerda de eso?

—Si le hubieras pegado así a él, quizá las cosas habrían sido diferentes —refunfuña—. ¿Llegas a mi país y ya te sientes una mujer vikinga? ¿Te crees que puedes pegar a los ciudadanos sin recibir castigo?

—Perdón, Majestad.

El príncipe vuelve a comer; parece importarle un comino mis disculpas.

—Y siento mucho que le hiciera daño en el ojo —digo nerviosa.

—No pasa nada, le arranqué todos los dientes —dice tranquilo —. Le habría arrancado los dedos, pero la policía de tu país intervino a tiempo. Y yo tenía que coger el vuelo.

Asiento. Una parte de mí quiere sonreír y darle las gracias una vez más; otra parte se encoge ante él.

—El Septentrión no es lugar para gente problemática —dice con severidad.

—Pensaba que descendíais de los vikingos... —comento bajito, para mí misma.

—No... —Arquea las cejas—. No hables mientras yo hablo.

—Vale...

—¡Lo estás haciendo otra vez!

—De acuerdo.

—¿Serás capaz de...?

—Sí, me quedaré callada.

—¡Ravena!

Ahora estamos los dos sacudiendo la pierna y golpeando el suelo con el pie. Me doy cuenta porque he pisado sin querer su bota militar. Una más para mi lista.

—Aprecio a mi cuñado, el duque. —Levanta el dedo índice—. A ti no te aprecio.

Sí. Lo he estropeado todo. Me reencontré con el guaperas, algo que parecía imposible, pero lo he echado todo a perder con mi costumbre insensata. Actué por impulso, lo admito. Quise proteger a Leon y a Svar, desorientar al intruso y llamar a la policía. Salió todo mal.

—Vale... —Aprieto los labios antes de terminar de hablar.

—La gente está comentando ese vídeo y quiere descubrir quién es esa mujer. —Señala el móvil—. No aparezcas en público, y mucho menos cerca de mí. O pensarán cosas equivocadas.

—De acu...

Él me lanza su mirada más contundente, dejándome claro que debo callarme y solo escuchar.

—¿No sabes comportarte delante de un futuro rey?

Sacudo los brazos.

—¡Te he hecho una pregunta!

—No. No sé comportarme. —Bajo la cara.

Siento su mano suave tocarme la barbilla, elevando mi mirada. Me mordisqueo el labio inferior y contemplo su rostro enrojecido. Por lo visto, a los guardias de ahí fuera les está gustando ver la reprimenda que estoy recibiendo.

—Pues tendrás que aprender, si quieres pisar mi casa —gruñe —. ¿Tienes alguna pregunta?

—Sí.

—¿Dime?

—¿Por qué mentiste con tu nombre? Príncipe Haakon.

—Mi nombre es Haakon Iovius Erick Harry Tercero —dice, sin pestañear.

¿Harry? ¿Ha dicho Harry? ¿He oído Harry?

Empiezo a zarandear al Freud de dentro de mi mente y a sufrir un ataque.

—Por cierto, quiero mi maleta de vuelta.

—¡Ah! —Tamborileo los dedos sobre la mesa—. ¡La maleta! ¡Yo también quiero la mía de vuelta! ¡Y fuiste tú! —Lo señalo con el dedo, en tono acusador—. ¡Tú fuiste quien la cogió mal!

Un vistazo rápido hacia fuera y los diez hombres me están mirando como si fuera camino de la silla eléctrica en cuestión de segundos. La desaprobación hasta me hace encogerme.

Haakon cierra la mano sobre mi dedo y lo baja muy despacio, sin apartar los ojos de mí. Aprieta mi mano contra la mesa; siento la palma de su mano bien caliente y suave, casi acariciando el dorso de la mía.

—Y si falta un solo diamante dentro de mi maleta, decreto cadena perpetua —gruñe—. Y encima te deporto.

—Ni siquiera conseguí abrir tu maleta —me defiendo.

—¿Dónde están tu pasaporte y tu visado? ¿Cuántos días tienes derecho a quedarte en mi país?

—90 días —murmuro.

Los músculos de la cara de Haakon se contraen y me examina minuciosamente; creo que está intentando averiguar si he mentido en algún momento.

—¿Y después? ¿Qué vas a hacer? ¿Volver a tu país? ¿Convertirte en estadística? ¿Vas a ver a ese hombre otra vez?

—No lo sé, señor... majesteza... —Bajo la cabeza—. Espero que no.

—¡Trae mi maleta!

Me levanto, confundida, y casi me siento a su lado y le doy un apretón al bulto del pantalón. Leon usa «paquete» como sinónimo de pene, y estoy tan aturdida que casi cometo otra estupidez.

—¿Qué estás a punto de hacer? —Me mira, tan confundido como yo por haberme acercado.

—Voy a por su paquete. Digo, no ese paquete. La maleta... la otra maleta, *majesteza*...

—¡Y que no falte nada, ni un diamante!

—Espero que tampoco falte nada de la mía —comento.

Quería haber dicho «que no falten diamantes», pero, la verdad, nunca los he visto ni catado, solo he oído hablar de ellos.

—Pues en tu maleta faltan unas braguitas beis y un abrigo —es él quien comenta bajito ahora.

—¿Qué?

—¡No puedes hablar conmigo si no te he hecho una pregunta!

Príncipe Haakon III

Nunca en toda mi vida me habían faltado tanto al respeto.

Como si no bastara con tener un ojo morado por su culpa y por mi impulsividad, ahora tendría un chichón en la cabeza, a punto de recibir la corona.

Ravena.

Nunca pensé que conocería a una mujer más impulsiva y explosiva que yo, capaz de atacarme sin pensárselo dos veces. Por no hablar de lo insolente que fue: lo mínimo que debería saber al venir a mi país es cómo tratar a alguien de la nobleza.

Fue completamente descortés, irrespetuosa, y cometió por lo menos tres delitos que le garantizarían una invitación a regresar a su país y acabar en la cárcel.

Me gustó.

Pero no lo demostré en absoluto. No delante de los guardias.

En varios momentos contuve la risa. La reprimenda pareció surtir efecto y la dejó muy tensa, con la sensación de estar en deuda conmigo, y creo que puedo aprovecharlo en algún momento.

Cuando entramos por el pasillo de la confitería, posé la mano en su cintura para guiarla. Su andar tímido y desconcertado no encajaba con la mujer de fibra y garra que no se lo pensó dos veces antes de atacarme.

Es más fuerte de lo que cree. Y valiente también.

Hay un viejo dicho de mi tierra que reza: cuando tus pies pisen el norte, encontrarás lo que necesitas.

Creo que era eso lo que ella necesitaba: recuperar su fuerza interior y no temer a nada.

Recuperé la maleta que dejé atrás por error y comprobé cada una de las cosas que había dentro: ropa formal, diamantes y dinero;

todo en orden.

—¿Quieres que te acompañe al palacio, primo?

—No, vosotros dos lleváis casi una semana sin veros. Así que disfrutad. —Agarro el hombro de Svar.

—Gracias.

—Y tú. —Señalo a la de modales salvajes—. ¡Compórtate! Esta vez no serás detenida, pero piensa bien en tus actos. ¿Qué crees que pasaría si le dieras con un rodillo de amasar en la cabeza al presidente de tu país?

Su ceño fruncido me divierte muchísimo. Como si le pareciera un absurdo que yo dijera eso. Pero está en mi reino, en mi país, en mi tierra, y aquí quien da las órdenes soy yo.

—¡Deja de causar problemas! —es lo último que le digo antes de salir.

Ravena Lessa

Dormí muy mal durante la noche.

Soñé que Gustavo entraba por la puerta de la tienda y después reventaba la puerta de mi habitación.

Nada más verme en la cama, empezó a desvestirse, tambaleándose en la oscuridad. El olor a alcohol era fuerte, y me mostró la pistola que llevaba mientras apuntaba hacia abajo.

—Ven aquí, puta. Ven aquí, ya sabes lo que tienes que hacer.

Temblando y casi sin poder tenerme en pie, me arrastré hasta llegar a él. Con la cara agachada para no verlo, siento las manos de Gustavo guiándome para desabrocharle el pantalón y bajarle después la cremallera.

—Abre la puta boca, venga —dice.

Al darse cuenta de que no estoy tan dispuesta a obedecerlo, me agarra fuerte del pelo y me empuja contra su pene.

Me despierto llorando y dando un salto de la cama, intentando alejarme de donde él estaba, en mi sueño, a menos de un metro.

Después examino la habitación a oscuras y miro hacia fuera.

Por la ventana de mi cuarto, en la última planta del edificio, observo dormir a toda la ciudad. Las luces de las farolas mostraban el blanco de la nieve empezando a extenderse por la calle y, en el horizonte, por encima y por detrás del majestuoso palacio, luces violetas y esmeraldas corriendo como un río por el cielo.

Les mandé un mensaje a mis padres, solo para decirles que estaba bien y que no tenían que preocuparse. Y me puse a leer un poco, ya que no conseguía dormir.

—¿Madrugando? —Leon me da un susto cuando bajo a la cocina del piso a beber agua.

—No he podido dormir...

—¿Ha sido el ruido de mi cama? —Leon se lleva la taza a la boca—. ¿Tanto ruido hemos hecho Svar y yo?

—No...

—Es broma. Claro que no hice ningún ruido: estaba encadenado y debidamente amordazado. —Vuelve a beber y mira hacia un rincón—. Me trataron como a la princesita que soy: o sea, como a una grandísima golfa.

Intento reírme bajito y me siento frente a él.

—No fue eso... Todavía no consigo acostumbrarme: a mediodía o a medianoche, el cielo está igual...

—Tardarás un tiempo en acostumbrarte...

—Si es que me acostumbro, ¿no, primo? Después de lo de ayer, creo que mis posibilidades de conseguir un visado de residencia han pasado de difíciles a imposibles.

—No digas eso —me consuela, acariciándome el hombro.

—Nunca pensé que le daría con un rodillo de amasar en la cabeza a alguien. ¡Y encima a un príncipe! ¡Tuve suerte de que no me detuviera!

Mi primo se divierte, echando la cabeza hacia atrás.

—Qué lúdico, ¿no? Normalmente son esos tíos los que nos encadenan y nos dan latigazos, y vas tú y le arreas un golpe...

—Ah, ¿a su familia le gustan las cosas fuertes? ¿Un poco de BDSM? —Ya me pica la curiosidad.

—¡¿Y a quién no?! —Leon se lleva la taza a la boca y se lo bebe todo muy despacio, hasta la última gota.

En eso tengo que darle la razón. Yo misma estaba leyendo un libro recién salido en Amazon que me tiene babeando... Aunque eso de la dominación y la sumisión me asuste, me intriga cómo alguien puede encontrar placer en el dolor.

Todo lo que viví con Gustavo en los últimos meses fue dolor y humillación. No hubo ningún placer.

¿Sería posible vivir ambas cosas? No sé si puedo creerlo.

—¿Qué pasa? ¿Qué te hace tanta gracia? ¿No podría detenerme? —La carcajada de Leon me devuelve a la realidad.

—Claro que podría. Creo que hasta quiere...

—Pues eso... ¡debe de odiarme! Lo estropeé todo. —Hago un puchero. La primera oportunidad que tengo con un «príncipe Harry» y se va al garete—. ¿Podría saltarme el día de hoy y no ir contigo a la degustación de las tartas?

—¿Por qué?

—Imagino que el último lugar donde Harry, digo, Haakon... —Cuando percibo su cara de extrañeza porque trato al príncipe por su nombre de pila, adopto el tono pomposo—: ... digo... Imagino que ese será el último lugar donde su vuestra mi alteza... querrá verme.

—Pues le ha mandado un mensaje a Svar hace unos minutos, antes de que se fuera. Ha dicho que insistía en que fueras.

—¿En serio?

—Y que, si tú no ibas, ni falta que hacía que yo llevara las tartas.

—Parte médico: ¡chalado! Digo... ¡Qué alteza más chalado! —Hago girar el dedo índice alrededor de la oreja.

—No te preocupes: como no sabes comportarte ante la nobleza, basta con que hagas lo que yo haga.

—No sé si es buena idea...

—Bueno... si el futuro rey ha insistido, mejor que vayas. Ha dicho que además tenía que devolverte una cosa.

—¡Mi maleta! ¡Es verdad! Vale... esta vez intentaré comportarme.

*

—¡Si ni siquiera tengo ropa para pisar un palacio! —Busqué una vestimenta negra y modesta, que respetara el luto del país y me protegiera del frío.

Me recojo el pelo y me cubro la cabeza con un pañuelo; llevo guantes y un delantal de la confitería.

Al bajar, Leon y los empleados ya habían cargado la furgoneta con todo, y solo nos quedó partir rumbo al palacio.

Aun con el cielo oscuro a las nueve de la mañana, la ciudad ya empezaba a cobrar movimiento, y la claridad de las farolas les daba un encanto a las casas de colores. Nunca había leído ni investigado sobre la noche polar, y estaba dividida entre encontrar el fenómeno bello o melancólico.

El lado positivo es que el cielo parecía un tapiz de estrellas durante todo el día; los tonos oscuros de azul y las manchas grisáceas del universo parecían darle vida a la ciudad de colores.

El lado negativo es que, sin sol y sin calor, mis sentimientos andaban revueltos, la sensación de cansancio se prolongaba y yo no tenía ánimo para nada.

Leon me llenó de pastillas y vitaminas y me aseguró que iríamos al médico a la primera oportunidad, para ver cómo estaba mi salud y cómo debía cuidarme en el nuevo lugar.

Hasta la textura de mi pelo sentí que había cambiado. O a lo mejor eran cosas mías.

—Madre mía de la abadía. —Abandono mis pensamientos para contemplar el palacio.

No es exactamente como en los cuentos de hadas ni en las películas de Disney, pero es una construcción monumental de cinco plantas, con ocho torres alargadas en los extremos y una mayor en el centro.

El jardín justo delante del edificio me encanta; las flores tienen colores tan vibrantes como la aurora boreal: un azul turquesa que parece brillar en la oscuridad, lila, rosa y morado por todas partes.

Los guardias nos dejan pasar y Leon conduce hasta la entrada trasera, donde nos registran sin contemplaciones.

—Buenos días, Vuestra Gracia —dice el guardia, y mi primo se queda algo cohibido.

—Buenos días, Ulisses. Puedes llamarme Leon, ya sabes mi nombre.

La amabilidad y la dulzura con que mi primo trata a todo el mundo son realmente encantadoras. Intento imitarlo, pero a nadie le importa mucho; al fin y al cabo, aquí soy una completa desconocida.

Por donde pasa Leon, todos quieren ayudarlo a cargar los dulces, lo saludan y le preguntan si necesita algo. Parece que es muy querido en este país.

—Vamos a llevarlo todo al comedor del rey —me explica—. Las tartas las ponemos en la mesa; el resto puede quedarse en estos carritos.

—Vale. —Asiento con la cabeza.

—No hables con nadie hasta que te hablen o te pregunten algo.

—Sí, eso lo aprendí ayer. —Saco la lengua.

—A las mujeres de la realeza debes saludarlas cruzando las piernas así y agachándote ligeramente, y ante los hombres bajas la cabeza. —Leon me indica todo lo que debo hacer.

—¿Y cómo sé el tratamiento de cada uno?

—Fíjate en cómo los trato yo, pero, ante la duda, cruzas las piernas y te agachas ligeramente, ¿vale? No. Nada de reírse. Es suave, solo la comisura de los labios.

—¡Dios mío, cuántas reglas para tratar a esta gente!

—Sí. Hemos tenido suerte de que solo serán cuatro o cinco personas, ¡y por el amor de Dios! —Me lleva a un rincón—. ¡No los mires fijamente! Mira a la pared, a un cuadro, al frente. ¡No claves la mirada en nadie!

—Sin problema, puedo hacerlo, primo. No te voy a decepcionar.

—Vale. Las tartas están formidables, eres de lo más habilidosa y me has salvado la vida. Pero ya lo sabes: esto es solo la degustación. Cuando llegue el banquete de verdad, ¡tendremos que trabajar el triple!

—No te preocupes, ¡lo haré lo mejor que pueda! —digo confiada.

CAPÍTULO 7

Ravena Lessa

El comedor del palacio es una sala larguísima en la que cabría con facilidad una piscina olímpica. En su lugar, una mesa rectangular que se extiende de punta a punta domina el espacio.

Arreglos de flores amarillas y azules en jarrones de cristal ocupan la mesa cada tres metros, y arañas que brillan como diamantes adornan el techo impecablemente claro.

Las gruesas cortinas de púrpura con cordones dorados, las sillas de madera sofisticada y pulida, los platos y cubiertos que deben de valer lo que mi antiguo piso, le dan al lugar el aire opulento que necesita.

Estoy de verdad dentro de la casa de un rey.

Algunos cuadros más grandes que yo cuelgan de la pared: pinturas de antiguos reyes o héroes, no lo sé. Solo sé que es precioso y de muy buen gusto.

—¡Su Majestad real, la Reina Madre, Antônia! —Me llevo un susto y doy un salto cuando un hombre entra y grita.

Entra una señora con un pesado vestido negro. Lleva brillantes en el anillo, en el collar y en una tiara casi imperceptible sobre el pelo plateado, perfectamente recogido en un moño. Su rostro es muy severo, y no parece estar de muy buen humor.

—¡Su Majestad real, la Reina, Melissa! —Ya preparada para el grito, me mantengo firme en el sitio y observo entrar a una mujer bastante más joven que la anterior.

Reconozco casi de inmediato que es la madre de Haakon: son muy parecidos y tienen los mismos rasgos. Sin duda heredó de ella

el rostro blanco y sin manchas, además de la nariz fina y los labios en forma de corazón.

El hombre anuncia a tres personas más: Irinna, la madre de la reina; Jemima, una princesa oriental; y un pequeño de 10 años que es una monada, con las mejillas coloradas y los mismos ojos de Haakon: el príncipe Gaius.

—Siempre me sorprendo cuando entro aquí... Es un comedor formidable, majestad —le comenta la princesa a Melissa.

—Aquí es donde recibimos a los nobles y autoridades de otros países; tenemos que mantenerlo siempre impecable —explica, muy solícita y educada.

Todas se sientan, primero las mayores; el último en sentarse es el pequeño príncipe.

—¿Su Alteza no vendrá a acompañarnos? —pregunta Jemima.

Sus ojos castaño claro son muy bonitos. Y yo sigo sin poder creerme su cintura, tan apretada en aquel vestido minúsculo que me pregunto si no se habrá quitado unas cuantas costillas.

—Él tiene deberes reales —dice secamente la mujer mayor. Extiende la mano para que Leon se la bese; solo ahora me doy cuenta de que mi primo la acompañaba—. Por supuesto, nos hará el honor de sentarse y representar al Ducado de Mabük, duque.

—Majestad, yo me siento cómodo sirviendo...

—Sirve muy bien a esta casa real quien se sienta y disfruta de su propio trabajo —dice Melissa, la madre de Haakon, en un tono mucho más cariñoso que el que usó con la otra princesa.

—Una dama nunca pide dos veces, querido —advierte la Reina Madre.

«¿Y ahora qué?», le pregunto a mi primo con los ojos como platos.

«No lo sé. Pero tranquila, todo está bajo control», responde él, mirándome de la misma manera.

Me quedo tan en blanco que no sé ni qué hacer. Observo a los empleados del palacio acercarse a la mesa con jarras, sirviendo agua, vino, champán y un refresco para el pequeño.

—¿Por qué hay degustación? ¿No vamos a comer en el baile? —pregunta el joven príncipe.

—No, querido. Es como una boda: los novios dan la fiesta para la familia y los invitados, no para ellos mismos. Así que la oportunidad que tienes de disfrutar de la comida es en la degustación —dice su madre, y le señala que se ponga la servilleta de tela en el regazo.

—Harry debería estar aquí. —El niño sostiene la copa con las dos manos y bebe un poco.

¿Él también llama así a su hermano? ¡Ay, Dios mío, qué ternura! ¡Qué ganas de apretarle las mejillas a esa criatura!

—Debería —comenta en voz alta la Reina Madre—. Todos notaron su ausencia en el funeral del rey —se dirige a mi primo, sin mirarlo.

—Tuve una emergencia y...

Leon se calla cuando la puerta se abre y el hombre grita, para mi absoluto pavor:

—¡Su Alteza Real, el príncipe de Drü, Haakon Tercero! ¡Y el Duque de Mabük, Svar Iranovichk!

Los dos hombres entran deprisa; Svar sigue recto hacia la mesa, pero Haakon se detiene en el sitio en cuanto me ve.

Yo abro los ojos de par en par y repito mentalmente: no lo mires fijamente, no lo mires...

Y es exactamente lo que hago.

—¿Algún problema con la cortina que debamos saber? —gruñe la anciana.

Él no le responde.

La mujer se remueve en la silla y echa otro vistazo al lugar; creo que ahora repara en mi presencia. Aguza bien la vista, se saca de entre los pechos unas gafas sin patillas y se las apoya en la punta de la nariz.

—Haakon, tenemos a una princesa en la mesa. Jemima ha llegado antes —avisa su madre.

Y él sigue ignorándola.

Peor: sigue mirándome a mí.

Sabía que no debía haber venido. Ahora es cuando va a tener la oportunidad de llamar a la guardia real del palacio y mandar que me detengan.

—Harry, ¡ven a disfrutar de los dulces de tu boda! —El niño alza la voz.

Creo que el alma se me sale del cuerpo cuando él da una zancada con sus zapatos de vestir en mi dirección. Se ajusta el traje negro, que le sienta tan bien, y se va acercando con calma, en silencio, como un león que examina a su presa hasta encontrar el momento de destrozarla de un solo mordisco.

Y yo no puedo dejar de mirarlo.

Creo que son mis últimos minutos; rezo para que sea rápido y sin dolor, porque la presión y el miedo llegan a ser más voraces que el golpe en sí.

—Nada de malo con la cortina. —Se detiene ante mí, su cuerpo a menos de tres centímetros del mío.

Y yo sigo erguida, sin respirar, intentando mantener los zapatos firmes en el suelo pese a su aliento cálido, que parece un vendaval sacudiéndome desde las raíces hasta la copa de mi ser.

—Deja de mirarme —susurra ante mis labios.

—Perdón, yo...

—No era una pregunta, era una orden —dice secamente.

Trago saliva e intento mirar al frente, hacia la pared donde veo el cuadro de un hombre de pelo largo y barba gris montado a caballo, con un verdadero caos proyectándose a su espalda.

—Así está mejor —murmura justo en mi oído, y se me eriza toda la piel—. Mira qué obediente. —Se ríe bajito al final.

—¿Haakon? —lo llama su madre.

—Veo que han traído las flores del jardín colgante a la entrada del palacio. —Se gira, y su nariz roza mi mejilla; dura una milésima de segundo.

Me está tocando como si yo fuera parte del mobiliario, un objeto, un ser inanimado.

Y a nadie parece importarle.

—Lo pedí yo —dice enseguida la Reina Madre—. Vamos a recibir a ilustres mujeres del mundo entero; no quiero que el palacio parezca un hotel victoriano soso y sin color. Tenemos que impresionarlas... una de ellas será tu reina.

Su asentimiento de cabeza va acompañado de un soplo cálido en mi cara.

—Son preciosas.

No puedo. Estoy intentando mirar al frente, ignorar al príncipe, pero no puedo.

Freud llega de puntillas, se acomoda detrás de mis hombros y empieza a murmurar: ¡finge que es Gran Hermano y echa un vistacito, boba! Echa una miradita, venga. Míralo. Eso, mira. Mira ese cutis, mira ese narizón, imagínate el tamaño del...

Las piernas me tiemblan y el cuello empieza a arderme. La sensación baja hasta mis pechos y me golpea de lleno cuando sus ojos color miel descienden y contemplan los míos de cerca.

No puedo mirar otra cosa que no sea él.

—Gracias por los cumplidos, pero no soy yo quien debe ser cortejada —recuerda la mujer mayor, con un deje cómico y áspero en la voz.

—¿Cómo está su cabeza? —murmuro antes de que se gire y se aleje—. ¿Le duele?

La mirada fulminante que me lanza me hace contener la respiración de nuevo.

«No me hables si yo no te hablo» es lo que dicen sus ojos irritados.

Sí. Me odia. Y nunca me perdonará por comportarme como una loca.

—Buenos días, Alteza. —Nuestra conexión se interrumpe cuando la princesa de ojos rasgados reclama su atención.

Ella hace una reverencia y le entrega la mano para que se la bese.

Entorno los ojos, intentando concentrarme en la pintura que tengo delante, pero es imposible. Ahora es otra sensación la que se apodera de mí, aunque no identifico cuál. Una falta de aire mezclada con cierta rabia; pero me contengo, no quiero provocar un incidente diplomático.

—Puedo ver su tatuaje desde aquí. —Ella le guiña un ojo.

Haakon se ajusta el cuello de la camisa negra para cubrirse el cuello entero.

—¿Quiere sentarse a mi lado? —Vuelve a guiñarle el ojo.

—Puedo acompañarla, por supuesto. —Parece otra persona: completamente educado y nada feroz.

—¿Puedes traerme uno de cada uno de esos bombones? Parecen deliciosos —Jemima se dirige a mí y sonríe al final; se da la vuelta y le ofrece el brazo al príncipe.

—... ¿Por qué todavía no os habéis casado? Tenéis que aprovechar el permiso real antes de que llegue otro rey y lo revoque —la Reina Madre se dirige a Leon, provocando a su nieto.

—Nadie revocará las decisiones de mi padre. Y mucho menos el matrimonio de los duques —dice Haakon, con el mismo tono áspero que gasta su abuela. Creo que lo heredó de ella.

—Vaya, habla como el futuro rey. —La mujer se muestra orgullosa con una sonrisa—. Ahora tiene que actuar como tal. —Su mirada se vuelve severa al instante.

—Hijo mío, ¡tu vídeo del aeropuerto ha dado que hablar! ¡Laios dice que el palacio no para de recibir llamadas! —La reina Melissa intenta contener sus expresiones y lo dice todo en tono calmado—. Todos quieren saber tu verdadera relación con aquella joven.

—¿Qué vídeo? —Jemima se entromete en la conversación.

Sirvo los bombones que ha pedido y me aparto. Solo después me doy cuenta de que Leon sacude la cabeza frenéticamente, en un «no» interminable.

Todos se quedan en silencio, mirándome, sobre todo la mujer mayor.

Dios mío, ¿qué he hecho mal ahora?

—¿Los empleados se han olvidado de servirme? —La mujer parpadea—. Creía que yo era la primera en ser servida. ¿O es que ya han elegido a la futura reina y no me he enterado?

Rechino los dientes y cierro los ojos. ¡Ahora sí que voy a la horca!

—Yo le pedí que me sirviera. Estoy en ayunas y tengo la glucosa baja —dice Haakon; coge uno de los bombones y se lo mete en la boca para comérselo deprisa.

—Pero si odias el chocolate —dice Gaius, levantando bien la cabeza para espiar a su hermano.

—Ya, pero lleva... —mastica— pasas. Y me gustan.

—Odias las pasas —lo delata el pequeño—. Te dan picores...

La reina Antônia parece menos escandalizada con la situación. Pero sigue mirándome con frecuencia, de reojo. Y el príncipe empieza a pasarse la mano por el cuello, frotándose la piel con los dedos, frenéticamente.

—¿De qué estábamos hablando? —le murmura la reina Antônia a Leon.

—Del vídeo de Haakon —dice la reina Melissa.

—¡Del aeropuerto! —Se sobresalta la abuela.

—Exacto. Quieren saber a toda costa quién es aquella mujer a la que defendiste. —La madre de Haakon prueba la tarta red velvet —. Ya están creando rumores sobre que es tu amante... que la conociste en Brasil... que huiste de tu propio país por ella... —Hace una pausa entre frase y frase, porque está degustando.

—¿Quién diría semejante cosa? —se pronuncia Svar, y ríe discretamente.

La Reina Madre, que todo y a todos observa, sigue mirándome de soslayo. Inquieta en su silla y dando sorbitos a su vino, empieza a vigilar también las actitudes de su nieto.

No sé qué me he perdido; solo sé que Jemima se queda boquiabierta y Haakon se lleva un bombón a la boca, se limpia los labios con la servilleta y vuelve a erguirse en su silla, mirando hacia el lado opuesto de la mesa; es decir, hacia mí.

Y yo desvío la mirada.

Ahora me doy cuenta de que estoy golpeando con el pie la larga alfombra color vino. No hace ruido, pero todos los empleados de aquí son silenciosos y discretos —además de que permanecen inmóviles, como estatuas, cuando no están sirviendo—. El más mínimo movimiento mío y parece que me convierto en el centro de atención.

—¿No han hablado mal de la pobre mujer? —pregunta la Reina Madre.

—No. Les ha gustado la forma en que Haakon la agarró del brazo y la sacó de las garras de aquel agresor. Y el abrazo... o mejor dicho, la forma en que él la mira. Gracias a Dios que el vídeo salió entero, porque si solo fuera la escena de la pelea, estaríamos en apuros... —La reina Melissa, que va mirando a todos lentamente, fija la vista en Haakon—. Hijo mío, ¿de verdad no la conocías antes de eso?

—No, madre.

—Os miráis en el vídeo durante un segundo. Y parece que os conocierais de toda la vida.

—¡De otras vidas! —dice Gaius, animado, desde el otro lado de la mesa.

—¿Quién habrá filtrado el vídeo? —Svar espía por encima de la comida.

Gaius mira a su primo y se ríe, Leon hace lo mismo discretamente, y los tres se quedan intercambiando miradas cómplices.

—Parece una mujer de la vida —comenta Jemima; solo ahora me doy cuenta de que tiene el móvil en la mano—. Tuvo suerte de que hubiera un príncipe presente para defenderla. Pero las mujeres así no tienen remedio, majestad... siempre rondan el peligro... y vuelven con su agresor, lo llevan en la sangre.

Trago saliva y cierro el puño, escondiéndolo detrás de la espalda.

¿De qué me ha llamado?

¿Acaso conoce mi historia? ¿Sabe lo que estaba pasando? ¿Entiende que intenté huir muchas veces, pero no pude?

—Mirad cómo va vestida... no parece tener clase —vuelve a comentar.

La imagen de Gustavo arrancando la ropa de mi armario para después donarla me viene a la mente.

«Te vistes como una puta. ¡Por eso no te respetan!»

—Haakon llevaba puesto el abrigo de ella cuando llegó —se entromete el pequeño Gaius.

—No hables con la boca llena, Gaius —lo reprende Haakon.

¿Y a la princesa no piensa reprenderla?

Lo que me pide el cuerpo es salir de aquí y no volver a ver a esta gente nunca más. Sorbo bajito por la nariz y agacho la cara

para intentar poner la cabeza en su sitio. Siento que pierdo el equilibrio, me falta dirección; quiero arrimarme a la pared y apoyarme.

—Tiene el pelo salvaje y rizado. —La anciana examina el vídeo —. La piel bronceada y una mirada llamativa...

Levanto el rostro, preparada para lo que viene a continuación.

—Entiendo que los súbditos quieran saber quién es. Es una figura misteriosa y que parece haber sufrido mucho. Genera identificación. Pero también hay una inocencia en su mirada...

La mujer no dice nada negativo, para mi absoluta sorpresa.

—La verdad es que tenemos que dar gracias a Dios de que la historia no sea: príncipe Haakon pierde el equilibrio mental y vuelve a pelearse. Y sea: joven indefensa es salvada por un príncipe —comenta la madre.

—Es un titular excelente. Una bofetada en la cara de los republicanos que creían que, con la muerte del rey, la monarquía se acabaría —dice la Reina Madre, entusiasmada—. La popularidad de Haakon antes de ascender al trono ya es mayor que la de su padre en sus años de gloria. ¿Qué opinas, Leon?

Mi primo abre los ojos de par en par, completamente sorprendido.

—Majestad... yo pienso que... bueno... —Empieza a trabarse con las palabras, quizá sorprendido de que le hayan pedido opinión —. Haakon es un príncipe moderno. Eso es lo que les gusta de él.

—Por eso necesita una reina moderna a su lado. —La abuela asiente—. Una princesa que cause conmoción, que llame la atención hacia las cosas correctas, que tenga las virtudes de una Augusta y que le haga amar la corona tanto como ella lo amará a él.

Jemima se entusiasma y sacude los hombros como un pavo real.

—Aunque, claro, sería un golpe de suerte encontrar a esa mujer del vídeo... —dice la Reina Madre, y ella se desinfla al instante

—. Y tengo la absoluta certeza de que no pertenece a ninguna casa real. Pero, solo por un momento, ¡imaginad la historia de amor! ¡Imaginad los titulares!

—Nunca podría suceder; es solo una mujer corriente —comenta Jemima—. Un príncipe de los diamantes como Haakon no puede casarse con una plebeya... y menos con una plebeya extranjera y de la vida.

¿Perdona? ¿Y ella de dónde es? ¿De Koioskovo o de Ceará?

—Pero imaginad la boda de un príncipe con una plebeya... Sería un puñetazo en la cara de los republicanos. —Svar se rasca la barbilla y echa aún más leña al fuego—. Y el tormento de los conspiracionistas que quieren acabar con la familia real, porque nos consideran esnobs y dicen que no nos mezclamos...

—¿Qué hay más valioso que un bebé real? —dice la Reina Madre, entusiasmada.

—¿El qué? —pregunta Jemima, ansiosa.

—Un bebé que sea parte pueblo. Y parte realeza. ¡La unión de dos mundos! —dice la mujer entre alabanzas, animada.

—Pero, por supuesto, antes que los titulares y las jugadas de marketing, es Haakon quien decidirá quién llevará a su bebé. —La princesa sonríe con educación.

—Soñar no cuesta nada, querida. Y menos un sueño tan imposible como ese. —La mujer sostiene su copa.

La mirada rastrera de Haakon me alcanza desde donde estoy, al otro lado de la mesa. Doy unos pasos hacia atrás, hasta apoyar las palmas de las manos en la pared.

—¡Y yo estoy deseando conocer a mi primer bisnieto, el futuro rey! —dice la Reina Madre, jubilosa.

Todos en la mesa brindan por ella.

CAPÍTULO 8

Ravena Lessa

Cuando termina la degustación y todos los presentes colman a mi primo de elogios, las mujeres mayores son las primeras en levantarse y salir.

Intento quedarme inmóvil, como si fuera parte del mobiliario, cuando pasan junto a mí y fingen inspeccionar la cortina y luego el jardín a través del largo ventanal.

—¿Podría acompañarme a los jardines colgantes, Alteza? —Jemima se dirige a Haakon.

—Sería un honor —dice Haakon.

Los dedos me hormiguean y una sensación amarga me circula por el estómago.

—Pero tengo deberes reales que cumplir. Gaius puede acompañarla.

—¡Puedo enseñarte los conejitos que viven allí! —El pequeño estalla de entusiasmo, agarra la mano de la mujer y sale tirando de ella hacia la puerta.

Me entretengo con la escena. Ordeno algunas bandejas sobre el carrito y, cuando levanto la cara para buscar al príncipe, ya no está en mi campo de visión.

—Uf, por lo menos ya se ha ido —murmuro.

—¿Qué has dicho? —Su voz surge a mi derecha.

El estrépito de las bandejas chocando entre sí llama la atención de todos, y yo me azoro; intentando no tirar nada, me caigo.

Me salva en el último segundo la mano del príncipe, que tira de mí despacio hasta la altura de su rostro. Siento su respiración cálida

rozarme la piel, como la brisa de la mañana en Minas.

—Yo... pensé en voz alta.

—Sí, demasiado alta. Ven conmigo —da la orden y sigue adelante.

Cuando se detiene en mitad de la puerta y mira hacia atrás, al darse cuenta de que no lo he seguido, vuelve hacia mí con pasos lentos, sus ojos afilados entornándose a medida que se acerca.

—¿No me has oído?

—La verdad es que sí, pero...

Con un gesto de cabeza me indica que debo ir delante.

—Está bien, ya voy.

Regresamos al gran vestíbulo de entrada del palacio, que no sé por qué me recuerda a algo del Titanic. Es ostentoso, todos visten formalmente y las arañas brillan más que el sol en esta época del año por aquí.

Subo las escaleras hasta la primera planta, paso junto a parejas de guardias en cada pasillo y llego a una sala con una placa metalizada en dorado que dice: «Gabinete Real».

—¿Va a detenerme? —Espío las estatuas vikingas, más grandes que yo.

—¿Debería? ¿Te gustaría? —Lo oigo junto a mi oído.

El escalofrío es tan natural como mis ganas de huir de él. Ya no sé si en mi estómago viven mariposas o gorriones, por el ruido que hacen al levantar el vuelo.

Evito el contacto visual y miro un cuadro pintado al óleo de la familia de Haakon. Él está más joven y con el pelo largo, Gaius es apenas un bebé en el regazo de su madre, y el antiguo rey parece el dueño del mundo junto a ellos, su otra hija y su madre.

—Tu maleta. —Pone el objeto sobre la mesa.

—¡Ah, gracias! —Me abalanzo sobre ella, la abro y compruebo mis cosas.

Me pongo colorada, porque lo primero que veo son mis braguitas encima de todo, cuando en realidad estaban en el fondo.

—Y tu abrigo. —Lanza la prenda también sobre la mesa—. Debe de valer un buen dinero, solo porque lo llevé puesto aquel día.

—¿Te lo pusiste? —Arqueo la ceja.

—Por lo visto no ves los informativos de aquí...

—La verdad es que, nada más llegar, caí en un sueño profundo... creo que hiberné.

Y, todo hay que decirlo, yo nunca miraba el móvil porque temía los mensajes de Gustavo. Y antes de eso, solo encendía la televisión para ver telenovelas y anuncios de productos, para distraerme entre un paciente y otro.

—Gracias. ¡Muchísimas gracias! —Cierro la maleta sin comprobarlo todo y me dispongo a salir.

—¿Adónde crees que vas? —Se interpone en mi camino y me impide continuar.

—Mmm... ¡¿no habías dicho que tenías deberes reales?!

—¿Te lo dije a ti o estabas escuchando conversaciones ajenas? —Una fina sonrisa se forma en sus labios.

Se sienta majestuosamente en la silla que tiene detrás. Si no es un trono, se le parece mucho. Hasta parece que dos o tres como yo podrían sentarse ahí, pero, en realidad, con un solo Haakon basta.

Sus brazos fuertes ocupan todo el espacio de los reposabrazos, y él se sienta altivo, como si estuviera en la cima del mundo, observándome.

—¿En qué más puedo ser útil, Alteza?

—¿Qué idea fue esa de servir a la princesa Jemima antes que a mi madre o a mi abuela?

—Ah... eso... bueno, ella me lo pidió... —Me atraganto con cada palabra; no sé ni adónde mirar.

—¿Y tú haces todo lo que te piden?

—Bueno, es una princesa, así que...

—Ponte de rodillas. —Sus ojos ni parpadean. Se clavan en mí con una seriedad absurda; apenas parece que respire.

Asiento sutilmente con la cabeza y me dispongo a arrodillarme. Es difícil hacerlo con tacones y vestido, pero no tardo en estar arrodillada ante él.

El suspiro que suelta me deja muda.

Se levanta de la silla muy despacio y viene hacia mí. Alcanzo a ver sus zapatos de vestir relucientes y su pantalón de sastre que enmarca sus piernas gruesas, el cinturón negro y aparentemente sencillo cuya hebilla plateada brilla por detrás de la americana.

—Así que de verdad haces todo lo que te mandan —murmura en mi oído—. ¿Qué debería pedirte entonces, ya que no sabes negarte?

¿Qué?

Siento un escalofrío que no proviene del frío. La sala es cálida y su presencia me hace sudar, pero, de alguna manera, mi cuerpo está teniendo una reacción térmica que no encaja con nada de eso.

—¿Qué quiere decir eso?

—Escucha, Ravena. Mientras vivas en mi tierra, yo soy tu rey. —Se yergue y empieza a caminar a mi alrededor—. Y debes hacer lo que yo mande.

¿No es exactamente lo que acabo de hacer? ¿Lo que él mandó?

¿Cuándo, en toda mi vida, pensé que me pondría de rodillas ante un hombre? Y menos ante uno que lo pidiera.

Pero Haakon no dice las cosas en tono de petición. Tiene su encanto, se comporta de verdad como un príncipe; en el avión demostró bien que sabe tratar a una mujer. Lo dice todo en tono imperativo, y yo no consigo negarme a sus órdenes.

Y no se trata de deberle la vida ni de haberle dado una paliza ayer. Se trata del magnetismo que transmite cuando me mira o me habla.

—Me perteneces. —Desde el coxis hasta la nuca, un escalofrío sube certero y me hace temblar—. Como todas las cosas que van desde las montañas del horizonte de este castillo hasta las playas de la tierra del verano.

No sé qué debo decir; me quedo callada.

—Y como todas las cosas que me pertenecen, estás bajo mi protección. Estás bajo mi cuidado y mi amparo. Por eso tienes que entender que ser mía es la mejor opción.

¿Debería decir «gracias»?

—Mantente alejada de los problemas y, si ese hombre vuelve a atormentarte, si algún día se le ocurre soñar con aparecer en mi país, no dudes en informarme.

Su suspiro se hace más hondo; creo que estamos los dos nerviosos.

—¿Lo has entendido?

—Sí.

—Entrégame tu móvil. —Extiende la mano.

—No... no lo he traído...

—Muy bien. —Saca su móvil del bolsillo y lo pone delante de mí —. Teclea tu número.

—Todavía no tengo un número de aquí.

—Pues teclea tu número antiguo. Y cuando salgas de aquí, te compras una línea nueva y me llamas. Quiero tenerte vigilada.

—¿Quiere estar lejos de mí o vigilarme? —murmuro mientras tecleo.

—Quiero hacer lo que me dé la gana, cuando me apetezca. — Me quita el móvil de las manos, teclea algo y se lo guarda en el bolsillo.

—¿Puedo levantarme?

La risa que suelta me pone en tensión. ¿Va a dejarme aquí de rodillas todo el día?

Su respuesta es poner el dorso de la mano delante de mi cara. Su piel blanca desprende perfume incluso desde aquí, un olor a café que, al inhalarlo, parece calentarme la garganta y removerme el estómago otra vez.

—Levántate —dice en cuanto mis labios se apartan de su piel —. ¿Quién era aquel hombre?

—¿Qué hombre?

—El del aeropuerto.

—Ah... eso... era Gustavo, mi ex psicó...

—No —me corrige Haakon—. Él no era y nunca será nadie — dice con firmeza.

Aprieto los labios mientras lo observo.

—Ahora eres una mujer del norte. Eres fuerte, valiente, libre. No importa cuánto te hiciera daño: nadie podrá hacerte daño nunca más, o le reventaré los dientes a esa persona, como hice con un cierto don nadie.

Los ojos se me llenan de lágrimas solo de recordar todo lo que pasó. La escena está viva, los últimos ocho meses son recientes y todavía estoy tocada, aunque intente mantenerme firme en pie para reconstruir mi vida.

Me sentí tan frágil, vi la vida pender de un hilo, estaba desesperada y perdida.

Todavía no soy esa mujer de la que habla Haakon. Pero estoy caminando, a pasos lentos, hacia liberarme de todo lo que sufrí. Y hacia reaprender quién soy y cuáles son mis sueños.

—Me hizo tanto daño... —Trago saliva, la garganta me arde, una lágrima involuntaria me resbala por la cara.

Haakon apoya el cuerpo en la mesa y saca del bolsillo interior de la americana un pañuelo blanco. En lugar de tendérmelo con la mano, se acerca él mismo y me limpia la cara con cuidado, en silencio.

El perfume de este pañuelo es aún más intenso que el del otro, el del avión. El olor del príncipe está impregnado en él, igual que la suavidad de su piel parece tocarme.

No sé. Es como sentir sus labios descendiendo suavemente por mi cara. Y sus dedos tocándome despacio, atrayéndome hacia él, haciéndome sentir su cuerpo firme y musculoso y, aun así, suave y perfumado.

—Siento mucho todo el dolor que te causó. Y, como tu rey, hago el juramento de que nunca más volverá a ocurrirte en toda tu vida. Él nunca más te hará daño.

—Gracias. —Cojo el pañuelo de sus manos y, al rozar su mano, retiro la mía rápidamente. Creo que acabo de recibir una descarga.

Un silencio extraño se cierne sobre nosotros. Él no dice nada y yo me remuevo inquieta ante su presencia, intentando contener las lágrimas y no deshacerme otra vez.

—Tampoco he olvidado tu juramento de que me debías la vida. ¿Palabras lanzadas al viento, o tus palabras significan algo?

—Sí que significan —sorbo por la nariz.

—Muy bien. Puedes retirarte, Ravena.

Creo que solo ahora me doy cuenta de que, cada vez que dice mi nombre, me estremezco. Los labios me tiemblan y la nariz me entrecorta la respiración durante una milésima de segundo. Todas las sensaciones que fui recibiendo en cuentagotas durante nuestra conversación afloran de golpe, y yo, medio atolondrada y con ganas de huir, salgo lo más deprisa posible.

Al otro lado de la puerta choco contra el pecho de un hombre alto, de pelo largo, barba muy bien recortada y ojos castaños.

—Perdón —digo, y camino deprisa hacia la planta baja.

Príncipe Haakon III

—¿Quién era la bella criatura? —Es lo primero que me pregunta Stephan cuando entra.

Cierro el puño y lo presiono contra la mesa. Contuve mi reflejo de seguir a Ravena cuando salió; estaba a punto de ir tras ella cuando llegó Stephan.

Algo magnético en su cuerpo me atraía. Ya me he dado cuenta de que no consigo mantenerme lejos de ella, pero también sé que, cuando estamos juntos, siempre se arma un lío o me llevo un hematoma más para la colección.

Esos sentimientos no se disipan, ni siquiera ante la criatura repugnante que veo delante de mis ojos. El simple hecho de que Stephan tenga el privilegio de mirarla me exaspera. Quiero ir hasta él, agarrarlo con firmeza del cuello y estamparle la cabeza contra la pared.

Como mínimo, quiero que jure que jamás se acercará a Ravena. Porque cuando hizo eso con Dianna, ocurrió algo terrible.

Pero permanezco en mi sitio.

Reúno todas mis fuerzas para no agredirlo. Froto los puños contra la mesa, evitando mirarlo, para no ceder a la tentación de romperle los dientes a alguien más.

—Una mujer intrigante, sin duda, para dejar esa expresión en el rostro de Vuestra Alteza. —Me hace una reverencia y espera a que le permita sentarse.

—Buenas tardes, Stephan.

—Buenas tardes, Alteza. —Sus ojos brillan; sabe que me está provocando por el mero hecho de estar ante mí.

Juré matarlo. Juré acabar con su vida, por haber acabado con la mía.

—Vengo en nombre del parlamento, de la Cámara de los Lores y de la de los Comunes, para presentarme como el Regente.

—Oh. —Muestro un amago de sorpresa, pero mi semblante se cierra rápidamente.

Él sigue de pie.

Es idéntico a su hermano mayor: el perfil de un hombre nórdico alto, con el pelo castaño muy largo y un aire respetable de nobleza. Con la salvedad de que no es más que un bastardo y un posible usurpador.

Además de un asesino.

Gerard y Ayslan Linkalter renunciaron al trono hace muchos años, y con eso la corona pasó a mi padre, el siguiente en la línea de sucesión. Stephan nació después, y no sé quién le alimentó la ilusión de que podría entrar en la fila.

Sé que no quiero el trono, porque sería un rey inadecuado. Pero también sé que Stephan jamás debería ser rey, porque es un inútil.

Todavía no entiendo cómo quedó libre después de todo lo que hizo.

Y ahora la vida ha dado la vuelta a la tortilla y aquí está él, como regente, elegido por el parlamento.

—Deseo que podamos gobernar juntos, dejando las diferencias a un lado, y hacer en su nombre que el Septentrión siga siendo la potencia europea que es.

—Espero que durante los próximos 365 días recuerde que gobierna en mi nombre y en el de mi dinastía. Y nada más. —Estaba a punto de sentarme, pero veo la maleta de Ravena sobre la mesa; agarro el asa y me dirijo a la puerta.

—¡Tenemos que discutir algunos asuntos importantes, Alteza!

—En otro momento.

*

Salgo apresurado por el pasillo con la maleta bajo el brazo, y todos los guardias me siguen con la mirada a medida que avanzo.

—¿Dónde está la chica? —le pregunto a Svar, que subía las escaleras.

—¿Qué chica?

—La prima de Leon.

—Acaban de irse. —Mira alrededor, intentando procesar la información.

—¿Tan rápido?

—Sí, ha dicho que tenía que prepararlo todo, y hasta comprar algunas cosas más que la abuela le sugirió como sabores.

—Ah...

—¿No es la maleta de ella? ¿Quieres que se la entregue yo? —Extiende la mano.

—No. Puedo hacerlo personalmente.

En el primer escalón que bajo, él me detiene.

—No puedes salir ahora, olvídalo. Tienes que nombrar a Stephan en la sala del trono; todos están esperando.

—¡Pero se ha olvidado la maleta! —Sacudo el objeto.

—Lo cual es menos urgente que nombrar a tu regente. —Mi primo me agarra del hombro y me indica que debemos subir.

—¿Podrías convencer a Leon de que se mude al palacio? —pregunto, mientras subimos y nos dirigimos hacia el ala norte.

—Imposible. Llevo todos estos años intentándolo y no lo he conseguido. ¿Por qué?

—Quiero a esa chica aquí.

Svar frunce el ceño y deja los labios entreabiertos. Se le forma una arruga en la frente y hace por lo menos media docena de

muecas antes de conseguir hablar:

—¿Aquí? ¿Cómo que aquí?

—Viviendo aquí. Búscale un trabajo, prepara la habitación y tráela.

Aunque parece menos asustado, mi primo mantiene la ceja arqueada y me examina con la mirada. Creo que hasta se acerca y respira hondo para comprobar que no estoy borracho.

—Ella no va a separarse de su primo tan pronto... además, vamos a alojar a casi cien autoridades dentro de unos días. Me temo que no va a sobrar sitio para una persona más.

—Pues cede tu habitación —es mi respuesta.

*

Haakon a los 10 años

Mi padre me subió a un bote de madera, me entregó un remo y después entró él. Se acomodó, comprobó que mi chaleco salvavidas estuviera lo bastante apretado, y solo entonces empezamos a empujar la pequeña embarcación lejos de las tierras del palacio, en el océano Ártico.

—Deja que te cuente una cosa que debe quedar solo entre nosotros.

—¿Por eso quisiste que estuviéramos a solas? —Me río.

—Sí, por eso.

Guarda el remo dentro del bote cuando estamos a una distancia considerable de tierra.

—Un día serás el rey. Y todo, desde aquellas montañas —señala— hasta las playas de Drü, estará bajo tu control.

—Ajá.

—Pero solo podrás ser rey si tienes un hijo. Firmé una ley al respecto, porque mi hermano y su hijo renunciaron. Lo que causó grandes problemas, incluida una conspiración republicana...

No entiendo muy bien qué quiere decir eso; solo asiento con la cabeza para no parecer tonto.

—Voy a darte un consejo; lo diré una sola vez, así que guárdalo en tu corazón. ¿Me estás escuchando?

—Sí, papá. —Sacudo la cabeza.

—La mujer que elijas como tu reina tiene que ser capaz de derretir aquellas montañas con su presencia. —Señala con el rostro la cordillera que tenemos delante—. Y de congelar un volcán en erupción con su ausencia. Repite lo que he dicho.

—La mujer que debo elegir tiene que ser capaz de derretir las montañas con su presencia. Y de congelar un volcán en erupción con su ausencia —repito.

—Estupendo. —Se muestra satisfecho—. Haakon, yo soy siempre tu padre. Pero a veces tendré que ser tu rey y te daré órdenes.

—Vale.

—Pero tú eres el futuro rey. Y solo tú sabes el peso que eso tiene. Solo tú conoces tu corazón. Así que escúchame como padre, pero cuestióname como rey. A veces, las decisiones que yo tome por ti quizá no sean las adecuadas para tu vida.

—¿Cómo que no, papá?

—Los dos descendemos de un linaje milenario de reyes.

—Pero tú no ibas a ser rey —pienso en voz alta—. Porque naciste después de Gerard.

—Pero el destino quiso que yo fuera el rey. Los antiguos reyes del Septentrión saben qué es lo mejor para su tierra. Ellos cuidan de nosotros. Y están aquí. —Se pone la mano en el pecho—. Hablan con nosotros. A través de nuestros impulsos... de nuestros instintos... nos llevan adonde necesitamos estar. Hacen que nos

ocurran cosas para abrirnos los ojos, los oídos y el corazón. Y nos muestran el camino a seguir.

—¿Como los fantasmas? —Miro alrededor.

—Como susurros en tu mente. Una voz que empezarás a oír dentro de tu cabeza. Que es tu voz. Pero que también es la voz del largo linaje milenario de reyes que vinieron antes que tú.

—Ah... —Miro al agua, para fingir que lo he entendido y no sentirme estúpido.

—Un día yo elegiré a tu esposa. Y si esa voz, o tu corazón, te dice que ella no es tu reina, no te cases con ella.

—¿Estaré desobedeciendo al rey o a mi padre?

—Al rey. Por eso te he traído aquí, para que nadie más lo oiga y nunca lo sepan. El rey se equivoca, Haakon. El rey es humano y se equivoca cuando actúa por motivos alejados de su corazón.

—¿Y qué debo hacer? —Me rasco la nuca, confundido.

—Lo que digan la voz dentro de tu cabeza y tu corazón. Porque los antiguos reyes te hablarán a través de ellos. Recuerda el dicho: cuando un rey no sigue su propio corazón, otro rey lo seguirá. Así es como el Septentrión se mantiene en pie.

—¿Tú sigues tu corazón, papá?

—La mayor parte del tiempo. Pero estoy empezando a flaquear. Señal de que otro rey tiene que seguir su propio corazón. —Me acaricia el pelo largo.

—Papá...

—¿Sí, hijo mío?

—No quiero que te mueras. —Aprieto el labio—. Solo puedo ser rey si tú te mueres.

—Todos vamos a morir algún día, Haakon. Pero el rey siempre vive, sobre todo cuando el nuevo rey actúa con el corazón. El corazón nunca se equivoca. Los reyes del pasado se equivocaron y aprendieron de sus errores. Y ahora intentan enseñarnos el camino,

a través de nuestro corazón. Para que nuestro pueblo sea feliz y viva bien.

—Vale.

—¿Cómo debe ser la futura reina del Septentrión? La mujer que debes elegir.

—Debe derretir las montañas y congelar un volcán —repito.

—Solo una mujer capaz de hacerle eso al corazón de un rey es capaz de hacérselo al pueblo del Septentrión.

Leon y yo aprovechamos para pasar por uno de los mayores mercados de la ciudad. Además de conocer mejor el lugar y sus productos, era una oportunidad para respirar y aliviar toda la presión del comienzo del día.

Me quité el gorro que me apretaba la cabeza y el delantal, dejé el pelo suelto y desgreñado para que respirara un poco y empecé a seguir la lista improvisada que Leon hizo después de la degustación.

—El príncipe Haakon nombra a Stephan Linkalter como regente. —Lo oigo mientras empujo el carrito de la compra.

Veo en un televisor gigante de la sección de frutas y verduras a Haakon posando la hoja de una espada sobre el hombro del hombre que vi esta mañana. Y arqueo la ceja al notar que, junto al trono, está mi maleta.

—¡No me puedo creer que se me olvidara cogerla! —Me doy unas palmadas en la frente.

—¿Qué pasa? ¿Qué no has cogido? ¿Se han acabado las fresas? —Leon se angustia—. Mmm, la princesa Jemima tiene alergia a los melocotones y la princesa de Dinamarca no come nada con limón...

—No, que me olvidé de recoger mi maleta. Estaba tan nerviosa y tan sensible que salí huyendo de su gabinete...

—Mmm...

—¿Qué es eso del regente, Leon?

—Nosotros no tenemos primer ministro.

—Ajá...

—Eso significa que el rey es el poder ejecutivo, y el parlamento, compuesto por gente de la nobleza y la aristocracia, es el legislativo.

—Vale, canal parlamentario, continúa. —Me río.

—Haakon solo será nombrado rey cuando elija esposa y nazca su bebé, para garantizar la dinastía Iranovichk. Mientras tanto, otra persona ejercerá el poder ejecutivo en su nombre.

—Entonces, ¿él es el rey, pero no gobierna?

—Algo así. Pero tiene un poder indirecto, que es el carisma y el respeto de la población y de la mayoría del parlamento, así que creo que puede conseguir revocar leyes y hacer algunas cosas...

—Mmm... ¿y solo puede casarse con una princesa?

—Sí. Eso mismo.

—Pero tú y el duque os vais a casar, y tú no eres un príncipe. —Me mordisqueo el labio inferior.

Pongo una caja de peras y otra de manzanas en el carrito. Leon está contando las nueces y las almendras que necesitamos.

—Su caso es más complicado, ¿sabes? Y si él fuera a casarse con alguien que no pertenece a la nobleza, el consejo real tendría que aprobarlo. Básicamente, la abuela, algunos duques, miembros del alto escalafón del gobierno y, por supuesto, el regente.

—Espero que haga una buena elección. Esa Jemima... ¡Madre mía, qué chica más insoportable!

—Sí —coincide Leon—. El rey intentó casarlos antes.

—¡¿En serio?!

—Pero Haakon huyó.

Ahora sí que me sorprendo de verdad.

—Ah... entonces hasta él se da cuenta de que no es una santa de mi devoción...

—Ya... no es su tipo, no.

Nuestra conversación se interrumpe cuando me doy cuenta de que tres mujeres están apuntando con el móvil en mi dirección.

—Es ella. ¡Que sí, que es ella! —Alcanzo a oír sus cuchicheos.

—Ay, Dios mío, ¿qué pasa? —Miro a mi primo.

—Mejor nos damos prisa, vamos. —Agarra el carrito y avanzamos rápido por el pasillo.

Cogemos algunas frutas exóticas, pasamos por la panadería del lugar y compramos unos panes y cosas para picar más tarde, pero da igual por dónde pasemos: todos se detienen y se me quedan mirando.

Los dependientes, la gente de los pasillos y hasta los cajeros.

Compruebo el televisor que tenemos encima mientras pasamos la compra por caja.

—El príncipe heredero se vio envuelto en un altercado en Brasil en el que salvó la vida de una mujer que aparentemente sufría violencia doméstica...

Me cubro la boca para contener el grito.

¿En serio están diciendo eso? ¿En serio están mostrando mi cara?

¿Y si esto llega a mis padres? ¿Y si le llega a Gustavo? ¡Dios mío, esto no puede estar pasando!

—Debemos recordar que el príncipe Haakon y el jeque Khaled fueron responsables de desmantelar una red de tráfico sexual, junto con otros hombres poderosos de Estados Unidos, Ethan Evans y Jacob Parker, y también de Brasil, Leonardo Leão y Ana Clara Dourado... —continúa la periodista.

—Leon, tenemos que largarnos de aquí —gruño bajito. De tres personas, ya hay dos docenas con el móvil en la mano; no sé si grabándome o haciéndome fotos.

—Ve, arranca el coche, que yo voy ahora con la compra. —Me entrega la llave.

CAPÍTULO 9

Ravena Lessa

Me pasé dos días sin salir de casa.

No podía ni aparecer por la cocina de paredes de cristal, que enseguida llamaba la atención de todos los clientes, que sacaban los móviles y me señalaban:

—¡Es ella! ¡La mujer liada con el príncipe!

Los rumores debieron de propagarse sin control, porque ahora era así como se referían a mí: «la mujer liada con el príncipe».

De madrugada, el día del baile, Leon, los empleados y yo cargamos la furgoneta con todos los dulces y fuimos al palacio.

Mi primo tuvo que hacer dos viajes más para llevarlo todo y colocarlo en la despensa de la cocina del palacio; mientras tanto, yo fui ayudando a los empleados de la reina en el salón de fiestas.

—Dios mío, ¡qué preciosidad!

Un vistazo rápido al salón de fiestas y pienso inmediatamente en mi fiesta de quince años en un club social de Brasil, o en la graduación de la universidad. Aquello, comparado con esto, era solo una imitación barata y sin glamur.

En el espacio cabrían fácilmente dos pistas de fútbol sala. Y por todos los rincones, estatuas de hielo sostenían los símbolos del Septentrión: una liebre, una espada, una cruz y una preciosa flor azul violeta.

En la sección elegida para exhibir los dulces más vistosos, apilé palos de chocolate, berlinas de dulce de leche espolvoreadas con azúcar glas y delicias turcas.

De vuelta a la cocina, empecé a preparar la mesa para los trabajos finales, ya que muchas cosas todavía iban a elaborarse allí

mismo. Y di gracias a Dios de que Leon fuera controlador y obsesivo con la perfección: no me dejó cocinar nada, solo me pedía separar ingredientes, cortarlos o pasarlos por el tamiz; como mucho, espolvorear por encima de los dulces y las tartas.

El silencio repentino que invade el lugar me llama la atención. Hay casi cien empleados, y el ruido es un ingrediente que acompaña semejante bullicio, pero de pronto todos se callan; hasta las cacerolas dejan de tintinear.

—Buenas noches. —Una voz potente me llama la atención.

Compruebo que es el mismo hombre que vi en el gabinete real antes de salir huyendo.

Como si me reconociera de allí, el hombre que fue investido por el príncipe como regente viene en mi dirección y se detiene a mi lado.

—¿Mucho trabajo? —Sus ojos vigilan mis manos, después mis ojos.

—Sí. Estamos intentando dejarlo todo impecable, porque pronto abrirán las puertas del salón.

—¿No nos hemos visto antes?

Seguro que se acuerda de mí. Llevaba una ropa parecida a esta en nuestro primer encuentro: el pelo recogido bajo un pañuelo, un vestido negro modesto debajo del delantal de servicio; en fin, vestida como una empleada.

—¿No eres tú la famosa joven que ha robado la atención de todos?

Su mirada y sus labios son indescifrables. No sé si está sonriendo o completamente serio.

—Mientras todos deberían estar hablando del nuevo regente, solo hablan de la mujer a la que el príncipe salvó...

Siento un escalofrío recorrerme la espalda cuando de verdad demuestra que sabe quién soy.

—Stephan. —Extiende la mano.

—Ravena... —digo en tono de incertidumbre.

—Sin duda, alguien que merece tanta atención del futuro rey merece toda la atención de su regente. —Stephan lleva mi mano a sus labios, y mi cuerpo se aproxima suavemente, hasta el punto de sentir su olor—. ¿Cómo conoció a Su Alteza? ¿Vino en el mismo vuelo, invitada por él? ¿Le gustaría terminar esta conversación en mi despacho, más tarde?

Es diferente del olor de Haakon.

Stephan huele a un día húmedo frente al arroyo, a los árboles soltando sus hojas, al viento fresco que sigue a una estación sofocante. Haakon, en cambio, tiene el olor de una bebida caliente que se toma frente a la chimenea, viendo caer la nieve ahí fuera.

Curiosamente, sus personalidades son opuestas. Stephan parece acogedor; Haakon también lo fue, en nuestro primer contacto, pero ahora aparentaba estar indiferente y frío.

Aunque, con semejante golpe, no me sorprende que me trate tan diferente.

—¿Qué estás haciendo? —La voz del príncipe me eriza la piel.

Ahora entiendo por qué su olor vino a mis pensamientos.

Siento su mano cerrarse en torno a mi muñeca y apartarme de Stephan.

Me quedo callada al observar su ropa: un frac blanco perfecto, con bordados en hilos plateados y diamantes en los dibujos de olivos de su pecho. Parece de verdad un príncipe salido de los cuentos de hadas, justo en el momento en que elige a su amada y baila con ella para vivir el felices para siempre.

Pero sus ojos furiosos y su cara de disgusto me traen de vuelta a la realidad.

—Alteza. —Stephan hace una reverencia prolongada.

—¿Qué haces aquí? —Haakon no me suelta; vuelve la cara hacia el otro.

—He venido a comprobar que todo estuviera a su gusto, por supuesto.

—Puedo juzgar yo mismo lo que es de mi gusto. —Con un arqueo de cejas, le dice al otro que desaparezca de su vista.

—Por supuesto que sí, Alteza. —Stephan ladea la cabeza y, antes de darnos la espalda, me mira—. Piense en mi invitación, tengo muchas preguntas. —Guiña un ojo y se dirige a la salida de la cocina; durante largos metros, no le da la espalda al príncipe.

—¿Qué invitación? —gruñe Haakon.

—Solo estaba siendo amable...

—¿Qué te dije sobre mantenerte alejada de los problemas?

¿A qué se estará refiriendo? ¿A que todos me paren en el supermercado o a la visita inesperada del regente?

—Me estoy manteniendo alejada de los problemas, Alteza.

—¿Ah, sí? —Su mano tira de mí sutilmente; no me hace daño, pero su mirada me asusta—. ¿Tendré que encerrarte en una torre para vigilarte?

—No es necesario. Está todo bien.

—Mantente alejada de ese hombre. No es quien crees que es.

—¿Quién es, entonces?

—Un tipo sucio. Que se aprovecha de la debilidad de los demás para destruirlos. No vuelvas a verlo.

—Pero estoy aquí para servir al palacio...

—Estás aquí para servirme a mí —dice con firmeza—. Y me servirás bien si te quedas al alcance de mis ojos y lejos de sus manos.

Parpadeo, intentando descifrar qué significa todo esto.

No veía a Haakon tan furioso desde la patada que le dio a Gustavo y me ayudó a huir.

¿Debería confiar en él en esta situación de ahora?

—No aceptes ninguna de las invitaciones de ese hombre.

Los músculos de su cara se tensan mientras intenta soltarme la muñeca. Parece que necesita una fuerza sobrenatural para hacerlo, y también para apartarse.

El príncipe y yo miramos alrededor: están todos parados en su sitio, como estatuas vivientes, observándonos en silencio.

Hasta el fuego dentro de los hornos crepita bajito para no llamar la atención.

—Es una orden de vuestro futuro rey —dice más calmado, y hace un gesto con la cabeza a todos los presentes, que rápidamente bajan la vista al suelo.

Yo hago lo mismo.

—No quiero que él te toque —añade; extiende la mano hacia mí, pero la cierra de golpe y la recoge junto al cuerpo.

En un suspiro, la mano vuelve a levantarse y llega hasta mí.

Siento sus dedos suaves tocarme la barbilla, subir casi vacilantes hacia mis mejillas. Me levanta el rostro y me mira fijamente, con las dos manos a los lados de mi cara.

—No puedo permitir que te haga daño. No me lo perdonaría. —El príncipe baja el rostro suavemente y después me da la espalda y se va.

Todos siguen con la mirada clavada en el suelo hasta que sus zapatos resuenan en la escalinata. Y entonces, todos empiezan a mirarme a mí.

—¡Volved al trabajo! —ordena la jefa de cocina con voz grave.

Príncipe Haakon III

Al entrar en el Gabinete Real, voy directo a la mesa y lo tiro todo al suelo.

Nunca entendí por qué el rey, mi padre, hacía esto.

De hecho, me molestaba mucho: el ruido y la furia eran su compañía en todo momento, y siempre pensé que, si algún día ocupaba el gabinete, lo haría diferente.

Pero ahora debo admitir que un alivio instantáneo me invade.

Veo el portátil, mi espada, libros de tapa dura y documentos barridos por el suelo. Y una tranquilidad abraza mi alma.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Svar con calma; está frente a la ventana, espiando el movimiento de fuera.

—¡Él! ¡Ese desgraciado!

—¿Él, quién? ¿Laios? ¿El fantasma del rey? ¿Ya ha llegado tu amigo el jeque?

—¡Stephan! —Golpeo la mesa con el puño—. Ese maldito bastardo conspirador. Siempre escabulléndose por los rincones, buscando las debilidades de mi familia.

—Es su papel, ¿no? Siempre quiso destronar a tu padre; contigo no va a ser diferente.

—No importa lo que pase: no voy a permitir que se acerque a Ravena —rechino los dientes—. ¡Matar a Dianna no debió de ser suficiente para él!

—¿Los has visto juntos?

—Sí. En la cocina. Él le había hecho una invitación. —Aprieto el puño cerrado hasta sentir que el brazo me tiembla; contengo las ganas de derribar una de las estatuas de un puñetazo.

—¿Qué invitación?

—No lo sé. Ninguno de los dos me lo dijo. —Señalo a mi primo —. No le quites el ojo de encima; no permitas que se acerque a Ravena.

Se me llena la boca al hablar de ella. En un tono posesivo que hace vibrar cada célula de mi interior.

—Va a ser difícil, ¿eh? ¿Cuánta gente esperamos? ¿Más de mil personas esta noche? —Mira al techo y a los rincones de la sala, pensativo.

—No importa. —Antes de que termine la frase, la puerta del gabinete se abre.

Laios entra animado, pero se queda pálido al ver el suelo con todas las cosas tiradas.

Corre hasta la mesa, pulsa uno de los timbres que hay debajo y, en un abrir y cerrar de ojos, entran dos empleados del palacio, lo recogen todo y lo devuelven a su debido lugar, como si aquello nunca se hubiera movido de allí.

—Pasan los años y el viejo Laios sigue siendo un desastre — canturrea bajito al ver salir a los dos empleados.

Sus ojos no me condenan. En realidad, tienen un aire de reconocimiento, uno que entiendo perfectamente: soy igual que mi padre.

En el semblante, en los gestos, hasta en la furia.

Lo único que nos separaba era mi rebeldía.

Mi padre siempre fue un hombre que amaba las leyes y el orden. Yo, en cambio, siempre necesité un poco de caos.

—Muy bien, es mi deber recordarle la etiqueta real, Alteza — dice Laios, pomposo. Ignora por completo lo que acaba de pasar—. Deberá saludar a todos. Puede estrechar la mano de autoridades y nobles, pero limítese a sonreír y asentir con la cabeza ante los que son solo ricos.

—El papagayo del rey. —Muevo los labios hacia Svar.

Mi primo pone los ojos en blanco y empieza a mover la boca, imitando a Laios, para divertirme.

—Rechace con amabilidad bailar con las hijas de los nobles hoy. Es el primer día del baile: solo debe sacar a bailar a las princesas. Han venido de muy lejos y merecen su total atención, como gesto de cortesía y respeto. —Va dictando como si estuviera leyendo un libro, palabra por palabra.

—¿Cuándo van a permitir que venga el pueblo al baile? —pregunta Svar.

—Hoy no, por supuesto. Ni mañana tampoco. El tercer o cuarto día, quizá. Y estaría bien que bailara con una plebeya en esa ocasión, por la buena fama en los titulares. ¡Este es el primer baile que será televisado, hasta tendrá un enlace directo en internet! —dice muy animado—. Al final, la modernidad no es tan mala, ¿verdad?

—Si yo quisiera bailar con una plebeya hoy, ¿no podría? —lo provoco.

—Imposible, Alteza, hoy no habrá plebeyos en el baile. Solo las princesas, los nobles y los hombres más ricos del reino... ¿Y por qué haría eso? ¿Quién coge una loncha de jamón de la mesa cuando tiene carne de primera?

Se aclara la garganta para continuar.

—Ahora debo recordarle el código para elegir a su futura reina... —carraspea y se prepara para su disertación de máster.

Me siento en el sillón y pongo los ojos en blanco; Svar se ríe bajito detrás de mí.

—Ella debe ser modesta, casta y discreta. Es decir, debe estar deslumbrante y hermosa en su sencillez, debe ser virgen y no debe llamar más la atención que el futuro rey o su reino.

—¿Virgen? —Svar alza la voz.

—Así debe ser la reina ideal —dice Laios con firmeza.

—¿Del siglo XV?

—Si una mujer osa aspirar a sentarse junto al trono del Norte, debe guardarse la vida entera para merecer ser consorte del rey, llevar al príncipe del verano en su vientre y vivir para siempre los honores de ser la Augusta de nuestras tierras.

—¿Cómo sabe que todas aquellas princesas son vírgenes? —lo provoca Svar.

—Vuestra Gracia, no discutiré la tradición con usted.

Laios siempre tuvo opiniones contundentes sobre la vida de Svar y sus elecciones, sobre todo en lo que respecta a Leon. Pero mi padre siempre quiso a mi primo como si fuera su propio hijo, y de inmediato quiso a Leon de la misma manera, de modo que cualquier lengua que se alzara contra ellos se estaría alzando contra la casa real y el rey.

Y el consejo de Laios iba a contracorriente de lo que mi padre me dijo un día, no como rey, sino como el hombre que tenía un corazón: una mujer capaz de derretir las montañas con su presencia. Y de congelar un volcán con su ausencia.

—Su padre y su madre se enamoraron en el baile. Conectaron de inmediato y supieron que estarían juntos toda la vida. Eso es lo que esperamos de usted, Alteza.

—¿Y cómo lo sabré?

—Ah... —dice Laios en tono apasionado—. Es avasallador. Va más allá de la mirada, más allá del tacto, más allá del baile... —Empieza a entusiasmarse y a gesticular, a caminar por la sala—. Cuando encuentre a su futura reina, ella lo dejará sin palabras. Al tocar sus dedos suaves, sentirá su historia, su ancestralidad, incluso su descendencia. ¡El alma de ella llamará a la suya, para que se conviertan en una sola!

Svar se queda callado, y yo también.

Con un cruce de miradas, admitimos que Laios es un papagayo del rey pesado y que sigue normas anticuadas. Pero sus palabras a veces suenan inspiradoras y verdaderas.

—La norma dice que debe bailar un máximo de 3 minutos con una princesa, 1 minuto y medio con la hija de un noble, 30 segundos con las hijas de los grandes empresarios y solo 10 o 5 segundos con una plebeya... —vuelve a recitar las normas que me dan sueño.

Hasta bostezo para provocarlo.

—Pero cuando toque la mano de su elegida... cuando los pasos de ella sigan los suyos... cuando sus almas conecten... deseará que el tiempo sea eterno a su lado, y no la soltará, porque su corazón habrá reconocido a su otra mitad.

—¿Es así de verdad, Svar?

Le pido opinión a mi primo. Por mucho que ya sentí eso una vez, ahora es un mero recuerdo, escondido bajo mucho odio hacia Stephan.

—Me temo que tengo que darle la razón a Laios, pero es así de verdad. —Svar asiente con la cabeza.

—No olvide el motivo por el cual se elige a una princesa, Alteza. Para ser el rey del Septentrión, debe darnos al Príncipe del Verano. Así que debe ver a su hijo en los ojos de ella. Debe sentir la sangre real, reconocer la fuerza femenina y entregarse a los encantos de una mujer caprichosa, pero que solo revela sus facetas única y exclusivamente a su rey.

Miro el reloj de la pared, y eso llama la atención del papagayo.

De un salto, se apresura, me levanta de la silla de un tirón y empieza a arreglarme la ropa.

—¡Llegamos tarde! —dice eufórico—. ¡Los invitados ya están en el salón!

—¿Quieres ahorcarme? —gruño.

Laios me ajusta el cuello alto de la ropa. Él, más que nadie, siente horror por mis tatuajes.

—Ahora sí que parece el futuro rey. —Suelta una bocanada de aire.

Hasta le brillan los ojos cuando se aparta de mí, examinándome.

—Ahora vaya a buscar a nuestra futura reina.

CAPÍTULO 10

Príncipe Haakon III

Cuando pongo los pies en el salón de fiestas, la multitud guarda un silencio solemne.

Camino sin mucha prisa; primero observo el techo de cúpula transparente que permite ver el fondo oscuro del cielo, con millones de puntitos adornando la vista superior. Más hacia el horizonte, por los largos ventanales abiertos, se puede ver la aurora boreal bailando delante y por encima de las montañas de hielo.

—Buenas noches, Alteza. —Oigo los saludos por donde paso.

La primera persona a la que saludo es mi madre. Con su pelo corto adornado con una tiara real llena de diamantes que demuestra su poder, ella sonríe con los ojos y me acaricia la cara.

—Deseo que seas feliz, hijo mío. Y que encuentres a tu reina —me murmura.

—Honra a la Casa Iranovichk con una buena elección —es lo que dice mi abuela; su vestido brillante y plateado llama más la atención que la araña del techo.

Dos docenas de cámaras y focos me siguen. Hasta parece que estuvieran grabando una escena de película o de serie aquí dentro. Los periodistas y cámaras siguen mis pasos y dirigen el micrófono en la punta del pedestal para intentar captar hasta mi respiración.

—Un, dos, tres. —Oigo al maestro golpear con la batuta sobre su atril.

Una fina melodía suena por el lugar y yo termino de saludar a algunas personas. En la fila de delante están las princesas invitadas por el palacio; todas parecen animadas y ansiosas. Detrás de ellas, autoridades de otros países, sus hermanos, padres, representantes.

Un poco más al fondo, pero con el aire esnob y altivo de mi tierra, los nobles del Septentrión y sus hijas, que pronto ocuparán la fila de detrás de las princesas.

—Jemima. —La cojo de la mano y la saco a bailar.

El público vuelve a conversar en voz baja y nosotros vamos al centro del salón a bailar. Mi reloj mental empieza a hacer tictac mientras nos miramos.

—Mi familia te adora. Y estamos prometidos desde pequeños para casarnos el uno con el otro. No entiendo por qué necesitarías otras opciones. —Sus ojos finos se cierran y sus labios se expanden.

—Si algún día fueras reina del Septentrión, ¿por qué serías conocida?

Ella no titubea, ni se lo piensa mucho.

Su voz sale suave y con un aire de que será, sin sombra de duda, la reina.

—Seré conocida como una reina llena de virtudes y que honra la corona.

El baile es más largo de lo que espero, y cuento cada segundo para que termine.

No es ella.

Las montañas siguen heladas, el volcán sigue en erupción.

Los reyes dentro de mí la observan con mucho respeto, y yo la veo como un minuto sin fin.

Ravena Lessa

Al entrar en el salón para reponer algunos dulces, me quedo parada en el sitio.

No sé qué me roba la atención: que la princesa oriental sea la primera en bailar con Haakon o las veinte personas siguiendo sus pasos.

Ahora creo que sé cuál era el sentimiento que me invadió cuando la vi en la degustación con el príncipe: celos. Porque una parte de mí es consciente de que nunca podré ser ella. Nunca podría ser una mujer de la alta sociedad, tener aquella cintura y el honor de ser la primera en bailar con el príncipe.

A medida que me acerco a la mesa, veo al pequeño príncipe Gaius con su móvil, mirando el vídeo en directo del baile de su hermano.

Puedo enumerar todos los defectos de Jemima en un papel de cien metros, pero tengo que admitir que es, y está, muy bella.

Con un vestido rojo que exhala pasión, las uñas largas y de color beis, el brillante en su cuello... todo en ella exhala poder y dinero. Parece una elección perfecta para el príncipe.

Yo, en cambio, soy solo una empleada de la fiesta: un vestido hecho para pasar desapercibido, un pañuelo cubriéndome el pelo y las uñas sin arreglar, ni siquiera limadas.

No, yo nunca podría ser Jemima. Y por eso siento celos.

Cada cámara sonríe mientras graba, como si la pareja estuviera hecha para estar junta. El público en general parece muy satisfecho; les debe de gustar la princesa. Solo la Reina Madre tuerce el gesto y golpea el suelo con el bastón al ritmo de la música.

Cuando nuestras miradas se cruzan y ella se da cuenta de que la estaba observando, me apresuro a colocar los dulces en la mesa y salgo deprisa.

Príncipe Haakon III

—¿Le gustan las orientales, Alteza? —me pregunta Amélia, una princesa de Dinamarca, en cuanto la saco a bailar.

—Siempre me gusta hacer lo más difícil primero. —Muevo las cejas arriba y abajo.

Ella se divierte y me aprieta el hombro con firmeza. Amélia debe de ser una de las más altas, y tiene una sonrisa fácil que me divierte. Aun viviendo en Escandinavia, nunca nos habían presentado.

—Le va a doler en el alma, porque tendrá que ver a todo el mundo bailar contigo. Jemima cree que no hay competencia para ella. —Amélia mira de reojo a su colega cuando pasamos por delante.

—Pues riámonos y divirtámonos mucho para provocarla.

—No podría pedir nada mejor. —Se ríe de una forma contagiosa, y yo la acompaño.

La princesa Helena, de Grecia, es mi tercera elección. Una mujer ya en la tercera edad, el pelo blanco en un corte chanel recto, el vestido azul con un broche de zafiro.

—Un honor poder conocerlo, Alteza.

—¿Se ha enamorado alguna vez, princesa Helena?

—Sí. Muchas veces —se lo piensa un poco.

—¿Y cómo es?

—Es como ser noqueado —sacude la cabeza—: te quedas desorientado e intentas levantarte después de la caída, tu cuerpo pierde el sentido, el tino, el ritmo...

Su voz se va desvaneciendo, y la música de fondo también. Los empleados del palacio, que pasan desapercibidos fácilmente con sus ropas negras sencillas y nada llamativas, están sirviendo a la gente.

Leon y Ravena están reponiendo algunas cosas en la mesa; la Reina Madre llama la atención del futuro duque para que se siente y le haga compañía, pero es evidente que él no quiere dejar sola a su prima.

Pero como discutir con la reina Antônia no es una opción, cede y se sienta. Ravena desaparece de mi vista al salir del salón, y yo vuelvo a mirar a Helena.

—Dicen que una buena reina no debe llamar la atención... tonterías. Lo único que debe hacer una reina es lo que debe hacer toda persona que ama. Amarlo como es y no querer cambiarlo. Todos comentan siempre su rebeldía...

—Sí... tengo esa fama.

—¿No cree que es así por algún motivo? —Me despierta la curiosidad—. ¿No cree que los reyes del pasado no quieren que sea rebelde, sino que ese es su destino? Cada rey es único. Y el norte, tan tradicional y conservador, nunca tuvo un rey que sacudiera los cimientos...

No contengo la sonrisa que asoma a mis labios.

Durante todos estos años he oído cosas pésimas sobre mi comportamiento. Es la primera vez que alguien de sangre real me elogia por ser quien soy de verdad.

—¿Ha hecho muchas locuras en su vida, princesa Helena?

—¿Esta no cuenta? —Se divierte—. ¿O cree que ven con buenos ojos a una princesa de setenta años, que ya no puede dar descendencia, bailando con el futuro rey del norte?

Su mirada provocadora me divierte.

—La elegiría solo por eso. —Le guiño un ojo.

—Y yo también tengo mis dones. —Ella me guiña de vuelta—. Puedo quitarme la dentadura y hacer cosas increíbles...

Nos reímos juntos y le beso la frente.

—Alteza, usted es conocido por ser un príncipe rebelde. Elija a alguien que no intente arrancarle su esencia, no busque a alguien

que lo cambie. Busque a una persona que le haga sentir por fuera como es por dentro —dice entusiasmada; me sorprende lo bien que me ha seguido durante todo el baile—. Un mar agitado, pero aun así generoso. Una que no le haga contar el tiempo del baile, ni siquiera los minutos de la vida. Una que, al estar a su lado, parezca parte de usted.

—Difícil encontrar una de esas.

—Sí que lo es. Pero el mundo es muy grande, y cada olla que Dios hizo tiene también su tapa. Su corazón le mostrará el camino.

—Ojalá no tuviera que terminar este baile. —La dejo en el lugar de donde la saqué.

—Ah, ha sido estupendo, pero necesito descansar. Ya no soy tan joven. —Me besa la mejilla y busca algún sitio para sentarse.

Todavía bailo con dos princesas más, hasta que mi atención se pierde entre la multitud y se concentra en Stephan, el regente.

Y está acaparando a nadie más y nadie menos que a Ravena, que se encuentra ante el hombre con una bandeja en la mano. No paran de hablar y parece que ella se ríe; me mira con disimulo.

—¿Cuántos hijos quiere usted, Alteza? —pregunta la princesa Elisa.

—Diez —gruño.

—Parece un buen número. —Ella abre los ojos de par en par y agacha el rostro. Su educación y su entrenamiento de toda la vida no le permitirían decir nada diferente a un posible candidato.

—Disfrute de los dulces —digo cuando la dejo ante la mesa de la reina, rompiendo por completo el protocolo: debería haberla dejado donde la saqué.

Laios empieza a hacerme señas, indicándome que debo tomar la mano de la princesa y llevarla a su debido lugar.

Mi abuela tuerce la boca y se agarra al brazo de Leon; mi madre arquea la ceja tan alto que esa es la señal de que no debería hacer lo que estoy a punto de hacer.

Las cámaras me siguen; los hombres parecen excitados al verme romper los protocolos y dejar a todos asustados.

Y yo miro fijamente a los objetivos que me filman, sin miedo de lo que estoy a punto de hacer.

Gaius se levanta de la silla, eufórico, y empieza a dar saltos en el sitio, entusiasmado.

Ravena Lessa

Sin mi primo para guiarme, actué de la forma más mecánica posible. Cada diez minutos iba a reponer los dulces en la mesa principal y aprovechaba para observar a la gente elegante del lugar y al príncipe bailando con una princesa cada vez.

Estaban todas preciosas. Cada una con un vestido vibrante y colorido, la piel perfecta, el maquillaje suave, anillos o collares que mostraban su riqueza.

Cada vez que miraba mi propio reflejo en la bandeja, veía lo contrario de ellas: solo una cara corriente, sin maquillaje y con el pelo apretado bajo un pañuelo de sirvienta. Las uñas sin arreglar; con este frío y teniendo que trabajar en la cocina, no vi motivos para pintármelas.

Jemima me revolvió el estómago.

Podía ser todo lo guapa que quisiera, pero no parecía buena persona, y su presencia me sentaba mal, más aún después de lo que dijo de mí. Las otras princesas, en cambio, parecían buena gente: se reían mucho y dejaban a Haakon con una expresión ligera.

En varios momentos me quedé parada, observándolo girar por el salón y mirar fijamente a la pareja de turno; no sé por qué me sentí incómoda, solo sé que me surgió una rabia tonta —esta mañana entendí que eran celos—, unas ganas de salir del salón y no volver más, pero tenía que trabajar.

En la última remesa de dulces, el regente me paró y empezó a darme conversación.

—¿Qué le está pareciendo el norte?

—Es un lugar muy frío. Y sin sol. Siempre me gustó este clima, pero no tener luz solar marca una diferencia enorme... creo que me está afectando a los sentimientos, lo estoy viviendo todo a flor de piel —suspiro, y compruebo que el príncipe baila con una princesa

rubia y muy alta—. ¡Pero tiene sus bellezas! ¡La aurora boreal me parece la cosa más preciosa del mundo!

—¿Ha escalado una montaña alguna vez en su vida?

—No...

—Aquellas —señala el horizonte— son las montañas que anuncian el fin del norte. Desde allí se puede ver la aurora boreal muy de cerca. Puedo llevarla cualquier día de estos.

—Sería...

Ni siquiera consigo terminar la frase.

Al principio creo que se me ha caído la bandeja —no sería ninguna novedad, solo un desastre más en la cuenta—. Su peso escapa de mis dedos, pero la veo alzarse y ser entregada en manos de Stephan, que parece tan sorprendido como yo.

Un sonoro «oh» resuena por el ambiente, más alto que la música, cuando Haakon me agarra firmemente de la mano y se queda quieto en el sitio, mirándome.

Espío por detrás de su cuerpo y veo a más de la mitad de las princesas horrorizadas; alguna que otra está casi aplaudiendo. Los hombres de las altas esferas, nobles del país, están divididos. Algunos se divierten, otros se han quedado boquiabiertos.

Las luces rojas de cada cámara parpadean hacia mí. Los hombres que filman están alborotados, como si este fuera el momento más importante de la noche y no pudiera perderse por nada del mundo.

Veo un micrófono estirarse por encima de nosotros.

—Ravena.

Oír mi nombre salir de sus labios me hace temblar.

Me limpio las manos sudadas en la ropa negra e intento mirarlo a la cara, ignorando a toda la gente de detrás.

—¿Me concedería el honor de este baile? —Haakon sigue con la ceja arqueada.

—Haakon... no... no deberíamos... —Sigo mirando a la gente; creo que se me ha olvidado hablar inglés.

—Mírame —me llama.

Sus ojos esmeralda se clavan en los míos y me azoro. No sé si quiero toda esta atención, como tampoco sé si quiero rechazar bailar con el príncipe en su baile real, y menos delante de las cámaras.

Me muerdo el labio inferior y doy un paso al frente, arrepintiéndome ya de lo que he hecho al oír otro «oh» a continuación.

La gente de atrás empuja a la de delante para tener visión de lo ocurrido.

—¿Has bailado alguna vez? —Me lleva hasta el centro del salón.

—Algunas veces... nunca con un príncipe de verdad...

—Me alegra ser tu primera vez. —Expande los labios rojos.

Sus dedos se encajan entre los míos. Su otra mano reposa en mi cintura y me mira de la misma forma en que miró a cada una de las princesas antes que a mí.

—¿Cómo vamos a bailar? No están tocando nada. —Espío a la banda, que está paralizada.

Un hombre trajeado, el mismo que entró detrás de Haakon, les está impidiendo tocar el vals.

—¿Crees que necesitamos música? —Me guiña un ojo y empezamos a movernos, un paso hacia allá y otro hacia acá.

Mejor dicho: él empieza a moverse y a enseñarme los pasos. Yo lo sigo; es difícil al principio, pero leo en sus labios silenciosos: «un, dos, tres; un, dos, tres».

Empiezo a llevar la cuenta mentalmente, a medida que nos movemos.

—Ravena.

—¿Sí? —Me estremezco al oír mi nombre salir de su boca.

Cada vez que intento mirar alrededor, hacia algo que no sea él, el príncipe Haakon estira la cara para entrar en mi campo visual. No es fácil ignorarlo: llama mi atención de forma natural, pero estoy roja de vergüenza.

—Existen algunos requisitos para ser reina del Septentrión —dice.

—Ajá. —Me tiemblan los labios.

—¿Algún indicio de sangre real en tu familia?

—¿Mi primo cuenta? —pregunto, nerviosa.

El príncipe se ríe, se relame y respira hondo. Yo intento no liarme con los pasos e ignorar los comentarios de la gente detrás de nosotros.

—Ella no puede bailar con él, es una sirvienta. —Oigo una voz femenina, muy áspera.

—Ravena.

—¿Sí, Alteza? —Siento que me sudan las manos.

—¿Eres virgen?

No sé cómo no se me salen los ojos de las órbitas.

Con la boca entreabierta y sin saber qué responder, me quedo muda unos segundos. El sexo nunca fue un tabú para mí, ni siquiera hablar de él —al fin y al cabo, era mi verdadero trabajo—. Pero que Haakon me preguntara eso me dejó medio desorientada.

¿Qué va a pensar de mí?

—Creo que ya sabe la respuesta, Alteza. —Intento una salida menos dramática, ya que no consigo responder.

—Entonces no tienes ninguna virtud para ser reina —pondera.

Por mucho que lo intento, no consigo identificar si hay desaprobación en su mirada; solo un brillo extraño que no había visto antes. Y si lo vi, lo ignoré por completo.

—¿Me permites?

—Claro. —Asiento, sin saber siquiera de qué se trata.

¿Cómo voy a negarle los deseos o las órdenes a un futuro rey? ¿Ante los ojos de toda esta gente y de quien más esté mirando desde casa?

¡Si ni siquiera tengo ropa para un evento así!

Haakon guía mis manos hasta su cintura; no dejamos de bailar. A continuación, deshace el nudo del pañuelo de mi pelo y lo guarda en el bolsillo interior de su frac. Sus dedos pasan suavemente por mis mechones.

—No... se me va a quedar el pelo todo desgreñado... —Empiezo a mirar alrededor.

—A mí me gusta así —dice con firmeza—. Y deja de mirar a los rincones: no necesitas la aprobación de nadie, salvo la...

—Salvo la suya, Alteza. —Agacho la cara.

—Salvo la tuya —aclara él; vuelve a cogerme de la mano y a guiarme hacia el extremo del salón—. No te importe nada de lo que digan o piensen.

—¡Es ella! —oigo al fondo—. ¡La chica del aeropuerto!

—¡La mujer a la que salvó el príncipe! —dice otra.

Alcanzo a ver de lejos a la Reina Madre de pie, con Leon sosteniéndola. La madre de Haakon parece haber visto un fantasma. Los cámaras prácticamente nos rodean, para filmarnos desde todos los ángulos posibles.

—Sé sincera conmigo, Ravena.

—Sí, claro.

—¿Cuál es el mayor sueño de toda tu vida? —me pregunta.

Parpadeo despacio y veo pasar mi vida entera como un flashback ante mis ojos. Nunca pensé que fuera tan difícil razonar en medio de tanta gente.

Hace tiempo que no pienso en mis propios sueños, porque tuve otras prioridades. Salir viva de las garras de Gustavo y volver a tener

una vida eran mi sueño. Pero antes de eso, ¿cuál era?

A los 9 era besar a Gustavo. A los 15, entrar en la universidad. A los 20, graduarme.

—¿Tan difícil de cumplir es ese sueño? —pregunta, de buen humor.

Y como si oyera mi propia voz de niña, de la época en que dibujé la cronología de mi vida, murmuro en voz alta, tal como estaba en la cartulina:

—A los 25, ser madre de un príncipe —murmuro.

—¿Cómo? —Parpadea.

—Nada.

—¿Qué has dicho? No he conseguido oír cuál es tu mayor sueño.

Trago saliva.

—Es un sueño tonto y de niña. Uno que no cumplí y que quizá nunca cumpla... no sé si lo merezco —suspiro, con un dolor en el corazón.

Lo digo de forma tan automática que solo ahora me doy cuenta de hasta qué punto Gustavo se metió en mi mente y destruyó no solo mis sueños, sino una parte de mí.

Yo no tenía que merecer nada. Es mi cuerpo, mi sueño, mi hijo...

Mis padres fueron tan cariñosos y siempre me dieron tanta atención que yo siempre quise un hermanito con quien jugar.

Como nunca lo tuve, alimenté en mi corazón el deseo de ser madre de un niño.

Lo llamé «príncipe» porque idealicé a un niño educado, amable, de buen corazón. Que, como todo niño, fuera travieso y muy creativo, pero que, por encima de todo, supiera tratar adecuadamente a las personas... y a su mujer.

Mirando en retrospectiva, cumplí mucho de lo que quería.

Fui a por todo lo que soñé.

Y en ningún momento me pregunté si merecía o no lo que conseguí. Solo luché, me lancé a la vida, empecé a trabajar pronto. Hasta que alguien a quien deseé tanto me devoró y destruyó cada parte de mí.

—El mayor sueño de mi vida... no te rías.

—Sería descortés por mi parte.

—Es ser madre —digo, y él mantiene el semblante tranquilo, prestándome atención—. De niña, mi profesora nos pidió hacer la cronología de nuestra vida. Escribí sobre mi pasado e inventé mi futuro.

—¿Y tu mayor sueño, desde niña, era ser madre?

—Sí. A los 25 años. —Asiento con la cabeza.

—Qué gracioso...

—¿Qué es lo gracioso? —Me encojo de hombros.

—Pensaba que querrías un visado diplomático... una mansión en Europa, quién sabe si un millón de euros... Estaba dispuesto a hacerte una propuesta a cambio de tu mayor sueño.

—¿Y qué propuesta sería esa, Alteza?

—Quiero que lleves a mi hijo.

¿Llevarlo cómo? ¿A cuestas? ¿Voy a convertirme en niñera?

—La propuesta es que lleves en tu vientre al bebé real, y yo cumplo tu mayor sueño. Vaya... parece que las dos cosas coinciden.

—¿Cómo? No lo estoy entendiendo...

—Quiero que seas la madre de mi hijo. El Príncipe del Verano. El futuro rey del Septentrión.

—Alteza, pero ¿cómo...?!

—¿Cuántos años tienes, Ravena?

—24.

—Pues creo que ha llegado la hora de cumplir tu mayor sueño. Y el mío.

CAPÍTULO 11

Príncipe Haakon III

—En el avión me preguntaste si estaba huyendo... Y la respuesta fue que huía de la responsabilidad —revelo; hablo cuando nuestros rostros están pegados durante el baile—. De esta responsabilidad.

Ella permanece muda. Su cuerpo se mueve al ritmo del baile porque yo la guío. Siento temblar sus manos, aun con los dedos entrelazados a los míos.

—Pero yo ya no necesito huir, y tú tampoco.

Ella alza los ojos hacia mí. Cuando las puntas de nuestras narices se rozan y siento su respiración desacompasada en mi cara, niega con la cabeza.

—Alteza. —Laios intenta seguir nuestros pasos y llamar mi atención—. Alteza, ya han pasado 20 minutos —advierte.

—¿Veinte minutos? —Ravena se exaspera—. ¡Tengo que volver a la cocina!

—No tienes que volver a ningún sitio, escúchame. —Miro por encima de su cabeza y veo el shock estampado en la cara de la gente—. Si eres la madre del futuro rey, nunca tendrás que salir del país. Y tendrás una vida plena, sin necesidad de huir. Sin miedos.

—Alteza, no puedo. —Se suelta de mis manos y mira a la gente —. Me siento honrada, pero no puedo.

—Ravena, mírame —digo entre dientes.

Ella no escucha. Se queda perdida, sin saber si atravesar el salón hasta la puerta que lleva a la cocina o hasta la que lleva a la salida.

Independientemente de su decisión, está emboscada por dos docenas de cámaras y reporteros, hambrientos de espectáculo, que quieren algo fresco con lo que degollar mi imagen.

—Señorita, ¿cómo se llama?

—¿Es usted de verdad la mujer del aeropuerto?

—¿Era suyo el abrigo que llevaba el príncipe aquel día?

Ravena intenta seguir adelante, después da media vuelta. Por donde quiera que intente pasar, no la dejan, así que intervengo y me pongo delante, abriéndole espacio para que salga.

Aunque quiera que se quede aquí, respeto su voluntad.

La veo salir corriendo a toda prisa, puerta afuera.

Y una parte de mí se arrepiente de haberla ayudado a pasar entre los hombres. Otra parte se siente satisfecha.

—Te quiero a ti —le digo al viento, con la mano extendida, las palabras flotando hasta desvanecerse en el vacío.

—Su Alteza va a descansar unos minutos y regresa enseguida. —Laios me indica que debo acompañarlo.

—Alteza, ¿ya ha elegido entonces a la futura reina del Septentrión?

—¿Se llama Ravena, Príncipe de Drü?

—¿La joven tiene ascendencia real?

Ignoro todas las preguntas y salgo de en medio de ellos.

Ravena Lessa

Salgo corriendo puerta afuera, con la desaprobación de algunos hombres nobles que lucen las insignias del país en el pecho. Atravieso un jardín al aire libre y después recorro dos pasillos más hasta llegar al vestíbulo de entrada del palacio.

Solo consigo respirar cuando estoy en el jardín delantero, bajo los ojos de los guardias callados, que parecen estatuas vivientes.

—¿Nena? —dice Leon, sin resuello; apoya las manos en las rodillas cuando llega a mi lado y recobra el aliento.

—Leon, llévame a casa —le pido.

—Vale, vale, solo necesito... —Con el índice levantado, respira dos, tres veces.

Incluso en la salida, algunos nobles repartidos por los jardines de delante del palacio lo saludan. Leon me lleva hacia el lateral del edificio, donde veo decenas de carpas levantadas, con globos rojos que iluminan tanto fuera como dentro. Tres minutos después, la furgoneta rosa y azul bebé se detiene ante mí.

—Sube.

—Gracias. —Me dejo caer dentro, me pongo el cinturón de seguridad e intento fingir que nada de esto ha pasado.

—¿Estás bien?

—Voy a estar bien. Solo necesito darme una ducha, apoyar la cabeza en la almohada y dormir. —Me cruzo de brazos.

—¿Te importa si te dejo allí y vuelvo? Dios mío... mejor no, creo que debería quedarme contigo.

—No, Leon. Has trabajado muy duro, tienes que disfrutar de las maravillas que has hecho.

Como parece indeciso, intento cambiar de tema.

—Aquellas cámaras...

—Es el primer baile real en el que el futuro rey elige a su esposa, en una retransmisión en directo.

—Entonces, ¿yo estaba en directo para el país entero?

—Para el mundo entero —me corrige Leon.

—Ah, vale. —Me da un ligero desmayo.

Príncipe Haakon III

Soy el primero en entrar en el Gabinete Real.

Laios y Svar siguen mi rastro y se quedan frente a la mesa, mirándose. No entiendo cuándo entra Stephan en la sala, pero finjo que ni siquiera está aquí, ya que se va al rinconcito, en la oscuridad, donde le corresponde estar.

Los dos líderes del parlamento entran acompañados de mi abuela, que intenta contener su expresión cuando me mira.

—Debo pedir perdón en nombre de Su Alteza Real —les dice Laios a los hombres—. El príncipe Haakon está muy atareado. Tantas cosas que hacer. No debería, bajo ningún concepto, haber cometido semejante desliz.

Todo eso me trae sin cuidado; en realidad, me divierto con su desesperación.

Markus, el líder de la Cámara de los Lores, da un paso al frente. Su pelo de oro envejecido, trenzado y echado por encima del hombro, le llega al cinturón.

—¿Bailó con 5 o 6 princesas y luego sacó a bailar a la sirvienta? —Parpadea, incrédulo.

—Ah, así que de verdad ocurrió —dice Stephan, sorprendido, en tono de ironía—. En fin... ¿qué esperar de un príncipe rebelde? Se corta la larga melena, negando su ancestralidad. Y rompe las tradiciones de los padres de nuestros padres...

—A mí me pareció divertido —me sorprendo al oír a Raegnar, el líder de la Cámara de los Comunes. Tiene la cabeza completamente rapada, la piel negra y una perilla canosa—. Qué caramba, es el futuro rey.

—Y debería elegir a su reina —comenta Stephan en voz alta.

Laios, que no para de dar golpecitos con el pie donde está y de asentir con la cabeza como si imitara a un colibrí, se vuelve hacia mi abuela.

—¿La Reina Madre tiene algo que decir?

A la mujer hasta se le hincha el pecho cuando recibe la palabra. Se agarra a la mano de lord Markus y se sienta en la silla frente a mí, apoya las dos manos sobre el bastón, evitando mirarme.

—¿Era la joven del aeropuerto? —les murmura a los lores.

—Aparentemente sí, majestad —dice Laios en tono de denuncia.

—¿Y quién la dejó entrar? —La mujer arquea la ceja—. ¿Cómo lo consiguió? ¿Era ella la que estaba poniendo la mesa?

—Sí. —Svar da un paso al frente, entrando en su campo de visión—. Es prima de Leon.

—¿Oh?

—Él intentó decírselo, pero usted siempre tenía otros asuntos y no quiso ser indelicado. Le dio asilo a su prima, que vino de Brasil porque estaba...

—Todos nos imaginamos lo que le estaba ocurriendo en Brasil —dice ella, seca.

Su mirada me preocupa. Ella, de entre todas las personas, es la más respetada. Antônia siempre fue conocida por velar por la tradición de nuestro pueblo; en raras ocasiones era capaz de dar su brazo a torcer, como en el caso de Leon. Y el consejo del rey seguía sus opiniones sin pestañear.

—¿Cómo debemos proceder, Majestad? —Laios se coloca a su lado.

—Poned a los nobles a bailar. Han venido algunos príncipes, ¿no?

—Doce —informa lord Markus.

—Ponedlos a todos a bailar —concluye ella—. Y servid los dulces a todo el mundo. La comida está divina; se quedarán callados de tanto comer. —Sacude la cabeza.

—¿Y qué debe hacer el príncipe de Drü? —murmura Stephan.

Mi abuela pone un semblante agrio, espía por encima del hombro e intenta identificar de dónde ha salido la voz. No sé si lo ve en el rincón oscuro de la sala; en cualquier caso, lo ignora.

—Laios, ¿puedes despertarme mañana con las repercusiones del primer día del baile? —Se levanta.

Todos nos ofrecemos a ayudarla, pero ella prefiere hacerlo sola.

—Por supuesto que sí, Majestad.

—El príncipe debe volver y bailar con las princesas —pondera, mirándome un instante—. Han venido de lejos para eso. Son nuestras huéspedes; deben ser bien tratadas.

—Sí, Majestad —dice Laios, satisfecho.

—Avisad a todos los miembros del Consejo Real de que tendremos que discutir los acontecimientos de hoy. —Mi abuela echa un vistazo panorámico a la sala—. Póngalos al corriente de la situación, lord Markus.

—Sí, soberana. —El hombre baja la cabeza.

—Y quiero ver al Duque de Mabük en mis aposentos cuanto antes. —Mira a Svar.

Por el tono que ha usado, ha dejado claro que quiere ver a Leon, no a él.

—Iré a buscarlo, Majestad —dice mi primo con firmeza.

—Estupendo, caballeros —dice ella.

Laios abre la puerta para que salga, pero ella señala con la cabeza que salgan todos, y así ocurre. Me quedo solo yo, sentado en el trono de la sala. Con una rápida mirada indiferente que me lanza, cierra la puerta y sigue con su bastón por el pasillo.

Al llegar a casa, corro al baño, cierro la puerta con llave y me mojo la cara varias veces, mientras contemplo mi expresión pálida en el espejo.

—Acabo de recibir una llamada de la mismísima reina, tengo que volver. ¿Vas a estar bien, prima?

—Sí. Ve tranquilo, Leon. ¡Disfruta del baile! —Intento fingir entusiasmo.

—¿Me prometes que me avisarás si pasa cualquier cosa?

—¡Te lo prometo! —digo, jadeante.

Él se queda al otro lado de la puerta tres minutos más. Cuando oigo cerrarse el ascensor, me siento en la tapa del váter y me echo a llorar.

¿Y ahora qué? ¿Qué va a pasar?

¿Y si Gustavo descubre dónde estoy y decide venir? ¿Qué van a pensar mis padres si ven esto? Y más aún, ¿cómo va a reaccionar la gente de este país ante todo lo que ha visto?

Vine al Septentrión para empezar de nuevo. Solo quería llegar, no llamar la atención y vivir una vida corriente, lejos de los focos y de los problemas, ¡y he acabado metida en el ojo del huracán!

¿Qué va a decir la Reina Madre? ¿Regañará a Leon?

Empiezo a desesperarme y a ponerme ansiosa.

Me remuevo sin parar sobre la tapa del váter, con miedo de coger el móvil y encontrarme algún mensaje, correo, llamada, yo qué sé. Lo único que quería era permanecer escondida y vivir feliz para siempre, lejos de Gustavo.

—Quiero que lleves a mi hijo.

La voz de Haakon llega hasta mí, como el viento que se desliza por las copas de los árboles e invade la ventana por una rendija.

—Creo que ha llegado la hora de cumplir tu mayor sueño. Y el mío.

Sus ojos color miel me miraron con seriedad. El rostro lánguido y blanco parecía tranquilo, como quien pide con naturalidad un café en el Starbucks o el último best seller en una librería.

—Te quiero a ti. —Todavía creo que lo oí, mientras salía.

¿Qué significa todo esto? ¿Por qué lo dijo? ¿Por qué me sacó a bailar, cuando debería estar ocupado con aquellas princesas?

—Dijiste que me debías la vida. —Oigo su voz seria cobrarme la deuda.

—No. —Me rasco el pelo, me masajeo el cuero cabelludo—. No, Haakon, no me hagas esto...

Termino de llorar bajo la ducha, con el agua caliente que espanta el frío. Tardo más de lo que debería, y después corro semidesnuda, desesperada, por la casa, y me lanzo bajo las mantas para entrar en calor.

—Quiero que lleves a mi hijo —repite él cuando estoy a punto de quedarme dormida.

—Vas a ser mía o no serás de nadie más. —Otra voz surge desde el otro lado. El tacto frío del aire recuerda al cañón de la pistola, y sus ojos violentos parecen espiarme desde el rincón de la habitación.

Me duermo, atormentada por los dos fantasmas que me acompañan.

*

Me despierto más temprano de lo que debería.

A pesar de todos los problemas, he dormido bien. Me tomé un comprimido de melatonina que Leon compró para ayudarme a regular el sueño, y me quedé dormida en cuestión de media hora.

Me recojo el pelo en un moño bien apretado, me pongo ropa de chándal y voy a buscar a mi primo por la casa, pero no está.

Sobre la pequeña mesa del comedor, en la cocina del piso, veo una caja blanca con una cinta dorada y una pequeña tarjeta escrita a mano: «Póntelo», es todo lo que dice. La ignoro por completo; no debe de ser para mí.

Bajo a la tienda y me topo con los empleados charlando en el pasillo.

—Buenos días a todos. ¿Habéis visto a Leon?

—Se quedó en el palacio —me informa uno de ellos—. Esto... cuando te encuentres bien, pásate por la tienda, que quieren verte.

—¿Quieren? ¿Quién quiere verme?

La respuesta no llega. La persona sale apresurada hacia el almacén.

Dudo entre ir o no a la tienda. En realidad, me pregunto cómo voy a salir de aquí sin ser vista, o cómo voy a poder vivir en este lugar sin que la gente me señale con el dedo.

Compruebo mi reflejo al pasar por un espejo del pasillo. Me coloco los mechones sueltos del moño detrás de las orejas y me aliso el chándal antes de cruzar la puerta.

El salón donde la gente se sienta o espera frente a la vitrina está vacío, con excepción de tres hombres.

Uno de ellos es alto, narigudo y con bigote, y lleva gafas de sol. Creo que se llama Laios; lo oí en alguna parte, anoche. Los otros dos son guardias del palacio.

Ya está. Han venido a por mí. Es la guillotina o la horca.

Quizá algo peor: la deportación.

—¿Ravena Lessa? —El hombre arquea la ceja; su tono suena indiferente.

Me desarrugo la cara frotándome con la punta de los dedos toda la zona y contengo un bostezo.

Una mirada rápida más allá de las vitrinas y de los cristales que dan al exterior, hacia las otras tiendas, y no consigo verlas.

Lo que veo es una multitud. Muchísima gente. En su mayoría, mujeres. Trago saliva y doy un paso al frente, temblando y lista para salir corriendo de vuelta al piso, coger el ascensor y encerrarme en la habitación más alta de la casa de Leon.

Da igual cuánto me ponga de puntillas o intente espiar por detrás de la gente. Parecen hormigas. No se acaban. Han tomado la calle entera.

—¿Ravena Lessa? —insiste el hombre.

—¿Sí? —Abro los ojos de par en par cuando lo miro.

—Está convocada a comparecer en el palacio de Skarsgard esta mañana. —El hombre me tiende una tarjeta de color crema, con letras de caligrafía fina escritas a mano; la tinta parece fresca.

—Mire... dígale al príncipe que no voy a ir. —Me encojo de hombros.

—Oh, no, no ha sido citada por Su Alteza Real —dice el hombre.

—¿No?

—Ha sido citada por Su Majestad, la Reina.

La palabra es «citada». Es decir, una invitación que no puedo rechazar, y las probabilidades de salir de allí directa a la silla eléctrica son altas.

Sabía que todo esto iba a acabar en desastre.

CAPÍTULO 12

Ravena Lessa

Era un día oscuro y frío a las ocho y media de la mañana, como cualquier otro amanecer en el Septentrión. La Confitería Lessa tenía una cola colosal fuera, lo cual tampoco se salía de la rutina. Y yo me encerré en la habitación, con el corazón queriendo salírseme por la boca, la garganta seca de pura desesperación.

—¡Me ha citado la reina! —suelto un lamento.

La desesperación me consume; empiezo a sacar toda la poca ropa que traje conmigo y la pongo sobre la cama, en busca de algo presentable que ponerme.

Esta vez creo que no puedo usar la ropa negra de sirvienta, el delantal y el pañuelo.

¿Debería llevar un vestido de color o negro? ¿Zapatillas o tacones? ¿Me estoy preparando para la ejecución o para la deportación?

Cuando voy a la cocina a beber agua y respirar hondo, miro la caja blanca. La tarjeta dice «Póntelo», y me quedo contemplándola unos minutos.

Deshago el lazo con cuidado, lista para rehacerlo si hace falta, y abro la caja. Saco de allí un vestido blanco precioso y delicado, con la cintura marcada como si lo hubieran hecho para mí, y un collar de perlas.

El reloj de la cocina me observa. Las manecillas se apresuran, y la palabra «citada» vuelve a circular por mi mente.

Si es un vestido, debe de haber sido hecho para mí. Voy a la habitación y me lo pongo delante del cuerpo.

—¿Debería?

Reaparezco en la tienda con el vestido impecablemente blanco que estaba en la caja y un collar con un colgante de cruz que me regaló mi abuela; llevo una chaqueta para cubrirme los hombros y los brazos, porque sé que fuera hace mucho frío.

Los pocos clientes que han podido entrar en la confitería abandonan la cola o sus asientos y vienen hacia mí.

—¿Te haces una foto conmigo?

—¿Ravena? ¿Podrías mandarle un beso a mi madre? —Otra pulsa el botón de grabar audio en WhatsApp.

—¿Me firmas la camiseta?

—Sin autógrafos, por favor —protesta Laios, desde donde está.

El hombre luce un semblante serio y un aire de superioridad que me incomoda. No parece contento de verme; en realidad, desde ayer quedó claro que no le gustó que el príncipe me sacara a bailar, y no lo culpo.

Los dos guardias que antes estaban a su alrededor vienen ahora a colocarse a mi lado. Solo dejan que se acerque una persona a la vez.

Hasta que consigo salir de la tienda, pasa por lo menos media hora. Y para caminar entre la multitud y subir al coche, casi una hora.

La gente extiende los brazos, no sé por qué lloran, gritan mi nombre como si yo fuera alguien importante. E incluso cuando subo al vehículo y el ruido cesa, veo a la gente corriendo detrás, agitando la bandera del Septentrión, con los móviles en alto, cantando una canción preciosa que nunca había oído antes, pero que me pone la piel de gallina.

—¿Siempre son así? —le pregunto al conductor, mirando a los lados.

El hombre da un respingo en su asiento, parpadea y empieza a tartamudear.

—S-s-sí, quiero decir, no... es que no están acostumbrados...

—¿Acostumbrados a ver mujeres de Brasil? —Me cierro la chaqueta alrededor de los hombros. ¡Tendría que haberme puesto una sudadera!

—¿Tiene mucho frío? Puedo encender la calefacción. ¿Le apetece beber algo? ¿Va cómoda ahí atrás?

—Sí, gracias. ¿Cómo te llamas?

—George... —Se traga las palabras, como si fuera a decir algo más, pero se perdiera a mitad de camino.

—Yo soy Ravena.

—Lo sé.

—¿Crees que estoy muy metida en líos? La reina me ha llamado al palacio...

Puedo ver por el espejo retrovisor que estoy más pálida que en los días anteriores, y ni siquiera me molesté en arreglarme el pelo: lo dejé recogido en un moño.

¿Qué podía hacer? ¿Perder el tiempo domando la melena, cuando puedo perder la cabeza en unas horas? Por lo menos me puse el vestido más bonito que he visto en mi vida, para al menos morir guapa.

El coche se detiene ante la puerta del palacio. Laios, que iba en el coche de detrás del mío, me abre la puerta y me ayuda a bajar.

—El comedor del rey queda...

—Lo sé, Laios, ya he estado allí. —Le doy una palmadita en el hombro, agradeciéndole la ayuda; mi tono es casi melancólico.

Lleno el pecho de aire y subo las escaleras, algo asustada de que me sigan no solo algunos guardias, o Laios, sino también algunas empleadas del palacio.

—¡Ravena Lessa! —grita el heraldo cuando me acerco a la puerta del comedor; doy unos pasos hacia atrás y me tapo los oídos.

—Entre. —Laios señala con la nariz.

Respiro bien hondo. Cuento hasta tres y doy un paso adelante.

El comedor estaba adornado con flores azules y violetas. Por lo menos treinta empleados permanecían atentos, dando abasto con tanta demanda, ya que todas las princesas y príncipes —he dicho todos— estaban a la mesa.

Menos Haakon y la abuela.

Ahora entiendo el motivo de una mesa tan grande, con al menos cien sitios.

Mis ojos recaen enseguida sobre la mujer de pelo castaño y ojos verdes. Lleva un vestido beis que enmarca su cuerpo, el pelo delicadamente peinado hacia atrás con pasadores de diamantes. Junto a la reina está Irinna, su madre. Una mujer mayor, de pelo cobrizo, con un vestido rosa vibrante, pomposo, lleno de plumas.

Laios se queda a mi lado y me acompaña hasta que estoy ante Melissa, la madre de Haakon. Sé que debo saludarla cruzando las piernas y agachándome un poco.

—Qué educada. —La mujer mira a las princesas que tiene delante y después me mira a mí.

Sigo muda, porque no sé si ya debo pedir disculpas. Teniendo en cuenta mis conversaciones con Haakon, creo que solo debo abrir la boca si ella me hace una pregunta.

—Te hemos reservado un sitio. —Irinna sacude los hombros con sus plumas y señala la silla vacía a su lado—. Siéntate y disfruta del desayuno.

Al primer amago que hago de retirar la silla para sentarme, Laios la sujeta y la aparta él.

—Gracias —digo bajito.

Él empuja la silla y yo pierdo el aliento cuando quedo tan pegada a la mesa.

No sé qué hacer ni qué decir: estoy rodeada de princesas y al lado de la reina y de su madre. No lo he leído en ninguna parte y no tengo ni idea de cómo proceder ante una situación así.

—¿Hay algo de su preferencia para comer? —La jefa de la cocina real aparece a mi lado con una libretita.

¿Me está hablando a mí?

Un vistazo rápido a la mesa y me imagino que no necesitaré pedir nada. Hay servido todo tipo de pan imaginable, quesos de los más diversos colores y asados dispuestos sobre la mesa. Por todas partes, sirvientes cargan jarras de cristal con zumos, agua, té y refrescos.

—No, gracias...

—Podemos hacer carré de cordero, si quiere. U ostras. ¿O prefiere algo dulce? ¿Qué se desayuna en Brasil?

—Ah, estoy satisfecha con lo que hay aquí. —Espío un pernil caramelizado que me hace la boca agua.

—Pero, sobre su desayuno... ¿quiere huevos con la yema blanda? ¿Bebe champán? ¿Algún tipo de pasta, una trufa, o...?

—Estoy bien, gracias.

Me siento mal por haber frustrado a la mujer. Baja los hombros y suelta un fino suspiro; se aleja sin darme la espalda, y su mirada parece decir que su carrera ha terminado ahí mismo.

—¿Cómo se siente esta mañana, Ravena? —La reina se vuelve hacia mí.

Llevo un vestido tan bello como el de las otras princesas, pero enseguida me doy cuenta de que somos de mundos diferentes. De nada sirve cambiarme de ropa: ellas se sientan, conversan y se comportan con un aire altivo.

Corrijo mi postura; es lo mínimo que puedo hacer, porque estoy sentada de cualquier manera.

—Todavía no sé qué hago aquí, majestad. Me dijeron que había sido citada... —murmuro.

—Citada —confirma Irinna—. Para desayunar. Con todas nosotras. —La mujer sacude los hombros, coge una copa de champán y se la lleva a la boca.

—... todavía estoy intentando asimilarlo... me siento como si ayer me hubiera atropellado un camión —murmuro.

—Un camión bien grande. —La anciana se ríe y se agarra al brazo de su hija, que sonríe de forma más contenida—. ¡Un príncipe te sacó a bailar!

—Sí...

—¡Estás en todos los periódicos, en todos los informativos, y saldrás en la portada de todas las revistas durante al menos un semestre! —dice la mujer, jubilosa—. Una bofetada con guante blanco al pueblo de Koioskovo. —Se ríe y bebe un poco más.

—Mamá —la reprende la reina con dulzura.

—Un pueblo hortera. Carca. ¡Cursi! Que se esconde detrás de la tradición como excusa por haberse quedado parado en el tiempo. —Hace una mueca—. El pueblo de Drü no... Es un pueblo cálido, alegre, que sabe conservar en la vida lo que es esencial y funciona. ¡No se aferra a métodos del pasado que ni siquiera sabe por qué siguen existiendo!

Me ha caído bien. Ese estilo aparatoso, con humor y sin pelos en la lengua.

Creo que Haakon heredó muy bien la rebeldía de esta abuela, porque de la otra heredó el tono agrio y seco con que me trató los días anteriores.

—¿De qué parte de Brasil eras, querida?

—De Minas Gerais —digo.

—No la conocí. ¡Conocí Recife, Pará, Bahía y Río de Janeiro! No te asustes por el carácter amargo y frío de Koioskovo: no se corresponde con el pueblo del Septentrión. ¡Tienes que ir al sur y descubrirás quiénes son los norteños de verdad! —Sacude las plumas y levanta la copa para que se la llenen.

—¿El príncipe no viene? —le pregunto a la reina, temerosa de no poder hablar con ella.

—Está reunido desde temprano. Pero vendrá, sí.

—¡Está convenciendo a los miembros del Consejo Real de que permitan la boda... contigo!

Siento un escalofrío subirme por la espalda. Irinna parece radiante, como si le hubiera tocado la lotería. La madre de Haakon es más recatada y no expresa muchas emociones; no sé si es porque no le caigo bien o porque está rodeada de las otras princesas.

—La Reina Madre no parece nada contenta —comenta Melissa.

—¿Y cuándo está contenta esa mujer? Te hizo la vida imposible —dice Irinna, agitada, sin pudor—. ¿Crees que voy a permitir que lo repita todo otra vez?

De repente se hace un silencio y la puerta del lugar se abre.

—¡Su Alteza Real, el príncipe de Drü, Haakon Tercero! —grita el heraldo, y yo me agarro a mi sitio.

Todos los presentes se levantan de inmediato y le sonríen al hombre; yo estoy tan pegada a la mesa que no consigo ponerme en pie. La reina Melissa e Irinna me espían desde su lado; ellas también se han quedado sentadas, aunque creo que es porque no necesitan levantarse.

En mi caso, es que estoy atrapada, sin más.

—No tiene ninguna etiqueta —comenta una princesa.

—Ni siquiera sabe comportarse —responde otra.

—Siéntense, por favor —agradece Haakon, y va hacia su madre —. No voy a poder quedarme, estoy intentando convencer a lord Markus...

—Creo que deberías quedarte —dice Irinna; recibe un beso en la mejilla de su nieto y se aparta un poco.

Eso me despeja el campo visual para ver al príncipe con un traje azul marino que realza bien sus hombros anchos y sus brazos fuertes. Él, que estaba a punto de decir algo y marcharse, me mira y se calla; veo dilatarse sus pupilas.

El príncipe acaricia el hombro de su abuela, da una vuelta gigantesca alrededor de la mesa y se sienta frente a mí, al otro lado.

—Un té negro frío, por favor —le dice al sirviente—. Y convenza a la mujer más guapa de la mesa de que sea mi futura reina. ¿Puede conseguirlo?

—El té sí puedo, Alteza —dice el hombre, azorado, y sale a toda prisa.

—Me pareció insólito que ayer salieras corriendo sin dejar nada. Un zapatito de cristal, por lo menos... —dice Haakon, mirándome al fondo de los ojos.

—No soy una princesa para ir dejando cosas atrás... —respondo.

Él arquea la ceja, con aire muy divertido.

Se abre el traje y saca del bolsillo interior unas braguitas beis. Inmediatamente abro los ojos de par en par y hasta aparto la silla para levantarme y recuperar mi prenda íntima.

—¡Devuélveme eso! —Siento arder mis mejillas.

—¿Quieres que pase por encima de la mesa? ¿Delante de la reina? —provoca.

Guarda la prenda en el bolsillo interior y le da unas palmaditas por encima.

Una breve mirada de reojo y veo a Irinna pendiente de mí. Cuando percibe mi mirada, intenta disimular: deja la copa sobre la mesa y empieza a cortar la comida de su plato, distraída.

—También quiero mi maleta de vuelta, Alteza.

—No vas a sacarla del palacio.

—Estoy sin mis braguitas y sin mis sujetadores. —Muevo la boca, sin emitir ningún sonido.

—Qué delicia —dice él de la misma manera.

—¡Necesito mi maleta!

—Lamentablemente, alguien se equivocó y la envió a nuestro Palacio de Verano, en Drü. —Su lengua rosada recorre los labios—. ¿Estás dispuesta a ir a buscarla?

—¿Aquí no hay servicio de correos? —gruño.

—Le pusieron un aviso a la maleta, para que nadie la toque salvo su dueña... Pero hablando de Drü, es un lugar precioso. Tiene sol, playa, nuestros mejores jardines.

—¿Sol? —Es lo primero que me viene a la cabeza.

Si hay algo que necesito en este momento es vitamina D. Estoy cansada de tragar pastillas y de estar pálida.

—Y playa. ¿Te gusta?

—Me... gusta... aunque nunca he ido.

—¿Eres de Brasil y nunca has ido a una playa? —Irinna escupe el champán, escandalizada.

—Es que... yo era de Minas... allí no hay playa...

—¡Haakon! —La mujer golpea la mesa con la mano.

—Está decidido. Nos vamos a la playa.

Apenas tengo tiempo de discutirlo. La jefa de cocina regresa con tres carritos llenos de proteína, arroz, baguettes, ostras, guisos. Hay tanta comida que fácilmente me duraría un mes.

—Espero que sea de su agrado. —Asiente con la cabeza y se aleja.

¿Qué está pasando?

¿Por qué esta gente se comporta así?

Las princesas a mi alrededor parecen muy simpáticas y conversan sobre la revalorización del euro y las inversiones financieras para el próximo trimestre. Otras hablan de Virginia Woolf, otra de cuánto le gustan las novelas de Julia Quinn, y una recita los versos de una poetisa llamada Florbela Espanca.

—Amélia, de Dinamarca. —Miro a la mujer sentada a mi izquierda, una princesa rubia que bailó ayer con el príncipe—. ¿Y tú

eres la princesa...?

—No. No soy princesa. —Trago saliva.

—Lo sé, Ravena. —Se ríe.

—¿Sabes mi nombre?

—¿Quién no sabe tu nombre, a estas alturas? —Apoya su hombro en el mío y vuelve a comer.

—¿Cómo que quién no? —me pregunto.

Busco a Jemima en la mesa y está bien al otro lado, a buenos metros de distancia. La reina se ha sentado exactamente en la silla del medio, su madre a su lado y yo al lado de ella. Jemima, en cambio, está en un rincón, casi en la punta de la mesa.

—¿No has leído el periódico de hoy? ¿Ni has visto los informativos? —pregunta la princesa de Dinamarca.

—Es que ando muy distraída...

Saca el móvil del bolsillo y me enseña los vídeos que son tendencia en YouTube. Hay una canción nueva de Lady Gaga, el lanzamiento de un móvil nuevo y un reportaje sobre mí.

¿Sobre mí?

«Elegida por el Príncipe», dice.

Cuando le da al play, el corazón se me detiene. La grabación muestra el momento exacto en que Haakon me sacó a bailar ayer. E intercalados con la escena en la que intento seguir sus pasos, los periodistas van comentando —no consigo oír sus voces, pero leo los subtítulos en inglés.

Sobre la grabación de ayer aparecen otros vídeos. De chicas que vieron la escena y se pusieron a gritar, desesperadas. O a llorar, a aplaudir. Y no eran solo chicas.

Madres con sus delantales se detuvieron frente al televisor, boquiabiertas. Y abuelas que estaban casi dormitando en sus mecedoras, de repente, inclinaron el cuerpo ante la escena en que

una mujer corriente —y vestida de sirvienta— baila con el Príncipe del Norte.

«Cualquiera puede ser una princesa», dice emocionada una niñita con gafas de culo de vaso en un vídeo —lo leo en los subtítulos.

Las imágenes continúan dentro del metro, en Koioskovo. Los periodistas entrevistan a algunas personas; la princesa Amélia sube el volumen y de repente se hace un silencio en la mesa: todas se quedan atentas para escuchar, aunque parece que ya conocen ese reportaje.

—¿Qué opina del príncipe Haakon? —le pregunta la periodista a una mujer de camisa negra y vaqueros.

—Nunca me importó mucho la monarquía, excepto por Haakon: él parece una persona de verdad —se encoge de hombros —, y creo que, de todas las princesas, debería elegir a Ravena. El príncipe perdió al amor de su vida y desde entonces siempre estuvo rodeado de muchas mujeres. Pero ahora ha encontrado a la persona adecuada. Fue un encuentro arrebatador... y en un aeropuerto. —Se ríe.

Al levantar los ojos, veo que las princesas me sonríen de una forma muy simpática.

La reina, a mi lado, que también estaba sonriendo, contiene sus expresiones y vuelve a conversar con un príncipe árabe.

—Ravena, todas nosotras ya nos hemos rendido —dice Amélia —. Él ha encontrado a la mujer de su vida; contra eso no se puede luchar...

—Bueno... no todas —dice una princesa de 70 años; espía el otro lado de la mesa y me guiña un ojo.

Jemima no parece nada contenta. Insatisfecha, lejos del príncipe y de los focos, parece otra persona, ya que no necesita fingir su semblante calmado ni puede usar sus palabras serenas.

Creo que el día ha valido la pena solo por eso.

—Si me disculpan, necesito respirar un poco. —Me levanto.

Irinna y el príncipe Haakon son los primeros en ponerse de pie; a continuación, todas las sillas se apartan de la mesa y veo a todos los presentes levantados, incluida la reina Melissa. Hasta Gaius se pone de pie al otro lado de la mesa, con la cabeza subiendo y bajando; debe de ser porque está intentando ponerse de puntillas.

Jemima evita mirarme, pero se pone de pie.

—Con permiso —digo de nuevo, y me dirijo a la salida.

CAPÍTULO 13

Príncipe Haakon III

Cuando Ravena sale del comedor, yo sigo su rastro.

Camina sin rumbo, indecisa. Atraviesa dos pasillos y se detiene. Se queda mirando los cuadros, prácticamente de su tamaño, de todas las reinas que el Septentrión ha visto alguna vez.

—Son hermosas, ¿verdad? —anuncio mi presencia, porque no se ha dado cuenta.

Ravena se cruza de brazos y vuelve la cara de golpe hacia el lado opuesto; está frente al cuadro de mi abuela, de cuando aún era joven.

—Sabes que no puedo hacerlo. —Agacha la cara y se mira los pies.

—Yo no solo sé que puedes hacerlo: tú también sabes que puedes.

—Creído. —Hace un mohín con los labios gruesos.

—¿Ravena?

—¡¿Sí?!

—Sé la madre de mi bebé, el futuro rey del norte.

—¿No te das cuenta de lo absurdo que es esto? —Me mira, incrédula—. Apenas nos conocemos. Y todas las veces que nos hemos encontrado, hemos causado problemas.

—¿Necesitas algún argumento más de por qué somos perfectos juntos?

Verla protestar en silencio me divierte. De la nada, arquea las cejas y refunfuña:

—¡Es exactamente como en los cuentos de hadas! Vine al baile, bailamos juntos y me pediste matrimonio... quiero decir, tener un bebé.

—Ajá.

—¡Pero está mal! ¡No es así! Necesito conocerte, que me gustes, enamorarme de ti, ¡y solo entonces encontraremos el «felices para siempre»!

—¿Quieres enamorarte de mí? —propongo.

Sus mejillas se ponen rojas e intenta ocultármelo agachando la cara.

—Tengo 89 días para hacer que te enamores.

El tiempo empezó a contar desde ayer. Si al final del plazo no tengo un bebé en el horno, no seré coronado rey —ni siquiera uno figurativo—. Y Stephan se hará con el control de todo, para siempre.

Claro que mi última opción sería elegir a otra princesa y dejarla embarazada, solo para asegurar el trono. Pero ¿por qué haría eso, si ya he encontrado a la mujer adecuada?

—Tienes tantas opciones, Haakon.

—Ravena, yo ya te he elegido. —La agarro de los hombros—. Ahora necesito que tú me elijas a mí.

Aprovecho el momento para caminar a su alrededor, pero ella me evita con los ojos.

—¿No ves que es perfecto? Yo dejo de huir. Tú dejas de huir. Nuestro hijo será rey algún día y tú podrás vivir aquí para siempre.

—¿De qué estás huyendo realmente, Haakon?

Confieso que no esperaba esa pregunta.

—De la responsabilidad, ya lo sé. Pero en serio. ¿De qué estás huyendo?

—Creo que no entenderías la respuesta.

—Ah, estoy deseando oírla... —provoca, con mirada feroz.

—Ya lo he dicho: huyo de la responsabilidad. Me gusta vivir libre, como un pájaro.

—Ah. —Ravena se muestra sorprendida—. ¿Crees que ser padre no traerá responsabilidad? ¿Crees que yo quiero ser madre soltera?

—No lo has entendido. Necesito un hijo para poder ser rey. Y entonces renunciar al trono y poder ser libre... de la corona. No de mi hijo. Yo seguiré estando ahí para enseñarle todo lo que sé, cuidarlo, ayudarlo a crecer.

—Si no quieres ser rey, ¿por qué quieres tener un hijo para que asuma el trono?

—Porque no puedo permitir que ese usurpador de mierda arruine a mi familia y destruya el Septentrión.

—¿De quién hablas?

—De Stephan.

—No me parece ese tipo de persona. —Chasquea la lengua.

—Engaña bien, ¿verdad? No puedes imaginarte las cosas horribles que es capaz de hacer cuando nadie está mirando.

Ravena alza los hombros en un largo suspiro.

—Haakon, yo quiero ser madre. Quiero decir, quería... desde niña... alimenté ese deseo infantil, esa ilusión tonta, y desde los 15 años hasta hace unos meses creí que había encontrado al hombre adecuado para formar una familia. Son casi 10 años creyendo en un final feliz con un hombre que no era lo que yo pensaba.

—¿Y...?

—Nosotros dos apenas nos conocemos. Yo sí siento algo por ti. Solo una mujer ciega no lo sentiría: eres perfecto. Pero ¿cómo puedes pedirme que lleve un hijo tuyo?

—¿Ravena?

—¿Sí, Alteza?

—Cuando te vi por primera vez, en el aeropuerto, podría no haber hecho nada y quedarme sentado. Podría fácilmente haber dejado que la vida siguiera; nada en mi vida cambiaría si aquel hombre te llevaba de vuelta a tu ciudad. Yo iba a regresar a mi país e iba a elegir a otra mujer.

Ella gime bajito, solo de imaginarlo, y parece asustarse.

—Pero algo dentro de mí tomó el control, y eso que estaba medicado —necesito sonreír—. Soy impulsivo, hiperactivo, tomo decisiones en el calor del momento, pero en aquel instante tenía el control total de mis emociones... hasta que te vi. Y sentí que necesitaba ir y sujetar tu mano.

Respiro hondo. No aguanto más. Necesito tocarla.

Acerco mi cuerpo y me pego a su espalda. Mis manos, que reposan en sus hombros, van bajando, contorneando su cintura.

—Cada célula dentro de mí hirvió, porque sentí la necesidad de verte libre, igual que tu cuerpo siente la necesidad de dormir, de beber o de comer. Es algo que no se entiende: se siente y se sacia.

—¿Qué quiere decir eso? —suspira.

Ella va encogiéndose lentamente. No puedo parar. No puedo dejar de tocarla, aunque sea por encima del vestido; ya he resistido demasiado.

Mi cuerpo desea entrar en su campo magnético; mis ojos no consiguen apartarse de su mirada atemorizada, que sin embargo esconde a una mujer soñadora y fuerte.

La coloco entre mi cuerpo y la pared.

—Necesito que seas mi mujer y la madre de un príncipe.

Ravena Lessa

Por lo menos 50 cuadros de mujeres con ropas opulentas y joyas centelleantes nos observan. Con el pelo recogido o suelto, con vestimentas recatadas o modestas, ante espadas o flores, no me parezco en nada a ellas.

Veo la mano de Haakon reposar sobre la pared, y su cuerpo presiona el mío.

Baja el rostro muy despacio mientras me mira; sus ojos color miel parecen más brillantes que nunca, incluso sin contacto con la luz del sol. Su olor cálido enciende una hoguera en mi bajo vientre, hace que me hormigueen las manos; me remuevo inquieta, aun atrapada en el sitio.

—Di que no me deseas.

No puedo mentir, así que no digo nada.

Una parte de mí siente la esperanza inundarme las venas; la sensación de que cumpliré mi sueño se vuelve palpable, y veo en el rostro de Haakon el rostro de un niño que tendría el placer de llevar dentro.

Otra parte de mí teme al amor, como un niño teme a lo desconocido y a la oscuridad. Todavía soy joven, pero he perdido aquella valentía de arriesgarme.

—Haakon, necesito reencontrarme a mí misma...

—Reencuéntrate conmigo. Teniendo a nuestro hijo.

Cada vez que dice «nuestro hijo», mi cuerpo reacciona de una forma extraña, como si algo se hubiera salido de su sitio y estuviera intentando encajar.

—Pero si ni nos conocemos...

—¿Y tú quieres conocerme?

¿Por qué el maldito tiene respuesta para todo?

¿Y por qué su mano en mi cuello me eriza tanto? El cuerpo olvida el frío; ningún recuerdo de miedo o de terror me viene a la mente; en realidad, me siento cómoda con su tacto. Y aunque estoy nerviosa por la cercanía de sus labios, no me aparto.

—Voy a demostrarte que naciste para mí —susurra Haakon ante mi boca.

Siento el soplo de sus palabras rozarme los labios.

—¿Estás lista?

—Lo estoy.

Haakon sigue con el rostro a medio palmo del mío, y sus ojos verdosos no parpadean. Baja la mano del cuello a mi busto; siento un cosquilleo en la barriga, como si sacudieran un árbol y una bandada de mariposas alzara el vuelo desde las ramas.

Sus dedos descienden aún más, hasta mi ombligo, alcanzando mi bajo vientre. Siento una especie de escalofrío que hace arder el alma. Y cuando me sujeta la cintura con sus dos manos grandes, pierdo el aliento por completo.

—¿Reconoces esto? —Se abre el traje y me muestra una prenda beis ahí dentro.

—¡Dame eso! —Me abalanzo sobre él.

—¡Es mía! —dice, igual que un niño al que le gusta provocar.

—Haakon, ¡esas braguitas son mías! ¡Dámelas!

Cuanto más intenta esquivarme, más avanzo yo para agarrar la prenda y quitársela. Solo Dios sabe lo irritada que estoy ahora, con la cara toda roja, jadeante y avergonzada.

—¡No hagas eso, dame esas braguitas! —gruño, mientras lo lleno de pellizcos y manotazos.

—Quien se lo encuentra, se lo queda. —Va lanzando la prenda de una mano a la otra, y después la sacude para enseñarme que todavía la tiene.

—¡Desgraciado, devuélvemelas!

—Bajita. —Haakon estira la mano hacia arriba y se vuelve prácticamente imposible que alcance la prenda.

Estiro las piernas, doy unos saltitos y no llego ni siquiera cerca de su codo.

—Es por esto. —De pronto me empuja de vuelta contra la pared.

Contengo la respiración y siento su abdomen empujarme con fuerza, sus manos contornear mis brazos y su nariz acercarse a mis mejillas.

—Por esto naciste para mí —dice.

—¿De qué hablas, loco? ¡Ladrón de braguitas! ¡Yo te devolví tu maleta! —chillo.

—Naciste para mí, y solo necesitábamos encontrarnos —dice Haakon.

¿Qué demonios quiere decir? ¿Qué pueden explicar unas braguitas beis sobre todo esto?

—Ninguna de aquellas mujeres del comedor se abalanzaría sobre mí —explica—. Ellas jamás me levantarían la voz ni me pellizcarían. Tampoco me golpearían la cabeza con un rodillo de amasar.

Me temo que tengo que darle la razón. Ellas tienen juicio, han sido bien educadas y deben de tener miedo de cometer delitos.

—Pero tú me tratas como si fuera un igual.

Sus labios dejan un rastro cálido por mi cara. Y cuando rozan suavemente los míos, abro la boca instintivamente, dejándolo entrar.

Todo el peso de mis hombros cae; mi cuerpo parece ablandarse, pierde la noción hasta de mantenerse en pie.

Siento su lengua pedir espacio dentro de mi boca; nuestros rostros chocan como cuando, de niña, imaginaba la caída de una

estrella fugaz contra la tierra. Sus manos sostienen mi cintura, casi me levantan del sitio, casi me deshacen.

Ahora entiendo por qué su olor es cálido.

Porque el beso es cálido. Su tacto me hace arder. Siento de inmediato un deseo, una necesidad de su cuerpo que ya ni recordaba cómo era. Creía que había perdido la libido, que nunca más tendría sexo de verdad, y que esa sensación de florecer que provoca de repente una mirada enamorada era solo un cuento de hadas en mi mente.

—De... devuélveme mis braguitas... —digo, desorientada, bajito, cuando se aparta.

Las cejas gruesas prácticamente unidas, la frente fruncida, los labios bien enrojecidos. Los ojos brillando como si estuviera ante la luz.

—No voy a devolver nada —dice seco—. Voy a quitarte todas las braguitas —asiente con la cabeza—, voy a demostrarte que yo nací para ti. Y tú vas a ser la madre de nuestro hijo, el futuro rey de este país —dice, resuelto.

No sé cómo expresar mi perplejidad. Pero ya no consigo contradecirlo diciendo que no puedo o que no quiero.

Algo dentro de mí dice que puedo y que quiero.

Pero eso no ahuyenta el miedo que siento de entregarme de nuevo.

—No es posible que solo yo sienta esto. —Haakon me acaricia la cara con el dorso de la mano—. No es posible que no te des cuenta de que, el día en que naciste, los reyes del Septentrión te eligieron para ser mi mujer. Y solo buscaron una forma de unirnos, en un encuentro...

—¿Los reyes del Septentrión? —pregunto, confundida—. ¿Los maridos de ellas? —Miro los cuadros.

Las mujeres de miradas altivas y posturas imponentes me observan como si fueran dueñas del mundo y yo solo una inquilina

de paso, quizá su sirvienta.

—Míralas —suspiro—. Yo nunca podría parecerme a ellas...

—Tanto tiempo con alguien que te hizo daño parece haberte hecho perder la noción de cómo eres —dice el príncipe, pensativo—. En efecto, no te pareces en nada a ellas —admite.

—¿Lo ves?

—Igual que yo no me parezco a ninguno de los antiguos reyes —contrapone.

En eso tiene toda la razón.

Todavía no he encontrado un pasillo con los cuadros de todos los reyes, pero los que vi en el comedor o en el Gabinete Real, en efecto, no se parecían en nada a él.

—¿Echas de menos el sol? —Cambia completamente de tema.

—Claro que sí. Tú estuviste en Brasil, sabes que es una tierra tropical... tu tierra es preciosa, no me malinterpretes. Pero vivir en esta oscuridad total, no sé...

—Huye conmigo, solo una vez más, a Drü. Quiero enseñarte la playa, quiero demostrarte que puedes conocerme mejor. Y quiero demostrarte que puedes enamorarte de mí.

—¿Tú no tienes un baile de una semana al que ir, o algo por el estilo?

Haakon esboza una media sonrisa.

—Huye conmigo. Te prometo que será la última vez que huyamos.

Freud llega muy despacito, contempla la escena y garabatea un papel. Me lo entrega a continuación.

Parte médico: mojada, ¿a que sí, hija mía?

—Pídele a tu primo que te lleve a la pista de vuelo de los nobles, mañana a las 8 de la mañana. Te espero dentro del avión.

—En serio, Haakon, ¿y el baile? —Voy tras él, cuando me doy cuenta de que se marcha.

—A las 8 de la mañana en la pista de vuelo de los nobles —repite.

Y de espaldas a mí, mete la mano dentro del traje, alza la mano por encima de la cabeza y sacude las braguitas beis.

—Voy a llevarte lejos de estos días oscuros.

CAPÍTULO 14

Ravena Lessa

Después de aquel momento con el príncipe, encontré a Leon y nos fuimos a casa.

—Esto no está pasando, ¿verdad? No es posible. —Me mantuve en negación.

—Aparentemente sí —dice él en tono divertido—. Casi mil millones de personas vieron el baile real.

—¡¿Qué?! —La desesperación llamó a mi puerta y yo abrí, señoras y señores; ahora sí que estoy por los suelos.

—No te desesperes. La mayoría de los comentarios hablan bien de t...

—¿Y los que hablan mal?

De repente, el foco de todo el asunto cambia de «debería aceptar la invitación del príncipe» a «¿qué están diciendo de mí?».

—Un ala más conservadora, monárquica. Criticaron que aceptaras bailar con el príncipe en el baile y te encontraron... demasiado morena.

¿Por qué no me sorprende? Con la ceja arqueada y la boca entreabierta, intento argumentar. Pero las palabras se pierden, de tan disparatada que es la situación.

—Pero enhorabuena: los republicanos se han quedado callados, y es difícil mantenerlos así —se divierte Leon—. Mañana madrugamos, ¿vale? Para llevarte al aeropuerto.

—Tú vienes conmigo, ¿verdad?

—No puedo, por desgracia. El baile continúa, y mis obligaciones también.

—¿El baile continúa sin el príncipe? —Muestro todo mi asombro.

—No se lo cuentes a nadie hasta que estéis juntos en Drü —me guiña un ojo—; ahora, a dormir.

No dormí.

No conseguí cerrar los ojos; me quedé inquieta en la cama, viendo cómo la oscuridad de la ciudad, ahí fuera, se embellecía con los colores vibrantes del cielo.

Hace una semana, más o menos, yo vivía el periodo más crítico de mi vida. Como un pájaro encerrado en una jaula y con las alas cortadas, solo podía contemplar, impotente, el gigantesco mundo más allá de los barrotes.

Creo que una parte de mí no quería dormir para no tener pesadillas. Gustavo sondeaba los recovecos de mi mente, se deslizaba sigiloso por los recuerdos infelices de los últimos meses y seguía haciéndome daño, aun sin estar presente.

«No mereces ser madre. Te daré un hijo cuando lo merezcas».

Y al otro lado del tono de su voz, la fotografía de una niñita sonriente, con los mismos ojos azules del hombre al que un día amé.

¿Por qué ella lo mereció y yo no?

—i¿Ravena?! —Leon da unos golpecitos en la puerta de la habitación.

—Hola. Ya me iba a dormir.

—¿A dormir? —se divierte mi primo—. ¡Venga! ¡Nos vamos a Drü!

Para mi total espanto, al comprobar la hora, veo que me he pasado la noche entera en vela.

Hay un motivo serio —y ético— por el que un psicólogo necesita a otro psicólogo para evaluar sus situaciones. Es fácil perderse al recordar los traumas y acontecimientos de la propia vida. La divagación y la repetición de escenas, casi como un autoflagelo, necesitan ser guiadas por otra persona que intente conducir el hilo.

Mi hilo es un gran ovillo de lana, enredado y lleno de nudos dobles.

—Antes de que te asustes o me preguntes algo: me llamaron tus padres. —Leon me roba la atención cuando estamos bajando a la confitería.

Preparé rápidamente una maleta con ropa y me vestí de chándal, sin más, para aguantar el frío matinal de Koioskovo.

—¿Mis padres?

—Querían saber si de verdad estabas conmigo y si estabas bien.

—¡Ah! —Se me pone la piel de gallina.

Hago una mueca cuando, al pasar junto a mí, los empleados de la tienda hacen una leve reverencia. Es tan raro que me quedo distraída en mis propios pensamientos.

—Me preguntaron si no podía llevarte de vuelta, a Minas.

—¿Y qué les dijiste?

—Les dije que no podía, por desgracia; que estaba muy ocupado con el mayor pedido de mi vida. El mayor no: el mayor será el de la boda real, claro.

—Boda. —Parpadeo, boba.

—La tía soltó un resoplido; le tiene pavor a viajar en avión, y más aún a cruzar un océano.

—Ajá...

—Bueno, eso es todo. Si tus padres te llaman es porque les di tu número nuevo —concluye.

En medio de todo esto, subo a la furgoneta, me pongo la maleta en el regazo y recorro las calles observando a la gente que me saluda, como si yo fuera una celebridad. No sé si sentirme una bloguera de éxito o una youtuber que acabó en la televisión haciendo telenovelas. Sé que siempre quise ser famosa y relevante como psicóloga, no como... persona.

El resto del trayecto hasta la pista de vuelo de los nobles transcurre en cuarenta minutos de un largo silencio. Estoy demasiado anestesiada para conversar, y Leon está respondiendo a decenas de llamadas de la tienda, del palacio, de Svar.

—Hemos llegado.

El aeropuerto privado no es distinto del de una ciudad de provincias, salvo que hay un cuartel lleno de guardias y todo parece más refinado y caro, desde los largos cristales relucientes hasta las gruesas columnas que sostienen el edificio, que parecen ser todas de mármol negro y oro.

El coche que venía a una distancia considerable, detrás de nosotros, aparca a nuestro lado. Veo que dentro hay unos hombres de negro.

—Buenos días, Vuestra Gracia. Buenos días, señorita Ravena. —Nos recibe un hombre con el pecho lleno de medallas—. Soy Yannis, el comandante del vuelo de hoy. Su Alteza ya la está esperando dentro del avión. Si es tan amable de acompañarme...

Estaba a punto de sacar los documentos del bolsillo; me asusto y casi le suelto un manotazo a un chico más joven cuando me quita la maleta de la mano y echa a andar delante.

El avión es un Boeing blanco con líneas horizontales en azul cobalto. Es enorme y parece que fácilmente transportaría a 500 personas.

Al entrar me sorprendo, porque me topo con lo que parece la recepción de un hotel de lujo o una estancia del palacio. Veo diez butacas y dos sofás del mismo tono de azul que la aeronave, el suelo impecablemente perlado con la bandera del Septentrión en el centro, y una escalera ancha que solo Dios sabe adónde lleva.

Haakon, que estaba de espaldas revisando el espacioso bar con tres neveras, se gira cuando llego.

—Ah, has venido —dice en un tono que intenta imitar sorpresa.

—¿Tenía opción de negarme? —Esbozo una sonrisa tímida y entro, con la mano apoyada en un auxiliar de vuelo.

—Quién sabe, ¿verdad? —El príncipe se encoge de hombros y viene hacia mí.

Me besa la mejilla, muy cerca de los labios.

Estamos en el extremo norte, un lugar de mucho frío, donde la gente fácilmente debe de pasar días sin ducharse, ya que no hay posibilidad de sudar. Yo misma no me ducho desde ayer por la mañana. Haakon, en cambio, parece recién salido de la ducha: está perfumado, la piel le brilla de lo bien cuidada que la lleva, y el pelo sigue despeinado.

—¿Ya has desayunado?

—No.

—Estupendo, porque he pedido que lo sirvieran en el comedor.

—¿El... comedor? —Me atraganto y miro alrededor.

Estoy de verdad en una extensión del palacio, ¿¡no!?

—A no ser que prefieras comer en el cine, claro.

—¿Cine? —Abro los ojos de par en par.

—¿Estás bien?

—Sí. —Le echo otro vistazo al lugar y veo mi reflejo en un espejo de bordes dorados. ¡Mis ojeras están gritando!—. No he podido dormir.

—Es un viaje de casi 3 horas; si quieres descansar...

—No, creo que voy a aceptar el desayuno.

El príncipe me enseña el comedor, que queda arriba, antes de la cabina del piloto. La mesa es grande, las butacas parecen esas reclinables de cine y siete auxiliares están en sus puestos para servirnos.

—Entonces, ¿me estás diciendo que...? —Cojo la servilleta y me la pongo en el regazo; después me lanzo a por un bizcocho amarillo y sencillo, mientras un chico simpático me sirve café—.

¿Renunciaste a viajar en este avión para coger un asiento en clase ejecutiva?

—Ajá. —Se sienta, coge la taza de café y empieza a beber.

—Qué persona más rara eres. —Miro alrededor.

¿En qué mundo alguien renunciaría a viajar dentro de una mansión de lujo para irse a la *business* de un vuelo comercial?

—También he traído tu biodramina —dice, y veo a una mujer acercarse con una bandeja; levanta la campana y veo el medicamento, solitario, en el centro.

—Gracias. —Lo cojo y me lo guardo en el bolsillo.

¡Se acordó de que me da pavor viajar en avión!

—¿Por qué no has dormido?

—Ya estoy acostumbrada a no dormir... tengo pesadillas que me cansan mucho más que quedarme despierta... ¿eso es un bizcocho de maíz?

—Sí.

—¿Cómo es posible?

—Lo hizo mi cuñado —dice el príncipe, espiando la comida—. ¿Está bueno?

—Madre mía... sabe a Minas. —Me chupo hasta los dedos después de probarlo.

—También importamos queso y... goia... goiabada, ¿se dice así?

—Sí —me divierto.

—Ya está todo en Drü.

No sé por qué, ¡pero me dan ganas de darle un beso en la boca a este desgraciado!

El café y el bizcocho me transportan de vuelta a mi tierra. Leon tiene tanto talento que consigue imitar el mismo sabor casero y fresco del café y el bizcocho de mi madre y de nuestra abuela. Hasta

Haakon se rinde y acepta un trozo; me levanto y le tiendo el tenedor para ponérselo en la boca.

Él mastica despacio, sin apartar los ojos de mí.

—Es algo granuloso y... esponjoso —dice sorprendido.

—Madre mía, imagínate ahora un pan de queso. Recién hecho, saladito para dar contraste...

Haakon mira alrededor, y la auxiliar detrás de mí dice:

—Perdóneme, Alteza, todavía están en el horno.

—¿Hay pan de queso? —ya me exalto.

—Ese lo preparé yo —dice él, y se me cae la mandíbula al suelo.

—¿Tú? No. ¿Tú sabes hacer pan de queso?

—No sé —dice.

Y yo lo apunto con el dedo índice, como quien pilla a alguien en una mentira.

—Pero el duque es un buen profesor y vigiló cada paso. Garantizó que estaba bueno.

—¿Tú... cocinaste?

Cada cosa es más absurda que la anterior. Que viaje en un vuelo comercial en lugar de esta novena maravilla del mundo y... ¡¿que cocine?! ¿Por qué iba a cocinar un príncipe, si tiene a un centenar de personas para hacerlo por él?

—Tengo algunos talentos escondidos. —Levanta la nariz.

—¿Escondidos?

—Puedo mostrártelos todos.

Y con la sonrisa pícara que me dedica, yo levanto la taza de café y bebo muy despacio. Cuando el olor a pan de queso inunda el ambiente, inmediatamente me pongo nerviosa en la silla.

—¡Dios mío, qué ganas!

—Cuidado, está caliente.

No me importa. En cuanto lo ponen en la mesa, cojo uno y me lo voy pasando de una mano a otra, de lo caliente que está.

—Te lo advertí.

Y, aun así, le doy un mordisco; la lengua me arde en el acto y empiezo a soplar como una loca. Dos auxiliares vienen a socorrerme y me abanican.

—Está caliente —digo, y parto el bollito por la mitad. El queso forma un hilo espeso y largo que no se rompe.

—¿Qué te dije? Cabezota.

Soplo bastante y como. No podía ser de otra manera: ¡es un pan de queso hecho por un príncipe!

—Madre mía... no escatimaste en queso...

Haakon estira el cuello y aguarda, ansioso, mi veredicto.

—¿Es la primera vez que lo haces?

—La primera —confirma.

Sí. Leon debe de ser realmente un buen profesor. Es digno de un pan de queso casero; no es excepcional como los que yo sé hacer, pero después de una semana sin sol, sin aire cálido y sin mi comida de Minas, solo puedo pensar que este es el mejor pan de queso del mundo.

—¿Adónde vas? —Se levanta, al verme salir de la mesa.

—¡Todo el mundo tiene que probar esto!

Salgo repartiéndolos entre las auxiliares, que se quedan pasándose la bolita de una mano a otra, imitando mi gesto, como si fuera algún tipo de ceremonia antes de comer.

También les ofrezco al comandante y a los copilotos.

—Lo hizo Su Alteza —digo en un susurro, y salgo de la cabina.

El príncipe me acompaña, atónito; solo se sienta cuando me tranquilizo. Vuelvo a comerme otro y cierro los ojos, soltando un mmmmmm prolongado.

—¿Está tan malo que has tenido que tirarlo por ahí, disimuladamente?

—Al contrario. Está tan bueno que todo el mundo aquí debería probarlo. Estoy segura de que nunca han comido pan de queso.

Los auxiliares niegan con la cabeza, mostrando que ni siquiera conocían la delicia.

—No es como el de mi tierra. Pero es una versión digna de haber sido hecha por un príncipe. —Vuelvo a comer.

Haakon, al otro lado de la mesa, me examina con atención. Cierra la boca en forma de corazón y coge un bollito para probarlo, algo desconfiado de que me esté burlando de él.

—Está bueno. De verdad.

—Ajá. —Sigue desconfiado.

Termino el desayuno con la sensación de que voy a explotar. El avión no despega hasta que pasan unos minutos; me tomo la biodramina, y el príncipe me lleva de vuelta a la sala principal. Me siento en una butaca en la que cabrían fácilmente tres como yo. Mejor dicho, dos, porque estoy hasta arriba.

—Esto es lo que vamos a hacer hoy en Drü —dice el príncipe, como quien repasa el programa de un congreso universitario—. En cuanto lleguemos, te enseñaré por la ventanilla del avión los fiordos montañosos y verdes, el agua límpida y cristalina...

—Ajá —me divierto.

—¿Te gustan los jardines?

—Creo que solo con que no haya nieve ya me emociono —me entusiasmo.

—Podemos ir a los jardines, almorzar. Por desgracia hoy no podremos ver amanecer, pero podemos ver la puesta de sol en la playa. ¿Has visto algo así alguna vez?

—No...

Su forma de hablar es medio hipnotizante. No es como un profesor leyendo su artículo sobre por qué Freud está desfasado. Está lejos de eso. Es como sentarse a la mesa de la casa de la abuela, en el campo, viendo los pastos y los animales por la ventana. Y escuchar sus historias y experiencias de vida, tan llenas de color y de sensaciones únicas.

—... playa. También hay una discoteca estupenda; no es como en Brasil, pero si quieres bailar de verdad...

—¿Haakon?

—Sí, Ravena.

Suspiro alto, mirando sus labios.

—¿Tú no deberías estar hoy en el baile?

—Debería.

—¿Qué sentido tiene un baile real sin príncipe? —pregunto.

—¿Qué sentido tiene un baile real para encontrar a la mujer perfecta, si la tengo delante de mí?

Jaque. Y mate.

Y lo dice con una suavidad, con una tranquilidad, como si un huracán estuviera arrancando el tejado de una casa y él estuviera sentado a la mesa, tomándose su té, impasible ante la situación.

—Estás disponible para ser conquistada, ¿verdad?

—Sí... —murmuro. Creo que, después del desayuno, ya no necesita esforzarse mucho más.

—Yo estoy disponible para conquistarte. —Pone su mano sobre la mía.

Su mano es tan cálida y suave, además de acogedora, que sonrío sin darme cuenta.

—No necesito un baile para encontrar a alguien, si la tengo delante de mí —dice, dando el asunto por zanjado.

—Leon dijo algo de que el Consejo Real tendría que aprobar la boda, si no elegías a una princesa o a la hija de un noble...

—Ajá.

—¿Y el Consejo ya ha dicho algo? Al fin y al cabo, casi mil millones de personas en todo el mundo siguieron el baile.

—Sí que ha dicho.

Su suspense casi me mata.

—6 votos contra 2. No lo aceptaron.

Un amargor me baja por la garganta, o a lo mejor son restos del medicamento. Sobre su mano, que sujeta mi izquierda, pongo la derecha.

—Ellos saben que no soy buena para ti, ni para tu país.

—Deja que eso lo decida yo. —Su voz firme me sacude—. Solo necesito convencer a dos, para que haya empate. Y entonces, yo desempato, con mi voto.

—¿Y si no lo consigues?

—¿Te importa tener un hijo que no sea príncipe?

No sé por qué, pero siento un calor en el bajo vientre. Y va subiendo, apoderándose de mí, pasando por mis pechos, mi cuello, y me quema hasta las orejas.

—Ah... ya sabes... mi sueño era ser madre de un príncipe —ironizo, y contengo la risa.

—Pues eso es lo que voy a darte. Un príncipe —dice, decidido.

CAPÍTULO 15

Príncipe Haakon III

—Mira, los fiordos. —Señalo la ventanilla.

En la butaca, a mi lado, Ravena tiene la cabeza apoyada en el respaldo, durmiendo con la boca abierta. Debe de haberse quedado dormida enseguida, porque hace nada estábamos conversando.

Echo un vistazo rápido por la ventanilla: el avión sobrevuela un corredor montañoso, cuyo centro es un extenso y límpido azul que, más adelante, da forma a las playas de Drü.

—Debe de estar cansada de verdad —constato, al oírla roncar.

Apoyo su cabeza en mi hombro y sigo firmando algunos documentos, para no quedarme atado al trabajo durante el viaje.

Ravena se ha perdido el momento en que el cielo descorre la oscuridad y unos rayos anaranjados e incandescentes conquistan el horizonte como si fuera a amanecer. Minutos después, el sol está sobre nosotros, iluminándolo todo.

—Está bien, no se preocupe —le agradezco la ayuda al comandante cuando el avión aterriza en la pista aérea de los nobles y estamos listos para desembarcar.

—¿No prefiere esperar a que despierte, Alteza?

—Yo la llevo hasta el coche —digo.

Cojo a la dormilona en brazos y bajo con cuidado las escaleras móviles. Una decena de periodistas y fotógrafos, que no sé cómo se han enterado de que yo estaría aquí, saludan y hacen fotos.

—Alteza, ¿usted...?

—¡Shhhh! —Intento ponerme el índice delante de la nariz sin perder el equilibrio, con Ravena en brazos, y sigo hasta el coche.

Todos me observan, en silencio, entrar en el blindado. La acomodo en el asiento de atrás y después me siento, apoyando su cabeza en mi muslo.

Ella abre los ojos una o dos veces, comenta algo incomprensible, pero después vuelve a dormirse. Paso el dedo por encima de sus labios resecos y le acaricio la frente con una mano; con la otra saludo, en señal de agradecimiento, a los periodistas y a todos los que pasan junto a nosotros durante el trayecto.

*

—¿Tienes idea de las fotos que están circulando? En los programas de televisión, en internet, por todas partes. Mañana todos los periódicos estarán empapelados con esas imágenes —dice la Reina Madre, exasperada, al teléfono.

Ya en el despacho del Palacio de Verano, después de dejar a Ravena en sus aposentos, la atiendo de inmediato. Tras quince llamadas perdidas.

—Sí, las vi cuando las hicieron.

—Haakon, no pongas a prueba la paciencia del consejo. —Suelta un suspiro prolongado.

—No estoy poniendo a prueba a nadie.

—¿Sabes por qué funciona nuestra monarquía? —resopla, al fin —. ¿Sabes por qué esta institución milenaria sigue en pie, después de tantos golpes, contragolpes y conspiraciones?

—Estoy seguro de que usted me lo dirá. —Miro la playa por el gran ventanal.

—¡Porque somos un modelo sólido, previsible y que sigue las tradiciones! —Llena el pecho de aire para enumerar las cosas, como si estuviera contando con los dedos.

—Ajá.

—En tiempos tan difíciles, en la era moderna, ¡necesitarás una reina capacitada para contrarrestar tus rebeldías!

—Ya.

—Y el consejo tiene buenas sugerencias. Si no es una de las princesas... tenemos una lista de nobles que...

—De acuerdo. Abuela, tengo que colgar.

—Pero el consejo votó y...

—Estupendo. —Cuelgo el teléfono.

Ravena Lessa

La primera visión que tengo al abrir los ojos son las cortinas blancas agitadas por el viento, en una gran ventana. El viento que viene de fuera es una brisa cálida, agradable y perfumada con olor a mar.

Palpo la cama en la que estoy y parpadeo despacio, intentando recordar cómo llegué hasta aquí. Es la cama más grande en la que he estado en toda mi vida, y el colchón parece haberme arreglado la columna: no siento cansancio, ni ningún dolor cuando me levanto.

—¿Qué lugar es este?

Un vistazo rápido alrededor y me doy cuenta de que no estoy exactamente en una habitación. Bueno, si tuviera que compararlo con algo, sería con un estudio de lujo, que tiene desde sofá hasta chimenea, un piano de cola y una puerta a la terraza. No, no es una ventana. Aquello es una puerta.

Me levanto y camino despacio hacia la luminosidad de fuera, sin poder creer que por fin voy a volver a ver el sol.

Allá en el horizonte está bajando, detrás de montañas altas. Un vistazo rápido y tengo la impresión de estar en un Río de Janeiro nórdico. Y la vista desde la terraza me hace preguntarme dónde se fundó esta construcción.

—¿Ya te has despertado? —Oigo una voz, cuatro pisos por debajo de mí.

En una piscina grande, frente a un jardín y una balaustrada que anuncia el fin de la construcción, el príncipe nada tranquilamente.

—Te has perdido el almuerzo. Y por lo visto vas a perderte la puesta de sol —dice, echándose el pelo mojado hacia atrás.

Abro la maleta que está sobre una butaca y saco unos pantalones cortos y una blusa blanca de algodón; me calzo unas

zapatillas cómodas y bajo.

Mejor dicho, me pierdo un poco, porque el lugar tiene muchas puertas, y las personas que se cruzan conmigo, todas de traje o con ropa negra y delantal, me miran como si yo fuera de otro planeta.

¿Será porque voy vestida así?

Con la ayuda de una señora simpática, consigo llegar a la planta baja. Paso por el jardín y compruebo que están las flores azules que Svar le regaló a Leon días atrás. Además de todo tipo de colores, mariposas y conejitos peludos por todos los rincones.

Un vistazo rápido al extremo del muro y me doy cuenta de que el palacio fue construido sobre una montaña, frente al mar. Por eso el ruido del agua batiendo contra las rocas no cesa.

—Ya iba a buscarte.

Cuando Haakon aparece por el portal florido y cubierto de helechos, pierdo el aliento. Está mojado, solo con un bañador ajustado y una sonrisa amable estampada en los labios.

Mis ojos descienden desde los tatuajes de su cuello, que le cubren el pectoral y el costado del cuerpo, hasta su ingle, donde parece guardar otro tatuaje.

—¿Te has perdido?

—Me he perdido —digo, hipnotizada.

—¿Has dormido bien?

—Ajá —respondo, sin saber siquiera de qué va la pregunta.

No sé dónde me han dado, pero fue de lleno. No imaginaba que sus hombros fueran realmente tan anchos ni sus brazos tan musculosos; pensaba que podía ser un truco del traje. Y el bulto dentro de su bañador es... digno de mención.

Haakon parece esculpido por los dioses nórdicos: tiene de verdad porte de guerrero, y ese aire de golfo que, después de un sexo salvaje, todavía duerme haciendo cucharita.

—Madre mía de la abadía —suspiro en portugués.

—¿Cómo?

—Hola, ¿qué tal?

—Todo estupendo —dice él.

Un segundo después, un hombre de traje viene y le entrega una toalla.

—Ven aquí. —Extiende la mano.

Y yo voy, ciega. Ni siquiera hacía falta que lo pidiera: los pasos ya estaban listos para darse.

Haakon entrelaza sus dedos con los míos y me sujeta firme cuando pasamos junto a la piscina, que está mojada, y alcanzamos la balaustrada que decreta el fin de la construcción: puedo ver el mar justo debajo de nosotros y, un kilómetro más adelante, bien abajo, una playa con gente desnuda.

—¿Tu país tiene playa nudista? Qué avanzados, para un país conservador...

—Koioskovo es conservador. Drü no.

—Debe de ser eso de vivir entre el frío y el calor, ¿no? Imagino que no tendría sentido una playa nudista en medio de la nieve. —Me rasco la barbilla.

Y le echo un vistazo bien discreto al bulto. Al de delante y al de detrás. Tiene un señor trasero y un señor paquete, bien guardados en ese bañador negro.

Creo que ya sé dónde me han dado: en plena cara.

—Al otro lado del castillo hay una playa, justo debajo. No es nudista, te aviso. Hay mercadillo al aire libre, muchos hoteles y agencias de turismo, y allí —señala más al oeste— queda el centro comercial de la ciudad.

—Vaya, cuántas cosas interesantes que ver...

Una nueva mirada a la protuberancia del bañador. Creo que, si abro la mano, no consigo agarrarlo: tendrá que ser con las dos.

—Puedes quedarte en bikini aquí, si quieres; los paparazzi no pueden fotografiar esta parte del castillo.

—Ya. Imagino cuántos titulares harían solo con el tamaño de tu cosa.

—¿Qué?

—Nada... ¡imagínate semejante invasión de la privacidad!, ¿¡no!? —Me arden las mejillas.

—Sí. En los islotes pequeños sí pueden. Y en la playa nudista también, así que si quieres estar desnuda, si eres una exhibicionista de verdad, van a ponerse las botas contigo.

—¿Tú eres exhibicionista? —Freud me da golpecitos con el índice en el hombro, insistente.

Empieza a susurrar: Solo una miradita más. No vas a matar a nadie. Finge un mareo y cáete, agárrate ahí para apoyarte.

Y la mano no para de hormiguearme; me estoy conteniendo muchísimo para no apretar.

—Bastante. —Arquea las cejas.

—Su té frío, Alteza. —Nos interrumpe un empleado del lugar—. ¿La señorita desea algo?

—Un zumo bien frío de algún sabor maravilloso.

—Vuelvo en un minuto —dice, tras una rápida inclinación.

—¿Tienes hambre?

—Creo que sí, no sé... comí tanto pan de queso que, Dios mío, estoy llena... pero con hambre.

—No olvides que hay una despensa de cosas importadas, para ti.

—De verdad hiciste eso, ¿no? —Me pongo las manos en la cintura.

De vez en cuando las sacudo por encima del hombro, para espantar a Freud, que sigue pinchándome el hombro y señalándome que mire hacia el mástil del Titanic.

—Sí.

—¿Y podré verte cocinar?

—Ah, ¿te gusta mirar? —Haakon se pasa la mano por el pectoral ancho y esboza una media sonrisa.

—Sí. Quiero ver tus dotes.

Mi Freud imaginario desiste de llamar mi atención aquí arriba y salta, saca una cinta métrica y empieza a medir cuidadosamente el bulto del bañador. Después levanta los dos pulgares y asiente con la cabeza, aprobando.

¿Estamos flirteando? Creo que estamos flirteando.

En realidad, estamos casi besándonos, de tan intensa que es la forma en que nos miramos.

Creo que Haakon no necesita esforzarse tanto para conquistarme: solo con ver ese pectoral dibujado con el tatuaje del dios Neptuno, ya tiré la toalla. Esa cara suya, esa sonrisita pícara de medio lado, esa mirada traviesa... es el tipo de cosa que me gustaría ver en un niño.

Más aún en un hijo mío.

—Puedo enseñarte todo lo que quieras. —Haakon apoya el cuerpo en el murete.

Mi terapeuta imaginario, como en los dibujos animados de Bugs Bunny, trae una flecha gigante que parpadea y apunta a una parte específica del cuerpo de él.

Me llevo un susto tremendo cuando me agarra las manos y las posa sobre su abdomen definido. Baja mis dedos lentamente, mientras me mira. La ceja gruesa se alza un milímetro, casi imperceptible, pero de una forma que dice cosas impropias para este horario.

—Su zumo de arándanos, señorita.

—¡Ay! —suelto un grito y me aparto. Como si me hubieran pillado in fraganti.

El hombre solo me deja espacio para que salte; no cambia el semblante ni me juzga con la mirada. Parece uno de esos empleados ejemplares de hotel que, vean lo que vean u oigan lo que oigan, siguen impasibles y se llevarán cualquier cosa a la tumba.

—Gracias. —Tiemblo, pero cojo el vaso.

Y Haakon se queda riéndose, mirándome de reojo.

—¿Echabas de menos el sol?

—Sí. —Bajo los hombros y saboreo la bebida. Mi paladar, de repente, queda maravillado, probando algo inédito. El zumo es consistente, dulce sin exageraciones cuando mis labios lo tocan, y con un toque casi ácido cuando lo trago.

—Pues más vale que lo aproveches, porque no podrás volver a verlo hasta mañana.

Con la mano en mi cintura, Haakon me guía hasta el murete. Veo los tonos rojizos y dorados fundiéndose, deshaciéndose en el fin del cielo y encontrándose con el agua, allá donde la vista apenas alcanza.

Bebo mi zumo y casi me atraganto cuando siento su cuerpo acercarse por detrás del mío. Su mano derecha se apoya bajo mis pechos y la otra me acaricia la cintura. Se me eriza la piel entera.

—Tu piel es muy sensible —comenta el príncipe.

—Sí. —Apenas puedo respirar.

—Te pones así solo con el roce de mis dedos...

—Ajá. —No consigo decir nada que no sea un sonido nasal.

—Imagínate entonces cómo será, de madrugada, cuando entre en tu habitación...

Mis ojos van creciendo y doy sorbitos pequeños al zumo.

—Y use mi boca para besar tu cuerpo entero...

Vale, ¿por qué la brisa está tan helada y a mí se me está poniendo la piel de gallina?

—Y caliente tu piel, como hace el sol cuando está en mitad del cielo. Y temple cada parte de ti con mi respiración caliente, mi lengua húmeda y...

Haakon habla, y su nariz va bajando desde el lateral de mi cara hasta la nuca. Sus labios húmedos van dejando un rastro cálido por donde pasan, y mi cuerpo hormiguea sin parar. Empiezo a tener espasmos solo de oírlo.

—... quiero sentir cada parte de ti. Necesito tu olor en mí y tu piel rozando contra la mía, a la luz de la luna...

—Me estás poniendo nerviosa.

—Mejor que lo estés. Porque esta noche, tú y yo vamos a comprobar lo firme que es este suelo. —Haakon acaricia el lateral de mi cara con la suya.

Sus manos suben por mi espalda, contornean mis brazos y después se encuentran frente a mi ombligo. Bajan despacio. Cada vello de mi cuerpo se pone en alerta; dentro de las zapatillas, aprieto los deditos. Sujeto el vaso con tanta firmeza que no me sorprenderá si se hace añicos delante de mí.

Me río, no sé si de nervios o por la idea loca que me ha venido a la cabeza.

—¿Qué pasa? —murmura él, con los labios subiendo de vuelta hacia el lateral de mi cara.

—Nada.

—Habla...

—Una tontería, inconsciente. El vestíbulo de entrada de tu palacio en Koioskovo me pareció parecido al Titanic. Y ahora me ha venido la idea idiota de que, si abriera los brazos, con tanto viento y de cara al mar, seríamos como Jack y Rose, en la proa del barco, con los brazos abiertos...

Haakon ríe bajito.

Me quita el vaso de la mano y lo estira hasta alcanzar la mesa que tiene detrás. Me sujeta con firmeza por debajo de los brazos y

los levanta, a la altura del hombro. Empieza a besar despacio mi piel hasta llegar a la punta de mis dedos, y después vuelve, hasta alcanzar el otro extremo.

Sus manos pellizcan suavemente mi palma y después encaja perfectamente su mano grande detrás de la mía. Sus dedos se afirman, agarrándome, mientras me abre bien los brazos.

—¿Así que te gusta la sensación de estar volando? —murmura.

¡Qué desgraciado! ¡Tiene respuesta para todo! ¡Y no para de provocarme!

—Creo que lo descubriré esta noche.

—No... esta noche no vas a tener la sensación de volar. Lo que vas a sentir es otra cosa...

—¿El qué? —pregunto. Temerosa de la respuesta.

—Quédate despierta y lo descubrirás.

CAPÍTULO 16

Ravena Lessa

Un fenómeno curioso ocurre cuando nuestra madre dice: «a la vuelta te lo compro». La ansiedad mezclada con excitación se despliega en una euforia sin fin. Por volver... Por comprar... Por saciar ese deseo que crece cada vez más de tener lo que se anheló y se esperó.

Así me sentí durante la noche.

Haakon tuvo que atender algunas llamadas y tratar asuntos importantes en la biblioteca del palacio, y yo me vine a la habitación, me di una ducha y me preparé.

La inquietud se apoderó de mí; estuve dando vueltas en círculos por la espaciosa estancia hasta estar lo bastante cansada como para sentarme en la cama y quedarme mirando la puerta.

Las once, y ninguna señal de Haakon.

Medianoche, y nada.

Suspiré, insegura de lo que estaba sintiendo. Una parte de mí tenía mucho miedo: fui maltratada durante los últimos meses y no sabía si estaba lista para tener sexo con él.

Al mismo tiempo, una parte de mí ardía; a la menor señal de pasos fuera, en el pasillo, jadeaba y parpadeaba despacio, intentando contener mi respiración entrecortada.

Envuelta en una sábana suavísima y golpeando el colchón con los pies, de puro nerviosismo, me quedé angustiada mirando la puerta de la habitación.

No vino.

¿Se habrá olvidado, sin más, o habrá perdido el interés? ¿Se quedó tan cansado con las ocupaciones reales que se fue directo a

su cuarto a dormir?

Hace un rato, el cosquilleo en la barriga era porque lo esperaba. Ahora es diferente: sigue siendo el mismo escalofrío, una sensación de aflicción y de pánico, porque no viene.

Parpadeé... parpadeé de nuevo... y, cuando me di cuenta, me había quedado dormida.

La cama gigantesca abrazó mi cuerpo y la almohada se encajó perfectamente bajo mi cabeza. Mi cuerpo se hundió suavemente en el colchón mullido, y solo desperté, con un sobresalto, porque oí un ruido.

—¿Qué ha sido eso?

¿O habrá sido solo un sueño?

El ruido se repitió; no conseguí identificar de dónde venía. Salí de la cama y, de puntillas, fui hasta la puerta; comprobé que no venía de allí. Tampoco parecía venir de la chimenea ni de ningún otro rincón del cuarto.

—Imagino que no conoces muchas historias de princesas. —Oigo reír la voz masculina.

Vuelvo la cara hacia la ventana, que veo entreabierta. Haakon atraviesa las cortinas y mantiene sus ojos fijos en los míos; los entorna suavemente mientras se acerca, lo que le da un aire felino.

—Si una princesa está en una torre, el príncipe sube. —Señala la ventana a su espalda.

—Pero yo no soy una princesa...

—Tienes razón. —Asiente, y se quita los guantes blancos, sucios en las palmas—. Solo eres la futura reina.

—¿Has escalado? —Corro hasta la ventana para comprobar que estamos a muchos metros del suelo.

—Mola, ¿eh? —Esboza una media sonrisa, con aire travieso.

Y pone las dos manos en mi cintura, empujándome por la habitación, en dirección a la cama.

A diferencia de como lo he visto todo el día, no lleva traje ni ropa de baño. Viste un atuendo parecido al del día del baile: luce varias medallas en el pecho, los botones del frac parecen de oro y sus botas negras son bien altas; hasta lleva una espada en la cintura.

—¿Hacía falta todo esto? —Me río bajito, con cuidado de no tropezar, porque camino de espaldas.

—¿Para mi futura reina? Quizá. —Arquea la ceja.

Contengo la respiración cuando siento que sus manos me empujan hacia abajo. Me siento en el diván negro de cuero frente a la cama y palpo el espacio, solo para asegurarme de que no voy a caerme.

Haakon debe de haber notado que estoy tensa, pero eso no cambia su rostro sereno. Me encojo al sentir el tacto suave de sus dedos bajar por mi cuello, apretar delicadamente la zona de los hombros y la clavícula.

—Si hubiera sabido que vendría así, Alteza, me habría vestido mejor... —Me hago la desentendida.

Sí que sabía que vendría. Y me puse la única lencería que traje, la mejor de mi armario. Regalada por Gustavo. Una sensación extraña se apodera de mí.

—Da igual, porque quiero verte desnuda —dice Haakon sin rodeos.

Sin apartar los ojos de los míos, se quita la espada de la cintura y la deja junto al mueble. Con una sonrisa maliciosa de quien puede ser el rey de un país entero o un estríper en sus ratos libres, toma mis manos y las sube por su frac, haciéndome desabrochar y abrir la indumentaria; el olor delicioso de su pecho desnudo me golpea de lleno.

Mis dedos tiemblan; empiezo a perder el ritmo a medida que bajo hacia los botones inferiores. Cuando Haakon se libra de la prenda de una vez, apoya la rodilla sobre el diván, y mi muslo queda entre sus piernas.

Un escalofrío me recorre al sentir su barba en mi cara, sus labios en el lóbulo de mi oreja:

—¿Te ha gustado Drü?

—Sí. Es bien cálido y acogedor... Y tiene sol. —Me tiemblan los labios.

Mi cuerpo se tensa. Haakon deshace el lazo de mi lencería y desliza la prenda suavemente por mi cuerpo, dejándome desnuda.

—Nuestro hijo será el príncipe de este país. Y un día... rey.

Cuando dice «nuestro hijo», el frío de la ansiedad y el pánico empiezan a alejarse. De repente todo se calienta en mi bajo vientre, mis manos empiezan a humedecerse; me las froto lentamente contra el muslo. ¿O me estaré sintiendo así porque me está besando el cuello? ¿Contorneando mi cuerpo con la firmeza de sus manos?

Haakon me sujeta la barbilla y me levanta del diván. Tengo que ponerme de puntillas para besarlo, y es una sensación arrebatadora. El frío de Koioskovo quedó atrás, mis miedos se dispersaron y mi cuerpo empieza a reaccionar.

Extiendo las manos y las paso por su cuello, y casi suelto un gritito cuando se agacha, me agarra por los muslos y me alza del suelo, mientras me besa y hace que el olor de su cuerpo musculoso se mezcle con el mío.

Su cuerpo es tan cálido e intenso que tengo que recordarme respirar. Sus labios succionan los míos entre sonrisas, y su lengua toma mi boca, dejándome sin fuerzas y con la sensación de estar flotando.

—¿Quieres ser mi reina?

—Quiero —respondo, sin titubear.

Mis piernas se aferran a su cintura. Siento sus manos subir por mi espalda, de una forma pausada e intensa que me aprieta contra su cuerpo, me hace sentir los latidos fuertes de su corazón y su respiración intensa en mi cara.

Haakon me tumba en el diván y se coloca encima de mí.

Lo primero que siento es su pene marcado en el pantalón, presionando con fuerza contra mis braguitas. Su abdomen definido me empuja hacia abajo y nuestros pechos se rozan.

Haakon me sujeta el cuello y vuelve a robarme el labio; lo succiona hacia su boca y me deja paralizada cuando se incorpora un poco y me examina debajo de él.

¿Qué estará pensando? ¿Por qué me mira así?

No lo sé.

Solo sé que sonríe de medio lado y vuelve a tumbarse sobre mí, con las dos manos en lo alto de mi cabeza, tirando de mi pelo, la boca bajando hacia mi cuello, depositando besos prolongados en mi piel y frotando su nariz por toda la zona.

Baja un poco más y captura uno de mis pezones con la boca. Lo besa, mientras me mira.

Estoy tan excitada y tan avergonzada que no consigo sostenerle la mirada. Cuando no parpadeo, cierro los ojos y me guardo los gemidos.

—¿Ravena?

—¿Sí?

—Mírame.

No sé dónde guardaba mi cuerpo este escalofrío, pero cuando sube por la espina dorsal, me quedo sin aire.

Froto la espalda contra el cuero, y eso me hace sentir su pene aún con más fuerza contra mis braguitas —ahora el príncipe está solo en calzoncillos, con el pantalón todo arrugado sobre la bota.

—Quiero que me mires. Quiero que disfrutes tanto como yo —dice.

Y sin ningún pudor vuelve a chuparme los pechos; su lengua pasa despacio y, aun así, con intensidad, por encima de mis pezones.

Sus manos contornean mi cintura, casi abrazándome, casi asfixiándome, porque no consigo respirar.

No puedo mirarlo. Siento vergüenza. No quiero mirar mi propio cuerpo.

—¿Va todo bien?

—Sí, por favor, no pares... —digo.

Haakon duda un único segundo; después continúa lo que hace con maestría. Me hace sentir como si me estuviera disolviendo en su boca, derritiéndome hacia su cuerpo, una sensación única que yo ya ni recordaba.

Su lengua recorre mi barriga hasta llegar a mis braguitas. Abro solo un ojo para espiar y ver que me está arrancando la prenda íntima con la boca; sostiene el peso de mi cuerpo en el aire para desnudarme por completo y coloca una almohada bajo mis nalgas, dejándome más alzada para él.

—¿Has decidido disfrutar del espectáculo? —Se ríe.

¿Cómo puede ser tan desenvuelto? ¿Por qué no siente vergüenza, como yo? ¿No se habrá fijado en que tengo algunas estrías? ¿O en que no estoy tan delgada como aquella princesa Jemima?

—Sé lo que estás pensando. —Me saca de mis pensamientos.

—¿Lo sabes?

—Lo sé. Y sí, la respuesta es sí.

—¿Qué? —Suelto un soplo caliente con los labios.

—Eres perfecta para mí. Y sé que nuestros cuerpos van a encajar muy bien —dice, y sube por mi cuerpo.

Aprieto los ojos al sentir su miembro presionar sobre mi ingle, casi llegando al ombligo. Pero no tengo tiempo de pensar en eso, porque Haakon me levanta, pasa sus brazos por debajo de mí y me sienta en su regazo.

Se sienta en el diván y me encaja sobre él; no me deja espacio para entender lo que está pasando. Pierdo la concentración al sentir su boca carnosa en mi cuello; sus manos calientan mi cuerpo a medida que se deslizan, pero a cada instante se enciende una alerta en mí, solo de sentir la fricción fuerte de su miembro contra mi ingle.

—Me estás volviendo loco, apenas puedo contenerme. —Me mordisquea los labios con suavidad y respira fuerte contra mi cara.

Esta sensación en mi pecho y en mi cuerpo es inédita.

Un calor casi insoportable, la sensación de que yo también me estoy volviendo loca; lo necesito, lo quiero dentro de mí, aun con todo el miedo que siento.

Mis pensamientos se enredan cuando los dedos de Haakon rozan mi sexo. Primero es una sensación sorprendente, un tacto suave y acogedor, que me deja más ligera y lista. Sé que estoy lista. Necesito estar lista.

—Te deseo —susurro, y lo abrazo por el cuello.

Lo beso con fuerza; de alguna manera siento que me he relajado, que podemos tener nuestra primera noche ahora.

Entonces abro los ojos.

El rostro de Haakon, iluminado por la luz de la luna que entra por la ventana, es realmente hermoso de ver. Él es en todo un príncipe. Guapo, fuerte, que me ha respetado y me ha preparado para este momento.

Pero en el rincón del cuarto, en la sombra que proyecta un reloj grande, lo veo. Gustavo está ahí. Me está mirando, juzgándome, recordándome lo sucia que soy.

—¿Ravena? —Haakon me sujeta el brazo cuando me quito de encima de él.

Niego con la cabeza y me cubro los pechos con el brazo libre.

—No puedo... perdona...

—¿Estás bien? —Recoge su frac del suelo.

¡Maldita sea! ¡Lo he estropeado todo! Estaba todo tan perfecto, hasta que los recuerdos de mi pasado salieron a flote.

Y Gustavo sigue ahí, observándome. La forma en que me mira me hace sentir ridícula.

—Nadie va a quererte como yo te quise. —Sus labios se mueven allá en la oscuridad, pero yo oigo sus susurros desde aquí.

—Yo... yo necesito... lo siento mucho... —empiezo a tartamudear; no consigo mirar a Haakon.

—Mira esas marcas en tu cuerpo. —Gustavo se ríe. Mueve los dedos desde lejos, pero siento el tacto en mi cintura—. Ya no eres aquella chica guapa que conocí... engordando y adelgazando todo el rato... tu cuerpo está lleno de marcas...

—Para... por favor...

Y él me muestra su pistola. Y sonríe.

—Ábrete de piernas para mí, puta.

—¡Gustavo, para! —grito, y aparto sus manos de un empujón.

Creo que necesito cinco, quizá diez segundos para razonar y ver a Haakon delante de mí. Tiene los pantalones abrochados. Y yo me miro el cuerpo, los brazos... estoy cubierta por su frac, que me queda enorme.

—¿Cómo me has llamado? —pregunta él.

—Lo siento mucho. —Solo consigo negar con la cabeza—. Ha sido un error.

Intento escapar y huir. Dios sabe que es lo que necesito ahora. Pero el príncipe no me deja moverme del sitio.

—Mírame —insiste. Sus dos manos aprietan los lados de mi cara—. Soy yo, Ravena. Soy... yo...

—Sí... —Sacudo la cabeza. Los ojos me arden y me siento más estúpida que antes.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué me está pasando? ¿Por qué lo he estropeado todo?

—Yo... yo no voy... no voy a poder... —Intento contener el llanto.

Y cuando me doy cuenta de que es exactamente eso lo que estoy haciendo, rompo a llorar.

Gustavo sigue allí, en el rincón, vigilándome. Hay un placer indescriptible en su mirada, un regocijo que refleja bien cuánto ama destruirme, estropearlo todo, hacerme sentir una basura.

Me siento sucia. Siento asco de mí misma. Nunca voy a poder entregarme a otra persona... ¡él siempre va a estar ahí!

—Necesito una ducha. —Agacho la cara.

—¿Qué ha pasado, Ravena?

—Yo... estoy sucia... perdona por decepcionarte.

—Tú... no estás sucia —dice él, sin entender nada—. No tienes que disculparte. Si no te he hecho sentir cómoda...

—No... no... el problema no eres tú. Soy yo. Yo no soy... Verás, Haakon... yo no soy virgen. Y no soy una princesa.

—Sé que no eres virgen y sé que no eres una princesa. —Se sienta en el diván.

Extiende el brazo y yo me encojo, me aparto. Pero él mantiene la palma de la mano abierta durante tanto tiempo que yo, aun con miedo, estiro la mía. Siento su mano cerrarse lentamente hasta apretar la mía. A continuación tira de mí muy despacio, hasta que me siento a su lado.

—Sé exactamente quién eres. Y eres perfecta para mí. No quiero que seas diferente...

—No tienes ni idea de las cosas que hay dentro de mi cabeza... —sollozo.

—Déjame saberlas. Cuéntame. Estoy aquí, para ti. No soy el mejor consejero... No... sin duda soy el peor consejero, porque siempre actúo por impulso y la cago —se ríe—, pero soy un buen oyente.

No puedo decirlo.

¿Qué voy a contarle? ¿Que vi a mi ex maltratador ahí, en el cuarto? ¿Qué va a pensar? ¿Que pensé en otro hombre mientras estaba con él?

Me sentiré aún más desconcertada, sucia, inservible para él.

Haakon termina de abrocharme el frac que llevo puesto, dejándome toda cubierta, desde el inicio del muslo hasta el cuello.

—Esta vida... —Haakon toma mi otra mano y sujeta las dos sobre su regazo—. Es muy aburrida a veces...

—¿Cómo que aburrida?

—Ellos, los empleados del palacio, lo hacen todo por nosotros. Nos despiertan, nos visten, nos alimentan... hasta pueden bañarte, si quieres. —Se ríe de un modo nervioso—. Pero algunas cosas solo nosotros podremos hacerlas el uno por el otro.

Asiento con la cabeza.

Todavía estoy confundida. ¿No va a echarme de aquí? ¿A sacarme del palacio por hacerle perder el tiempo?

—Solo yo podré quitarme la ropa para ti. —Su mano derecha toca suavemente mi cara y limpia mis lágrimas—. Solo yo podré amarte, darte placer y calentarte en los días fríos de Koioskovo. Y aunque serás asunto de seguridad nacional, quiero que sepas que eres mi prioridad, porque yo, antes que nadie, voy a protegerte. —Besa mi mano—. Quiero cuidar de ti. Quiero ser tu apoyo. Tu compañero. Algunos días querré ser tu oyente... tu amigo... tu amante... tu rey. Acostúmbrate a eso.

—Sí.

Me equivoqué.

Creía que no podía haber nada más suave que su pañuelo, el que limpió mis lágrimas en el avión. Craso error. Sus dedos son suaves. Sus labios, que ahora sonríen con decencia, son suaves. Y su mirada tierna y cautivadora también es suave.

—Si tengo que esperar para tenerte, es lo que haré. Quiero que estés lista para mí, Ravena. Quiero que me desees tanto como yo te deseo.

—Te deseo... es solo que no... no sé, no me he sentido bien esta noche.

—Y no pasa nada. —Su mano forma una concha en mi cara. Y sus labios besan los míos sin prisa—. Eres mi futura reina. Y voy a respetarte como tal. —Retira mis manos de su regazo y besa el dorso—. No estás sucia ni lo eres. No lo olvides nunca: eres mi mujer. La futura reina. Serás la madre del futuro rey. Olvida lo que te hirió en el pasado... ahora ya no eres aquella chica. Mantén los ojos en el futuro.

—Gracias —digo, por no tener nada mejor que decir.

—Te dejo descansar. —Se levanta.

—Alteza. —Soy yo quien sujeta su mano ahora—. Quédate. Duerme aquí esta noche...

Con un gesto de negación, él me acaricia la barbilla.

—Prefiero dormir en mi habitación. Buenas noches, Ravena.

CAPÍTULO 17

Ravena Lessa

En mitad de la noche, abro los ojos y observo la habitación silenciosa y oscura. La casa empieza a agitarse, las puertas comienzan a golpear, oigo pasos y, por la rendija, veo encenderse la luz del pasillo.

Aprieto los ojos y finjo que duermo, pero es en vano.

—Ya llegué —avisa Gustavo; su voz suena alta—. Prepárate, en cinco minutos voy a follarte.

Deja la pistola sobre la cómoda y entra en el baño de nuestra habitación, abre el grifo, empieza a chocar con todo y a hacer mucho ruido.

Yo observo la pistola, y parece que ella me observa a mí también. ¿Y si fuera rápida? ¿Y si corriera, la cogiera y eso me ayudara a huir? ¿Se atrevería Gustavo a enfrentarse a mí si yo estuviera armada? ¿Me haría las atrocidades que le gustan, si yo tuviera con qué protegerme?

No me lo pienso dos veces. Es mi billete dorado, mi oportunidad.

El corazón me retumba en el pecho, los dedos me hormiguean y mis pies reciben un choque térmico cuando piso el suelo frío. Desde el baño, él percibe mi movimiento, vuelve la cara y avanza. Yo avanzo también.

Agarro el cañón de la pistola y me aparto, sin darle la espalda; mis manos temblorosas apuntan en su dirección.

Gustavo se ríe. No es exactamente la reacción que esperaba.

—¿Así que es eso? ¿Quieres un poco más de emoción?

—¡No! ¡No te acerques, o disparo! —rechino los dientes—. ¡Hijo de puta, desgraciado, no te acerques a mí!

Apesta a alcohol. Tiene los ojos rojos, y una sonrisa amarillenta se le forma al oír mis palabras.

—¿Te has vuelto valentona, eh? —desdeña—. Dispara.

Mis manos tiemblan como nunca. Acerco el dedo al gatillo y le advierto:

—Si te acercas, disparo.

—Pues dispara, joder. —Da un paso más en mi dirección—. Ya... ¿sabes por qué no puedes, puta de mierda?

Mi dedo parece inmovilizado. No consigo apretar. Sé que es lo único que me separa de mi libertad total de Gustavo, aunque tenga que vivirla en la cárcel.

—Porque tú no eres como yo. —Su mano agarra el cañón de la pistola y me la arranca de las manos.

Yo sigo temblando; bajo las manos sudadas por la camisa ancha, palpo detrás de mí y me siento en la cama.

—Y eres débil —sentencia.

Me mira a mí y mira la pistola. Sigue sujetándola por el cañón. Y me golpea con la culata en la cabeza, dejándome inconsciente.

Doy un respingo en la cama, sudada y asustada. Contemplo la gran ventana con las cortinas descorridas; hay dos mujeres en la habitación. Una de ellas ordena algunas cosas y después arrastra hasta mí un carrito lleno de comida.

—Buenos días, señora. Son las siete, el sol ya ha salido y está precioso. Su Alteza pidió que le sirviéramos el desayuno en la cama —dice la joven rubia, sonriente.

—Gracias.

La otra mujer está parada en la puerta. Es negra, lleva el pelo trenzado y viste formalmente.

—Buenos días, lady Ravena, soy Akádia —se presenta, aun desde lejos—. A partir de hoy soy su guardaespaldas; soy jefa de la policía secreta de Drü y será un placer servirla.

—Buenos días, Akádia...

No sé qué es más absurdo: despertarme y que ya haya gente en mi habitación abriendo las ventanas, que me sirvan un desayuno de hotel junto a la cama, o mi nueva escolta personal, que vigila a la empleada del palacio mientras hace sus tareas.

—¿Ya habéis desayunado? —les ofrezco.

—Sí, señora —dice la empleada al darse cuenta de que también me dirigía a ella.

La otra se queda callada, mirándome.

Dios mío, el día va a ser largo...

*

Lo primero que hago es tomar un baño de sol en la terraza —todavía no me creo que Haakon escalara todo esto: son cuatro pisos —. Después voy al baño, hago mi aseo, me doy una ducha fría —cosa que no me creía capaz de hacer en el Septentrión— y luego vuelvo a la habitación a comer.

Akádia me sigue, aunque sea de lejos. A veces entra ella primero en los sitios, registra a las personas y no le quita el ojo a nada ni a nadie mientras finge estar distraída con un libro o con el móvil.

Hablando de móviles, llamo a Leon en cuanto consigo alejarme de ella.

—¡Cuéntamelo todo! —dice eufórico—. ¿Te gustó el pan de queso? ¿Hace calor en Drü? ¿Ya te ha llevado a la playa nudista?

—Primo, calma, respira, que no consigo ni pensar con claridad.

—Perdona, me emocioné —sonríe—. ¿Qué tal tu primera noche ahí?

Me da miedo compartir algunas cosas con mi primo. Pero si no hablo con él, ¿con quién lo haré? Desde luego, no con mi escolta.

—Anoche... Haakon vino a mi habitación...

—Uuuh, la cosa se está calentando...

—Sí. Escaló cuatro pisos. ¿Te lo puedes creer?

—Tenía ganas de verdad, ¿eh?

—Sí. Fue maravilloso... yo lo sentí, ¿sabes? Sentí que conectaba con él. Algo que creía que no volvería a sentir nunca... como mariposas en el estómago.

—Y entonces te trató como la princesita que eres: una grandísima golfa en la cama.

—Pues... no exactamente...

—¿Cómo que no exactamente? —Leon hasta pierde el compás; ya no se ríe—. ¿Qué pasó, te acobardaste al ver su martillo de Thor?

Sí. Seamos sinceros: menudo martillazo.

—¿Que si me asusté? Me asusté. Pero es lo que hay, ¿no? Si Dios lo hizo de ese tamaño y de ese grosor, será porque cabe.

—Me encanta. —Leon llena la boca para reírse.

—Pero no pude, primo... no pude.

—¿Cómo que no pudiste, loca? ¿No pudiste meterte la boca en aquello y aquello en la boca? Aunque no debe de caber ni en la boca, si es como el del primo... pero ¿cómo que no?

—Me sentí sucia, ¿sabes?

—Ay, Nena...

—Él es un príncipe. Una docena de princesas se han guardado y son vírgenes por él. Mientras que yo... viví el infierno estos últimos meses. Fui violada, usada, aquel canalla me hizo tantas cosas... —En momentos así, cuando Leon y yo hablamos de cosas privadas, lo

hacemos siempre en portugués, para que los demás no entiendan la conversación.

—Prima, lo siento muchísimo.

—Yo también... fue bonito mientras duró. Pero debo de ser una gran decepción para Haakon.

—¿Qué quieres decir?

—Ya son casi las diez de la mañana y todavía no lo he visto. Debe de estar evitándome.

—No. Svar dice que está reunido con el líder de la Cámara de los Lores.

—Ah... ¿ha pasado algo? —Me mordisqueo el labio.

—Ah... ¿qué habrá pasado, no? —desdeña—. Una lista de princesas e hijas de nobles para elegir, y te eligió a ti. El consejo tiene que aprobar la boda y él está tratando con cada uno para intentar convencerlos de que voten a favor.

—Ah, ¿entonces no se ha rendido?

—Esos hombres no son de rendirse. —Leon se ríe—. Mira... creo que necesitas ayuda. Hablar con un profesional, ¿sabes? Una psicóloga.

—Ajá.

—Le pediré a Svar el nombre de los psicólogos que atienden a la familia real y que podrían atenderte.

—Vale. ¿Leon?

—Sí, prima, dime.

—No sé si me vas a entender, pero... —suspiro. Camino un poco más lejos y vigilo que no haya nadie cerca—. Dios mío, no me creo que vaya a decir esto...

—¿El qué?

—Una vez me contaste que a esta gente le gusta dominar. Y que Svar te encadenaba o algo así.

—Me encanta. Es más, lo adoro. Es más, anoche me dieron una paliza de las buenas. Me siento la Reina de Inglaterra.

—... Sabes... no sé...

—¡Habla!

—Al mismo tiempo que me siento sucia y violada con los recuerdos de lo que me pasó... ¿será normal desear que Haakon me use también?

Trago saliva. Y me cubro la boca. No me creo que acabe de decir eso. ¿Qué va a pensar mi primo de mí? ¿Que estoy loca? ¿Que he perdido el juicio?

A decir verdad, este puede ser el momento de descubrir si todas aquellas historias son verdad. Si es tan interesante como en las novelas románticas contemporáneas.

—Yo... no quiero que piense que soy frágil... que tiene que ser delicado conmigo, aunque debo admitir que anoche estuvo increíble, un perfecto caballero. Me hizo confiar en él.

—Ajá.

—Pero... ¿sabes? ¿Me entiendes?

—No. No sé si te estoy entendiendo, perdona.

Normal. Ni yo sé si me entiendo.

Al mismo tiempo que mi mente me martiriza con el dolor y el tormento de lo que pasé en los últimos meses, ayer, cuando Haakon me sujetó el cuello, quise que apretara más fuerte. Y cuando se puso encima de mí y su cuerpo presionó el mío, no sé, una parte de mí quería huir, una parte de mí no quería mirarlo... y otra parte de mí quería que me usara, como si yo fuera una cualquiera.

Dios mío, ¿qué está pasando en mi cabeza? ¿Qué me está pasando?

—¿Hola?

—Hola... perdona, creo que estoy un poco confundida. —Me paso la mano por la cara.

—¿Prima?

—¿Mmm?

—Mira... no creo que debas avergonzarte de explorar tu sexualidad, ¿sabes? Aquel tipo fue tu primero... todo lo que sabes y sentiste en el sexo lo aprendiste con él. Creo que necesitas nuevas experiencias. Necesitas permitírtelo. Necesitas crear momentos nuevos que asfixien a los antiguos. Y... yo qué sé, si por casualidad te sientes sucia... por lo menos eres una sucia deliciosa que él no consigue quitarse de la boca, ¿sabes lo que te digo?

Me río de los nervios y le doy la razón.

—El príncipe es una de las personas más generosas e increíbles que he conocido en esta vida. Estoy seguro de que cumpliría cualquiera de tus deseos, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque montaron el dichoso baile, con 12 mujeres de la élite disponibles para él, y te eligió a ti. —Chasquea la lengua y respira hondo—. Bailó contigo. Fue él quien te llevó a Drü. Está negociando lo indecible con el consejo para que acepten la boda. Lánzate, guapa.

—Está bien...

—No tienes que forzarte. Si no sale, no salió. Pero ya sabes... el sexo es más que penetración. Es intimidad. Es el lazo que vais a construir juntos. Es un secreto entre dos personas... tres... cuatro... yo qué sé, Noronha entera, qué delicia, ¿sabes?

—¡Para! ¡Payaso! —Intento contener las risas para no llamar más la atención.

—Y hablando de las princesas... como ya han descubierto que os fuisteis para allá, la Reina Madre está organizando que todos viajen a Drü. Jemima ya se ha adelantado, de hecho.

—¡Ay, señor!

—Sí. Va detrás de su martillo de Thor, ¿verdad, hija mía? —Leon se ríe al otro lado—. Yo no voy a poder viajar, así que cuídate,

¿vale? No hagas nada que yo no haría.

—¿Incluido quedarme esposada y llevarme unos latigazos? —provoco.

—Especialmente eso. ¡Mira, eso sí que lo haría!

—Ay, Leon... siéntate la cabeza...

—Hija mía, todo en la vida es cuestión de objetivos. ¿Te acuerdas de nuestra prima, Beatriz?

—Sí.

—Se fue a Estados Unidos. Se casó con un hombre podrido de dinero. Ahora vive una vida maravillosa.

—Pues sí —me temo que tengo que darle la razón.

—Esta es tu oportunidad de casarte con un hombre rico, que además es majo y guapo. Y con un pedazo de paquete. Y todo lo bueno. Y con una manguera digna de un bombero.

—Si el Consejo Real lo permite, ¿no? —Me voy riendo de sus tonterías.

—Nena, conociendo a Haakon como lo conozco, aunque el Consejo lo prohíba, y especialmente si lo prohíbe, se casará contigo. Seguramente no podréis vivir en el palacio de Skarsgard ni disfrutar de algunos derechos hasta que se forme un nuevo Consejo —me explica—. En cualquier caso, ya que ese hombre ve algo en ti, aprovecha. Tengo que colgar, un besazo.

—Espera, yo...

Y el móvil se queda en silencio.

Miro alrededor: me he alejado tanto y he ido caminando sin rumbo por la biblioteca que me he perdido. Unos minutos después, cuando me reencuentro con Akádia, le pregunto:

—¿Sabes si el príncipe estará libre para el almuerzo?

—Su Alteza Real ha tenido que salir. La señora puede almorzar en el castillo o puedo llevarla a la ciudad.

Hasta hago una mueca. No voy a acostumbrarme a que esta mujer de mi edad me llame señora...

—Vale, pues vamos a la ciudad. —Me encojo de hombros.

Príncipe Haakon III

—Alteza. —Markus Voik, el líder de la Cámara de los Lores, primero baja la cabeza y después me estrecha la mano.

Me deja espacio para entrar en su espacioso yate y nos acomodamos en una sala de reuniones con una bella vista al mar.

—Markus, voy a ser muy directo, porque no tengo tiempo que perder.

—Por supuesto, Alteza.

—En menos de tres meses seré coronado rey del Septentrión.

Él asiente de inmediato con la cabeza.

—Para que eso ocurra, necesito una reina y un heredero dentro de su vientre.

De nuevo asiente.

—Es mi deseo que sea Ravena Lessa.

—¿La chica extranjera, señor? —Muestra una expresión neutra, aunque arquea la ceja.

—Es prima del duque.

—Sí. ¿La que llevaba ropa de sirvienta cuando la sacó a bailar, en el baile real? —Se lo piensa un poco.

—Y que un día llevará ropas de reina. —Me mantengo firme.

No le doy espacio para que vea la menor señal de debilidad.

Somos hombres del norte: respetamos la tradición y a nuestros ancestros pero, por encima de todo, respetamos la fuerza que impone un hombre. Y yo, como futuro rey, no puedo titubear.

—Cuando yo sea su rey, Markus, ¿qué podría hacer por usted para compensarlo?

Necesito su voto. Necesito la mayoría del Consejo Real, mejor dicho. Y estoy dispuesto a llegar lejos para conseguir lo que quiero.

—Mi señor, ¿me permite expresar mis opiniones?

—Sí, Markus, hable. —Cruzo las piernas y me acomodo el traje.

—Existen buenas candidatas, Alteza... ¿cuánto tiempo lleva usted siendo educado, preparado e instruido para convertirse en el futuro rey?

—Desde niño —admito. Tras la renuncia de mi tío, la corona pasó a mi padre. Y con eso, yo tuve que recibir desde temprano la educación especial.

—Ellas también. Mujeres que desde la cuna fueron educadas para convertirse un día en su reina. Hasta se guardaron para usted. —Lo enfatiza, como si fuera lo más importante.

—No me importa. Ya he hecho mi elección.

—Pero ella parece tan inapropiada... —Markus chasquea los labios—. Si ese es el caso, que sea la hija de un noble. Tantas ladies y doncellas tendrían el honor de ser elegidas y entrenadas para...

—Si ellas pueden ser entrenadas, ¿por qué Ravena no?

—Mi señor... es extranjera. No nació en nuestro país, no entiende las costumbres de nuestro pueblo, no lleva nada de sangre real...

—Y a mí, su futuro rey, no me importa nada de eso.

Markus asiente, a regañadientes.

—Si ese es el caso y la voluntad de mi futuro rey está firme en ese deseo, me gustaría ver a la joven bien entrenada, sabiendo cómo hablar, comportarse y actuar ante la nobleza —sugiere, con la mirada puesta en las aguas claras y calmadas—. Respetando nuestras tradiciones, nuestras leyes, nuestras costumbres. No puede dejarse llevar por un encaprichamiento, Alteza. El futuro del país estará en manos de ella.

—Entonces, ¿está dispuesto a votar a favor de Ravena?

—Bueno... si ese es el caso... —Se encoge de hombros y traga saliva—. Pero, como parte del Consejo Real, me gustaría advertirle sobre algo.

—¿Sobre qué?

—No lo olvide: las grandes familias Linkalter, Iranovichk y Kjaerlighet se unieron para destronar al rey loco. Se enamoró de una extranjera, empezó a maltratar a nuestro pueblo y a faltar el respeto a nuestras costumbres...

Está hurgando en una de las mayores heridas de nuestro país.

—No lo olvidaré.

—Y también, el rey Gerard, su tío, traicionó a la reina con su amante... una mujer extranjera... tuvo un hijo bastardo, y eso generó una gran polémica —suspira; mientras hablaba, preparaba su pipa, y empieza a dar caladas lentamente—. Gerard y Ayslan Linkalter renunciaron al trono; por eso su padre fue el elegido.

—Lo sé.

—No hemos tenido buenas experiencias con mujeres de fuera. Que hechizaron a nuestros reyes y los corrompieron... un rey debe amar a su pueblo por encima de todo. Así que, por favor, piense en lo que es mejor para su pueblo, Alteza.

—Ya lo he pensado y estoy seguro de mi decisión, Markus.

—Siendo así, mi señor, por supuesto que consideraría votar a favor de ella.

—Estupendo. Era todo lo que quería oír.

—Por el precio justo, claro está... —El hombre aprovecha para coger una botella de líquido color oro envejecido y me sirve primero a mí.

CAPÍTULO 18

Ravena Lessa

Almorcé en la ciudad. El restaurante se llenó rápidamente; empezó a llegar gente de todas partes a fotografiarme, y algunos hasta me trajeron regalos.

Volví al palacio con media docena de osos polares de peluche, muchas flores y ninguna señal de Haakon. El día tardó en pasar y yo me quedé mirando el móvil, esperando una llamada o un mensaje, pero no llegó nada.

¿Estaría evitándome?

Al principio de la noche, fui a cenar al jardín, para aprovechar el día fresco, el sonido del agua contra las rocas del castillo y ver a la gente transitar a lo lejos. Dejé el tenedor suspendido entre la mano y la boca cuando vi llegar a la princesa Jemima, acompañada de dos empleadas del palacio que cargaban sus maletas.

En lugar de seguir hacia dentro e ignorarme, vino en mi dirección, lo que me pareció bien extraño.

—Buenas noches, Ravena.

Me sorprendió que supiera mi nombre. Y que no me llamara mujer de la vida; francamente, era lo que esperaba.

—Buenas noches, princesa. —Muevo la cabeza sutilmente.

Sin invitación, retira la silla y se sienta frente a mí.

—No te creas en ventaja solo por haber dormido con él una noche. Los hombres como él duermen con cualquiera en cualquier momento, ¿no? —La sonrisa amable contrasta con las palabras arteras.

Mi mejor respuesta es quedarme callada. Al fin y al cabo, no tengo nada que decir. Y ya he soltado el cuchillo sobre el plato, para

no perder el juicio y caer en la tentación.

—Algunas de nosotras sabemos que no se trata de cuántas veces te acuestes con él, sino de esperar el momento adecuado.

—Ajá.

—¿Cuánto quieres, Ravena?

—¿Cuánto quiero para qué, princesa? —Parpadeo muy despacio.

—Para reconocer que este no es tu mundo. Que todo esto es una gran tontería. Como me dijo la Reina Madre esta mañana: tienes perfil de amante, no de reina. Así que, ¿cuánto quieres por apartarte del camino?

—Jemima, encuentro tus palabras inapropiadas. Más aún viniendo de alguien de la realeza.

—Y todos nosotros encontramos inapropiada tu presencia. Nos reímos a tus espaldas. Hacemos apuestas sobre cuánto tiempo más vas a aguantar. Y, por supuesto, sobre cuánto tardará Haakon en darse cuenta de que puedes perfectamente ser la otra. No su mujer.

—Y a ti, por lo visto, no te importaría que eso ocurriera... —Hago un mohín de disgusto.

Su encogimiento de hombros me deja estupefacta.

—De verdad que eres inocente —se levanta—. Los reyes tienen tantas mujeres como quepan en sus camas. Y hacen con ellas todo lo que no se atreven a hacer con sus reinas. Yo nací y crecí entrenada para ser la reina, Ravena. Sé que las mujeres como tú van y vienen a montones. Pero solo una podrá posar a su lado.

—La frialdad con que lo dices me asusta. —Aprieto los labios, dándome cuenta de que en realidad es una pobre desgraciada.

—Así que creo que deberías decidir... si quieres ser la otra y acostarte con él cuando yo no esté de humor, o si quieres ser la reina y que siempre te dejen de lado... —Espía alrededor—. Como ahora. Parece que él no está aquí, ¿verdad? Habrá encontrado otra opción para esta noche.

Se despide con los dedos y se va, taconeando contra el suelo. Todavía me espía una última vez cuando entra en el palacio.

Estoy que me merezco una felicitación por el autocontrol. No soy ni nunca fui una chica de peleas... pero llevo ya algún tiempo alimentando las ganas de descubrir qué se siente al tirarle del pelo a esa víbora y dejarle un agujero en la cabeza.

—La cena estaba estupenda, pero he perdido el apetito —le aviso al jefe de cocina que me atendió, y entro en el palacio.

Llamo a Haakon. El móvil da tono y salta el buzón de voz.

—¿Dónde estás? —murmuro.

El corazón me duele un poco. ¿Habrá perdido la ilusión que tenía por mí? ¿Lo decepcioné tanto ayer que se fue en busca de otra para saciar sus deseos?

¿Así va a ser mi vida? ¿Seré la reina y mi marido tendrá varias amantes... o elegirá a una reina y yo seré una de sus amantes? Y qué amante más pésima soy...

Intento escapar de la mirada de Akádia, mi escolta, pero ella me sigue a una distancia prudente. Se ha convertido en mi sombra. Aun así, me siento sola, sobre todo atravesando los largos pasillos del edificio y viendo tantas puertas cerradas, guardando secretos.

Cuando paso junto a una galería, oigo un ruido que viene de dentro.

—Señora, no entre ahí —pide Akádia, y aprieta el paso.

Yo, sin embargo, soy más ágil y entro, curiosa.

Si es Haakon, quiero verlo. Quiero hablar con él y, en el peor de los casos, pedirle que me lleve de vuelta a Koioskovo, cerca de mi primo.

Akádia se queda fuera y la puerta se cierra.

Al examinar la sala lujosa, de chimenea encendida, mobiliario fino al mejor estilo de aquellos caserones antiguos y muchos cuadros en la pared, veo a alguien sentado en una butaca. Me acerco un poco y me quedo confundida con lo que veo.

Es una mujer muy vieja, de pelo voluminoso y maquillaje cargado. Me mira al fondo de los ojos y esboza una sonrisa amable.

—¿Wilhermina? —Parpadeo, sin creer a quién estoy viendo.

—¿Me conoces, querida? —Extiende las manos arrugadas.

—Cla... claro que sí. —Sigo parpadeando.

Wilhermina Reinhardt Magno fue una presentadora de la televisión brasileña, muy famosa. Lo curioso es que, hace algunos años... murió. Con funeral y todo, retransmisión en directo, una verdadera conmoción nacional.

¿Cómo puede estar viva, aquí, delante de mí?

—Mi madre era... es... ¡muy fan suya! —tartamudeo. Estoy ante una mujer a la que crecí viendo todas las noches.

—Qué amable. —Me señala la butaca de al lado, para que me siente—. No te preocupes por la chica que te dijo que no entraras. Están reunidos y vendrán pronto; puedes esperar.

—¿Quiénes?

—Los Iranovichk. Están reunidos con el líder de la Cámara de los Comunes —suspira y cierra los ojos.

La examino bien. Está un poco más vieja de lo que recuerdo.

—Wilhermina... ¿Usted no había muerto?

—Ah, cada uno de nosotros muere alguna que otra vez. —Se ríe y después tose mucho—. Pero algo siempre permanece vivo, ¿no es cierto?

Intento pellizcarme. ¿Estoy soñando? ¿Es algún tipo de espejismo?

—Te estás preguntando qué hago aquí...

—Sí. —Es lo que digo, después de que me quite las palabras de la boca.

—Mi padre nació en Rusia; mi madre, en el Septentrión. Eran amigos de los Iranovichk. La familia de la madre del príncipe...

—Sí, lo sé.

—Después de todo lo que ocurrió en Brasil, me vine para acá —dice con sencillez, como si yo estuviera al tanto de toda la historia.

¿Todo lo qué? ¿Qué ocurrió en Brasil?

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—¿Aquí en esta galería o aquí en este país? —replico. Wilhermina tenía un programa de entrevistas y ya me siento una de sus entrevistadas. Solo falta la copita de champán.

—Aquí —es todo lo que dice.

—Bueno... yo estaba huyendo... entonces conocí al príncipe Haakon... se le metió en la cabeza que seré su reina... y ahora ha desaparecido.

—Ha pasado el día negociando con miembros del Consejo Real para que acepten vuestra boda —aclara ella; habla muy despacio.

—Ah... qué costumbre más rara, ¿no? Eso de consultar a un consejo para poder casarse... —Me encojo de hombros. Solo ahora me doy cuenta de que estamos hablando en portugués, y sonrío.

—Esa costumbre no existía, hasta la caída del rey loco —dice, y bebe de su taza.

—¿Hubo un rey loco?

—Cygnus Saavedra —pondera—. La dinastía Saavedra gobernó el Septentrión durante casi tres siglos. Entonces, su último rey, que estaba casado con una Kjaerlighet, mató a su propia reina y puso a la amante en su lugar —hace una pausa; la mano temblorosa baja la taza hasta el regazo—. Subió los impuestos para costear los lujos que la amante deseaba... arrojó al pueblo a la miseria extrema... y empezó a ser cruel con las otras familias reales. Llegó incluso a conspirar para exterminar a una de ellas.

—Dios mío, qué horror...

—Entonces las familias Linkalter, Iranovichk y Kjaerlighet, que eran las líderes de las demás familias, y que habían tenido entre sus

hijas y primas a antiguas reinas del Septentrión, se unieron para destronar al rey loco y asumir el poder.

—No sabía nada de eso...

—Y es bueno que lo sepas. Es su historia. Es una demostración de respeto.

—Sí —asiento, y le permito continuar.

—Los Linkalter querían exterminar a los Saavedra. Hasta tramaron una forma de matar a todos los descendientes... pero los Iranovichk y los Kjaerlighet salvaron en secreto el linaje real: metieron a las nietas del rey loco en una embarcación y las sacaron de aquí a tiempo... los demás murieron todos, cuando el rey cayó...

—¿Y fue entonces cuando surgió la costumbre de que un consejo autorice el matrimonio?

Ella vuelve a alzar la taza, con la mano temblorosa y el líquido agitándose un poco.

—Sí. Todos querían que los Iranovichk ascendieran al poder, porque siempre fueron cordiales con todos, pero ellos se negaron. Entonces Harold Linkalter asumió el trono; al fin y al cabo, había liderado buena parte de los ejércitos. Y una Kjaerlighet que descendía de los antiguos reyes fue elegida para ser su reina.

—Ajá.

—Lo que pasa es que... los Kjaerlighet desaparecieron.

—¿Desaparecieron? —Parpadeo y la observo asentir—. ¿Cómo que desaparecieron?

—Se esfumaron —dice con sencillez.

—¿De la noche a la mañana?

—Exactamente. Dejaron sus tesoros... sus documentos... sus coches, yates, ropa, todo atrás. Simplemente desaparecieron. Como si se hubieran evaporado en el aire.

Me pongo tan tensa que las palabras se me van.

—Quedó una, claro. Antônia Kjaerlighet apareció en los sótanos del castillo; no sabía explicar qué había pasado, solo sabía que se había quedado atrás...

—¿La Reina Madre? ¿La abuela del príncipe?

Wilhermina sacude la cabeza y su pelo desgreñado se balancea.

—Claro que dicen que no era una Kjaerlighet de pura sangre... y casaron al primer hijo del rey, Gerard, con una princesa europea; tuvieron un hijo. Ayslan Linkalter... años después, el rey huyó con su amante y tuvieron otro hijo...

—¿Stephan? —Es lo que se me ocurre. Sé que Svar no fue, porque es hijo de la tercera hija del rey Harold; eso me lo contó Leon.

—Parece que sabes algo de la historia de este país —dice orgullosa, y me señala con el dedo.

Leon y yo sí que hablamos de algunas cosas; él me aclaró lo de la familia de Svar. Que su madre y su padre murieron en un viaje en avión y que por eso el rey Gullivar lo crio como a un hijo, y creció junto a Haakon.

—Ayslan renunció... dicen que se fue al mismo país donde se exiliaron los antiguos Saavedra... entonces asumió Gullivar. Se había casado con Melissa Iranovichk. Después de los Kjaerlighet, los Iranovichk son la familia más rica y poderosa del Septentrión. Al consejo, como imaginarás, le encantó Melissa: ella era la tradición y el poder que tanto esperaban. Y entonces el rey y la reina tuvieron...

—A Haakon.

—Muy bien. —La mujer sonríe, satisfecha—. Por eso tienen aversión a las mujeres extranjeras... más aún a las que no tienen sangre real. Y ni se te ocurra convertirte en amante —reprueba—. Te matarían en secreto en un santiamén...

Trago saliva y me aliso la garganta, en silencio.

—¿Crees que funcionaría? ¿Un príncipe nórdico con una brasileña?

—¿Sabes por qué no funcionó? Con el rey loco... con el rey Gerard...

—No.

—¿No te has dado cuenta, criatura? —Wilhermina deja la taza extendida—. Ellos no amaban a sus reinas. Los habían obligado a casarse con ellas solo para tener hijos y garantizar el linaje... un error estúpido y fatal que querían repetir... hasta que llegaste tú.

—Pero yo no había planeado llegar, Wilhermina, ¿entiende? Yo solo estaba huyendo.

—El amor tiene secretos, querida, que la razón desconoce. Los caminos de los que se aman se encuentran, como telas de araña que se tejen en secreto y son más resistentes que cualquier otra cosa.

Entonces, ¿eso quiere decir que Haakon me ama?

¿Y yo lo amo? No sé si lo amo. ¡No sé lo que estoy sintiendo!

Solo sé que es fuerte y arrebatador.

Desde el primer instante en que lo vi, supe que era el hombre más especial que se había cruzado en mi camino... pero yo siempre creí, desde niña, que Gustavo era mi gran amor... ¡y mira todo lo que pasó!

Yo creía que aquello era amor, hasta el momento en que me di cuenta de que me estaba destruyendo...

—Sé lo que te estás preguntando...

—¿Lo sabe? —Me asusto.

—Te estás preguntando si amas a Haakon.

¿Cómo sabe eso esta mujer? ¿Es alguna especie de bruja?

—¿Que cómo lo sé? —Me eriza la piel al mirarme al fondo de los ojos—. Yo también fui joven, querida. Yo también tuve que huir de un maltratador. Yo también estuve en tu lugar.

—Vaya... ¡¿en serio?! —Pongo mi mano sobre la suya.

—Y la respuesta es: el amor no es algo que se entienda, que se pregunte, que se calcule. El amor es algo que se siente o que se construye.

Lo dice de una manera tan objetiva que hace parecer que es algo simple.

—El amor a veces es un desayuno en la cama o darle a la persona el espacio que necesita para respirar. El amor puede ser un beso en la boca, una conexión trascendental entre cuerpos; a veces el amor puede ser solo una mirada discreta que queda grabada en la memoria... —La mujer me aprieta la mano; con la otra alza la taza para beber a sorbitos.

Tras un trago generoso, continúa:

—El amor puede ser todo: avasallador, un huracán, un torbellino de emociones... pero también puede ser el polen que carga la abeja para colorear algunas flores...

—Es que... estoy sintiendo tantas cosas, ¿sabe? Miedo... angustia... ayer mismo tuve una pesadilla con mi ex...

—¿Y crees que eso puede estar sepultando el amor? —pregunta la mujer.

Con un suspiro, admito que es una posibilidad.

—La flor de loto nace hasta del barro, querida. —La mujer posa la taza en la mesita entre nosotras—. A veces nos perdemos de vivir la más bella de las cosas por miedo a enfrentar los desafíos que la preceden. —Ahora es ella quien suspira—. Cuanto más difícil, más valioso. —Wilhermina me aprieta la mano—. Por eso la hierba y el diamante tienen valores diferentes. Por eso el odio y el amor verdadero tienen valores diferentes.

Siento su mano dar unas palmaditas sobre la palma de la mía y apartarse.

—Uno abunda, sobra, se pierde de vista... el otro es raro. Es difícil. Solo los valientes lo consiguen.

Coge el bastón que está junto a la butaca y se levanta; la ayudo de inmediato.

—Wilhermina, pero yo no sé si puedo... —La sujeto del brazo, para ayudarla a caminar.

—... Dijo el pájaro, antes de volar por primera vez. —Me acaricia la coronilla—. No tengas miedo de caer al abismo, querida. ¡No hace falta temer la caída, si te acuerdas de abrir las alas!

Antes de que pueda responderle nada, oigo un ruido que viene del pasillo de la galería.

Veo avanzar a un hombre negro, vestido formalmente. Lo vi el día del baile; estaba junto a otros hombres de la nobleza.

—El líder de la Cámara de los Comunes —murmura Wilhermina, y después le sonríe al hombre.

Detrás de él viene Irinna Iranovichk, la madre de la reina Melissa, y un chico que aparenta mi edad, de pelo largo, con algunos mechones trenzados, la mirada algo felina, la ropa andrógina —no sé si es un vestido o una túnica—. Otra mujer, de pelo cobrizo como el de Irinna, bien voluminoso y hasta desgreñado como el de Wilhermina, viene en último lugar.

—¡Ravena! —Irinna se anima toda, sacude las plumas que lleva alrededor del cuello y me toma de las manos—. ¿Conoces a Raegnar, querida? El líder de la Cámara de los Comunes.

—Es un placer. —Cruzo las piernas y me agacho un poco. Creo que lo he hecho bien.

—El placer es todo mío al poder conocerla, futura reina. —Se llena la boca al decirlo. Sujeta mi mano y besa el dorso.

—Ítalo Travalon. —El joven me estrecha la mano y esboza una sonrisa acogedora.

Wilhermina le sonríe; por lo visto, se conocen.

—Debo admitir que estaba receloso con la elección de Su Alteza, el Príncipe Real. Pero después de oír hablar tan bien de usted y de percibir cómo el príncipe se ha comportado de forma

respetuosa y responsable desde su aparición, me doy cuenta de que es la mejor elección —dice Raegnar.

No tengo ni palabras para responder a eso. Me siento conmovida, aunque no imagino qué puedo haber hecho para cambiar al príncipe.

—Ivone Iranovichk. —La última mujer también me estrecha las manos—. Es un placer conocerte por fin. ¡Bienvenida a la casa de mi familia!

—Es un honor poder conocerlos a todos... yo... espero estar a la altura de la confianza que depositan en mí.

—Una criatura adorable, como puede ver. —Irinna pasa la mano por el brazo de Raegnar—. Será una reina ejemplar. Viene del pueblo. Acercará la corona a la población. ¡Podrá romper tantos paradigmas!

—Sí —asiente el hombre—. Claro que yo imaginaba que, de ser una plebeya, fuera una mujer del propio Septentrión...

—Pero ¿el amor elige dónde hace su nido? ¿El amor elige por el color, por la raza, por la religión, Raegnar? —pregunta Ivone.

—Desde luego que no, duquesa. Tienen razón, sí. —Me mira; veo un brillo en sus ojos—. Me gustaría reunirme con la futura reina para discutir sus planes para nuestro país, las instituciones que pretende fundar, ayudar y costear con el dinero de la corona.

Me quedo muda, con la boca entreabierta. ¿Voy a discutir sobre gastar un dinero que ni tengo?

—Estará encantada de ayudarlo a construir un país mejor para todos nosotros —dice Ítalo de inmediato.

Nunca había cruzado una palabra con él, hasta hace un momento. Y se llena la boca al hablar, como si fuéramos íntimos y el dinero ya estuviera en mi bolsillo.

—¡Permítame mostrarle nuestras flores relucientes! —Irinna arrastra al hombre, sacándolo de la galería—. Nuestro jardinero ha

hecho maravillas: puso una mezcla especial, y algunas brillan en la oscuridad.

—¿Marcador? —pregunta Ítalo.

—3 a 5. —Ivone se cruza de brazos—. Solo tenemos que convencer a uno más. Con empate, el voto decisivo es del futuro rey. —Se da la vuelta y salen los dos caminando—. ¿Lord Almirante, Lord de los Diamantes o Jefe de Inteligencia, ahora?

—¿De verdad crees que no vamos a conseguir cambiar el voto de la Reina Madre? —replica él al final del pasillo.

—Esa será la primera en votar en contra.

Y el dúo desaparece al doblar el pasillo.

—Anímate, querida. —Siento las palmaditas de Wilhermina en mi espalda—. Si hay guerra, hay lucha en ambos bandos.

—Sí... —Me froto las manos.

—Y estamos luchando por ti.

La cuestión que ronda mi cabeza, sin embargo, es si Haakon y yo tendremos fuerzas para luchar el uno por el otro.

CAPÍTULO 19

Príncipe Haakon III

Pasé todo el día fuera resolviendo asuntos importantes. Al llegar al palacio, lo único que quiero es darme una buena ducha, relajarme y prepararme para el día siguiente. Sin embargo, mis primos me abordan en cuanto llego frente a la escalinata central.

Los dos pelirrojos, gemelos, se cruzan de brazos y me miran con una sonrisita de medio lado.

—¿Habéis traído lo que os pedí? —Llevo las manos a la espalda.

—Un pedido suyo es una orden, Alteza. —Ragnar hace una reverencia de pega.

—Te está esperando en la sala secreta —completa Bjorn.

Son así desde pequeños. Se completan las frases el uno al otro, uno es la sombra del otro, solo se lían con la misma mujer... cosa rara.

—Dejadlo en mi habitación, tengo que subir a ducharme...

—No, señor, porque hemos preparado una cosita... —Ragnar avanza y me inmoviliza el brazo derecho.

—Y tenemos que hablar contigo un momentito. —Bjorn me inmoviliza el brazo izquierdo.

Los dos me levantan del suelo y me llevan por un pasillo; apartan un cuadro gigantesco de nuestro abuelo y pasamos por la abertura.

—Maldita sea, ¿podéis bajarme al suelo? —refunfuño.

—No hasta que lleguemos. —Ragnar se ríe.

—Solo será un segundo. —Bjorn resopla; parece aliviado cuando me deja en el suelo.

—Vale. ¿Dónde está lo que pedí? —Extiendo la mano.

—Antes de eso... alguien vino a buscarnos...

—¿Quién?

—No quiso identificarse; no lo conocíamos. —Bjorn se encoge de hombros—. Nos preguntó algo raro y nos pidió que guardáramos el secreto.

—¿Qué ha sido esta vez? Mirad, si es algo relacionado con mujeres inmigrantes, por el amor de Dios, esta vez comprobad que estén en situación legal y no sean víctimas de trata.

Ragnar y Bjorn tienen un establecimiento muy concurrido en nuestras tierras. Se llama «La Casa de los Primos» y es, como el nombre sugiere, un prostíbulo de lujo, solo con mujeres extranjeras.

Claro que aquello nos dio un dolor de cabeza de cojones hace un tiempo, porque uno de sus socios, en Brasil, ofrecía chicas que no venían por voluntad propia, sino porque perdían sus documentos y tenían que trabajar a la fuerza en Europa. Engañadas, creyendo que iban a ser modelos, tenían que prostituirse hasta pagar la inversión de su agente... aquello armó un lío tremendo cuando Ethan Evans, un gran amigo mío de Estados Unidos, lo descubrió.

Compruebo que el móvil me vibra en el bolsillo; veo que es Ravena. Me ha llamado tres veces hoy en momentos distintos, y en ninguno pude atenderla.

Ignoro esta llamada también.

—Nos ofreció el trono del Septentrión. —Ragnar se cruza de brazos.

—¿El trono? —Me río, pero me pongo en alerta.

—No te rías. Es en serio. Ofreció el trono. Dijo que la familia Linkalter estaba acabada, que iban a borrarlos a todos... y los siguientes en la sucesión, si los Linkalter mueren...

—Sois vosotros dos... —Ahora soy yo quien se cruza de brazos.

—No nos mires así: La Casa de los Primos es nuestro trono. —Bjorn me da un puñetazo en el pecho.

—Estamos satisfechos con ser los reyes de la sodomía, enseñando a las vírgenes el camino de la perdición y sirviendo a la élite de toda Europa y del mundo con las bellezas que conseguimos. —Ragnar me da otro puñetazo.

—¿Y bien? —Muevo la barbilla, aprieto la mandíbula y los miro con seriedad.

—Mantén los ojos bien abiertos con esa gente. Alguien quiere joder a tu familia. No sabemos si son los republicanos, algún político, un enemigo de la familia... Solo sabemos que tenemos que estar preparados y actuar.

—De acuerdo.

—Ha llegado un contrabando de armas nuevas; están seguras en nuestro depósito. —Bjorn guiña un ojo.

—Y hay gente preparada por si intentan atacar.

—Tranquilos. El ejército...

—Si es un golpe, el ejército puede estar implicado. Nos tomamos la libertad de llamar a ese amigo tuyo americano, Ethan. Dijo que estará atento y que, ante cualquier cosa, viene a salvarnos.

—Estupendo. —Pongo una mano en el hombro de cada uno—. Gracias por contármelo.

—¡Somos familia, tío! ¡Tú eres nuestro rey! —dicen a la vez, y me hacen un cariñito infantil en la cabeza, dejándome todo despeinado—. Y ahora... lo que pediste...

Por detrás de la cortina que abren, veo a más de una docena de mujeres desnudas circulando entre hombres de traje. Algunos están sentados, fumando o bebiendo; otros están ocupados, recibiendo sexo oral o follándose a algunas mujeres.

Ragnar coge una caja negra y discreta, grande, de las manos de una mujer semidesnuda.

—Ahí tienes. ¿Seguro que no quieres quedarte a disfrutar de la fiestecita de los primos?

—No, gracias. —Con una mirada rápida, compruebo que el líder de la Cámara de los Lores tiene a tres mujeres encima—. No perdáis de vista a ese de ahí.

—Siempre los vigilamos a todos. —Bjorn me da una palmada en el trasero.

—Ahora ve a hacer feliz a nuestra reina. —Ragnar intenta apretarme el trasero, pero me escapo.

Mis primos Iranovichk, hijos de la tía Ivone, están locos, debo admitirlo. Pero son las personas más confiables que conozco sobre la faz de la tierra, además de Svar. Y lo que acaban de decirme es muy grave.

Aparto un cuadro de la reina Meredith Kjaerlighet y empujo un mueble pesado. Al intentar salir, me empuja media docena de mujeres con minifalda, entusiasmadas, que quieren entrar. Esta salida da a la despensa de la cocina, un lugar discreto que normalmente nadie vigila.

—Ravena. —Parpadeo al salir; es la primera persona que veo.

—¡Te he llamado todo el día! —Frunce el ceño.

—Estaba... ocupado...

—Sí, ya lo veo. —Me da la espalda.

Ravena Lessa

—¡Ravena, espérame!

¡Qué burra fui! ¡Una completa idiota! Está claro que, si yo no lo satisfacía, él iba a encontrar a alguien que lo hiciera.

—¿Puedes ir más despacio?

Volví a los jardines y paseé por el patio del palacio, hasta que percibí un movimiento inusual. Muchas mujeres entrando, y también algunos hombres de traje.

No es que estuviera celebrándose un baile ni nada por el estilo: el palacio tenía las luces apagadas, todo quieto y en calma. Solo esos intrusos entrando a hurtadillas... Los seguí, hasta darme cuenta de que entraban por lugares diferentes: algunos iban a la galería y desaparecían, otros al pasillo norte, y la mayoría a la cocina, y se esfumaban.

Cuando llegué frente a la gigantesca despensa, con provisiones dignas de un buen supermercado de barrio, vi abrirse la puerta. A la tercera vez, salió Haakon.

Yo ya lo había entendido todo desde que vi a las mujeres empezar a quitarse la ropa antes de entrar por el pasadizo secreto. Pero, desde luego, sentí un puñetazo en el estómago al ver salir a Haakon de allí.

De todos los lugares donde esperaba verlo, ese era el último.

—¡Ravena! —dice él, nervioso, detrás de mí.

—¡Haakon! —digo alto, en mitad de un pasillo lleno de estatuas armadas.

Solo Dios sabe dónde estoy. ¿Cómo puede tener tantos pasillos este lugar? Esta mañana caminé, caminé y caminé, y todo lo que conseguí fue conocer un tercio de la propiedad y quedar agotada.

Conté setenta habitaciones, tres galerías, cuatro cocinas y por lo menos treinta baños por el camino.

—¡Suéltame! —digo, cuando me agarra el brazo.

—¡No huyas de mí!

—¿Ah, no? Por lo visto fui yo la que se pasó el día huyendo de ti y sin atender las llamadas, ¿no? —Intento zafarme.

—Ravena, estaba ocupado, tenía el móvil en silencio, no podía contestar.

—Ya. Acabo de entender hace un momento por qué estabas tan ocupado.

—¡Deja de darles cancha a las paranoias de tu cabeza! —gruñe; aprieta mi cuerpo contra la pared y apoya la nariz en mi frente—. ¿Acaso huelo a otra mujer?

Yo giro la cara. Me siento desconcertada ante todo esto. Pero en el segundo en que me doy por vencida y respiro su traje, no hay olor a nada que no sea él mismo.

—He pasado el día entero con lord Markus. Acabo de llegar a casa; iba a subir a verte, pero mis primos me desviaron del camino.

—¿Svar está aquí?

—No. Mis primos Iranovichk, los gemelos. Ya te los presentaré.

—¿Y te desviaron del camino? ¿Qué tenían de tan importante que enseñarte?

—Esto. —Me muestra una caja negra y ancha que lleva en las manos.

—¿Y qué hay ahí?

—Ah, imaginé que lo preguntarías.

No deja de presionarme contra la pared. Baja la nariz por mi cara y encuentra mis labios; me los roba, incluso a mí, que no quería dar mi brazo a torcer y besarlo. Pero es irresistible. Su olor parece apoderarse de mi ser; su mano libre, que aprieta mi cintura, parece

deshacer mi cansancio, mis paranoias, y añade una carga de adrenalina a mi sangre.

Siento que me aprieta con más ganas, casi cubriendo mi cuerpo, besándome como si quisiera levantarme del suelo.

—Aquí no. —Miro el pasillo vacío—. ¿Cómo hago para volver a mi habitación? Estoy perdida...

—Estamos cerca de la mía. —Haakon se ríe, me coge de la mano y tira de mí por el pasillo.

Caminamos, casi corremos; creo que en algún momento fui dando saltitos por el camino, hasta que entramos por una puerta doble y altísima. Me topé con una habitación del tamaño de mi antiguo piso: además de un televisor gigantesco, una cama más grande que la de mi cuarto y prácticamente una biblioteca con gabinete de trabajo privado, hay un piano.

Y es exactamente allí adonde Haakon me lleva. Posa la caja sobre las teclas, me coge en brazos y me sienta encima del piano.

—¿Qué tal tu noche? —dice con picardía, cerca de mis labios; no consigo mantener la expresión seria.

—Fue b... —No consigo decirlo. Me calla con un beso; sus ojos recorren mi cara y sus dedos acarician mi cuello.

—¿Me has echado de menos?

—Sí, tanto qu...

De nuevo no consigo terminar la frase. Se coloca entre mis piernas, pasa las manos por mi cintura, casi levantándome del sitio, de tanta intensidad que trae.

No puedo resistirme. Uno las manos detrás de su cuello y lo beso con cariño, sintiendo que su boca suave me genera una amnesia repentina y despierta solamente el calor de mi cuerpo.

Empiezo a abanicarme, de lo caluroso que se pone el lugar, incluso con el aire acondicionado encendido.

—Está haciendo calor, ¿no? —respiro hondo.

—¿No te recuerda un poco a Brasil?

—Sí... —Miro alrededor y veo la bella vista del mar, casi eterno en el horizonte, por la ventana que ocupa buena parte de la pared.

Intento coger el objeto de encima del piano, pero él lo alcanza primero.

—¿Qué decías? ¿Qué hay en la caja? —No consigo contener mi curiosidad, sobre todo ahora que he vuelto a respirar con normalidad.

—Bueno... —Haakon esboza una sonrisa que lo hace parecer bastante más joven y bastante más guapo—. Ayer, en tu habitación...

—Perdóname por aquello, Haakon, te lo prometo, no volverá a pasar, haré lo que tú...

—Ravena. —Me pone el índice en la nariz—. Relájate. Respira.

—Vale.

—Ayer, en tu habitación, dijiste que te sentías sucia.

—Sí... —Empiezo a acariciarme los brazos.

Haakon besa mis hombros y apoya la cara en mi piel, mirándome de cerca.

—Yo no estoy buscando a una mujer pura. No estoy buscando a una santa. Necesito que lo sepas.

—Entonces, ¿qué estás buscando?

—Yo te estaba buscando a ti. Y ahora que te he encontrado, no necesito nada más.

Con eso ya me ha convencido. Hagamos de una vez ese bebé y punto final. Hasta he abierto ya las piernas; como llevo vestido, creo que facilita las cosas.

—Yo también soy un tipo sucio... —dice bajito en mi oído—. Lleno de secretos y de deseos... de apetitos... y es el deseo de mi corazón que me aceptes así. Yo voy a aceptarte como eres.

—¿Cómo de sucio eres? —Arqueo la ceja.

Quiero entender de qué estamos hablando; al fin y al cabo, todo tiene un límite.

—Ábrela. —Me entrega la caja.

Con mucho miedo, quizá un poco aterrada, casi haciéndome pis encima, abro la tapa. Lo primero que llega a mis ojos es el brillo de los diamantes, que relucen al mínimo contacto con la luz.

No son diamantes en un anillo. Bien que desearía uno. Pero estos son bastante más grandes y parecen más preciosos y valiosos que un anillo.

—Una... gargantilla...

—Es un collar de sumisión. —Él mira dentro de la caja.

También hay un látigo negro de varias tiras; en la empuñadura hay un diamante. Y hay esposas, una mordaza, un antifaz... y, por lo que parece, un vibrador.

Haakon me examina en silencio. Debe de estar pendiente de mi reacción. Yo no reacciono mal: soy terapeuta sexual, me pasaba la vida hablando de esto con mis pacientes... pero nunca lo experimenté. Nunca imaginé que pudiera incorporarlo a mi rutina, porque... yo no tenía una rutina.

—A decir verdad, yo soy muy sucio... —continúa diciendo junto a mi oído—. Y cuando deseo algo, quiero llegar al límite.

¿Podría bajar la temperatura del aire acondicionado? Está haciendo un calor de cojones —murmuro.

Y por la forma en que me agarra el muslo y lo aprieta de un modo tan sinuoso, y me mira tan de cerca, no sé lo que estoy sintiendo.

Ya ni siquiera son mariposas dentro de mí: son halcones, águilas, gavilanes, alzando el vuelo.

—Y yo te deseo. Estoy obsesionado contigo. Quiero vivir el límite de tu placer, satisfacerte, demostrarte que ya no tienes nada que temer.

—¿Ni siquiera a ti?

—A veces me tendrás miedo... —Su labio inferior se desliza contra el mío y su mano sujeta firme mi nuca—. Y te va a gustar.

—¿Y si no puedo?

—Ya sabes lo que pasa. Te dejaré descansar... pero volveré al día siguiente, listo y dispuesto a probar y ver si estás preparada... Confías en mí, ¿verdad?

—Claro que sí —digo sin titubear.

Después de lo de ayer, de la forma en que reaccionó y me trató tan bien, me quedé con una impresión aún mejor del príncipe. Por primera vez en la vida estaba con un hombre que me respetaba y me trataba bien.

Su voz tan cerca, ronca y diciéndolo todo tan despacio, me saca de quicio. Estoy tan fuera de mí que sujeto su mano sobre mi muslo y la aparto sutilmente, hasta que me alcanza por dentro del vestido. Siento su mano cerrarse sobre mis braguitas y tirar de ellas, casi arrancándome del sitio.

—Vas a ser mi reina y mi amante. Mi única mujer.

—¿Puedes prometerme eso, príncipe Haakon?

—Puedo prometerte el mundo, princesa. —Siento sus dedos índice y corazón masajearme muy despacio—. Puedo darte el mundo, todos los diamantes, todo lo que desees... hasta el objeto más valioso de todos.

—¿Cuál?

—Mi corazón. Pero tienes que prometerme...

—¿El qué?

—Que solo serás mía. Mi reina, mi amante, mi mujer.

—Puedo prometerte eso, Haakon... —El corazón parece vibrarme en el cuello, listo para saltar.

—No me importa que te sientas sucia. No me importa lo traumatizada y herida que estés... Esos recuerdos empezarán a desaparecer cuando te muestre cómo mereces ser tratada.

—Aaaah —gimo bien alto cuando siento que presiona los dos dedos dentro de mí.

Baja el labio hasta mi barbilla y mordisquea muy despacio.

—¿Quieres que pare?

—No... por favor... sigue...

—¿Estás segura?

Con los dos dedos dentro de mí, todavía consigue masajear una parte sensible de mi sexo con el pulgar. Acabo pateando la caja por un espasmo involuntario y casi me caigo del piano.

Haakon me sujeta con fuerza; con la mano libre me alza y me sienta sobre las teclas del piano, lo que genera un sonido rítmico que invade la habitación.

—Ups. —Se ríe y sigue moviéndose despacio, dentro y fuera de mí.

—Perdón...

—Ha sido genial. —Guiña un ojo.

Se agacha para coger un objeto reluciente y de forma ovalada; me lo muestra como si sostuviera un diamante en las manos —y quizá lo sea de verdad.

—Aaaah —suspiro alto cuando lo siento salir de mí.

El príncipe se lame los propios dedos mientras me observa, y después chupa muy despacio el objeto, lo dirige bajo mi falda y lo encaja dentro de mí.

Al principio está algo frío, pero es extremadamente agradable, una sensación suave y aterciopelada; se calienta rápidamente dentro de mí.

Todavía mirándome al fondo de los ojos, Haakon acaricia mis labios mayores, posiblemente palpando el objeto para comprobar que está colocado correctamente, y sonríe al verme expectante y estimulada.

—Se sentía tan bien cuando me tocabas...

—¿Así? —Posa el pulgar exactamente donde estaba, como si tuviera el manual de mi cuerpo grabado en la mente.

—Así —asiento.

—¿Es agradable?

—Sí. —Tengo que admitirlo, aun avergonzada.

—Se me hace la boca agua; no sabes lo difícil que es no rasgarte ese vestido ahora mismo y comerte enterita, y sentir cada gota de tu placer en mi lengua.

—Ay, Haakon —suspiro.

Y después doy un salto sobre las teclas del piano cuando siento el objeto vibrar dentro de mí con una intensidad que me lleva del nivel 2 al 7, como un bofetón en la cara. Es fuerte, muy intenso; apenas consigo quedarme quieta.

El sonido de las teclas del piano resuena por la habitación y busco dónde agarrarme, pero no hay manera.

—Pero como te dije... soy un tipo sucio. —Ríe de medio lado, me aprieta el muslo y me mantiene en el sitio, aunque me retuerzo entera y casi me tumbo sobre las teclas.

Saca del bolsillo un aparato minúsculo; debe de ser el mando.

—También podré usarlo desde el móvil, solo necesito un momento. —Saca el móvil del bolsillo y, tras unos segundos, me mira con picardía.

Siento como si me estuviera masajeando por dentro; la sensación es deliciosa, y me incorporo, me aferro a su traje y lo encaro.

—¡¿Te gusta jugar conmigo?!

—Ni siquiera he empezado, Ravena. —Haakon sella nuestros labios con fuerza—. Quiero tenerte toda mojada, quiero sentir tu sabor en mi boca y, cuando estés explotando de deseo... —respira hondo en mi oreja, mordisquea el lóbulo; las palabras salen calientes mientras baja por mi cuello—. Cuando creas que no aguantas más... y este piano componga una música que dejaría absorto al mismísimo

Mozart, pondremos a prueba aquella teoría científica de que las mujeres pueden tener orgasmos múltiples. Yo voy a darte el segundo, el tercero, el cuarto orgasmo.

Pasando la mano por dentro de mi vestido, sus dedos vuelven mojados. Haakon los presiona contra sus labios rosados, se los lleva a la nariz, se embadurna.

—¿Crees que puedes hacer ese sacrificio por mí, esta noche? —Empieza a desabotonarse el traje.

—Ajá. —Sacudo la cabeza; creo que la voz ni siquiera salió bien. Mi trasero debe de haber ahogado el sonido con el «fa» o el «la» que acaba de tocar. ¿O habrá sido un «re»?

—Voy a darme una ducha —se quita la corbata de un solo tirón —; espérame a cuatro patas, desnuda, en la cama. —Señala el otro extremo de la habitación.

Ojalá Gustavo estuviera aquí ahora; podía ser en el rinconcito oscuro, no me importa.

Solo para mirarlo bien al fondo de los ojos y decirle: aprende cómo se hace, imbécil.

CAPÍTULO 20

Príncipe Haakon III

La ducha fría que me doy no apaga mi fuego.

Contemplo la pared color mármol blanco con vetas doradas y dejo que el agua lave de mi cuerpo el día ajetreado y agotador que he tenido. Todo eso para garantizar que las cosas saldrán bien entre ella y yo.

Hablando de ella: solo de pensarla, el pecho me late con fuerza.

Me demoro un rato en el baño mientras me seco el pectoral, observo mis tatuajes en el espejo y reflexiono sobre si le he dado tiempo suficiente para huir.

Mierda, ¿se habrá asustado? ¿Seguirá en la habitación? ¿Habrá hecho lo que le mandé hace unos minutos, o habrá huido?

Ignoro el albornoz blanco y regreso a la habitación oscura, iluminada solo por la luz de la noche que invade el suelo y reluce por la pared y el techo. Las sombras hacen que el cuarto parezca aún más grande de lo que es, y yo camino en la oscuridad, desnudo, hacia la cama: no consigo ver si ella está allí.

—Así que no has huido. —Pienso en voz alta.

Ella gime. Ni siquiera sé por qué. Apagué el juguetito para darle un respiro, para que pudiera respirar libremente.

—¿Debería? —suspira Ravena.

Está de espaldas a mí.

A cuatro patas.

Desnuda.

Una diosa. Que el propio Miguel Ángel se sentiría impotente para pintar tanta belleza, inocencia y sensualidad.

—Si fueras lista... —Miro hacia abajo.

Mierda. Ya estoy duro.

A decir verdad, ya estaba duro antes de salir del baño, pero ahora siento el pene golpear firme contra el abdomen.

Me dirijo al piano y cojo la caja que dejé; palpo las esposas, la mordaza y el látigo. Después la miro de reojo: sigue a cuatro patas, de espaldas a mí; creo que, si pudiera verle los labios, diría que le tiemblan.

—Si no has huido... ¡¿crees que estás lista?!

—No lo sé —casi se atraganta con las palabras—. Pero podemos intentarlo...

—No es tan difícil, ¿sabes...? —Apoyo la rodilla derecha sobre la cama.

—Ahn —jadea ella, y se encoge un poco.

Sostengo el peso de mi cuerpo y me quedo totalmente de rodillas, detrás de ella, a pocos centímetros de su cuerpo. La curva que forman sus nalgas respingadas parece el encaje perfecto para mí.

—Este tipo de relación requiere confianza.

—¿Confianza?

—En que voy a darte placer, a mi manera. Y en que respetaré tus límites, parando de inmediato si te sientes incómoda. Pero voy a persuadirte...

Parece tan absorta en lo que digo que no se da cuenta cuando cojo sus muñecas y las llevo detrás de su cuerpo. La esposo tan rápido que no tendría posibilidad de escapar.

—... para llegar hasta el final... Descubrirás mi verdadero yo.

—Ajá.

—Levanta el rostro.

—¿Así? —Mira al techo.

Le pongo el collar de diamantes.

Los mechones de su pelo pasan entre mis dedos; la veo balancearse suavemente, intentando sostener su propio cuerpo de rodillas.

—¡Haakon! —gime de una forma inesperada cuando acciono el vibrador que sigue dentro de ella.

Lanza el cuerpo hacia delante, a punto de dar con la cara en la cama, pero yo la sujeto por las esposas y tiro de ella hacia atrás.

—¿Confías en mí, Ravena? —Recuesto su espalda contra mi pectoral.

Tarda solo un segundo en decir:

—Sí, confío en ti. —De inmediato parece menos tensa.

La sensación de su piel suave y cálida posada sobre la mía me hace hervir; es como ir a cien por hora por la carretera, viendo todo pasar como un borrón y con el viento chispeando en la vista.

—Entrégate a mí. —Subo los dedos por su brazo.

Beso la nuca de Ravena y oigo la respiración pesada que suelta cuando mis manos pasan por debajo de sus axilas; sujeto sus pechos y la encajo en mi regazo.

—¿Vas a pegarme?

—¿Quieres ser castigada por algo en concreto? —murmuro junto a su oído.

—No he hecho nada malo...

—Entonces te libras, por hoy. —Beso su hombro despacio, mientras mis manos bajan por su cuerpo esbelto; las palmas prácticamente masajean su barriga y su ingle, después subo despacio y repito el movimiento.

El cuerpo de Ravena está ardiendo, igual que el mío. Por eso aumento un poco la intensidad con que el vibrador trabaja dentro de ella. Es extremadamente potente y silencioso. Apenas sabría que

está encendido si ella no se estuviera retorciendo tanto y con la respiración entrecortada.

—¿Estás lista?

—¿Cómo que «lista»? ¿No habías empezado ya?

—Si no he hecho nada. —No consigo contener la risa.

La sujeto firme del brazo y la giro hacia mí.

—Saca la lengua. —Le guiño un ojo a Ravena y ella obedece de inmediato.

Guío el peso de su cuerpo descendiendo por mi pectoral, dejando un camino húmedo hasta llegar a mi ingle, después a la punta de mi sexo.

Este es el momento de sujetar bien su pelo, como un cabestro, y guiarla, a una distancia en la que solo su lengua pueda alcanzarme. Y cuanto más intenta acercarse ella, más intento yo contener la risa.

—¿Ves cómo me pones? —Inclino el rostro para examinarla.

Se esfuerza, debo admitirlo. Consigue estirar bien la lengua; cuando roza mi piel, siento un escalofrío recorrerme la espina dorsal.

¿Las ganas? De agarrar con firmeza ese moño improvisado que le hice y hundirla de una sola vez, y saciar mi deseo.

Pero es tanto más interesante así...

—No... no consigo... metérmela en la boca... —jadea.

—Es lo que pienso yo a cada minuto cuando estoy cerca de ti y no puedo besarte... sentirte... estar dentro de ti...

Ravena me mira desde abajo y yo hago un mohín con los labios.

—Dime qué quieres.

—Te quiero... a ti.

—Aquí estoy, nena —guiño un ojo—; dime qué es exactamente lo que quieres...

Sus ojos grandes me congelan el alma. Es como si hablara conmigo, sin sonido alguno, sin palabras y sin gestos, solo con la mirada.

—Pídelo —rechino los dientes.

—Quiero sentirte...

—¿No me estás sintiendo? —Acaricio su rostro.

—Quiero chupártela.

—Ah, ahora hablamos el mismo idioma. —Acerco mi cuerpo.

No dura ni un segundo: Ravena se mete la punta hinchada en la boca y succiona con tanta fuerza que necesito curvarme un poco hacia delante y respirar muy despacio.

Su boca caliente y húmeda me engulle muy despacio; está lejos de caberle todo en la boca, pero no necesito caber ahí. Tengo otras intenciones.

—Aaaah —gime fuerte; ya hemos llegado a una buena velocidad de ese vibrador, en la que se puede empezar a jugar.

—Eres una buena chica, mereces esta recompensa...

Ravena me succiona con tanta intensidad que las palabras se van perdiendo mientras salen de mi boca. Abro un poco más las rodillas para equilibrarme bien sobre la cama y contemplar su cuerpo desnudo estirándose.

Con la mano libre, recorro su espalda con los dedos hasta alcanzar su trasero respingado. Le doy una palmada moderada y bajo un poco más, hasta sentir de dónde viene la vibración. Masajeo por encima del vibrador, alcanzo su clítoris y vuelvo con la mano mojada hasta mi cara.

—Vaya... parece que el juego se está poniendo interesante...

—¡Haakon! —grita Ravena, no sé si de susto o de desesperación, cuando la giro en la cama.

La dejo tumbada de espaldas, le abro bien las piernas y me encajo entre ellas. Golpeo con mi sexo sobre su ingle y friccionó muy

despacio, a medida que mi cuerpo se vence y se tumba sobre el suyo.

Sigo con la cintura moviéndose en un lento vaivén, calentando mi miembro hasta el punto de sentir un dolor insoportable, la punta hinchada, prácticamente implorando estar dentro de ella.

—Adoro tu olor. —Acerco la nariz al cuello de Ravena—. Y tu sabor... —Necesito lamerme los dedos, delante de ella.

Claramente está avergonzada, quizá hipnotizada también, porque ni siquiera parpadea.

—Me paso el día soñando... intentando imaginar... cómo es estar dentro de ti...

Mis dedos la agarran por los muslos. La aprieto con una fuerza moderada hasta que se escapa de mi tacto.

—Desde el día en que te vi, tengo pesadillas solo de imaginar que huyas...

—Por favor, tómame —pide ella.

—¿Así se le pide algo a tu rey? —Niego con la cabeza—. Ts, ts, ts...

—¡Por favor, Haakon, quiero sentirte dentro de mí!

—¿Sí, princesa? —Presiono el pulgar sobre su ingle.

—Yo... quiero tener tu bebé... —Aprieta los ojos con fuerza; hasta se sonroja al decirlo.

—Y yo quiero que tengas ese bebé. —Presiono mi sexo con aún más fuerza contra su piel—. Así que pídelo, con cariño, que yo, tu futuro rey, atenderé y cumpliré todos tus deseos.

—Haakon...

—Sí, nena —murmuro.

—Soy tuya.

—¿Sí?

—Haz lo que quieras conmigo, por favor...

Mi pecho aplasta el suyo. Agarro su pelo, apoyo la nariz en su oreja y respiro fuerte; muevo la cintura hacia arriba y la oigo gemir y temblar debajo de mí.

—¿Lo que yo quiera?

—Lo que quieras.

—Eres muy tonta o muy valiente por decir eso. —Mordisqueo el lóbulo de su oreja—. Por eso eres la mujer adecuada para mí.

Dejo abierta la mano que la estaba masajeando.

—Expulsa el vibrador.

—Pero no tengo las manos libres.

—No necesitas las manos —le aseguro.

Ravena respira hondo. Su cuerpo parece bloquearse cuando intenta hacer un movimiento.

—No puedo...

—Empuja.

Ravena vuelve a apretar los ojos; su cuerpo se estremece cuando por fin consigue expulsar el vibrador. Una sonrisa de alivio se forma en sus labios, pero enseguida jadea de placer.

—Lo consegu...

—Lo conseguiste —digo por encima, entrando en su sexo mojado.

Me deslizo fácil hacia dentro; la punta llena rápidamente el espacio que dejó el vibrador de forma ovalada. Ahora, para meter el resto, necesito presionar un poquito.

—¿Estás respirando?

—¿Qué?

—Respira.

—Estoy respirando... —dice ella, tensa.

Ravena Lessa

Yo no estoy respirando.

Creo que todo mi cuerpo se ha olvidado de cómo funciona: no sé si mi corazón late, mis ojos están fijos en un punto del techo y no estoy respirando.

Haakon me quita las esposas, lo que me produce un gran alivio, porque las manos se me estaban durmiendo. Pero, en lugar de dejarme libre, me aprisiona al cabecero de la cama.

Vuelvo a tener una visión que me hace babear: ese hombre de rodillas en la cama, como un monumento ante mí: el pecho ancho, el abdomen definido y las manos fuertes que agarran mis muslos y tiran de ellos contra su cuerpo.

Es una sensación que me deja medio aturdida; las piernas casi se me bloquean. Siento como si tuviera algo gigante entero dentro de mí, y un vistazo rápido de cintura para abajo me sugiere que él ni siquiera ha empezado a devorarme todavía.

Mis manos se aferran a las cadenas en el momento en que Haakon empieza a hundirse un poco más; después su cintura se aleja, lo que parece que va a liberar la presión, pero solo deja un ardor aún mayor.

—¿Quieres decirme algo?

—No —contesto rápido, porque la mente dice: quiero que me dé una paliza de las buenas, y sé que en un desliz de esos voy a acabar soltándolo.

—Pisa la cama.

Ni lo discuto. Afirmo los pies en el colchón firme.

—Soy todo tuyo, nena. —Haakon señala su cuerpo y esboza una sonrisa malévola—. ¿Quieres más? Empuja. Trágame. Muéstrame lo que quieres.

—Creo que me voy a quedar un poquito más así. —Me río de los nervios.

Haakon asiente; su cintura se aleja y, antes de que la punta salga del todo, vuelve a empujar hasta el mismo estado que antes.

Mi sexo se dilata; es delicioso sentir cómo entra de una manera sedosa, suave; no recuerdo haber estado tan preparada y mojada nunca en la vida.

—Podría quedarme así para siempre —suspiro.

Haakon repite el movimiento que ha estado haciendo, solo que esta vez en un intervalo ínfimo de tiempo. Saca una parte y la punta, después entra; apenas sale y vuelve a penetrarme, lo hace una, dos docenas, tres veces. Yo hasta intento hablar en algún momento, pero cada vez que entra aprieto las cadenas y me concentro en relajar el cuerpo.

—Yo podría quedarme así para siempre —dice él, como si no estuviera haciendo nada.

No. No está haciendo nada. Solo metiendo y sacando ese pedazo de miembro sin parar de dentro de mí.

—Pero si tú quieres... —Viene en mi dirección; siento que me presiona contra la cama—. Puedo ir más allá.

Ahora se hunde mucho más profundo, entra mucho más en mí, viene lento e intenso. Su mano derecha sujeta firme mi cuello. Mis labios se expanden; los suyos me acompañan a medida que sale y después vuelve, más intenso, casi desgarrándome.

—Eso —gimo bajito.

—¿Eso? —Repite el movimiento y termina más hondo, con más fuerza; su cuerpo caliente abrasa el mío.

—Eso —repito.

Haakon saca casi todo su miembro de dentro de mí y después regresa, voraz, insaciable; me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que siento que va a sangrar.

—Eso —casi grito.

—Ah, así que es así como te gusta...

No tengo valor para abrir los ojos.

Estoy delirando en un placer solo mío.

Pero tengo la absoluta certeza de que me está mirando. Evaluándome, a decir verdad. Como un científico que observa a su ratoncito en la jaula para ver cómo se comporta.

—Dilo otra vez.

—¿Decir qué? —Abro los ojos.

Sale de mí muy despacio, haciendo que mi cuerpo se relaje, se expanda, casi se acostumbre a la falta que me hace. Entonces viene, poderoso y certero, se hunde casi entero en mí y me hace encogerme, querer gritar, romper el cabecero de la cama y la cadena.

—Eso —rujo de placer.

Las embestidas lentas e intensas que da dentro de mí me hacen delirar. Pongo los ojos en blanco y apenas consigo ver el techo, de tan turbia que se me pone la vista. Hasta la cama se sacude; parece que va a moverse del sitio.

—Acaba conmigo...

—Chica, no me provoques, no pidas lo que no puedes soportar —dice, con una embestida tan violenta que creo que me he desmontado entera, y estoy tumbada.

Los pajaritos rondan mi cabeza; mi cuerpo es impulsado hacia arriba y después se queda quieto; después, una vez más, él empuja y siento que todo el cuerpo se me eriza.

—Ahora ve bien rápido —pido bajito.

—¿Rápido cómo? —Apenas espera mi respuesta y empieza a bombear dentro de mí.

No importa lo que haga, si mueve la cintura a cámara lenta o embiste sin parar dentro de mí: Haakon no aparta sus ojos de esmeralda de los míos.

—Así, rápido...

Levanta mi muslo y reduce y aumenta la distancia entre nuestros cuerpos en fracciones de milésimas de segundo.

Apoyo la cara en la cama y muerdo la funda de la almohada, algo que siempre creí que era una metáfora boba, pero solo eso puede contener el dolor, la intensidad y el deseo que estoy sintiendo. Prefiero eso a gritar bien alto y despertar al palacio entero.

Haakon se incorpora, majestuoso, como si no estuviera haciendo nada. Me pone de lado y sigue hundiéndose en mí, haciendo que mis carnes ardan. Aprieta mi trasero con su mano pesada y me mira de una forma feroz.

Ahora ya no es solo una impresión. La cama se está moviendo, arrastrándose por el suelo, golpeando con violencia contra la pared, casi un terremoto inesperado en un paraíso alejado de las placas tectónicas: todo se está saliendo de su sitio.

Y a mí me está encantando.

Lo que quiero es más.

No conocía este lado mío. Este lado salvaje, casi caótico, que ve temblar el suelo y se detiene a observarlo, como si fuera un cuadro surrealista.

—Me voy a...

—No te vas a... —me desafía.

—Sí, me voy. —Sacudo la cabeza y muerdo la funda.

—¡Te lo prohíbo!

—¡No puedo aguantarme!

—¡Ravena, no!

Y no hay manera.

Mi cuerpo medio que se deshace; me quedo inmovilizada unos segundos, siento como si me hubieran dado un golpe —quizá dos, quizá una docena, quizá un montón y sin parar— y estuviera desorientada.

—Aaaaaaaah —suelto un gemido prolongado, vacío los pulmones, estiro el cuerpo y lo siento salir de dentro de mí.

No sé qué acabo de sentir.

En toda mi vida, nunca sentí esto. Ni siquiera sé si puedo mirarme al espejo ahora; creo que no me reconocería.

—Te has corrido sin mi permiso —dice él en tono autoritario, pero con un deje de placer en ello—. Por eso, la próxima vez, serás debidamente castigada. Diez latigazos quizá te hagan reflexionar un poco al respecto.

—Está bien... —Ni siquiera sé lo que ha dicho ni lo que estoy diciendo; todavía estoy saltando con unicornios sobre nubes de algodón.

Nubes densas, altas y bajas; a cada salto era como caerse de la silla e intentar levantarse... qué delicia...

—Tengo hambre —murmuro.

Haakon va hasta el lado de la cama y pulsa un botón.

Camina desnudo por la habitación, un verdadero dios, con el miembro duro balanceándose de un lado a otro, el cuerpo sudado brillando con la luz de la noche.

Viene hasta mí y me cubre desde las piernas hasta el pecho.

Casi doy un salto de la cama cuando la puerta se abre y entra una mujer con uniforme de empleada del palacio.

—Su futura reina tiene hambre —avisa Haakon, sin importarle demasiado estar desnudo. Y a la mujer le importa menos todavía.

—¿Qué desea comer, mi señora? —pregunta ella desde lejos.

—Fondue con quesos y frutas. —Es lo primero que me viene a la cabeza.

—El mejor champán del país y dos copas. —La voz de trueno de Haakon atraviesa la habitación, y la mujer hasta tiembla.

En realidad, había pensado en una buena lasaña, una feijoada, quién sabe si hasta una buchada de bode; comer algo bien

contundente y caer rendida de sueño. Pero creo que merece la pena probar algo romántico.

—En quince minutos, señora. Con su licencia y permiso, Alteza. —La mujer asiente, cierra la puerta y sale.

Haakon arranca la manta de encima de mí y me muestra el látigo en sus manos.

—¿Y bien? ¿Quieres recibir los 10 latigazos ahora o en la próxima? —me pregunta.

CAPÍTULO 21

Ravena Lessa

Abro los ojos y observo el techo por un momento.

¡Anoche tuve un sueño de princesa!

En él me trataban como a una reina, al mismo tiempo que era esposada y dominada por el hombre más delicioso que he visto en mi vida. Y después de una noche agitada en la que la cama gimió tanto como yo, pasamos la madrugada conversando, mirándonos el uno al otro, hasta que me quedé dormida en su cama.

No tengo ni idea de cuál fue el detonante que me dejó bloqueada la vez anterior, pero ayer fue diferente.

Gustavo ya no estaba en mis pensamientos; los dolores de los últimos meses quedaron en segundo plano. De alguna forma, solo existíamos el príncipe y yo, y una nueva oportunidad de ser feliz.

El miedo no consiguió inmovilizarme.

—Buenos días. —Haakon me espía.

Ya está sentado, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama y una tableta grande en las manos; está leyendo. Una mesa que sube desde el suelo está frente a él y por encima de la cama, con una taza generosa de café, beicon, huevos y lo que parece ser gachas de avena. Retira rápidamente de mi vista el frasco de un medicamento, pero me doy cuenta de que es la medicación estándar para quien tiene TDAH.

—Buenos días... vaya, has madrugado...

—Sí, me despierto todos los días a las cinco de la mañana. Dedico un rato a leer las noticias del día, repaso mi agenda y me ducho para después meditar.

Parpadeo, incrédula.

—He pedido que no abrieran las cortinas ni hicieran ruido para no molestarte —avisa.

—Ya han venido a la habitación, ¿no? —Se me empieza a hacer la boca agua con el desayuno.

Las cosas de la fondue, que dejamos encima del diván, ya ni siquiera están allí.

—¿De verdad tienen esa costumbre de entrar en las habitaciones ajenas?

—Sí, es la rutina en cualquiera de nuestros palacios.

—¿Y si estamos...? Quiero decir, ¿y si alguien está haciendo cosas indebidas?

—No les importa, solo hacen su trabajo. Están acostumbrados. Suelen ver cosas peores.

Ni me atrevo a preguntar como qué.

—¿Has dormido bien? —Sonrío al sentir su mano acariciarme y después atraerme hacia su pectoral.

—Sí que he dormido —dice él—. Teniendo en cuenta que es la primera vez que duermo con alguien.

—¿Cómo que la primera? ¿Me vas a decir que eres virgen? —Hasta hago una mueca, provocándolo.

—No. Nunca había dormido con alguien en la misma cama, en la misma habitación.

—Pero imagino que cuando nos casemos... —hasta respiro hondo al decirlo, y me sonrojo un poco— dormiremos juntos en la misma cama, ¿no?

—Si tú insistes. —Haakon apoya la barbilla en mi frente—. Normalmente, el rey y la reina tienen habitaciones separadas. Es mejor así: yo tengo mis propios horarios y hábitos, no quiero perturbar tu sueño.

Ajá... y solo Dios sabe lo que pasará de noche, cuando cierre la puerta de su habitación, sin mí...

Entorno los ojos y lo juzgo.

—Claro que, si es tu deseo dormir conmigo todas las noches, estaría bien que alguien no roncara...

—Ah, ¿tú roncas? —Arqueo la ceja.

—No. —Me mira de soslayo.

—¡Espera un momento! ¡Yo no ronco! —Me cruzo de brazos.

—Claro que no... —asiente—. Oinc. —Y acto seguido imita a un cerdo.

—¡Yo... —me levanto— no... —cojo mi almohada— ronco!

Le doy con la almohada en la cabeza. Y Haakon no se queda atrás: aparta la mesa con la mano hasta dejarla fuera de nuestro alcance, coge su almohada y me golpea también.

—¡Ooooinc, cerdita!

—¡Cerdita lo será tu abuela! —Le suelto otro almohadazo y le muestro los modales de una verdadera lady.

Y él solo se ríe, en respuesta.

—Alteza, ya he llegado. —El hombre todo almidonado llamado Laios entra sin llamar y se queda inmóvil al ver al príncipe y a mí en la cama—. ¡Oh! —es todo lo que dice; después decide ignorarme—. Convendría darse prisa: en tres horas tiene una reunión con el rector de la universidad de Drü y en cinco horas debe aparecer en la graduación de la Marina.

—De acuerdo —dice Haakon; se levanta de la cama, no sin antes darme con la almohada en plena cara—. Estaba revisando el discurso.

—No hay nada que revisar —dice Laios de forma solemne—. Las princesas acaban de llegar y se están instalando. La Reina Madre...

—Puede despedirlas. Ya he elegido.

—Nada es seguro hasta que el Consejo Real lo evalúe, Alteza.

—Nada es seguro hasta que yo elija. Y ya he elegido. —Echa al hombre de la habitación—. ¡Tú no te muevas de ahí! —Me señala y entra en el baño.

Unos minutos después oigo el sonido de la ducha. Me levanto y empiezo a caminar por la habitación, envuelta en una sábana.

—¿Puedo usar un albornoz tuyo? ¿Una camisa tuya? —digo en voz alta.

—¡Como si estuvieras en tu casa! —responde él.

Su vestidor es una estancia aparte. Quizá un piso aparte.

A primera vista es un simple vestidor con un pasillo ancho, pero enseguida me doy cuenta de que estoy en un ambiente espacioso que se ilumina con mi presencia. Hay una vitrina solo de relojes y anillos, una pared entera solo de zapatos, y el armario parece desplegable: tiro de una puerta y se despliega, abriendo paso a otro vestidor.

—Si entro ahí voy a acabar en Narnia. —Me río y cojo la primera camisa negra que encuentro; debe de tener por lo menos otras cincuenta de ese color.

Vuelvo a la habitación y me tambaleo hacia atrás cuando veo a nadie más y nadie menos que Jemima semidesnuda, tumbada en el diván.

—Sorpresa... —dice ella con entusiasmo, y baja el tono lentamente.

—¿Qué haces aquí? —Me cruzo de brazos.

—¿Estoy en la habitación correcta? —Mira alrededor.

—No, desde luego que no lo estás. —Voy hasta ella y la saco del diván, tirándole del brazo.

—¿Qué haces?

—¿Qué haces tú? —Me guardo el «lagarta» en el pensamiento.

—Querida, esto no acaba hasta que termina... ¿te crees que has ganado? Este juego ni siquiera ha empezado.

—Ah, pues para ti ya ha terminado. —Tiro de ella con cierta fuerza y la echo de la habitación, semidesnuda y todo.

—¡Espera! ¡Mi albornoz!

Le cierro la puerta en las narices.

—¿Esa ha perdido el juicio? —protesto, y vuelvo a la cama.

Menos mal que saqué a la princesa oriental a tiempo. No tarda Haakon en volver a la habitación, en albornoz; se frota el pelo con la toalla y viene hasta la cama a comer.

—Estaba aquí pensando... —Intento controlar la respiración, porque el pecho me va todo descoordinado.

—¿Sí?

—¿Puedo acompañarte en tus deberes reales?

—Claro que puedes. Pero va a ser muy aburrido, te lo advierto desde ya. Y el día será largo.

—No me importa. Creo que será más aburrido quedarme esperándote y sin verte en todo el día...

—Qué cerdita más mona. —Me aprieta la nariz—. Muy bien. —Come y pulsa el botón que hay junto a la cama.

En menos de quince segundos, entra una empleada. No sé si hacen turnos rotatorios: nunca es la misma persona.

—Consiga un bonito vestido para que la señorita Ravena me acompañe hoy.

—Llamaré al señor Ítalo. —La mujer asiente y sale a toda prisa.

—Voy a vestirme. —Él señala el botón—. Pide tu desayuno y espera el vestido. —Haakon se va al vestidor.

—Descuida.

Como diría Freud la primera vez que visitó un manicomio: de aquí no salgo, de aquí no me saca nadie.

Stephan Linkalter

Todo iba bien.

Y no se trataba solo de este momento en concreto: todo el plan iba bien desde el principio.

Era de conocimiento público, incluso para quienes no estaban entre bastidores, que Haakon Tercero, el hijo del rey Gullivar, no tenía pretensiones con el trono: iba a renunciar. Su padre, inflexible ante las polémicas y los deseos de su hijo, siempre intentó empujarlo al trono porque sabía que yo, el heredero por derecho, lo reclamaría.

Es verdad, sí, que mi padre, el rey Gerard, me tuvo con una amante. Pero él seguía siendo el rey. Y como su primogénito, Ayslan Linkalter, renunció, yo y solo yo era el verdadero heredero.

Nadie se sumó a mi causa. No tuve apoyo ni siquiera de la familia Linkalter, el parlamento no quiso saber de mí; entonces, un día, una mujer vino y me despertó a mi verdadero destino: yo debía luchar para restaurar la verdadera dinastía Linkalter, apartar a los usurpadores del trono y contener la revuelta republicana que amenazaba con estallar.

Al llegar al Campo de Neptuno, ya preparado para la ceremonia de graduación de la marina, me recibió el alto mando de las fuerzas armadas del país.

Hicieron cola para saludarme, y yo podía ver en el brillo de sus ojos que reconocían un poco de mi padre en mí, teniendo en cuenta que muchos de ellos ingresaron en esta carrera al principio de su reinado.

—Debo felicitarla, Primera Lord Almirante —saludo a una mujer alta y adusta, de piel y ojos negros y un aire de poca confianza—. Es sin duda una de las promociones mejor entrenadas de la década.

—Gracias, regente. —Me estrecha la mano con firmeza.

—¿Podríamos, después de la ceremonia, tratar un asunto?

—¿Sobre qué sería?

Lumia Novak siempre se mantuvo neutral en cualquier cuestión que implicara política. Al fin y al cabo, su papel como jefa de las fuerzas armadas —por debajo de mí y por debajo del príncipe— siempre fue mantener el orden.

—Si no me equivoco, usted forma parte del Consejo Real, ¿correcto? Representando en uno los votos del Primer Lord General y del Primer Lord Brigadier.

—Correcto. —Arquea la ceja en señal de que está prestando atención.

—Bien, creo que pronto nos reuniremos para votar un asunto muy importante, de interés nacional... con quién deberá casarse el príncipe para ascender al trono.

—El voto es secreto. —La mujer asiente con la cabeza y hace amago de marcharse.

—Por supuesto que sí —la abordo—. Sin embargo, los resultados del voto pueden repercutir para siempre. Al fin y al cabo... es la primera vez que el Consejo interno decidirá algo tan importante... desde que forzó a mi padre, el rey Gerard, a renunciar.

—Lo escucho. —La mujer me mira sin demasiada emoción.

No necesito la más mínima emoción, solo su atención.

—Y fue forzado a renunciar por casarse con una extranjera —le recuerdo.

—Él ya estaba casado. Y nuestra tradición, como debe saber, no ve con buenos ojos el divorcio, y mucho menos viniendo de la familia real.

—Cierto. Pero ¿no cree que ese fantasma podría poner en duda la legitimidad del futuro rey? —Empiezo a rodearla—. Vamos... no queremos otra crisis institucional, ¿verdad?

—Desde luego que no, regente.

—Está claro que nuestro futuro rey está actuando con el corazón y sin pensar en las consecuencias de sus impulsos.

—Mmm. —Se blinda, no me deja ver sus emociones.

—Y nos corresponde a nosotros, como miembros del Consejo Real, impedir que cometa ahora un error... del que más tarde podamos arrepentirnos todos... incluido él.

—Tiene usted un punto.

Yo tengo un punto, tengo un plan, tengo un único objetivo.

Quitárselo todo a Haakon. Igual que él me lo quitó todo a mí: la dignidad, la corona y la mujer que yo amaba.

—Piense en ello cuando vaya a votar. —Es todo lo que tengo que decir—. Felicidades por el espléndido trabajo con esta promoción.

Me alejo, saboreando el dulce sabor de la victoria.

Para casarse con alguien que no sea de la realeza, Haakon necesitará como mínimo cuatro votos.

El Consejo Real está formado por:

El miembro de mayor edad de la realeza, es decir, la Reina Madre Antônia.

El líder de la Cámara de los Lores, Markus Voik.

El líder de la Cámara de los Comunes, Raegnar Skard.

La Primera Lord Almirante, Lumia Novak.

El Comandante, Jefe de la Guardia Real, el Duque Svar Linkalter.

El Lord de los Diamantes, Petrus Avang.

El Jefe de Inteligencia, de la Policía Secreta y ministro de defensa del país, Simon Nantes.

Y yo, el Regente del Septentrión.

Si el Consejo Real vota en contra de esa boda, el príncipe podrá ser coronado, pero no gobernará, ni siquiera después de que

nazcan los bebés, hasta que un nuevo Consejo lo apruebe. Hasta entonces, Ravena no disfrutará de ningún derecho como «reina» y pronto se desencantará.

Haakon tiene, siendo muy generoso y optimista, dos votos. Uno del primo que es su mano derecha y otro de uno de los líderes de las cámaras; todavía no he descubierto cuál.

Mi deber, entonces, es sembrar la alarma en todos los demás y disuadirlos de permitir que Haakon cumpla su deseo.

Sé que, si no se casa con la mujer que quiere, perderá la cabeza. ¿Renunciar? Quizá cometa una estupidez. Y ahí es donde entro yo. Ahí es donde les demuestro a todos que soy la mejor elección.

Soy previsible, estoy preparado; mi padre me entrenó para ser rey algún día, y ahora estoy apto para ocupar el lugar que me corresponde por derecho.

Me río solo de imaginar que me estoy esforzando para nada. La Reina Madre Antônia votará en contra de esa unión, y nadie es capaz de enfrentarse a sus designios. Pero es divertido maquinar a sus espaldas... y después solo tendré que sentarme a verlo caer.

—¡El príncipe! —Oigo a la multitud entusiasmarse.

—¡Es él! ¡Ha llegado el príncipe!

—¡Es Su Alteza Real! —La gente empieza a empujarse.

—¿Qué hace él aquí? —Me meto las manos en los bolsillos—. Nadie avisó de que vendría —murmuro.

Todos corren a ver llegar el coche real. Rodeado por al menos diez escoltas vestidos de negro, Haakon aparece en un bello contraste: el uniforme blanco de Almirante de la Marina, las medallas relucientes en el pecho; se ajusta la gorra y saluda al público.

No entiendo esa fijación que tiene la gente con él.

Nobles, plebeyos, generales, miembros del alto mando del ejército y del gobierno... Todos se amontonan, se empujan, casi se

agreden por estrechar la mano del mocoso que ni siquiera les presta atención.

Me sorprendo. Si no esperaba la presencia del príncipe aquí, la de ella era impensable.

Lo primero que hace al bajar del coche es ayudar a Ravena Lessa, su elegida, a salir. Con un bello vestido blanco, el pelo recogido en un moño firme y un precioso collar de zafiros, se convierte en la sensación de toda la multitud.

—¡Una foto, por favor! —Los fotógrafos chocan con los periodistas.

—Señor, ¿entonces está decidido? ¿Es ella su reina? —Los reporteros estiran sus micrófonos y móviles de última generación para captar la respuesta.

—¡Abran paso a Su Alteza! —exigen los escoltas.

Bueno, como estamos entre gente de la marina, todos se organizan rápidamente en un pasillo para dejarlos desfilar.

Haakon estrecha la mano de cada hombre y le pide a Ravena que haga lo mismo.

Desgraciado. Sabe jugar, tengo que admitirlo.

—Felicidades. Confío la seguridad de nuestro país a sus manos. ¿Conoce a Ravena? —Siempre encuentra una forma de meterla en la conversación, con cada persona a la que saluda.

—Por supuesto, Alteza, es muy hermosa... con todo respeto.

—Es la madre de vuestro futuro rey —avisa él, y pasa al siguiente.

Ravena Lessa

No imaginé que vería a tanta gente.

Pensé que, por estar en un campo abierto, podría respirar, pero no puedo. Decenas de desconocidos, uno tras otro, besan el dorso de mi mano. Los flashes de las cámaras parece que van a cegarme y no sé ni adónde mirar; es tanta gente y tanta información de golpe que me siento algo mareada.

No me caigo ni me desmayo porque Haakon me sujeta por la cintura y me va guiando de uno en uno: primero saluda él, después yo. Espera a que se cumpla la formalidad y me guía hacia el siguiente marinero.

—Enhorabuena por su graduación... —digo animada.

—Soy primer teniente, señora. —Un hombre muy entusiasmado besa mi mano y sonríe.

Me siento menos avergonzada por el desliz. Son todos tan amables que el nerviosismo va desapareciendo.

—Primera Lord Almirante —me saluda una mujer muy seria, y siento la firmeza de su mano.

—Es un placer, señora.

—Lumia forma parte del Consejo Real —me advierte Haakon—. ¿Me echa de menos en la marina, Almirante?

—Todos lo echamos de menos, Alteza. Un honor poder servir a su lado. —Ella esboza una sonrisa y muestra un semblante más amable al tratar con Haakon.

—Me echó más broncas que mi padre. —Haakon sonríe también y posa la otra mano sobre el dorso de la de ella—. Intenté llegar lo más temprano que pude; imaginé que causaría una conmoción...

—Su pueblo lo ama, Alteza. Y se sienten honrados de servirle a usted y a su país, y de ser reconocidos.

—No me perdonaré si no estrecho la mano de cada persona —avisa él.

—Y yo no esperaría menos de mi marinero, príncipe y futuro rey favorito. —Ella asiente con la cabeza.

Haakon se adelanta, ahora saludando a todo el mundo. Los escoltas intentan mantenerse a su alrededor, pero él los ignora por completo y estrecha la mano de cada persona, les pide que no se empujen y se va alejando lentamente.

—¿Podría hacerle una foto, señora? —me llama el fotógrafo.

—Claro que sí. —Me pongo a su disposición.

Primero me hace una a mí sola. Después con la Primera Lord Almirante, una mujer muy alta y seria. También me las hago con otros marineros y, por último, cuando creo que he terminado, siento una mano fuerte en mi cintura.

—Hola, princesa. —Oigo una voz conocida en mi oído.

Ni siquiera consigo girar la cara para mirarlo. Sonrío a la cámara, intentando ocultar el pavor.

Todo mi cuerpo se retrae; el impulso inmediato es huir, pero parece que llevo plomo en los tacones y no consigo moverme del sitio.

—Deja que te mire. —Gustavo me gira para que lo observe.

Para asegurarse de que lo veo.

Sonríe. Lleva uniforme de la marina, como si perteneciera a este mundo.

—Qué guapa estás. —Niega con la cabeza.

—Gustavo, ¿qué... qué haces aquí? —Miro alrededor, viendo a Haakon alejarse cada vez más.

—Solo quería asegurarme de que supieras...

—¿Que supiera... el qué?

—Que lo he entendido todo, mi amor. Que solo estás intentando llamar mi atención. Que sepas que lo has conseguido...

—Gustavo. —Encojo el labio inferior—. Por favor, vete de aquí.

—Me iré, sí. Pero muy pronto vuelvo.

—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

—¿A qué viene esa sorpresa, mi amor? Una vez te dije que iría a cualquier parte por ti. —Me ajusta el tirante del vestido—. Ah... también te dije una vez que, si no eras mía, no serías de nadie más. —Sonríe; su dedo índice me masajea la cara con cierta fuerza.

Y es una sonrisa que me deja congelada, con un maldito escalofrío en la barriga que me deja desorientada, medio aturdida, sin equilibrio.

—Cuidado. —Siento una mano fuerte sujetarme, cuando estoy a punto de caerme.

Miro alrededor, atónita, pero no veo a Gustavo.

¿Habrá sido un delirio? No lo sé.

Todo el mundo vestido de blanco, con la misma ropa, la misma gorra; solo las medallas los distinguen... algunos se acercan, otros se alejan... el príncipe está rodeado de gente que lo ama.

—¿Está usted bien? —El hombre me llama la atención.

Parpadeo y me encuentro con el regente. Intento recordar su nombre, pero estoy tan aturdida que no me sale.

—Me ha bajado la tensión. —La voz me sale débil.

—Agua para su señora. —Golpea el brazo del primer hombre que ve, y este se aleja rápidamente y regresa con una copa de agua —. Beba... —Él la sostiene, mientras yo intento tragar el agua.

—¿Usted lo ha visto? —Estiro el cuello, intento buscarlo.

—¿Ver a quién? —pregunta el regente.

—A él... bueno... déjelo. —Me encojo de hombros—. Discúlpeme... ¡Stephan! —recuerdo su nombre—. Me ha bajado la tensión.

—¿No está acostumbrada a estar rodeada de gente?

—No...

—Como será nuestra futura reina, le sugiero que se acostumbre. —Señala con el rostro a Haakon, casi desapareciendo entre la multitud—. Aunque siempre es él quien roba la escena... pronto todos la tratarán a usted de la misma forma...

Asiento; no tengo nada que decir. Y todavía estoy buscando a Gustavo.

Creo que lo he visto de nuevo, entre la gente, cerca de Haakon.

Y eso me ha puesto aún más la piel de gallina y me ha atemorizado, con miedo de lo que pueda hacerle al príncipe.

Pero seguro que no haría nada en público. No saldría vivo para contarlo...

Pero ¿cómo demonios ha llegado hasta aquí?

—¿Puedo acompañarla a su sitio? Imagino que se sentará junto a Su Alteza.

—Sí. —Dejo que me lleve, porque no consigo pensar, y mucho menos guiar mis pasos.

—Por aquí, señora.

Stephan Linkalter

Todo iba bien. Hasta que apareció él. Y me lo robó todo.

Poco se imagina que, esta vez, soy yo quien va a arrancárselo todo a él:

La dignidad, la corona y la mujer que tanto ama.

CAPÍTULO 22

Ravena Lessa

La ceremonia de graduación de la marina fue un éxito rotundo, y Haakon recibió una ovación de pie al terminar su discurso.

Al final de todo, volvió a ser devorado por los clics, los apretones de manos y las peticiones de sus súbditos, y yo me quedé junto a Stephan, que en ningún momento me quitó los ojos de encima.

—No he podido evitar notar que está preocupada.

Asiento, en silencio.

He tenido casi una hora para digerirlo todo y buscar en cada rostro allí presente a mi ex, pero no lo he encontrado. Seguramente Gustavo está lejos de aquí, si es que de verdad llegó a estar aquí y no fue solo una jugarreta de mi imaginación.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

—Creo que no, Stephan...

—Por supuesto, servir a mi reina es como servir a mi país, así que...

Su manera cortés me desarma.

—He visto a alguien esta mañana —comento.

—¿Un conocido?

—Sí... un conocido —suspiro—. O quizá me lo he imaginado...

—¿En qué momento lo vio?

—Bueno, Haakon se había alejado y yo terminé de hablar con la Almirante...

—Primera Lord Almirante —me corrige él con amabilidad—. Y después se hizo algunas fotos.

—Sí —abro los ojos de par en par—, ¡hasta se me había olvidado! ¿Usted lo vio?

—Yo solo la vi a usted, posando junto a algunos graduados y veteranos. Creo que todos entendemos ya por qué Su Alteza cayó rendido ante usted, con lo radiante y carismática que es.

Mis mejillas empiezan a arder con el cumplido.

—Él se hizo una foto conmigo. —Miro alrededor—. ¿Cree que podría encontrar al fotógrafo?

—¿Interrumpo algo? —Aparece Haakon, se quita la gorra de la cabeza y me la pone a mí. También me sujeta firme por la cintura y mira fijamente al regente.

—En realidad, ya me iba. Misión nacional. —Stephan me guiña un ojo.

Haakon no lo deja marcharse: extiende su mano y el otro la besa. Lo mira fijamente al fondo de los ojos y después se aleja, dedicándome una media sonrisa.

—¿Por qué te estaba importunando?

—No lo hacía... en realidad, quería ayudarme.

—Ese hombre nunca ayuda. Solo quiere llamar la atención y estorbar —dice, decidido—. ¿Estás bien? Estás pálida. ¿Quieres comer antes de irnos?

Señala la mesa bajo una carpa, un poco más adelante; el lugar está lleno de frutas, dulces, tartas. Fuera hay por lo menos diez parrillas preparando carne asada.

—¿Ya nos vamos?

—Sí. Tengo otros eventos a los que ir, pero si estás cansada, te dejo en casa y después voy a la universidad.

—No, tranquilo, voy contigo. —Lo cojo de la mano.

—¿Quieres comer? —insiste.

—Creo que picar algo no hace daño, ¿verdad? —Me mordisqueo el labio inferior.

—Claro que no. Tienes que estar fuerte y sana, porque pronto vas a ser mamá.

*

Estar con Haakon me calmó por completo. Durante el resto del día no se apartó de mi lado ni un instante. Fuimos a la Universidad de Awmaj a una reunión con el rector y profesores importantes, y también a la inauguración de una carretera.

Todo terminó a las 17 h; volvimos en el coche real al palacio.

Ver el edificio desde fuera era de dejar caer la mandíbula. No me había fijado en lo impresionante que era, sobre todo porque estaba fundado sobre una montaña, encima de la playa. Lugar donde, por cierto, Haakon pidió al conductor que nos dejara.

—¿Quieres caminar un poco?

—¿Crees que aguantaré? —Me río.

El evento de la marina fue donde más tiempo pasé de pie; el resto del día estuve sentada en sillas ultracómodas o en el coche, camino del siguiente punto de la agenda.

—Quítate los tacones —dice, y sube mi pierna a su regazo.

Él mismo me quita los zapatos y los deja sobre el asiento.

—La arena es suave y reconfortante —avisa el príncipe.

Cuando abre la puerta, el rumor del mar me invade los oídos —igual que el sonido de los bañistas que se aglomeran para ver al miembro de la realeza—. Haakon se quita el traje y la corbata, ya estaba descalzo de todos modos, y tira de mi mano para que salga del coche.

—Ravena y yo vamos a caminar un poco. No hace falta que estéis tan cerca —les dice a la docena de escoltas.

—¡Alteza, una foto!

—¡Es preciosa, príncipe!

—¿Previsión de cuándo llega el bebé real?

La gente pregunta. Mi compañero me aprieta los dedos y me hace bajar el paseo marítimo; vamos a la playa, levemente templada y con el sol ya descendiendo en el horizonte.

—¿Qué te parece? —Señala el cielo con la barbilla.

A diferencia de Koioskovo, que con su aurora boreal pinta el infinito de verde y lila, el cielo de Drü se deshace en colores cálidos: naranja, rojo, amarillo y todos los tonos intermedios. El cielo límpido y sin una sola nube se refleja en el mar.

—Es precioso.

—El Príncipe Real nace allí. —Señala con el rostro el palacio, encima de nosotros—. La habitación donde tiene lugar el parto tiene una vista privilegiada del mar.

—Debe de ser toda una vista —admito.

—Tú sí que eres toda una vista —dice él; me sujeta con las dos manos los lados de la cara y después me besa con ternura.

Es la primera vez en mi vida que piso una playa. Ya había visto esta desde arriba, desde el palacio, pero nada se compara con estar aquí. La experiencia es otra.

Cierro los ojos y dejo que el sonido del mar me tranquilice, que me acune en paz y en calma. ¿O será el efecto de estar en los brazos de mi príncipe? El viento del final del día sopla y refresca el cuerpo, el agua se mece con un sonido acogedor, pero yo no me muevo del sitio, porque estoy satisfecha de estar donde estoy y con quien estoy.

Dejo que los labios suaves de Haakon calienten mi cuerpo y me lleven a un momento delicioso.

Me hace gracia que esté cubriendo nuestras caras por ambos lados con la mano; enseguida entiendo que es para darnos el mínimo de privacidad que podemos tener ante una aglomeración de gente —que guarda silencio mientras nos observa.

—Ven conmigo. —Me agarra firme de la mano y me lleva hacia el mar.

—¡Alteza, por favor, hágase una foto con nosotros! —La gente vuelve a hacer ruido al vernos caminar.

—¡Haakon, mi vestido! —protesto antes de que el agua bese la ropa.

Me quedo con la boca entreabierta, sin creerme que de verdad vayamos a meternos en el mar vestidos.

—¿Quieres casarte aquí? —pregunta él.

Tengo medio muslo dentro del agua.

—¿En medio del agua?

—Sí, puede ser en un barco —medita—. O en la arena... Por cierto, ¿qué tal está siendo tu primera vez en la playa?

—Ah, ¿te acuerdas de eso?

—¿Qué se me olvida de ti? —Apoya su nariz en la mía y presiona—. ¿O prefieres casarte en el frío?

—Aquí. Parece un buen lugar.

—¿Mando el avión de la familia a buscar a tus padres y parientes?

Abro los ojos de par en par, sorprendida de que también recuerde ese detalle.

—Mis padres... no viajan en avión... aunque sea una mansión con alas...

—Entonces creo que le confiaré a la propia Lumia la misión de ir a buscarlos en barco —pondera.

—Debe de ser la mejor opción —me lo pienso un poco, divirtiéndome solo de imaginar a mis padres viajando en alta mar.

Aunque, bien pensado, les va a encantar: mamá siempre quiso ir al crucero de Roberto Carlos. Será algo así, solo que sin el cantante.

—¿La playa es como la imaginabas?

—¿Sabes, Haakon...? Cualquier cosa que haga contigo supera cualquier imaginación. —Es mi turno de intentar ponerlo rojo.

Él esboza una sonrisa sincera, sube bien las cejas y se queda parpadeando con esos ojazos de esmeralda mientras me examina, en silencio.

—Deja de disimular, que recibes cumplidos todo el tiempo; no hace falta que te sonrojes por ese comentario...

—Boba. —Vuelve a besarme.

El beso es maravilloso y nos abrazamos con muchísima fuerza, hasta que nos interrumpe un proyecto de ola que casi me derriba.

—Vamos a ver la puesta de sol —pido.

A él, el agua ni lo movió. Yo, en cambio, que soy un poco más pequeña, me habría ahogado de no estar segura entre sus brazos.

—Ah, lo que faltaba... —protesta al ver un coche detenerse detrás del suyo.

De lejos veo a Stephan venir en nuestra dirección.

Me coge en brazos para salir del agua más deprisa y después nos sentamos en la arena —todavía no me creo que estemos haciendo esto con este vestido—. Unos minutos después, el regente se planta ante nosotros.

—Alteza —saluda primero al príncipe—. Señora, traigo respuestas.

—Stephan, apártate, estamos viendo ponerse el sol —gruñe Haakon.

Stephan me entrega una tableta y paso los dedos lentamente por cada una de las fotos que veo del evento de la mañana. Cuando llego a una foto muy concreta, el corazón se me detiene. No fue una alucinación. ¡Era él!

—Como puede ver...

—¿Qué es esto? —Cuando el príncipe pregunta, le entrego la tableta.

Él mira. Y vuelve a mirar. Observa fijamente el aparato y después al regente.

—¿Qué mierda es esta?

—Estaba en el evento de graduación, esta mañana.

—Ya veo que era la puta graduación. —Se levanta y golpea el pecho del otro con la tableta—. ¿Cómo ha entrado en el país?

—El Servicio de Inteligencia ha pedido 48 horas para elaborar el informe e informarle, Alteza.

—¿48 horas? —gruñe.

—Estamos trabajando lo más rápido que podemos; las investigaciones comenzaron desde que la señorita Ravena me contó que posiblemente había visto a su agresor esta mañana.

—¿Se lo contó? —Se vuelve hacia mí—. ¿Se lo contaste a él y a mí no me dijiste nada?

—Yo... no quería estropearte el día. Y quería estar segura de que no eran cosas de mi cabeza.

—¿Entiendes que te expusiste a un riesgo innecesario? —Haakon me ayuda a levantarme—. Deberías haberme informado en el momento en que lo viste, o creíste verlo, Ravena.

—Sí, pero estabas ocupado con...

—No existe ocupación mayor que tu bienestar. —Suelta la tableta en las manos del regente.

Bajo la cabeza y asiento, en silencio.

—Vamos a casa, donde sé que estarás segura —dice, decidido, y me sostiene para que camine rápido por la arena.

Los escoltas nos rodean rápidamente con un gesto que hace el príncipe.

—Llama ahora mismo a Svar Linkalter y pídele que venga a Drü de inmediato —le ordena al escolta más cercano.

—¿Podría traer a Leon? —pregunto.

—Haz lo que tu futura reina ha pedido —añade él.

—Alteza, los duques están en Qäpak, visitando al Lord de los Diamantes, como usted pidió —informa el hombre alto de pelo trenzado.

—Pídeles que regresen de inmediato.

—Sí, señor.

—Si él está aquí, ¿no cree más prudente que regresen todos a Koioskovo, Alteza? —Stephan intenta llamar su atención, fuera del círculo de escoltas que nos llevan.

—¡Drü es la casa de mi familia Iranovichk! ¡Está tan segura aquí como en la capital!

—La policía secreta de Koioskovo ya ha sido activada para enviar refuerzos hacia aquí. También informaré a cada uno de los miembros del Consejo Real de lo ocurrido.

—Stephan.

—¿Sí, señor?

—Gracias.

Es tan inesperado para ambos que se quedan mirándose, frente al coche. Haakon extiende la mano y Stephan la besa rápidamente.

—Por ocuparse de esto tan rápido y servir a su futura reina.

—Debo mi lealtad al reino, señor. —Stephan baja la cabeza—. Cuídese, Ravena.

—Gracias, Stephan. —Yo entro primero en el coche.

Haakon entra a continuación y le cierran la puerta.

—Una vez te prometí que te mantendría a salvo, y voy a cumplir mi promesa, no te preocupes.

—Gracias. —Apoyo la cabeza en su hombro.

—Al palacio —le indica al conductor.

*

Pasé el resto del día en mi habitación, ya que el príncipe se fue a reunir con miembros del Servicio de Inteligencia para averiguar qué estaba pasando.

Regresó antes del anochecer y me hizo compañía; vimos una película y yo me quedé dormida primero.

Me desperté cuando él salió de la cama, muy temprano por la mañana, y volví a dormirme un poco más.

Me levanté algo tarde y me di una ducha lenta y relajante. Me puse un vestido casual y salí a caminar por el palacio, cuando escuché sonidos que venían de una de las salas.

—Eres asquerosa, ¿lo sabías? —Reconozco la voz de la princesa de Dinamarca, Amélia.

Espío por la rendija de la puerta y veo por lo menos a media docena de mujeres sentadas, con un aire de guerra fría flotando en la sala.

Jemima, que lleva un vestido todo floreado, se cruza de brazos.

—¿Acaso he mentido? —gruñe.

—¡Yo tendría cuidado con decir ese tipo de cosas, y más sobre la futura reina del Septentrión! —la reprende Amélia.

—Ni tú ni yo nos creemos eso —desdeña la oriental.

—Te estás pasando de la raya, jovencita —advierte la princesa de Grecia, la mayor.

—¿Yo? ¡Es ella la que se está pasando de la raya! Todo el mundo ha entendido ya que esto fue un montaje. ¡Es una estafadora de primera categoría! Y ahora va a demostrar mi teoría: volverá con su agresor, porque eso es lo que les gusta a las mujeres de esa clase. ¡Reciben una paliza, montan una escenita y después vuelven con el tipo que las golpeó y se quedan calladitas!

—Mira. —Amélia golpea la mesa con la taza—. ¡Yo no puedo quedarme aquí escuchando esto! ¡Estás jugando sucio hasta para tus propios estándares de lo que es sucio! —Se levanta.

—Eso. ¡Huye, cobarde! Una menos que me dispute la corona.

—No es una disputa —dice Helena de Grecia.

—Ella ha perdido. Pronto ni siquiera estará entre nosotras. ¿Es que no lo entendéis?

—No, florecilla, eres tú la que no lo entiende. ¡Él está enamorado! ¡Irá tras ella! ¡Ten una pizca de dignidad y de sentido común, joder! —Amélia hasta asusta a las otras princesas cuando suelta la palabrota.

Viene tan rápido hacia la puerta que no tengo tiempo de apartarme de su camino.

Casi me pasa por encima; me empuja y después me sujeta por los hombros. Se arregla el pelo rubio y luego el vestido.

—¡Perdóname, no te había visto!

—Tranquila...

Cierra la puerta tras de sí y me mira.

—Mira, Ravena, siento mucho que hayas oído algo de lo que ha dicho esa asquerosa. Es así desde pequeña... está obsesionada con Haakon... ha perdido el último hilo de humanidad que le quedaba en el cuerpo.

—No pasa nada... ella cree que es un juego y quiere ganar —me encojo de hombros—. Hasta se coló ayer en la habitación del príncipe, semidesnuda.

Amélia abre la boca y se la cubre con la mano.

—¿En serio?

—Casi le pego con un zapato.

—Dios mío, ¿tan desesperada está? —Contiene la risa—. No me extraña que esté intentando usar todas las armas que tiene para sacarte del juego.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada... yo no he dicho nada... pero ya sabes, es rastrera y vil.

—¡Ah, ni me lo digas!

—No te preocupes, Ravena. El príncipe conoce bien a esa. Sabe la clase de personita que es. No tiene ninguna posibilidad, ni en sus sueños más profundos, de sacarte de la circulación.

—Gracias.

—Y tú no te vas a ninguna parte. —Me da unas palmaditas en el hombro—. A no ser que quieras venir conmigo a tomar un té frío en la piscina.

—¡Sería... genial!

—Créeme, todas nosotras vinimos porque Drü es fantástica, tiene hombres bellísimos y la comida es espectacular. Solo Jemima no ha aceptado que perdió. Todas las demás princesas estamos de tu lado.

—Muchísimas gracias, de verdad.

—Entonces, ¿nos vamos de piscinita? —Amélia mueve los hombros con gracia.

Príncipe Haakon III

Espero a los duques en la pista de aterrizaje de los nobles del país. Cuando bajan del avión, Leon sale corriendo por delante, baja las escaleras móviles y se planta frente a mí.

—¿Ella está bien? ¿Mi prima está bien? ¿Le ha pasado algo?

—No le ha pasado nada. Él solo se acercó y se hizo una foto con ella.

—¡Quiero matar a ese desgraciado!

Me parece adorable verlo así de irritado. Parece uno de esos perritos minúsculos que no paran de ladrar, intentando meter miedo.

—Ella te necesita. Por favor, cálmala.

—Claro que sí.

—Su coche va directo al palacio, duque —el conductor llama a Leon.

Svar viene justo detrás, abraza y besa a su amado y le da unas palmaditas en la cara.

—Por favor, avísame de cualquier cosa con antelación. No esperes ni un segundo para alertarme de cualquier sospecha. ¡No la pierdas de vista! —le dice serio al otro.

—Vale. Te quiero.

—Yo también te quiero, pequeño, ahora ve —se despide, y después me abraza por el hombro—. Hola, Haks.

—Dime que tienes alguna novedad.

—No pasó por la policía federal; si vino en avión o en barco, no mostró pasaporte. Y si lo mostró, era falso.

—Desgraciado.

—El Servicio de Inteligencia está repasando todas las imágenes de las cámaras de aeropuertos y puertos de los últimos días, así que

tardarán un tiempo en dar una respuesta más contundente.

—¿Y Avang? ¿Conseguiste hablar con él?

—Hablé. Dijo que votará en contra, que no le hará bien a nuestra economía que el futuro rey se case con una plebeya.

—Ya. Me lo imaginaba. —Me cruzo de brazos.

—Iba a cenar con él hoy. Hasta pensaba llevarle unas cuatro chicas de La Casa de los Primos, pero me llamaste de vuelta.

—Sí. Ahora te necesito cerca. Su seguridad es la prioridad. —Le indico que sigamos hasta nuestro coche.

—Leon estará atento. Es pequeñito, pero es bien rabioso.

—¿Tipo un pinscher? —Me echo a reír.

—Tipo un chihuahua. —Él también se ríe.

Me golpea fuerte en el pecho y frunce el ceño.

—Pero es mi chihuahua —dice serio.

—Está bien, entonces. Volviendo al tema, ¿crees que puede estar cerca del palacio ahora?

Svar se pone las manos en la cintura y mira alrededor; el viento agita su pelo largo.

—Haks, ¿puedo ser sincero?

—Siempre.

—Ese tipo ya debe de estar lejos de aquí. —Frunce la frente.

—¿Cómo que lejos?

—Si hubiera querido hacerle algo a Ravena, se lo habría hecho. No. Quiso llamar tu atención. Quiso desviar el foco.

—¿Desviar el foco de qué?

Svar me agarra del hombro y me va dirigiendo hasta nuestro coche.

—Estamos todos atareados intentando convencer al Consejo Real para lograr un empate, para que tú tengas el último voto. Él ha

entorpecido eso. No está trabajando solo. Quienquiera que lo esté ayudando quiere ponernos trabas. Porque si el Consejo Real no vota a favor de ella...

—Intentarán impedir la boda.

—Y entonces...

—Yo me casaré de todas formas.

—Y entonces...

—Los republicanos dirán que estoy actuando igual que el rey loco.

Svar asiente.

—También existe la opción de que estén ganando tiempo. Pero ¿ganando tiempo para qué? —Extiende la mano para que yo entre primero.

—No tengo ni idea. —Me encojo de hombros.

—¿Quién crees que se beneficiaría con esta historia de impedir la boda?

—¿Quieres una lista?

Mi primo y yo nos echamos a reír.

—Intenté acceder a lo que tiene Nantes sobre esto, pero dijo que solo se reportará ante el Regente.

—Ts... —repruebo de inmediato esa actitud del Jefe de Inteligencia del país.

—No quiero ser ningún conspiranoico ni nada por el estilo, pero...

—Habla.

—Abre bien los ojos con Stephan.

CAPÍTULO 23

Ravena Lessa

La llegada de Leon era lo que faltaba para dejarme en paz.

Tenía los pies sumergidos en la piscina mientras bebía un té y conversaba con la princesa Amélia, cuando él llegó. Me levanté, lo abracé bien fuerte y empecé a contarle todo sobre Jemima.

—Yo solo quería saber si usa tenedor y cuchillo.

—¿Tenedor y cuchillo para qué? —pregunta Amélia, curiosa.

—Para comer caca. —Se pone la mano en la cintura—. Porque si me quedaba alguna duda de que se alimentaba de mierda, ya no me queda ninguna. Falta saber si está loca de remate o si tiene alguna clase.

—¡Este primo tuyo es buenísimo! —Amélia aplaude.

—¿Y te puedes creer que se coló en la habitación de Haakon y se quedó tumbada prácticamente sin ropa, esperando? Si yo no hubiera estado allí, imagínate lo que habría pasado...

—Esa se hace las lavativas con cachaza, y después lo pone todo en un vaso y exprime un limón para hacerse una caipiriña. Mira, como yo pille a esa chica, ¡la muelo a palos!

—Con el peligro de que le guste. —Amélia se ríe.

—Amélia, disfruta de la piscina por mí. Necesito hablar con mi primo. —Me despido de la princesa y entro en el palacio con Leon—. ¿Svar te ha contado lo de Gustavo?

—Me lo ha contado. ¡Está que echa humo!

—¿Cómo entró en el país, Leon?

—Buena pregunta. Nadie supo decirlo. Y mucho menos cómo consiguió un uniforme de la marina... y en medio de tanta gente.

—Creo que quiso mandar un mensaje.

—El que le va a mandar un mensaje soy yo. —Leon me agarra del brazo—. ¡Voy a echarlo a mi trituradora gigante y a pulverizarlo en el horno más grande de mi tienda, a ese desgraciado!

Vamos a una sala vacía para poder hablar. Nos sentamos en el sofá espacioso, mi primo me toma de la mano y acabo apoyando la cabeza en su regazo.

—¿Por qué justo ahora? Todo empezaba a ir tan bien...

—¿Empezaba? ¿Ya superaste aquella situación?

—Yo... la superé...

No me refiero a los abusos en general, sino al detonante que tuve la primera noche con Haakon. Aquella sensación incómoda quedó superada, pero sé que tendré que lidiar con el hecho de haber sido maltratada, para siempre. Será un esfuerzo diario para liberarme de esa prisión mental.

—¿Y cómo fue?

—Ni siquiera sé cómo ponerlo en palabras. Hasta se me había olvidado que es posible sentir placer en el sexo.

—¿Y sentiste placer?

—Creo que Haakon ha redefinido lo que es el placer, al menos para mí.

—Ajá —dice, interesado.

Siempre tuve curiosidad por entender cómo el BDSM podía excitar a la gente, porque yo solo conocía el dolor y la humillación. Haakon fue suave conmigo y, aun así, descubrí un gran placer en el acto.

—Me regaló un vibrador —empiezo por lo básico.

Soy sexóloga, no tengo problema en hablar del tema. Y Leon es un caradura y no le importa compartir intimidades.

Hasta me planteo sincerarme y revelarle ahora que no me gradué en gastronomía, pero no creo que sea importante.

—Guau. ¿Dónde está?

—Dentro de mí.

—Ah. —Abre los ojos de par en par.

—Él me lo quita por la noche... con la boca.

—Aaaah. —Esboza una sonrisa maliciosa.

—¡Dios mío, qué hombre! —Lo agarro del brazo y lo sacudo.

—Cuenta la leyenda que los Linkalter tienen un buen paquete —dice, mirándose las uñas, como si se las estuviera limando—. Leyenda que puedo confirmar, porque voy a casarme con uno. Peeeero... dicen que los Iranovichk lo tienen grande y bien grueso.

—Creo que puedo confirmar esos rumores. —Me río.

—Ay, qué delicia, sentirse toda llena por dentro. —Leon se pone las dos manos en el cuello y empieza a presionar.

—Yo creí que me moría.

—¿Y bofetada en la cara, te llevaste? —Hace una mueca y saca la lengua.

—¡Leon!

—Uai, hija mía, para mí el sexo es eso: bofetada en la cara, tirón de pelo, que me pisen la cabeza, que me den la vuelta como a un calcetín. Yo estoy aquí por las cincuenta sombras de Grey, hija mía. ¿Que si estoy por el dinero? También. ¿Por el título? Por supuesto. Pero una se queda porque le gusta que la traten como a una niñita de buena familia delante de los demás, y entre cuatro paredes como a una perra en celo.

—¡Es que no tienes remedio! —Le doy una palmada en el hombro.

—Y no es por defender a Jemima, eh... pero un buen sexo, hoy en día, es difícil de encontrar. Imagínate un buen sexo, amor y, de regalo, una corona.

—Todo completo, ¿no?

Es él quien me da una palmada en el brazo ahora.

—¿Y cuándo llega ese bebé?

—¿A qué viene la prisa?

—¡Quiero ser tito ya! —dice entusiasmado, y se sacude entero.

—Vamos a disfrutar, sin desesperarnos. Cuando se acerque la fecha de la coronación, vamos a por todas.

—Tienes toda la razón. Aparte de eso, ¿novedades?

—Solo que toda esa panda de princesas se ha venido para acá...

—La corte real entera. —Leon hace un mohín—. Te juro que lo intenté, pero la Reina Madre fue inflexible con traer a todo el mundo. En teoría todavía quedan unos tres días de baile...

—Ya...

—Y ahora, si me disculpas, me voy a dar mi baño y a prepararme para servir a mi macho cuando llegue. —Quita mi cabeza de su regazo y se levanta.

—Estás en celo de verdad, ¿eh? —Le doy un pellizco.

—Svar y yo tenemos un acuerdo.

—Ajá.

—Todos los días hay sexo —dice con firmeza.

—Ajá.

—Con él o sin él. Todos los días hay.

Me quedo con la boca entreabierta.

—¿Y cuando él está lejos?

—Cuando está lejos, se las apaña y se pasa el día entero manejando mi vibrador, a distancia.

—Ah, tú también tienes uno...

—Y lo estoy usando. —Da una vuelta en el aire—. Y ahora me voy a dar mi baño. Porque cuando una se mantiene preparada, no necesita prepararse. —Me lanza un besito desde lejos.

Aprovecho para ir a mi habitación y tumbarme un rato; llamo a mis padres para saber si piensan venir a mi boda. No me responden; siempre desvían la conversación hacia cuándo voy a volver, que están preocupados, que Gustavo ha estado preguntando mucho por mí.

Como de costumbre, Haakon llegó tarde y vino directo a mi habitación.

Y esta vez yo estaba preparada, imitando el estilo Jemima, semidesnuda sobre el diván.

Tuvimos una noche normal, nada de esposas ni juegos, solo nosotros dos ardiendo y haciendo chirriar la cama contra el suelo.

Pasó un día y Leon decidió llevarme a la ciudad, para conocer algunos puntos turísticos de Drü. Aun rodeados de escoltas, los suyos y los míos, conseguimos divertirnos; recibí regalos de la gente por donde pasé y, gracias a Dios, no hubo ninguna señal de Gustavo.

De vuelta a casa, presenciamos cómo la Reina Madre Antônia e Irinna, la madre de la reina Melissa, se enfrentaban en el pasillo.

—No creas que no me he dado cuenta de lo que estás haciendo, Irinna —dice la otra, agria.

—¿Y qué estoy haciendo?

—¡Trajiste a los dos a este antro de perdición, sin las princesas entre las que Haakon debería elegir!

—Creía que ya había elegido. —La otra mantiene la calma.

—Tiene hasta mañana para hacer su elección. Y entonces el consejo vota. Y será un placer mirarte a la cara cuando votemos por despachar a la extranjera y que él elija a alguien más adecuada.

—La odias de verdad, ¿no es cierto, Antônia? —Irinna se sujeta el collar de esmeraldas.

—No siento nada por ella, Irinna.

—El pueblo la ama y la aprueba.

—El consejo no. —La Reina Madre se agria aún más.

—Pero tu nieto, el futuro rey, la aprueba. Y con eso basta.

—El consejo no lo permitirá —dice, resuelta.

—Querida, con todo el respeto que te tengo a ti y a tu casa: al infierno con el consejo.

—¡Oh!

—La tradición existe para guiarnos y protegernos de lo desconocido. Que no es este caso. Creo que ya hemos tenido pruebas suficientes de que, cuando elegimos nosotros a la mujer del rey, surge un problema.

—No fue el caso de Gullivar y Melissa —dice la Reina Madre.

—¿Ah, no? ¡No me hagas reír! El consejo quería casar a tu hijo con Ivone. Pero él no quiso y te plantó cara. ¿No te acuerdas de eso?

—Mmm. —La otra se hace la desentendida.

—Y al conocer a Melissa, la eligió enseguida.

—No había tanta diferencia. Eran hermanas. ¡De la misma familia!

—Ahórratelo, Antônia. ¿Te produce placer ser limitada y anticuada? —La mujer de pelo rojizo gesticula con las manos—. ¿Quieres ponerles trabas? ¡Adelante! Pero no en mi casa.

—Solo intento proteger su corazón para que no se lleve una decepción.

—¿No quieres decepcionarlo? Deja que tu nieto sea feliz. Permite que tenga lo que ninguno tuvo, ni siquiera tú, que fuiste perseguida y atormentada al principio del reinado, por...

—Ya basta. —La Reina Madre sonríe tras alzar la voz—. Tienes razón. Este es tu país y tu casa; tú pones las reglas. Pero cuando volvamos a Koioskovo...

—Querida, puedes llevártelo a Koioskovo. —La pelirroja se ríe —. Puedes llevártelo a Qäpak, a Pelmuria, a Koioskovo... pronto hará

una gira por el mundo para reunirse con líderes, presidentes y reyes importantes... da igual adónde lo lleves. Él la llevará a ella consigo.

—No si yo no lo permito.

—No físicamente, boba. En el corazón. —Irinna da una palmada—. Debería dejar que continúes con ese plan rastrero...

—¿Rastrero? —La otra tuerce la boca.

—A los hombres les gusta lo prohibido. ¿Quieres insistir en que no pueden casarse? ¡Más luchará él por ella!

—No si el consejo interviene.

—Es un Linkalter, querida. —La madre de la reina sonríe con suavidad—. Y un Iranovichk...

—Y Kjaerlighet —carraspea la reina Antônia.

—Es decir, es un rebelde. Y cuando sea rey y tenga poder sobre vosotros, verá cuánto tramasteis a sus espaldas... y os sustituirá...

—¡Irinna, vuelve aquí, no he terminado!

—Pues yo sí he terminado, querida. Recoge tus pedazos del suelo y retírate a tu insignificancia. —La otra se va.

Leon me tira del brazo para que nos escondamos detrás de una estatua cuando la Reina Madre sale por el pasillo, toma el lado opuesto, furiosa, y avanza golpeando el suelo con fuerza con su bastón.

—Caramba, ¿es que no vamos a tener ni un minuto de paz? —suspiro.

—Si hay algo que vosotros no vais a tener, es paz —sentencia Leon.

Príncipe Haakon III

El último día para el baile —y la elección definitiva de mi prometida— había llegado.

El día no me puso nervioso; ya había tomado mi decisión incluso antes de saber que tendría que tomarla.

Creo que fue en el avión.

Creo que fue en el momento en que la sujeté del brazo y le di una patada a su agresor.

A veces podía oír la voz de mi padre, sonora, a través de las paredes del palacio, dentro del coche o dentro de mí: nada sucede sin que Dios lo sepa. No existen las casualidades, nada ocurre por coincidencia, todo es un hilo en la larga tela que él teje.

Ravena y yo teníamos que conocernos, encontrarnos, unirnos.

¿Por qué? No lo sé. Y no necesito saber el motivo. Solo sé que estoy en paz con ello.

Para el baile —más íntimo—, mi abuela Irinna invitó a los miembros del Consejo Real, a la familia, a algunos hombres de la nobleza para acompañar a las princesas y... ya está. Era un grupo selecto de cincuenta personas.

—Sin glamur alguno, ni siquiera hay una orquesta, Laios. —Oí decir a la abuela cuando pasé por su lado.

Siempre fue así entre la Reina Madre y la madre de la reina: se lanzaban pullas sin parar y nunca estaban de acuerdo en nada. Una era extremadamente conservadora y la otra, moderna.

—Qué innovador y brillante dejar que YouTube ponga las canciones que eligen los invitados —replicó con retintín mi otra abuela, Irinna—. ¿No cree, Laios?

Y el loro del rey se quedó perdido en medio de todo aquello.

—¿Cuándo va a ser tu boda, Harry? —Gaius estuvo todo el día pegado a mí.

—Pronto.

—¿Habrá muchas tartas?

—Claro que sí.

—Yo te guardo las mejores, ¿vale? Porque tú vas a estar ocupado.

—¡Anda, qué hermano más servicial eres! —Le acaricio el pelo.

—Sí. Y también voy a decorar el sitio con muchos Coelhinhos.

—¿Y tú? ¿Cuándo te vas a casar? —Cojo un vaso de refresco de la bandeja que pasa y se lo doy.

—¿Yo? —El pequeño príncipe reflexiona—. Cuando tú lo decidas, claro, porque serás el rey.

—Mmm.

—Con la mujer que tú elijas, para sellar acuerdos políticos.

A veces me asusta que un niño pueda decir algo así. Pero es un detalle tan común en nuestro mundo que todos nacemos y crecemos sabiéndolo.

—¿Hacemos un trato, Gaius?

—Si tú quieres... eres el futuro rey. —Se ríe.

—Cuando crezcas, busca una chica que te guste. Y yo os daré permiso para casaros.

—¿En serio? —Frunce el ceño, impactado.

—En serio, sí.

—¿Y cómo voy a saber que me gusta, si no la eliges tú por mí? —El pequeño se muestra curioso.

—Te enamorarás de ella.

—Ah... bueno... —reflexiona—. ¿Cómo es enamorarse?

—Mmm... —Me agacho para mirarlo a la altura de sus ojos—. Te dejará sin aliento... pensarás mucho en ella... estarás pendiente de si te comportas y haces lo correcto... harás tonterías, locuras...

—Mmm.

—Olvídalo. Lo sabrás cuando te enamores. —Veo que el pequeño está cada vez más confundido y dejo de hablar.

—Vale.

—Ahora ve a jugar. —Me levanto y oigo a mis abuelas al fondo:

—Qué poco elegante... no hay una mesa con toda la comida... Todo está desperdigado... Hay que recorrer la galería, el salón y los pasillos para... picar algo... —La reina Antonia deja claro que echa de menos su palacio de hielo.

—Ay, es tan moderno, ¿verdad? ¡Y divertido! —celebra Irinna, cogiendo la mano de su hija—. ¡Qué poco elegante es ella! ¿Cómo puede decir eso en casa ajena?

—Tú dices lo mismo en casa de ella, mamá —replica mi madre.

Toda conversación paralela se apaga —al menos en mi cabeza — cuando Ravena entra en el salón, acompañada de su primo Leon.

El vestido azul le envuelve bien el cuerpo. Y no recuerdo haber visto esa prenda en ninguna parte.

—Hola. —Me tiende la mano y yo se la beso.

—Hola.

Nos quedamos en silencio hasta darnos cuenta de que Gaius nos observa muy de cerca, con una libretita y un bolígrafo en las manos.

—Mirarse el uno al otro en un silencio incómodo —anota mientras lo dice.

—¿Qué haces, Gaius?

—Un estudio científico sobre el enamoramiento.

—Vale. Pero estudia desde lejos.

—Sentirse incómodos cuando otras personas observan la intimidad de la pareja —anota.

—No baila nadie —observa Ravena.

—Ya. Las princesas están ocupadas hablando con los nobles que han venido... Y el que tiene que bailar primero soy yo.

—Ah.

—¿Vamos? —La cojo de la mano.

—Vamos —dice ella.

—Leon, ¿podrías elegir una canción bien bonita para que bailemos?

—¿Yo? —Leon se señala a sí mismo—. Vale... —Se encoge de hombros.

Ravena y yo nos colocamos en el centro del salón y todos guardan silencio, mirándonos. El primo de Ravena se ríe un poco mientras trastea en el ordenador portátil y se aparta.

Todos se sobresaltan cuando empezamos a oír un sonido rítmico muy distinto de aquello a lo que estamos acostumbrados o esperábamos, al menos para un baile real. El sonido parece salir de una gaita y un triángulo, algo con aire brasileño.

—No me puedo creer que haya puesto esta. —Ravena se tapa la cara.

—¿Por qué? ¿Es una canción fea? El ritmo suena genial.

—La canción es preciosa —se divierte Ravena—. Se llama «Eu só quero um xodó».

Y cuando sonríe, parece que el mundo se detiene solo para que su sonrisa ilumine la estancia.

—Eso suena a portugués. —Agudizo el oído.

—Ajá.

—No sé bailar esto. —Entorno los ojos.

—Yo te enseño. Así, mira —me muestra los pasos—: es más pegado y animado que una pieza de baile.

Me acerco hasta quedar pegado a ella, con los rostros prácticamente unidos. A diferencia de una pieza de baile en la que ambos se observan mientras recorren el salón, esta canción nos obliga a prestarnos atención solo a nosotros mismos.

Y aunque fallo un paso y luego otro, ella sigue firme, enseñándome a seguir el ritmo. Se parece al tipo de música típica de Qäpak, lo que parece animar mucho a Petrus Avang, que viene de allí y hasta lleva kilt para representar la cultura de su país.

—¡Qué canción tan divertida! —aplaude mi abuela Irinna—. ¿Alguien?

—Baila conmigo, abuela. —Bjorn la coge de la mano, la lleva a la pista y empiezan a bailar.

La animada canción sigue sonando mientras todos se arriesgan con unos pasos.

—¡Es tan... tan...! —La Reina Madre ni siquiera encuentra el adjetivo.

—Íntimo. —El Lord de los Diamantes golpea el suelo con el pie al ritmo de la música y sonríe.

—¿Qué tipo de baile es este? —le pregunto a Ravena.

—Es forró. —Me mira y esboza una enorme sonrisa—. Digamos que es un tipo de baile muy brasileño.

Tengo que contenerme para no besarla cuando la veo sonreír tan de cerca. Pero no lo consigo.

Menos mal que estamos lejos de las cámaras; si no, el mundo entero me vería perder la compostura y besar a la mujer que amo delante de todos, algo que no es habitual entre los europeos, y menos aún en un noble europeo.

Este baile más arrimado me permite sentir su olor muy de cerca, transmitirle el calor de mi cuerpo y recibir el suyo, además de tener momentos inesperados, como el instante en que se suelta de

mis brazos, gira sobre su propio eje, se enrosca entera y vuelve a mis brazos. Es complejo y bonito de ver.

—Mira. —Señalo a Svar bailando con Leon.

—Ay, qué monos. Qué bien baila el primo...

—¿Quieres casarte con un brasileño? Pues también tienes que aprender cosas de brasileños. —Leon suelta una carcajada y vuelve a bailar.

La música continúa y la mayoría de los presentes parece entretenerse con el nuevo estilo de baile. Y nos llevamos un buen susto cuando la canción termina y empieza otra de ritmo aún más movido; por lo visto, YouTube está en reproducción automática.

—¿Qué es esto, Leon? ¿Vas a convertir mi baile en una festa junina? —Ravena se vuelve hacia su primo.

—¡Anda, déjalo! Mira, la gente se lo está pasando bien —se defiende el otro.

—Sí, parece música de gaita de Qäpak. Mira al Lord de los Diamantes. —Señalo a Petrus, un hombre de piel blanquísima y ojos rasgados que no deja de sonreír; y, entre los miembros del consejo, es uno de los que más dolores de cabeza dan.

—Me gustaría entender lo que canta, suena bonito —comenta Petrus en voz alta.

Leon empieza a cantarle en inglés, por encima de la música, una letra que básicamente habla de vivir intensamente una pasión, de ahogarse en el amor y de embadurnarse de pasión.

—Qué cultura tan fascinante. —El jefe de la economía del Septentrión se divierte.

Y hasta se atreve con unos pasos cuando Ravena y Leon forman una media luna con los brazos y se ponen a bailar el uno con el otro, y después vuelven a bailar conmigo y con Svar.

—¡Esto parece muy típico de Qäpak! —Petrus aplaude y se une al baile.

Yo, como buen estadista que vive en un reino multicultural, también bailo. De hecho, las princesas se animan y salen a la pista a disfrutar del momento.

—¡Pasará a la historia! ¡El baile más original que ha tenido el Septentrión! —proclama la abuela Irinna, henchida de orgullo.

—Mmm. —La abuela Antonia se abstiene. Y cuando se da cuenta de que está golpeando el bastón contra el suelo al son de la música, se detiene y frunce el ceño.

—¡Venga! ¡Critícalo ahora! —le lanza la otra.

—Es una música preciosa. —Para sorpresa de todos, la Reina Madre da su brazo a torcer—. Parece algo tradicional de nuestro país, cantado en la lengua del país de ellos.

—¿Te encuentras bien, querida? —La abuela Irinna se sienta a su lado.

—No te sorprendas. Yo soy justa. Es una música agradable.

—Tu baile también fue de lo más encantador. —La abuela Irinna le acaricia el hombro.

No hubo una sola persona que se quedara sin bailar. ¡Hasta mamá y Laios! Lumia intentó mantener la seriedad, pero mi primo Ragnar la sacó a bailar.

—¡Les ha encantado! —admito cuando todos hacen una pausa para refrescarse y comer algo.

—Alteza. —Petrus se acerca a Ravena y a mí—. He venido a felicitarlo por su baile real. Y deseo de corazón que la unión de estas dos culturas engendre un rey excepcional. —Coge las manos de Ravena—. Las canciones de su tierra me han tocado el corazón.

—Son preciosas, ¿verdad?

—Me he sentido en casa escuchando las canciones de su casa. —Petrus sonríe y, cuando lo hace, los ojos casi le desaparecen—. Y ustedes dos... me recuerdan un poco a mis padres... un vikingo y una oriental. Personas distintas, venidas de mundos distintos y con miradas distintas... creo que eso es el futuro.

—Muchas gracias por sus palabras, Petrus.

—Y sepa que tiene mi voto en el Consejo Real, Alteza. ¿O debería llamarlo Majestad? —Inclina la cabeza—. Majestad —repite dirigiéndose a Ravena—. Espero vivir otros bailes como este.

—Y los vivirá. —Le estrecho la mano al hombre.

—Así que no ha sido una completa tragedia... —observa Ravena.

A diferencia del momento en que llegué, cuando todos estaban en sus grupos hablando en voz baja, ahora se les ve más unidos, divirtiéndose, riendo y disfrutando del momento.

Es increíble cómo el poder de la música puede unir a las personas.

Igual que el amor.

—¿Quieres saber el marcador? —Sujeto el rostro de Ravena entre mis manos.

—Dime. —Sonríe.

—Cinco a tres. —Le beso los labios—. A nuestro favor.

—¿Eso es bueno?

—Significa que el consejo aprobará nuestra boda. No es que los necesitemos. Pero es una victoria.

—Ah, ya...

—Ahora disfruta de la noche, porque es la última vez que tendrás que aguantar a esas princesas...

—¡Uf!

—Sí, yo también estaba deseando que se marcharan —confieso. — Y que quedáramos solo nosotros dos.

—Solo nosotros dos —repite ella.

CAPÍTULO 24

Príncipe Haakon III

No recuerdo haber presenciado un baile que uniera tanto a los asistentes como este.

Ya fuera comiendo o bailando, charlando en grupos o paseando por el resto del palacio, todos los presentes parecían tan entretenidos que apenas se dieron cuenta de que Ravena y yo estábamos saliendo del salón de fiestas.

Pasamos varios minutos saludando y atendiendo a todo el mundo, hasta que metí la mano dentro de la chaqueta, encontré el móvil y activé el sensor de su vibrador. Desde el otro lado del salón, Ravena me lanzó una mirada de desesperación e intentó contener el gesto, sin mucho éxito.

Salió de puntillas, muy despacio, intentando entender qué estaba haciendo yo.

Y cuanto más se acercaba, más avanzaba yo hacia fuera del salón; subí las escaleras hasta la primera planta y la vigilé mientras subía los peldaños y se agarraba con fuerza a la barandilla cuando mi dedo resbaló casi hasta el punto máximo del sensor y volvió al nivel medio.

—Huy. —Agité el móvil en el aire.

—¡Espérame! —Se ríe, justo detrás de mí, e intenta subir deprisa, pero las piernas no logran seguir mi ritmo.

Sobre todo porque la vibración se apodera de todos sus estímulos.

—¡Haakon!

—No te veo —digo en voz alta, a un pasillo de distancia.

Cuando Ravena me alcanza, intenta quitarme el móvil de las manos, pero fracasa estrepitosamente. Soy yo quien aprisiona su cuerpo contra la pared y mira fijamente el aparato mientras aumento sin piedad la presión dentro de ella.

—¡Casi grito delante de la gente! —Me da un manotazo en el hombro.

—Sería divertido verte gritar. —Recorro con los dedos el contorno de su barbilla y sus pómulos.

Después estiro el brazo hacia el gran espejo que cubre la pared y abro el pasadizo.

—Este sitio está lleno de secretitos, ¿eh?

—Las damas primero. —Hago un gesto.

Al cerrar el pasadizo secreto tras nosotros, se encienden las luces del pequeño vestíbulo circular. Los armarios que cubren la pared son muy discretos, completamente de madera, como si fuera una especie de zapatería.

—Estaba pensando a qué hora ibas a sacarme de allí para usar mi cuerpo...

—La sincronía de nuestros pensamientos es algo fascinante. —Le guiño un ojo, saco una llave del bolsillo y abro el armario más grande; extraigo de él un látigo de cuero—. Creo que recuerdas que me debes algo.

—Sí. —Deja escapar un soplido entre los labios; las pupilas se le dilatan.

—Sigue por el pasillo y espérame en la sala de los espejos.

—¿La sala de los espejos?

No le respondo. Espero a que recorra el camino y vuelvo al armario, donde cojo todo lo que necesito.

Camino muy despacio hasta llegar a una habitación de tamaño pequeño para los estándares del palacio, con las paredes, el techo y el suelo cubiertos de espejos. Ravena está observando su imagen multiplicada hasta el infinito en el reflejo.

La luz cálida y no demasiado clara reproduce el eterno instante en que el sol empieza a ponerse y la oscuridad avanza sobre la casa. No es tan clara como para herir los ojos, ni tan oscura como para que no podamos vernos con nitidez.

—Ponte de rodillas.

—El espejo del suelo...

—Está bajo un cristal irrompible, te lo garantizo.

Ravena se sujeta los laterales del vestido y se agacha. Me mira con sus ojos grandes, atenta a cualquier cosa que pueda ocurrir.

—No cuestiones nada cuando te diga que hagas algo. —Camino hasta un extremo de la sala y, del mismo modo que hice antes con la entrada, abro el espejo y saco de allí una silla.

—Perdóname.

—Yo siempre pienso en tu bienestar. Nunca te pondré en peligro.

—Sí, señor.

Coloco la silla a su lado, en el centro de la sala, y me siento. Poso la mano izquierda sobre su pelo y lo acaricio despacio mientras la observo.

Joder. ¿Cómo puede ser tan preciosa?

—Por eso voy a castigarte. —Sujeto la barbilla de Ravena y la acerco a mis rodillas; le indico que se tumbe en mi regazo—. Para que aprendas... a no cuestionarme...

Le levanto el vestido con calma hasta que sus braguitas quedan a la vista. Abro bien la mano y dejo caer la palma con una fuerza moderada, la justa para que su cuerpo se impulse hacia delante.

—Siempre puedes tener una palabra, un gesto, una señal de seguridad... salvo cuando te castigue por tus errores.

—Sí...

La palabra se convierte en un gemido alto, porque le azoto el trasero con fuerza.

—No hables sin permiso. Sigo siendo tu futuro rey, ¿recuerdas?

Ravena relaja el cuerpo y recibe un azote tras otro. Su trasero se pone rosado, luego rojo. Sus manos se aferran a mis muslos cuando bajo el rostro y deposito un beso sobre la piel caliente.

—¿Has pensado en algo para tu seguridad?

—Sí —dice, y se levanta, se queda de pie ante mí.

—Estoy deseando oírlo.

—«Porquinha».

Contengo la risa cuanto puedo. Tomo sus manos, las uno y empiezo a pasarles una cuerda negra hasta formar un nudo perfecto.

—Intenta escapar.

Ella forcejea, cierra los puños, luego los abre. No consigue moverse.

—Sabes que voy a cuidar de ti... —Examino su expresión y le digo que no se preocupe.

—Lo sé.

—Mi papel es respetar tus límites e intentar ir más allá de ellos... si no lo soportas, tienes que avisarme con tu palabra de seguridad.

—Porquinha —repite ella.

—Buena chica. —Me subo a la silla y presiono el techo; una abertura deja caer una plataforma de acero, rectangular y larga, del tamaño de mis brazos abiertos. La plataforma tiene cinco ganchos orientados hacia abajo.

—¿Qué prefieres, que te azote mientras estás suspendida o de rodillas ante mí?

Sus ojos se agrandan y encoge los labios rojos mientras observa mis múltiples reflejos en los espejos.

—Prefiero estar de rodillas ante ti.

—Es una buena decisión. —Vuelvo a sentarme en la silla y me saco el látigo de cuero negro de la cintura—. Ponte de rodillas, Ravena.

Ella se agacha con dificultad; como ahora no tiene las manos, debe prestar suma atención a sus movimientos.

—Pon la cabeza aquí. —Señalo entre mis piernas y ella obedece.

Le subo el vestido hasta la espalda y paso las tiras del látigo por su piel.

—Te prohibí correrte, aquella vez. Y, aun así, no me hiciste caso...

—No pude aguantarme, era tan delicioso...

—Y sigues respondiéndome... tsc, tsc...

—Aaay. —Hunde el rostro contra mi pantalón; siento el soplo caliente de su nariz y su boca calentarme los huevos.

Aparto el látigo tras el primer golpe y compruebo cómo está. Ravena alza el rostro, los ojos le brillan. No son lágrimas ni un principio de llanto. Solo está reconociendo que este momento será único. Se relame los labios y yo me contengo para no acariciarle la cara.

—Aaaah —gime una vez más y apoya el rostro en mi muslo cuando llega el segundo latigazo.

—¿Quién es tu señor?

—Tú.

—¿Quién es tu rey?

—Tú, Haakon. —Parpadea.

—Entonces, ¿por qué no consigues obedecerme?

Ella hunde el rostro con fuerza antes incluso de recibir el latigazo. Su cuerpo se estremece y yo la observo recomponerse poco a poco hasta que me mira.

—¿Crees que te ayudaría tener algo en la boca mientras te castigo?

—Sí, señor.

—¿Quieres una mordaza? —sugiero.

—No, señor.

—Entonces, ¿qué quieres?

Ella sigue mirándome mientras restriega el rostro sobre el bulto de mi pantalón, como una gatita mimosa. Yo, sin dudarlo, bajo la cremallera y saco la polla; antes incluso de que pueda acomodarla, ella la atrapa con la boca y empieza a chupar.

—Aaaaarh. —Su sonido queda amortiguado y, aun así, sale alto.

Siento la succión tan fuerte que planto con firmeza los zapatos de vestir para mantenerme en el sitio.

—Mira lo que me obligas a hacer... tsc... tsc... —Continúo hasta la mitad de los latigazos, dándole tiempo suficiente para respirar y alternando entre las nalgas—. Estamos a la mitad de tu castigo. ¿Crees que aguantarás el resto?

—Sí, señor. Me lo merezco.

—¿Qué te mereces?

—Que me castigues —dice bajito, y me devora.

Abre la boca todo lo que puede e intenta hundirse hasta alcanzar mi ingle, pero está lejos de conseguirlo. Observo su vano intento, hipnotizado, mientras sus labios resbalan hacia fuera y su boca queda empapada de saliva.

—Aaaaaah, otra vez, por favor —implora al recibir el sexto latigazo.

—¿Así? —Golpeo de nuevo.

—¡Otra vez, Haakon!

Tengo la polla tan dura que parece que va a explotar. Verla en esa posición ya me saca de quicio; oír su voz es lo que acaba con mi

cordura. Me dan ganas de interrumpir el castigo e ir a saciar mi deseo, pero no puedo ceder a esa debilidad.

Cuando termino, ella no parece nada satisfecha.

—Quiero más —dice apenada mientras me mira.

—No, ya has recibido suficiente castigo. —Le acaricio el rostro y siento cómo me lame el glande.

—Entonces seguiré desobedeciéndote...

—Por tu cuenta y riesgo. —Esbozo una media sonrisa.

Saco el móvil del bolsillo y compruebo que el vibrador ha estado funcionando todo este tiempo, con las pulsaciones más intensas y espaciadas, tal como yo quería.

—Dame las manos.

Ravena extiende los brazos y yo me levanto, tiro de ella para ponerla de pie. Engancho la cuerda en uno de los ganchos y empiezo a elevar la plataforma hasta que sus pies se despegan del suelo.

Mis ojos se encuentran con los suyos entre las decenas de reflejos que se forman por todos los rincones. Ella sube hasta quedar a un metro del suelo. Y yo le quito el vestido sin tirantes, lo dejo escurrirse por sus piernas y lo arrojo a un rincón de la sala de los espejos. La dejo con sus tacones rojos; me divierte verlos agitarse en el aire.

—¿Te dan miedo las alturas?

—No, me he tomado mi dramin. —Se ríe.

Apoyo sus piernas sobre mis hombros y restriego el rostro contra sus braguitas mojadas. Paso la lengua por encima de la tela y siento el sabor de Ravena. Cada milímetro de mi cuerpo empieza a estallar, mucho más que antes.

—Agárrate bien —digo, y aparto sus braguitas del camino.

Mi lengua siente la pulsación del vibrador incluso tocando por encima de su clítoris. Empiezo a chupar y a succionar muy despacio;

mis manos suben por la espalda sudada de Ravena y luego se detienen sobre sus nalgas marcadas.

Ha llegado la hora de sentirla más adentro. De entrar con la lengua en su coño, de sentir, para mi delirio y mi excitación, lo mojada y caliente que está. Saco el aparato ovalado de su interior, dejando espacio suficiente para hundirme e ir más allá de lo que soy capaz. Me quedo sin aire y, aun así, mantengo la lengua danzando sobre su piel sensible, recorriendo todo el tejido suave.

Me aparto solo para tomar aire, deposito un beso húmedo en su ingle y miro hacia arriba.

Ravena me observa con una mirada que pide más. Y por eso vuelvo a entrar, con la boca sedienta y el cuerpo deseando quedarse sin aire, ser asfixiado por el placer, perderme por completo en su cuerpo y acabar con el rostro empapado para demostrar que llegué lo más lejos que pude y aguanté todo el tiempo que fui capaz.

—Eso, Haakon...

Ravena cruza las piernas y me deja sin aliento. Regreso a su interior y paso la lengua con intensidad; mis labios presionan los suyos para llegar más lejos, pero es todo lo que consigo.

Aparto el rostro, completamente sin aire, y le masajeo el clítoris con el vibrador.

Me quito la chaqueta y la corbata, las tiro al suelo. La camisa blanca, empapada de saliva y sudor, va detrás. Paso mi nariz puntiaguda por sus labios cuando la miro, desde ahí arriba. Ella, los reflejos y nosotros dos.

Ella me debilita.

Ella me lleva hasta mis límites, pone a prueba hasta dónde puedo llegar sin enloquecer, me hace sentir vivo.

Hace meses yo no quería nada de este reino; ahora lo quiero todo.

Por ella. Para ella. Por nuestro bebé.

—Tu boca me hace sentir en el cielo... volando... —murmura.

Yo me siento en el cielo. En el infierno. En el paraíso. En el purgatorio.

Siento que estoy vivo y más allá de la vida. Algo que me pasé la vida buscando y que ahora siento. Está en mis manos, en mis venas, en mi corazón. También en mi boca, en mi lengua, dentro de mi cabeza, que no se detiene ni un segundo.

Bajo a Ravena hasta dejarla a medio metro del suelo y la mantengo suspendida en el aire.

La miro en silencio mientras me quito el cinturón; me bajo los pantalones y los calzoncillos van con ellos. Los zapatos los aparto de una patada y dejo el montón de ropa ahí tirado.

Abrazo su cuerpo desnudo por detrás y apoyo la barbilla en su hombro mientras contemplo nuestros reflejos. Paso la mano por su sexo y subo hasta el ombligo, entre los pechos, y desciendo lentamente arañándole la piel con las uñas.

Mi mirada parece la de un animal, y la suya, la de quien ha tenido la mala suerte de cruzarse con el depredador.

—Me perteneces, como las nubes pertenecen al cielo y de él no pueden salir. Eres mía, como todos los castillos y palacios de este reino, que antes incluso de que yo naciera ya sabían que tenían dueño. Eres mi elegida, la persona a la que juro amor ahora y para siempre.

—Soy tuya.

Ella sella el pacto. Como el sello real que convierte una carta en oficial. Como un hechizo que necesita las palabras exactas para ser lanzado al universo. Como un corazón que vaga por el mundo hasta ser alcanzado por la flecha capaz de abrirlo.

—Y yo soy tuyo.

Beso su espalda sudada y caliente mientras ajusto su altura; la bajo un poco más, hasta el punto de tener que alzar su cuerpo para poder penetrarla.

—Dios mío —gime alto; veo sus manos cerrarse en puños con fuerza.

Mi polla la invade con fuerza, y el peso de su cuerpo junto con la gravedad hace que me deje hundir dentro de ella, sentirla casi por completo. Y abrazado a sus pechos, alzo su cuerpo despacio hasta sentir que la polla casi se escapa, y después la penetro una vez más.

El rostro de Ravena, en el reflejo del espejo, se vence hacia atrás. Cierra los ojos y respira hondo; su cuerpo se retuerce y, aun así, se entrega.

Se abre a mí como si no tuviera otra opción.

Siente la presión invadirla, unir nuestros cuerpos; mi polla la llena con intensidad y después sale dura, enhiesta, sedienta de más.

—Haakon, no puedo respirar —dice ella.

—Claro que puedes. —Le beso la espalda y presiono el glande contra su entrada.

—Nunca he hecho esto antes... —Le tiemblan los labios.

—Sabes lo que tienes que decir para que pare.

—Es diferente... —Sigue perdida en sus propios pensamientos.

—Di la palabra.

—No quiero que pares. —Me mira fijamente.

—¿Aunque no puedas respirar? —Dejo caer su cuerpo lentamente, mientras mi polla entra y dilata su coño.

—Especialmente porque no puedo respirar —murmura ella.

Dejo que su cuerpo descienda un poco más. Mi mano izquierda abraza su cintura y la derecha se posa en su cuello mientras la preparo para lo que está por venir.

—Algún día me harás perder el juicio. —Beso la nuca de Ravena.

La palma de mi mano se cierra sobre su cuello mientras la impulso hacia arriba, y el peso del cuerpo y la gravedad se empeñan en llevarla hacia abajo; la embestida se vuelve rápida y repito el

movimiento, casi lanzándola al aire, hacia atrás, contra mi pecho, y la veo descender, prácticamente deslizarse, llevándome entero dentro de sí.

—Hazlo otra vez. —Aprieta los ojos y recuesta el cuerpo sobre el mío.

—Todas las veces que quieras.

La distancia entre nosotros aumenta durante una milésima de segundo y después volvemos a ser uno solo; la embestida es firme e intensa, va ganando velocidad y hago que su cuerpo salte sobre el mío. El techo empieza a crujir como si pudiera ceder y yo no me detengo: la levanto y la dejo caer sobre mí, de una sola vez, hasta que su cuerpo se estremece y luego toma aliento para una vez más.

—¿Sigues ahí? —pregunto, pero no obtengo respuesta—. Tsc... tsc...

—Pareces tener más resistencia que yo... —gimotea.

—Sabes que tengo que castigarte por eso, ¿verdad?

—Quiero —se le escapa—. Huy. Quería decir... lo sé.

Paso el labio inferior, que se abre a medida que subo por su piel sudada hasta llegar a su nuca. Retiro la mano de su cuello y alcanzo la cuerda; necesito el doble de esfuerzo para soltarla de allí y sostenerla en mis brazos.

La sensación que tengo es la misma que cuando estoy sin la medicación.

Todo a mi alrededor se convierte en una explosión de información; apenas logro concentrarme, me pierdo y olvido mi último pensamiento.

La giro para que quede frente a mí y bajo mi cuerpo despacio, hasta quedar de rodillas en el suelo con ella sentada encima de mí.

—Nunca me he arrodillado ante nadie...

Ravena me mira parpadeando con sus ojos grandes.

—Y este parece un momento oportuno...

Ella se muerde el labio inferior.

—Ravena Lessa, sé mi reina y cásate conmigo.

—Acepto —dice ella, casi por encima de mi pregunta.

CAPÍTULO 25

Ravena Lessa

Los días soleados en Drü llegaron a su fin y volvimos a nuestra rutina en Koioskovo.

Haakon presentó la propuesta para casarse conmigo y el Consejo Real deliberó.

Tres votos a cinco: la propuesta fue rechazada.

Se puso hecho una furia, refunfuñó muchísimo y soltó un montón de amenazas la primera noche. Después, con la cabeza fría, pudimos hablar mejor sobre la situación.

—¿Qué cambia esto? —pregunto.

—Absolutamente nada.

—¿Van a impedirte ser rey?

—No pueden. Pueden impedirme gobernar; no podré llevarte a vivir al palacio de Skarsgard por ahora y no podremos casarnos en una catedral ni en ningún castillo del Septentrión.

—Vaya... pero no cambia nuestros planes, ¿verdad? —Le acaricio el pelo.

—No los cambia. Nos casaremos en la playa, como planeamos —me tranquiliza.

—Va a ser precioso... por desgracia, papá y mamá han dicho que no podrán venir.

—¿En serio? —Se pone tenso y observa con atención mi reacción.

—Sí. Les da bastante miedo cruzar un océano... pero no pasa nada, tengo a Leon, él es toda la familia que necesito.

—¿Seguro que no pasa nada? —Me besa la mano.

—Sí. Solo estoy preocupada por ti y por lo que puedan hacer... van a vaciarte de poderes...

—Será divertido verlos intentarlo. La familia Iranovichk es la más rica de este reino y una de las más ricas de toda Europa. Si creen que pueden conmigo, tomaré represalias.

—Qué malvado. —Apoyo la cabeza en el brazo de Haakon—. ¿Y tienes idea de quién votó a favor o en contra? —Me mordisqueo el labio, curiosa.

—Svar, obviamente —pone los ojos en blanco—, Petrus y Lumia.

—¡Justo los que parecían más difíciles! ¿Y los Lores de las cámaras?

—Pues ya ves... —suspira nervioso; parece que va a echar fuego por la nariz.

—Y tu abuela, la Reina Madre...

—El voto de la abuela era previsible. Creo que te admira, en secreto. Pero no podía dar su brazo a torcer ante un cambio tan grande en las tradiciones.

—¿Haakon?

—Dime, porquinha. —Me pellizca la nariz.

Me pongo roja cuando me llama así.

—No estás infringiendo ninguna ley, ¿verdad?

—No. La ley dice que para ser rey y gobernar necesito tener un heredero. Algo que ya solucionaremos, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—La tradición, el acuerdo que hicieron las tres familias tras destronar al rey loco, es solo eso... un acuerdo... una tradición. No está en la ley. No estoy infringiendo nada. Y si lo estuviera... —Se encoge de hombros—. Me daría igual. ¿A ti te importa?

Siento pinchazos en las mejillas de tanto sonreír.

—¿El jefe del Departamento de Inteligencia tiene novedades sobre Gustavo? —pregunto.

—Ninguna. Ha desaparecido.

Bueno... hace más de una semana que lo vi. Y no he vuelto a saber nada de él, lo que debe de ser buena señal.

—Ahora tenemos que decidir dónde vamos a vivir. —Haakon saca el móvil y me enseña fotos de algunos castillos.

—¿No puedo quedarme aquí con Leon, ayudándolo?

—¿Y yo también voy a vivir aquí? —Se ríe.

—Pensaba que ibas a seguir viviendo en el palacio de Skarsgard. —Frunzo el ceño.

—¿Sin ti? —Niega con la cabeza.

—¿No va a ser raro?

—Seguro que me acostumbro. Podemos ir a visitar unos pisos... buscar castillos en venta, por ahí... —Empieza a clavarme los dedos índices en el cuerpo—. ¡Un sitio grande, con jardín y muchos árboles para que jueguen los niños!

—Una sala de espejos... —sugiero.

—Ah, voy a apuntar ese punto en la lista, es importantísimo. —Se ríe.

Haakon me alisa el pelo y recuesta mi cabeza sobre su muslo.

—Todo va a salir bien y se arreglará. Son solo tres votos a cinco. La abuela se retirará del Consejo en algún momento... Las elecciones para Líder de la Cámara son cada cuatro años... llevan dos años y medio de mandato... en algún momento los votos se pondrán a nuestro favor y todo ocurrirá como debe ser.

—¿Y hasta entonces?

—Hasta entonces iremos apañándonos. Míralo por el lado bueno: tendremos un sitio solo nuestro, lejos de toda esa gente y... de Jemima. No podrá alojarse en nuestra casa, porque estará en el palacio.

—Pensándolo bien, me encanta la idea. —Me río.

*

Haakon y yo nos decidimos por una urbanización residencial alejada de la zona urbana. Una mansión de cuarenta habitaciones, piscina olímpica, campo de golf y pista deportiva, además del bosque encantador.

El jardín delante de la construcción me recordaba a las telenovelas mexicanas que veía de niña, con aquellos caserones majestuosos y espacios abiertos donde los niños correteaban.

Conseguí visualizar allí a mis hijos, aprendiendo a andar, jugando, corriendo... aunque también creía que, en algún momento antes de que naciera el bebé, el consejo votaría un empate o a nuestro favor, y entonces todo volvería a su cauce.

Hasta entonces, Haakon iba y volvía todos los días al palacio —algo que la Reina Madre y todos parecieron desaprobar—, y yo iba a ayudar a Leon en la tienda.

En realidad, lo intentaba. El lugar estaba aún más abarrotado que antes y no había un alma que no entrara preguntando por mí; me dejaban tantos regalos que tuve que convertir dos amplias habitaciones de la mansión en mis colecciones particulares.

*

Un mes después de todo aquello, Haakon y yo viajamos a Drü de madrugada y nos casamos en la playa durante el amanecer.

Leon me llevó hasta el altar y la madre de Haakon lo llevó a él. La familia Iranovichk y Svar aparecieron; los demás Linkalter, no.

No hubo nobles, embajadores, políticos ni público más allá de Lumia y Petrus.

Fue una ceremonia sencilla y a la vez lujosa, porque teníamos el cielo, el sol, el mar y lo principal: el uno al otro.

¡Apenas podía creer que me estaba casando! Esperé toda una vida a que me llevaran al altar y eso nunca ocurrió. La petición vino de un príncipe desconocido, pero desde entonces nos conocimos mejor y forjamos un lazo tan fuerte como si hubiéramos crecido juntos.

—Yo, Haakon Iovius Erick Harry III, te recibo a ti, Ravena Lessa Rodrigues, como mi esposa. Reconozco en ti a la reina de mi reino y de mi ser. Prometo amarte, ampararte, protegerte y dedicarme a ti hasta el fin de mis días, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, y que nada en el mundo ose separarnos.

El sol salió y espantó la oscuridad de la playa. Los invitados contemplaban la escena con una gran sonrisa en el rostro y yo mantuve la cabeza erguida, incluso cuando quería esconderme.

Quería llorar, gritar, pero fue una media sonrisa la que dibujó todo lo que sentía.

Las olas rompían agitadas como mi corazón. Y los primeros rayos de luz me calentaron el alma.

—Eres la mujer capaz de derretir todos los glaciares y congelar todos los volcanes. Eres mi elegida, la madre de los futuros reyes, la señora de mi casa, la razón por la que estoy dispuesto a luchar cada día para ser un hombre, un esposo y un rey mejor.

Irinna Iranovichk nos regaló las alianzas como presente de boda. Nunca he visto un diamante más grande que el de mi anillo. Había sido suyo en su propia boda. Y dijo que estaba orgullosa de entregarme algo valioso no solo en dinero, sino también en recuerdos.

—Yo, Ravena Lessa Rodrigues, te recibo a ti, Haakon Iovius...

—Erick —murmura él.

—Erick Harry III como mi esposo. Reconozco en ti al rey de mi reino y de mi ser. Prometo amarte, ampararte, protegerte y

dedicarme a ti hasta el fin de mis días, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, y que nada en el mundo ose separarnos.

El corazón me late tan fuerte que parece que va a romperme el pecho.

Descubrí que Ítalo Travalon era un modisto de primera; hizo este vestido para mí, me lo probé durante una semana y encajaba perfectamente en mi cuerpo. Ahora siento que me asfixio aquí dentro. Estoy sudando como una loca. Menos mal que el salitre y la brisa secan enseguida cualquier rastro.

—Te debo la vida, Haakon. Me salvaste cuando nadie siquiera me miraba. Y voy a esforzarme mucho para ser la mujer que necesitas, pase lo que pase. Tú me das valor, fuerza, y me haces creer que merece la pena luchar y velar por este amor. Y es lo que haré ahora y para siempre.

—Bien... —sonríe el maestro de ceremonias—. Si hay alguien aquí que se oponga a esta unión...

—Hola, cielo, ¿qué tal? —Leon se lame el dedo índice, avanza hacia el hombre y le pasa la página del libro—. Sáltate esa parte antes de que Jemima me brote de las profundidades del infierno y mande a tomar por culo mis antecedentes limpios...

—Vale... déjeme ver, ¿por dónde iba...? —El hombre se pierde —. Bien... sí... Por los poderes que me han sido conferidos, os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

No fue la boda que planeé.

Yo imaginaba algo televisivo, el carruaje real desfilando entre los plebeyos y todos gritando y saludando. Yo bajaría del carruaje y, aun después de cinco minutos caminando, mi velo seguiría saliendo del vehículo y todos se quedarían impactados.

Sí. Fue tal como lo soñé.

Pero el Consejo Real jamás habría permitido nada de eso, y Haakon y yo pensamos que sería mejor que nuestra boda fuera algo

privado, solo con las personas que apoyaron esta unión.

Claro que, si contáramos a la gente del Septentrión, buena parte tendría que estar aquí, porque fueron ellos quienes enviaron cartas, correos, regalos y toda clase de mensajes —dejaron muchísimos en la Pastelería Lessa— para que resistiéramos a las imposiciones de lo que querían de nosotros y siguiéramos adelante con nuestro amor.

Y eso hicimos.

Nuestro amor venció, y eso era todo lo que necesitábamos.

Lo demás era un mero detalle.

*

Nada tan extraordinario ocurrió a medida que pasaba el tiempo.

Fue una decisión conjunta entre Haakon y yo ir al médico antes de mi último ciclo fértil, que caía quince días antes de su coronación.

Y así lo hicimos.

Los dos gozábamos de una salud estupenda, disfrutamos muchísimo de la vida a solas y estábamos más unidos que nunca. Por fin podía decir que estaba viviendo mi cuento de hadas.

No era perfecto, claro.

Además de todas las cosas que tenía que llevar a terapia, ahora estaba el hecho de que yo era noticia en los canales de cotilleos, ya fuera en la televisión, la radio, las revistas o internet.

Siempre encontraban algo con lo que pincharme: que usé el cubierto equivocado en una cena formal, que obligué al príncipe rebelde a rebelarse contra su país y casarse a escondidas con una forastera, y que yo solo me casé con Haakon por el dinero y por el título — y que, por suerte, uno de los dos me había sido negado.

Junto con toda la tormenta llegó también el arcoíris.

Donde se siembra el odio y la gente intenta señalar tus errores, existen quienes siembran el amor y resaltan tus cualidades.

Recibí muchísimo cariño de la población; dondequiera que estuviera, en la confitería, en el médico, en algún acto benéfico o inauguración, todos me recordaban que yo había sido la elegida del príncipe y que estaban felices de que fuera su futura reina.

—Le has cambiado la vida. Se pasaba el día huyendo, no asumía ninguna obligación, sentía aversión por el trabajo real... —me decían.

—No sabe lo sombrío y triste que era antes de usted. Ha iluminado sus días, princesa Ravena —comentaban otros.

En fin, encontré fuerzas para superarlo y seguir adelante.

Los contratiempos no me asustaban; tenía todo lo que necesitaba conmigo y eso era suficiente.

—La coronación es dentro de dos horas, señora. —Akádia, mi escolta, entra en mi habitación para avisarme.

—Ya deberíamos estar allí, ¿verdad...? —Resoplo con fuerza y veo mis labios temblar en el espejo—. Pero me he quedado hecha un desastre...

—No se preocupe, llegaremos a tiempo —me asegura.

—¿Leon y Svar ya están allí?

—Sí, señora. —Enciende el móvil y me enseña la retransmisión en directo.

Veo la catedral que está cerca del palacio de Skarsgard, toda engalanada, llena de religiosos y miembros de la nobleza. El propio regente, Stephan Linkalter, ya estaba allí, sentado junto al majestuoso trono.

La cámara muestra una panorámica del exterior del palacio, de las calles adornadas con banderines y cintas con los colores del país, la gente en los balcones, en los tejados, apiñada en la calle para ver pasar los carruajes.

—La Reina Madre acaba de llegar... —anuncia una de las reporteras que cubren el acontecimiento histórico.

—Estoy lista —aviso, y me levanto.

—Estupendo. No olvide, por favor, la prueba de embarazo —me recuerda Akádia.

—Sí, claro... gracias, tengo la cabeza en las nubes.

—No tendría que enseñarla hoy, señora; dispondría de hasta nueve meses para hacerlo, pero es mejor quitarse ese obstáculo de en medio...

—Claro, gracias.

Echo un vistazo rápido al espejo.

Llevo un vestido blanco que realza bien mi cuerpo y al mismo tiempo es recatado, que me da un aire de reina. La barriga todavía no se nota, y eso se debe a que acabo de cumplir cuatro semanas de gestación.

—¿Lista?

—Sí.

—Bien, voy a preparar el coche y a los escoltas.

—Vale, gracias, Akádia.

Voy al despacho de Haakon, cojo la prueba de su mesa y la meto en el bolso.

Salgo deprisa para no llegar tarde.

Príncipe Haakon III

Llegué temprano al palacio de Skarsgard, antes de que a Laios, a mi madre y a Svar les diera un infarto.

Tuve que firmar un sinfín de papeleo relativo a mi compromiso como rey, infinitas copias de cada documento: para el parlamento, para el archivo real, para el museo... en fin, un infierno.

Laios no paraba de parlotearme al oído:

—A las doce en punto debe entrar en la catedral. La ceremonia entera dura una hora... después tiene que regresar aquí y...

Observo cajas y más cajas siendo trasladadas del vestíbulo del palacio a las galerías superiores, donde no habrá nadie en los próximos días.

—El señor ha recibido un manto de piel de oso polar del conde Ulrich; también le ha regalado a la princesa un collar de diamantes y, al bebé real, un sonajero de oro, y...

—¿Cómo la ha llamado? —Arqueo la ceja.

Creo que es lo único a lo que he prestado atención de todo lo que ha dicho.

—Princesa. Princesa de Drü.

Muestro mi sorpresa y cierta felicidad al oír a Laios decir eso. Él, más que nadie, es un entusiasta —por no decir un lameculos— de la Reina Madre y de todo aquello en lo que ella cree.

La abuela ni siquiera menciona a Ravena. En las cenas formales o reales a las que la llevo, no se dirige a ella.

—¿Por qué esa cara, Alteza?

—Estoy sorprendido. ¿Ha dado su brazo a torcer, Laios?

—No podré llamarla reina, ni siquiera después de su coronación, porque el consejo tendría que aprobarlo —reflexiona—.

Pero es cuestión de tiempo, ¿no es así?

—Sí. Cuestión de tiempo —coincido.

—Les guste o no... es la Princesa de Drü.

—Me alegra oír eso, sobre todo viniendo de usted. —Le sujeto el hombro.

El hombre parece emocionarse, algo que no recuerdo haber visto en todos estos años. Después sale deprisa, gritando a los empleados.

—¡Cargue eso como es debido! ¡Es un regalo del presidente de Brasil! —dice furioso.

Subo las escaleras y camino por el palacio hasta llegar al pasillo donde están los retratos de los antiguos reyes.

Las pinturas no han cambiado. Son las mismas desde que yo era solo un niño. Ovidio, el viejo... Odar, el poderoso... Haakon I, el sabio. Todos me observan desde donde están, ya sea ante sus palacios, sus navíos, sus ejércitos o sus caballos. Pero de algún modo es diferente.

Cuando era niño, parecía que me juzgaban. Me decían: ¡este es tu destino, no puedes huir de él!

Ahora me observan con la mirada de quienes son los únicos que conocen el peso de llevar la corona. Y me desafían con los ojos: ¡no temas lo que venga, plántale cara!

—Papá. —Paso los dedos por los bordes del cuadro.

El rey Gullivar, el amado, me observa desde detrás de su gran barba.

No es el semblante de olla a presión, de quien estaba siempre a punto de estallar conmigo o maldecirme: ¡Le darás un heredero a esta dinastía aunque sea lo último que haga!

Me observa como un antiguo rey observa al nuevo.

Como un padre mira a su hijo.

Siento sus manos posarse sobre las mías y sus ojos azules, que representaban la inmensidad del mar, crecer en mi dirección.

—Eres todo lo que quería que fueras. Eres más de lo que deseé. Has superado todas mis expectativas —dice.

Parpadeo despacio. La emoción debe de haberse apoderado de mí. Entreabro los labios y abro mucho los ojos; solo consigo hablar un rato después.

—No sé si podré ser un rey tan bueno como usted, papá. —Toco el lienzo, como si pudiera tocar su rostro.

—Si amas a tu pueblo como la amas a ella... Si luchas por su felicidad como luchas por la de ella... y si aprendes a escucharlos, a sentirlos y a respetarlos, como harás con tu amada... tu pueblo no tendrá mejor rey. Y el rey no tendrá mejor pueblo —habla sin mover los labios. Etéreo, distante, eterno.

Siento que los ojos me arden y una lágrima se escapa. Resbala por mi rostro mientras miro el cuadro con expresión de asombro.

—Por tener TDAH, mientras crecía, lo veía en sus ojos. —Me limpio el rabillo de los ojos—. Todos me juzgaban. Me hacían sentir que no era suficiente. Que no podría con ello. Que era demasiado para mí...

Suspiro y miro hacia arriba, dejo que los ojos me escuezan y las lágrimas caigan.

—Y dudé de mí. Les creí.

—Yo nunca dudé de ti, hijo mío —dice el rey Gullivar.

Mi corazón pierde el compás, me tiemblan las manos; parece que el tiempo y el espacio se han desvanecido a mi alrededor.

Por un instante, tengo la impresión de que el rey Harold, el victorioso (mi abuelo), y la reina Meredith Kjaerlighet (una antepasada de los Iranovichk) asienten brevemente con la cabeza.

—Siempre confié en ti. Y siempre confiaré.

Bajo el rostro.

—Donde todos veían a un chico con limitaciones, yo veía el espíritu de los poderosos reyes, de los señores del Septentrión, la mirada de quien nació para gobernar, aunque no fuera su voluntad.

—No era la voluntad de ninguno de nosotros. —Oigo la voz de mi abuelo—. Pero teníamos que hacerlo. Porque el pueblo nos necesitaba. —Su sonrisa paternal calma mi corazón.

—Un buen rey... o una buena reina... es capaz de sanar al pueblo. De fortalecerlo, de despertar sus sueños y su coraje —resuena Meredith en mi mente—. No permitas que un regente o un usurpador lo estropee todo.

—Confiamos en ti —dice Harold, distante, con la voz apagándose.

—Larga vida a Su Majestad —pronuncia mi padre.

La voz suena cercana, como si estuviera junto a mi oído. Su barba se enredaba con mi pelo y yo encontraba en su traje el reposo para mi cabeza mientras lloraba por no sentirme suficiente, por no sentirme entero, por ser solo un fracaso, alguien que lo tenía todo para salir bien, pero era la ruina absoluta.

Así era como todos me hacían sentir.

Entonces llegó ella. Desgarró todos mis miedos. Me dio confianza. Y me motivó, sin saberlo siquiera, a estar aquí.

—Ha llegado la hora —me avisa Laios al aparecer por el pasillo —. Majestad.

Como en un suspiro, los fantasmas regresan a sus cuadros. La mirada ya no está viva; es solo la eternizada en la pintura. Hasta el fondo y los paisajes tras ellos, que antes se movían, ahora son estáticos.

—¿La princesa? —pregunto.

—Acaba de salir de casa.

—Esperaré unos minutos más, para que nuestros coches lleguen juntos.

Laios no lo aprueba. Pero no discute.

Ladea la cabeza y se marcha.

En su lugar, en el pasillo, aparece Jemima. Esboza una gran sonrisa al encontrarme. Me ha escrito y llamado durante los últimos meses, pero no le di pie.

—Quería ser la primera en llamarlo Majestad, pero por lo visto... —Se encoge de hombros.

Se arrodilla ante mí e insiste en permanecer así, incluso cuando intento levantarla.

—Siempre te he amado, Haakon, desde que era solo una niña. Y voy a seguir amándote para siempre. Este es el día más feliz de tu vida, lo sé. Por eso tenía que venir. Papá ha enviado un montón de regalos...

En realidad, el día más feliz de mi vida no tuvo nada que ver con la coronación.

Fue el día en que me di cuenta de que estaba entregado a alguien que también se había entregado a mí en cuerpo y alma.

—Gracias por venir —la saludo y la acompaño al vestíbulo.

Jemima entreabre los labios, parece que va a decirme algo por el camino, pero desiste. Guarda silencio y solo se despide cuando estoy a punto de subir al carruaje:

—¡Buena suerte en tu gran día! —dice animada, y saluda con la mano.

Los empleados del palacio, los escoltas, el propio Laios, todos se inclinan y saludan.

Por las calles concurridas, todos agitan banderas y banderines, van vestidos con los colores del país, gritan mi nombre, el nombre de Ravena, piden saber el nombre del futuro rey, mi hijo.

El sonido imponente del órgano suena cuando me planto ante las puertas de la catedral. Todas las personas, dentro y fuera, guardan silencio. Hasta los reporteros y las cámaras, normalmente ruidosos, siguen mis pasos en un silencio abisal.

Visto mi mejor traje negro, mi mejor corbata y mis mejores zapatos de vestir. Es, quizá, mi mayor momento público de gloria, retransmitido al mundo entero y que quedará eternizado. No puedo fallar. Debo seguir el protocolo. Nada puede salirse de lo normal.

Un vistazo rápido por el lugar y veo rostros conocidos. Embajadores y presidentes, reyes, príncipes y princesas de otros países, los nobles del Septentrión, la cúpula de las fuerzas armadas, mi familia Iranovichk y los Linkalter...

La Reina Madre parece especialmente animada y emocionada al verme entrar. Mi madre casi se encoge y sigue mis pasos. Stephan es el único que no consigue ocultar su disgusto y su odio por no ser el centro de atención.

Svar asiente con el rostro mostrando su aprobación y Leon sonríe de un modo delicado.

Todo parece perfecto.

Pero ¿dónde está ella? ¿Dónde está mi mujer?

Los pajes cierran las puertas.

Comienza la ceremonia secreta de coronación, por lo que las cámaras deben apagarse y los periodistas entran en una sala vacía.

—Yo os consagro y os unjo con la sangre de los Ancestrales, los poderosos reyes y reinas de la Vieja Escandinavia, las Islas de Diamante, el Septentrión del mundo. Que el poderoso Dios y su ojo que todo lo ve...

La voz del obispo se va apagando... apagando... hasta parece que salgo del cuerpo mientras siento derramarse un óleo sobre mi cabeza y trazar antiguos símbolos nórdicos por mi cuerpo.

—Yo despierto el espíritu y la voz de los Antiguos, señores de la espada, de la guerra, de la sabiduría, del poder...

Lo ignoro por completo cuando una mujer irrumpe en el lugar a toda prisa.

Sonrío, convencido de que a Ravena le gustaría hacer una entrada triunfal y marcar el día también. Será diabla.

Un sonoro «oh» invade el lugar.

Vuelvo el rostro y veo a una mujer. Pero no es Ravena. Es una antigua amiga del colegio, Akádia Malkovichk, a quien confié la seguridad de Ravena.

—¿Qué significa esto? —El obispo alza la voz.

Lo ignoro y camino hacia Akádia. Tengo que detenerme en seco cuando me doy cuenta de que está ensangrentada; se aprieta la mano contra el costado, parece que está conteniendo una hemorragia.

—¡Un médico, por favor! —digo alto y claro.

Cuatro personas se ofrecen.

—Alteza. —Akádia se aferra a mis ropas.

—¿Dónde está Ravena? —Sostengo el peso de su cuerpo, porque empieza a desplomarse.

—Él se la ha llevado, señor.

—¿Él? ¿Se la ha llevado? ¿Quién?

—Él... —dice, pero parece que la adrenalina de su cuerpo llega a su fin. Se desmaya.

Los que aún no estaban de pie ahora se levantan. Comienza un pequeño tumulto en la catedral. Svar y los miembros del alto mando del ejército me rodean e impiden que la gente se acerque.

—Todo está bien, no es ningún atentado —intento explicar; aun así, mantienen la posición.

Siento el móvil vibrar en el bolsillo y lo saco. ¿No había apagado esta mierda? ¿Es que hasta de eso me he olvidado?

«Ella es mía. O no será de nadie más», recibo el mensaje de texto desde el número de Ravena.

Y junto a él, una foto.

De Gustavo con Ravena tumbada en su regazo y una pistola en la frente.

ATO II

Aviso: algunos capítulos incluyen **esta alerta [!]** al principio o en el cambio de narración cuando se trate de escenas que puedan generar reacciones sensibles. No recibirás spoilers; las advertencias solo indican lo que viene a continuación en la nota a pie de página.

Sáltalos si no te sientes cómodo.

CAPÍTULO 26

Príncipe Haakon III

—¡Cerrad las fronteras! Cerrad los aeropuertos, los puertos, quiero a la policía en las carreteras. ¡Nadie entra y nadie sale de este país sin mi permiso! —Golpeo con el puño cerrado la mesa de reuniones en cuanto entro.

Los miembros del Consejo Real y la cúpula de las fuerzas armadas están sentados alrededor de la mesa. La sala de reuniones del consejo se encuentra en la parte trasera del salón del trono, donde yo esperaba recibir a todos los que estaban en la catedral.

No tuve mi día de gloria.

Fui eclipsado por un crimen ardid que me arrebató no solo la ceremonia de la corona, sino a la mujer a la que juré proteger.

—Me gustaría recordarle que usted es el Rey —pondera Stephan, y junta ambas manos sobre la mesa—. Pero no gobierna. Si es que de verdad es el Rey; no recuerdo haber visto la corona en su cabeza.

La cabeza me estalla y pierdo el juicio. Busco lo primero que haya en la mesa para lanzárselo a la cabeza, pero, para su completa suerte, solo hay papeles.

—No me malinterprete, señor. Entiendo que es una cuestión de seguridad nacional, pero puede sentar mal a la economía.

—¡Bastardo insolente! —Rechino los dientes y me abalanzo hacia él.

—El Regente tiene razón —dice Simon Nantes, jefe de Inteligencia—. En este momento, el Rey es más un símbolo que el poder ejecutivo. Y solo puede gobernar si tiene un heredero, algo que ni siquiera se ha demostrado hoy; esperábamos ver, como mínimo, una prueba médica.

—¿Eso es lo que les preocupa? ¿Formalidades de la ley y pruebas? —No puedo evitar reírme—. Mi mujer ha sido secuestrada. No me han permitido ir tras ella, ¿y ahora van a decirme qué? ¿Que no pueden hacer nada al respecto?

Nantes le entrega una carpeta a Laios y este viene hacia mí.

—Como puede ver, señor, no hay registros de entrada del tal Gustavo Borges. No llegó en avión, ni tampoco en barco.

—Ah, entonces se materializó. —Svar se levanta de su silla y viene a examinar los papeles conmigo.

—Sea lo que sea lo que haya hecho este criminal, lo hizo con la ayuda de alguien de dentro del país y con poder económico y político.

—¿Político? —Markus gira el cuello—. ¿Qué está insinuando?

—Tenemos el problema de los republicanos que quieren disolver la monarquía. Y tenemos problemas con gente que conspira contra la familia real, sobre todo contra el rey Haakon, por haber acabado con las ganancias de corruptos y traficantes.

—Príncipe Haakon —corrige Stephan, recreándose en cada sílaba.

Yo querría llenarle la boca de puñetazos.

—Lo que quiero decir, mi señor y soberano —continúa Nantes con suma cortesía— es que da igual que cerremos aeropuertos, puertos y carreteras. El maleante huirá por donde entró. Está claro que, si lo cerramos todo, estrechamos el cerco. Pero también llamaremos demasiado la atención, y eso puede entorpecer el caso.

—¿Llamar más la atención que secuestrar a la mujer de su futuro rey a plena luz del día? —Estampo el maldito clasificador contra la mesa—. ¡Son las dos de la tarde! —Miro el reloj de mi muñeca—. Pueden estar saliendo del país...

—No deben de haber ido lejos, y dudo que hayan salido del país. Como usted ha dicho, es la esposa del futuro rey. No hay un alma en este reino que no reconozca su rostro.

—Estoy de acuerdo. —Svar mira fijamente al hombre.

—Y la quieren, por lo visto.

—Más que este consejo —gruño.

Mi primo me sujeta la mano. Sabe que estoy a punto de estallar y que cometeré tantos errores que quizá no pueda corregirlos más tarde. Pero es difícil mantener la compostura y la calma mientras Ravena está en manos de ese tipo.

—Pediremos a los ciudadanos que envíen información a través de un canal oficial. Redoblaremos la guardia en las fronteras y la vigilancia en puertos y aeropuertos. Quizá siente mal diplomáticamente registrar los jets y barcos privados con los que han venido los reyes, políticos y embajadores del mundo —advierte Nantes, siempre con un tono formal.

—Da igual —responde Svar de inmediato—. Todos serán registrados y, ante la sospecha de ilícitos, serán interrogados.

Nantes mira al regente, que está de lo más cómodo al otro lado de la mesa.

—Consultaré a algunas personas y volveré con la aprobación, o no, dentro de doce horas.

—¿Consultar? —Me levanto.

Si llevara la espada envainada a la cintura, la desenvainaría y le cortaría la cabeza en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Doce horas? ¡En doce horas pueden estar en la otra punta del mundo!

—Entiendo su preocupación, príncipe de Drü —se recrea el bastardo—. Pero, como regente del Septentrión, necesito conocer los efectos colaterales de esas medidas. Para la economía, la seguridad y el bienestar de nuestro pueblo.

Golpeo con el puño cerrado la mesa otra vez. Siento como si los huesos de la mano fueran a partirse; aun así, la mantengo apretada contra la madera.

—Cuando sea rey, les cobraré con intereses esta demora en encontrar a mi reina —digo, y salgo de la sala.

—Cuando no. Si llega a ser rey —le dice Stephan al Consejo.

Ravena Lessa

Sentí un olor fuerte y la cabeza me dio vueltas.

Mis ojos se nublaron, perdí los sentidos y la conciencia antes de caer. Al abrir los ojos, lo noté todo borroso. Parpadeé una, dos veces, hasta encontrar el techo gris del coche.

El conductor, veo al mover la cabeza, es solo una mancha difusa. Un cristal negro separa la parte trasera de la delantera del coche. No tengo visión de dónde estoy ni de adónde voy; las ventanillas también son oscuras.

—Hola, amor —es lo primero que dice Gustavo.

Me levanto de su regazo y me aparto; la mano va directa a la manija de la puerta e intento abrirla. Saltar del coche en marcha no será peor que quedarme aquí.

—Tranquila... todo va a salir bien... yo estoy aquí.

—¿Qué has hecho, Gustavo? —me exaspero y sigo apretando la manija.

—Pues he venido a salvarte. He venido aquí por ti.

—Gustavo, como princesa de Drü te ordeno que pares este coche ahora mismo —digo con firmeza.

Gustavo está un poco más delgado que la última vez que lo vi. Su rostro está marcado por los huesos de la cara y sus ojos azules están lejos del brillo que un día tuvieron.

—¿Tú ordenas? Princesa de Drü. —Se muerde el labio inferior y me evalúa—. Yo te ordeno que te calles y no hagas ninguna tontería. No quiero usar la fuerza contra ti.

—¿Cómo has conseguido entrar en el país, Gustavo? ¿Cómo has conseguido encontrarme?

—Ah, te has malacostumbrado con la gente que parece quererte, ¿verdad? Pero hay gente que te odia. Y que quiere verte

fuera del camino.

¿Quién podría ser? ¿A quién se refiere?

—Yo, en cambio... yo no te odio. No. Yo te amo. Y quiero verte en mi camino. En realidad, quiero tenerte. Quiero hacerte la mujer más feliz del mundo. —Intenta sujetarme la mano y tocarme las piernas.

—¡Gustavo, no te acerques! —le advierto.

Aun así, se mueve hacia mi lado. No espero ni un instante más: levanto el pie y le doy una patada en la cara. Y no dejo de patalear, intentando acertarle todas las veces que haga falta.

¿Se cree que sigo siendo aquella niña? ¡Está muy equivocado!

—Mira cómo has cambiado. —Me sujeta y me retuerce las piernas con fuerza—. Parece que las vacaciones en esta mierda de polo norte te han sentado bien.

—¡Suéltame! —Intento darle otra patada, pero acabo tumbada en el asiento.

Siento cómo me retuerce la pierna con más fuerza, además de inmovilizarme con la otra mano.

El dolor me hace gritar; intento agarrarme a cualquier sitio, desesperada.

—Si hubieras sido esta mujer al principio, quizá nuestra historia habría sido diferente. No me malinterpretes, amor, me encantaba que fueras tan sensible, tan dulce, que nunca me llevaras la contraria. Pero ahora... más valiente... Mmm... me estás fascinando.

—QUITA —me revuelvo entera—, TUS —me caigo del asiento —, MANOS. DE. ENCIMA.

—¿Sabes qué? —Tira de mí con ferocidad, sin importarle que me golpee la cabeza contra cualquier parte, y me presiona contra el asiento, la mano cerrada en torno a mi garganta.

—¿Qué?

—No voy a quitarte las manos de encima —gruñe y rechina los dientes—. Eres mía. Acostúmbrate a mis manos. Voy a mantenerlas sobre ti, voy a meterlas dentro de ti y a sacarte a ese bastardito que ese imbécil te puso ahí. Ah, ¿creías que no sabía que estabas embarazada?

—¡Gustavo, no le hagas daño a mi bebé!

—¿Bebé? —se burla—. Eso es como un renacuajo. Más pequeño que una nuez. Si ni siquiera tienes barriga. —Enseña los dientes al reírse.

Y yo sigo luchando por escapar, pero cuanto más salvaje me muestro, con más fuerza me aprisiona contra el asiento.

—Lo conseguiste, Ravena. Era esto lo que querías, ¿no?

—¡No! ¡Yo no quería nada contigo!

—Llamar mi atención... ¿solo porque querías un hijo? Ya te lo dije... tenías que merecerlo.

—¡Socorro! —grito.

—Enhorabuena, amor. Me has demostrado que lo mereces.

—¡Socorro! —grito a pleno pulmón.

Príncipe Haakon III

En el vestíbulo del palacio de Skarsgard, invitados de todas las naciones estiran el cuello cuando paso.

—Haakon —Jemima intenta llamarme, pero Amélia, Helena y otras princesas la retienen.

Estoy tan ciego que no veo un palmo por delante de mí hasta que entro en el Gabinete Real y tiro todo lo que hay sobre la mesa.

—¡Esto no puede pasar! —Svar viene pisándome los talones.

Laios es el último en entrar y cierra la puerta con llave.

—¡Pues no! ¡Claro que no puede pasar! ¡Sin corona y sin mujer! ¡Y sin pruebas de que estaba embarazada!

—Eso no. Obviamente eso también, pero lo que quiero decir es que este es su juego, Haks. Quieren desestabilizarte. Verte fuera de control. Y usarlo como prueba de que no puedes reinar —explica mi primo.

—Respire hondo, señor. —Laios intenta por todos los medios que me siente en el sillón, pero yo no paro de dar vueltas.

—¡No puedo quedarme quieto! —protesto—. ¿No me dejan salir del palacio y encima no quieren hacer nada?

—No se olvide ahora de los pasadizos secretos del palacio. —Laios, para mi total sorpresa, es quien lo dice—. No me mire así. ¡Ella es su reina! —afirma ofendido.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el loro del rey? —Me cruzo de brazos.

—Yo soy el loro del rey, exactamente —responde decidido—. ¡Sirvo única y exclusivamente al rey! ¡Y usted es el rey!

—Tiene razón. Voy a por ellos.

—Espera. —Svar me detiene antes de que salga—. ¿Y si es una trampa?

—Da igual lo que sea, Svar, ya me lo han quitado todo. ¿Qué más van a hacer? Ella es la única por la que quiero luchar. Y si ella no existe... no queda nada más.

—Qué duro es ver esto. —Laios baja el rostro.

—Voy a hacer lo que debí haber hecho desde el principio de esta mierda. —Saco el móvil del bolsillo—. ¡Tres meses a base de mentiras! ¡Tres meses diciendo que no había ni rastro de ese hombre! ¡Esto se acaba ahora!

—¡No! —Svar me arranca el móvil de la mano y lo guarda en su bolsillo.

—¡Tengo que hacerlo! —Intento recuperar el aparato.

—Tú eres el rey —me reprende Svar—. No puedes hacerlo, ¡lo usarán en tu contra!

Mi primo saca su propio móvil del bolsillo, marca un número y se lo lleva al oído.

—Si alguien va a sufrir los castigos, seré yo. ¡Por el rey!

Mientras crecía, viví las dificultades de ser una promesa fallida.

Alguien que un día podría llegar a ser algo, pero que tenía como mayor enemigo a sí mismo.

Pero también tuve suerte.

Suerte de crecer rodeado de personas que me querían y veían en mí lo que yo no era capaz de ver.

Personas capaces de sacrificarse por mí, sin importar los castigos.

—Buenas tardes, señor. Sí, soy yo. El Septentrión es un país muy bonito, especialmente en esta época del año. ¿Qué le parece pasar aquí las vacaciones, costeadas por nuestra familia?

—Me encantaría. —Oigo la respuesta masculina al otro lado de la línea.

Svar suspira. Cuelga el móvil y lo guarda en el bolsillo. Mira a Laios y después mira hacia fuera.

—Está hecho. Si algún día lo descubren, el Gran Templo de Koioskovo pedirá mi cabeza.

—Y yo te salvaré, como tú me salvaste —le aseguro.

—Ahora larguémonos de aquí y vayamos a por ellos nosotros mismos. —Svar abre la puerta.

Laios viene con nosotros, tan animado que ni parece la persona que un día conocí.

Ravena Lessa

Al despertar por segunda vez, me doy cuenta de que no estoy en un coche en marcha.

Estoy en un viejo almacén o garaje, no lo sé. Coches viejos abandonados, contenedores que llegan hasta el techo, máquinas antiguas que parecen de uso agrícola.

Miro alrededor y no veo a nadie.

Estoy encerrada dentro de una celda, como un animal.

El lugar parece realmente grande, como una fábrica; tiene dos plantas y oigo pasos que llegan de varios lados, pero no consigo identificar de dónde vienen.

—¡Socorro! —grito—. ¿Hay alguien ahí? ¡Ayúdenme! —suplico.

Todo es en vano.

Oscurece y el lugar se vuelve aún más macabro.

Me dejan sola durante horas y no sé si debo celebrar la ausencia de mi raptor o llorar por estar lejos de Haakon, en medio de la nada y a merced de un psicópata.

El estómago se me revuelve y siento ganas de vomitar. La sed empieza a secarme los labios, después me quema la garganta y comienza a marearme.

La noche avanza. Soy mi única compañía y no sé si eso me gusta.

Pienso en todas las atrocidades que Gustavo cometió en el pasado y empiezo a aterrorizarme con lo que puede hacer ahora.

Estamos lejos de nuestros padres, lejos de Brasil, lejos de todas las ataduras sociales de quienes nos conocían y ante quienes, por eso mismo, teníamos que mantener un teatro. Él ya no lo necesita. Ahora puede mostrar su verdadero yo.

—¡Socorro! —vuelvo a gritar cuando las luces se encienden.

Los ojos me arden y empiezo a encogerme dentro de la jaula.

Gustavo viste una camisa negra de manga larga con un chaleco antibalas encima. Lleva pantalones militares y también botas de combate. Trae consigo un cubo.

—Gustavo, ¿adónde has ido?

—¿Me has echado de menos, princesa? —Sonríe.

Lo hace de un modo tan dulce y falso que me hace pensar que está enfermo y necesita ayuda.

—Gustavo, por favor, ¡suéltame!

—Claro que voy a soltarte —asegura. Pone el cubo delante de los barrotes, que solo dejan espacio para que pase una de mis manos—. ¿Tienes sed, amor?

No respondo. Solo lo miro fijamente.

—He traído agua.

No me levanto. Sigo donde estoy.

—Para saciar tu sed... renovar tus energías... —Examina el líquido—. En realidad, es un té. El tipo de té que la gente como tú, que comete errores, toma en Brasil... para corregirlos.

—No pienso beber.

—Sí que beberás. —Se abalanza contra los barrotes con violencia; me asusta y me hace retroceder—. Claro que sí. Porque no habrá nada más que esto. A no ser que prefieras beberte mi meado.

—¡Eres repugnante!

—¡Y tú me amas! ¡Por eso me estás castigando! ¡Porque no quise darte lo que querías y ahora solo piensas en vengarte!

—Gustavo, has perdido el contacto con la realidad...

—¿Yo? —se burla—. Quizá lo pierdas tú, cuando la sed empiece a jugarte malas pasadas.

—¡Eh! ¿Adónde vas?

—Voy a descansar. Mañana será un día largo. Espero que bebas para corregir tus errores. Lo veré como un gesto de buena voluntad para nuestro nuevo comienzo.

—¡Maldita sea! ¡No habrá ningún nuevo comienzo! ¡Me das asco! ¡Repulsión! Prefiero morir antes que volver a la vida de antes. —Ahora soy yo quien golpea los barrotes.

—No, amor, nada será como antes. Te lo prometo. —Se aleja hasta salir.

—¡Gustavo, vuelve aquí! ¡Gustavo, sácame de aquí! —grito—. ¡Socorro!

Me aferro a los barrotes y empiezo a sacudirlo todo, como hice más temprano. Todo en vano. Acabo aún más exhausta y con la boca entumecida de tanta sed. Ni siquiera miro el cubo lleno de líquido que ha dejado; es como si ni estuviera ahí.

—Voy a salir de aquí —me digo a mí misma—. Es solo cuestión de tiempo, voy a salir de aquí —repito.

CAPÍTULO 27

Príncipe Haakon III

Svar, Laios y yo nos pasamos el día entero buscando pistas, rastreando indicios de adónde podría haber llevado Gustavo a Ravena. Akádia nos condujo al punto de partida: la carretera de la zona rural que llevaba a mansiones y construcciones antiguas. Así que salimos a investigar por todos los alrededores, pero no encontramos nada.

Al día siguiente, nos reunimos en la sala del Consejo para las novedades.

—Llega tarde. Ya debería haber llegado. —Svar mira fijamente el reloj.

Yo estoy impaciente; he tenido que tragarme tres comprimidos de mi medicación para mantener la concentración y otros más para no volverme loco. Era un manojo de nervios.

—Lleva tres horas de retraso —comento.

—El piloto había dado señal de que ya estaba en el reino, pero todavía no han aterrizado en la pista de los nobles... —murmura Svar.

—Muy bien, tras examinarlo todo, he decidido que cerraremos aeropuertos y puertos —dice el regente—. Supervisar las carreteras, sacar al ejército a la calle y rescatar a la princesa.

—Oh, qué idea tan brillante. ¿A quién se le habrá ocurrido? —lo provoca Svar.

—¿Alguna noticia del paradero de la princesa o del secuestrador, Nantes?

—Ninguna, señor regente —dice el hombre, que parece impaciente.

Mira a cada uno de los presentes de una forma sospechosa y después vuelve al móvil.

—Bien, el secuestro de la princesa ha causado una gran conmoción. No solo ha sido noticia en todo el país, sino en buena parte del mundo. Brasil ha ofrecido ayuda militar, cosa que hemos rechazado cordialmente; podemos encargarnos de esto.

Ah, eso explica por qué han decidido actuar. La presión popular ha empezado a aplastar al regente.

Stephan debía de tener, sí, cuatro o siete descerebrados que lo amaban. Pero mi aprobación superaba el ochenta por ciento. La de Ravena estaba cerca de esa cifra; solo la odiaban los republicanos —que creían que mi boda y el bebé real eran una conspiración para acabar con su propia conspiración— y un ala monárquica más conservadora convencida de que ella no estaba a la altura de la posición.

—¿La gente está enviando información a los correos y al número que publicamos? —le pregunta Lumia a Nantes—. Si vieron el color del coche, la matrícula, si vieron a la princesa...

—Todavía estamos separando lo que es real de lo que es solo una broma pesada. —El hombre se afloja la corbata—. Señoras y señores, Alteza, tengo que salir.

—¿Novedades de la princesa? —Me levanto.

—No... le ha pasado algo al director Reyan; en mi ausencia, él se encarga de todo y, por lo visto, ha habido un pequeño incidente...

—Ah, de acuerdo. —Ni me importa mucho saber qué incidente ha sido.

No me preocupan los subalternos de Nantes; me preocupa mi mujer.

Odio estar aquí parado sin hacer nada. Y ayer me pasé el día entero buscando pistas hasta la extenuación y no llegué a ninguna parte.

—Con la venia de Su Alteza, doy esta reunión por concluida. Nos reuniremos dentro de dos días o si surge una urgencia —dice el regente, y es el primero en salir.

—La encontraremos. Ella estará bien. —Lumia me aprieta el hombro al salir.

Los demás se marchan en silencio; quedamos solo Svar y yo.

—¿Por qué ese desgraciado no me secuestró a mí? ¿Por qué no me llevó a mí en su lugar? —pregunto.

—Creo que prefiere a las morenas. —Svar intenta darle un tono menos sombrío a nuestra conversación—. Eh, Haks. Tranquilo, ¿vale? Ella es fuerte. Ya no es la niña insegura e indefensa que protegiste en el aeropuerto. Ravena ahora es una mujer del norte.

—¿Y el bebé?

—Él también es fuerte. La sangre real es fuerte y tú la llevas. El bebé sobrevivirá. Es el futuro rey del norte. Nada podrá con él.

Ravena Lessa

Estoy más somnolienta de lo normal. Llevo un día sin comer ni beber nada.

Me duele dentro de la cabeza, parece que es detrás de los ojos, un dolor lacerante que apenas me deja razonar.

—¿Te has despertado? —Oigo la voz de Gustavo.

—¿Por qué haces esto, Gustavo?

—No has bebido nada de lo que te dejé —dice en tono de desaprobación—. Creo que todavía no has entendido que vas a perder a ese bastardito de un modo u otro...

—¿Por qué no te quedaste en Brasil con tu mujer y con tu hija, Gustavo?

—Porque te amo. ¿Es que no lo entiendes? Me preocupo por ti.

—Gustavo, necesitas ayuda.

—¿Yo necesito ayuda? —Se ríe—. ¿Tanto te costaba decirme que solo era cuestión de tener un hijo? Sé que conocer a la pequeña Ravena te hizo daño, pero ¿no podrías haberte mostrado más... merecedora?

—¡Cállate! —Reúno mis fuerzas—. Yo no necesito merecer nada de ti.

—Vamos a ver si sigues pensando así mientras no bebes ni comes nada... —se divierte—. ¿Qué te pareció, eh? La pequeña Ravena.

—Eres un idiota... le pusiste mi nombre.

—Claro. Me encanta ese nombre. —Me mira fijamente; es evidente el placer que siente al provocarme.

—Si me amaras de verdad, me dejarías ser feliz.

—Vas a ser feliz, Ravena. Conmigo —afirma, resoluto.

—¿Y si tú no eres el camino de mi felicidad?

—Entonces no existe felicidad para ti. —Es simple, seco y directo.

Me tumbo en el suelo, intento encontrar una postura que haga que mi cuerpo se retuerza y duela menos.

—Yo lo perdí todo en Brasil. Ese vídeo de mierda del aeropuerto destruyó mi vida. Me suspendieron en la Policía Federal para investigarme... la mujer con la que me casé y su familia ya no quieren saber nada de mí... —Se restriega las manos por la cara—. Tus padres ya no me cogen el teléfono...

Por lo menos una noticia que me alegra en medio de todo esto.

Creo que papá y mamá por fin han conseguido conocer al monstruo que este hombre es en realidad.

—Tú me lo quitaste todo, Ravena... solo me quedas tú. Si te pierdo, no me queda nada. Preferiría morir, y voy a morir.

—¿No se te pasa por la cabeza que tú también me lo quitaste todo a mí, Gustavo? ¿A cambio de qué? Primero mi ropa, después mis amigos... ni siquiera me dejabas ver a mis padres...

—Yo solo te protegía... —se justifica de inmediato, hablando por encima de mi voz.

—¿Protegerme? ¡Tienes una visión retorcida de las cosas! ¡Del amor, de la familia, de la protección!

Primero entreabre los labios, pero no sale sonido alguno. Reflexiona y, antes de hablar, respira hondo:

—Eres tan ingrata.

—¿Ingrata? ¿Yo?

—¡Después de todo lo que hice por ti! —Me da la espalda y se apoya en los barrotes.

—¿Qué hiciste por mí, Gustavo?

—¡Te saqué del interior, paleta de mierda! ¡Sin mi ayuda todavía estarías en la puta Poços de Caldas sin ninguna perspectiva

de vida! Eras la mujer de un policía federal, un hombre de la ley.

Me río por dentro. ¿Cómo puede sufrir semejantes delirios?

—Yo era la amante —digo; es amargo reconocerlo, pero también es liberador.

—Y, aun así, era mejor que ser para siempre una paleta de mierda en un puto lugar perdido de la mano de Dios. —Patea los barrotes—. ¡Yo te di perspectiva! ¡Futuro! ¡Nunca dejé que faltara nada en casa!

Ahora sí que me voy a reír, porque ha contado un chiste.

Yo siempre fui independiente. Siempre perseguí mis sueños. ¡Jamás necesité un solo real de ese mierda ni para comprar una caja de cerillas!

—Lo lamento, Gustavo...

—¿Lo lamentas?

—Lamento no haberme dado cuenta y no haberte dejado antes...

Él se ríe. Abraza los barrotes y aprieta el rostro contra las barras.

—¿Crees que él seguirá amándote...?

Cierro los ojos y me apoyo en la pared, para quedar lo más lejos posible de él, aun sabiendo que puede entrar en cualquier momento.

—Porque yo todavía te amo, incluso con esa mierda ahí dentro de ti. Pero la voy a sacar. Y voy a meter a mi bebé ahí dentro. Te amo, incluso con algo de él ahí. ¿Crees que él te amará cuando vea que el hijo no es suyo?

Mi mente se va lejos. Se aferra a las cosas buenas de la vida, a las que viví y disfruté con Haakon. No puedo permitir que Gustavo entre en mi mente.

—Hasta entonces, te necesito viva... —reflexiona—. Si no vas a beberte ese té... —Patea el cubo y el agua se desparrama por el

suelo—. Bebe esto, puta. —Evito mirar lo que hace.

Solo sé que el olor a orina impregna toda la celda en la que estoy. Mea por todos los rincones, intenta incluso alcanzarme, pero yo me mantengo firme.

No le tengo miedo.

—Vuelvo luego, cuando hayas lamido el suelo. Y estés lista para pedir más.

Príncipe Haakon III

El avión privado procedente de Estados Unidos aterriza en la pista de los nobles.

—Cuatro horas y media de retraso. —Miro a Svar, tenso, porque cada segundo cuenta.

Odio tener que pedir favores y depender de ellos. Y no habría pedido ayuda a este hombre si no confiara en él y no supiera que era un profesional en todo lo que hacía.

Conocí a Ethan Evans tras la muerte de Dianna. Lo único que sabía sobre su homicidio era que Dianna había descubierto a las personas del Septentrión que estaban detrás del tráfico de mujeres y niños; en algún momento habría conseguido los nombres y las fotos de los culpables.

El servicio de inteligencia, la policía, ninguna autoridad descubrió a ninguna de esas personas.

Yo sospechaba de Stephan Linkalter.

Volviendo a Ethan... era un hombre experimentado que había lidiado con gente así. Leí en su biografía que de niño fue abandonado por su padre y su madre, porque nació ciego y pensaron que el chico sería un estorbo en sus vidas — algo con lo que me identifiqué, porque así era como yo me sentía.

Ethan creció y demostró ser prometedor. Aprendió a hackear a la gente y empezó tirando la puerta abajo: invadió el sistema de inteligencia de su propio país natal.

Y desde entonces luchó entre bastidores para atrapar a una red internacional de gente que se aprovechaba de mujeres vírgenes, inocentes y con problemas —o incluso con sueños de convertirse en modelos, en famosas, etcétera—, traficando con ellas por todo el mundo, quitándoles los documentos y obligándolas a trabajar hasta

pagar la inversión. Después las abandonaban en cualquier rincón y amenazaban con matarlas si se iban de la lengua.

—Señor presidente. —El hombre alto y rubio, con gafas de sol y sombrero fedora, extiende la mano.

—En realidad es Alteza; soy un príncipe, no un presidente —corrijo, con una buena sonrisa en el rostro.

El hombre ladea la cabeza y esboza una media sonrisa.

—¿Puedo llamarlo presidente? No me gustan los monárquicos.

—Ah... puede llamarme Haakon, entonces; al fin y al cabo, ya nos conocemos.

—Bonito nombre. —Ethan sacude la cabeza—. Señor presidente, discúlpeme, pero mi mujer, como sabe, es una mujer ocupada, modelo internacional; ahora mismo está en Japón. He tenido que traer a mi hija...

Señala con la mano a una niña de piel negra, con el pelo muy voluminoso, como de algodón, los ojos grandotes, visiblemente entusiasmada.

—Y a mi sobrina. —Señala a otra niña, una chiquilla con síndrome de Down.

—Alice, saluda al hombre —dice Ethan muy serio.

—Hola... ¿usted es un príncipe de verdad? —dice con los ojos brillantes.

Me agacho y le beso el dorso de la mano.

—Futuro rey a sus órdenes, señorita.

—Rowan, haz los honores.

—Sí que parece un príncipe, tan alto y tan guapo. —Ella es quien me agarra la mano y me la besa.

—Qué preciosidades. A Gaius le va a encantar conocerlas...

—Y he traído a mi niñera. —Me muestra a una mujer joven y alta.

Tiene el pelo negro ligeramente ondulado, las cejas arqueadas y una mirada de lo más letal. Lleva chaqueta negra y vaqueros, a diferencia de Ethan, que va todo de traje.

—Yohanna Cavalieri; no hay problema que no resuelva con su cristianismo medieval freestyle —la presenta Ethan.

—Buenas tardes, señor. —Me estrecha la mano.

—Este es Svar, mi primo; es duque —presento a todos.

Svar coge a las niñas y va preguntándoles un montón de cosas; se adelantan. Ethan sigue adelante, serio, con una carpeta negra en la mano. Yohanna, que sostiene una biblia enorme, lo sigue. Yo voy detrás, sin entender nada.

—Estaba un poco preocupado por el retraso. ¿El vuelo tuvo turbulencias?

—Dígale que salga del coche —avisa Ethan en cuanto pone la mano en la manilla.

Despido al conductor y entro en el vehículo; Yohanna se queda fuera vigilando a las niñas y al hombre, inquieto.

—Ninguna turbulencia. Hice un pequeño tour por su reino, un lugar adorable. Pelmuria, ¿verdad? Qué nombre tan fascinante. ¡Qué isla más bonita!

—¿Ha estado en Pelmuria? —Abro mucho los ojos.

—Sí. Tenía una negociación antigua allí, con un chico majo, cristiano, apegado a los buenos valores. Fui a cerrar todo el proceso; usted ya sabe, los negocios son los negocios.

—Ajá.

—¿Ha estado alguna vez en la Deep Web, señor presidente?

No sé por qué, pero me entran unas ganas absurdas de reír cada vez que me llama así. Parece que lo hace para provocarme.

—No.

—La Deep Web es un lugar fascinante. Es como un mundo paralelo. O un callejón oscuro, también conocido como «mercado

negro o ilegal», donde la gente negocia con cosas ilícitas...

—Como fusiles del ejército y drogas —supongo.

—Y asesinos a sueldo que ofrecen una recompensa por la cabeza de una princesa brasileña, y gente a la que le gusta comprar personas. Ah, esos son los mejores. —Sonríe.

—¿Están pidiendo la cabeza de Ravena? —Empiezo a agitarme.

—La gente que intenta comprar personas es fascinante, ¿no le parece?

—Mmm... si usted lo dice...

—Está esa peña que se cree superior, ¿sabe? «Mi raza es mejor que la tuya... mi comunismo es mejor que tu capitalismo... mi Dios es más grande que el tuyo»... Y entonces hacen tonterías de vez en cuando. Un genocidio... una guerra nuclear... intentan reescribir la historia y decir que la Tierra es plana. Es algo realmente fascinante.

Se ajusta las gafas y ladea la cabeza.

—Usted navega por la Deep Web —pienso en voz alta, intentando asimilar la información.

—Mi querido presidente, yo solo navego por la Deep Web —me corrige—. Y hago negociaciones con esa gente. Por cierto, ¿usted cree que la Tierra es plana?

—Ehm... —Frunzo el ceño, sin saber qué responder.

—¿Está de acuerdo conmigo en que las vacunas son una conspiración del gobierno para vernos el culo? Hay algunos realmente bonitos; yo montaría una conspiración solo para ver algunos culitos...

—Me está empezando a preocupar, señor Evans. —Trago saliva.

—Había un tipo. Martin Reyan. —Dice el nombre y de inmediato abro mucho los ojos—. ¿Lo conoce?

—Sí, de hecho, sí; trabaja en el Servicio de Inteligencia del país, para Nantes.

Ethan se quita el sombrero fedora, mostrando su pelo rubio.

—Martin Reyan... lo encontré en la Deep Web. Fueron meses de negociación, si quiere saberlo. Quería comprar una niña... preferiblemente de entre siete y nueve años... negra...

Por la forma en que la describió, podría ser su hija, por ejemplo.

—Sí, sé que ha pensado lo mismo que yo. Parecía que quería comprar a mi hija. —Ethan sacude la cabeza—. Así que... le mandé una foto de ella, en plena negociación.

—Ajá...

—Y él dijo: ¡qué preciosidad! Estoy deseando ponerle las manos encima a esa monita.

Parpadeo despacio mientras miro al hombre. Su semblante permanece serio todo el tiempo.

Ethan se quita las gafas de sol y me muestra que tiene un ojo morado.

—Así que fui a Pelmuria a encontrarme con Martin Reyan, porque los negocios son los negocios... Y, como imaginará, se quedó bastante impactado al darse cuenta de que yo no me parecía a un hombre de las cavernas y que, en realidad, era Ethan Evans.

—Usted es famoso.

—Sí. Por desgracia... —suspira.

—¿Le dio un puñetazo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque yo no soy un psicópata, presidente. Yo no llego y mato a la gente. Eso solo lo hacen los sociópatas y esa gentuza que asalta colegios. Yo siempre lucho en legítima defensa. —Se presiona el puente de la nariz con los dedos.

—Ajá.

—Así que dejé que me diera un puñetazo.

—¿Y después lo mató?

—Por el amor de Dios, no. No mato a quien no quiere matarme; es una lucha desigual. El pobre hombre solo quería hacerme un poco de daño... —le quita importancia y palpa el maletín hasta encontrar la abertura.

Ethan abre la carpeta y saca de ella un ordenador portátil y varios móviles. Abre el aparato más grande y este pide una contraseña o lectura de retina. El móvil pide lectura de huella.

—Mientras tanto, Yohanna entró en su casa y se llevó todo esto. —Señala los aparatos.

—Fueron muy rápidos —observo.

—No me hice multimillonario por casualidad, señor presidente. Soy bueno en lo que hago.

—Pero pide una contraseña...

—Yohanna. —El hombre da unos golpecitos en el cristal de la ventanilla.

La mujer abre la puerta del coche y deposita la biblia en el regazo de Ethan.

Al abrirla, hay tres cosas curiosas: un frasco con sangre, un paquete al vacío con un ojo y una mano en otro paquete.

Ethan sujeta con firmeza el ojo y lo coloca ante la cámara del portátil; de inmediato, el sistema se inicia. Hay varias carpetas abiertas.

—Muy bien. —Gira el portátil hacia mí.

Veo la foto de un coche azul marino, de ventanillas oscuras; la matrícula se ve con toda nitidez. También hay otras fotos con mensajes intercambiados entre Martin Reyan y Gustavo Borges, además de los registros de información que los ciudadanos enviaron al correo del Servicio de Inteligencia.

—¿Sabe dónde está ella? —Hasta me quedo sin aliento.

—Todavía no, pero mis hijos, desde Nueva York, ya han recibido toda esta información y están hackeando cada móvil, cada portátil, cada máquina del Servicio de Inteligencia de su país.

—Señor Evans... no sé ni... cómo agradecérselo...

—Llámeme Ethan, señor presidente; ya nos conocemos.

—Ethan, gracias...

—Y antes de que piense que estoy loco o que no tengo corazón: dejé al señor Reyan en el hospital Saint Jude, en Pelmuria. Con un cheque en blanco en la mesa de la enfermera, firmado por mi empresa, Trojan Horse Security, para pagar cualquier gasto de los daños colaterales de mi servicio.

—Oh... ¡¿sigue vivo?!

—Claro que sigue vivo. —El hombre parece ofendido—. ¿Qué clase de monstruo cree que soy? —Se ríe con ganas—. Yo jamás mataría a alguien que no intenta matarme... pero le devolví el favor de la agresión. No hay nada más saludable que un intercambio de puñetazos entre caballeros modernos y muy bien avenidos consigo mismos.

—Ajá.

—A menos que llame mona a mi hija —dice muy serio.

Y cierra la biblia con el compartimento falso en su interior, que contiene el ojo, la mano y un frasco con la sangre del hombre.

CAPÍTULO 28

Príncipe Haakon III

Ethan era un hombre de modales un tanto peculiares y aire extravagante. Por fuera, solo un multimillonario, CEO de una gran empresa, vestido de traje y corbata y con un sentido del humor capaz de ponerle los pelos de punta a cualquier persona políticamente correcta.

Por dentro pensaba como un hombre de la mafia.

Ethan Evans y yo somos hombres de la Colmena, una sociedad secreta compuesta por los hombres más ricos y prominentes de cada rincón del mundo. Me sentí honrado de que atendiera tan rápido mi petición, porque era un hombre ocupado y con pocas ganas de involucrarse en los problemas ajenos.

—Mire si este le parece bien. —Le muestro la tercera habitación más grande de mi mansión.

—Estará genial; podría dormir perfectamente en un armario de escobas, es solo que no me gustan los castillos. —Respira hondo y mueve el rostro en un barrido panorámico—. ¿Tendría usted una sala de interrogatorios?

—¿Cómo dice?

—Una sala con pared falsa. Donde yo pueda interrogar a la gente y usted pueda ver sin que lo sepan.

—Ah, el palacio tiene varias salas así. —Asiento con la cabeza. Solo después me doy cuenta de que el hombre no va a notar el gesto.

—Prepare una. Empecemos a trabajar.

—¿No desea descansar? Ha sido un viaje largo...

—Ah, estoy lleno de energía. —El hombre saca el móvil del bolsillo—. Solo necesito diez minutos para llamar a Valentina y estaré listo.

—De acuerdo. —Voy saliendo de la habitación.

—Hola, nena —dice al teléfono.

Hasta las niñas están eufóricas y se niegan a dormir; quieren conocerlo todo. Por desgracia, el periodo de noche polar ya había pasado —era uno de los rasgos excéntricos de esta ciudad—, pero la aurora boreal continuaba.

Les serví una merienda a todos y después partimos hacia el palacio.

Le expliqué a cada uno que entró en la sala que Ethan era un amigo muy cercano y que quería resolver la desaparición de Ravena.

—Laios, ¿verdad? —El hombre rubio cruzó las piernas y posó las manos en el regazo.

El loro del rey lo miró, atento y aprensivo, y asintió en silencio.

—¿Cuánto tiempo lleva sirviendo a la familia real?

—Veinte años, señor. —Examina la postura de su interrogador.

—Entonces ha visto crecer a su presidente en esta preciosa casa...

Es gracioso ver a Ethan en acción. Mueve el rostro siempre con sutileza, como si estuviera echando un vistazo al lugar y a las personas. Pero, a medida que lo observo, veo que en realidad está usando los otros sentidos: orienta las orejas hacia la voz de la persona, echa el rostro hacia atrás para respirar mejor, los dedos tamborilean sobre la rodilla.

—Él es un príncipe.

—Como un presidente, pero para siempre.

—Mmm... no exactamente.

—Explíquese. —Apunta a Laios con el bolígrafo.

—A un presidente lo elige el pueblo.

—Me encanta la democracia —piensa Ethan en voz alta.

—Sí. Aquí la gente también vota al parlamento; en algunos casos pueden elegir entre quienes tienen sangre noble para representarlos, y en la otra cámara pueden elegir a gente del pueblo... En fin, un príncipe difiere de un presidente porque, desde que nace, se le prepara para reinar.

—¿Como un dictador? —Ethan tuerce la boca, mostrando que eso no le agrada.

—La idea es que sea el mejor de los hombres, pero sí, ha habido reyes dictadores.

—¿Y su presidente es apto?

—Es el mejor de los hombres, señor. El más grande de los hombres. El primero.

—Laios, un pajarito me ha contado que usted era contrario a la idea de que la señora primera dama se casara con su jefe.

—Eh... sí... era una forastera... no conocíamos sus intenciones... y venía con una historia dura, que podía atraer atenciones innecesarias sobre la monarquía.

—¿Por qué? —pregunta Ethan.

La Reina Madre, en su interrogatorio, tuerce la boca. Cuando Ethan toca el mismo tema, ella mira alrededor.

Su respuesta es la misma que la de Laios:

—Porque la monarquía no puede tener escándalos. —Mantiene su aire de soberana.

—Pero ustedes son personas. Humanos corrientes, ¿verdad? También se equivocan... —hace una pausa mientras pondera—. Son humanos, ¿verdad? Hay gente que habla de ese asunto de los reptilianos —se encoge de hombros con un escalofrío—. No me gustan los reptiles.

—Somos humanos. —La Reina Madre parece impactada, pero mantiene la compostura—. No importan los errores; nada tiene por qué salir a la luz.

—Lo más fascinante de tener un presidente al que tú has elegido es ver cómo una idea que amaste, por la que luchaste y casi moriste defendiendo, vence. Y cuando ese hombre se equivoca, es frustrante... pero ves que es humano, como tú.

—Mmm.

—¿Sabe? Me gusta saber que mi presidente se parece a mí: le gusta la tecnología... al menos unos minutos al día saca tiempo para abrir un jueguecito... se fuma un puro, se bebe un whisky... cosas que generen identificación, ¿sabe?

—Comprendo.

—Somos humanos. Bueno, la mayoría de nosotros, creo. —Descruza las piernas—. Buscamos identificación en las personas que admiramos y en las que confiamos.

—Sí, parece un pensamiento correcto.

—Pero la aversión también es un tipo de identificación —puntualiza Ethan, como un terapeuta en la sesión más importante de su paciente—. Así que dígame, ¿qué vio en Ravena que le causó una identificación inmediata, señora Madre-del-antiguo-presidente, hasta el punto de odiarla?

La anciana entreabrió los labios y después se encogió en la silla, con los ojos muy abiertos. Muda. Sin nada que decir.

—A Ravena le gustan los conejitos. —Gaius balancea los pies suspendidos en la silla.

—¿Y a ti te gustan los conejitos?

—¡Me encantan los animales! ¡Ya he visto un oso polar!

—¿En persona? —El hombre hasta se toca las gafas.

—Sí. Son grandes, fuertes y peludos... pero hay que tener cuidado de no quedarse demasiado tiempo en su territorio...

—¿Eso es algún tipo de propaganda comunista o rusa? —El hombre apunta al niño con el bolígrafo.

Gaius suelta una carcajada deliciosa.

—Yo no soy comunista —reflexiona el niño, tras meditarlo un poco.

—Eso es exactamente lo que diría un espía comunista en un interrogatorio. —El hombre se cruza de brazos—. ¿Dónde están tus conejitos?

—En el jardín.

—¿Ese es el nombre que le das a tu gulag?

—¿Qué es un gulag?

Ethan se echa a reír. Es la primera vez que lo veo relajado.

—Chiquillo, me caes bien.

—Usted también me cae bien. Tiene una hija muy guapa. —Gaius empieza a apretarse los dedos.

—Quita los ojos de mi hija, pequeño príncipe, antes de que te corte tu eternamente responsable de lo que has domesticado. —Apunta con el bolígrafo de forma incisiva.

Gaius se ríe, Ethan se ríe a continuación y después se pone muy serio.

—Lo digo en serio. No te acerques a ella.

Mi hermano sale muy satisfecho de su interrogatorio y llega el turno del cuñado.

Leon encoge el cuerpo y hunde los hombros mirando al americano.

—Qué mono es, ¿verdad? —Svar prácticamente babea.

Entiendo la fascinación; a mí me pasa lo mismo cuando veo a Ravena dormir... comer... andar... respirar.

—Leon Lessa, el primo. ¿Le gusta la literatura?

—Sí, señor.

—¿Ha leído tragedias griegas? ¿De esas en que los miembros de la familia intentan matarse entre sí? —Gira el rostro y deja el oído listo para captar la respuesta.

—He leído algunas cosas... sí... —dice bajito, con mucha timidez.

Leon mira a menudo a Yohanna, que se mantiene en silencio durante cada interrogatorio, en un rincón de la sala.

—¿Usted mataría a su prima?

—¡No! ¡Claro que no! —responde alto y claro.

—¿Siente celos de que ella sea la futura reina?

—¿Por qué iba a sentirlos? La quiero.

—Svar Linkalter es el cuarto en la línea de sucesión —observa Ethan—. Si Haakon y sus hermanos desaparecen del mapa, él asume el trono. ¿No le apetece ser la reina?

—Soy un chico. Como mucho sería el consorte del rey.

—Ah, entonces lo ha pensado.

Leon aprieta los labios y mira hacia abajo.

—Cuando estuvo en París, tras salir de Brasil, parece que las cosas no salieron bien en la confitería y usted hizo espectáculos en clubes nocturnos vestido de chica. —Todos nosotros, Leon, Svar y yo, nos quedamos impactados de que posea esa información.

—Drag queen.

—¿Fue así como lo conoció Svar?

—Sí, pero...

—¿Llegó a pensar que usted era una mujer, al principio?

—En cierto modo, pero...

—¿Le gusta vestirse de mujer? —Ethan aguza aún más el oído ahora, esperando la respuesta.

Leon empieza a golpear el suelo con los pies, se aprieta los dedos. Puedo sentir lo tenso que está Svar, a mi lado.

—A veces me gusta vestirme de chica. A veces me siento una chica. A veces querría serlo... pero también me gusta ser un chico, ¿sabe?

—¿Y le gustaría ser una chica con corona? —Ethan tiene un aire de médico. Va, quirúrgico, sin fallar, justo adonde la gente se siente más incómoda.

—¿A qué chica no le gustaría llevar una corona? —Los ojos de Leon se llenan de lágrimas.

—Parece que hay algo reprimido ahí dentro, criatura. Puede hablar; no voy a juzgarlo.

—Es que... nunca me he abierto así, ¿sabe? —Se restriega el dorso de las manos contra los ojos.

Ethan saca un pañuelo del bolsillo y se lo tiende.

—Gracias. —Leon se limpia la cara—. Siempre me he sentido raro... desde niño. Cuando me miraba al espejo era como si viera a otra persona... pero, al mismo tiempo, hoy me gusta lo que veo. He aprendido a quererme. Svar me ha ayudado mucho. No quiero que piense que él o yo podríamos secuestrar a una persona solo por una corona...

—No reprima las cosas dentro de usted, criatura. —Ethan echa los hombros hacia atrás—. La represión causa tristeza. La tristeza causa miedo. El miedo hace que la gente actúe con crueldad.

—Ajá...

—Cuando llegó al Septentrión, ¿cómo se sintió?

—Un poco triste... todo era tan oscuro y frío... —suspira y sigue secándose los ojos.

—Le gustan los sitios calentitos.

—Soy un chico tropical.

—¿Y por qué vino a vivir a este país frío?

—Amo a Svar. Y estaría en cualquier lugar donde él estuviera...

—Por ser el novio del cuarto miembro de la línea de sucesión, imagino que ha viajado por el Septentrión. —Gira el bolígrafo entre los dedos, pero mantiene el rostro inmóvil, de perfil hacia Leon.

—Sí, claro... —Leon está aferrado al pañuelo.

—¿Cuál es su lugar favorito?

—Drü. Es cálido, tiene playa, es muy agradable... y allí puedo ser yo mismo, ¿sabe?

—¿Nunca se ha vestido de chica aquí, en Koioskovo? —Arquea la ceja y se ajusta las gafas.

—No...

—¿Y en Drü?

—A veces...

Ethan esboza una sonrisa fina y sencilla.

—¿Qué le parece Pelmuria?

—Es un lugar precioso, con rascacielos de dejarte con la boca abierta. Islas y oasis artificiales; en fin, parece Dubái...

—¿Y Qäpak?

—Es un país muy chulo. Se parece mucho a la cultura de Brasil. Estuve en una ciudad de allí llamada Ökor; es Minas en estado puro.

—¿Cómo dice?

—Ah... construcciones más antiguas... un espacio rural que los demás países del Septentrión no tienen... pastos... animales... parece el interior, es acogedor. —Leon parece más suelto ahora, menos presionado.

—Solo una pregunta más.

—Sí, señor...

—Leon, ¿me promete que va a ser feliz?

Es inesperado hasta para mí. Me quedo desconcertado después de todo lo que he visto y oído.

—Lo prometo.

—Puede conquistarlo todo. Puede tenerlo todo. Puede ser todo lo que siempre ha soñado. Si no es feliz, no merece la pena.

—¿La felicidad para usted es un estado permanente? —Leon ha empezado a tomarse en serio la sesión terapéutica, por lo visto.

—La felicidad es una búsqueda. Es un no conformarse. Es saber que se puede ser más grande, mejor, más intenso, más audaz o más sencillo. La felicidad es estar en movimiento.

—De acuerdo.

Antes de que Leon salga, Yohanna comenta:

—Parece la versión caniche miniatura de Allen Mitchell. —Es la primera vez que la chica se pronuncia—. Tiene su carita, pero es tan pequeñito y adorable...

—¿Allen Mitchell? —Leon gira el rostro; estaba a punto de salir —. Tengo un primo segundo con ese nombre. Pero nunca lo he conocido...

—¿En serio? ¿Hijo de quién?

—De mi prima; se llama Beatriz. Ella también era de Minas, pero se fue a Estados Unidos.

—Allen Mitchell es mi primo postizo —lo sorprende Yohanna.

—Y mi ahijado. —Ethan se levanta—. Vaya, ¿así que estamos en familia?

—¿Será la misma Beatriz de la que estamos hablando? Se casó con un tipo llamado... a ver... ¿cómo era el nombre?

—Héctor —dicen todos a la vez.

—Estamos en familia, sí. Ven aquí y dame un abrazo. —Ethan extiende las manos para que Leon las sujete y después abraza al hombre, que es más alto que él.

—Por favor, salve a mi prima —le pide, y vuelve a llorar; parece que se deshace en los brazos del hombre.

—Haré todo lo que pueda. Y ¿Leon?

—Sí.

—¿Conoce Nueva York?

—No...

—Cuando quiera ir, póngase en contacto conmigo. Mando el avión de la familia a recogerlo. Usted... su prima... y quien más quiera ir.

—Gracias, señor.

Leon sale menos tenso de lo que entró. La princesa de Japón es la siguiente.

—Jemima. Qué nombre tan bonito. Sacado de la Biblia —comenta Ethan.

—Sí. Significa «calor» o «paloma»; es hebreo.

—¡Me encanta el hebreo! —se anima Ethan.

—Sé algunas palabras, si quiere...

Tras un saludo caluroso y las presentaciones formales, Ethan comienza su trabajo.

—¿Desde cuándo conoce al señor... cuál era su apellido?

Es más que obvio que Ethan posee toda la información que necesita. Pero creo que he entendido su trabajo: percibe el tono de voz de las personas, observa los comportamientos que hacen ruido, la inquietud, el silencio que puede prolongarse.

—Linkalter-Iranovichk, pero aquí no usan el apellido —explica ella.

—Qué fascinante...

—Lo conozco desde los cinco años.

—¿Cinco? ¿Y cuántos años tiene ahora?

—Un poco más de dieciocho. —Cierra los ojos al sonreír.

—Qué indelicadeza la mía, ¿verdad? Preguntarle la edad a una mujer... —Ethan se da unas palmadas en la frente—. ¿Y estaban prometidos en matrimonio?

—Sí.

—¿Y por qué no se casaron?

Jemima se retrae por primera vez. La respuesta no llega fácil y simple como todas las demás.

—Porque llegó ella —pronuncia el pronombre arrastrándolo.

—Ah, ¿cree que si ella no hubiera llegado, usted lo habría conseguido? —imita el tono empleado.

—Por supuesto.

—¿Todos ustedes se conocen? Princesas y príncipes, digo.

—Sí.

—¿Es como una masonería? Se casan entre sí, unen familias, bienes, historias...

—Como la Colmena —dobla la apuesta para ver su reacción.

Ethan solo arquea la ceja y no comenta nada al respecto.

—Usted lo sabe: es bueno mantener a la gente entre sus iguales.

—Ajá. —Ethan se quita las gafas.

Sus ojos azules, de algún modo, se fijan en Jemima.

—¿Usted la mataría?

—¿Si fuera necesario? Sí.

—¿Y cuál sería su «si fuera necesario»?

—Que se cruzara en mi camino. Que me robara lo que es mío.

—Ella lo destruyó todo, ¿verdad? Todo su plan de convertirse en reina... —dice en tono insinuante.

—Y por eso espero que ese tipo haga con ella lo que haga falta.

—¿Cree que él la mataría?

—No... esa clase de gente que vive en un régimen de abuso es así... se pelean como el perro y el gato y después se acuestan en la misma cama, hacen el amor, olvidan los moratones... solo para tener la primera oportunidad de repetir la dosis.

—Usted es mejor que ella —supone Ethan.

—Es obvio. No entiendo qué vio Erick en ella.

—¿Quién es Erick?

—El príncipe.

—¿Se llama Erick?

—Haakon Iovius Erick Harry Tercero.

—¿Hubo dos antes que él?

El teatro de Ethan es gracioso de ver desde aquí fuera. Realmente uno se cree que no sabe nada de todo esto y que está más perdido que un ciego en un tiroteo.

—El abuelo materno y uno de haaace mucho tiempo.

—Usted realmente lo sabe todo sobre él. —Ethan casi aplaude.

—La diferencia crucial entre esa chica y yo, señor Evans, es que yo nací para ser su mujer. Desde niña —se jacta Jemima, mostrándome su verdadera cara, aunque yo no esté ahí dentro—. Todo lo que he hecho en la vida ha sido para este único fin. La universidad en la que estudié, la fortuna que construí yo misma, los idiomas que aprendí, las alianzas que forjé... todo para ser su reina.

—Y aun así él eligió a Ravena. —Ethan se golpetea la barbilla con el dedo índice—. ¿Por qué lo hizo?

—No lo sé. Usted es hombre. ¿Por qué no me lo dice?

—¿Decirle qué?

—¿No mataría usted por su mujer?

Ethan suelta una carcajada sonora y después vuelve a ponerse serio.

Jemima espera ansiosa la respuesta.

—Yo me convertiría en Hitler por mi mujer —dice el hombre sin rodeos—. Tomaría Noruega, destruiría Dinamarca, invadiría París. Derrotaría a los comunistas, sería la pesadilla de Churchill, convencería a millones de soldados de morir por una causa.

—¿Lo ve? No somos tan diferentes. —Jemima cruza las piernas.

—La diferencia es que yo amo a mi mujer y ella me ama a mí. —Ethan imita su gesto, como si pudiera verla, lo que la asusta —y a mí también—. Y el amor es capaz de sanar, de corregir a un hombre, de arrancarlo de sus demonios y encender una pizca de luz en su cabeza. Usted, Jemima, no recibió el amor de Erick. Así que sí, somos muy diferentes. Y me da usted pena.

Jemima no espera ni una palabra más.

Se levanta de la silla de un modo tan brusco que la tira y sale taconeando con fuerza sobre el suelo de madera; da un portazo al salir.

—Jovencita adorable. ¡Siguiente! —grita Ethan.

Svar, que ha seguido el interrogatorio de Leon, entra ya tenso. Reconozco cuándo mi primo está nervioso: mantiene la mirada fija en un único punto y las cejas levantadas.

—El cuarto en la línea de sucesión, Svar. Qué nombre tan bonito.

—No es hebreo —responde secamente.

—Es usted quien está acostumbrado a hacer las preguntas, ¿verdad? Es el inquisidor particular del presidente. El testaferro. El tipo que tiene que sacarle la información a los demás...

—Afirmativo.

—¿Cómo se sintió cuando descubrió que su primo Ayslan había renunciado?

—Hizo lo que cualquiera de nosotros desearía hacer. —Svar mantiene las manos unidas en el regazo y no mueve ni un músculo.

—¿En serio?

—Ningún Linkalter con la cabeza en su sitio desearía el trono. Nuestra familia cometió muchos errores en el pasado... hay lunáticos conspirando para acabar con la monarquía... y ahora esto.

—¿Quién cree usted que está detrás de todo esto?

—Stephan —no titubea.

—Stephan... el regente... ¿el hermano bastardo de Ayslan?

—Cree que debe ser el rey. Pero no tiene sangre para ello.

—¿No es hijo de un antiguo rey?

—Pero nació después de la renuncia; el linaje real ya había pasado.

—Consideremos, por motivos puramente científicos, que Haakon y sus hermanos desaparecen. ¿Quién se convierte en rey?

—Yo —dice Svar con firmeza.

—¿Sería usted mejor rey que él?

—Lucharía por estar a la altura, señor Evans, porque en los momentos difíciles hacemos lo que podemos.

—¿Sabe por qué no me gustan la monarquía y las «familias reales»?

—Estoy deseando saberlo.

—Los miembros de la Colmena, hombres ricos de todo el mundo, se creen superiores. Frecuentan lugares exclusivos, están inmersos en la flor y nata de la sociedad, viven como si los demás debieran servirlos.

—¿Le parece distinto de una monarquía? —lo provoca Svar.

—Ese es el punto. Imagine a personas que se creen especiales desde el día en que nacieron. Que pueden cometer cualquier error y serán encubiertas... Y que, encima, creen pertenecer a una sangre especial...

—Entiendo su disgusto.

—No, usted no lo entiende. Porque nunca ha estado en mi lugar.

—Tiene usted razón.

—Ravena está en algún lugar de Qäpak. Un sitio rural, probablemente con grandes graneros; yo apostaría por uno que

pudiera tener vacas... leche... queso...

—¿Está acusando a Leon? —Svar se levanta, con los ojos enrojecidos.

—Siéntese —dice Ethan muy serio.

Tarda un rato hasta que Svar consigue sentarse. Yo casi atravieso la pared para entrar en la sala.

—Gustavo Borges también nació en Minas Gerais. Y créame, señor Linkalter, los criminales actúan de forma hasta previsible.

—No lo entiendo.

—Él nunca había estado en este país. El clima, la comida, hasta el inglés de ustedes es un tanto diferente... sin un apoyo, sin un lugar que le recordara a algo conocido, no lo soportaría.

—Mmm.

—Alguien, y todavía no sabemos quién, consiguió hacerlo entrar en el país. Él viajó, conoció algunos lugares, vio cuál era el más parecido a su ecosistema y preparó la trampa.

—Entiendo lo que está diciendo.

—Eligió el día de la toma de posesión...

—Coronación —corrige Svar, por reflejo.

—Porque quería mandar un mensaje. Es un hombre inteligente, entrenado; formó parte de la policía de su país.

—Ajá.

—El ejército brasileño entrena en la selva, en praderas, pantanos, bosques... ¿Koioskovo tiene algo así?

—No, está muy urbanizada. Y las zonas alejadas del centro urbano son propiedad privada.

Me pierdo un poco de la conversación, porque tengo que dar la vuelta para entrar en la sala.

—¿Entonces es eso? ¿Ha descubierto dónde está?

Ethan levanta el móvil, que estuvo todo el tiempo en llamada, y pone el altavoz.

—¿Brandon?

—Un momento, papá.

—El chico está trabajando. —El señor Evans se guarda el móvil en el bolsillo—. ¿Ya has levantado el secreto bancario de Gustavo Borges?

—Sí —responde la voz desde su bolsillo.

—¿De dónde vino la transferencia?

—Banco de Èred, Qäpak.

—Sí que son buenos —reconoce Svar.

—¿Has llamado a su madre?

—Sí —responde la voz de nuevo.

—¿Han llamado a la madre de Gustavo? —Me cruzo de brazos.

—Le hackeamos el teléfono; ya está aterrorizada, intentando contactar con su hijo.

—¿Tenemos el número?

—Sí.

—Mételo en el satélite y saca la localización.

—Un momento, papá, estoy localizando.

—Es que ha nacido su hijito; desde entonces el chico está un poco lento, con las noches mal dormidas. —Ethan sacude la cabeza en señal de negación.

—Os he mandado la dirección a ti y a Yohanna. Quien hizo la transferencia: Martin Reyan. Pero creo que era un testaferro.

—Obvio que era un testaferro —pone los ojos en blanco—. ¡Esto lo hizo una mujer!

—¿Una mujer? —Abro mucho los ojos.

—Hablamos de eso después. —Ethan se levanta y me sujeta del brazo—. ¡Vamos! A rescatar a su mujer. —Me entrega su móvil, donde veo la dirección.

CAPÍTULO 29

Ravena Lessa

[!] ATENCIÓN/SPOILER: Escenas de violencia física y violación, contenido sensible que puede generar reacciones adversas. Por favor, si no te sientes cómodo, salta hasta el siguiente aviso de [!]

La deshidratación empezó a hacer estragos en mí.

Los ojos me ardían al menor contacto con la claridad y los dolores alrededor de la cabeza aumentaron; el cuerpo también se volvió lento y temblaba con frecuencia, pero no de frío.

Desde luego, no estábamos en la capital; el clima parecía más templado, aunque tampoco recordaba aquel calor de Drü.

Durante la noche tuve una pesadilla y me desperté; vi la sombra de dos personas.

No le vi el rostro a nadie de los que ayudaron a Gustavo, pero ya no me cabía duda: no estaba solo en esto.

A la mañana siguiente me dejó sola en la jaula y solo regresó al caer la noche.

—Has tenido tiempo de sobra para pensar —dice furioso, más alterado que nunca.

¿Qué podría haber pasado?

—¿Pensar en qué, Gustavo? —Oigo mi voz como un susurro y me mantengo lejos de los barrotes.

—En huir conmigo.

—¿Todavía no has entendido que no voy a ir a ninguna parte contigo?

—Ravena, no me estás dando opciones...

¿Qué opciones podría darle? No tengo ni idea.

—Intenta hacer lo correcto, Gustavo. Por lo menos una vez en la vida... piensa en tu hija.

—Ya lo estoy haciendo —dice, más decidido que nunca.

Saca el manojo de llaves del bolsillo, con las manos temblorosas y la mirada fija en mí.

Abre la puerta de la celda de par en par y se abalanza sobre mí; me sujeta la cabeza por los lados y me presiona contra la pared áspera y llena de deformidades. Intento empujarlo, pero no tengo fuerzas.

—¡Dilo! ¡Di que eres mía!

Siento un dolor que parte de mis raíces y se concreta después con el impacto contra la pared.

—¡Él nunca te amará como yo! —vocifera como un animal, babeando.

No sé si por desesperación o por un último reflejo de lucha, le doy un rodillazo certero entre las piernas.

Ni siquiera tengo tiempo de ver qué ha pasado: en cuanto siento que sus manos aflojan, lo empujo rápido lejos de mí. Cierro la celda y echo a andar por el lugar intentando encontrar la salida.

Esta nave tiene proporciones industriales. Estoy completamente perdida y no sé cuánto tiempo más podré correr.

—¡Ravena! —Oigo su grito llegar desde lejos.

Paso junto a paredes macizas de contenedores, máquinas agrícolas oxidadas. En la planta de abajo, en lo que debería ser un vestíbulo, hay un montón de sillas dispuestas sin ningún criterio; parece que alguien, un grupo, no lo sé, se reunió por aquí.

—¡Vuelve! —ruge.

Antes de que alcance las escaleras —o incluso me despeñe por ellas—, Gustavo me agarra del pelo y me da dos puñetazos en la cara. Me cubro el rostro por reflejo y él me tira al suelo, y me arrastra tirándome del pelo y del vestido, todo sucio.

—¡Voy a enseñarte que no puedes tratar así a tu hombre, puta!

—¡Gustavo, suéltame! —Me debato en el suelo.

—¡Cállate, zorra! ¿No va a ser por las buenas? Vale. Entonces será a la vieja usanza.

Lucho, clavo las uñas en el suelo, intento levantarme de todas las formas posibles, pero la debilidad biológica y la fuerza de su odio consiguen vencer y arrastrarme.

—¡Intenté ser amable... intenté tratarte bien!

Su delirio es tan macabro que en algún momento de estos dos días llegó a pensar que fue amable. ¡Qué lunático!

En una sala iluminada por la luz del pasillo, vacía si no se cuenta un fregadero y una encimera de madera desgastada, me arroja contra el suelo y empieza a quitarse la ropa.

Intento encontrar algo con lo que protegerme, pero no hay una piedra, un palo, absolutamente nada que pueda usar.

—¡Vamos a ver si así te acuerdas de los momentos más felices de tu vida!

—¡No te acerques a mí! —grito—. ¡Socorro!

Se arrodilla e intenta subirme el vestido y yo le pateo la cara. No es con tanta fuerza como esperaba; fue torpe y por reflejo. Si hubiera sabido que iba a acertarle, habría reunido todas mis fuerzas y le habría roto la nariz.

—Sí. Así es como me gusta —reflexiona, masajeándose la barbilla y la boca, donde brota un hilillo de sangre.

En respuesta, Gustavo se abalanza y empieza a darme puñetazos en los pechos, me rasga el vestido y se levanta. Me da

varias patadas en las nalgas, me patea la cintura y la espalda.

A cada golpe que me da, miro en su dirección e intento proteger mi barriga todo lo que puedo, retorciéndome en el suelo, arrastrándome, ignorando el dolor que me causa.

—Ven, puta, abre las piernas que voy a enseñarte una cosa. —Me sujeta los pies.

Mis manos intentan tirar del cuerpo hacia atrás mientras palpan el suelo; algunas uñas se agrietan en el proceso.

—¡Gustavo, no! —lloro.

Pero es demasiado tarde. Entra de golpe dentro de mí con su cuerpo sucio y podrido; mi cabeza hasta deja de razonar e intenta desesperadamente aferrarse a un buen recuerdo, huir de lo que estoy sintiendo, porque no se parece en nada a lo que he vivido en los últimos meses.

—Te está gustando, ¿verdad, puta? ¡Di que ahora te acuerdas de quién es tu dueño!

Me siento humillada como nunca antes en toda mi vida.

Si algún día pensé que había vivido días difíciles, este debía de ser la prueba de que lo peor estaba por llegar en algún momento.

Todavía intenté luchar, pero la debilidad, la sequedad de mi garganta y mi extrema preocupación por mi bebé hicieron que mi cuerpo cediera. El rostro, el tronco, todo fue a dar al suelo; las palmas abiertas de mis manos cubrían mi barriga para amortiguar cualquier impacto.

Una lágrima ácida resbala por mi rostro, quemando como fuego, mientras mi cuerpo friccionaba violentamente contra el suelo, casi inerte.

—¡Mira cómo has aprendido! —celebraba Gustavo.

Quería, de algún modo, poder imaginar que podría ser Haakon. Pero ni aunque estuviera loca y perdiendo la cordura ese acto grotesco podría llegarle a la suela del zapato a lo que él me hacía sentir.

Aquello era amor. Aquello era pasión. Era intenso y verdadero.

Esto era solo un hombre enfermo desahogando sus últimos suspiros de masculinidad mientras perdía su propia alma.

Entonces mi mente me llevó a otro lugar.

A un avión.

Al momento en que él llegó y me pidió con un gesto que me quedara. Después se sentó y parecía tan entusiasmado mirándolo todo a su alrededor, como si nunca hubiera estado en una aeronave.

Y cuando lloré... Haakon sacó un pañuelo del bolsillo.

Y aquel gesto tan simple me impactó.

Sentí la suavidad de la tela mezclada con su olor limpiar mis lágrimas, como si pudiera abrazar mi pasado y protegerme de todos los dolores. Me escuchó sin juzgarme, como si yo fuera un ser humano — algo que en este momento siento que estoy muy por debajo de ser.

—Haakon —murmuro.

—¿Has olvidado mi nombre? —explota Gustavo—. ¡Voy a hacer que lo recuerdes!

Me mete la mano dentro de la boca y me tira de la cabeza con tanta fuerza que tengo la sensación de que el cuerpo va a partirse en dos. Después me empuja con violencia y me golpea la cabeza contra la pared.

Me apago. Y mi último pensamiento antes de que la oscuridad y la inconsciencia me arrastren es: gracias a Dios.

[!] Aquí terminan las escenas de violencia gráfica y violación.

Príncipe Haakon III

El avión real aterriza en un campo de trigo en Èred, ya que no hay pista de nobles en esta ciudad del interior.

Qäpak está formada por una serie de ciudades agrícolas y ganaderas que abastecen a todo el reino. Èred, en particular, es una ciudad que produce trigo y maíz, además de tener una buena producción bovina.

Los animales huyen en cuanto aterrizamos lo más cerca que podemos del lugar donde creemos que está Ravena.

Intenté convencer a Laios de que se quedara en el palacio, porque podía ser demasiado peligroso, pero me siguió. Por Svar no tenía que preocuparme. Mi primo iba de arriba abajo con una espada a la cintura; sé que sería capaz de ganar un duelo con una mano atada a la espalda y su puntería era impecable.

No tuve tiempo y no quise avisar a mis primos Iranovichk; sé de sobra que pondrían gente a mi disposición, pero necesitaba ser rápido. Hacía ya tres días que Ravena había sido secuestrada y eso ya era un disparate.

—Muy bien, si no se ha deshecho del móvil por aquí como trampa o solo para despistarnos, hemos encontrado al desgraciado —dice Ethan.

Llenó los pulmones al salir del avión y su rostro giró panorámicamente por el campo.

—Qué olor tan delicioso a bosta de vaca y cuero secándose al sol. Creo que he llegado al Lejano Oeste —comenta.

Yohanna y Svar van delante, armados hasta los dientes: él con una espada, ella con un cuchillo, ambos con fusiles. Examinan el campo justo frente a nosotros y nos piden con una señal que nos agachemos: hay gente un poco más adelante.

—¿Sabe disparar, Laios? —le pregunta Ethan mientras avanzamos por debajo de las largas espigas de trigo.

—Soy mejor en artes marciales, si quiere saberlo. Pero aprendí a disparar hace unos... quince... veinte años... —Laios finge estar animado, pero su preocupación es evidente.

—Es sencillo. Usted les acierta a ellos y no a nosotros —explica didácticamente.

—Ajá —responde el hombre, nervioso.

—Y si se ve en apuros, cuente un chiste.

—¿Un chiste, señor?

—Sí. Dicen que reír es la mejor medicina. —Ethan aguza el oído y se agacha de inmediato.

—¿Señor Evans? —lo llama Laios.

—¿Sí, muchacho?

—¿Cómo dispara usted sin ver? —pregunta, curioso.

—Tengo una ametralladora, Laios, no necesito ver.

—Ah...

—Bueno, pues vamos allá; las reglas son las siguientes: uno, quien mate a más, gana. Dos, quien siga vivo al final, gana. Están cansados, señores. Vamos a permitirles descansar, sentados en el regazo espinoso del diablo.

Dicho esto, Yohanna se levanta, lo que me parece una locura.

Sujeta el fusil con firmeza; se nota que no es la primera vez que lo hace. Derriba a uno, luego a dos, luego a tres. Tres disparos impecables.

Ethan repta muy rápido y todos lo seguimos.

—Dos a las doce menos cuarto —avisa ella.

Ethan gira el cuerpo unos grados y dispara.

—Más arriba.

Dispara de nuevo.

—¿Y si... y si solo son pastores de ovejas? —tartamudea Laios, angustiado.

—Pues que se lleven su rebaño a la puta que los parió. —Ethan se levanta y echa a andar deprisa, como si llegara tarde a un evento importante.

Ravena Lessa

Siento una fuerte presión en el corazón y me despierto.

Abro los ojos y observo el suelo sucio y maloliente. Estoy desnuda; los jirones del vestido ya no sirven. Me duele todo el cuerpo y siento sobre todo unas punzadas en la cabeza y un escozor en las piernas, como si me hubiera despeñado por una escalera o caído de una silla.

A medida que voy recobrando la conciencia, me toco el cuerpo.

Evito llorar. No sé si es el shock o la preocupación por lo que de verdad importa.

Me duelen los costados y la barriga; la cintura me arde como si me hubiera despellejado al caer de una moto y rodar por el asfalto. Mis dedos encuentran una humedad espesa que sale de mi sexo.

Al ver la sangre ante mis ojos, no tengo otra reacción que soltar un grito de angustia. El llanto es mudo; parece que lo trago en vez de soltarlo. Solo al final, en una bocanada de aire, el sonido de la garganta arañándose llena el vacío.

—No. —Me toco la barriga—. ¡Por favor, no, no, no!

Me levanto de golpe y me pego a los barrotes al oír un ruido metálico en el tejado de la planta de arriba.

—¡Socorro! —grito a pleno pulmón.

Los disparos empiezan a impactar contra las paredes; me tumbo en el suelo y me encojo todo lo que puedo.

—¡A las doce! —oigo una voz femenina llegar de fuera.

Tiemblo al oír el sonido de tres disparos y después un silencio agónico.

Los pasos empiezan a llenar el lugar y solo oigo un disparo más. Nada más.

Hasta se me nubla la vista cuando veo surgir siluetas de la oscuridad; una de ellas sostiene un móvil.

—Lo encontramos —avisa la voz femenina.

—Svar, Yohanna y Laios, registrad cada sala de esta pocilga. Matad a cualquiera que encontréis y coged sus móviles. Cualquier documento o indicio del crimen, traédmelo también —dice un hombre con acento americano.

—¿No vamos a necesitar a alguno vivo? ¿Para interrogarlo?

—Son criminales. Yo no hablo con criminales; no soy abogado ni político —protesta el americano.

—¿Y cómo vamos a sacarles la información? —pregunta Svar, preocupado.

—Por el móvil, claro. Hoy en día Google sabe más de esta gente que ellos mismos y sus terapeutas.

Las tres siluetas desaparecen; cada una parece ir en una dirección.

—¿Haakon?

Mis ojos no dan crédito a lo que estoy viendo. Ahora sí que lloro. En realidad, no sé si lloro, no sé si preocuparme por arrastrarme hacia la oscuridad y cubrir mi desnudez, esconder la sangre y mi vergüenza.

—Ya se acabó, amor. Estoy aquí. Vamos a sacarte de ahí, ¿vale? —Haakon intenta forzar la cerradura, pero la puerta no se abre.

Toma distancia y patea; los barrotes chirrían. Toma aún más distancia y salta con una nueva patada; el ruido se intensifica.

—Protégete, amor, voy a sacarte de ahí —dice.

Con la cuarta patada consigue reventar la celda, aparta la reja y se lanza sobre mí.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? ¿Te ha hecho daño?

No consigo decir nada. Solo tiemblo, sin saber si esto es un sueño, si es mi cabeza creando una ilusión para poder soportar el trauma o si de verdad él está aquí.

El perfume es realmente el suyo. Y los ojos verdes que me miran tan de cerca me demuestran que no estoy soñando.

—Creo que... —sorbo por la nariz; el llanto llega como un mazazo—. ¡Lo he perdido, Haakon!

—¡Sssh! ¡Tranquila! —Cubre mi cuerpo con su abrigo—. Estoy aquí.

—El bebé, Haakon. —Sigo deshecha en llanto, aferrada a él. Mis manos dejan un rastro de sangre por su ropa.

Él lo ve y me sujeta el rostro con ambas manos.

—Hay médicos esperando en el avión; aguanta, mi vida. —Veo que le tiemblan los labios.

—Haakon, he perdido al bebé. —Lloro desesperada y cierro los ojos; lo abrazo con todas las fuerzas que me quedan.

—Tome. —Veo al hombre americano quitarse el sobretodo y tendérselo al príncipe.

Haakon me cubre por completo. Me cuesta levantarme y mantenerme en pie; las piernas me duelen, estoy muy malherida. En cuanto lo nota, pasa la mano por debajo de mis muslos y me levanta del suelo.

—Vamos.

—Necesito agua —digo bajito.

—Sería mejor que los paramédicos la examinaran antes de que ingiera nada —sugiere el hombre americano.

—¡Todo despejado! —reaparece Laios.

—He conseguido encontrar estos móviles y armas, además de estos maletines.

Una mujer lo ayuda a cargar con todo lo que han encontrado. Y muestra un móvil que hace ruido: está recibiendo una llamada.

—Su móvil —le avisa al americano.

—¿Diga? —contesta el hombre.

Desde aquí consigo oír una voz muy preocupada. No sé si es un delirio, pero la reconozco: es la madre de Gustavo.

—¿Qué estás haciendo, hijo mío? ¿Dónde estás? ¡Vuelve a casa!

—Hola, doña Sandra, le llamo de la central de cancelación del CPF. —El portugués del hombre está lejos de ser perfecto, pero se entiende a la perfección—. Su hijo ha huido, porque solo es valiente con mujeres indefensas. ¿Quiere dejarle algún recado?

—¿Quién es usted?

—¿Yo? Yo soy, a partir de ahora, la peor pesadilla de su hijo. ¿Quiere que le diga algo?

—Por favor, no le haga daño, es un buen chico, solo anda metido en malas compañías...

El hombre aparta el móvil y cubre el micrófono con la mano.

—Las madres... —se lamenta—. Doña Sandra, descuide, no voy a hacerle daño. Un fuerte abrazo, ¿eh? —Cuelga y lanza el móvil al aire; la chica lo atrapa.

—Usted no se lo hará. Pero yo sí —asegura Haakon.

—¿Alguien llama a doña Sandra y le avisa de que el ataúd tendrá que ir cerrado?

*

Me sacaron a toda prisa del lugar. Svar, Laios y la chica misteriosa fueron delante y cubrieron todo el camino, asegurándose de que no quedaba nadie por allí.

Haakon me llevó en brazos hasta que llegamos cerca del avión.

—Fue tan horrible... —sigo murmurando. No consigo quedarme callada.

—Ya se acabó. Ha huido y nunca más volverá a acercarse a ti.

—No tienes ni idea de lo que hizo...

—Respira, por favor, amor. No te preocupes ahora, ¡todo va a salir bien!

—Creo que nuestro bebé ha muerto, Haakon —gimoteo, sin fuerzas y sin lágrimas; parece que todo en mí se ha secado o ha muerto.

—Vamos a preocuparnos primero por ti, ¿vale? Los médicos nos lo dirán todo, así que tranquila.

Me abraza con mucha fuerza y solo me suelta cuando los dos médicos que nos esperan, frente al avión, empiezan a examinarme.

Haakon se quedó cerca y no dejó que nadie más se acercara. Atento a lo que decían los médicos, me miraba siempre con una sonrisa, intentando calmarme y mostrarme que todo estaba bien.

—Está deshidratada y posiblemente sufriendo delirios —evalúa uno.

—¿Y mi bebé? Quiero saber de mi bebé. —Agarro la mano de uno de ellos.

—Primero tenemos que tratar su estado. En Koioskovo le haremos una ecografía y lo comprobaremos todo, señora; no se preocupe.

Haakon vino y me sujetó la mano. Sus ojos no se apartaron de los míos en ningún momento.

—Eres fuerte. Todo va a salir bien —repite.

El cansancio y el agotamiento acabaron por hacer que me apagara, pero esta vez al menos tenía la tranquilidad de estar a salvo.

CAPÍTULO 30

Príncipe Haakon III

Ravena se despertó varias veces, ya fuera en el trayecto de vuelta a la capital o cuando la instalamos en el ala hospitalaria del palacio, en la habitación mejor equipada. Un equipo de veinte médicos y enfermeros se hizo cargo de todo; el primer día apenas pude verla.

Como al segundo día su estado parecía estable, pude verla.

Me angustié al ver a mi mujer rodeada de tantas máquinas, un respirador, un soporte para el suero, además de todo lo que controlaba sus constantes vitales.

Conseguí que colocaran un sillón junto a la cama y un apoyo para el brazo; así podía trabajar y seguir a su lado.

—¿Dónde estoy? —Ravena despierta, pero no parece del todo consciente; es más un reflejo o un delirio.

—Estás en el palacio. Estás bien, yo estoy aquí. —Poso la mano sobre la suya.

Solo así conseguía volver a dormirse. Hasta despertar de otra pesadilla y preguntar las mismas cosas.

—Estaba muy debilitada y deshidratada, pero en tres días ha tenido avances significativos —asegura el médico.

—¿Y el bebé?

—Son dos —puntualiza el médico—. No tengo ni idea de cómo han sobrevivido; ella tiene excoriaciones por todo el cuerpo y se ve que sufrió traumatismos fuertes, pero, por algún milagro, los bebés están bien.

Me tiemblan las manos y los ojos se me llenan de lágrimas. Todo lo que consigo es sacudir la cabeza y decir:

—Estupendo.

A veces Ravena se despertaba y permanecía en silencio, sin ganas de hablar. Parecía todavía en shock, un tanto atormentada; no emitía ningún sonido aparte de la respiración. Me veía despachar documentos y volver a dedicarle toda mi atención.

Le leí en voz alta Harry Potter y la Orden del Fénix, su libro favorito, y también vimos algunas series tontas y rápidas.

Me sorprendió que sus primeras palabras después de todo esto fueran:

—La culpable soy yo, ¿verdad?

—¿Qué estás diciendo, Ravena?

—Debería haber salido contigo aquel día... no debería haber ido después...

—Tú no tienes la culpa de nada de lo que pasó —digo muy serio—. Si alguien tiene la culpa aquí, soy yo. No debería haberte dejado sola.

—Estaba con varios escoltas —reflexionó—. Algunos murieron... ¿Akádia está bien?

—Sí que lo está. No sale de ese pasillo, si quieres saberlo. —Señalo la puerta con la cabeza.

—Recibió un disparo por mí.

—Será condecorada por ello —afirmo—. ¿Cómo te sientes?

—¿Fue solo un delirio... o el médico dijo que el bebé estaba bien?

No quería tocar ningún tema relacionado con el secuestro ni nada que lo rodeara, y menos aún mencionar cosas del embarazo, porque podría desencadenar reacciones muy severas en ella. Y yo no quería eso. Solo deseaba su recuperación total.

—Son gemelos. —Le sujeto las dos manos, con cuidado de no arrancarle el suero del brazo, y le beso el dorso de la mano—.

Tienen una madre muy fuerte. Que luchó con bravura por ellos. Los bebés están bien.

—¿Ninguna secuela? ¿No tuve un aborto?

Se queda con el rostro vuelto hacia el techo; una lágrima le resbala por el costado de la cara hasta reposar en la almohada.

—Perdiste mucho líquido y eso fue todo. Está claro que todo lo ocurrido os generó estrés a ti y a los bebés. Por eso los médicos consideraron mejor dejarte dormir unos días, que te rehidrataras, recuperaras las fuerzas y volvieras poquito a poco a la vida normal.

—Yo no querría estar aquí...

—¿Conmigo?

—En este palacio. —Mira a su alrededor—. No estamos en casa, ¿verdad?

De hecho, la arquitectura es muy diferente. El palacio es opulento en todas partes, incluso en el ala hospitalaria. Nuestra casa también tiene un aire noble, pero no tanto como aquí.

—Pensé que aquí estarías bien cuidada y que alejarte de aquel lugar, donde ocurrió el secuestro, te haría bien.

—Pero a la gente de aquí no le gusto... —Empieza a moverse de forma brusca y tengo que sujetarla.

—No importa. Eres la reina y tienes tanto derecho a estar aquí como cualquiera al que no le gustes —digo con firmeza.

—¿Todavía me amas, Haakon?

—¿Qué clase de pregunta es esa, Ravena? —Le aprieto los dedos. Acerco el rostro al dorso de su mano y lo beso; después dejo la mejilla apoyada sobre sus dedos—. Claro que te amo.

—¿No te doy asco?

—No. Claro que no. —Me quedo mirándola con los ojos muy abiertos.

—Nunca me he sentido tan humillada y violada en toda mi vida... —Su voz se va debilitando.

Mi preocupación se vuelca por completo en su mejoría. Le limpio el rostro con un pañuelo y le sujeto la mano con firmeza; cojo el libro de Harry Potter que estaba en la mesilla de al lado y empiezo a leer, desde el principio.

Ravena vuelve al silencio de antes. A veces se ríe con algún pasaje que leo; a veces llora sin emitir sonido alguno.

Cuando duerme, le doy gracias a Dios por concederle ese momento de paz. Parece más serena y revitalizada cuando cierra los ojos y ronca.

Dios mío, cuánto echaba de menos oírla roncar. Da una alegría, una paz...

—Porquinha... —Le beso la frente y recuesto la cabeza en la cama, a su lado.

*

Al día siguiente, los médicos le hacen una nueva batería de pruebas para comprobar que todo está bien. Salgo de la habitación para reunirme con Ethan Evans.

—¿Alguna señal de él?

—Ninguna. Lo más probable es que esté escondido en un agujero esperando el momento de salir —lamenta el hombre; creo que quiere matarlo más que yo.

—Quiero matarlo. Con mis propias manos —gruño.

—No me mire a mí, no estoy aquí para juzgarlo. —Ethan se ajusta las gafas.

—Usted había dicho, si no me equivoco, que esto era cosa de una mujer.

—Ah, sí, sin duda.

—¿Alguna corazonada?

—Tengo varias. Pero algunas investigaciones llevan tiempo... y estoy haciendo todo lo que puedo. ¿Cómo está su señora?

—Se está recuperando... es más fuerte de lo que imagina. —Asiento con la cabeza.

—Todas lo son. Dicen que es el sexo débil... pero no hay nada más resistente que una mujer.

—Estoy de acuerdo.

—¿Y los bebés?

—Solo está de un mes. Fue un milagro que todo saliera bien... pero los médicos están preocupados; dicen que tienen que hacer seguimiento del caso por si se produce un aborto espontáneo más adelante... o alguna secuela...

—Lo peor ya ha pasado. —Es la conclusión a la que llega—. Mi investigación ha determinado que el miembro del consejo, Nantes, el jefe de Reyan, no tuvo nada que ver con el caso. Desde luego fue negligente y lento, pero no estuvo involucrado.

—Eso no quita que sea un hijo de puta.

—Ah, eso sin duda lo es. —Ethan asiente—. Yo lo despediría.

—Todavía no puedo. Ni siquiera sé si soy rey; en cualquier caso, solo podré usar mis poderes cuando nazca mi heredero.

—El mundo entero está hablando del rescate de la princesa... y de que su príncipe se puso en peligro por ella... —Me enseña en la tablet algunos titulares.

—A veces me pregunto si solo soy eso...

—¿El qué?

—Motivo de portada de revista, de cotilleo o de titular —reflexiono mientras veo las distintas fotos.

Me sacaron fotos saliendo del avión, acompañando a Ravena, que iba en la camilla empujada por los paramédicos, y tratando de apartar a los paparazzi que buscaban el mejor ángulo para la foto cuando llegamos al palacio.

—No dejo de preguntarme... ¡¿cómo lo planeó todo?!

—¿El secuestro?

—Es más que el secuestro. Estuvo aquí, la encontró en la graduación de una promoción de la marina... prácticamente arruinó mi coronación hasta el punto de que ni sé si fui nombrado rey o no... y encima violó a mi mujer.

—No fue él quien lo planeó. —Es la conclusión de Ethan.

—¿No?

—Ese Gustavo es un hombre muy explosivo y reactivo... quien pensó esto tiene sangre fría, lo planeó durante años, lo tenía todo cronometrado...

—¿Qué quiere decir?

—Hay un patrón en todo esto. Gustavo aparece en una foto cuando usted está lejos... secuestra a la princesa minutos después de que salga de casa y le roba la atención a su gran momento... y, aun estando ella embarazada, la violó.

—¿Por qué? —Es lo que quiero saber.

—Quienquiera que sea, QUIERE que los demás lo sepan.

—¿Cómo dice? —Miro alrededor.

—¿Cree que los médicos no se dieron cuenta de que fue violada?

—Claro que se dieron cuenta —respondo de inmediato.

—Porque quien planeó esto quería que se dieran cuenta. Porque, para ser nombrado rey, usted necesita un heredero legítimo.

—Sí, pero una prueba de ADN puede demostrar que soy el padre.

—¿Demostrar? —Ethan esboza una sonrisa—. Estamos en la era de la posverdad, mi querido presidente. Donde la gente inventa mentiras, oculta historias, crea relatos paralelos. Los lunáticos no necesitan pruebas; solo necesitan que alimenten sus conspiraciones, nada más.

—¿Qué quiere decir?

—Usted se enfrentó al Consejo Real. Y aun así no pidieron su cabeza.

—Sería una locura...

—Porque el pueblo está de su lado. El pueblo lo ama. Y el pueblo, incluso en una monarquía, tiene poder —asiente Ethan.

—¿Eso cree?

—Bueno, pregúnteselo a Luis XVI y a María Antonieta...

Entorno los ojos y miro fijamente al hombre.

—Entiendo adónde quiere llegar.

—El arma más letal que existe, sobre todo en la era de la información, es el conocimiento. Quienes saben, tienen poder.

—Y algunos inventan conocimiento...

—O fake news. —Ethan esboza una media sonrisa y arquea la ceja.

—¿Usted es una especie de profeta o qué?

—Yo solo pienso como ellos; es mi trabajo. Cuando quieren, amañan elecciones, tergiversan relatos, inventan historias macabras, porque a la gente le gusta oír historias macabras; quieren creer en algo así. La vida se vuelve más interesante.

—Ajá.

—Cuando actuó contra el tráfico de personas aquí en el Septentrión, usted tocó a gente muy poderosa.

—Ustedes en América también...

—Sí. Y nos atacan, siempre. Pero permanecemos unidos y saben que no dejamos pasar ningún atentado contra nuestra familia.

—¿Qué sugiere?

—Sugiero que compre una guillotina —piensa Ethan en voz alta —. Intenté traerle una de regalo, pero al piloto del avión no le pareció de buen gusto cargar con semejante armatoste.

—La guillotina es una figura retórica, ¿no? —Me rasco la cabeza, confundido.

—¿Usted cree? —Se ajusta las gafas—. Prepárese y prepare a su mujer: las historias van a empezar a estallar pronto.

—Si ya lo sabemos, ¿por qué no lo impedimos ahora, de una vez?

—No... ¡tienen que ocurrir! ¿Alguna vez ha intentado matar ratas y cucarachas?

—No, aquí no tenemos ese tipo de problemas.

—Si intenta matar una rata, digamos, con un queso sobre una ratonera, ¿qué hace la rata?

—Intenta coger el queso y muere de un golpe.

—Exacto. Las demás ratas lo verán. Y aprenden rápido: saben que, por muy apetitoso que sea ese queso, no pueden acercarse, porque tendrán el mismo final.

—Mmm.

—Ahora, digamos que usted esparce quesos por el suelo...

—¿Sin ratoneras?

—Sin ratoneras —propone Ethan.

—¿Alimentar a las ratas? —Intento entender adónde quiere llegar; entorno los ojos.

—Ahora digamos que el queso está envenenado. Y que el veneno solo hace efecto veinticuatro horas después.

—¿Por qué solo veinticuatro horas después? —Me intriga.

—Porque si se comen el queso y mueren enseguida, asociarán el queso a la muerte. Entienda, señor presidente: el crimen tiene que ocurrir; si no, ¿de qué vamos a castigarlos? —Se quita las gafas —. Yo necesito recibir un puñetazo en la cara para poder decir que accidentalmente le arranqué el ojo, la mano y uno o dos litros de sangre a un hombre por pura legítima defensa, si un tribunal me lo pregunta.

—Entiendo adónde quiere llegar. —Ahora asiento.

—Luis XVI y María Antonieta no murieron porque los revolucionarios fueran sociópatas. Murieron porque ambos eran crueles, lunáticos y estaban contra el pueblo. Por eso el pueblo acabó con ellos.

—¿Cree que necesito al pueblo?

—Creo que necesita a quienes lo aman de verdad. Porque, quienquiera que esté conspirando, consiguió persuadir a miembros del Departamento de Inteligencia del país donde usted es presidente.

—Rey.

—Príncipe —Ethan corrige mi corrección.

—Touché.

—Y así es como llegaremos hasta quien empezó todo esto. Dejaremos que ocurra. Localizaremos. Entregaremos el queso envenenado. Y esperaremos. La gente cree que está segura por lo que hace en internet, pero deja rastros. Y yo soy un buen sabueso.

—Sí. Confío en usted.

—Gracias.

Ravena Lessa

El hecho de que mi embarazo no se hubiera interrumpido me producía un alivio inmenso, pues mi mayor preocupación en aquel momento desdichado era proteger lo más precioso que había en mí.

Lo que ocurre es que, una vez que mi preocupación ya no estaba puesta en la integridad de mi embarazo, esta pasó rápidamente a ocuparse de cómo me sentía.

No era solo como si hubiera retrocedido al punto de partida, donde me sentía sucia.

Ahora sentía asco de mí misma.

No conseguía mirar a Haakon a los ojos, porque me pasaba el rato imaginando qué pensaba él cuando me miraba.

De alguna manera sentía que lo había traicionado.

Y que él me dejaría en cualquier momento.

—Él nunca va a quererte como yo te quiero.

Aunque Gustavo no estuviera presente en cuerpo, sus palabras resonaban dentro de mí. El recuerdo me hería más que el dolor físico.

—Vamos a ver si sigue queriéndote cuando mi bebé esté ahí dentro.

A veces cerraba los ojos y fingía dormir, solo para no tener que hablar con Haakon y que, por algún descuido, él me preguntara por aquellos días macabros que pasé y yo dijera en voz alta lo que ocurrió.

No.

Sería como revivirlo todo de nuevo.

Y sentirme mucho más que sucia y tener asco de mí misma.

Preferiría estar muerta.

En una semana me recuperé. Ya podía andar por la habitación, por el ala hospitalaria y por toda el ala norte del palacio, pero por la noche volvía a dormir rodeada de aparatos. Por suerte, Haakon no pasó ni un solo día sin estar a mi lado, aunque fuera en el sillón.

—Buenos días, Ravena.

Otro paso importante en todo esto fue empezar las sesiones de terapia.

Claro que al principio me daban ganas de exigir que me atendiera mi antigua terapeuta, la de Brasil. Aunque fuera por videollamada. Sin embargo, el palacio tenía muchas normas y, entre ellas, que solo un grupo selecto de psicólogos y psicoanalistas podía atender a sus miembros.

Ya que, en el pasado, era habitual que periodistas y biógrafos acabaran pagando cantidades desorbitadas para sonsacar confesiones a esas personas, y que estas, de un modo muy poco profesional, cedieran y luego les revocaran la licencia.

—Buenos días. —Veo al hombre cerrar la puerta detrás de mí.

—Me llamo Sasha y voy a ser su terapeuta.

El hombre, alto y con el pelo castaño claro peinado en un tupé, sonrió. Se ajustó la bata y extendió la mano para invitarme a sentarme.

Los dos sillones negros estaban frente a una chimenea. Las paredes estaban cubiertas de libros, cuadros y objetos decorativos.

Todavía estaba insegura y me sentía incómoda, porque prefería que me atendiera una mujer. Pero Sasha me transmitió confianza desde la primera mirada.

—¿Viene usted al palacio a atender a muchos miembros de la familia real? —pregunto.

—Atiendo solo a la señora Irinna Iranovichk —se pone las gafas gruesas— y a Leon.

—Ah, ¿atiende usted a mi primo?

Con un gesto de cabeza casi imperceptible, lo confirma.

—No sé si ha hecho terapia antes, Ravena, pero es mi deber decirle que nuestras sesiones son privadas y secretas. Nada puede salir de aquí; nunca mencionaré ningún asunto tratado a otros miembros de la familia real, incluido su esposo, el rey.

—Sí, lo sé. —Suelto el aire despacio por la boca.

Qué sensación tan extraña. Soy psicóloga, sé bien cómo son estos primeros momentos de la terapia, pero no tengo ni idea de por dónde empezar.

—Lo sé porque soy psicóloga.

Si hay que empezar por algún sitio, que sea por la verdad.

Sasha no dice nada. Cruza las piernas y se recuesta en el sillón, observándome.

—Sí, lo sé. Seguramente ya me habrá visto con ropa de criada... o en la cocina, haciendo tartas y dulces... Es que mentí. A todo el mundo, incluso a mi primo Leon.

—¿Cómo se siente al respecto? —No me juzga ni expresa nada con la mirada.

—Mal, claro. Es mi primo, fue la única persona que aceptó escucharme y acudió enseguida en mi ayuda. Es que... mentí al principio, no sabía cómo captar su atención, así que quise hablarle de algo que le gustaba. A la gente le gusta hablar de sí misma y de lo que hace.

—¿Y ha pensado en contarle la verdad?

—Desde el día en que llegué. Pero no encontré el momento...

—¿Cree que existe un momento para decir la verdad?

Va directo al fondo. Certero. Como si encontrara el trozo de cristal clavado en el pie y lo sacara con unas pinzas un segundo después, dejando un poco de dolor en su lugar, pero libre del cristal.

—Es usted bueno —admito.

Sasha no expresa ninguna emoción. Sigue mirándome fijamente.

Me quedo reflexionando sobre muchas cosas y la sesión termina después de tanto silencio.

—Su tiempo ha acabado. Muchas gracias por venir, Ravena. La espero mañana.

—Gracias. —Salgo deprisa.

Salgo decidida a encontrar a Leon.

Ni siquiera necesito salir del palacio: me estaba esperando delante de mi habitación, en el ala hospitalaria. Me abraza fuerte al verme y nos quedamos pegados durante minutos.

—Tengo una cosa que contarte —digo desesperada.

—Yo también —dice él, angustiado.

—Te mentí. Soy psicóloga, no repostera.

—Creo que soy trans —dice él, casi al mismo tiempo que yo.

Los ojos parpadean con lentitud. Reflexiono un poco sobre lo que acaba de decir y él parece hacer lo mismo.

—¿Qué has dicho?

—Tú primero.

—Soy... psicóloga.

—¿Entonces no eres repostera?

—No. —Suspiro largamente. Empiezo a mirarlo: sus ojos grandes y delicados, su rostro en el que nunca hay barba ni bigote, su piel tan cuidada.

—¡Lo sabía! Claro que lo sabía. Siempre te costaba tanto todo...

Me muerdo el labio inferior. La verdad es que creo que estorbé más de lo que ayudé.

—¿Por qué no lo dijiste antes? Te habría ahorrado pasar tantos nervios y esforzarte tanto.

—¿No estás enfadado conmigo?

—¿Enfadado contigo? ¿Por qué? Aunque no seas repostera, me ayudaste muchísimo...

Sí, tengo que darle la razón. También monté un buen lío, no voy a mentir.

—¿Cómo que crees que eres trans?

—No lo sé... no sé explicarlo, es solo que... cuando fui a París y nada salió bien, sentí que necesitaba dejar de reprimir algunas cosas... y pasaba tanto tiempo vestido de chica que acabé acostumbrándome a sentirme una... creo que siempre he pensado como una chica, solo intentaba ocultárselo a todo el mundo...

—¿Y qué cambió?

—Conocí a Svar... y a él nunca le importó. Le gusto esté como esté. Pero cuando vinimos aquí... estaba el rey... la Reina Madre... él era una figura pública... me aconsejaron que no hiciera nada y que siguiera siendo solo un chico.

—¿Quién te lo aconsejó?

—No es importante... tienen normas. Yo era un intruso. No podía llegar y ponerlo todo patas arriba; intentan vivir sin polémicas y...

—¿Quién te lo aconsejó? —insisto en ese punto.

—La Reina Madre.

—Hum.

¿Por qué no me sorprende?

—Dijo que en mi intimidad podía ser quien quisiera. Pero que, cuando la gente me viera, yo sería una extensión de ellos, y por eso debía ser discreto y no mostrar mis defectos.

—¿Qué defectos?

Leon se encoge de hombros.

—Primo, lo siento mucho. —Abrazo a Leon con fuerza.

—Yo también —dice bajito.

Creo que estoy asfixiando al pobre.

—Pasé tanto miedo... pensé que no volvería a verte...

—Yo también lo pensé... fue horrible. —Aprieto los ojos con fuerza y dejo que me abrace todo el tiempo que quiera; yo también lo necesito.

—Ese Gustavo va a pagar por lo que hizo, escucha bien lo que te digo.

—Va a pagar, sí. Pero no hagas ninguna tontería.

—Vale.

—¿Leon?

—Dime, prima.

—Cuando yo sea reina, vas a poder ser todo lo que quieras. —Le pongo la palma de la mano en la cara.

Él se queda en silencio. La sonrisa llega junto con las lágrimas en los ojos.

—Y nadie va a decirte lo que debes ser ni cómo debes ser. Si te vas a vestir de chico o de chica... si vas a usar pintalabios o dejarte crecer el pelo... Si vas a interrumpir la transición al darte cuenta de que no era eso o si vas a llegar hasta el final. —Le cojo las manos—. Yo estaré ahí, por ti.

—Gracias —dice llorando.

Y yo, que tengo la lágrima fácil como nadie, lloro también y lo abrazo muy fuerte.

—Solo se vive una vez. Así que, si hay que vivir, que sea de verdad y sin arrepentimientos.

—Gracias, Majestad.

—Leon, yo no soy ni seré nunca Su Majestad. Siempre seré tu prima.

CAPÍTULO 31

Príncipe Haakon III

Quienquiera que pretendiera estropear mis planes, lo consiguió.

Después de la coronación tenía una gira por los cuatro países que formaban el Septentrión; luego viajaría a otros de Europa, Asia, África y América. Todo se aplazó sin previsión de nuevas fechas.

Al menos todo el asunto sirvió para unirme más a mi esposa.

Pasamos, sí, algunos días en silencio, pero siempre juntos.

Creo que, en parte, el amor debe de ser eso: estar al lado del otro, incluso en silencio, pero estar ahí.

—¿No puedes dormir? —Levanto la cabeza en mitad de la noche.

Ravena finge que duerme, pero no ronca. Por más que ella crea que no lo hace, lo hace. Y, por lo tanto, sé que está fingiendo.

—No hace falta que finjas. —Me río bajito.

Ella vuelve el rostro hacia mí y extiende la mano. Me acaricia el pelo y parpadea despacio.

—¿No es incómodo dormir ahí?

Se refiere a que estoy en el sillón, aunque con todo el torso tumbado sobre la cama.

—Los sacrificios que hacemos por unas buenas vistas. —Le pellizco la punta de la nariz a Ravena.

—¿Haakon?

—¿Sí, amor?

—Quiero ser útil —dice, inquieta.

—Eres muy útil.

—Quiero hacer algo que me dé un propósito, ¿sabes? A veces siento que me estoy muriendo por dentro... no quiero seguir pensando en lo que ocurrió... quiero mantenerme ocupada.

—Pero no estás recuperada del todo.

—Puedo recuperarme mientras hago algo útil. ¿Crees que puedes conseguirme algo que hacer?

—Hablaré con Laios. —Me tapo la boca al bostezar.

—Tengo hambre —murmura.

—No me digas que es un antojo de embarazada. —Me río.

—No... Es hambre, sin más.

—Pues voy a buscarte algo. —Me levanto y me estiro sin mucha prisa.

Ravena sale de la cama, se ata la bata a la cintura para dejar todo el cuerpo cubierto y me sigue. Yo llevo una sudadera roja y unos pantalones de algodón.

Recorremos el palacio de puntillas hasta llegar al ala oeste, donde están las cocinas.

—¡¡¡Chsss!!! —Me aprieto el dedo índice contra la nariz cuando pasamos por delante de algunas habitaciones, entre ellas la de Gaius.

El palacio tiene varias cocinas, así que elegimos una pequeña y completa: tiene todo lo que necesitamos y el desorden no será desorbitado. Enciendo las luces y vemos las dos neveras y los congeladores, los fogones eléctricos y el juego de cuchillos, cubiertos y utensilios.

—¿Qué quieres comer?

—¿Crees que se puede hacer pan de queso?

—¿Pan de queso? —Arqueo la ceja—. Vale, voy a ver si hay polvilho...

Tengo que ir a la cocina de tamaño industrial que se usa en ocasiones multitudinarias, como el baile o las visitas de embajadores y gobernantes extranjeros. Allí encuentro todos los ingredientes y vuelvo a la cocina, donde Ravena está sentada en la encimera con una tarrina de helado abierta, dándole cucharadas infinitas.

—¿Tanta hambre tienes? —Le beso el hombro y apoyo la barbilla sobre su cabeza.

—¿Quieres? —habla con la boca llena, sin importarle.

—Sí, quiero. ¿Helado de qué?

—De fresa. —Me lleva la cuchara a la boca.

Me lo como todo de un bocado y, en vez de limpiarme los labios con la lengua, se los apoyo en la nariz.

—¡Ahora me has manchado! —protesta.

—¡Anda, una naricita fría no mata a nadie!

Esquivo los manotazos que intenta darme y dispongo sobre la encimera, de forma ordenada, todo lo que vamos a necesitar: huevos, dos tipos de polvilho (agrio y dulce), aceite, leche, agua, sal y varias piezas de queso.

—Pues parece que sí sabes hacerlo. —Arruga la nariz.

—¿Tú sabes?

—¡Pues claro que sé, soy de Minas, uai! —Se ofrece y se levanta, coge la cazuela.

Ravena gruñe y me mira con rabia, porque la he obligado a soltar el helado. Va a poner la cazuela con agua al fuego.

—¡No te comas mi helado! —protesta y me quita la cuchara de la mano.

—Debe de haber decenas en la nevera.

—Pues coge el tuyo. —Pone mala cara.

Apoyo los codos en la encimera y la observo comer.

—¿Qué pasa?

—¿Amor?

—¿Mmm?

—¿Me das helado? —pido, intentando poner morritos.

Primero se ríe. Niega con la cabeza y me lo reprocha por completo.

—No sería capaz de decirte que no... —Y me da una cucharada.

—Es recíproco y verdadero. Venga, vamos allá con el dichoso pan de queso... —Ya enciendo el horno para que se vaya calentando.

Ravena añade leche, aceite y un poco de sal al agua. Yo pongo en el bol un poco de cada polvilho y lo dejo sobre la encimera.

—Deja, ya lo cojo yo.

Apago el fuego y espero un rato antes de llevar la cazuela a la encimera y escaldar el polvilho. Ravena lo observa todo en silencio, sin decirme nada.

Lo estoy haciendo de memoria.

Remuevo con una cuchara de madera y dejo enfriar la mezcla; mientras tanto, empiezo a rallar los quesos.

—¿Para qué tantos quesos?

—Para que probemos.

—Mmm, un vino vendría de maravilla ahora...

—Te dejaré beber todo el vino que quieras después del embarazo. Hasta entonces, solo el queso.

—¿Habrá goiabada?

—¿Goiabada? —Arqueo la ceja—. Sí, la importamos. Pero ¿vas a comerte ese dulce con queso?

Ravena sale corriendo hacia la despensa y yo la sigo, temiendo que se caiga o le pase algo. Igual que va, vuelve; me ignora por completo, ha encontrado rápido lo que quería y regresa a la

encimera, corta un trozo del dulce oscuro, corta un trozo de queso y se lo come.

—Madre mía... ¡tienes que probar esto!

—No... ¡es rarísimo! —Esquivo su mano, que me ofrece el manjar.

—De verdad, no he probado una goiabada tan rica en toda mi vida. Y este queso está bueno, ¿eh? Parece que viene de Minas.

—Solo importamos cosas de la mejor calidad para el palacio.

—Pues es de muchísima calidad. Pruébalo. —Me lo ofrece de nuevo.

Me resulta tan raro imaginarme comiendo queso con esa cosa dulce que hago una mueca.

—Venga... está bueno, ¡confía en mí!

—Vale, confío en ti. —Abro la boca y me lo hace probar.

Al masticar, hago una mueca. Ravena me da un pellizco que deshace automáticamente mi teatro.

—Está increíble. ¡Buenísimo, de verdad! —Mi cerebro parece haberse colgado; intenta procesar el sabor.

—Está rico, ¿eh? Lo llamamos Romeu e Julieta.

—¿Tipo Shakespeare?

—Sí. Exactamente.

—¿Por qué?

—Uy... no lo sé. Pero Brasil es cultura, es una mezcla bien apañada.

—Vale... —Termino de morder el trozo robándoselo de la mano; casi le arranco un pedazo de dedo a Ravena de paso.

—¿Y esse pan de queso, eh? ¿Sale o no sale? —Vuelve al helado.

—Saldrá, tranquila.

Termino de rallar el queso fresco que ella elige, añado uno de los huevos y después una buena parte del queso, mezclo, repito el proceso y la llamo.

—¿Sí?

—Mezcla la masa. —Señalo el bol.

—¿Yo?

—Sí, tú.

No discute. Pasa por delante de mí y hunde las dos manos en el bol, sin protestar, aunque se ensucie. La observo desde arriba, viendo lo familiar que le resulta la receta y cómo consigue mezclarlo todo con maestría.

Paso mis manos por debajo de sus brazos y las meto en la masa para ayudar a amasar. Casi no hay espacio para que Ravena se mueva.

—Ahora tenemos que amasar hasta que se despegue de las manos —murmuro.

Ella y yo sabemos bien que la masa está bastante pegajosa; parece una especie de pegamento elástico que no quiere soltarse de los dedos. Pero, conforme seguimos amasando, apretando, removiendo bien, poco a poco se va soltando.

Mis manos quedan limpias, con apenas restos de la mezcla.

Ravena tarda un poco más; aun así, no me aparto de detrás de ella: sigo observándolo todo desde arriba, con la barbilla descansando en su hombro y la nariz girándose de vez en cuando para pincharle la oreja.

—¿Crees que ya podemos hornearlo? —pregunta.

—Creo que sí.

Salgo a por la bandeja y me la llevo a ella conmigo: la levanto en el aire y camino hasta el largo armario que cubre la pared y guarda los utensilios. Ravena coge la bandeja y volvemos —yo todavía cargando con ella— para hacer las bolitas.

—Hay que engrasar la bandeja —recuerda ella.

Unto la bandeja con un poco de aceite y terminamos todos los preparativos. La metemos en el horno y solo entonces nos separamos: dejo que vuelva a su helado y yo me siento enfrente.

—¿Puedo decirte una cosa?

Creo que se da cuenta de que quiero tocar un tema delicado que se sale de la cocina y del momento. Ravena se encoge y se queda mirando el horno; me evita.

—Mírame.

—¿Mmm? —Se hace la despistada.

—Estoy aquí, ¿eh?

—Lo sé... es que no quiero... ¿sabes...?

—Escúchame, por favor.

La venzo por cansancio. El sabor de la victoria es casi amargo, pero no me arrepiento de haber luchado.

—¿Sabes por qué nunca quise ser rey?

—Porque huías de la responsabilidad. Ya me lo contaste.

—Sí. ¿Y sabes por qué?

—Porque no querías responsabilizarte de millones de personas —dice, todavía distante.

—Yo siempre vi el TDAH como una maldición. —Creo que ahora he robado la atención que quería—. Siempre fui un niño con muchos intereses y no profundizaba en ninguno. Siempre lo quería todo, pero nada tenía aquel brillo. Siempre quería estar rodeado de todos, pero me sentía solo. Mi cabeza es mi mayor saboteadora: soy incapaz de leer dos páginas de un libro y acordarme de lo que estaba leyendo si no me tomo la medicación.

—Lo siento mucho.

—Nadie me consideraba apto. Cuando me ingresaron en una clínica psiquiátrica de joven, antes del diagnóstico, lo celebraron, porque yo era un rey loco. Autista, probablemente. Incapaz de

conectar con la gente. Es decir, la oportunidad de acabar con la dinastía y, por consiguiente, con la monarquía.

—Madre mía, Haakon... —Deja la cuchara suspendida en el aire, paralizada.

—Varios profesores particulares se rindieron conmigo. Algunos empleados del palacio me evitan todavía hoy, si quieres saberlo...

—¿En serio?

—Pero mi padre creía en mí. Donde todos, e incluso yo mismo, veían a un niño limitado y lleno de problemas, él veía el futuro del país.

—Pero tú huiste... porque no querías responsabilizarte...

—Sí, Ravena. No quería responsabilizarme de mí.

—No lo entiendo.

—Cuando sea rey, si mi pueblo es pobre, será culpa mía. Si mi pueblo es infeliz, será porque fracasé. Si mi pueblo no tiene futuro, será porque yo se lo robé.

—No seas tan duro contigo mismo... —Pone morritos y me lanza una mirada afligida.

—Entonces llegaste tú. —Cubro la mano de Ravena con la mía —. Y necesitaba responsabilizarme. Necesitaba protegerte, cuidarte, ser tu puerto seguro. Y fallé, miserablemente.

—La culpa no fue tuya, Haakon.

—Tampoco fue tuya. Si eres capaz de comprender que yo no tuve la culpa, tienes que aceptar que tú tampoco eres culpable de lo que pasó.

Se queda callada y vuelve a poner distancia emocional.

—Yo huía porque, cuando te responsabilizas de algo y fracasas, duele. Porque dependía solo de ti, solo de tus acciones, de tu esfuerzo, y no queda nadie más a quien culpar.

—Bueno... en este caso... está Gustavo. Él es el culpable.

—Y va a pagar por todo lo que te hizo. Lo mataré con mis propias manos.

—No hace falta que te arriesgues por mí... —Baja la cabeza y suspira.

—Sí hace falta, porque soy tu rey y tu esposo y te hice una promesa. Te di mi palabra. Y debo cumplirla.

Ella aprieta los labios y asiente, en silencio.

—Tú haces que no quiera huir de ninguna responsabilidad. Tú me das fuerzas para continuar. Tú me hiciste ver que todo esto es mucho más que un trono, una corona o tener poder.

—¿De qué va, entonces?

—Va de no huir de quien soy. —Golpeo la mesa con el puño cerrado—. De aceptar lo que nací para ser. Y de esforzarme, aunque resbale, aunque fracase, ¡aunque me pierda por el camino!

Asiente despacio.

—Cuando sea rey, ¿estarás a mi lado?

—Sí.

—No respondas a la ligera, Ravena. Cuando sea rey, porque algún día lo seré, ¿estarás ahí si fallo? ¿Si caigo? Si necesito apoyar la cabeza en tu regazo, si necesito que me prestes tus oídos, si estoy al límite de mi ser y creo que es el fin. ¿Estarás ahí por mí?

—Sí —responde sin titubear—. Estaré.

—Entonces, ¿por qué dudas de que yo esté aquí por ti ahora?

Ravena Lessa

Una bofetada me habría dolido menos.

Siento que todo mi cuerpo se sacude desde las raíces hasta las puntas del pelo.

—¿Por qué dudas de que en tu momento más oscuro, en el momento en que perdiste el rumbo y todo lo que quedó fue incertidumbre y dolor...? ¿Por qué dudas de mi amor, de mi lealtad y de que estaré contigo, en el exilio o en el imperio, en la gloria o cuando nos tiren tomates?

Una lágrima me resbala por la mejilla. Me siento tonta, por encima de todo.

Haakon me llama la atención al apretarme con fuerza el dorso de la mano. Lo miro, aunque no desee el contacto visual.

—Esperaré el tiempo que haga falta por ti. Seguiré a tu lado, incluso cuando quieras quedarte en silencio, incluso cuando finjas que duermes, incluso cuando tenga que leer Harry Potter y la Orden del Fénix y preguntarme de vez en cuando: ¿Qué estoy leyendo? ¡Ya ni me acuerdo! ¿Quién demonios es esa Dolores Umbridge?

Me río tan alto que tengo que taparme la boca. El lugar está vacío y la risa se propaga con facilidad.

—Eres todo lo que me importa ahora. Y si te pierdo, no sé por qué debo luchar.

—No vas a perderme, Haakon —digo con firmeza.

—Sé que necesitas un tiempo para recuperarte y voy a respetar ese tiempo. Pero pronto tengo una gira, por el Septentrión y por el mundo. Y me gustaría que vinieras conmigo.

—Claro que iré, no lo dudes.

—Si estamos divididos y separados, seremos débiles. Tenemos que estar juntos para vencer.

—Estoy de acuerdo.

—Te quiero, cerdita, no lo olvides.

—De todos los bichos del reino animal, ¿por qué demonios tienes que llamarme cerdita? —gruño.

—Porque eres mi cerdita —dice y me besa la mano. Sus labios van subiendo: me besa el brazo, el hombro, el cuello, me ahoga a besos por toda la cara—. Te quiero.

—Yo también te quiero, Haakon. Como nunca pensé que podría querer a nadie.

Lo digo con el corazón abierto y consciente de que he encontrado todo lo que siempre quise en una sola persona.

—Ahora, princesa de Drü, vamos a descubrir si el pan de queso ha salido bueno.

—Ah, si no tienen ese gustillo de Minas, empezamos todo de cero.

—No tienes nada de sueño, ¿eh?

—Ya... estoy huyendo de unas pesadillas... me siento más cómoda cuando estoy contigo.

Él me envuelve con sus brazos y me aprieta con fuerza.

—Pues llévame a tus pesadillas, que yo me encargo de ellas.

*

Durante una semana vi a Sasha todos los días.

Había días en que entraba en su consulta, me quedaba callada y me iba. En otros hablaba de cosas aleatorias: sueños, deseos, sensaciones sobre el futuro, y él me ayudaba a ordenar el caos de mi cabeza.

Acordamos entonces vernos todas las semanas e ir tratando poco a poco los pormenores de todo en las nuevas sesiones.

Al salir de la última sesión, me encontré a la Reina Madre en el pasillo y, para mi sorpresa, me habló.

—¿Podemos hablar un momento?

La Reina Madre me llevó hasta una galería del ala más concurrida del palacio, donde encontré a Irinna Iranovichk.

La mujer se puso de pie con los brazos abiertos; la saludé sin ninguna prisa y después me senté.

—Muy bien... una conversación entre mujeres no hará ningún daño. —La reina Antonia recibió el té de manos de uno de los empleados del palacio.

Después despidió a todo el personal para que nos quedáramos a solas.

—Lo que te ocurrió fue algo atroz y destructivo —empezó así Irinna—. Sin embargo, Antonia y yo discrepamos sobre cómo debes proceder.

—¿Proceder sobre qué? —Arqueo la ceja—. Me ocurrió a mí... es mi vida privada. Soy yo quien tiene que decidir cómo proceder.

Al principio la Reina Madre está de acuerdo conmigo, pero parece que el resto de la frase no le sienta bien.

—Ahora formas parte de la realeza, querida, y del primer escalafón.

—¿Y eso qué quiere decir? —Miro a una y a otra, confundida.

—Que no eres tú quien decide cómo proceder ante las cosas. Tú representas a la realeza. —Hecha esa corrección, añade—: Dicho esto, le expuse a Irinna que deberías callar y fingir que no pasó nada. Deja que los conspiranoicos especulen y se inventen historias, se les da bien. Y sigue adelante con tu vida.

Estoy de acuerdo con ella, aunque no me guste la parte final.

—Al formar parte de la realeza, querida, eres un ejemplo para millones de niñas, chicas, mujeres, madres, abuelas. Cuando entraste en esta familia, pasaste a formar parte de la familia de ellas también.

—Ajá. —Asiento despacio.

—Cuando te ocurrió aquello, me puse a leer sobre la violencia contra la mujer en Brasil... y descubrí que CADA HORA más de QUINIENTAS MUJERES son agredidas, sufren algún tipo de violencia doméstica.

—Es un dato alarmante —pienso en voz alta.

—Desde luego que lo es —me interrumpe la Reina Madre—. Pero en el Septentrión, no. Gracias a los buenos esfuerzos de nuestra política y nuestros reyes, no pasa de 10 o 15 mujeres por hora.

—Sigue siendo alarmante. Creo que lo ideal sería... ¡¿el cero?!

Irinna me da la razón con un gesto de cabeza.

—No quiero que entiendas esta sugerencia mía como un acto mediático o de entretenimiento, porque no lo es. Pero el rey me informó de que querías mantenerte ocupada.

—Sí, sería estupendo.

—Le sugerí que visitaras algunas instituciones de protección a la mujer de nuestro país. También existen algunas ONG con ese propósito. Tu figura, tu representatividad, podría ser algo poderoso. Inspirar. Alentar. Mostrar que es una lucha diaria...

—Tendría que exponerme... —Me estremezco solo de pensarlo.

—Yo dije que era una pésima idea. —La reina Antonia sonríe, victoriosa.

—No solo tú —asegura Irinna—. He contactado con algunas actrices y cantantes, celebridades del Septentrión, para que refuercen la campaña. Yo misma participaré.

—¿Tú? —La reina casi se cae, y eso que está sentada.

—Yo sufrí violencia doméstica —revela Irinna.

—Yo... ¡no podía imaginarlo!

—De eso se trata. Está tan normalizado, tan arraigado, que no conseguimos imaginar que la persona que tenemos al lado puede

estar sufriendo —explica Irinna.

—¡Estoy conmocionada de que Olaf, tu marido, fuera un maltratador!

—Lo era, sí. No dejó de ser un buen padre y abuelo, pero tenía sus propios problemas. Y a veces los pagaba conmigo...

—Lo siento mucho, señora Iranovichk. —La cojo del brazo.

—No pasa nada. Pagó por lo que hizo. Y se arrepintió antes de morir.

—¿Pagó? —La reina Antonia está conmocionada con el cotilleo; bebe su té muy despacio.

—Llevaba un parche en el ojo —me explica Irinna—. Yo lo dejé tuerto.

—¿Tú? ¡Siempre pensé que Olaf había tenido un accidente... que se había caído! —La Reina Madre se queda boquiabierta.

—Se cayó, directo sobre mi cuchillo —pondera Irinna, no muy orgullosa—. Y le dije: la próxima vez que oses levantarme la mano, te dejaré ciego el ojo de ahí abajo.

—¡Oh!

—¿Y cambió?

—De aires, querida: se fue de Drü y se instaló en Pelmuria.

—Vaya... yo... necesito pensar en las dos opiniones para llegar a una conclusión.

—Tómate el tiempo que necesites; solo recuerda que ya no existe una vida privada: tu vida pertenece a la corona y debes serle útil —explica Irinna.

—Puedes ser muy útil si no tocas nunca el tema y finges que no ocurrió —propone la Reina Madre.

—O puedes ser la voz de tantas otras mujeres que lo necesitan. —Irinna muestra la otra cara de la moneda.

CAPÍTULO 32

Ravena Lessa

Por fin los médicos me dieron el alta, pero todavía tenía las obligaciones con mi terapeuta y la de que me controlaran la tensión, el pulso y el estado de ánimo todos los días.

Aun así, no me permitieron volver a mi casa, lo que me dejó bastante irritada.

Todo lo que quería era estar en paz, lejos de algunas personas que me miraban mal y parecían no soportarme. Y, para estresarme aún más, siempre requerían a Haakon cuando estaba libre y dispuesto a quedarse conmigo.

Incluso en un palacio con más de ciento cincuenta personas fijas, me sentía sola. Y a veces prefería quedarme así, porque tenía tiempo para descansar la mente y responder las cartas y los correos que me enviaban los ciudadanos.

«Yo también quiero conocer a un príncipe algún día. Mi mamá decía que no podría, porque no soy de la nobleza, pero tú me has dado esperanza, princesa Ravena», me escribió a mano Clair, una niña de nueve años.

«Gracias por luchar por ti, por el príncipe y por nuestro pueblo», me envió por correo electrónico Cristina, una enfermera del hospital oncológico.

De no ser por eso, estaría completamente sola...

Bueno... completamente no...

—¿Ravena? —Oigo la voz de Haakon por la habitación.

Cierro la ducha. El agua caliente ha creado un vaho que cubre todo el baño.

—¡Me estoy duchando!

—Ah, ya. —Su voz se acerca.

Abre la puerta y apoya el cuerpo en el marco.

—¿Qué tal tu día? —pregunto mientras me paso el jabón líquido por el cuerpo.

—Un horror. No sé si Stephan quiere arruinar nuestra economía, pero está claro que quiere beneficiar a sus amigos del parlamento, los que lo pusieron en el cargo.

—¿No puedes hacer nada?

—Lo estoy intentando. Presioné a algunos parlamentarios para recordarles que seré rey en menos de un año y que pueden rodar cabezas por esto.

—¿Y qué?

—Recularon. Estoy haciendo lo que puedo, ¿sabes? —Se quita el traje y la corbata y los deja en el perchero.

—Lo sé, sí.

Unos segundos después entra en la ducha espaciosa, ornamentada con dos estatuas que sostienen jarrones bellamente pintados, de donde sale el agua caliente.

Coge el bote de jabón líquido y me frota la espalda despacio, presiona los dedos contra mi piel y me pincha con su barba.

—No creas que no me he dado cuenta de que la barriga está creciendo.

Las palmas de sus manos vienen abiertas por mi cintura; consiguen cubrirme la barriga. No está muy diferente de antes, solo estoy un poco hinchada, como si tuviera retención de líquidos.

—¿Stephan todavía no ha destituido a Nantes? —pregunto.

—No. —Parece tan decepcionado como yo.

—Voy a hablar con él personalmente.

—Ravena, no quiero que te estreses...

—No lo haré, te lo prometo. Confía en mí —digo con firmeza.

—Confío. —Termina de enjabonarme la barriga, la masajea con cuidado y luego vuelve a mi espalda.

Estoy un tanto paralizada, porque hace bastante tiempo que no me desnudo delante de él. Y, debido a los últimos acontecimientos, siento que he retrocedido unos pasos. Me siento avergonzada y sucia.

No importa lo que él diga, no importa cuánto insista yo: me sentiré sucia para siempre.

El tema es tan tabú que ni siquiera he conseguido sacarlo en mis sesiones con el doctor Sasha. Y, gracias a Dios, él me deja a mis anchas para hablar de lo que quiero y huir cuanto pueda.

—Deja que te ayude yo también. —Me giro, esperanzada de que Haakon me dé la espalda, pero sigue mirándome.

Le paso el líquido espeso por el cuerpo firme, contorneando sus músculos. Contrae el pecho cuando bajo hacia su cintura.

—¡Para, tonto!

—¿Por qué no me miras? —Su rostro intenta entrar en mi campo de visión.

—Estoy concentrada en tu cuerpo, te estoy ayudando a quedarte limpio.

—Conoces bien mi cuerpo, puedes hacerlo mirándome a los ojos.

—Mmm.

—Hay días en que tu mirada se pone así... distante... —murmura, y deja que mi pelo le pase entre los dedos.

—Sí —confieso.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—No. Estoy bien.

—¿Seguro? —Me toca la barbilla y me levanta el rostro.

—Sí.

—Porque... la gira es pronto y estaremos por lo menos seis meses fuera, viajando por el mundo. Cada miembro del Consejo Real cree, por sus razones particulares, que no deberías ir...

—Pero voy a ir. Quiero estar cerca de ti. —Frunzo el ceño.

—Llevaremos en el viaje médicos, nutricionistas, fisioterapeutas, todo el que haga falta —asegura.

—Entonces no tenemos de qué preocuparnos.

Lo digo y le froto la espalda; después nos aclaramos y nos peleamos por la única toalla cercana: las demás están en el toallero.

—Voy a llamar a algún empleado del palacio. —Se ríe.

—¡Haakon! —Le doy un manotazo en el brazo—. Son menos de tres metros.

—El baño se va a inundar.

—Como si fueras tú quien lo limpia después.

Empieza a imitarme y a darme suaves pellizcos; luego me hace cosquillas. Levanta mi cuerpo en el aire y lanza la toalla lejos; salimos los dos empapando el baño y la habitación.

Haakon me tumba de espaldas en la cama y se coloca entre mis piernas.

—¡Te estás volviendo de lo más gruñona!

—Son las hormonas. —Giro la cara.

—¿Seguro que es eso?

Me besa el cuello y va bajando despacio por mis pechos, les pasa la punta de la lengua y después abre bien la boca para mojar aún más mi piel, mi barriga, llega a mis ingles.

Lo agarro del pelo y lo traigo de vuelta frente a mi rostro.

Haakon me besa y yo giro la cara; no es algo que pueda controlar.

—¿Algún problema conmigo?

—No es contigo. —Lo miro.

—Te echo de menos. —Me besa el cuello.

—Yo también, pero... no puedo...

—No. No hace falta que llores. —Me coge la mano—. No pasa nada.

—Perdóname, no puedo, Haakon... —A estas alturas mis sentimientos ya son cambiantes; apenas consigo controlarme.

—No tienes que pedir perdón, amor. No pasa nada —repite.

—Ya ni siquiera puedo mirarme desnuda al espejo...

—¡Qué pecado! Sería como dejar de ver el sol salir e iluminar el azul del cielo. —Se pone de rodillas entre mis piernas y me las coloca sobre sus hombros—. Eres tan guapa...

—Siento como si me hubieran arrancado la belleza... —Recuesto la cara y me quedo mirando la pared.

—Pues vamos a pegar de nuevo esa belleza. —Me da un beso en el talón y me masajea la pantorrilla—. Todo llegará cuando estés preparada otra vez. Respeté la primera vez, ¿recuerdas?

—Sí.

—Yo solo voy a seguir intentándolo... e intentándolo... e intentándolo...

—¿Y si nunca más puedo?

—Nunca digas nunca. —Apoya la cara en mi pantorrilla—. Vas a estar bien.

—Quiero creerlo. —La voz me sale melancólica, pero lo que digo es verdad.

—Entonces cree en mí...

Estoy fallando en mi única tarea actual: servir al rey. Pero es difícil. Haakon está lejos de recordarme a Gustavo, pero mi cuerpo se estremece y enseguida pienso en cuando fui violada. Me retraigo. No consigo sentir nada. Solo lástima y asco de mí misma.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí.

*

Visité los jardines colgantes del palacio, pues nunca había estado allí antes, y aproveché para citar a Stephan a una reunión en ese lugar. Se llamaba así porque era un edificio de cinco plantas, como una torre en la parte más occidental del palacio, donde el final de la construcción anunciaba las aguas revueltas y heladas, además de las rocas allá abajo.

—¿Princesa? —me llamó una preadolescente; noté que tenía síndrome de Down.

El pelo recogido en dos coletas y las mejillas muy sonrosadas.

—Hola —la saludo.

—Me llamo Rowan. ¿Tú eres la princesa? —dice despacio.

—Sí, lo soy. Me llamo Ravena.

—¡Lo sabe todo el mundo! ¡Eres la princesa! —dice como si fuera obvio—. ¿Cómo lo conseguiste?

—¿Que todo el mundo lo supiera? —Arqueo la ceja, sin entender qué ha querido decir.

—¡Convertirte en princesa!

—Ah... ni yo misma lo sé... solo estaba huyendo... y el príncipe me encontró.

—¿Estabas en apuros? —Entorna los ojos y se queda pensativa unos segundos.

—Sí. Digamos que sí, Rowan, estaba en apuros. —Le acaricio la cabeza.

—Los príncipes aparecen para salvar a las princesas cuando están en peligro —reflexiona la niña.

—Tiene su lógica —concedo, y camino junto a ella—. Pero las chicas también pueden salvarse solas de sus peligros.

—¿Sin un príncipe?

—Bueno... yo lo estaba intentando, ¿no? Hasta que él apareció.

—Un día aparecerá mi príncipe. —Rowan me coge de la mano.

El gesto me sobresalta. Y seguimos caminando; yo observo con atención las plantas variadas y coloridas. El lugar está todo envuelto en un cristal especial, como un invernadero gigante. Aquí viven plantas y especies que no sobrevivirían al frío.

—¿Dónde están tus padres, Rowan?

—En Nueva York.

—¿Y qué haces tan lejos de casa?

—Estoy pasando las vacaciones con mi tío y mi prima.

—Ah...

Dicho esto, veo a una niñita negra de pelo voluminoso corriendo y a Gaius detrás de ella. Él consigue tomar un atajo y le sale por el otro lado; la niña retrocede y echa a correr de nuevo, y el príncipe va detrás.

—¿Me dejarías llevarme un unicornio a casa?

—Ah... ¡¿un unicornio?! Pero si no existen... —divago mientras mi mirada sigue a los niños corriendo entre los arbustos.

—¿No? —Rowan lo piensa un poco—. ¿Y tú has visto alguno?

—No, pero...

—Entonces, ¿cómo estás tan segura de que no existen?

—Bueno, es que...

—Tú no sabías que eras una princesa antes de llegar aquí; si alguien te lo hubiera contado, ¿lo habrías creído? —La niña es incisiva, se mantiene en sus trece sobre la existencia de los unicornios.

¡Dios mío, qué niña más aguda!

—Tienes razón, Rowan. Tienes razón.

—¿Puedo llevármelo, entonces? ¿Un unicornio?

—Por desgracia, Rowan, no puedo permitirlo —pongo un mohín de tristeza—: no les gusta estar lejos de casa... lloran porque echan de menos a su mamá. Pero siempre que quieras cazar unicornios, puedes volver al palacio y visitarme.

—Mmm, vale entonces.

Y sale corriendo, agitada.

¡Uf! Respiro aliviada.

—¡Alice! ¡Alice! ¡Vamos a poder volver a ver los unicornios!

Busca a la niña por detrás de los arbustos floridos, las flores colgantes, los parterres llenos de herramientas. Yo, que solo estaba paseando, consigo ver en una fracción de segundo a los dos pequeños, Gaius y la tal Alice, dándose un beso.

Cuando me ven, Alice corre a buscar a su amiga y Gaius corre hacia mí; parece que va a decir algo, pero sigue corriendo hacia la salida.

—Alteza —saluda Stephan al príncipe, que lo ignora—. ¡La princesa de Drü!

—Hola, Stephan —lo saludo con un gesto.

—¿Cómo está?

—Estoy estupendamente. —Le tiendo la mano para que la bese —. ¿Podemos hablar?

—Claro que sí... estaba ansioso por este encuentro, intentando imaginar qué querría tratar conmigo.

—¿Por qué no ha destituido a Simon Nantes del consejo? El príncipe dijo que su gente estaba involucrada en todo lo que ocurrió.

—Eh... bueno... sí. —Baja los hombros, un tanto frustrado—. Por desgracia, es verdad.

—Entonces, ¿por qué sigue formando parte del Consejo Real? ¿Necesita más pruebas de que es un peligro para su futuro rey?

—Nantes aseguró que no participó en nada, y que fue engañado por su amigo Reyan, que le envió informes falsos y nos

retrasó a la hora de ir a rescatarla —se explica, pero no le presto mucha atención.

—También he oído decir que usted no parecía interesado en mi rescate.

—¿Disculpe?

—¡Quiso que esperaran doce horas para actuar y al final fueron veinticuatro! —Me cruzo de brazos; soy bastante más baja que él, pero mi mirada se afila.

—Princesa, necesito que entienda que...

—¿Qué? —lo interpelo.

—Necesitábamos asegurarnos de que sabíamos lo que estaba pasando.

—¡¿Y qué otra cosa podía estar pasando?!

—Bueno... —Empieza a decir, pero enmudece.

—Hable. —Aprieto los dientes.

—El informe de Nantes nos hacía creer de verdad que no era un secuestro. Sino una huida.

—¿Una... huida? —Las palabras apenas me salen, de lo atónita que me quedo.

—Princesa —asiente con la cabeza.

—¿Y por qué iba a huir yo?

—Porque todo esto es demasiado para una chica, porque no estaba lo bastante enamorada, porque no tenía claro lo que estaba pasando —conjetura.

Me dan ganas de cruzarle la cara. ¿Cómo puede decir todo eso?

—Hice algunas averiguaciones preliminares y hablé con una amiga sobre el pasado de algunas personas del palacio.

—Ajá.

—Y me hablaron de Dianna, la mujer de la que usted se enamoró en el pasado. —Examino la expresión que pone al oír el nombre.

Se pone muy tenso; da incluso un paso atrás y baja los hombros, desarmándose.

—¿Es eso lo que habría pensado de ella si la hubieran secuestrado? ¿Que no estaba lo bastante enamorada? ¿Que no tenía claro lo que estaba pasando?

Stephan prefiere el silencio.

—¿Dejaría que a la persona que ama se la arrancaran de los brazos y se la llevara el enemigo? No oigo su voz, regente.

—No. No lo permitiría —responde.

—¿Soy su enemiga, Stephan? ¿Le he hecho algo?

—No, señora.

—Porque si yo tuviera poder y le arrebataran a alguien a quien usted ama, yo, que hice un juramento de protegerlo, pondría todos los esfuerzos en salvar a quien fuera. ¿Sería mucho pedir que hiciera lo mismo? ¿No solo por mí, sino por cualquier persona de aquí? ¿Usted hizo un juramento, Stephan?

—Lo hice. —Aprieta los labios y baja sutilmente la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no lo cumplió?

No reacciona. Solo asiente un buen rato después, cuando lo ha razonado todo. Se humedece los labios, vuelve a mirarme solo un segundo y se retrae.

—Le pido perdón, señora.

—Puede que yo no le guste. Puede que Haakon no le guste. Pero su futuro rey está aquí. —Señalo mi barriga—. Y corría peligro.

—Sí, señora.

Cuando levanta el rostro y puedo verlo, veo que tiene los ojos anegados.

El tono de reprimenda desaparece de mi voz. Me quedo callada, intentando entender qué ha pasado.

—¿Está todo bien, Stephan?

—Usted... me recuerda a ella... a Dianna...

—Ah. —Me encojo de hombros.

—Tenía un humor tempestuoso. Y embarazada... ¡buf! —Se limpia los ojos con el dorso de las manos—. ¡Era una fiera! Pero tiene razón... ahora que pienso que podría haber sido ella en su lugar, y de hecho ella estuvo en su lugar, actuaría de otra manera. Porque en aquella época actué de otra manera.

—¿Qué le pasó a ella?

—Todos dicen que huyó con Haakon. Pero yo sé que él la raptó. Y la obligó a hacer cosas terribles. Al final, no sé si ella no lo soportó y se suicidó o si fue él quien la mat...

No le permito terminar.

Le cruzo la cara con una bofetada bien fuerte.

Ahora sí, las hormonas me han poseído de golpe y me he vuelto loca. Y, en vez de retroceder y pedir disculpas, rechino los dientes:

—¡No diga eso de él!

—Usted no lo conoce...

—¡Lo conozco bien y sé que el hombre que duerme todas las noches a mi lado sería incapaz de eso!

—Entonces eso demuestra que no lo conoce. Él destruyó todo lo que yo amaba. Me quitó todo lo que era importante...

—¿Y pensó que si me dejaba morir, en manos de mi secuestrador, se estaría vengando? ¿Mi muerte traería de vuelta a Dianna, Stephan?

Stephan abre la boca para hablar, pero la voz no le sale. Lo intenta de nuevo, pero no hay sonido.

—¿Vio mis análisis? ¿Las fotos de las heridas de mi cuerpo? ¿Le contaron lo que me hizo?

Asiente.

—¿Se sintió mejor, Stephan? Ver a una mujer, la mujer de su gran enemigo, ser violada y destruida, ¿le dio algún placer?

Stephan se agacha lentamente y se arrodilla. Me coge las manos.

—Le pido perdón.

—¿Mi perdón va a hacer que se sienta mejor? Lo hará, ¿verdad? Porque soy yo quien cargará para siempre con el dolor de haber vivido la humillación y la desgracia...

Aparto mis manos de sus labios.

Antes de salir del lugar, vuelvo el rostro hacia él, todavía arrodillado:

—Yo, más que nadie, creí que usted sería un buen regente. Porque usted y yo venimos de ninguna parte y nunca le importamos a nadie. Pero ahora, viendo el tipo de gobernante que es, Stephan, reconozco que es un hombre mediocre y pequeño. Que quiere a toda costa ponerse una corona en la cabeza, pero no quiere comportarse como un rey.

Suspiro.

—Haakon no lleva corona en la cabeza y todos lo ven como un rey, porque actúa como tal. Le sugiero que preste atención a si sus deseos y sus acciones están conectados; si no, será recordado como el peor regente que este reino ha tenido jamás.

Le doy la espalda y me voy.

Deambulo por el palacio para despejarme la cabeza y me tropiezo con alguien al doblar el pasillo.

Ese alguien es nada más y nada menos que la reina Melissa. Con un precioso vestido beis, un collar de diamantes y una tiara deslumbrante, sonríe y me sujeta por los brazos.

—Discúlpame, querida...

—No, majestad, soy yo quien pide disculpas, estaba tan distraída...

—¿Cómo te encuentras? —Enseguida me toma del brazo y me guía por otro camino.

—Un poco saturada, ¿sabe?

La mujer medita un poco, probablemente sin entender qué quiero decir con eso.

—Es mucho que procesar —le explico.

—Entiendo. Formar parte de la realeza tiene sus tempestades... pero también sus glorias. ¿Estás ocupada?

—Para usted, nunca.

—Estupendo, pues ven conmigo.

La reina Melissa me lleva hasta una galería opulenta donde nunca he estado. Me quedo unos minutos parada ante el cuadro de Haakon y me quedo aún más impresionada al darme cuenta de que también hay uno mío; en realidad nuestro, del día de la boda. Nosotros dos, Haakon y yo, frente al mar, mirándonos.

—Esta es la galería de las joyas de la corona —dice la reina—. Es un lugar central: todas las habitaciones de los miembros de la realeza están conectadas por pasillos secretos que conducen hasta aquí... —Me va mostrando puerta por puerta—. Esta es la sala de la reina.

Pensé que sería una sala modesta, con algunos armarios.

Qué equivocada estaba.

Es tres veces más grande que el vestidor de Haakon en el palacio de Drü y que el de aquí.

Recuerda mucho a una joyería, la más cara y opulenta posible. Las paredes cubiertas de estanterías de cristal reluciente, dejando ver collares de todos los colores, pendientes, anillos...

—¡Madre mía! ¡Cuántas coronas! —Giro sobre mí misma.

Hay coronas grandes y pequeñas, algunas con esmeraldas, otras con rubíes. Las de diamantes son las más delicadas.

—Una para cada ocasión. —La reina Melissa me lleva frente a ellas—. Elige una.

—Ah... ¿debería?

—Claro que sí. Serán tuyas. Obviamente, durante tu reinado se crearán otras nuevas, unas que sean de tu gusto, con las joyas que desees. Pero estas son reliquias de la familia, querida.

—Guau.

Me pone una tiara de diamantes y me lleva hasta el espejo.

—¿Te sientes ya una reina?

Nos reímos juntas. Me pone una corona grande, pesada, cuajada de rubíes.

—Esta fue la del día de mi boda con Gullivar.

—Ah, qué honor. —Me la quito.

—No, no te preocupes, puedes usarla. Haakon será rey pronto y tú asumirás la mayor parte de mis compromisos.

—Lamento eso.

—Ay, querida, ha sido una vida larga, llena de alegrías y ocupaciones. No lo abandonaré todo, pero merezco un descanso. —Une las manos delante del cuerpo y sonríe con dulzura.

—Ah, sí.

—Mi madre me comentó la conversación que ella y la Reina Madre tuvieron contigo.

—Ajá... —Aprieto los labios e intento imitar su pose, para parecer un poco más civilizada que la salvaje que hace nada le ha cruzado la cara a un hombre.

—¿Cómo te sientes con lo de exponerte así?

—Me siento incómoda, porque todos van a hablar de mí...

—Todos hablan ya de ti, querida. Pasa página. —Melissa echa las manos hacia atrás con aire divertido.

—Mmm... entonces... no sé...

—Intenta ponerte en el lugar de la gente. Y piensa: si estuvieras en su lugar y vieras a la mujer más importante de tu país hablando abiertamente de esto, ¿cómo te sentirías? —Me observa con seriedad.

—Me sentiría menos sola...

Suspiro al decirlo en voz alta.

—Las mujeres tenemos que callar ante muchas cosas...

—¿Incluso una reina?

—Sobre todo una reina —lamenta, y me pone la mano en el hombro—. Pero los tiempos son otros... y a veces una nueva reina puede cambiar la manera de hacer las cosas...

—Ya, creo que no soy la más tradicional, ¿verdad?

—Desde luego, no eres la más tradicional. —La reina Melissa me hace probarme un collar de diamantes bien pesados—. Entonces, ¿qué me dices? ¿Te gustaría ser una reina como todas las demás o te gustaría ser la reina Ravena?

Miro mi reflejo en el espejo.

Bueno, desde luego ya no soy aquella niña de antes, ni siquiera la mujer que llegó aquí.

Me miro y no me reconozco. Y creo que ha llegado la hora de mirar más de cerca y entender cuál es mi nuevo reflejo.

—¿Cree que la gente podría amar a la reina Ravena?

—Si el rey Haakon la ama y tú te mantienes fiel a quien eres, la amarán.

—¿En serio?

—Querida, las personas que te odien te odiarán por lo que eres. Y las que te amen lo harán por el mismo motivo. Si te gusta

que te ame quien te ama, entonces sé cada vez más tú misma —sugiere, y aprueba mi reflejo. Y yo también. Estoy preciosa.

Una sonrisa sincera me brota en los labios.

Y creo que ahora consigo entender un poco la imagen que veo reflejada en el espejo.

La reina Melissa tiene razón.

Ha llegado la hora de ser quien soy.

CAPÍTULO 33

Ravena Lessa

Periodistas, reporteros y cámaras se agolparon en el hall de entrada del palacio de Skarsgard para fotografiar a un grupo de mujeres. La reina Melissa e Irinna Iranovichk reunieron a veinticuatro mujeres para tratar asuntos importantes como el feminicidio, la violencia contra la mujer y todo tipo de abuso y desigualdad que aún existía en el Septentrión.

Nos reunimos lejos de las cámaras y de cualquier otra persona. Solo nosotras. Contando nuestra historia, abriendo el corazón y derramando lágrimas.

—Entonces fui violada por el hermano de mi marido. —La señora Gaunter lloró.

Fue difícil de escuchar; todas estábamos con nuestros pañuelos intentando contener las lágrimas.

—Y entonces él me echó de casa, dijo que yo estaba deshonrada y que no deseaba verme nunca más. ¡Y se puso del lado de su hermano!

La mujer necesitó un tiempo para recomponerse.

—Por eso, princesa, agradezco la invitación —se dirige a mí—. Espero que de alguna forma, bajo su liderazgo, podamos cambiar la realidad de nuestro país. Y no permitir que nuestras hijas pasen por esto.

Me aplaudieron, ni siquiera sé por qué.

Yo era más el símbolo que la cosa en sí. Fueron Irinna y la reina Melissa quienes tomaron la iniciativa y me mostraron cómo debía hacerse un evento así.

—Su nombre es Gustavo. —Se me quebró la voz solo con decirlo.

Bebí un poco de agua e intenté fingir que aquellas miradas no estaban dirigidas a mí. Un segundo después me sentí reconfortada, porque no eran miradas de juicio ni de desprecio.

Aquellas mujeres me entendían.

—Nos conocimos cuando yo todavía era una niña y me enamoré de él desde la primera vez que lo vi...

Tres mujeres rompen a llorar y ni siquiera entiendo el motivo.

—Siempre me gustó ser una mujer independiente... empecé a trabajar pronto, a ahorrar mi dinero, a comprarme mis cosas... A Gustavo no le gustaba. Creía que una mujer suya tenía que ser mantenida por él. Porque si yo no tenía mi propio dinero, él podría controlarme.

Todas asienten, algunas con la cabeza baja, otras muy atentas.

—Todo lo que yo quería era un hijo. —Ahora soy yo quien rompe en un llanto copioso—. Y él no solo me lo negó, sino que tuvo una hija con otra mujer y encima le puso mi nombre.

Irinna se levanta de donde está y se sienta en el suelo, a mis pies. Me coge la mano y me acaricia el brazo.

—Tranquila, querida, tranquila... —intenta reconfortarme.

De repente, todas abandonan sus sillas. Se agolpan en el suelo, detrás de mí, a mi lado...

—Él empezó a volverse violento... a amenazarme... a obligarme a hacer cosas... y yo solo quería huir... y cuando lo conseguí, conocí al príncipe. —Me enjugo las lágrimas—. Pasé meses sufriendo abusos y nadie intervino nunca, hasta aquel momento en el aeropuerto.

—Mis hijas y yo lloramos cuando vimos aquella escena —comenta una de ellas.

—Pensé que por fin había huido... que me había librado. —El sollozo me sale tan fuerte que suelto un ronquido, como una cerda.

Ahora no sé si estoy llorando o riendo, porque pienso en Haakon.

—Y él vino a por mí... y me hizo esto... dijo que me amaba...

—Estamos aquí, querida, contigo. —La reina Melissa me abraza por los hombros.

—Me siento avergonzada, todas las noches, porque me acuesto al lado de un hombre maravilloso... y me quedo pensando si no se habrá arrepentido de estar conmigo... si no le dará asco que otro hombre me haya tocado... si no me habrá abandonado ya solo por no generar una crisis en su imagen...

El llanto llega copioso y apenas puedo respirar.

—Pero cuando me despierto, él sigue ahí. Y entre cada tarea real, y sé que es un hombre ocupado, me llama. Cuando entra en la habitación, suelta el peso de los hombros y me abraza, como si solo existiéramos nosotros dos en el mundo... no lo merezco. Quiero merecerlo.

—Existe un tabú muy grande en la tradición que dice que las mujeres deben ser vírgenes para casarse con un príncipe —explica la reina Melissa—. Todos los reyes anteriores a Haakon se negaron a casarse con mujeres que no lo fueran.

—Pero él te eligió a ti, querida. —Irinna me aprieta la mano con fuerza—. Porque él es el rey y sabe que la carga que debe llevar solo puede compartirse con una mujer que aguante firme.

—Sí —asiente la reina Melissa—. Señoras, después de escuchar las historias de unas y otras, aunque vengamos de rincones distintos del Septentrión, o del mundo —se refiere a mí—, creo que tenemos una lucha por delante.

—Sí —coinciden todas.

—Una lucha que no es solo por nosotras, por nuestros dolores y nuestras cicatrices. Es una lucha por las niñas, por las mujeres que vendrán, por las mujeres que recibirán el mundo después de nuestra generación —añade Irinna.

—Sécate las lágrimas, querida. —La señora Gaunter me acaricia la cara—. ¡Vamos a la lucha!

Con los flashes brillando ante mi rostro y micrófonos por todas partes, me coloco delante y al lado de todas las mujeres para decir:

—Hoy, en un esfuerzo colectivo de la Casa Real con mujeres de todo el reino, fundamos la organización Salve a la Reina, que luchará por la dignidad, la honra y la reinserción de las mujeres que necesiten auxilio.

Cuando escuché la historia de esas mujeres, pensé en lo triste que era que la violencia contra la mujer fuera algo casi normalizado, incluso en un país tan rico. Y, para mi sorpresa, esas mujeres con las que me reuní eran juezas, profesoras universitarias, comisarias de policía, parlamentarias y nobles.

Si ellas sufrieron abusos... imagina las demás.

—Por desgracia, la violencia contra la mujer es una realidad que no distingue raza, clase social, religión ni posición política. Por eso, vamos a luchar juntas con Salve a la Reina para educar, preparar y devolver a toda mujer que necesite nuestra ayuda un presente y un futuro dignos. —Termino el discurso.

—Señora, ¿es cierto que la organización contará con refugios? —Oigo una de las decenas de preguntas que hacen al mismo tiempo.

—Sí. Por ahora tendremos una casa de acogida en cada una de las capitales de cada país; la meta es cubrir todo el territorio —respondo.

—Alteza, ¿es verdad, como hemos oído, que su organización, que apenas acaba de nacer, ya tiene apoyos internacionales?

—Esa información es correcta. Estas señoras —las señalo a todas con el rostro—, en especial la reina Melissa y la duquesa Irinna Iranovichk, se movilizaron, activaron sus contactos y conseguimos cerrar alianzas con la Fundación Patricia Cavalieri, de Estados Unidos; también contactamos con una gran empresaria brasileña llamada Maria Eduarda Dourado, que quiso colaborar con la

iniciativa. Pronto anunciaremos a nuestras socias aquí en Europa y en Asia.

—Princesa Ravena, usted ni siquiera ha comenzado su reinado y ya ha hecho algo consistente y significativo que otras reinas ni se atrevieron a intentar. ¿Cree que será más grande que sus antecesoras?

Hay un silencio absurdo tras esa pregunta.

Solo en ese momento veo a la Reina Madre detenerse a lo lejos, detrás de los empleados, observándolo todo.

—Esto no es una competición —hablo despacio y abro las manos para pedir calma—. No estoy aquí para ser más grande que ninguna otra reina. Las reinas del Septentrión lucharon con bravura con la voz y las herramientas que tenían en sus épocas. Yo no haré ni más ni menos —hago una pausa para mirar a cada uno—: igual que mis antecesoras me permitieron ocupar hoy este lugar, mi papel es preparar este lugar para las futuras reinas.

—Excelente. Se acabaron las preguntas. —Laios pone fin a la rueda de prensa.

*

—¡Enhorabuena, querida! —celebra Irinna.

—¡Has estado estupenda, a todos les ha encantado! ¡Te están elogiando en todos los periódicos! —La reina Melissa también estalla de alegría.

—Es un honor formar parte de esta fundación; gracias por confiar en nosotras, Alteza —me saluda la señora Gaunter.

Tomamos una ronda de té, comemos algunas galletas y pasteles y hacemos planes de acción sobre cómo se desarrollarán las cosas de aquí en adelante.

De repente, todas se levantan y agachan la cabeza.

El príncipe Haakon entra acompañado de su primo Svar. Viene serio, saluda a las mujeres con un gesto y se detiene junto a mi silla.

—¿Seguro que me permitirán robarla un momento?

La respuesta de todas es una sonrisa.

Haakon tira de mi mano y me sujeta por los hombros.

—¡Estoy tan orgulloso de ti! ¡Estaba trabajando en el Gabinete y de repente oí un avance informativo hablando de tu iniciativa! ¡Estoy tan feliz, amor!

Su abrazo cierra dentro de mí algunas cosas que llevaba digiriendo todo el día.

Mientras les contaba a esas mujeres la historia de mi vida, el dolor y la sensación de soledad fueron pasando, escurriéndose de mí.

Cuando dije, por fin, que me sentía sucia y que me daba asco mi propio cuerpo, casi a coro todas coincidieron en que también habían pasado por eso y que fue doloroso, porque no solo se hirieron a sí mismas, sino también a otras personas que las querían.

Entonces entendí que no me pasaba solo a mí.

Que, de alguna forma, todas las que estaban en aquella sala habían pasado por lo mismo y lo habían superado.

Y superarlo no quiere decir que lo olvidaran, sino que aprendieron a convivir con ello, aprendieron a levantar la cabeza, seguir adelante y enfrentarse a los pensamientos sombríos, a las tristezas repentinas.

—Gracias por no rendirte conmigo.

—No me agradezcas lo que no puedo hacer. No puedo rendirme contigo. —Haakon me devuelve el abrazo con aún más fuerza.

—Están enamoradísimos de verdad —comenta una de las mujeres.

Solo entonces me doy cuenta de que estoy delante de dos docenas de mujeres, además de los empleados del palacio, mostrando mi intimidad; sí, porque por aquí hasta un abrazo como este es de gran intimidad.

—Estoy seguro de que estas bellas damas perdonarán a su rey por romper el decoro —dice Haakon con una sonrisa—. Cuidádmela bien, por favor, es lo más preciado que tengo en esta vida. —Me besa las manos—. Ahora tengo que volver al trabajo. Buen trabajo, amor.

—¡Para ti también!

*

Al final del día, entro en la habitación de Haakon —hay una reservada solo para mí, pero está ahí de adorno— y voy directa al vestidor a quitarme los tacones, guardar el bolso, el collar de esmeraldas y la tiara que llevaba.

Camino por la habitación estirando los pies para librarme de la sensación de opresión de los tacones.

—¿Amor? ¿Ya has llegado? —hablo alto, porque oigo un ruido que viene del baño.

—Estoy aquí, esperándote —dice.

Respiro aliviada al escuchar su voz.

Entro en el cuarto y lo veo tumbado en la bañera, con un cubo enorme de hielo con varias botellas dentro, un paquete abierto de bombones y algunas frutas bien cortadas y ensartadas en palitos, alrededor de una fuente de fondue.

—¿Alguna ocasión especial? —Me río y me acerco; me pongo de espaldas para que me ayude a quitarme el vestido.

—Cada día a tu lado es una ocasión especial. —Aprovecha y me lo quita todo, hasta el sujetador, y vuelve a tumbarse en la bañera—. Ven aquí.

Termino de desvestirme y entro despacio, me apoyo en sus manos y me tumbo sobre su cuerpo.

—¿Tienes hambre?

—¡Muchísima!

—¿Te apetece un zumo?

—Ah, pensaba que ibas a dejarme tomar una copa de champán...

—Te daré una bañera entera de champán dentro de unos meses, amor. —Me besa el cuello, agarra un kiwi, lo deja cubierto de chocolate y me lo acerca.

—¡Haakon! —protesto y me río cuando deja caer el chocolate templado por mi cuerpo.

—Perdona. Hoy estoy tan torpe... —Estira la cara y me da un chupetón en el pecho, le da un bocado a la mitad de la fruta y me pone la otra mitad en la boca.

—Mmmm, delicioso...

—¿¡A que sí!? —Me besa el hombro.

Sus manos grandes envuelven mi cuerpo, hacen que la espuma me cubra por completo y van masajeándome la cintura muy despacio.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Has sorprendido a todo el mundo, menos a mí. —Ahora coge una fresa—. Que siempre supe de tu potencial.

—Gracias, amor.

Es mi turno de estorbarle y pringarlo bien de chocolate; acabamos casi peleando por el control de esa brocheta de fresa, como si fuera el último trozo de fruta de la tierra. El resultado: las dos caras salpicadas de chocolate.

—No tienes remedio, ¿eh? —Haakon me gira por completo para que quede de frente a él y me sienta en su regazo.

Lo primero que siento, y me asusta, es su polla contra mi ingle. Respiro hondo y sonrío, recibo su beso y me calmo un poco.

—No he preparado todo esto con segundas intenciones, si es lo que quieres saber. Solo quería celebrarlo.

—Está bien. —Le rodeo el cuello con los dos brazos.

—Lo echaba de menos, ¿sabes? El olor de mi mujer, el tacto suave de su piel. —Me lame el hombro y luego el cuello, y solo se detiene al llegar a mi oreja—. Echaba de menos tu sabor, tu manera de respirar...

—Quien nos vea pensará que llevamos un mes sin vernos, cuando dormimos juntos todos los días...

—Ah... y qué añoranza de tus ronquidos. —Cierra los ojos.

—¡Para! —Le doy una palmada en la espalda—. Hoy me he reído mientras lloraba por tu culpa y por esa dichosa «cerdita».

—Ronca para mí, cerdita —dice, y me mordisquea la punta de la nariz.

—¡Haakon, eres de lo que no hay! —Cierro los ojos y me parto de risa.

—Oinc. —Me lo hace al oído.

—¡Para! ¡Yo no sueno así!

—Sí que suenas así. Ven aquí. —Me calienta con el apretón de sus brazos y me besa los pechos, el trapecio, el cuello—. ¿Me has echado de menos?

—Sí, claro que sí. Eres el vínculo que aún mantiene mi cordura, ¿lo sabías?

—¿¡Justo yo!? ¿¡El tío más loco que debes de conocer!? —Me llena de besos.

—Quién lo diría, ¿eh?

Esta vez, al extender la mano, no trae una fruta. Tampoco coge una de las botellas ni los bombones. Me muestra el vibrador que me regaló y que hace ya algún tiempo que no uso.

—¿Crees que está bien?

—Creo que sí. —Cierro los ojos.

Siento cómo me alza el cuerpo con la fuerza de sus manos e introduce con cuidado el objeto ovalado dentro de mí. Había olvidado cómo era la sensación. Y no está nada mal.

Vuelve a sentarme contra su pene duro, me aparta el pelo mojado y me besa el cuello.

—¿Ya sabes tu agenda de mañana? —pregunta bajito; desde el móvil consigue reducir la intensidad de la luz del baño.

—Voy a visitar una residencia de ancianos y después... aaah. —Le clavo las uñas en la piel y abrazo su cuerpo al sentir el vibrador pulsar dentro de mí.

—Relaja. —Me besa los brazos y las manos.

Va girándome con cautela hasta que me doy cuenta de que estoy otra vez de espaldas a él, sintiendo un pulso lento e intenso dentro de mí; las manos de Haakon empiezan en mis pechos, sus dedos se mueven con cuidado por mis pezones, después baja con intensidad hasta llegar a mi vagina, encuentra mi clítoris con la otra mano y va tocándome sin parar.

—Tengo un encuentro con algunas mujeres de la nobleza...

—Va a ser un día muy ocupado —dice al pie de mi oído—. Y te esperaré, esta vez en la cama. ¿Crees que sabrás encontrarla si dejo pétalos de rosa por el camino?

—Aaaah, Haakon. —Siento su dedo entrar dentro de mí y empujar el vibrador un poco más hondo—. Sí, sabré...

—Hoy será espuma de jabón... pero mañana quiero chocolate por todo tu cuerpo. Quiero lamerte entera, hacerme una prueba de glucosa justo después y ver a mi médico caerse redondo al suelo.

Me río a carcajadas y solo paro cuando hunde aún más los dedos y siento bien dentro de mí el vibrador trabajar más rápido.

—¿Seguro que puedes comer chocolate? —pregunto.

—Puedo —responde frunciendo el ceño.

—¿Y seguro que puedes comerlo si está esparcido por todo mi cuerpo? —provoco.

—Seguro... —Haakon me mordisquea la piel y eso se convierte en un chupetón lento.

—Entonces tendremos una explosión de azúcar...

Haakon aparta sus manos de dentro de mí y empieza a acariciarme el cuerpo; sus dedos masajean cada centímetro de mi piel y siento que algo arde en mí, un deseo, unas ganas que pensé que no volvería a tener nunca más.

—¿Puede ser ahora?

—Mañana.

—Pero yo te quiero ahora —murmuro.

—Yo también te quiero ahora, Ravena. Pero vamos paso a paso... poco a poco... al ritmo adecuado...

—Está bien.

—Ahora come. —Me acerca un kiwi a la boca.

No sé si es que tengo tanta hambre o estoy tan loca que acabo chupándole los dedos; le limpio todo el chocolate pasando la lengua por su mano.

—No me puedo creer que estén dejando a esta embarazada pasar hambre... —Se ríe.

—Y ganas... —comento.

—Eres muy golosa...

—Tú me has malacostumbrado...

Su respuesta es aumentar aún más la intensidad dentro de mí y volver a acariciarme hasta que siento las piernas temblar y tengo un orgasmo.

No es tan arrollador como los otros que hemos tenido, pero es un pequeño paso para el hombre y un gran paso para la humanidad.

Después de esta maravillosa sesión de terapia particular, echo una cabezada y disfruto del hidromasaje de la bañera.

Príncipe Haakon III

Varias cosas me sorprendieron en los días que siguieron: Simon Nantes fue depuesto del Consejo Real por Stephan, que entregó a Svar el derecho a investigar, a trazar una investigación minuciosa sobre las acciones del Departamento de Inteligencia, y dejó en manos de mi primo el poder de nombrar a alguien.

Ravena y yo volvimos a nuestra casa de la urbanización privada para pasar los últimos días que nos quedaban allí, pues partiríamos hacia nuestra gira mundial en unas semanas.

Y me despedí de Ethan Evans.

—No querría que se fuera. —Sujeté la mano del hombre, casi impidiéndole partir.

—Mi trabajo aquí ha terminado, señor presidente. Ha sido un mes de vacaciones increíble, pero ahora tengo que volver.

—¿Ninguna señal de aquel desgraciado?

—Debe de estar escondido en alguna alcantarilla. Pero no se preocupe, trabajaré a distancia —asegura.

—Gracias, Ethan, lo atraparemos.

—Sin ninguna duda. Él quiere que nos olvidemos de él, pero estaremos atentos.

—Desde luego. —Asiento con la cabeza y justo después recuerdo que él no va a ver el gesto.

—Alice, despídete del señor.

—Adiós, príncipe Haakon —dice la pequeña, sonriente.

—Adiós, pequeña, espero que el Septentrión te haya gustado mucho.

La niña le lanza una mirada a Gaius, que está a mi lado. El chico sencillamente insistió en venir a la pista de los nobles a

despedirse de nuestros invitados.

—¿Tienes algo para Alice, Gaius? —pregunto.

—Sí. —Va a buscar la jaula con un conejo de las nieves—. Es para que no me olvides.

—No te olvidaré —asegura Alice.

—Y para el señor Evans... —El chico le entrega un paquete cerrado.

—Ah, ¿qué podrá ser? —El hombre agita la caja.

—Una guillotina. —El niño se ríe, con aire travieso.

—Qué chiquillo tan adorable este hermano suyo. —Ethan da unas palmadas al viento hasta alcanzar la cabeza de Gaius, le da unos golpecitos y después dice—: Toma cariño, hijo.

—Qué manera más rara de dar cariño. —Gaius hace una mueca.

—De donde yo vengo, es la mejor forma. ¡Rowan, vámonos!

—¡Adiós, príncipe! —La otra niña no para de decir adiós con la mano.

—¡Adiós, florecilla! ¡Vuelve pronto!

—Claro que volveré, para cazar unicornios y cuando Alice... se case... con el príncipe —dice animada, y entra en el avión dando saltitos.

Espero a que el avión empiece a moverse por la pista y voy alejándome lentamente con Gaius y Svar hacia el coche.

—¿Qué es esa historia de que la hija de Ethan se va a casar con un príncipe, eh, Gaius?

—Harry, ¿te acuerdas de cuando me prometiste que, cuando fueras rey y yo me enamorara, me permitirías casarme con quien quisiera?

—Mmm.

—Creo que necesitas convertirte en rey pronto.

—Calma, chaval, solo tienes diez años.

CAPÍTULO 34

Príncipe Haakon III

Toda la familia real se reunió en el comedor para despedirse.

Durante los próximos siete meses, Ravena y yo estaríamos viajando por el mundo en misión oficial del Septentrión, ya fuera para estrechar aún más los lazos diplomáticos y negociar beneficios comerciales —Petrus Avang nos acompañaría— y militares —Lumia también estaría con nosotros—.

Por supuesto, en medio de todo eso, Ravena y yo tendríamos la oportunidad de vivir una luna de miel especial, pues estaríamos en los países más románticos del mundo y podríamos conocernos y acercarnos cada vez más.

Nuestro reinado comenzaría prácticamente a la vuelta; intentamos hacer coincidir la fecha del parto con una fecha aproximada del regreso, así que necesitábamos estar al mismo ritmo y prepararnos para recibir la corona.

—¡Disfruta mucho, haz muchas fotos, relájate y saborea tus momentos de gloria! Svar y yo os alcanzaremos en Brasil —le dice Leon a su prima.

—¿Crees que la agenda real encontrará un hueco para que vea a mis padres? —pregunta ella.

—Claro que sí. Tenemos cinco días libres en Brasil. Y también existe la opción de que tus padres se unan a nosotros durante la visita al país... y, si quieren viajar con nosotros el resto del viaje, también serán bienvenidos.

Ravena se anima con eso.

En el primer mes de viaje fuimos a Noruega, Suecia y Dinamarca. Pasamos más o menos una semana en cada uno de los

países hermanos del Septentrión.

Tuvimos la opción de dormir en los palacios o en hoteles de lujo, pero Ravena prefirió quedarse en el avión de la familia —que era muy cómodo y que ya conocía— o pasar un tiempo dentro del barco que nos acompañaba.

Para este viaje contamos con tres aviones: el de la familia y dos del ejército, además de un buque del ejército con instalaciones propias para alojarnos.

Fuimos bien recibidos en todas partes; nos reunimos con las autoridades de los países, cenamos y bailamos. Petrus se mostró más animado que nunca.

—Todos están deslumbrados con la futura reina —me confesó.

—Claro que lo están... Estaba tan preocupado por que se retrajera al conocer a toda esta gente... pero habla con ellos como si ya los conociera... —Admiro la actitud de Ravena.

—Muy carismática, en efecto. —Petrus brinda conmigo.

—Lumia, ¿alguna señal de Gustavo Borges? —le pregunto a la Primera Lord Almirante, que actualmente está al frente de las fuerzas armadas.

—Ninguna, señor. Por lo que sabemos, no debe de haber salido del Septentrión. Y no hay de qué preocuparse: además de sus escoltas y de la policía secreta del palacio, los hombres y mujeres mejor preparados del ejército están aquí.

Eso por no hablar de los escoltas y militares de cada país que visitamos, que aportaron de buen grado más personal para protegernos. Esa era mi mayor preocupación: que Ravena se sintiera segura y pudiera disfrutar.

Al final de nuestra gira por Escandinavia, fuimos a Dinamarca a encontrarnos con la familia de la princesa Amelia.

Nos recibieron en el palacio, pero la familia real no estaba presente; solo la princesa, el primer ministro y la primera dama, además de los empleados del lugar.

—Alteza, pido disculpas en nombre de mis padres y de toda la Casa Real. Por desgracia, tenían un compromiso en la agenda que coincidió con este...

—No pasa nada; acabamos cambiando el orden de las visitas en algunos países. Deberíamos estar ahora en el Reino Unido, pero aprovechamos para pasar un tiempo con nuestros hermanos escandinavos.

—Gracias por entenderlo. —La princesa sonrió—. ¿Puedo robarle a la princesa Ravena mientras trata los asuntos oficiales con el primer ministro?

—Claro.

Ravena Lessa

Amelia me abrazó fuerte y después se puso a dar saltitos y a contener los gritos mientras miraba mi barriga ya prominente.

—¡Ravena, estoy tan feliz! ¿Cómo está yendo el embarazo?

—Muy tranquilo, a decir verdad. Nos acompaña un equipo médico gigantesco, me hacen pruebas todas las semanas...

—¿Y no tienes náuseas durante el viaje?

—Por increíble que parezca, no. Créeme, soy muy blandengue y me mareo con facilidad, pero parece que estos niños son más fuertes de lo que nadie puede imaginar. —Me acaricio la barriga por encima del vestido verde esmeralda.

—¿Niños? ¿Entonces son gemelos?

—¡Sí!

—¡Ay! ¿Puedo poner la mano? —dice entusiasmada.

—¡Claro que sí!

Los ojos castaños de Amelia parecen brillar. La princesa de pelo rubio me acaricia la barriga y se agacha un poco, acerca mucho la cara para intentar oír algo.

—¿Ya dan patadas?

—Todavía no...

—¡Qué formales! —se divierte—. ¿Qué necesitas?

—¿Cómo? —Parpadeo.

—Para el baby shower. No he recibido mi invitación, me gustaría recordarte. ¿Se me ha excluido de ese evento?

—Ah... ni siquiera estaba pensando en eso...

—Está claro que el palacio de Skarsgard se encargará de todo, mandará fabricar la cuna, los carritos, los juguetes... pero es costumbre que nosotras, las princesas, también enviemos algo de

regalo. Y normalmente hay un baby shower; al fin y al cabo, queremos ir allí a armar revuelo, porque estos pequeñines o pequeñinas de aquí —me acaricia la barriga— algún día se casarán con príncipes o princesas de otros países...

—Ah...

—Y mis padres me pidieron que te recordara que, ya que el príncipe no me eligió a mí, que al menos elija a mis nietos...

Las dos nos reímos.

—Me encantaría tenerte en la familia —digo.

—Querida, ya somos familia. —Enlaza su brazo con el mío—. ¿Y la bruja de Jemima te ha estado atormentando?

—No. —Siento un nudo en el estómago solo de hablar de ella —. Japón va a ser el último país que visitemos.

—Ay, Ravena, ¿justo al final del embarazo? ¡Por el amor de Dios, no vayas a estresarte, ¿eh?! —Me aprieta el brazo para llamarme la atención.

—Descuida —prometo lo que no puedo cumplir.

—Estaría bien llamar a tu primo Leon para que te acompañe en esa etapa del viaje... o solo tienes que llamarme: reúno a la tropa, me llevo a unas tres princesas más solo para armar revuelo ¡y dejar a Jemima tirándose de los pelos!

—La odias de verdad, ¿a que sí? —Me río.

—La pregunta es: ¿quién no odia a esa asquerosa?

Y seguimos riéndonos.

—Desde niña era una esnob y se sentía superior: ay, hablo más idiomas que tú... ay, sé tocar todas las sinfonías de Mozart... ay, el príncipe pasa más tiempo conmigo que con todas vosotras juntas. —Hace una mueca.

—Es horrible, la verdad —tengo que admitir.

—Pero perdió. ¡Gracias a Dios! Alguien tenía que bajar del pedestal a esa engreída. Y me alegro inmensamente de que hayas

sido tú.

Amelia me da un abrazo que me reconforta.

Volvemos al comedor y seguimos cotilleando en voz baja, mientras Haakon y el primer ministro del país negocian cosas importantes.

—Esto es para ti, un detallito. —Me entrega una caja blanca con letras doradas.

Es un reloj magnífico, de oro blanco; hay una «R» dibujada con hilo de oro bajo las manecillas.

—Perdóname, no he traído un regalo tan digno como este, pero prometo enviarte algo.

—¡Ni se te ocurra! —Se hace la ofendida—. Es tu gira real, es tu luna de miel, tú eres el centro de atención. ¡Disfruta!

La cena es muy especial y todo va de maravilla. De los tres países que hemos visitado hasta ahora, este sin duda quedará en la memoria, porque no hemos encontrado una anfitriona tan maja y generosa como Amelia.

—¡Dale un beso a Helena cuando estés en Grecia y a Maria Lúcia cuando estés en España! Y avísalas de que, si recibimos un memorando tuyo, nos vamos a Japón a ponerle las cosas claras a cierta princesita... —Mueve la cabeza sin mover el cuello.

—¡Descuida!

Entramos en la limusina y volvemos al avión.

—¿Noche productiva con el primer ministro? —Entrelazo mis dedos con los de Haakon.

—Sí, los lazos con nuestros países hermanos están más fuertes que nunca. ¿Y con la princesa Amelia?

—¡Es adorable! Creo que me ha dado un chute de energía para disfrutar de este viaje.

Haakon me besa el dorso de la mano y me abraza por el hombro.

—¿Estás lista para conocer a la familia real del Reino Unido?

—¡Madre mía! —Hasta me tiemblan las piernas—. ¡Voy a conocer a «La Reina»!

—Y a todos los demás.

Evito pensar en ello; me pongo nerviosa solo de imaginarlo.

—¿Cómo era Amelia de niña? —pregunto, para distraerme.

—Ah... me acuerdo poco. No les prestaba mucha atención, si quieres saberlo.

—¿De Jemima sí te acuerdas? —pincho.

—Sí, porque no me dejaba en paz. Y por eso mi padre creía que me gustaba...

—¡Hmpf! —Pongo morritos y giro la cara.

—Amelia era muy callada y se quedaba en su rincón. No recuerdo verla con las otras princesas... pero creo que era obra de Jemima.

—¿Cómo que obra suya?

—Intentaba apartar de mí, y de todas las demás, a cualquiera que la hiciera sentirse amenazada.

—Muy propio de ella. Dios mío, ya de niña era abominable...

—Pero me acuerdo de Amelia por allí. Solo que se quedaba en los rincones, sola, no jugaba ni se comunicaba mucho... ¿Quién diría que se volvería tan comunicativa, verdad?

—Es un encanto. —Pongo punto final a esa conversación.

—Ajá. Tenemos cinco días más aquí en Copenhague, ¿qué te apetece hacer?

—¿Cuáles son las opciones? —Tamborileo con los dedos en el dorso de su mano.

—Podemos conocer la Iglesia de Mármol... quizá pasear en barco por los canales, y siempre podemos ir de compras, claro.

—Ah, eso me gusta —digo animada—. ¿Con tu tarjeta?

Como el Consejo Real no autorizó nuestro matrimonio, no recibo nada como princesa y dependo por completo de Haakon económicamente. Eso me incomoda; en compensación, nunca me falta nada.

Tengo todo lo que necesito en el palacio y en nuestra mansión; además, si aparezco por una tienda, aunque sea solo para mirar, salgo de allí con todo lo que quiera y sin pagar nada; por no hablar de los innumerables regalos que también recibo todos los días, que van desde cartas hasta vestidos y chocolates.

—Con la tarjeta del gobierno. —Se saca del bolsillo una tarjeta azul regio—. O con mi tarjeta. —Saca una tarjeta black con la figura de un centurión en el centro, emitida por el Banco Gallagher.

—Usaré la tuya. —Elijo la segunda opción—. Solo para no dar motivos de que hablen mal de mí en el Septentrión.

—No tienes que preocuparte por eso... cuando volvamos, en poco tiempo serás la reina y ni te acordarás de lo que ocurrió en el pasado.

—Es lo que más quiero.

*

El viaje al Reino Unido me dejó eufórica.

Esta vez me mareé bastante y los médicos que me acompañaban en el viaje me permitieron tomar Biodramina. Ayudó un poco; no quería conocer a la familia real británica estando hecha polvo.

Nuestra primera parada fue Clarence House, residencia histórica de miembros de la familia británica. Allí conocimos al príncipe Carlos y a la duquesa de Cornualles, Camila.

La cena fue formidable y la duquesa fue muy amable al enseñarme los cuadros y los tapices históricos, además de contarme

algunas historias sobre la amistad de las dos familias reales y sus vínculos.

—La reina Victoria, la tatarabuela de la reina Isabel II, también es tatarabuela de Irinna Iranovichk.

—¿En serio? —Me quedo de piedra.

—Sí, la reina Victoria fue conocida como la «abuela de Europa»; muchas familias reales tienen algún parentesco principalmente gracias a ella.

Madre mía, ¿entonces eso convertía a Haakon, en cierto modo, en un príncipe inglés también, aunque fuera un primo muy muy muy lejano de ellos?

Bueno, eso debe de explicar que sea un auténtico lord.

Al príncipe Guillermo, a Harry y a sus esposas los conocí el fin de semana. Temblé como un bambú en pleno vendaval cuando me estrecharon la mano y me quedé cortada, sobre todo porque me trataban como si yo fuera una persona normal de la realeza y no una chica que era fan y creció soñando con casarse con uno de ellos.

Con Harry, especialmente, porque siempre tuvo un aire rebelde que me hipnotizaba.

Tuve mucha suerte de encontrar a mi Harry. Que se sentía muy a gusto con sus primos de algún grado.

—¿Aguantará ella una cacería? —se divierte Harry—. A lo mejor hasta consigue acertarle a un ciervo... ¿Cómo va esa tradición en el Septentrión?

—Hemos cazado poco; mi padre era el mayor entusiasta... yo no tanto —explica Haakon.

—Siempre es bueno mantener algunas costumbres para que la gente no se extrañe. La tradición transmite una normalidad que la gente necesita.

—Aunque eso de cazar animales, hoy en día, no parece muy bueno —puntualiza Meghan.

En fin, las cenas y los encuentros fueron agradabilísimos.

Ya había estado en el Reino Unido antes y había visitado los lugares turísticos, pero no al lado de miembros de la familia real, lo que fue un encanto aparte.

Cuando conocí a la reina Isabel, sentí como si fuera a romper aguas en cualquier momento.

Fue muy afable y todo el tiempo vigilaba a los bisnietos, que correteaban alegremente por el palacio de Buckingham, jugando y divirtiéndose.

—¿Ya te has habituado al clima de Koioskovo, querida? —La mujer era realmente comunicativa y se comportaba con gentileza.

—En los últimos meses ha sido muy agradable; el periodo de noche polar pasó y ahora tenemos sol para engañar un poco al frío.

—Seguro que puedes disfrutar de las preciosas playas de Drü. ¡Un lugar precioso!

—¿Usted ha estado en Drü? —No escondo la sorpresa.

—Sí. A mi padre, el rey Jorge VI, le encantaba.

Me quedé asombrada al saberlo. Nunca podría haber imaginado que la familia Iranovichk tuviera un parentesco lejano con la reina del Reino Unido, y mucho menos que ella ya hubiera visitado el lugar.

—También he estado en Brasil. Sé que vienes de allí. —Se mostró muy bien informada.

Prácticamente me dio una lección con su manera de comportarse. Siempre se mostraba interesada por todo y conocía algunos detalles de mi vida; llegó a elogiar mi iniciativa junto con las otras mujeres en la organización Salve a la Reina y sugirió que durante mi visita tratara el asunto con una de las duquesas para recibir el apoyo del Reino Unido.

Al final de la cena tuvimos un momento de recreo con piano y música en directo, y fue entonces cuando sentí por primera vez una punzada fuerte en la barriga.

Intenté llamar la menor atención posible, pero el dolor vino tan fuerte que rechiné los dientes.

—¿Está todo bien? —Haakon abandona a los príncipes, con los que conversaba entusiasmado, para correr a mi lado.

—Sí... ellos... uno de ellos... ha dado una patada.

—¿En serio? —Su sonrisa fue de oreja a oreja.

Posa la mano abierta en mi barriga y se arrodilla a mi lado.

—Vamos a ver si están tan animados esta noche...

—¡Ay! —Cierro los ojos.

Por la sonrisa, creo que Haakon ha sentido a uno de sus hijos dar una patada con mucha fuerza.

—Ahí dentro también están de fiesta —bromea.

—Bueno... debido al increíble acontecimiento de la noche, no puedo permitir que vuelvan al avión —pondera la reina—. Están invitados a pasar la noche aquí y todo el tiempo que deseen.

—Gracias, majestad —le agradece Haakon de inmediato.

—Una vez más, enhorabuena, princesa Ravena. —Oír eso de esa mujer es muy significativo—. Que vengan con mucha salud y que su dinastía sea larga.

La monarca se despide, se retira a sus aposentos y el príncipe Guillermo la acompaña. Los demás se quedan en corro conmigo y con Haakon, intercambiando información sobre el embarazo y sobre cómo fue ese periodo especial para cada uno.

Algunos días no daban patadas, pero en otras ocasiones parecía que los bebés quisieran matricularse urgentemente en una escuela de fútbol.

Haakon y los miembros del Consejo Real resolvieron todos los asuntos oficiales y dedicamos el resto del mes a conocer Escocia y Dublín.

Nos encontramos con Livia, la hermana pequeña de Haakon, cuando estábamos a punto de partir hacia Inglaterra. Físicamente

recordaba mucho a la reina Melissa.

—¡Ravena, estaba deseando conocerte! —Me estrecha la mano con firmeza y mantiene una sonrisa interesada en el rostro.

—¡Yo también, Alteza!

—Llámame Livia, por favor. —Hizo una mueca.

Creo que era la primera adolescente de la familia real que conocía.

—Espero que estés estudiando mucho. —Haakon se puso ceñudo con su hermana.

—Alguien tiene que ser el cerebro de la familia, ¿no? —La chica demostró tener una personalidad fuerte al replicarle a su hermano en todo—. ¿Gaius te ha contado que tiene novia nueva?

—¿Novia? —Haakon abre los ojos de par en par y fulmina a su hermana con la mirada.

—Uy, creo que es un secreto... ay, esos amores de verano... pobrecillo, está sufriendo tanto con la distancia...

—¡Livia, mete un poco de juicio en la cabeza de tu hermano y no le alientes las tonterías!

—Yo no aliento nada, solo lo escucho... —Se encoge de hombros y se toma un helado.

—¡Y nada de noviazgos!

—Vale, papá.

—No soy tu padre, pero soy tu rey.

—Ok, majestad —se burla—. ¿Es así de mandón contigo? —Hace una mueca.

—La mayor parte del tiempo. —Tengo que decirlo.

Haakon se cruza de brazos y me reprende con la mirada.

—Me cae bien, será una buena reina. Mamá dijo que también la adoró; no entiendo por qué la abuela todavía no ha dado su brazo a torcer...

—No comentes las actitudes de la Reina Madre, es de mala educación —la reprende.

—Es raro.

—¿Por qué es raro, Livia?

—Me mandó cartas, muy entusiasmada por el vídeo que se había filtrado, meses atrás, de ti en el aeropuerto con Ravena. Y hasta escribió: qué suerte tendríamos si se reencontraran, ¿no? Y después, cuando os reencontrasteis, pareció cambiar de idea.

—¿Ella escribió esas cartas?

—Sí, tengo fotos aquí en el móvil; se las envié a mamá en su momento.

Livia pasa unos minutos concentrada en el móvil, encuentra lo que busca y se lo envía a su hermano.

—Todas nosotras, mamá, la abuela y yo, nos quedamos decepcionadas cuando votó contra vosotros en el Consejo Real. Entre bastidores siempre estaba entusiasmada, pero actúa distinto en público.

—Vale. —Haakon guarda el móvil—. ¡Ahora vuelve a la escuela y compórtate!

—¿O me casarás con un viejo? —se burla; coge el bolso y recibe un fajo de billetes de su hermano—. Gracias. —Lo abraza con fuerza.

—No le cuentes a nadie que te lo he dado. ¡Y no te lo gastes todo de una vez!

—¡Descuida!

Livia también me abraza.

—Un placer tenerte en la familia, Ravena. ¿Me permitirás visitaros cuando nazcan los gemelos?

—Le enviaré ese recordatorio a Laios inmediatamente.

—Ese viejo loro... —Chasquea la lengua—. ¿Te atormentó mucho, Ravena?

—Laios es estupendo —respondo.

—Es un encanto, de verdad. —Livia se despide con la mano y se marcha animada de vuelta a la escuela.

—Bueno... —suspira Haakon—. Creo que esto pone fin a nuestra gira por el Reino Unido.

—¿Ahora vamos a Bélgica?

—Exacto. Pero solo nos quedaremos tres días; la agenda de este mes está muy cargada: todavía iremos a Holanda, Alemania, Suiza, España y... Francia.

—¡Ah, por fin voy a conocer París!

—Sí. Así que vamos a resolverlo todo rápido en todas partes para tomarnos unas vacaciones en París.

—¡No podría pedir nada más!

—Y tener una segunda luna de miel —me recuerda.

—¿Con látigos y esposas? —provoco.

—Mmm... me lo pensaré.

—¿Alguna vez has esposado y dominado a una embarazada? —Le paso la mano por el muslo.

Me divierto al verlo estremecerse y apartarme la mano, porque estamos en público y no consigue contenerse mucho cerca de mí.

—Creo que todo tiene una primera vez.

CAPÍTULO 35

Ravena Lessa

La parte más intensa de la gira comenzó.

Acompañé a Haakon a todos los actos formales con autoridades de otros países, pero decliné con delicadeza los bailes benéficos y otras actividades. Descansé mucho para disfrutar de París, el lugar que más ganas tenía de conocer.

Lo de descansar era un decir, ya que me pasaba buena parte del tiempo resolviendo asuntos de la organización Salve a la Reina, igual que Haakon, que en sus ratos libres se ponía al día de todo lo del Septentrión y hacía videollamadas con el Consejo Real.

La Ciudad de la Luz no me decepcionó en nada.

Tenía de verdad todo el aire romántico que yo imaginaba, aunque los franceses fueran, la mayor parte del tiempo, bruscos conmigo, porque yo solo sé hablar inglés.

—Otra pequeña tarea más para tu agenda. —Haakon se divierte—. Aprender idiomas nuevos.

Él, al contrario que yo, daba un espectáculo. Hablaba alemán, francés, italiano, español, japonés, mandarín y un montón de lenguas más que yo aún no había escuchado.

—Estamos en su tierra; como miembros de la realeza, tenemos que mostrar respeto y hablar en francés.

—¿Y no pueden ser un poco más suaves conmigo, que estoy embarazada? —Me echo a llorar.

—¡¿Ravena?! Solo son unos esnobs, no hace falta llorar... —me consuela, desesperado.

—¡Ay, me siento un fracaso!

Freud saludó desde lejos —hacía mucho que no lo veía— y me entregó un papel en las manos:

Informe médico: loca & pirada & chalada & llena de hormonas & embarazada & la culpa es de la madre.

Ah, claro, solo le faltaba culpar a mi madre... Tsc.

Me puse sensible, lloraba por todo y también me irritaba por todo; mi humor se volvió bastante felino, y el príncipe no hacía más que divertirse a mi costa, viéndome despotricar sin ningún motivo.

Cuando terminaron las obligaciones reales, corrimos contra el tiempo para aprovechar los últimos cinco días de vacaciones antes de partir hacia Brasil.

Paseamos por el Sena al atardecer, comiendo y disfrutando del paisaje... Nos tumbamos en la hierba a tomar el sol en los Jardines de Luxemburgo y nos alojamos en el ático de un hotel magnífico con vistas privilegiadas a la Torre Eiffel.

—Tengo una buena y una mala noticia para ti —avisó Haakon, y yo ya me preparé para el golpe.

—Empieza por la mala. —Ya estaba tumbada solo con el camisón en la cama espaciosa; la luz de fuera iluminaba buena parte de la habitación.

—Bueno... la mala noticia es que tus médicos no te han dado permiso para que te aten, te suspendan en el aire o recibas unos azotes de látigo —dice, apesadumbrado.

—¿Quiénes se creen que son para darme permiso o no?

—Tus médicos.

—Y yo soy una reina —protesto—. Una futura reina. —Me cruzo de brazos—. Y lo haremos aquí, a escondidas, sin que nadie lo vea... confío en ti...

—No, tienen razón. No vamos a generar ese tipo de estrés en tu cuerpo.

—¡Haakon! ¡Yo quiero que me den! —No me creo que lo haya dicho en voz alta. Pero, una vez que salió, lo dejé estar.

Mi amigo imaginario Freud debía de estar divirtiéndose muchísimo dentro de mi mente.

—Voy a darte unos azotes. —Viene y se sube a la cama, se pone de rodillas encima de mí y me gira con cuidado.

Empieza a darme palmadas suaves en el culo.

—¡Lo quiero más fuerte! ¡Merezco más fuerte!

—¿Así? —Golpea con más fuerza, pero no se acerca ni de lejos a como era antes.

—¡Estar embarazada es un asco! —Pongo morritos.

—Solo tres meses más y todo volverá a la normalidad.

Lo dudo mucho. Ya me veo con ojeras y despeinada de tanto cuidar de estos niños.

—Madre mía...

—¿Qué pasa? —pregunta, y me da otra palmada.

—Ya estoy de seis meses...

—Sí... ¿cómo te sientes? —Me acaricia la barriga.

—Ya me he acostumbrado a las náuseas, a los cambios de humor y a que los pies me duelan de cojones... —refunfuño—. Ah, y mis pechos... doloridos... aaay.

—Y más grandes... —No deja pasar ese detalle.

Tira de mí despacio hacia su regazo y mete las manos por debajo de mi camisón; se esfuerza bastante para pasar por mi barriga y llegar a mis pechos, donde sus dedos se mueven en círculos.

—¿Y la cadera gigante? —refunfuño.

—Perfecta. —Aprieta la cara contra mi cuello.

—¡Humpf! ¡Dijiste que tenías una buena noticia!

—La tengo...

Se levanta y se quita la ropa muy despacio.

—¿Llevabas una corbata de reserva en el bolsillo?

—Sí. —Se ríe.

Su mano me empuja para que me tumbe en la cama. Un minuto después tengo las manos atadas al cabecero, cada una con una corbata; no aprieta demasiado, pero me mantiene inmóvil.

—Me está gustando esto...

—¿Sí? —Se ríe y me quita el camisón muy despacio.

Me lame los pechos con toda la extensión de la lengua y me besa el cuerpo entero, sobre todo la barriga; después enciende el vibrador, que empieza a hacer que mis piernas se muevan con cada espasmo.

Por cierto, durante todo el viaje pasé más tiempo con ese objeto dentro de mí que fuera.

A veces tenía que controlarme, y descubrí que soy una actriz excelente. Casi tuve un orgasmo en una de las cenas con la familia real, mientras disertaba sobre el futuro de la ingeniería en los países europeos y pasaba las diapositivas que presentaba, y él intensificaba las vibraciones dentro de mí.

—Todavía no te he contado la buena noticia... —Haakon me pone una venda en los ojos.

—¡No me hagas esperar! ¡Estoy embarazada! —refunfuño.

—Valdrá la pena —se divierte.

Unos minutos después, removiéndome impaciente en la cama, siento una sensación única, como si el fuego me besara. Cae en forma de gota sobre mi brazo, y eso me hace encoger los dedos de los pies y girar la cara.

—¿Qué es eso? —pregunto bajito.

—¿Qué has sentido? —Repite la sensación.

—Un... calor... ay...

—Cera caliente de una vela especial.

—Mmmm... —Ahora consigo notar el olor a chocolate y café—. Me está gustando esto. —Me río bajito.

Casi doy un salto de la cama, no por el dolor, sino por el susto que me llevo al sentir las gotas bajando levemente por mi trapecio hasta llegar a mis pechos. Siento como si literalmente estuviera ardiendo.

—Haaaaaakon. —Si pudiera, le agarraría la mano en este momento; mis piernas se mueven involuntariamente—. ¿Estás seguro de que puedes hacer esto? —Sonrío.

—Tengo un certificado de tus médicos, ¿quieres que lo lea?

—Ajá —me divierto.

—Mmm, vamos a ver... no puede usar ropa de cuero ni látex muy ajustado, no puede ser atada ni suspendida en el aire... veamos qué sí puede... velas... puede, en todo el cuerpo, menos en la región abdominal.

—¿Todo el... cuerpo? —Contengo la respiración.

Siento el líquido caliente caer por mis piernas, subir por los muslos, casi llegar a la ingle.

Cuando no va dejando el rastro de su lengua húmeda y cálida por el camino, Haakon presiona las manos y me masajea la piel, esparciendo el ardor. La sensación me vuelve loca y me pregunto por qué no hicimos esto antes.

—Creo que yo también puedo... mmm...

—¿Qué estás haciendo?

—Un momento. —Parece tener la boca llena.

—¡Haakon! —Casi doy un salto de la cama.

Me lame la vagina de una vez; siento el hielo y algo más dentro de su boca. Eso me provoca un escalofrío que todo mi cuerpo tarda un rato en procesar.

—¡Pica! ¿Es pimienta?

—Es un caramelo Halls negro. —Se ríe.

—Aaaah, ahora lo entiendo, no pica —me mordisqueo el labio —: eso, ve más hondo... aaaah...

—¿Tú qué prefieres, arder o congelarte? —murmura, para después sumergirse dentro de mí, hacerme agarrar las corbatas con fuerza y sacudir el cabecero de la cama.

—Prefiero lo que tú quieras hacer conmigo...

—¿Qué tal las dos cosas?

Vierte las gotas de la vela por mis pechos cuidadosamente, saca el vibrador de dentro de mí y después me llena con su lengua; el hielo y el caramelo me dejan inmóvil y sin poder respirar.

—Así es tan bueno, más hondo...

—¿Así es como te gusta? —Me levanta las piernas y avanza más.

—Eso... ah, qué gusto...

—¿Y si hago esto, mejora? —Enciende el vibrador y lo presiona contra mi clítoris.

¿Cuántas manos tiene este demonio? ¿Cómo está consiguiendo hacer todo esto a la vez?

Siento las gotas de cera caliente cayendo despacio sobre mis brazos y mis pechos; mis piernas ahora descansan sobre sus hombros y, al mismo tiempo, mi clítoris es estimulado.

—Ah, cómo deseaba esto...

—Ya... igual que yo deseo sentirte en mi boca. Córrete para mí, amor.

Haakon sigue estimulándome sin parar hasta que siento que he perdido todo el control de mi cuerpo; acabo teniendo un orgasmo de los buenos y me deshago en su boca.

Me chupa con cuidado, absorbe cada gota de mi placer y después me quita la venda y afloja el nudo de las corbatas para que me suelte.

—Ahora me toca a mí jugar. —Coloca las rodillas a los lados de mi cabeza.

Tengo una visión privilegiada de su pene grande y grueso, que me frota por la cara y me hace tragar poco a poco.

Haakon me sujeta las manos, me entrega la vela redonda y me hace derramar la cera por su abdomen marcado.

—Aaah —gime; lo siento pulsar en mi boca—. Eso, buena chica...

Estiro un poco más los brazos, también para que se me pase la sensación de calambre, y dejo que la cera se deslice por su pecho. Veo sus pezones erizados; la polla parece que va a explotar en mi boca de lo caliente que está.

—Eso... le vas cogiendo el truco...

Haakon se pasa las manos por el cuerpo, sus dedos tocan los rastros enrojecidos y después baja hasta mi cabeza, tira de mí hacia él hasta que me atraganto y lo siento tocar mi garganta.

—Hazlo otra vez —pido.

Y él lo repite: me agarra del pelo como si fuera un ronzal y me guía hacia su placer, que también es el mío.

Me hace sentir la suavidad de su piel, el calor del acto, la intensidad de sus manos haciéndome tragar su polla y dejándome sin aire.

—Qué obediente eres... —Le brillan los ojos.

Inclina el cuerpo hacia atrás; las rodillas ahora se apoyan por fuera de mis brazos. Junta mis pechos con su pene entre ellos y empieza a friccionar con fuerza, hasta el punto de que la cama gime y golpea contra la pared.

—Haakon, estamos en un hotel —tengo que recordárselo.

—En el ático —me recuerda él a mí—. Solos. En el piso de abajo, solo nuestra gente, y están acostumbrados... ¿o de verdad crees que piensan que es el mal tiempo lo que causa las turbulencias en el avión?

No puedo evitar reírme.

—No aguanto más, te necesito. —Se levanta y tira de mí por las corbatas de mis manos.

Empuja la puerta que da a la zona del jardín y la piscina, se sienta en una silla de madera como esas de playa y me pone en su regazo, de cara a las vistas de todo París allá abajo, con la Torre Eiffel brillando bellamente.

—Felices siete meses de casados —dice.

Se lame los dedos y prepara el camino para hacerme sentir su pene duro y grueso invadiéndome.

Me aferro a su cuerpo y lo siento entrar en mí con fuerza.

—Eso... yo también te necesito... dentro de mí... —digo poco a poco, respirando cuanto puedo.

Me sujeta firme por los muslos y me levanta hasta que su polla sale casi por completo, y vuelve a sentarme lentamente, obligándome a frotar mi ingle contra la suya cuando lo siento entero dentro.

Parece que me arden los pulmones; pierdo el aliento por completo.

—No importa adónde viajemos: el mejor lugar en el que he estado es dentro de ti —me dice al oído, y vuelve a devorarme.

Lo abrazo con tanta fuerza que siento que voy a perforarle la piel con las uñas.

Apoyo la cabeza en el hombro de Haakon y lo siento aumentar la velocidad con la que entra y sale de mí, no por entero, pero aun así volviéndome loca.

Príncipe Haakon III

Llevamos cuatro meses lejos del Septentrión, pero yo no echo de menos mi casa.

Ella está aquí, conmigo, ahora.

No echo de menos nada; no creo que necesite mucho más que a Ravena en mi compañía. Algunas noches me contento solo con sentir el olor de su pelo en mi cara mientras duerme; otros días tengo la bendición de su risa y de sus ronquidos, y luego están los momentos especiales, como este, en que podemos disfrutar a solas.

La recuesto en la silla y tomo uno de sus pezones en mi boca, vuelvo a embestir fuerte dentro de ella. Sujeto con firmeza la silla para mantenerla clavada al suelo mientras hacemos temblar el edificio.

—Creo que estoy viendo estrellas. —Se ríe y mira al cielo.

—Yo también. —Apenas consigo parpadear al sentir su carne abrirse para darme paso.

Necesito llegar bien hondo, lo máximo que pueda, sentir que me tiene por completo, y aun así no me siento satisfecho.

Ella tiene ese don misterioso de hacerme querer siempre más, de hacer que me entregue por completo y aun así dejarme un regusto a querer más.

—Me voy a... —aviso.

—Te quiero en mi boca —pide.

Es tan inesperado que me bloqueo por un instante y tengo que concentrarme para no explotar de golpe.

—Ahora. —Me guiña un ojo.

Ravena se sienta en la silla cuando salgo de dentro de ella, empapado y más duro que nunca.

Me agarra la polla con las dos manos y la masturba rápido. Abre bien la boca cuando estoy a punto de explotar.

No deja que se escape ni una gota; se lo bebe todo compulsivamente y sigue chupándomela incluso después de que mi orgasmo haya acabado.

—No. —Intento escapar. Pero ella sigue sujetándome y chupando—. No siento... las piernas... —Me río de los nervios y acabo perdiendo el equilibrio; casi me caigo al suelo.

A ella no le importa: sigue chupándomela sin parar, hasta que tengo que desplomarme a su lado, sin poder controlar los movimientos de mi cuerpo.

—¿Te has vuelto loca?

—Un motivo más para unos azotes. —Se pasa los dedos por los labios.

La abrazo por la cintura y apoyo mi frente en la suya.

—Espera y verás: dentro de unos meses te voy a calentar ese culo a latigazos.

—Pediré que me fraccione los castigos en plazos, señor. —Se ríe.

Le beso el barrigón y me quedo acariciándolo.

—¿Tú también te sientes apretujada en esta silla? —pregunto.

—Sí —dice bajito.

—¿Quieres ir a la cama?

—No. —Me rodea el cuello con los brazos—. Me gusta estar así contigo.

Ravena Lessa

Todos notaron que me puse radiante cuando partimos de París.

Nunca pensé que me alegraría de dejar la Ciudad de la Luz, pero era por un motivo especial: ahora Haakon y yo tendríamos prácticamente un mes de vacaciones en Mónaco e Italia.

Ese periodo fue mágico: pasamos un mes entero por playas paradisíacas, tomando el sol con todos los cuidados del protector solar y cenando en yates en medio del océano.

Creo que fue la ocasión en que más me sentí princesa, o mejor dicho, en que más sentí que tenía una vida de élite, porque pasé mi infancia viendo programas del corazón y a la gente adinerada yéndose a Miconos o Santorini, por ejemplo.

Y como todo lo bueno dura poco, el mes pasó en un suspiro.

Volamos justo el día en que llegó una tormenta; me puse tan tensa que por la noche tuve una pesadilla muy extraña.

—Soñé con cuatro hombres —le explico a Sasha, que también nos acompañó en el viaje—. Era exactamente como en la historia de la caída del Rey Loco —le cuento—. Estaba él, el antiguo rey Saavedra... y pude ver a los patriarcas de los Linkalter, los Iranovichk y los Kjaerlighet. Estaban allí, listos para derrocar al rey. Una locura, ¿verdad?

Sasha meditó sobre el sueño durante unos minutos, hasta concluir:

—Creo que está muy ansiosa por reencontrarse con su familia.

—Sí...

—¿Cree que de alguna forma ellos estaban representados en el sueño? ¿Cree que pueden quitarle algo?

—¿Como las tres familias se lo quitaron todo al Rey Loco? —pienso en voz alta.

—Su seguridad... su bienestar... ¿cree que, si sus padres no aprueban su unión con Haakon, algo va a cambiar?

—No, no va a cambiar... pero me voy a sentir tan mal...

—El Rey Loco no tuvo elección, ¿verdad? Tuvo que enfrentarse a las tres familias. Y asumió las consecuencias de sus actos...

—Sí.

Nunca un sueño tuvo tanto sentido.

—¿Sasha?

—Sí.

—¿Qué sabe de los Kjaerlighet?

Se muestra particularmente interesado cuando toco ese punto. Al mismo tiempo, intenta alejarse de la cuestión.

—¿Cree que saber algo sobre ellos la ayudará en el encuentro con sus padres? —me analiza.

—No, es solo que... es una historia tan... extraña.

—Mmm.

—¿Cómo puede una familia gigantesca desaparecer sin más de la noche a la mañana? Dejando fortuna, mansiones, mascotas... ¡hasta identidades! ¡Títulos académicos!

—¿Eso la intriga? —evalúa.

—Creo que intriga a todo el mundo...

—Bueno, yo sé que, muchos años después, se encontró a dos niños en el palacio Kjaerlighet.

—¿Dos? Pensaba que había sido solo uno...

—Es verdad. Solo uno —corrige la información.

—¿Sería la Reina Madre Antonia?

—No, Antonia Kjaerlighet es de la época de la desaparición de la familia. Fue la única que quedó. Quizá ella pueda aclararle algo, si sigue con curiosidad... aunque nunca ha hablado de eso con nadie.

—Mmm... ¡¿Quién era el niño, entonces?!

—Hoy está usted muy curiosa. —Sasha sonríe—. ¿Todo para ocupar la mente y no pensar en la llegada a Brasil?

—Supongo que sí. Sobre el niño...

—Nadie sabe si realmente era un Kjaerlighet, Alteza. Nunca se demostró, nunca salió a la luz. Así que todo lo que se sabe es que la Reina Madre Antonia es la última Kjaerlighet viva.

—¿Cómo puede ser, verdad? ¡Hasta donde yo sé, esa familia era la más rica del Septentrión!

—De Europa —corrige la información.

Lo que me deja aún más impresionada.

—Por cierto, Sasha, nunca le he preguntado su apellido. —Me río.

—Creo que no es importante para sus sesiones terapéuticas —observa, y mira el reloj—. Su tiempo ha acabado. Le deseo un buen descanso y que disfrute de su estancia en Brasil, Alteza.

—Gracias.

Pienso en insistir con la pregunta del apellido para que me lo aclare, pero tiene razón.

Solo estoy intentando distraerme para que no me dé un apretón de lo nerviosa que estoy.

Salgo de la sala y voy directa a mis aposentos, a descansar un poco.

CAPÍTULO 36

Ravena Lessa

Pisar suelo brasileño parece cargarme las pilas y llenarme de energía.

Por más que los pies me estuvieran matando y una fatiga se apoderara de mí por las obligaciones reales y las noches agitadas con Haakon, el sol de mi tierra me revitalizó.

La primera semana fue la más complicada: tuvimos la agenda a rebosar en Brasilia, participamos en varias cenas ofrecidas por el presidente, que nos presentó a gobernadores, senadores y empresarios influyentes del país.

La mejor parte fue reencontrarme con Leon, que acudió en mi auxilio y estuvo pendiente de todas mis necesidades, por no hablar de que podía cotillear con él.

Después pasamos unos días en São Paulo; Haakon me avisó de que cenaríamos con la familia Leão, donde solo había gente importante, una de las familias paulistas más poderosas, y de que en esa ocasión me presentaría a un primo que vivía en la capital.

—Esa es Maria Eduarda —me susurró Leon al oído, como siempre, dándome resúmenes rápidos de quién era cada persona—. Ella y su hija están apoyando tu organización Salve a la Reina. Las dos sufrieron violencia.

—Maria Eduarda, muchas gracias por recibirnos. —Le estrecho la mano a la mujer.

Ella abre una sonrisa encantadora y hace una reverencia formal.

—¡Su casa es preciosa! Recuerda mucho a la que vivimos Haakon y yo.

—¿El palacio? —se divierte.

—No. Vivimos en una urbanización privada en la capital.

—Qué maravilla. Pase, por favor, ¡no voy a dejar de pie a una princesa embarazada! —La mujer despliega toda su hospitalidad.

Conocí a los hijos de la empresaria y... a sus dos maridos. Me pareció insólito y extraño; primero pensé que estaba viendo doble, después entendí que eran hermanos gemelos: Ricardo y Leonardo Leão. Y ambos eran el marido de Maria Eduarda.

Parpadeé y bebí un poco de agua.

Yo apenas aguanto a Haakon cuando empieza a echar fuego por el cuerpo; imagínate dos.

—No me mires así, Leon, que no me puedo reír.

—Pero imagina qué delicia... uno para cada agujero —susurra mi primo.

Freud, que estaba echando una cabezada, abre un ojito, solo para cotillear.

—¡Leon! —Le doy un pellizco e intento aguantarme la risa—. ¡Yo ya acabo escocida y sin poder andar con el palizón de polla que me da Haakon, imagínate dos!

Arrugo la nariz y miro alrededor.

—A mí me encantaría. —Le guiño un ojo a Leon y echo a andar.

—¡Tú nunca me decepcionas! —Viene riéndose detrás de mí.

Príncipe Haakon III

—El primo Ayslan llega tarde —protesta Svar.

Va pasándome el nombre de cada integrante de la familia Leão y se queda mudo cuando se acerca un hombre con sombrero fedora y gafas de sol. A ese no necesita presentármelo. Es Ethan Evans, amigo muy cercano de Ricardo Leão, el esposo de Maria Eduarda, nuestra anfitriona.

—Antes de que me preguntéis: no tengo novedades sobre Gustavo Borges. Su madre llama desesperada a cien números y ninguno contesta.

—¿Al menos estáis rastreando los números? —replica Svar.

—¿Qué te crees que soy, un incompetente? —gruñe el hombre —. Hasta parece que se ha muerto; no da señales de vida...

—Debe de estar tramando algo. —Svar se cruza de brazos.

—Estaremos atentos. —Ethan asiente—. ¿Haakon?

Me sorprendo cuando me llama por mi nombre y no «señor presidente».

—¿Sí?

—Tu primo Svar y yo queremos presentarte a una persona. A una no. ¡A dos!

—Claro. —Le entrego mi vaso de whisky al camarero y acompaño a Ethan y a mi primo hasta un despacho.

El lugar es precioso: una biblioteca vasta, lámparas repartidas por todos los rincones. La familia Leão tiene muy buen gusto; una casa así podría confundirse fácilmente con la de un noble inglés o norteño.

A primera vista veo a un hombre de pelo castaño oscuro y a un niño de la edad de Gaius que está pintando sobre la mesa principal.

Me acerco y espero las presentaciones.

—Haakon, este es el yerno de Maria Eduarda, Raphael... Saavedra.

Mi sonrisa desaparece cuando dice el apellido.

—¿Saavedra? ¿Como Cygnus Saavedra? ¿El Rey Loco? —Me llevo las manos a la espalda.

—Hola, Haakon. —Raphael Saavedra extiende la mano.

Lo evalúo durante un segundo. Miro a Svar, después a Ethan. ¿De qué va esto? ¿Por qué me están presentando a este hombre?

—Hola, Raphael. —Le estrecho la mano.

—Serás uno de los mayores reyes de todos los tiempos del Septentrión —dice mi primo—. Y para eso... necesitas corregir los errores que cometieron nuestros ancestros.

Las palabras de Svar parecen cambiar la dirección de mis pensamientos. Aun así, me quedo inquieto.

Soy un Linkalter-Iranovichk.

Los Linkalter asesinaron al Rey Loco y a todo su linaje. Los Iranovichk salvaron a los últimos descendientes del Rey Loco y los enviaron lejos... ahora lo entiendo... los enviaron a Brasil.

—Te pido disculpas por todo el mal que causaron mis ancestros, Raphael. —Pongo la otra mano sobre la suya.

Él repite el gesto.

—Majestad, soy yo quien te pide disculpas por todo el mal que causaron los míos.

La sonrisa de Svar me indica que he hecho lo correcto. Ethan se aparta un poco, observándonos también con una sonrisa.

—¿Dónde están los demás Saavedra? —pregunto.

—Siento decepcionarlo, pero solo quedamos mi madre, yo y Sávio. —Señala al pequeño que está pintando en la mesa.

—Lo siento muchísimo, Raphael...

—No lo sientas. —Suelta mi mano y me sujeta por los hombros —. Mis tías abuelas siempre contaban que fue la familia Iranovichk la que nos salvó. Metieron a mi bisabuela en un barco, junto con una hermana. Y nos trajeron aquí... compraron buenas tierras... una casa... nos permitieron empezar de nuevo.

—Cuando yo sea rey, tú, tu madre y tu hijo seréis bienvenidos en el Septentrión. Puedes vivir en el palacio de Skarsgard, el palacio que construyeron tus ancestros Saavedra.

—Gracias, Majestad. —Raphael me da unas palmadas en el hombro.

Camino despacio hasta quedar frente al niño, de pelo castaño como el del padre, ojos azules muy brillantes y la mirada clavada en la pintura que hace de una cabra montesa.

—¿Sávio? —lo llamo por su nombre.

El niño sigue concentrado.

Me agacho hasta estar a la altura de sus ojos.

—¿Sávio?

Sigue pintando, como si no hubiera escuchado mi voz.

—Sávio es autista —explica el padre.

—Mmm. —Me levanto y sigo observándolo.

—He terminado; quiero pintar otra cabra. —El niño aparta la hoja y mira a su padre.

—Sávio, antes de volver a pintar, a papá le gustaría presentarte a alguien.

—¿Un amigo?

—Sí. Un amigo de la familia. Este es Haakon.

El niño me mira; en los primeros segundos parece evaluarme, después parece acostumbrarse a mi imagen.

—Eh. —Me agacho de nuevo—. ¿Sabías que eres un príncipe? —pregunto.

—¿Un príncipe? —El niño lo desdeña—. Yo soy autista.

—También eres un príncipe. Tataranieto de un rey...

—Vale, pero a mí me gusta ser autista —dice el niño.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —Me levanto.

—Discúlpeme, Majestad, no queremos nada de usted. Tenemos todo lo que necesitamos; vivimos muy bien aquí.

—Pero la monarquía tiene obligaciones con todos sus herederos, y vosotros sois herederos —insisto.

—No... nuestro linaje fue borrado.

—Entonces... —Miro alrededor—. Svar, ¿no tienes una espada por ahí?

Mi primo niega con la cabeza.

—Mi mano tendrá que servir —digo. La pongo sobre su hombro —. Yo, Haakon Iovius Erick Harry III, futuro rey del Septentrión, te devuelvo tu linaje y tus derechos como heredero, así como restituyo a tu dinastía los derechos que le corresponden. Hasta que encuentre un título que encaje mejor, te declaro lord Raphael Saavedra, padre de lord Sávio Saavedra.

Raphael hace ademán de inclinarse, pero no se lo permito. Lo mantengo a mi altura.

—Gracias, señor.

—El honor es todo mío.

Nos interrumpe la puerta al abrirse. Un hombre alto y melenudo entra, rápido y agitado, viene hacia nosotros y abraza a Svar por el cuello.

—¡Primo! —Svar también lo abraza.

—Majestad —me saluda Ayslan con un gesto de cabeza.

—¿Yo no soy tu primo también? ¿No me merezco un abrazo? —Lo miro fijamente.

Ayslan me asfixia en un abrazo apretado y tira de Svar para asfixiarme aún más.

—¡Cuánto os he echado de menos, cabrones de mierda!

—Esa boca... que hay un niño... —lo reprende Svar.

—Uy, perdón. ¿Y este? —Señala con la cabeza a Raphael.

—Este es lord Raphael Saavedra.

—¡¿No me digas?! —Ayslan tiene que atarse el pelo, porque está tan agitado que la melena se le va para todos lados—. ¿Otro heredero al trono?

—Otro heredero al trono —confirmo.

—Perdónenme, señores, no quiero el trono ni nada. Solo quería conocer al rey y agradecerle lo que su familia hizo por la mía.

—Entonces discúlpame tú a mí. —Ayslan extiende la mano—. Soy Ayslan Linkalter, hijo de Gerard Linkalter, el hijo del hombre que mató a tu tatarabuelo.

Raphael no parece feliz de oírlo, pero tampoco reacciona mal. Le estrecha la mano a Ayslan.

—En nombre de mi rey. —Ayslan me mira—. Pido disculpas por la sangre que mancha las manos de los Linkalter. Estoy seguro de que Haakon, Svar y yo, los últimos de nuestro linaje, discrepamos de los actos de nuestro abuelo y, si el rey lo permite, haremos todo lo posible por restaurar la dignidad de vuestra casa.

—Mira este: acaba de llegar y ya está prometiendo cosas en nombre del rey. —Svar se ríe.

—Ya lo he hecho yo, Ayslan, no te preocupes —intervengo.

El melenudo sacude la cabeza y la melena casi se le deshace.

—¿Quién lo diría? Un Saavedra y tres Linkalter, uno de ellos además un Iranovichk, juntos. Tiempos extraños, primos...

—O el mejor de los tiempos. —Lo sujeto por el hombro.

—Por cierto, pido disculpas por el retraso: tardé en encontrar la dirección. Ah... hay alguien que me gustaría presentaros.

—La mujer con la que dijiste que ibas a casarte, imagino.

Ayslan asiente de inmediato.

*

Al volver al salón de entrada de la casa de nuestros anfitriones, veo no solo a una mujer embarazada —Ravena—, sino a otra más.

Ayslan se adelanta y se coloca a su lado:

—Bueno... familia... me gustaría presentaros a mi mujer: Patrícia Sanches Linkalter.

Yo soy el primero en ir a saludar a la mujer de pelo castaño y ojos confundidos, que mira a tanta gente.

—Ayslan, ¿quiénes son estas personas? ¿Por qué se parecen a esa gente que vimos en las noticias? Espera, ese no es...

Se calla cuando extiendo la mano.

—Haakon, a sus órdenes, señora...

—Señora está la Virgen, que está en el cielo, hijo mío; anda que venirme con eso de señora... —Me estrecha la mano—. Patrícia.

—Es un placer.

—Otro heredero, ¿eh? —Svar se acerca a observar a la mujer.

—¿Heredero? ¡¿Qué heredero, Ayslan?! Mi hijo no es heredero de nada. —Al mismo tiempo que la mujer se pone aprensiva, parece intimidante.

—Patrícia, ¿recuerdas que te dije que necesitaba avisar a mi familia de tu embarazo? —se dirige a ella Ayslan.

—Ajá...

—Bueno... ellos son mi familia. Este es Haakon, el rey del lugar donde nací. Y es mi primo.

—Ah, entonces no estabas de broma cuando dijiste que el apellido Linkalter no era mera coincidencia...

—Pues no.

—Mire, ya le aviso al señor rey de que, aunque no me dé su permiso, yo voy a tener a mi hijo igual. ¡Y si le parece mal, me tendré dos de golpe! —se altera la mujer.

—Está todo bien —sonrío—; mi padre siempre decía que los niños iluminan la vida cuando esta parece difícil. Creo que uno más en la familia no hace ningún daño.

—Necesitaba hablar contigo porque... ya sabes... no quiero que hagan parecer que mi hijo es heredero al trono. Yo renuncié hace mucho tiempo; solo quería una vida normal junto a alguien a quien pudiera amar... y la encontré —se explica Ayslan.

—No tienes que preocuparte. Tienes mi permiso y estoy absolutamente seguro de que toda la familia lo celebrará.

—Espera. Entonces ella es... —Patrícia señala a Ravena, que está al fondo del pasillo hablando con Leon—. ¿Me dais un minuto?

Ravena Lessa

—¿Amelia dijo eso? Bueno... yo estoy preparando tu baby shower; de hecho, tu casa ya está abarrotada de cosas, no cabe nada más... —Leon se masajea las sienes.

—¿Cómo que no cabe, Leon?

—Madre mía, de verdad que no tienes ni idea de cuánto te quiere la gente, ¿no? Los propios ciudadanos del Septentrión ya han enviado cunas, peluches, carritos, pañales... ¡mira, cinco habitaciones grandes llenas hasta arriba! Me imagino que...

Mi primo deja de hablar cuando se acerca una joven embarazada. Yo sonrío de inmediato y poso la mano en mi barriga.

—Hola —la saludo.

—Ravena, ¿verdad? —Me señala.

—¡Eso! ¿De cuántos meses estás?

—De cuatro —responde sin darle mucha importancia—. Me llamo Patrícia Sanches. Soy comisaria de la Policía Federal aquí en São Paulo.

—Ah... —Me agarro a la mano de Leon.

—No, tranquila, no te preocupes, no he venido en misión oficial; en realidad, estoy acompañando a mi marido, Ayslan. —Me señala a un hombre entre Svar y Haakon, idéntico a ellos—. Sí, son primos —aclara.

—Ah, qué bien... este es Leon, el marido de Svar.

—Ah, entonces estamos en familia —sonríe—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien...

—Ravena, lo he seguido todo desde el principio... ¡no sabes lo feliz que estoy de verte!

—Ajá... —Trago saliva.

—Fui una de las comisarias que presionó a la cúpula de la Policía Federal para abrir una investigación contra Gustavo Borges. Aunque soy de aquí, de São Paulo, hice amigos en varios estados y conseguí reunir a un buen grupo de gente para presionar a la organización.

—Vaya... guau... no lo sabía...

—¿Te hizo daño? ¿Sabes dónde está? Hasta donde yo sé, alguien de ese tal Consejo Real no permitió que las autoridades brasileñas entraran en el Septentrión para buscar a Gustavo y detenerlo —dice exasperada; no consigue quedarse quieta en el sitio.

—¡¿En serio?! ¿Tienes idea de quién?

—No, no me dieron un nombre. —Patrícia tuerce la boca—. ¡Pero tú estás bien! ¡Eso es lo que importa! —Me coge las manos.

—Sí, lo estoy...

—Madre mía... estoy impactada. —Puedo sentir que tiembla—. He seguido tu caso en la televisión, en los periódicos, hasta en las conversaciones dentro de la comisaría... ¡me alegra conocerte y saber que estás bien!

—Patrícia, ya hace unos buenos meses que no tenemos ni señales de vida de Gustavo. ¿Crees que todavía va a aparecer?

Ella suspira.

—Es incierto, Ravena... los hombres como él, cuando pierden el control... —Niega con la cabeza—. En fin, lo importante es que estás bien. Toma, mi número: llámame, mándame un mensaje, infórmame de cualquier cosa. —Me entrega su tarjeta.

—Gracias. Y date por invitada a ir al Septentrión cuando quieras; serás muy bienvenida.

—Madre mía —me enseña cuánto está temblando—, yo pensaba que era una broma, cosas de Ayslan... ¿entonces es verdad? ¿De verdad forma parte de una familia real?

—Por la línea de sucesión, él debería ser el rey en este momento —explica Leon—. Pero renunció y se vino a Brasil.

—Ah, vale —suspira Patrícia.

Y después se desmaya.

*

Todo el mundo acude en auxilio de Patrícia, pero ella se levanta con la ayuda de Leon y no para de insistir:

—Estoy bien, estoy bien, me ha bajado la tensión, o fue la Pomba-gira queriendo bajar, solo ha sido eso.

La acompaño junto con la señora Maria Eduarda para tomarle la tensión y ver si de verdad está todo bien.

Cenamos y comimos muy bien; todos parecían compenetrados y se estaban divirtiendo.

Paseamos por la mansión y vimos el bosque oscuro justo delante de nosotros y el lago reflejando la luna llena detrás de la propiedad.

Después fuimos a la sala de la televisión, donde no sé quién tuvo la idea de cantar karaoke, y ahí todo el mundo pasó un ratito por el micrófono. Ana Clara, la esposa de Raphael, cantó una canción con una cabra junto al pequeño Sávio. Después les tocó a Maria Eduarda y a su hijo Rodrigo cantar una de Rita Lee.

Ayslan, Svar y Haakon se unieron para cantar una canción de su país, muy divertida y que exigía un baile gracioso que hicieron sin vergüenza alguna.

—Llegó nuestro turno —se divierte Leon—. ¿Qué queréis cantar?

—Ah, nada que nos obligue a saltar, supongo. —Patrícia se rio.

—Lo que tú quieras, me apunto. —Lo dejo en manos de Leon.

—Vale, pues vamos a cantar el himno de Brasil.

—¿El himno? —Haakon se extraña—. ¿Esto se va a poner formal de repente?

—El verdadero himno de Brasil. —Guiña un ojo y me entrega un micrófono a mí y otro a Patrícia.

Me echo a reír en cuanto veo el nombre en la pantalla.

—Ay, Leon, cosas tuyas, de verdad...

—3, 2, 1...

Empezamos a cantar «Evidências», de Chitãozinho e Xororó, teatralmente, y subimos el tono y el entusiasmo con cada estrofa.

Entre los aplausos iniciales y muchos gritos de los brasileños, los nacidos en el Septentrión se sienten confundidos mirando a cada uno de nosotros tres cantar.

Creo que de verdad esperaban que empezáramos con un «Ouviram do Ipiranga às margens plácidas», pero todo brasileño sabe que el verdadero himno nacional, el que todo el mundo sabe cantar desde niño, es «Evidências», una canción sobre enmascarar los síntomas del amor para después entregarse en cuerpo y alma.

—¡Es ahora! —aviso.

—¿Es ahora el qué? —Oigo a Haakon preguntar al fondo, preocupado.

—No lo sé, tío, pero me está gustando —responde Svar.

—A mí no me miréis. —Ayslan se encoge de hombros.

Todo el mundo —menos los tres extranjeros— levanta las manos y empieza a agitarlas de un lado a otro. De repente el karaoke se vuelve colectivo y hasta los niños cantan, hasta el pequeño Sávio, que tiene las orejas tapadas por las manos de Ana Clara.

Cantamos el estribillo a pleno pulmón, agitando las manos en alto y abrazándonos.

Todo el mundo se viene arriba y aplaude muchísimo. Y nos quedamos riéndonos mientras escuchamos a Svar, Haakon y Ayslan

conjeturar:

—Este no es el himno... No recuerdo que fuera así.

—¿No será el himno de la bandera?

—Pues es muy bonito, que es lo que importa.

Pasamos un buen rato riéndonos y nos sentamos para que más gente tenga la oportunidad de cantar.

De repente, Leon saca el móvil del bolsillo —hasta parecía que iba cogiendo color desde que había llegado a Brasil— y se pone blanco como el papel por lo que ve.

—¿Qué pasa, Leon?

—Prima... déjalo estar...

—¿Que deje estar el qué?

Svar también saca el móvil del bolsillo, y después Haakon. Me resulta tan curioso que saco el mío para ver de qué se trata, pero no he recibido ningún mensaje.

—Leon, ¿qué ha pasado? ¡No me dejes en ascuas! —Intento quitarle el móvil de las manos.

—¡Nena, necesito que te calmes!

—¡Me voy a calmar, pero necesito saber qué es!

Entonces me entrega el móvil.

En uno de los sitios de noticias más populares del Septentrión hay una avalancha de titulares. Y, por lo que parece, debe de haberla en otros sitios:

«El bebé real que espera la princesa no es del príncipe Haakon».

Esta vez, quien se desmaya soy yo.

CAPÍTULO 37

Príncipe Haakon III

—Propongo mi teoría —dice el periodista Katkins, un ferviente republicano del Septentrión—. ¿Por qué ella no lo demandó? ¿Por qué no pidió una orden de alejamiento contra el tal Gustavo Borges? ¿Por qué ni siquiera presentó una denuncia contra el agresor?

—¿Qué insinúas? —El periodista Blanco hace una mueca.

—¡Esa mujer no solo está embarazada de Gustavo Borges, sino que está secuestrada por el príncipe! Que, además, la sacó del reino para acallar los rumores...

—Hombre, ¿te estás oyendo? —Blanco parece no dar crédito; se ríe a las cámaras.

—Tengo un amigo que es amigo de un primo de uno de los médicos que la atendió. Y me aseguró que la princesa Ravena lloró e imploró que no le hicieran daño a Gustavo, al que vosotros llamáis secuestrador, pero al que ella llamó su verdadero amor —afirma Katkins como quien dice que el cielo es azul o que el agua moja, sin dudar.

—Sin ninguna duda, algo impactante. —Yanca, la periodista conocida por atacar mi imagen, se queda boquiabierta.

—Hay quien dice que al tal Gustavo Borges, en realidad, lo escondió gente de confianza del príncipe de Drü, para que no hablara más de la cuenta...

—¿Y tienes pruebas? —pregunta Blanco.

—¿Pruebas? ¿Eres estúpido o qué? Está clarísimo, para quien quiera verlo, que ese niño no es hijo del prínci...

Bajo el volumen del televisor cuando Ravena entra en la habitación. Se limpia las manos en el vestido de flores y agacha el

rostro.

—No hace falta que lo quites —dice, y va hasta el armario a elegir algo de ropa.

—Me pregunto cómo se atreven a hacer esto... —refunfuño.

—¿Tú les crees?

Vuelvo la cara hacia ella como si me hubiera dado una bofetada.

—¿Qué?

—¿Les crees? ¿Crees que el bebé que llevo dentro no es tuyo?

—¿Esto es una broma o qué? —gruño y me levanto—. Ravena, ¿has perdido el juicio?

—Porque tu opinión es la única que me importa. Por lo demás, que se vayan al infierno esos desgraciados. —Se encoge de hombros.

—¿Estás bien? —Me siento en la cama y extiendo el brazo para que venga.

—Estos idiotas lo han conseguido... estaba aprensiva y nerviosa por ver a mis padres dentro de media hora, y ahora solo pienso en mi regreso al Septentrión... ¿qué estará diciendo la gente? No he tenido valor para abrir Twitter e Instagram...

—Que es un absurdo, por supuesto.

No consigo mantenerla en mi regazo; está inquieta, andando de un lado a otro. Elige ropa ligera y holgada; ya me había avisado de antemano de que su ciudad era calurosa y de que evitara ir de traje todo el tiempo.

—No te preocupes, estamos detrás de la IP de esa gente... esas mentiras no quedarán impunes, vamos a demandarlos a todos.

—Ahora son algunos periodistas diciéndolo... ¡imagina cuando se conviertan en cien personas... en mil! —Ravena hasta se sienta—. ¡Menudo infierno!

—Le pediré a Laios instrucciones sobre cómo actuar ante una situación así; cálmate. —Le beso el hombro y le acaricio el pelo.

—Lo que dices es risible... ya ha habido reyes que hicieron la gira real con el príncipe heredero siendo todavía un bebé de brazos; tu lógica de «la sacó del país para evitar un escándalo» es falaz —defiende Blanco.

Apago las noticias y me tumbo un rato con Ravena para que se calme.

El avión pronto aterrizará en Poços de Caldas; quiero que esté descansada cuando lleguemos.

Ravena Lessa

Me entran crisis de pis cuando el avión llega a su destino.

Entro y salgo del baño sin parar, atónita.

Leon hasta se sienta al lado de la puerta y se queda hablando conmigo.

—¿Prefieres que llame a los tíos para que vengan a verte aquí?

—¡No! ¡No! Voy a estar lista, solo necesito hacer un pis más...

—Prima, si estás teniendo una crisis de pánico, creo que es mejor llamar a tu psicólogo...

—¡No estoy teniendo una crisis de pánico! —despotrico y golpeo la puerta—. Pero si puedes llamar a Sasha, te lo agradezco.

—Vale.

Unos minutos después oigo dos golpecitos en la puerta.

—¿Me necesita, Alteza? —Se apoya en la puerta.

—Sasha, no puedo salir...

—¿Está atascada la puerta? ¿Llamo a alguien?

—Mis piernas no me obedecen... no paro de temblar... —Estoy sentada en el váter, bloqueada.

—¿Está preocupada por lo que ellos vayan a pensar de usted?

Suspiro alto. Ni yo sé qué me preocupa. Va a hacer un año que huí de Minas a un lugar que ni siquiera conocía. Avisé a mis padres cuando ya estaba allí y su desaprobación fue tremenda. Hasta se pusieron del lado de Gustavo en todo aquello.

—¿Por qué insistí en venir aquí? Podríamos haber seguido hacia Nueva York y después los Emiratos Árabes y Japón... ¡pero no! ¡Fui yo quien convenció a Haakon de hacer esta parada!

—¿Y qué deseaba cuando lo convenció, Alteza? —Su voz me calma.

—Yo solo quería... —me trago las palabras, es difícil continuar —, yo solo quería que mis padres vieran que estaba todo bien. Y que Haakon pudiera conocer a mi familia.

—Si me permite decirlo, el hecho de que las últimas noticias la hayan afectado no significa que todo esté mal. Es solo una crisis más entre tantas que aún vendrán. Y son ataques falsos que ni siquiera se están tomando en serio...

—¿Pero y si los he decepcionado?

—¿Por haber huido y salvado su propia vida? ¿Por haber encontrado el mejor camino para usted misma? —Me imagino la cara que debe de estar poniendo al otro lado—. Bueno... si están decepcionados, deje que vivan con ello. Usted no es responsable de las expectativas de los demás, y mucho menos de las de sus padres. ¿Usted está decepcionada consigo misma, Alteza?

—No. ¡Claro que no! —Me seco las lágrimas.

—Bueno... entonces, en ese caso, si están decepcionados, deles un cubito para que lloren dentro y recomiéndeles que vayan al médico a que les recete algo de lo fuerte. Y continúe con la gira real.

Abro la puerta. Estoy completamente desmaquillada, porque el sudor y las lágrimas se lo han llevado todo. O quizá lo hice yo al lavarme la cara una y otra vez.

—Usted es una figura pública, Alteza. Todos esperan algo de usted. Si va a preocuparse por eso, no vivirá su vida —me aconseja.

—Tiene razón, Sasha, gracias.

—A sus órdenes. —El hombre hace un gesto y me deja espacio para seguir adelante.

Haakon y yo vamos en el coche blindado hasta la casa de mis padres. Los que lo ven desde fuera imaginarán que es algún tipo de caravana o una comitiva mayor que la de un presidente de la República: diez coches se encargan de nuestra seguridad, además de soldados en moto y otros a pie.

El lugar no ha cambiado absolutamente nada: el muro sigue alto, la casa de dos plantas queda lejos de la entrada, los perros arman un escándalo cuando los coches paran y, por supuesto, los vecinos cotillas se agolpan, se reúnen en varios grupos para ver de qué se trata; me imagino que saben muy bien de qué se trata.

Svar y Leon son los primeros en bajar; mi primo toca el timbre de la casa.

El portón se abre; no consigo verlo porque estoy unos coches más atrás.

—Avísame si quieres irte. —Haakon posa su mano sobre la mía —. No te preocupes, estoy aquí contigo.

—Gracias.

Leon hace una señal para que podamos salir; temo decepcionar a los vecinos con los móviles en ristre, pero estoy rodeada de escoltas altísimos que forman un muro infranqueable entre ellos y yo, además de los soldados, la policía secreta y los militares del Septentrión y de Brasil que los mantienen a distancia.

Camino hasta el portón de la vieja casa en la que me crie y veo a mi padre sujetando a los perros.

—¡Hola, chiquitina, entra rápido, que están eufóricos! —dice con una sonrisa en la cara.

Me llama «chiquitina», porque eso es lo que siempre fui para él.

Dos hombres de negro pasan delante; otros dos vuelven garantizando que todo está «limpio» ahí dentro. Entro, enseguida viene Haakon, y Svar y Leon entran y cierran el portón.

—Tu madre está al fondo, en la cocina. Nos estábamos preguntando cuándo vendrías a vernos...

—Déjame a mí, tío, yo sujeto a los perros. —Leon lo intenta, pero estamos hablando de tres rottweilers: no podría sujetar ni a uno, imagínate a tres.

—Como si pudieras... —se burla Svar.

—Papá. —Lo abrazo bien fuerte.

Sus manos se unen en mi espalda; tarda en apartarse. Y cuando lo hace, se queda mirando mi barriga.

—¡Mira cómo has crecido y qué guapa estás!

—Gracias. Papá, este es Haakon...

—Claro que lo es. —Le estrecha la mano al hombre, que le corresponde con un abrazo—. Tu madre y yo lo estamos siguiendo todo.

—¿Todo? ¿Cómo que todo?

—¡Toda la gira! —dice entusiasmado.

Entro en casa y veo repartidas por las paredes, además de las fotos de familia desde que yo era un bebé hasta mi graduación, fotos de mi boda con Haakon, de mi aparición en el hall de entrada cuando fundé Salve a la Reina, fotos personales que ni siquiera salieron en los periódicos de Haakon y yo delante del Arco del Triunfo, sentados en los restos del Muro de Berlín, yo en un flotador en Miconos en medio del agua cristalina y mi encuentro con el presidente de Brasil, que ocurrió hace una semana.

—¿Cómo habéis conseguido estas fotos?

—Ah, son fotos oficiales —dice, y saca una del marco para que la vea.

Llevan el sello del Septentrión por detrás.

—¡Ay, mi bebé! —Mi madre se limpia las manos y me da un abrazo generoso—. ¿Cómo están tus pies? ¿Has andado mucho?

—Te aseguro que es del coche a una silla y de la silla al coche, mamá.

—¡Ay, deja que te abrace más! —dice, sin conseguir soltarme —. Tu padre y yo lo sentimos mucho...

—Está bien, mamá... —Aprieto los labios, todavía desconcertada.

—¡Estamos orgullosos de ti!

Eso completa el ciclo de alivio que necesitaba.

—¡Ahora vamos! ¡Vamos a la cocina, al fondo! Puedes decirle a toda tu gente que entre, ¡hemos hecho comida para un batallón!

—Mamá, no hacía falta.

—¡Anda ya! ¿Viene un príncipe de allá del norte y crees que no va a comer mi feijão tropeiro?

—Yo he hecho frango com quiabo —se divierte mi padre—. Te gustaba tanto, ¿te acuerdas?

—Quiabo... madre mía... cuánto hace que no lo como. —Hasta se me hace la boca agua.

Haakon se apresura a intervenir.

—Pediré que el palacio lo compre para ti.

—¡Venid! ¡Venid, por favor!

La casa de una madre es como un corazón gigantesco donde siempre cabe uno más. Haakon, Svar, Leon, papá, mamá y yo ocupamos la mesa, pero hay sitio para que todos se sienten en sillas blancas y mesas de plástico.

—¿Vosotros hacéis un leitão à pururuca entero? —Mi padre abre los ojos de par en par mirando a Svar.

—Adulto. De este tamaño. —Abre bien los brazos.

—Tu padre y yo de verdad sentimos mucho lo de Gustavo... pero te pido que lo entiendas, hija: todo lo que sabíamos era lo que él nos contaba. Decía que no estabas bien, que estabas fantaseando cosas, que habías tenido un agotamiento mental...

—Lo sé, mamá, está bien...

—Entonces, cuando apareció aquel vídeo, dijo que te habían raptado... y que necesitaba ir a salvarte a toda costa... dejó el trabajo, aunque después descubrí que lo habían apartado... y hace meses seguimos todo lo que hizo... ¿cómo fue capaz? Nosotros vimos crecer a ese chico —lamenta.

—No podíamos imaginarlo —asegura mi padre—. Irene y yo siempre fuimos muy amigos de los Borges.

—Cláudio tiene razón... Ay... la pobre familia Borges... imploraron verte y pedirte perdón, pero me pareció que no sería de buen gusto. Todo el mundo en la ciudad se ha alejado de ellos, pobres... están pensando en irse de aquí...

—¿Tenéis pensado visitarnos en el Septentrión? —Haakon cambia el rumbo de la conversación—. Vuestros nietos van a nacer pronto, ¿no os gustaría pasar unas vacaciones allí?

—Ay, señor príncipe... Majesteza... —Esa es mi madre, más perdida que yo—. Es que yo me moriría del corazón si viajara en avión, ¿sabe? Por aquí solo viajamos en autobús.

—Pueden ir en barco, entonces.

—¿Y el vaivén del mar?

—Ni lo notarán si no salen de la parte interior. Allí hay de todo; es como una mansión flotante.

—Sea sincero con nosotros, señor príncipe... ¿ha visto Titanic? —pregunta mi padre muy serio.

—Sí. —Haakon se ríe.

—Entonces... ¿isabe...!?

—Mire, no puedo garantizar que no se hunda, pero es un barco de la familia real, hecho para transportar a los miembros de la realeza... así que es cómodo y seguro. Y con botes salvavidas suficientes para todos, si quiere saberlo.

—Por no hablar de que forma parte de una comitiva; lo siguen otros barcos y yates... así que el auxilio sería inmediato —dice Svar en inglés, y Leon traduce, ya que está haciendo de intérprete de su amado.

—Podemos pensarlo. —Mi padre mira a mi madre con seriedad.

—Estupendo. Pueden ir directos a Drü: es soleado, tiene playas preciosas y la gente es muy acogedora. Les va a encantar. —Creo

que Haakon convenció a mi padre dándole ese aire de que van a pasar las mejores vacaciones de su vida.

Y no dudo de que vaya a ser exactamente eso.

Mi visita a mis padres dura una semana. Tiempo suficiente para que toda la familia venga a vernos, menos los padres de Leon. Algunos hasta se niegan a saludarlo y lo ignoran por completo, así que pido con delicadeza a mis padres que hagan algo al respecto.

Resultado: parientes caraduras puestos de patitas en la calle.

Lo cual fue estupendo, porque después me di cuenta de que yo había cambiado de nombre para ellos. Mi nombre ahora era Mega-Sena da Virada. Uno quería cien mil euros, otro quería una casa en la playa, y había uno al que no recordaba haber visto en toda mi vida que dijo que quería un Ferrari.

—¿Dónde debe esperarlos el barco? —le pregunta Haakon a mi padre cuando nos despedimos.

—Puede ser en Salvador. Vamos en autobús y encontramos el barco allí.

—De acuerdo, lo pondré en contacto con la Almirante. Ha sido un placer, señor Lessa; espero volver a verlo en Drü.

—Me verá, sí.

Mi padre y mi madre me abrazan con fuerza, casi asfixiándome.

—Chiquitina, vamos a estar allí por ti, ¿vale? En el parto. ¡Todo va a salir bien!

—¡Gracias! —Les devuelvo el abrazo.

—Estamos orgullosos de ti. ¡Por fin vas a cumplir tu sueño! —Mi madre me llena de besos.

—¿Te acordabas de eso?

—¡Claro que sí! —responde, haciéndose la ofendida—. Nos dabas la lata para tener un hermano, llorabas, decías que estabas

tan sola... decías que querías tener muchos hijos, llenar la casa, ¡montar un equipo de fútbol!

—No exageres, mamá. —Me sonrojo.

—Y entonces Dios te agració con dos de una vez. Y, cuando estés preparada, ¡que vengan más para llenarte la casa! —Me acaricia el pelo.

—No teníamos posibilidades, hija... criar a un hijo en este mundo sale caro. Y no solo en dinero. Hay que cuidarlos, protegerlos, entregarse a ellos... y el tiempo siempre fue tan escaso... por eso solo te tuvimos a ti. Pero nos esforzamos por darte todo lo que teníamos.

Y vaya si lo dieron.

En mi casa nunca faltó comida, nunca faltó ropa, nunca faltaron juguetes. Pero, por encima de todo, nunca faltó lo más importante: amor. Sentarnos juntos a la mesa para rezar antes de comer, recibir un beso de buenas noches antes de dormir, hacer los deberes y ayudar en casa bajo su supervisión.

Mis padres siempre estuvieron muy ocupados: ella profesora y él un pequeño empresario. Pasaban buena parte del tiempo fuera de casa, pero, cuando estaban, estaban presentes.

Y cuando me sentía muy sola, traían a Leon desde Bahía para hacerme compañía. Pasábamos las vacaciones juntos; hubo un año en que hasta se matriculó en mi colegio y se quedó aquí conmigo casi el año entero.

—Y tú. —Mi padre tira de Leon por el brazo—. También estamos orgullosos de ti. —Le besa la mejilla—. Porque tú fuiste el hermano que Ravena siempre le pidió a Dios y que nosotros no pudimos darle.

—Escucha, hijo. —Mi madre le coge las manos—. Dios es amor. Y nada más importa. Si hay amor, Él está ahí. Y por eso tú siempre has sido muy bendecido, porque siempre has repartido amor por donde has pasado.

—Tú también eres nuestro hijo, ¿eh? No lo olvides nunca.

Y ya está: ahí se quedan los dos pequeñines hipando de tanto llorar y después asfixiados a abrazos y besos.

—Nos vemos dentro de unas semanas.

La despedida me parte el corazón.

Ni siquiera entiendo cómo pude estar tan angustiada antes del reencuentro.

Llevaba mucho tiempo sin ver a mis padres y todo lo que sabía de ellos, cuando aún vivía en la capital, era lo que Gustavo decía. Tuve miedo y recelo de que ya no fueran las personas que conocí mientras crecía, pero no. Eran exactamente ellos. La única diferencia eran las canas... algunas señales de la edad... pero el amor seguía desbordándose.

—¡Adiós, papá! ¡Adiós, mamá!

Saqué la cabeza por la ventanilla del coche, cosa por la que cualquier escolta o militar me reprendería después, y me despedí de ellos con el corazón en la mano.

—No esperaba personas diferentes.

—¿No? —Me recuesto en el regazo de Haakon.

—Ellos te criaron a ti. Uno más uno siempre son dos. Yo te conozco. No esperaría otra cosa de tus padres. —Me acaricia el pelo.

—Tienes razón... fui yo la que se dejó envenenar por las mentiras de Gustavo...

*

El piloto del avión nos avisó de que todo estaba listo para viajar a Estados Unidos. Me tomé mi Biodramina solo para asegurarme de que todo iría bien y me fui a tumbar a la cama con Haakon; Svar estaba de pie junto al mueble repasando toda nuestra agenda y Leon entró dando saltitos.

—¡Tus padres han mandado tantos táperes de comida que no hay ni dónde guardarlos!

Nos reímos mucho y, de repente, un avance informativo especial irrumpió en la televisión.

Era aquel periodista idiota que se había inventado que mis bebés no eran de Haakon.

—Para aquellos negacionistas y ciegos que no querían ver, aquí está —presenta un documento—: la prueba de la paternidad de Gustavo Borges, padre del hijo que espera la princesa Ravena.

Creo que he sufrido una sobredosis de Biodramina.

De repente lo veo todo girar y pierdo la visión.

Cierro los ojos y apenas siento mi respiración.

CAPÍTULO 38

Príncipe Haakon III

Según la agenda, todavía nos quedaban dos meses de gira real.

El último mes transcurriría dentro del Septentrión; Ravena y yo dejamos la visita a cada estado del reino para el final, porque podía coincidir con su trabajo de parto y, como ya estaríamos en casa, todo sería más fácil.

Por desgracia, las últimas noticias nos obligaron a cambiar el plan por completo.

El avión real consiguió aterrizar en Florida para repostar y hacer algunas tareas de mantenimiento necesarias; originalmente pasaríamos diez días en Estados Unidos para después partir hacia Dubái.

Advertí a todos de que eso no ocurriría: cuando todo estuviera listo, volveríamos al Septentrión.

Ravena estuvo ingresada tres días; tenía la tensión muy baja y estaba sufriendo picos de estrés que no les harían ningún bien ni a ella ni a los bebés.

Cuando el avión estuvo listo, no esperamos ni un segundo más: sobrevolamos el océano y volvimos a casa.

—La buena noticia es que no va a tener que estresarse con Jemima. —Me cruzo de brazos.

—Eso sí que sería el fin. —Svar se mostró tan preocupado como yo—. El palacio ya está demandando a ese periodista de pacotilla por las mentiras que anda contando... pero no ha parado. Ha reunido a otros periodistas y está recibiendo el respaldo a coro de los republicanos.

—¿Es que esa gente no puede respetar a una mujer embarazada? —Me masajeo las sienes.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a exhibir la prueba de paternidad? Tienes una, ¿no?

—Tengo una de antes del secuestro. —Me rasco la nuca.

—Bueno, ante la duda, te sugiero que te hagas otra ahora para restregársela en la cara a esos imbéciles.

—¡El príncipe está tan desesperado por asumir el trono que ha mantenido esta farsa durante más de seis meses! ¡Pero antes de que un rey sin legitimidad asuma y nos condene a un linaje sin ancestros, tenemos que actuar! —Katkins estaba cada vez más enfervorizado.

Conquistó espacio en todos los periódicos y programas de televisión y de radio. Después descubrí que su verdadero reducto estaba en internet, donde recibía cientos, a veces miles de compartidos. Y como a los medios les gusta tener audiencia, le estaban dando espacio al hombre.

—Si me das la orden, lo detengo. —Svar me sujeta por el hombro.

—¿Alegando qué?

—Delito de lesa majestad —dice sin pestañear.

—¿Y acaso yo soy rey? ¿Soy el jefe de Estado? —Me cruzo de brazos.

—Pero lo serás, en unos meses.

—No. No tenemos ese poder —reflexiono—. Y te desaconsejo pensarlo siquiera. En el Septentrión el delito de lesa majestad se paga con la vida; además, toda la familia cae en desgracia y el Estado se queda con todo lo que pertenece al menos a cinco generaciones de esa gente.

—¿No se cree muy bueno contando mentiras? Que las pruebe. Y, si lo declaran culpable, que pague por ellas —Svar parece decidido con el asunto.

—Pero él ya presentó una prueba, ¿no? Consigue ese análisis que anda enseñando por ahí. En el futuro volvemos a hablar del delito de lesa majestad.

—Vale, lo haré, Haks.

El avión aterriza. Svar es el primero en salir; se despide de Leon, pasa por delante del ejército y de la multitud de súbditos, coge el primer coche y se marcha.

—El tiempo está nublado y lluvioso —le aviso a Ravena al entrar en la habitación donde está descansando; Leon le estaba leyendo algo.

—¿Hemos llegado? —Parpadea—. No pasa nada, quiero bajar.

—Vale, el coche está esperando. —Me arreglo el traje y me ato el pelo.

En los últimos meses me he dejado crecer el pelo; ya daba para hacerme un moño samurái. Por primera vez en la vida me sentí tranquilo al respecto y a todos pareció gustarles.

—¿Vamos al palacio o a nuestra casa?

—El Consejo Real sugirió que fuéramos al palacio; además de un exhaustivo sistema de protección, allí tendremos a todo el equipo médico preparado.

—¿No podemos tener eso en nuestra casa?

—Sí, amor, podemos. Pero en cualquier momento tendremos que viajar a Drü, si el nacimiento de los bebés se adelanta. Desde el palacio llegamos más rápido. —Le acaricio los brazos, intentando calmarla.

Creo que la convenzo. Ayudo a Ravena a levantarse y la acompaño hasta la salida.

—¡Adiós, muchas gracias a todos por el trabajo intenso y la dedicación! Estáis todos invitados al nacimiento de los gemelos en Drü, todo pagado por la corona —les dice al piloto, a los médicos y a los empleados que nos acompañaron en la gira alrededor del mundo —. Puedo prometer eso, ¿verdad? —me murmura.

—Claro que puedes. —Le beso la coronilla.

—Señor, el protocolo real dice que el príncipe debe salir primero y la princesa detrás —me avisa uno de los loros, aprendiz de Laios.

—Métete el protocolo por el culo. —Sigo con el brazo entrelazado al de Ravena y la ayudo a salir de la aeronave.

—Señor, no vamos a tener espacio para protegerlo de la lluvia...

—Dame eso. —Le cojo el objeto de la mano y lo sostengo yo mismo.

Ayudo a mi esposa a bajar las escaleras; intento ignorar el viento y los gritos de todas las personas que nos esperan. El ejército está en posición; pasamos ante ellos lentamente.

—¿Leon? —Ravena vuelve el rostro.

—Hola, estoy aquí —dice él justo detrás de nosotros.

—¡Príncipe, bienvenido! —grita la gente.

—Princesa, coja las flores. —Se las ofrecen a Ravena.

—¿Los bebés están bien? —Es lo que más preguntan.

—¿No deberíais estar en casa? ¡Está lloviendo! —Me río y los saludo con la cabeza cuando Ravena se detiene a coger las flores.

—¡Hemos venido a ver al futuro rey y a la futura reina! —gritan y aplauden.

—Muchas gracias por el cariño. —Ravena aprieta las flores mojadas contra el cuerpo.

—Leon —vuelvo el rostro—, ¿crees que la Pastelería Lessa podría ofrecer un chocolate caliente y un pastel a esta gente? Mira, hace frío y está lloviendo...

—Llamaré en cuanto entre en el coche, Alteza.

—Leon, ¿vienes con nosotros?

—El protocolo no lo permite... —vuelve a avisar el polluelo de Laios.

—Vale. Pues entonces él viene. —Ravena tira de su primo por el brazo.

El conductor abre la puerta del coche; la primera en entrar es Ravena —otra cosa totalmente fuera del protocolo—: por orden debería ser yo, después ella y solo entonces el primo.

El conductor por fin entra y el polluelo de Laios se sienta en el asiento delantero.

—Al palacio de Skarsgard —aviso.

Ravena Lessa

Al llegar al palacio, la visión no es diferente de la que tuvimos en la pista de los nobles: hay una multitud ante las verjas hasta donde alcanza la vista; solo dejan espacio en la puerta para que entre el coche.

Agitan banderines, gritan y se apretujan incluso en medio de la lluvia. Al salir del coche saludamos a todos; la explosión de alegría parece una inyección de adrenalina en las venas.

Veo manos sosteniendo flores, cajas, peluches y toda suerte de cosas por entre las verjas. Hasta pienso en acercarme, pero, con la lluvia y mi estado, lo mejor es entrar.

—¡Perdón! ¡Muchas gracias! —Saludo con la mano.

Las puertas altas y macizas se abren; me llevo un susto de muerte cuando el heraldo grita:

—¡Su Alteza Real, el Príncipe de Drü, de la casa Iranovichk, Haakon III! ¡Y Su Alteza Real, la Princesa de Drü, de la casa Iranovichk, Ravena! —nos anuncia, y después hace lo mismo con mi primo.

Toda la familia real nos está esperando. Parece una fotografía viviente, por lo inmóviles que están y por la mirada reluciente en sus rostros.

—¿Qué tal el viaje? —La reina Melissa besa las mejillas de su hijo y después hace lo mismo conmigo.

—Largo. —Haakon se quita la chaqueta del traje—. Ravena y yo necesitamos un baño y ropa limpia —avisa a los empleados; dos salen de inmediato por delante—. No tuvimos tiempo de reunirnos con el presidente de Estados Unidos. Tampoco fuimos a visitar a Zayn. —Parece ponerse tristísimo en esa parte.

Él ya me había contado de antemano que Zayn y él eran buenos amigos, además de socios comerciales. Que, juntos, ayudaron a desarticular una red responsable de la trata de personas en Europa.

Dijo que no pudo presentarnos en el baile. Y que la oportunidad de conocerlo sería cuando visitáramos los Emiratos Árabes, cosa que ya no iba a ocurrir.

—La parte buena es que no tuviste que soportar a Jemima —dice Gaius, y se lleva un bastonazo en el pie de la Reina Madre—. Pero es que es realmente insoportable —insiste.

—¡Mira lo mayor que estás! —Haakon le revuelve el pelo a su hermano.

—Sí. Tu pelo también ha crecido bastante. ¿No había peluquero en el avión? —pincha.

—Quise cambiar de look.

—Está precioso. —La reina Melissa sonríe; las abuelas aprueban—. Ahora sí que pareces un rey. Y... ¡la reina! —Me coge las manos—. ¡Mírate! ¡Tenemos que traer inmediatamente al fotógrafo real para otra sesión de retratos del embarazo!

—Sí, Majestad —dice Laios.

—Estupendo. Yo la acompaño a sus aposentos.

La reina y las abuelas de Haakon suben conmigo en el ascensor hasta la cuarta planta y vamos directas a la habitación del príncipe.

Esperan hasta que me ducho y me visto con ropa seca y apropiada. Cuando salgo, la mesa de la habitación está ocupada por un banquete.

—Come, querida, el viaje ha sido largo y agotador —dice Irinna.

—¿Esos dolores y ese estrés los causó lo que dijo aquel periodista? —se compadece la reina Melissa.

Con un gesto de cabeza, indico que sí.

Creo que habría aguantado el resto del viaje; estaba deseando conocer Estados Unidos y los Emiratos Árabes. Japón, en cambio... bueno... podía pasar sin él, ya que era el último país de la gira antes de regresar.

—Se lo dije al Consejo Real y lo repito aquí ahora: ¡estoy completamente en contra de que el palacio se pronuncie sobre tales acusaciones! —La Reina Madre golpea el suelo con el bastón.

—Pero son terribles y falsas. Y están manipulando al pueblo. Sí que deberíamos pronunciarnos —rebate la reina Melissa.

—Si son terribles y falsas, deberíamos dejarlo estar. —La mujer se encoge de hombros y hace una mueca—. La mentira se deshace sola. Ahora, si queréis mi consejo, creo que las cosas deben hacerse a la vieja usanza... ordenar que encuentren a ese hombre y le den una paliza, hasta que el razonamiento le vuelva a funcionar.

—Ah, qué dictatorial —provoca Irinna—. Claro. Vamos a apalear a un periodista por dar noticias... aunque sean falsas... no queda bien.

—Creo que no habrá problema... si son falsas... ¿verdad, querida? —La Reina Madre se vuelve hacia mí.

Antes de que yo responda, Irinna Iranovichk se me adelanta:

—Antonia, por el amor de Dios, ¿te has tomado un laxante en vez de tus vitaminas esta mañana, querida? Porque estás cagando por la boca.

Las dos mujeres intercambian una mirada agria.

—Mamá tiene razón. No podemos permitir que nos dividan, no ahora. Buscan algo con todo esto; todavía no sabemos qué, pero, en cuanto lo descubramos, pagarán por lo que están haciendo —asegura la reina Melissa.

Aprovecho que estoy muda en la conversación e intento comer algo.

Príncipe Haakon III

—La cosa parece estar cogiendo volumen y escapándose de control. —Miro a Ethan Evans por el monitor.

Todo está ocurriendo exactamente como él indicó hace meses.

—¿Por qué lo dice?

—Internet está llena de esas acusaciones sin fundamento... de que Ravena ama a Gustavo... de que ella huyó con él y yo la rapté, de que el hijo que espera es de él.

—Hijos. Son gemelos —dice Ethan, como si fuera un detalle trivial, pero eso me enciende una alarma.

En ningún titular se dice que sea más de un bebé.

Es decir: o están desinformados y realmente están difundiendo noticias falsas, o...

—Laios, llama a uno de los médicos del palacio, ahora.

—Sí, señor.

Ethan, al otro lado del mundo, sonríe. Como si yo fuera un niño aprendiendo a escribir y él ya tuviera un doctorado en caligrafía.

—No se haga eso a sí mismo, señor presidente, no vale la pena...

—¡¿Pero y si tengo... dudas... no?! De si es posible que una mujer se quede embarazada de dos hombres al mismo tiempo.

—La respuesta es sí: es posible que una mujer se quede embarazada de dos hombres al mismo tiempo —lo dice con tanta seguridad que algo en mí parece retorcerse—. Es un fenómeno raro, pero no es imposible.

—Bueno... entonces creo que ya no necesito al médico, ¿verdad?... —suspiro.

—¿Sabe cómo funcionan las fake news, señor presidente?

—Estoy seguro de que usted me va a explicar cómo funcionan. —Me cruzo de brazos.

—Somos seres humanos. Contamos mentiras todo el tiempo. «Ah, estoy bien». «Madre mía, qué bonito llevas el pelo». «Ay, qué ricura, es clavadito a su padre». —Sonríe, como si estuviera charlando con otra persona.

El hilillo de ese pensamiento, por absurdo que sea —que Ravena pueda estar embarazada de Gustavo y de mí al mismo tiempo—, me pone un nudo en la garganta. Meto la mano en el bolsillo, saco uno de los frascos de mis medicamentos y me trago una pastilla en seco.

—Mentimos para sobrevivir. Vivir en sociedad nos obliga a ello. A no herir las emociones de los demás (aunque eso signifique manipularlos), a conseguir ventajas y a decir lo que los otros quieren oír. Esa es la base de cualquier fake news.

—Ajá.

—Una persona cuenta una mentira. Una mentirijilla. Puede ser inocente, ¿sabe?

—¿Como cuál?

—Ravena, en realidad, ama a Gustavo.

Lo dice y mi corazón se detiene. Solo un segundo después entiendo que me está poniendo un ejemplo.

—¿Está de acuerdo conmigo en que eso podría desmontarse fácilmente con una aparición suya junto a ella? Cogidos de la mano... un beso... aunque solo sea con los hombros rozándose...

—Sí. —Asiento.

—Entonces doblan la mentira. Ella fue secuestrada por el príncipe. Y, de repente, el cerebro que necesitaba procesar y verificar UNA información ahora necesita verificar DOS.

—Le sigo, señor Evans.

—Entonces llega una mentira que, en teoría, pueden probar. Ya sea falsificando pruebas o, digamos, siendo verdad. Entienda, señor

presidente: para que una mentira se haga viral, necesita sostenerse en algo que la gente pueda usar como respaldo y enseñar a los demás.

—Ajá...

—Oh, aquí hay un análisis que prueba que «el bebé» que Ravena espera no pertenece al príncipe.

—Es usted un puto genio —tengo que admitirlo.

—Esa no es la mejor parte —advierte—. La mejor parte es que hacen esto porque están guardando una bomba. No. No un explosivo. Una noticia VERDADERA que va a conmocionar a todos, y esta vez con pruebas irrefutables.

Me quedo clavado en la silla solo de oírlo.

—Por lo tanto, si la última noticia es verdad, con pruebas presentadas y verificables, entonces todas las demás noticias son verdad. Así es, básicamente, como nuestro cerebro confía en la información que circula por ahí. Si alguien dice repetidamente: 1) algo que no se puede probar; 2) algo que solo se explica como una conspiración; 3) algo con pruebas dudosas; entonces llega el 4) la bomba real, algo que sí se puede probar.

—Qué mierda —es todo lo que tengo que decir.

—Nuestro cerebro siente placer con determinadas cosas. ¿Comer verduras? Mmm, creo que eso me lo salto. ¿Aprender alemán? No, muy difícil. ¡Ah! ¡Vamos a hablar de la vida privada de la familia real! Vamos a cotillear sobre la vida ajena, aunque sea la de la vecina, ¿no es una delicia?

—Supongo que sí.

—Y así esas noticias se propagan, como un virus. A una velocidad increíble. —El hombre parece satisfecho de que yo lo haya entendido—. Porque todos van a repetir la información: los que se la creen y, especialmente, los que no se la creen. Pero esa información llegará a las personas que quieren creérsela y, así, estallará un fenómeno en cadena.

Es mucho que asimilar, lo admito.

—Es placentero hablar de la vida de los demás. Así dejamos de preocuparnos por nuestros problemas y nos distraemos con algo que de verdad le dé placer a nuestro cerebro. Y, teniendo en cuenta que las personas públicas viven de su imagen y de su exposición... bueno... es un filón.

—¿Cree que puede descubrir quién empezó todo esto?

—Ah, señor presidente, puedo. Porque, como todo lo que se hace viral, las fake news dejan rastros. Y, si sigues esos rastros con minuciosidad, llegas al paciente cero, la mecha donde empezó todo.

—¿Cree que puede descubrirlo rápido?

—Rápido, por desgracia, no. Pero descubrirlo, sí —asegura con un gesto.

—Pues hágalo, Ethan, por favor.

—De acuerdo. Cambio y corto —dice.

—Señor —Laios reclama mi atención—. El señor Newton, médico jefe del palacio. —Señala al hombre.

—A sus órdenes, Alteza. —El hombre hace una reverencia.

Ravena Lessa

Después de escuchar lo que las reinas tenían que decir, fui a hacerme unas pruebas y luego eché una cabezada.

Tuve una sesión de urgencia con Sasha a la mañana siguiente, para ver si todo estaba en su sitio.

—Pensé que iba a perder a los bebés... sangré tanto... me temblaba todo el cuerpo...

—Entró usted en shock. Pero ya pasó; sus pruebas muestran que está todo bien. Ahora toca mantener la cabeza en su sitio y aguantar... Faltan menos de dos meses para el parto.

—Sí —suspiro—. El tiempo ha pasado tan rápido... todo ha cambiado...

—Todo cambia todos los días, Alteza. Lo que pasa es que solo nos damos cuenta cuando percibimos que los cambios se han vuelto irremediables.

—Sí. Siempre tuve miedo de eso... de ver las cosas cambiar deprisa...

Sasha hace una anotación y después vuelve a mirarme.

—No dejo de preguntarme si seré una buena madre... una buena reina, sobre todo... porque, cuando nazcan los bebés, tendré obligaciones reales además de la maternidad.

—¿La responsabilidad la asusta?

—No. Siempre fui responsable —sonrío—, de mí, principalmente. Siempre me responsabilicé de mí. Creo que la mayor prueba de ello fue el momento en que decidí huir, abandonar todo lo que había conseguido, y me vine a este país desconocido.

Sasha asiente.

—Mientras se responsabilice de sí misma, siempre encontrará fuerzas para empezar de nuevo. Cuando vemos nuestra

responsabilidad en lo que ocurre en nuestra vida, tomamos las riendas. Y, cuando eso sucede, salimos de la inercia.

—Es verdad.

—Su tiempo ha acabado, Alteza —me avisa.

—Vale... estamos productivos, ¿eh? —Me río—. ¿Recuerda cuando venía aquí y me quedaba callada? ¿Que no tenía nada que decir?

—Todo el mundo tiene su tiempo. —Parpadea y sonríe.

Me despido de mi terapeuta y voy hacia la entrada del palacio a encontrarme con Leon.

Él se pone a hablar sin parar mientras caminamos:

—... te voy a enseñar todo allí en la pastelería para que lo apruebes para el baby shower y también para el nacimiento; me habías dicho los colores que te gustaban, así que me tomé la li...

Leon se calla cuando estamos a punto de salir por la puerta. Esta se abre y el heraldo anuncia la llegada de Jemima.

Me tiemblan las manos.

—¿Qué hace ella aquí?

—Respira hondo y no te estreses. —Él se pone delante.

Jemima se acerca y me hace una reverencia lenta. Cuando levanta los ojos, sonríe como si fuéramos amigas de la infancia.

—Mira qué grande está, Alteza. —Sus ojos bajan hasta mi barriga y después suben muy despacio hasta encontrarse con los míos.

Se pone la mano en la cintura ceñida y parpadea.

—¿A qué has venido? —Es Leon quien pregunta.

—Como el príncipe Haakon no pudo ir a Japón a verme, mi padre me encargó venir aquí a reforzar los lazos que nuestras casas siempre han tenido.

—Mira, niña, estoy cansado de ti —suspira Leon—. Mi prima, la reina, está embarazada. Y no puede pasar estrés. Y tu presencia es estresante. —Leon casi se arranca el pelo; habla en un tono de voz que nunca le había visto, está enfadado de verdad—. La estresa a ella, me estresa a mí, ¡estresa hasta a las pinturas de los cuadros, que se mueren de ganas de rasgarse cuando pasas por delante!

Jemima sonríe con gentileza, muy disimulada.

—Pero ella todavía no es la reina, ¿verdad? Al menos, no se me ha informado de su coronación —desdeña.

—Cosa que es cuestión de tiempo, porque ella y el príncipe van a tener unos bebés preciosos muy pronto.

—¿En serio? He oído por ahí que el hijo ni siquiera es del príncipe...

Poso la mano en la barriga, encorvo un poco el cuerpo, siento que todo en mí tiembla; hasta se me nubla la vista. Leon acude en mi auxilio, junto con otros empleados del palacio.

Intento respirar, pero parece que los pulmones no aguantan.

Tardo un rato en recomponerme y ponerme lo más erguida posible. Mi único dolor es haber mostrado alguna debilidad delante de esa mujer asquerosa.

—Pero, si de verdad es del príncipe... creo que no tiene nada que temer —continúa ella.

—Niña. —Leon avanza, la agarra del pelo y tira con fuerza—. A mí no me importa que te metas cachaça por el culo, bailes el créu y luego lo escupas todo para hacerte una caipirinha y bebértela, no. Ahora, si vienes aquí, a la casa de mi prima, a montar bronca...

—¿La casa de ella?

—¡Amor! —Leon le tira del pelo con tanta fuerza que hasta a mí me duele.

Las facciones de Jemima, aunque finge que lo tiene todo bajo control, se ponen rojas.

—Quítate de mi vista antes de que te abra esos ojos a hostias, hija de puta. —Y la empuja puerta afuera.

—Pero he venido a ver al príncipe.

—¡A quien vas a ir a ver es a Satanás al infierno! Estoy harto de ti, ¿eh? ¡Si te vuelvo a ver por aquí una vez más, te dejo la cabeza cosida a puntos!

La princesa oriental, junto con su comitiva, sale puerta afuera. El propio Leon hace el favor de cerrar las puertas y viene, echando humo, hasta mí.

—¡Desea todo lo que quieras en esta vida, pero no quieras ver a un marica cabreado! —gruñe, y después respira hondo, cierra los ojos, cuenta hasta tres y vuelve a sonreír.

—¿Estás bien? —Ni siquiera me da tiempo a darle las gracias.

—Estoy estupendamente —suspira profundamente—. Ahora, hablando de tu baby shower...

CAPÍTULO 39

Príncipe Haakon III

El jefe del departamento médico del palacio me entrega el informe. Yo se lo devuelvo de inmediato; aunque lo abra y lo lea, sé que no voy a entender nada.

—Muy bien... muy bien... —El hombre rasga el sobre—. Como usted sabe, recogimos todo el material necesario en la parada de Estados Unidos, cuando necesitamos comprobar que los bebés estaban bien.

—Sí. —Siento un nudo en la garganta, ansioso por que responda.

Svar no ha vuelto de Qäpak; hasta parece que el periodista Katkins está previendo los movimientos del duque y huyendo de ciudad en ciudad, de estado en estado, de país en país, solo para que no le capturen el documento.

—Bueno... aquí dice que sí, que usted es el padre de uno de los niños.

—¿De uno de los niños? —Arqueo la ceja.

Al médico le tiemblan las manos. Se ajusta las gafas ante el rostro y respira hondo; de repente se queda mudo.

—¿Y quién es el padre del otro niño, entonces? —gruño.

—Señor...

—¡Hable, hombre! ¡Por Dios!

—No es de usted, Alteza.

Ravena Lessa

—¡Sorpresa!

Me llevo la mano al corazón al llegar a la cocina del fondo de la pastelería Lessa. Veo a un grupo de diez princesas entusiasmadas: una agita unos globos, otra hace sonar una corneta. Me acaricio la barriga; siento una patada inmediata por el susto.

—¿Qué es todo esto? —Miro alrededor.

Empiezo a saludarlas una a una.

—Te dije que, si ibas a Japón, yo iría con la pandilla a hacerle la vida imposible a esa Jemima. —Amelia se me cuelga del cuello.

Y, cuando me suelta, se pone a dar saltitos y a gritar con las demás chicas:

—¡La primera mamá del grupo! —dice entusiasmada.

—¡Viva! —gritan todas juntas.

—Jemima nos informó de que venía hacia aquí, así que las invité a todas a venir para no dejar que te amargara la vida —explica Amelia—. Espero que no haya problema...

—¡No, ningún problema!

—Vale. Este es tu pre-baby shower —avisa—. Así que vamos allá: ¿qué necesitas?

—Ah, está todo bien, ya tenemos una reserva infinita de pañales y por lo menos veinte carritos... —Sonrío y les agradezco a todas el detalle.

—Pues entonces alguien tiene que regalarles una mansión a los niños —dice la princesa griega.

—O una isla. ¡Son norteños, les encantan las islas! —dice entusiasmada la princesa María, de España.

—Vale, dejad que lo apunte todo. —Amelia sale corriendo en busca de papel.

—Leon, ¿qué es esto? —Llamo a mi primo a un rincón.

—Una locura, ¿verdad? En vez de latas de leche Ninho, quieren regalarles una isla a los niños...

—No... ¡me refiero a todas estas princesas aquí!

—Ah, querían darte una sorpresa, uai. Y, como querían sorprenderte, ni pisaron el palacio: vinieron directas hacia aquí. —Sonríe y las saluda con la mano, fingiendo que todo está bien.

—¿Y dónde se están alojando? —pregunto.

—Ravena, hoy duermes con nosotras, ¿verdad? —Amelia vuelve con papel y bolígrafo—. ¡Fiesta de pijamas de princesas!

Y todas se ponen a dar brincos como si fueran adolescentes; creo que una o dos realmente lo son.

—¿Estáis durmiendo en sacos de dormir? —Me quedo hasta sin aliento.

—¡Ah, todo por una buena amiga! —sonríe la princesa mayor.

Príncipe Haakon III

Como el viaje de Svar se está haciendo largo y estoy inquieto, voy a buscarlo al aeropuerto.

—Menudo infierno —refunfuña—. Lo seguí por tres ciudades de aquí, después tuve que ir a Pelmuria y luego a Qäpak. El hombre debía de saber que le iba pisando los talones...

—Ya.

—¿Qué cara es esa, Haks? Perdona. Lo sé. Lo sé, he fallado. Pero, tranquilo, nadie va a hacerle caso a ese lunático...

—¿Svar? —Trago saliva y evito el contacto visual.

—Dime.

Me cuesta mirar a mi primo. Ni siquiera sé exactamente qué estoy sintiendo. Mantengo el rostro hacia delante y subo el volumen de la televisión; también cierro el cristal para que el conductor no nos oiga.

—No habrá un heredero legítimo, y por eso él no puede subir al trono —dice Katkins categóricamente.

—¿Dónde están las pruebas? —pregunta el presentador del informativo.

—¡Ya estoy cansado de presentar las pruebas!

—Pero, en otras circunstancias, el príncipe podría tener otro heredero —plantea el presentador.

—Eso sin duda, pero llevaría tiempo, y...

—¿Haks? —Svar me trae de vuelta a la realidad.

—Uno de los bebés no es hijo mío —digo bajo y rápido.

Evito pensar en lo que acabo de decir.

Solo siento que la cara me arde como nunca. Una rabia se apodera de mí; tengo que sujetarme las manos en el regazo.

—¿De qué estás hablando? —Mi primo se limpia los labios.

—Ella... también está embarazada de Gustavo.

—Haakon, ¿estás oyendo lo que acabas de decir? —Svar me agarra por los hombros y me sacude—. ¿Cómo va a ser eso posible, hombre?

—No es imposible. —Los dedos me masajean la cara.

—Haakon, ella ya estaba embarazada antes de que la secuestraran. ¡Por el amor de Dios, hombre, ten sentido común!

—La primera prueba no especifica gemelos. Solo dice que estaba embarazada.

—¡Pues claro, joder! —grita—. ¡Eran menos de cuatro semanas de gestación! Haakon, ¿estás oyendo lo que has dicho?

—Tío, estoy tan destrozado... —Suelto todo el aire que puedo por la boca y agacho el rostro.

—¿Dónde está ella? Vamos a por ella ahora mismo y la llevamos a París. Hacemos una prueba nueva allí.

—¿Por qué París?

—A Londres, entonces —propone.

—Tío... las pruebas se hicieron en Miami, en Florida...

—Pero eran nuestros médicos... ¿y si uno de ellos está metido en esta conspiración?

—Svar. —Ahora soy yo quien lo sujeta por el hombro—. Tío, yo, más que nadie, querría que esto no fuera verdad. Pero necesitamos asumir que lo es, aunque solo sea para intentar digerir con la cabeza fría lo que está pasando y saber qué medidas tomar.

—Vale.

—Vale —suspiro profundamente.

—Vamos a tener que avisar a la familia real; todos necesitan prepararse.

Ravena Lessa

Con un festival de tartas, dulces y zumos de todos los sabores, las princesas transformaron la cocina del fondo en un auténtico campamento. Hicimos algunos juegos, después cantamos karaoke y comimos... bastante.

La noche fue larga, así que llamé a Haakon para avisarle de que no dormiría en el palacio, pero no me lo cogió. Le envié mensajes; solo dijo que estaba todo bien y que estaba ocupado con su primo.

Vale, debían de ser asuntos importantes, así que no le di más vueltas.

—¿Ya has pensado en el nombre que quieres ponerles? —me pregunta Helena de Grecia.

—Todavía no...

—¿Y el príncipe aún no ha mostrado preferencia?

Niego con la cabeza yo también.

—A mí el nombre Haakon me parece bonito. Iovius también. Eric. Harry. IV —propone Amelia.

—La verdad es que es un nombre muy bonito —tengo que admitir.

—¿Y si es niña? Espera. ¿No sabes el sexo de los bebés, Ravena?

—No, quería que fuera una sorpresa...

—Ah...

—¿Cómo aguantas la curiosidad?

—Tampoco lo sé. —Me encojo de hombros.

Se pasan la noche entera sugiriendo nombres y yo llamo a Leon a un rincón cuando estamos a punto de dormir.

—¿Dónde crees que están mis padres en este momento?

—Pues... en medio del océano, probablemente. Pero deben de estar al llegar...

—Estoy deseando verlos. Enseñarles nuestra casa; tiene un bosque tan bonito y un patio gigantesco para que los niños corran...

—Prima, tu casa tiene un campo de golf. Esos niños van a correr kilómetros —se divierte Leon.

—Pues sí...

Siento a los bebés moviéndose dentro de mí. No estaban tan inquietos desde... bueno... nunca han estado tan inquietos.

—¿Gases?

—Se están moviendo. —Le cojo la mano y se la pongo en mi barriga.

—Madre mía... se nota. —Se asusta.

—Sí. Creo que echan de menos a su padre... creo que no duermo sin Haakon desde que fuimos a Drü.

—¿En serio? ¿No te convenció eso de dormir en habitaciones separadas?

—¡A mí no! ¿No te conté lo de aquella Jemima semidesnuda en la habitación? —Solo de recordarlo me viene una sensación horrible.

Leon levanta la mano abierta.

—No me hables de esa niña, que me pica la mano por hincharla a hostias...

—Si no fuera a causar una crisis diplomática, te daría la orden de zurrarle.

—No puede ser coincidencia. Primero las fake news, después aparece ella. Esa perra quiere disfrutar de tu sufrimiento en primera fila.

—¿Pero sabes qué, Leon? —Muevo los hombros—. ¡No voy a estresarme por tan poca cosa!

—¡Apoyo la moción! —Me da unas palmaditas en la espalda.

—Ahora déjame volver con los leones. —Hago una mueca.

—No me esperes para dormir, voy a trabajar hasta tarde... ¡estas mujeres parecen hormigas, me han vaciado las estanterías! —dice afligido, y vuelve a la cocina de delante.

Príncipe Haakon III

En cuanto Svar y yo llegamos al palacio, encontramos a la Reina Madre e Irinna conversando; aprovechamos el momento para reclamar su atención y hablar de lo que descubrí.

Dormí mal. Si pegué ojo más de treinta minutos, fue mucho.

Me desperté incluso antes de que saliera el sol y me ocupé con el trabajo: revisé algunos documentos y puse las noticias para seguir cualquier novedad.

En internet, el virus se había propagado. Si cien personas y luego mil le hicieron coro a Katkins, ahora eran muchas más de diez mil. Por todas partes, en todas las redes, la gente bombardeaba a los demás con teorías de la conspiración descabelladas sobre Ravena, Gustavo y yo.

Había un grupo en especial que creía que lo estábamos manteniendo a salvo en el palacio, y cuestionaban cómo era posible que todavía no hubiéramos encontrado al hombre y que, por lo tanto, en realidad no queríamos que lo encontraran.

En fin, unas lógicas extrañas.

—¡Noticias bomba llegadas directamente del palacio!

Miro el reloj. No son ni las nueve de la mañana y la gente ya está hablando de la vida ajena. Pongo los ojos en blanco.

—La princesa Ravena, en realidad, está embarazada de gemelos. Uno, en efecto, es hijo del príncipe, y el otro es hijo de su amante, Gustavo Borges. Esto refuerza mi tesis de que están manteniendo al muchacho a salvo dentro del palacio; existen cientos de habitaciones en ese lugar... zonas donde nadie puede pisar salvo el propio príncipe... —Katkins parece estar recibiendo un Óscar, de lo entusiasmado que está.

Pongo los ojos en blanco y me entran ganas de arrancarme el pelo.

—La noticia se ha propagado rápido. —Svar entra y se cruza de brazos; lo estaba siguiendo en su móvil, es lo que me enseña.

—Como buitres sobre la carroña...

—¿Noticias de Ethan?

—Nada todavía...

—Necesitamos descubrir rápido quién está detrás de todo esto.

El trabajo avanza lento; de vez en cuando paro para ver la televisión.

Mi atención solo es secuestrada de verdad a las tres de la tarde, cuando anuncian que han encontrado un cuerpo en el mar.

Unos pescadores de Koyaska, ciudad cercana a Koioskovo, encontraron un cuerpo mientras pescaban por la mañana. El mar congelado que baja de las montañas llega a Koioskovo casi en pedazos; en Koyaska ya no hay rastro de hielo.

—Sube el volumen —le digo a Svar.

—El cuerpo fue encontrado a las cinco de la madrugada. Se llamó a las autoridades y comenzaron los procedimientos para el reconocimiento del cuerpo. Dicen que no hay nada concluyente y que nos informarán de los resultados a las ocho...

El sonido de la televisión, aunque esté alto, queda en segundo plano cuando Laios entra sin resuello y cierra la puerta con llave tras de sí.

—¡Majestad! —dice desesperado.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Has visto un fantasma? —Me agarro firme a la silla.

—Majes... —intenta respirar—, Majes...

—Habla de una vez, hombre —refunfuña Svar otra vez.

—Majestad... tenemos un problema gravísimo.

—¿Y cuál sería un problema gravísimo?

Laios abre los ojos de par en par y mira a Svar. Mi primo me mira de reojo, tan confundido como yo.

—¿Dónde está el duque? —le pregunta a Svar.

—En casa, supongo. ¿Qué queréis de él?

—La Policía Federal y la Policía Secreta del palacio están abajo, señor.

—Pídeles que suban. —Chasqueo la lengua y vuelvo a mirar la televisión.

—Señor, creo que no lo ha entendido... —Señala el aparato—. El cuerpo que encontraron... es de la princesa Jemima.

—¿Qué? —La palabra casi se desvanece, de alguna forma, antes de salir.

El shock es tan grande que solo consigo negar con la cabeza.

—Sí. Es ella. El reconocimiento acaba de salir: la princesa Jemima fue encontrada por los pescadores.

—¿Le dispararon? ¿Algún traumatismo?

—Solo el de la caída. Por lo que parece, cayó desde un lugar muy alto... sin heridas... murió ahogada... y congelada.

—¿Y qué quieren de Leon? —Svar se levanta.

—Excelencia... La policía cree que... el duque... podría estar involucrado.

—¿Leon? Laios, ¿tú has visto el tamaño de ese chico?

—Pues sí, señor, pero la policía quiere verlo.

Ravena Lessa

Que Dios me perdone. Tuve que huir toda la mañana de aquellas princesas; ya no podía más. Me quedé en la cocina cascando huevos y viendo a Leon cocinar; debo admitir que era algo que necesitaba para calmarme.

—Señora. —Akádia, mi escolta personal, reclama mi atención.

Siempre me está vigilando de lejos; incluso cuando no la veo, está atenta.

—¿Sí?

—Excelencia, la policía está en el salón de la tienda —dice.

Después entran los empleados de Leon, sin resuello, diciendo lo mismo.

A través de la pared de cristal vemos a diez hombres mirándonos. Enseguida entran en la pastelería Haakon y Svar, más tensos que nunca.

—¿Qué pasa, chicos? —Leon se quita los guantes, se arregla el pañuelo que le cubre la cabeza y sale de la cocina; yo voy detrás.

—¿Excelencia? —le pregunta el policía que va al frente.

—¿Sí? —Leon abre una sonrisa tierna y preocupada.

—Tiene que acompañarnos a la comisaría. No vamos a esposarlo, pero no intente huir o usaremos la fuerza —advierte.

—¿Qué? ¿Cómo que acompañaros? ¿Qué está pasando? —Leon empieza a mirar alrededor, esperando una respuesta de alguien.

—Un malentendido. Yo voy contigo —se ofrece Svar.

—¿Por qué se llevan a mi primo? ¿Qué ha hecho? —me desespero.

El policía me ignora por completo. Tengo que ir hasta él y sujetarlo por el hombro.

Creo que solo se da cuenta de lo grave que es la situación cuando ve mi barriga. Traga saliva y hace una reverencia.

—Alteza, su primo ha sido denunciado como el asesino de la princesa Jemima. Tras algunas pruebas y preguntas, la fiscal y la jueza darán los próximos pasos. Por ahora, tiene que venir con nosotros.

—¡Ravena, yo no he matado a nadie! ¡Estuve aquí toda la noche! ¡Lo juro! —Leon me coge las manos, pero la policía se lo impide, apartándolo de mí.

—¡Parad! ¡Le estáis haciendo daño y lo estáis asustando! ¡No hagáis eso! —Intento acercarme, pero no me dejan.

—Puede ser peligroso, Alteza, así que, por favor, déjenos hacer nuestro trabajo.

—No podéis tocarlo así. —Svar empuja a uno de los policías.

—¡Svar! —grita Leon, muy serio—. No hagas nada. No hagas nada. ¡No des motivos para que te lleven a ti también! ¡El príncipe y la princesa te necesitan!

—¡Voy contigo!

—No. Quédate aquí. ¡No te separes de ellos!

—Leon... —Svar se queda paralizado, viendo a los policías meter a su amor dentro del coche.

Yo me acerco a él y a Haakon, sin saber qué decir.

—Tenemos que llevarte al palacio. Ahora —avisa Haakon.

—Vale, solo voy a ponerme algo de ropa... —lo digo porque todavía estoy en pijama.

—Ahora —insiste.

Príncipe Haakon III

Tras asegurarme de que Ravena está a salvo en el palacio, llamo al emperador de Japón, le cuento todo lo que sé hasta el momento y le ofrezco mis condolencias.

No oigo la voz del hombre durante al menos dos minutos. Cuando me responde, parece que el alma se me va a salir del cuerpo. Lo último que necesito ahora es entrar en guerra con Japón.

Le garantizo que el cuerpo de la princesa Jemima será preparado y enviado inmediatamente a su país de origen, y que quien resulte responsable de lo ocurrido será entregado a las autoridades japonesas.

Creo que he evitado lo peor.

El hombre siempre me apreció; fue un gran amigo de mi padre y siempre quiso que nuestras familias se unieran.

Por desgracia, yo no sentía por Jemima lo que ella sentía por mí, y se lo confesé a su padre desde el primer momento, para no alimentar falsas esperanzas.

—No se sienta culpable —me consoló el emperador—. Yo le prohibí verlo; vino a escondidas. Le dije que debía dejar su matrimonio en paz, pero estaba obstinada... solo le pido, Iovius, por el honor de mi familia y por la amistad de tantos años que nuestras casas mantienen... cuando descubran a la persona responsable, entréguemela.

—Así lo haré, señor.

Con las manos temblorosas tras colgar la llamada, tengo que enfrentarme a Svar.

—No vas a entregar a Leon.

—Svar...

—¡No vas a mandarlo a la muerte! ¡No lo voy a permitir! —dice furioso, llorando—. ¡Él es mi vida! ¡Es todo lo que amo! ¡Si él va, yo voy con él y moriremos los dos!

—Svar, quedará probado que no fue Leon.

—¿Y si la persona que montó todo esto prueba que fue Leon? ¿Aun así lo enviarás?

—Svar, el emperador... —intento explicar.

—Que le den al emperador. —Me da la espalda. Nunca lo había hecho en toda su vida—. Si vas a condenar a muerte a la persona que más amo, entonces yo también me entregaré. ¡No puedo vivir sin él, Haakon!

—Y yo voy a hacer todo lo que sea posible, Svar.

Tengo que consolar a mi primo durante horas, porque sencillamente pierde el control de sí mismo. Tengo que pedirle a Laios que le ponga un medicamento en la bebida para que duerma, porque es un peligro para todos aquí y para sí mismo.

—Y la historia se repite...

Oigo la voz que menos quería oír en este momento.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza sobre la mesa del consejo, pidiéndole a Dios que sea solo una alucinación.

Ayer recibí un puñetazo certero en la cara; hoy he recibido dos en el estómago. Me pregunto si todavía me quedan fuerzas.

—Al menos tú te acuerdas, ¿verdad? De cómo encontraron a Dianna... —Stephan se sienta al otro lado de la mesa.

—¿Qué quieres, Stephan? —gruño.

—¿Sinceramente? No lo sé —suspira—. Solo estaba pensando, ¿sabes?... en lo irónico que es el destino y en lo verdadero que es el karma. Todo lo que me hiciste ahora ha vuelto a ti.

—Stephan, no quiero otro homicidio en las noticias. Así que cierra la boca.

—Siempre te reíste de mí por ser bastardo. Por no tener la sangre pura... Y ahora, mira tú... parece que tus hijos tampoco la van a tener...

—¡Cierra la puta boca! —Golpeo con firmeza la mesa.

—Todavía no te han quitado a la persona que más amas... pero Svar... ¿tu brazo derecho? Creo que es un preludio para que sientas lo que yo perdí cuando murió Dianna.

—Yo no he perdido a Svar.

—Todavía. Porque, cuando las autoridades digan que Leon fue el asesino, y créeme, están cerca de decirlo, Svar perderá lo que más ama. Y cometerá una locura que lo matará, ya sea enfrentándose al gobierno japonés, ya sea entregándose a ellos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que Leon mató a Jemima?

—Pregúntale a tu mujer —se encoge de hombros—: una docena de empleados oyó al chico amenazar a la princesa alto y claro.

Empiezo a masajearme las sienes y a intentar respirar.

Yo, que soy la persona con menos juicio de este palacio, por lo visto tengo que resolver muchas cosas y meterles juicio a los demás. Y ni siquiera sé por dónde empezar.

—Dímelo, Haakon.

—¿Decirte qué, imbécil? —gruño.

—Dilo. Di la verdad. Dime que fuiste tú quien la mató.

—¿A Jemima? Por el amor de Dios, Stephan, vete a tomarte la medicación, tío.

—A Dianna —gruñe—. Dímelo. Dime que fuiste tú quien la mató. Porque descubriste que estaba embarazada de mí y no pudiste aceptarlo.

Es demasiado para mí.

Me levanto y golpeo con las dos manos la mesa de piedra. El grito que suelto es una mezcla de furia y dolor. Me abalanzo sobre el desgraciado, que permanece sentado, esperándome.

Lo agarro por el cuello de la camisa y lo sacudo con toda la fuerza que puedo.

—Puedes pegarme. Puedes molerme a golpes hasta matarme. Pero dime que fuiste tú.

—No fui yo —rechino los dientes.

—Mentiroso...

—Entonces dímelo tú a mí, Stephan. Que eres tú. Tú, que estás escondiendo a Gustavo Borges; tú, que estás detrás de esas fake news; ¡tú, que montaste toda esta mierda!

Su mirada no lo esconde: las cejas se le contraen y los ojos se le quedan medio perdidos. Después Stephan se ríe de una manera que sugiere su inocencia, pero que, en realidad, delata su sorpresa.

—No fui yo —dice tranquilamente.

Consigo soltarlo, no sé cómo.

—Yo soy un bastardo, soy un regente invisible que no se lleva el mérito de nada... ¿fui negligente en el secuestro de Ravena? Sí, no me preparé para un acontecimiento así. Pero no fui yo, Haakon. Yo no caería tan bajo.

—Yo tampoco fui. —Me cruzo de brazos. Las manos todavía me hormiguean por darle un puñetazo en la cara.

Los dos suspiramos alto.

—Cuando ese Katkins y sus secuaces se enteren de la muerte de Jemima...

—Lo sé. —Levanto la cabeza hacia el techo.

—¿Puedo sugerirle algo, Alteza?

Me encojo de hombros, sin darle importancia.

—Saque a su familia de aquí y huya con ellos a Drü. Usad todo el poder bélico de la familia Iranovichk para protegeros. Lo peor

puede ocurrir.

Necesito reírme. Reírme alto, dejando que la carcajada sonora resuene por las paredes.

—¿Huir? —Miro al hombre—. Tú no sabes nada de mí, Stephan...

—Eres tú el que no sabe de lo que esa gente puede ser capaz...

—Ellos son los que no saben de lo que yo soy capaz. Yo soy el rey. Juré proteger a mi pueblo y es lo que haré. ¡Los protegeré de las mentiras que los engañan y protegeré a mi familia!

—Si de verdad crees que eres capaz de hacer eso, eres un burro. No el rey.

CAPÍTULO 40

Príncipe Haakon III

Como de costumbre, me despierto muy temprano. Le doy un tiempo al cuerpo para despertar y siento el rostro de Ravena en mi hombro. Le arreglo el pelo y la devuelvo a la almohada sin despertarla.

No conseguí dormir bien por la noche; tenía demasiadas cosas en la cabeza: la prueba de paternidad entregada por el médico, Leon, que todavía no había sido puesto en libertad, y Svar perdiendo por completo el control, algo que nunca imaginé que fuera posible.

Lo último que había que hacer, por supuesto, era estresar a Ravena con todo eso. Necesitaba mantener la cabeza en su sitio y actuar con calma para no asustarla.

Me vestí y fui al gabinete real a desayunar y trabajar. Svar llegó momentos después, con la cara arrugada de sueño y los ojos pequeños, como si tuviera resaca.

—¿Eres consciente de que pronto hará veinticuatro horas que lo detuvieron? —La voz le sale ronca y quebrada.

—Buenos días a ti también. —Lo espío por encima del papeleo —. Los abogados del palacio ya están trabajando en ello.

—¡Pues que trabajen más deprisa! —gruñe.

—Hermano, sé lo mucho que él significa para ti. No voy a dejar que le pase nada.

—¿Y si exigen su cabeza?

—Tendrán que venir a buscarla aquí, al palacio. Y pasar por encima de nosotros dos.

La expresión que pone me indica que esa era una de las respuestas correctas.

—¿Quieres pelear?

—¿Pelear? —Svar arquea la ceja, confundido.

—Ahora. Vamos a la sala de entrenamiento a desahogar esa rabia y entrenar.

—No estarás pensando en lo que dijo aquel médico loco, ¿verdad? Por el amor de Dios, Haakon...

—Necesito ocupar la cabeza —suspiro—. Y estos papeles no consiguen entretenerme.

—¿Te di tanto trabajo ayer que quieres desquitarte conmigo, es eso? —Svar se ríe.

—Venga, vamos a pelear. Por lo que parece, tu rey va a tener que demostrar esas habilidades muy pronto.

—Está bien.

Svar y yo vamos a la sala de entrenamiento. En vez de usar espadas o bastones, practicamos lucha libre. Al principio me sentí un poco oxidado, pero le cogí el truco tras media hora de intentos vanos de acertarle.

—¿Estás preparado para luchar por tu reino? —Intento darle un puñetazo en la cara.

—Nací preparado y he entrenado todos los días —responde, e intenta golpearme.

Esquivo rápidamente e inclino el cuerpo, avanzo de golpe y lo sujeto por la cintura, lo derribo al suelo y lo inmovilizo.

—Tienes que dejar de dejarme ganar —refunfuño, y lo suelto.

—Solo estoy distraído —dice en su defensa.

Entrenamos veinte minutos más hasta que nos interrumpen.

—Laios, no. —Intento escapar de la inmovilización de Svar.

—Majestad... es urgente... —El hombre viene a toda prisa; conforme se acerca, escuchamos un sonido que sale de su tablet:

—... más que nunca está claro el contubernio de la tal Ravena con su primo. Ambos urdieron el asesinato de la princesa Jemima, que todos sabíamos que era la mejor elección para...

—Hasta aquí hemos llegado. —Svar me suelta en el suelo y echa a andar, apresurado—. ¿Dónde está ese desgraciado?

—En los estudios de la Vox Populi, en Koyaska —dice el loro, después de pedirme permiso con la mirada y recibir mi aprobación.

—No hace falta que vengas conmigo —me avisa Svar—. Me van a detener por matar a un periodista en cadena nacional.

—Voy contigo. —No tengo más opción que seguirlo.

Ravena Lessa

Estoy sin hambre desde el momento en que se llevaron detenido a Leon. Me obligué a tragar el desayuno y apenas picoteé algunas cosas. Después acompañé a Gaius a los jardines para distraerme.

Al pasar por la zona donde está el equipo de jardinería, oí más acusaciones del lunático que estaba inventando mil historias sobre la paternidad de mis bebés, ahora atacando a Leon, diciendo que por orden mía él mató a Jemima, para sacarla del tablero.

Suspiré profundamente y dejé a Gaius cuidando de sus conejos; caminé despacio hasta llegar al ala norte del palacio, donde están las salas de emergencia, el despacho del médico de la familia y una de las salas de terapia.

Me dirijo a la sala de Sasha y llamo a la puerta. No recibo respuesta.

A la tercera vez sin respuesta, decido girar el pomo y entrar.

—¿Sasha? ¿Tendría un minuto?

No hay respuesta. Examino el lugar vacío y lo recorro de punta a punta.

Paso por delante de las estanterías de libros que cubren las paredes, contemplo los jardines laterales cuidados por los empleados allá abajo y, cuando estoy a punto de salir, se abre un pasadizo justo en el centro de las estanterías.

Contemplo la sala vacía, los cuadros, los sillones donde teníamos las sesiones.

—¿Sasha? ¿Eres tú?

Sigo por el interior del pasadizo secreto. Atravieso un corredor de piedra sin pintura ni acabados; unas luces de emergencia iluminan el camino.

Llego a una especie de apartamento; creo que es donde vive mi terapeuta.

La cocina, completa y muy bien ordenada; una pila de cuadernos en el sofá, y cortinas oscuras cubren las ventanas y su luminosidad.

En la pared del salón, en la posición opuesta a la televisión y a la estantería con objetos, veo la superficie cubierta de fotos, hilos de varios colores, noticias de periódicos: recuerda mucho a una investigación policial.

—¿Sasha? —lo llamo una vez más.

Hay una foto de cada miembro de la familia real, también de las princesas del baile, de los nobles del Septentrión; en fin, parece algo minucioso. Pero ¿de qué va todo esto?

—Está en la habitación.

Doy un salto y me llevo las manos a la barriga, asustada. Tengo que sentarme en el sofá, y me quedo mirando un tablero de ajedrez con piezas repartidas, como si alguien hubiera estado jugando.

—Amelia —suspiro—. Qué susto...

—No era mi intención asustarte. —La princesa de Dinamarca sonríe—. ¿Has venido a ver a Sasha?

—Sí. ¿También es tu terapeuta?

Aun hablando con ella, la adrenalina no baja; mi corazón sigue disparado.

—No exactamente...

Aprovecho que va a la cocina a beber agua y me levanto, busco la habitación.

—¿Sois novios o algo por el estilo?

Paso por el baño, por un despacho, dos habitaciones, hasta llegar a los aposentos de Sasha. Me agarro con fuerza a la puerta

cuando lo veo tendido en el suelo, con una herida de bala en el pecho, sangrando.

—¡¿Sasha?! —Lo primero que hago es correr hacia él, comprobar su pulso, su respiración: no hay.

—Está muerto —avisa Amelia desde el salón.

Me levanto despacio y cuento los pasos hasta volver al salón, donde ella está sentada en el sofá, examinando el tablero de ajedrez.

—¿Has sido tú? ¿Quien lo ha matado? —Me quedo sin aliento.

—No —dice suavemente; levanta una de las piezas y la mueve por el tablero—. Siéntate, no voy a hacerte daño.

—Amelia, ¿qué está pasando?

—Siéntate y te lo explico —dice con suavidad.

Miro la puerta cerrada que da al corredor; yo la había dejado abierta. Empiezo a perder el aliento y siento que cada parte de mí tiembla; aun así, voy hasta el sillón frente a ella y me siento, tensa.

—¿Sabes jugar al ajedrez?

—Amelia, ¿qué está pasando? ¿Por qué estás aquí? ¿Quién ha matado a Sasha?

—Cuando yo llegué, ya estaba muerto. —Me mira de pies a cabeza—. Por Dios, Ravena, respira. No voy a hacerte nada.

Sus palabras no me inspiran mucha confianza ahora mismo.

—¿A qué has venido?

—No lo vas a entender si no escuchas lo que tengo que decir. —Amelia sonríe con gentileza—. Ravena, si quisiera hacerte daño o matarte, ya lo habría hecho. No te pongas nerviosa, no te haré nada. ¿Quieres agua?

Sacudo un no muy tembloroso con la cabeza.

Aun así, se levanta, va hasta la nevera, saca una botella de agua y coge un vaso; lo pone todo delante de mí, en la mesita de centro, donde está el ajedrez.

—Necesito que te calmes y me escuches con atención, por favor.

—Vale...

Amelia me mira con la misma sonrisa que me dedicó en cada ocasión en que nos encontramos. Antes eso hacía parecer que me respetaba y me apreciaba; ahora no lo sé.

—Érase una vez un rey... —empieza así—. Cygnus Saavedra era su nombre.

—¿El Rey Loco? —Parpadeo.

—Ah, ¿ya conoces la historia? —Amelia desliza las manos por el sofá—. Entonces creo que entenderás bien lo que quiero contarte...

Respiro bajito.

—Érase una vez un rey loco. Su familia gobernó el Septentrión durante casi tres siglos, después de casarse con miembros de la antigua dinastía, los Kjaerlighet —hace una pausa—. Resulta que el corazón del rey se corrompió, y mató a su esposa, Thâmara Kjaerlighet, y se casó con una de sus amantes, manteniendo a las otras cien como concubinas.

—¿Cien?

—Era un rey glotón. —Amelia sonríe—. Pero a las antiguas familias, descendientes de los antiguos reyes del Septentrión, no les gustó. Porque, además de matar a uno de los suyos, el rey empezó a maltratar a su pueblo, hizo que el país se volviera pobre y caótico... en lugar de un reino rico y próspero, había ahora un reino donde la gente comía ratas y suelas de zapato...

—Qué horrible —digo bajito, y me acaricio la barriga; los bebés se han puesto muy inquietos.

—Entonces las tres familias se reunieron para destronar al rey y acabar con todo su linaje. Los Linkalter de Qäpak, que dirigían la agricultura y la ganadería del reino, es decir, todos los alimentos... Los Iranovichk de Drü, que comandaban legiones y poseían las mejores armas y soldados... y los Kjaerlighet de Pelmuria... la familia

más rica de toda Europa, cuyo miembro había sido asesinado de forma cruel.

—Lucharon y mataron al Rey Loco —concluyo.

—Eso es. —Amelia asiente—. Y, tras la victoria, discutieron si debían repartirse el Septentrión y deshacer los reinos... pero creyeron que, unidos, serían más prósperos y felices.

—Ajá.

—Resulta que... incluso con la muerte del Rey Loco, otras familias todavía deseaban el exterminio de los Kjaerlighet...

—¿Los Linkalter y los Iranovichk? —Me remuevo en el sillón.

—No. Otras familias de toda Europa... y vieron la oportunidad perfecta tras la guerra del norte para exterminar de una vez a la familia más rica de Europa... una de las trece familias más ricas del mundo...

—Eso no lo sabía...

—Entonces, de la noche a la mañana, los Kjaerlighet desaparecieron.

Eso me llama muchísimo la atención. Siempre quise saber «cómo desaparecieron» de la noche a la mañana, sin dejar rastro, abandonando documentos, ropa, coches, bienes; no se llevaron absolutamente nada.

—¿Cómo?

—¿Cómo? —Amelia sonríe—. Bueno... no sabría decirte de cada miembro de la familia. Pero puedo hablarte de una niña en especial... su nombre era Alanny Kjaerlighet.

—Ajá.

—Fue abandonada en manos de una pareja de comerciantes. Más tarde conoció a un hombre y tuvo una hija... Lianna, pero ya no era una Kjaerlighet; usaba el apellido de los comerciantes...

—También está la Reina Madre, ¿no? Fue la única a la que encontraron.

—Ya llegaremos a eso, calma. —Amelia se sirve más agua en el vaso y bebe.

Eso me anima a beber agua también; supongo que no está envenenada.

—Lianna conoció a un hombre. Era noble y rico. Y se encariñó con ella.

—Ajá. —Hidrato mi cuerpo.

—Ella no se encariñó con él. Quería descubrir quiénes eran sus verdaderos abuelos; estaba demasiado ocupada intentando entender quién era, de dónde venía, cuál era su papel en el mundo... entonces ese hombre... la compró.

—¡¿La compró?!

—Les dio cien mil euros por ella a sus padres, que la vendieron.

—¡Dios mío, qué crueldad!

—Y él la violentó... la convirtió en su objeto personal, la usó como se usa un vestido, hasta que solo quedaron los harapos... entonces Lianna se quedó embarazada de él... y huyó... al Septentrión.

—¿Descubrió quién era? —Abro los ojos de par en par.

—En su lecho de muerte. Que fue también el momento del nacimiento de sus dos hijos.

—¿Dos?

—Gemelos. Un niño y una niña —hace una pausa para respirar —. Ahora volvamos a la Reina Madre...

—Sí. Por lo que me contaron, cuando todos desaparecieron, la encontraron en el sótano del palacio de los Kjaerlighet...

—Antonia Kjaerlighet era la hermana pequeña de Alanny Kjaerlighet. Desapareció...

—No... ¡no desapareció! Es la Reina Madre —le explico.

—La «Reina Madre» era una de las criadas de Antonia. La noche en que la familia se dispersó, drogaron a los empleados para que durmieran un sueño profundo y solo despertaran cuando cada uno de ellos ya estuviera lejos.

—¿Cómo puedes estar segura de que la Reina Madre no es Antonia Kjaerlighet?

—Porque yo conocí a Antonia —explica—. Murió en Turquía, hace dos meses... —Bebe un poco más de agua—. Yo la maté.

—¿Tú? —Me levanto.

—No te asustes, Ravena, ya te he dicho que no te haré daño. Si fuera a hacerte daño o a matarte, no te estaría contando todo esto. Siéntate.

Me siento, pero sigo mirando alrededor; toda la aprensión vuelve y me asfixia de golpe.

—¿Por qué crees que la «Reina Madre» votó contra ti y contra Haakon en el Consejo Real? —Sus labios forman una sonrisa fina—. Yo le escribí. En la carta puse una foto de Antonia de niña y una de ella muerta. Le avisé de que sabía muy bien quién era. Y, a partir de ese momento, obedeció mis órdenes.

—¿Por qué, Amelia?

—Calma, Ravena. No te precipites... toda esa euforia no les hará bien a tus bebés. —Sonríe.

Respiro hondo; aun así, me falta el aire.

Parece que el lugar ha menguado, que se está encogiendo; me siento claustrofóbica aquí dentro.

—¿Tú mataste a Jemima?

Ella asiente con la cabeza sin dudarlo.

—Era detestable, ¿verdad? —Cruza las piernas—. Hizo bien el papel de villana, pero, cuando vi la oportunidad, cuando tu primo la amenazó delante de todo el mundo, era la ocasión perfecta. —Señala con el rostro el tablero de ajedrez—. ¿Sabes jugar al ajedrez?

—Conozco algunos movimientos, pero nunca he jugado.

—Es bastante simple, en realidad. Cada pieza tiene una función. La reina es la que más poder tiene, porque puede moverse en todas las direcciones, tantas casillas como quiera. El objetivo del juego es matar al rey.

Cuando hago ademán de levantarme, me indica con la mano que me siente.

—No fue diferente con Dianna, si quieres saberlo...

—¿Dianna? —Me llevo la mano al pecho.

—Era mi criada —explica Amelia—. No me malinterpretes: de niña me enamoré de Haakon, pero enseguida me di cuenta de que él no tenía ojos para mí, apenas me percibía... —Sonríe con dulzura y mira el tablero con interés—. Jemima, en cambio, nunca se dejó convencer; luchó hasta el último momento por su primer amor. Le debemos un brindis. —Levanta el vaso y bebe.

Yo también bebo. Juzgué muy mal a Jemima.

Vale que era despreciable, pero, por lo que estoy entendiendo, no estaba detrás de todo lo que estaba ocurriendo.

—Dianna... volvamos a Dianna —suspira—. Ella realmente estaba enamorada de Stephan, mi aliado.

—¿Él está de tu lado?

—Siempre estuvo de mi lado, sin saberlo. Stephan fue la marioneta más fácil de manipular, porque todo lo que quería era ser el rey. Y podía rivalizar con Haakon y sacarlo de quicio... cuando le pedí a Dianna que se quedara embarazada de Haakon. —Sonríe—. Eso destruyó a Stephan y lo preparó para su gran papel.

—¿Entonces ella no amaba al príncipe?

—Sí que lo amó... pero el amor es peligroso, Ravena... le quita la razón a la gente... hace que actúe con el corazón, y yo no podía permitir que Dianna vacilara...

—¿Tú la mataste?

—Le dije que tenía un plan final para destruir a Haakon y la cité en los jardines colgantes, esa torre altísima que está frente al mar, ¿sabes? —Sonríe—. Es gracioso... a Jemima le dije que tenía un plan final para destruirte a ti y la cité en el mismo lugar... Esa es la mejor parte del amor. Te ciega, te hace querer cometer cualquier cosa por lo que deseas... y ambas murieron... por el amor que sentían por Haakon.

—Amelia... ¿por qué?

—Porque necesitaba quitarlas del camino. No. No porque yo ame a Haakon... —Chasquea la lengua y niega con la cabeza—. Lo amé, una vez, pero entendí que era invisible. Y aproveché mi invisibilidad para actuar entre bastidores.

—Pero ¿qué ganas tú con todo esto? ¿Por qué matar a todas esas personas? ¿Por qué incriminar a mi primo?

Me sorprende cómo consigue mantenerse en calma. Mientras yo tiemblo y grito, estallando de emociones confusas y de miedo, ella permanece solemne.

—A estas alturas ya habrás entendido que, si la Reina Madre no es una Kjaerlighet, eso significa que toda la sangre real es una mentira. El rey Gerard... Gullivar... Ayslan... Haakon... Svar... ninguno de ellos tiene derecho al trono.

—¿Cómo que ninguno?

—Pensemos en el Septentrión como una pizza de seis porciones, ¿vale?

—Vale.

—Los Saavedra tenían derecho a una porción. Los Linkalter tenían derecho a una porción. Los Iranovichk tenían derecho a una porción. Los Kjaerlighet tenían derecho a tres porciones.

—¿Tú eres una Kjaerlighet? —Parpadeo.

—Yo era una de aquellas criaturas que mataron a Lianna al nacer —explica—. Irónico, ¿verdad? Creo que el destino fue irónico. Me dijo cuál era mi papel en el momento en que nací...

—¿Y quién era la otra criatura, Amelia?

Ella vuelve el rostro hacia el corredor. Me llega, como un puñetazo en la cara, la imagen de Sasha ensangrentado, inerte en el suelo. Y después, todas las escenas de nuestros encuentros, todas las veces que me senté frente a él, le conté mis problemas, escuché sus palabras y recibí sus abrazos.

—Sasha tenía derecho a una porción y media, y yo a una porción y media... resulta que... —y se ríe, no sé cómo puede—, Irinna Iranovichk, esa vieja sinvergüenza, fue quien acogió a Lianna cuando llegó al Septentrión. Fue ella quien le contó a mi madre quién era. Y, cuando mi madre murió, sabiendo del peligro de mantener juntos a los dos herederos, me mandó lejos. Y crio a Sasha escondido, dentro del palacio.

—¿Os conocíais?

—Nunca supe cómo era el rostro de mi hermano. He estado en esta tierra infinitas veces y no tenía ni idea de que era él... no sé si habría sido diferente si nos hubiéramos conocido, pero... bueno... ya está hecho... entonces lo has entendido, ¿verdad?

—Sí.

—Sasha era el rey legítimo. Pero se quitó la vida antes de que yo lo encontrara. Y te lo dejó todo a ti.

—¿Todo?

—Una porción y media de la pizza.

—¿Entonces vas a matarme?

—No, Ravena. Pude matar a Antonia Kjaerlighet porque ella ya no representaba nada. Pero tú... ahora tú tienes lo mismo que yo: una porción y media de todo lo que perteneció a los Kjaerlighet. No puedo tocarte. Ellos verían ese acto como una deshonra.

—¿Ellos? —pregunto, confundida.

—Los dueños del mundo.

—¿De qué estás hablando?

—No importa. —Amelia se encoge de hombros—. Pero yo no necesito matarte, ¿verdad? Gustavo ya está aquí dentro. Y está ansioso por encontrarte...

—¿Gustavo? ¿Está aquí? —Me levanto.

—Tienes dos opciones, Ravena. Dejar que Gustavo te encuentre y haga lo que tanto desea... o huir. Huye. Huye lejos. Agarra a tu príncipe de la mano, coged el primer avión con billete solo de ida y huid de mi reino. No volváis nunca. O mataré a Haakon.

—¿Y mi primo? ¿Y Svar? ¿Y las reinas? ¿Gaius? ¿Laios? ¿Todas esas personas?

—Ya no importan, Ravena. Son solo peones en el tablero. Considérame tu hada madrina. Voy a permitir que vayas a vivir tu cuento de hadas, pero en otra historia. Porque esta historia es mía.

—Yo... yo no puedo...

—¡Huye! —Se levanta.

—Amelia, por favor, déjame llevármelos a todos, te lo suplico.

—¡Huye! —grita.

Tengo que agarrarme al sillón para mantener el equilibrio y voy tambaleándome hasta la puerta; la abro y salgo desesperada por el corredor.

Todavía consigo oírla decir, a lo lejos:

—Jaque mate.

CAPÍTULO 41

Príncipe Haakon III

—... porque ahora todos saben que esa familia Lessa, en realidad, es una banda organizada, involucrada con criminales y...

No tengo tiempo de contener a Svar. Y, si lo tuviera, creo que no lo contendría.

El duque abre la puerta del estudio de una patada y va directo a por Katkins, un hombre calvo y de barriga prominente, con cara de presuntuoso y aires de hidalgo. Lo agarra por el cuello de la camisa, echa el puño tan atrás como puede y le aplasta la cara acto seguido.

—¡Dilo otra vez a mi cara, tío!

—¡Seguridad! ¡Seguridad! —El hombre empieza a sacudirse en la silla.

Todos en el estudio se quedan atónitos. Creo que es demasiada información que procesar: el príncipe en la Vox Populi, un duque moliendo a golpes a Katkins y seguimos en directo.

—Eso es. —El hombre se limpia la sangre de la boca; la cara sigue roja—. ¡Eso es lo que hacen los dictadores cuando la verdad se dice alto y claro!

—Pues cuenta tu verdad, una vez más. —Svar se prepara para un golpe que puede noquear al hombre; hasta yo me aparto.

—La verdad es que el duque y el príncipe han venido a toda prisa a apagar el fuego de la bomba que he venido a hacer estallar hoy aquí.

—¿Fuego? ¿Bomba? ¿A qué se refiere, Katkins? —dice el periodista, incómodo.

—¡A esta hora, en el Parlamento del Septentrión, se están entregando en las dos cámaras las pruebas de las que tanto he

hablado! ¡La familia real es una farsa!

—¿Qué estás diciendo? —Svar frunce el ceño—. ¿Has perdido el juicio?

—Mirad cómo fingen hasta el último minuto. —El hombre se ríe; ni siquiera parece que tenga la cara hecha un cristo—. ¡Esos estafadores tramaron en el pasado y engañaron al pueblo! ¡No tienen sangre real alguna! ¡Nunca descendieron de un Kjaerlighet!

—¡Serás...! —Ahora soy yo quien avanza.

—Su abuela no es ni nunca fue Antonia Kjaerlighet. ¡Por lo tanto, el linaje Linkalter debe ser desterrado urgentemente! ¡Por ocultar a los verdaderos herederos al trono cometieron delito de lesa majestad! ¡Y conspiraron para que el pueblo permaneciera ciego ante sus tejemanejes!

—¿De qué está hablando, Haakon? —Svar se limpia la mano en el traje.

—No lo sé, tío; ven conmigo, vamos al Parlamento. —Salgo yo primero.

Ravena Lessa

¿Sabes cuando tienes una pesadilla en la que necesitas correr para salvar tu vida, pero empiezas a tropezar y a tambalearte?

Así es exactamente como me siento ahora.

Cuando salgo del corredor, respiro hondo; me siento asfixiada. Hasta llegar a la puerta y volver a los pasillos del norte del palacio pasan minutos. Empiezo a tener taquicardia, una sensación de estómago revuelto y la cabeza dándome vueltas.

—¡Gaius! —Hago señas desesperada cuando lo veo.

—Hola... Ravena, ¿estás bien?

—¡Gaius, es urgente! ¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde está tu madre? ¡Tenemos que irnos! ¡Ahora! ¡Deprisa!

—¡Mamá! —grita Gaius—. ¡Ravena está teniendo a los bebés!

—No... no es eso... no lo entenderías... ¡tenemos que reunir a todos y salir de aquí rápido!

Lo agarro firme de la mano y tiro de él para volver a la parte central del palacio. A mitad de camino nos encontramos con Laios, que se une a la pequeña maratón, y después con la reina Melissa, que nos acompaña, aturdida.

Pasamos por delante de los cuadros de los antiguos reyes y entramos en la galería donde la Reina Madre e Irinna están tomando el té.

—¡Tenemos que irnos! ¡Rápido! —aviso.

—¿Los bebés están a punto de nacer? —Irinna se pone de pie de un salto.

La Reina Madre necesita apoyarse en el bastón para hacerlo.

—No lo entendéis... Amelia... ¡fue ella! ¡Todo el tiempo fue ella! ¡Mató a Jemima, mató a Dianna, fue a matar a Sasha! —Veo a Irinna

reaccionar cuando escucha ese nombre—. Va a tomar el poder y va a matarnos a todos... ¿dónde está Haakon? ¿Dónde está Svar?

Tengo que sentarme y beber agua; Laios me abanica con fervor.

—¡Encended la radio! —Un empleado golpea la puerta y sigue corriendo por los pasillos, avisando por todas partes.

—Tras semejante noticia bomba, estamos a la espera de las palabras del Consejo Real, que todavía no se ha pronunciado. El Parlamento, que posee dos cámaras, la de los Lores y la de los Comunes, examina en este momento todos los documentos que supuestamente probarían que el linaje de Harold Linkalter y Antonia Kjaerlighet sería falso.

—¡Usurpadores! —Oigo la voz estridente de Katkins—. ¡Dictadores! ¡Traidores a la patria! ¡Escondieron a los verdaderos herederos para esclavizar al pueblo!

—Tenemos que salir de aquí —es todo lo que consigo decir—. Por favor, señora, por favor, díganos que eso no es verdad.

Miro a la mujer más vieja de la sala con una desesperación que apenas me cabe en el cuerpo.

—Reina Madre... ¿es verdad? —Melissa se lleva la mano al pecho.

—Debéis iros a Drü inmediatamente —es todo lo que dice la mujer—. ¡Laios! ¡Pide a la policía secreta del palacio que prepare un jet, rápido! ¡Sacadlos de aquí!

—¡Habrase visto! —Irinna se muestra irritada—. ¿Ahora quieres expulsarnos del palacio de Skarsgard?

—Necia... estoy intentando salvar tu vida y la de tu hija, tus nietos y tus bisnietos...

—¡Haakon! ¡Por favor, decidme que está bien! —suplico.

—Alguien tiene que sacarla de aquí o acabará teniendo un problema cardíaco. —La reina Melissa me coge de la mano.

—No. No voy a salir de aquí. No sin Haakon. Lo necesito.

—Querida, él puede perfectamente reunirse con nosotras en Drü...

—No. No me voy sin él. ¡No me voy! —insisto.

—Voy a llamar al príncipe. —Laios saca el móvil del bolsillo y se aparta.

Irinna y la reina vienen a abanicarme.

Estoy en shock, catatónica, no consigo moverme. Siento un dolor en la barriga, un frío, una sensación como si me estuviera partiendo por la mitad.

—Está bien, querida, está a salvo. Está con su primo... —Irinna intenta calmarme.

Pero es en vano. Solo recobro la conciencia de verdad cuando la puerta se abre, casi una hora después, y veo a Haakon y a Svar.

Me levanto de inmediato y lo abrazo.

—Haakon, por favor, saca a tu madre, a tus abuelas, a todo el mundo de aquí, tenemos que irnos...

—¿Es verdad? —Él me aparta con cuidado con la mano y mira a su abuela—. Lo que están diciendo, ¿es verdad? ¡Nos están llamando usurpadores!

—Hice lo que era necesario —dice la Reina Madre, resoluta.

—¿Lo hiciste y nunca se lo contaste a ninguno de nosotros? ¿Qué pensabas? ¿Que nunca pagaríamos el precio? —Haakon la mira, incrédulo; claramente está intentando mantener el control.

La mujer se queda callada.

—Intentamos entrar en el Parlamento y no nos lo permitieron. Nos escoltaron lejos y tuve que traer al príncipe de vuelta —explica Svar.

—¿Ethan no responde? —Haakon se frota la cara con las manos.

—No responde desde anoche. —Al decirlo, Svar parece sacarlo de quicio.

—¡Maldita sea! —Haakon sale de la sala y yo lo sigo.

Pasa junto a los cuadros de los reyes como si fuera a derribarlos y yo intento seguir su rastro, pero es difícil alcanzarlo.

—¡Haakon!

No me responde, así que intento correr.

—¡Haakon! —vuelvo a gritar; nada.

Por algún milagro, esfuerzo, euforia casi animal, consigo alcanzarlo y detenerlo.

—¿Por qué me ignoras? ¿Por qué no me miras a los ojos? ¿Qué te he hecho?

—Ravena, te quiero delante de los jardines colgantes en cinco minutos; un jet o un yate te recogerán y te mantendrán a salvo...

—Haakon. —Lo sujeto por los hombros y lo presiono contra la pared—. ¡Respóndeme! ¡Mírame a los ojos! ¡Dime qué he hecho mal! ¿Por qué me tratas así?

Él respira hondo; hasta le tiembla el labio.

—Tú no has hecho nada, Ravena. Solo estoy exhausto y ahora tengo que lidiar con esto...

—Cojamos a nuestra familia y huyamos, por favor. Amelia dijo que no iría a por nosotros dos, ¡así que salgamos de aquí!

Su semblante me asusta. Al mismo tiempo que está fuera de sí, de repente se calma. Como si una luz lo hubiera alcanzado de golpe y supiera muy bien lo que debe hacer.

—Tú vas a huir; yo no. Yo soy el rey... era el rey... ellos son mi familia y debo quedarme para protegerlos.

—¿Yo no soy tu familia?

—Tú, más que nadie, eres mi familia. Tú eres mi familia, mi reino, mi patria, el motivo por el que debo luchar. Así que obedéceme, Ravena, y ve a los jardines a esperar el rescate. Es una orden.

—Ellos también son mi familia. —Levanto las cejas—. Tú eres todo lo que tengo, Haakon. Si tú no vas a huir, yo tampoco.

—Ravena, escucha lo que estás diciendo...

—¡Escucha tú lo que estás diciendo! —Es mi turno de alterarme.

Creo que todo el mundo ha tenido su oportunidad. Y ahora ha llegado la mía.

—¡Yo hice un juramento! ¡Prometí ser la mujer que necesitabas! ¡Me convertí en una mujer del norte! No puedo echarme atrás. Si tú te quedas... yo me quedo...

—Ravena, nuestros hijos... —Pone las manos en mi barriga.

—Ellos tampoco van a abandonarte. Sé que quedarse a tu lado sería la decisión que tomarían, si pudieran. Y sé que es lo que quieren. Porque, si no vas a huir conmigo, cada parte de mí me dice que debo quedarme a tu lado, porque mi lugar está contigo...

No consigo terminar de hablar. Me calla un beso que me levanta del suelo.

Haakon me sujeta la cara con las dos manos y me besa intensamente; me saca de donde estoy, toma mi cuerpo y me deja sin fuerzas, sin saber cómo reaccionar más allá de devolverle el calor de sus labios.

—En la riqueza y en la pobreza, ¿recuerdas? En la salud y en la enfermedad. Y que nada ose separarnos.

—Nada va a separarnos —asegura, y me besa el dorso de la mano—. Huye —pide una última vez.

—Si tú vas a quedarte a luchar... no tengo opción... lo siento, Haakon. Pasar un día más contigo es mejor que pasar mil días en cualquier otro lugar. Prefiero quedarme aquí, a tu lado, antes que vivir con la angustia de haberme alejado cuando más me necesitabas.

De nuevo me toma un beso. Siento la sal de sus lágrimas bajando por nuestros rostros pegados; sus labios sueltan un aire

cálido y sus manos me acarician el pelo con fuerza, casi tirando de él.

—Te amo más que a nada en esta vida. —Sella nuestros labios —. Lo siento, Ravena. Siento de verdad que todo tenga que acabar así...

—Sé que lo único correcto es estar a tu lado. Voy a ser tu reina, Haakon. En el reino, en el exilio, en la vida o en la muerte. Sin ti yo...

Mis palabras se ven interrumpidas.

Quise, de verdad quise que fuera un beso, pero no.

Son aplausos.

Aplausos lentos, que resuenan por el lugar.

Aparto el rostro de Haakon y veo a un hombre alto, vestido todo de negro, con la mirada cansada y, aun así, decidida.

—Os merecéis el uno al otro. —Gustavo termina de aplaudir—. Y es precioso oír esas palabras... estoy ansioso por ver qué tienes que decir, Ravena, cuando lo mate.

Haakon se pone inmediatamente delante de mí y encara al hombre.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Creo que necesitas mejorar tu seguridad... o revisar quién crees que te es leal... —Gustavo se pasa la lengua por los labios—. Ven a por mí, bastardito de mierda. —Y sale corriendo.

Príncipe Haakon III

[!] Escenas de acción y violencia.

Ignoro el grito de Ravena a mi espalda y echo a correr tras Gustavo, listo para derribarlo.

Va dejando un caos a su paso: derriba vitrinas, sillas, cómodas, lo saca todo de su sitio para entorpecerme el camino. Aun así, salto, esquivo, sigo firme en la misión de matarlo con mis propias manos.

—Voy a tener mi felices para siempre con ella —me grita, jadeando—. Después de vaciar ese cuerpo inmundo tuyo de la sangre nada real que tiene.

—¡Ven aquí, desgraciado, enfréntate a mí como un hombre!

Puede que Gustavo esté menos exhausto que yo, pero no conoce tan bien este lugar. Acaba metiéndose en un callejón sin salida y, cuando se da media vuelta, le doy una patada en el pecho, como hice en nuestro primer encuentro.

—¡Estás acabado! —Cierro el puño y le acierto de lleno en la nariz.

Gustavo escupe sangre y se ríe con los dientes manchados. Me escupe a la cara y con eso pierdo temporalmente la visión de un ojo; al intentar limpiarme el rostro, siento los varios golpes que me asesta en los pómulos.

—¡Muere, hijo de puta, muere! —grita.

Consigo sujetarle el puño antes del quinto golpe. Le retuerzo la mano muy despacio, hasta oír un chasquido.

Suelta un alarido; aun así, me acierta en las costillas.

Nos quedamos los dos retorciéndonos en el suelo un momento, tomando aire. Con la visión recuperada, empiezo a apartarme cuando él se saca de la cintura un machete. Se levanta, tambaleándose, e intenta rasgar el aire en mi dirección.

—¡Voy a cortarte en pedazos y a dárselos a tus perros reales para que se coman cada parte, pedazo de mierda!

Esquivo la hoja y sigo retrocediendo; volvemos al centro del cruce que lleva a otros tres caminos. Tres pasos atrás después, arranco de la pared un escudo de acero y avanzo contra él.

El tintineo de la hoja contra el acero resuena de forma aguda; lo empujo con todas mis fuerzas y él intenta mantener el equilibrio; oigo el ruido del cuchillo chirriar contra el escudo, como cuando alguien araña una pizarra de manera estridente.

—¡Voy a matarte! —grita.

Le pateo el pie y siento que ahora puedo empujarlo hasta la pared. Voy con todo, de una sola vez, en un golpe fatal.

Gustavo suelta el machete en el suelo y se sacude cuando su espalda choca contra la pared. Bajo el escudo y le doy un puñetazo en la nariz, una, dos, tres veces.

Cuando intenta darme un cabezazo, levanto el escudo y dejo que se estrelle contra el metal. Presiono su rostro ensangrentado contra la pared y lo empujo con violencia para romperle el cráneo. A la segunda, siento una sensación extraña en la cabeza. Me alcanza un golpe; no consigo ver quién lo ha dado.

Mis manos sueltan el escudo.

Mi visión se vuelve borrosa.

Todavía consigo oír.

—¡Dame el machete! ¡Vamos a matarlo, aquí y ahora!

—¡No! —gruñe la voz femenina—. ¿Te has vuelto loco? ¿Por qué has actuado ahora? ¡Aquí estamos en inferioridad numérica! ¡Teníamos que esperar!

—¡Es nuestra oportunidad!

Y todo se apaga.

Ravena Lessa

No me permitieron saber nada ni ver a Haakon, temerosos de que pudiera desmayarme o, como dijeron, tener a los bebés allí mismo.

Todo lo que me dijeron es que lo llevaron al ala norte para recibir cuidados médicos; a su primo y a Laios les dieron armas para vigilar y asegurarse de que no ocurriera nada extraño.

—Si te sirve de consuelo, me gustaste desde el primer momento en que te vi, en aquel vídeo —dice la Reina Madre Antonia. Si es que realmente era una reina y si su nombre era ese o cualquier otro.

—No. No me consuela —suspiro, y me quedo mirando la ventana.

El cielo empieza a deshacerse en tonos cálidos y toda la familia real está dentro de la galería principal del palacio; todavía no he entendido si encerrados o refugiados.

—Ella me obligó a votar contra vosotros, pero supe desde el momento en que te vi que tú habías nacido para mi nieto y que él nació para ti —asegura Antonia.

—Pues actuó muy bien —refunfuño.

—Era eso... o revelaría mi identidad... y todo se echaría a perder... —lamenta la mujer—. Harold sabía que yo no era Antonia. Aun así, cuando me vio, me miró como Haakon te miró a ti. Como si esta mentirijilla de nada pudiera ser lo bastante fuerte, más fuerte que la sangre, más fuerte que un linaje... lo siento mucho.

No tengo palabras para responder.

—Yo te envidié por ser tan libre, por no tener secretos y poder hacer lo que quisieras, sin miedo a ser feliz... —Empieza a juguetear con el collar de perlas—. Sin ninguna duda, serías la reina más

grande que el Septentrión ha visto jamás... —Me da unas palmaditas en la mano.

—El jet se está yendo. —Gaius asoma la cabeza por la ventana.

—No vamos a huir, hijo. No podemos huir. Ya no.

—Mamá, ¿qué va a pasar con nosotros? —pregunta el pequeño.

Los ojos de la madre brillan y ella hace un gesto deshilvanado; no tiene valor para decirlo. Empieza a llorar en silencio y abraza al niño.

—El Parlamento ha llegado a una conclusión... —Irinna sube el volumen de la televisión.

El hombre que lo dice es el líder de la Cámara de los Lores, rubio y melenudo, al que vi en el baile y en Drü. No parece muy consternado; en realidad, tiene cara de burócrata.

—Las evidencias enviadas al Parlamento han resultado ser verdaderas. El linaje Linkalter-Kjaerlighet debe ser ignorado, pues carece de legitimidad.

—¿Cuáles son los próximos pasos, entonces? —pregunta el reportero.

—El verdadero o la verdadera heredera se presentará y tomará el trono. La usurpadora que robó la identidad de Antonia Kjaerlighet debe ser castigada por el delito de lesa majestad, y sus descendientes deben ser entregados al Estado para esperar el juicio y el castigo que el Parlamento decida.

—¿Cuál es la posición del regente?

—El regente cree que deberíamos ir con calma y examinar con cuidado todas las pruebas, pero el Parlamento, en un grupo de trabajo extraordinario, junto con las autoridades competentes, ha comprobado que no existe ascendencia en el linaje Linkalter-Kjaerlighet y que, por lo tanto, más de setenta y cinco años de monarquía, con sus leyes, edictos y promulgaciones, deben ser revisados.

—¿Cómo ha reaccionado el ejército a esto, señor?

—El ejército existe para garantizar la soberanía del Septentrión. Y, en este momento, la familia que usurpó el poder y escondió a los verdaderos herederos no debe recibir la piedad del ejército. Será enviado al palacio de Skarsgard; los desertores deben ser capturados y el orden debe restablecerse —dice con firmeza el líder de la Cámara de los Lores—. ¡Confiad en las instituciones! Nosotros, vuestros muy humildes servidores, lo mantendremos todo funcionando perfectamente mientras resolvemos esto.

—Muy bien, devolvemos la conexión al estudio —dice el hombre.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—Significa, querida, que vienen hacia aquí —dice la Reina Madre en un suspiro.

—Vienen hacia aquí y no tendrán piedad de nosotros —completa Irinna.

CAPÍTULO 42

Príncipe Haakon III

Despierto jadeando de un sueño. Siento el cuerpo empapado en sudor; la cabeza parece palpitar, a punto de estallar. Paso junto a Svar y Laios, que duermen en sus respectivos sillones, y salgo tambaleándome de la habitación hospitalaria.

La fiebre parece que va a hacer que mi cuerpo entre en convulsiones; se me nubla la vista y, en un parpadeo, parece que he recorrido la mitad del palacio, cuando solo he dado un paso.

¿O será que estoy caminando demasiado y procesando demasiado poco?

Mi cuerpo choca contra las paredes; me encuentro muebles y plantas por el camino, pero mantengo el ritmo, como si tirara de mí una cuerda o un imán.

Cuando me doy cuenta, estoy parado ante el corredor ancho donde están dispuestos los cuadros de los reyes. Aun sin moverme del sitio, tengo la sensación de estar en un barco, en la popa, en alta mar. Sacudiéndome, siguiendo la marejada, todo en movimiento.

—¿Estáis contentos?

No estoy seguro de haber hablado en voz alta. El sonido de mi propia voz resuena en mi cabeza, como si estuviera hueca.

—¿Estáis contentos? —repito, asegurándome de decirlo alto esta vez—. Era esto lo que queríais, ¿no?

Me tambaleo hasta el cuadro de mi padre, el que está en el extremo del corredor, casi frente al gabinete real.

—¿Fue por esto por lo que me obligaste a volver, papá? —Esbozo una sonrisa de escarnio. Hasta me parece ver mi propia cara

al hacerlo—. ¿Querías humillarme? ¿Era tu último acto? ¿Acabar con el resto de dignidad que me quedaba?

Lo miro fijamente, de brazos cruzados, esperando la respuesta.

¿Me he vuelto loco? ¿Es eso? ¿He perdido completamente el juicio?

En un destello de sensatez, me doy cuenta de lo febril que estoy. Estoy delirando. Tengo que volver a la habitación.

Doy media vuelta y salgo tambaleándome por el corredor, de regreso a la habitación.

En el passado

—Siéntate aquí, Haakon, me gustaría contarte algo. —Mi padre señala el banco junto a su mesa.

Vuelve a sumergirse en una pila de papeles y me mira de vez en cuando, solo para asegurarse de que sigo donde me senté.

—¿Estás muy ansioso por el día de hoy?

Asiento con la cabeza, insistente.

—Es tu cumpleaños... estás creciendo... cada vez eres más inteligente. ¿Debería tu padre contarte una historia?

—¡Cuéntame una historia, papá! —Me agarro a la mesa con las manos; los ojos se me agrandan de expectación.

Siempre me encantó escuchar las historias de mi padre, sobre todo las que representaban nuestra cultura del norte.

—No se la contarás a nadie, ¿verdad? —se divierte—. Mi padre me decía una cosa cuando yo era pequeño...

—¡¿Qué?!

—Que, antes de nacer, nos encontramos personalmente con Dios.

Hago una mueca y empiezo a mirar la sala con inquietud.

—Y, al encontrarnos, Dios pregunta: hijo mío, ¿qué te gustaría realizar cuando estés en la tierra? —Ahueca la voz para «imitar» a Dios—. Puedes elegir tu gran obra, aquello por lo que quieres ser recordado, lo que dejarás de herencia a los que vengan después de ti.

—Mmm —pienso un poco.

—Y entonces cada persona le dice a Dios lo que desea.

—¿Qué aspecto tiene Dios, papá?

—Lo olvidamos al nacer, hijo —asegura.

—Mmm —vuelvo a pensar.

—Algunos antiguos dicen que Dios se parece a la persona que más amemos en la vida... pero esas ya son leyendas de los viejos...

Me encojo de hombros.

—Y, cuando le decimos a Dios lo que queremos, él responde: bien, si ese es el deseo puro de tu corazón, hijo mío, deberás nacer en tal lugar, en tal fecha, a tal hora. Solo así podrás realizar lo que tu espíritu más desea.

—¿Por qué?

—Porque los destinos extraordinarios exigen caminos difíciles. Cuanto más simple es lo que quieres, menos dificultades tienes. Y cuanto más grande es lo que tu corazón desea, más contratiempos tendrás en la vida —esboza una sonrisa alentadora—, pero al final... Dios garantiza que tendrás todas las herramientas que necesites... si naces en el lugar, la fecha y la hora correctos.

—¿Crees que nací en el lugar, la fecha y la hora correctos, papá?

Me observa con detenimiento. Me toca con los dedos y empieza a hacerme cosquillas.

—Feliz cumpleaños... —murmura.

Actualmente

—Tsk, tsk...

El chasquido de lengua me hace perder el equilibrio; tengo que agarrarme a un reloj de pie. Vuelvo el rostro despacio; parece que la tierra entera ha girado demasiado rápido.

—Tsk, tsk —repite.

—¿Tsk, tsk? —imito.

—Mírate. —Reconozco la voz de mi abuelo, Harold.

Me tambaleo, pero apresuro el paso. Cruzo el corredor en cuestión de segundos, solo para señalarlo con el dedo a la cara; a la pintura, en este caso.

—¿Que me mire yo? ¡Mírate tú! ¡Mira en qué situación nos has puesto! —reclamo.

Agarro los bordes del cuadro e intento arrancarlo de la pared, pero no lo consigo, por suerte para él.

—¿De verdad no has aprendido nada? —Es la voz de mi padre.

Es fantasmagórica, trémula; parece que vaga y se disuelve en el aire. El rostro de la pintura se mueve como una película con el soporte dañado, congelándose, avanzando fotograma a fotograma y no como vídeo.

—¿Y qué debía haber aprendido? —Levanto las manos y sacudo la cabeza.

Eso me desequilibra. El dolor me atraviesa de golpe. Siento que voy a caer al suelo.

Lentamente, los demás cuadros van cobrando la misma forma.

El rey Perkins se despereza de su sueño de más de mil años, Ovidio saca el farol que tiene detrás para iluminar el corredor, Odar intenta silenciar a sus caballos, porque estamos en plena noche.

—¿Qué debía haber aprendido yo? —rujo como un león.

Todos detienen de inmediato lo que están haciendo y me miran.

—Hijo mío, desde temprano intenté inculcarte la verdad profunda. Que es: cuando decides vivir tu destino, tu destino decide vivirte a ti. Cuando quitas los obstáculos que te impiden ser quien eres, tu destino quita los obstáculos que impiden que lo alcances.

—Qué bonitas palabras —aplaudo lentamente—. Madre mía, preciosas, ¡papá!

—Los reyes antiguos. —La voz de Meredith Kjaerlighet me hace volver el rostro hacia su cuadro—. Los ancestros, los que vinieron antes que tú, no murieron, muchacho. Viven en ti. Y, si te muestras digno, es decir, si sigues tu corazón, ellos te prestarán sus virtudes, sus dones, coraje, fuerza, poder...

Uno a uno asienten. Unos con muecas, otros con gritos de guerra; creo que Ovidio ha vuelto a dormirse.

—Pídeselo a ellos, Haakon —dice mi padre.

—¿Pedir? ¿Pedir qué? ¿No lo sabías? Pues te voy a dar la noticia, papá... soy un príncipe ilegítimo. Peor que un bastardo. ¡No tengo ningún vínculo con los reyes del pasado!

Al decirlo, es como si hubiera garabateado cada pintura o amenazado con rasgar los lienzos con un cuchillo o unas tijeras. Todos me miran como si eso fuera un disparate.

—¡No escuches las voces que intentan derribarte! —ruge Odar —. ¡Escucha a los antiguos!

—Nuestro reino es tu reino. Y tu reino es nuestro reino —me recuerda Meredith—. Nosotros somos uno contigo. Y tú eres uno con nosotros.

—Pide —murmura mi padre—. ¡Pide!

—Vosotros solo existís en mi cabeza. —Agacho el rostro.

—Y por eso eres el rey.

Esa voz me hace temblar.

Veo a mi bisabuelo, un hombre que ciertamente no está entre los cuadros de los reyes, porque nunca lo fue. Pero está a algunos

corredores de distancia, por haber sido un gran general. Haakon Iovius Erick Harry II.

—Eres el rey, porque ahora vivimos en ti. Necios son los que creen que para ser rey basta con declararse rey o ponerse una corona en la cabeza... —Sonríe; sus dos manos me sujetan la cara —. Para ser rey hay que comportarse como uno. Y tú, muchacho, eres el rey.

—Díselo al Parlamento.

—Díselo tú —desafía—. Igual que ellos lucharon para construir este reino —recorre el lugar con la mirada junto a mí—, lucharán para que el reino y el rey sigan en pie.

Me dan ganas de reír. Pero lloro.

—¿Luchar? ¿Un ejército de fantasmas?

—¡Luchar! Dentro de ti. —Me toca el pecho.

—Juré protegerla. —Siento las lágrimas resbalar por mi rostro —. Le fallé. —Me refiero a Ravena.

Su respuesta es una sonrisa sincera. Se acerca a mi rostro y llega hasta mis oídos. Susurra algo que hace que se me dilaten las pupilas.

*

Despierto.

Es de mañana. Laios y Svar intentan impedirme que me levante.

—¡Su cabeza, Majestad, no haga movimientos bruscos! —Laios intenta retenerme en la cama.

Ni él ni Svar juntos son capaces de detenerme. Me levanto, imponiéndome a los dos, y miro la ventana, que reluce con la luz del sol. No me duelen los ojos, mi cabeza nunca ha estado en tan perfecto estado, mi cuerpo parece haberse renovado.

No siento fiebre, mi vista está perfecta y estoy decidido.

—Haks... —Svar me mira como si viera algo en mí.

—¿Qué pasa?

—¿Estás bien?

—Nunca he estado mejor. —Aparto la manta y piso firme en el suelo.

Ravena Lessa

La puerta de entrada de la galería está cerrada con llave, o sea, creo que somos prisioneros. Sin embargo, esta galería da paso a infinidad de lugares del palacio, así que no me sorprende ver entrar a Ivone, la hija de Irinna Iranovichk, y a Ítalo.

Los he visto a los dos en varias ocasiones, pero una especial fue en Drü, cuando intentaban convencer a los líderes del parlamento de que votaran a favor de la boda.

—Voy a entregarme —dice la reina madre, tras un silencio que nos ensordeció—. No me miréis así. No tenéis por qué pagar por mi error.

—Querida, tómate las vitaminas y deja las drogas. —Irinna pone mala cara—. Es más, si tienes drogas, compártelas, sé amable.

—Yo he causado todo esto. Yo voy a ponerle fin.

—No —digo con firmeza—. Somos una familia. Somos uno solo. No puedo permitir que cometa semejante error.

—¿Que no puede permitirlo? —La mujer arquea una ceja—. ¿Y usted quién es...?

—La reina actual. —Me pongo en pie—. Hasta la hora de mi muerte.

Estoy tan inquieta que me acerco a las ventanas y veo que ahí fuera el mundo sigue su curso: los jardineros cuidan la forma de los arbustos, hay más guardias de seguridad que de costumbre y, por lo que parece, los aviones que sobrevuelan a lo lejos, viniendo en nuestra dirección, no son de periodistas ávidos de más cotilleos.

Recorro el interior de la galería, voy de puerta en puerta y no encuentro a Irinna. Tengo que seguir adelante; paso junto a un cuadro que estaba torcido y me topo con la sala de armaduras.

Irinna está delante de un martillo que ocupa un lugar destacado en la sala. Parpadeo; al principio hasta pienso que es algo

que recuerda a Thor, pero este martillo es más largo y, a todas luces, muy pesado. Debe de tener la altura de mi torso.

—¿Irinna? —la llamo.

La mujer no abre los ojos. Sigue con las manos sobre el arma. Parece que está rezando.

Espero unos minutos, hasta que puede atenderme.

—¿Querida?

—¿Estaba rezando?

—Estaba hablando con mi padre. —Mira fijamente el martillo como si tuviera conciencia—. Te va a parecer una tontería... —se ríe —, pero siempre he creído que los objetos conservan la esencia de sus dueños.

—Yo no juzgo, Irinna.

Freud llega corriendo, desesperado, y entrega un informe médico: que alguien traiga un diazepam. Por cierto, que traigan dos de una vez.

Estoy necesitadísima.

—Usted siempre es la más tranquila de todos nosotros y parece nerviosa. ¿Hay algo que deba saber?

—Amélia se ha presentado ante el parlamento como heredera al trono —responde.

—Ah. —Entreabro los labios.

—Ha ordenado que la policía secreta del palacio nos capture de inmediato. Y, previendo que no vamos a salir, ha convocado al ejército.

—¿Tan amenazadores somos? —Arqueo una ceja.

—Querida, no hay nada más peligroso que una idea... —Me pone las manos en el vientre—. No hay nada más peligroso que la esperanza...

—¡Pero si fue ella quien nos dio la idea de que Haakon y yo huyéramos!

—Y si huyerais, le demostraríais al pueblo que preferís salvaros antes que afrontar la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, Irinna? —digo ansiosa.

—Lo descubriremos, querida. La verdad se ausenta, pero siempre acaba apareciendo.

Príncipe Haakon III

[!] Escenas de lucha, violencia y guerra. Se incluye esta advertencia porque puede tratarse de contenido sensible para algunas personas.

Svar da un paso atrás cuando me mira.

—Esto... —Renuncia a lo que iba a decir, parpadea—. Esto es una locura...

Me contemplo en el espejo del gabinete.

Por encima del chaleco antibalas, unas correas de cuero se cruzan sobre mi pecho, sujetando las hombreras hechas del acero más resistente de nuestras tierras. Descuelgo de la pared el escudo que perteneció a mi abuelo Harold y tomo posesión del martillo que perteneció al ancestro que lleva mi nombre.

—Ravena está ahí al lado, ¿no? —Señala el cuadro que cubre el pasadizo secreto—. ¿No quieres hablar con ella?

Cuando doy un paso en esa dirección, Laios entra eufórico.

—¡Ha llegado, señor! ¡El regente está aquí!

Cambio de rumbo. Doy media vuelta y avanzo despacio.

—¿Te has vuelto loco? ¿No vas a llevar una pistola? ¿No vas a llevar una metralleta? ¡Estamos en el puto siglo XXI, no puedes ir por ahí como un guerrero vikingo del pasado!

—Cógelas tú —digo.

—¡Pues entonces por lo menos espérame! —Svar, que ya llevaba puesto su chaleco antibalas, corre hacia un pasillo dentro de la sala.

Camino por el palacio con los hombros firmes, el pecho henchido, la mirada altiva. Al llegar al vestíbulo de entrada veo a

Stephan parado, atónito.

—Lo he intentado, te juro que lo he intentado, he hecho de todo para detenerlos, ¡pero no me han escuchado!

—Traidor —gruño—. ¡Coge tu espada, ponte tu armadura y ven a enfrentarte a mí!

—Haakon... no tiene por qué acabar así...

—No hay otra forma de que acabe, Stephan.

Le pido a Laios que consiga un chaleco para él también, mientras Stephan, sin dudarlo, elige la espada de su padre y se pone un casco vikingo en la cabeza.

—Sí. Intenté frustrar tus planes... intenté hacerte estallar por dentro... pero yo no estoy detrás de esto... —trata de explicarse.

—Me dan igual tus palabras, Stephan —sonrío—, no fuiste capaz de impedir todo esto, teniendo el poder en tus manos. ¿Te estás divirtiendo con esto?

—¿Divirtiéndome? —Empieza a hacer girar la espada entre los dedos—. A mí también me han engañado, Haakon.

—Pues entonces pagarás por eso también.

Le permito ser el primero en avanzar; haciendo girar la espada entre los dedos, da un salto y apunta la hoja a mi cuello. El escudo no solo se lo impide, sino que lo empuja hacia atrás.

—Se han vuelto locos. Eso es lo que pasa —dice Svar, detrás de mí.

Lleva dos revólveres en el pantalón y la espada en las manos.

—Han perdido el juicio... —le explica a Laios.

—¿Esto te ha tocado el ego, Haakon? —me provoca Stephan—. Te has pasado la vida entera diciendo que soy un bastardo y que no tenía derecho a nada. ¿A qué sabe, eh? —Corta el aire en mi dirección.

De un martillazo certero le arranco la espada de las manos.

Él aprieta el puño, rechinando los dientes.

Suelto el martillo a un lado, también el escudo. Me abalanzo sobre él para derribarlo al suelo y eso es lo que hago. Le doy el primer golpe en la cara, solo para asegurarme de que no es una alucinación; le doy el segundo por haberme comparado consigo mismo.

—¡Yo no soy un bastardo!

—¡Tampoco eres el rey legítimo! —Él no se queda corto: me da un puñetazo en el lateral de la cara que me deja sordo.

Tomamos distancia, el zumbido en mi oído crece y, como dos animales que luchan por su territorio, nos abalanzamos el uno contra el otro, dispuestos a morir.

—¡Yo quería quitártela! Iba a conquistarla, iba a hacer que se enamorara de mí —dice entre los puñetazos que le doy—. Pero ella te quiere. De verdad. Y por muy despreciable que me parezcas, he aprendido a respetar a esa mujer.

Tras acabar de hablar y encajar los golpes, Stephan me planta las dos botas en el cuerpo y me lanza lejos de una patada. Viene con el puño cerrado, listo para dejarme fuera de combate, cuando un disparo parece rozarle el hombro.

Él mira hacia lo alto de la escalera, Svar se aparta del camino, yo veo los hilillos de sangre cayendo al suelo.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Él. —Stephan señala a Gustavo en lo alto de la escalera.

—¡Morid! ¡Animales inmundos!

Gustavo descarga sus balas contra nosotros. Ruedo por el suelo y Stephan me sigue, hasta que levanto el escudo del suelo y me pongo detrás de él; Stephan se tumba junto a mi pierna.

—Nueve disparos —murmura Stephan.

Diez con el que golpea el escudo. Once con el que da en la pared. Doce y trece los que impactan en el escudo, sin ninguna señal de que vayan a atravesarlo.

—¡Vamos, animales! ¡Luchad!

Svar lo sorprende disparando contra él. Gustavo responde de inmediato: falla un disparo y suelta dos más en dirección a Svar, que rueda por el suelo. Se me revuelve el estómago solo de imaginar a mi primo alcanzado por las balas.

—Dieciséis disparos. —Stephan me mira.

Levanto la cara y veo a Gustavo apuntándome con la pistola. Oigo desde aquí cómo aprieta el gatillo y ya no sale nada.

Camino con calma hasta mi martillo; Stephan va a por su espada.

—¿Crees que estoy loco por elegir un martillo y no una pistola? —Miro a Svar mientras camino hacia la escalinata—. A su arma se le acaba la munición. Yo soy la munición del martillo y estoy más motivado que nunca.

—Vamos a matarlo primero y luego resolvemos nuestras diferencias. —Stephan me tiende la mano.

—Como debe ser. —Se la estrecho.

Antes de salir, veo a Svar y a Laios caminando de espaldas hasta pegar sus cuerpos. Los acorralan por todos los flancos unos hombres enmascarados que han surgido por las entradas laterales del vestíbulo.

—¡Ve! —Svar me indica que siga mi camino.

Gustavo sale disparado. Parece Hansel y Gretel, los de aquel cuento de hadas, solo que en lugar de migas de pan va dejando la munición de su pistola.

Debe de estar tan loco, desquiciado y fuera de sí que se ha creído el todopoderoso por tener un arma en la mano.

Pobrecillo.

Entonces no tiene ni idea de lo que se siente al tener un martillo.

Mientras corre y manipula insistentemente la pistola, Stephan lanza el escudo con todas sus fuerzas y este le golpea en las

piernas, casi en los pies del idiota. Tropieza, se tambalea un poco y luego se gira con ímpetu.

La suerte que tenemos es que, en el momento en que nos apunta con la pistola y aprieta el gatillo, no sale nada.

Empujo a Stephan hacia la izquierda y me agacho. El segundo disparo revienta un jarrón chino.

—Nos toca correr a nosotros —aviso.

Consigo girar el pomo y lanzarme dentro de la sala de trofeos; Stephan entra en la sala de más adelante. ¿A quién persigue Gustavo?

A mí, claro está.

Oigo sus pasos, incluso veo su sombra cuando entra atropelladamente por la puerta y avanza unos pasos. Apenas tomo distancia con el martillo; aun así, lo descargo con la fuerza necesaria para arrancarle un sonido hueco y hacerlo caer al suelo.

De inmediato alzo el escudo ante mi cuerpo y me agacho.

Él dispara dos, tres, cuatro veces. La distancia entre la pistola y mi protección empieza a hacerme dudar de si algún proyectil va a atravesarla o de por qué no está rebotando contra él.

—Aaaah —brama; oigo el sonido del arma golpeando el suelo.

Lanzo el escudo por encima cuando intenta arrastrarse y veo una herida en su pierna. Por lo visto, sí que rebotó.

Es mi oportunidad.

Termino el trabajo que había empezado el día anterior: le machaco la boca a puñetazos hasta ver que todos los dientes nuevos ceden espacio para dejar bien a la vista las encías. También encajo algunos golpes, pero tengo la ventaja de no haber sido alcanzado en la pierna por mi propia arma.

—Ella es mía —brama.

—Si te refieres a la muerte, amigo, es toda tuya —concedo.

Junto las dos manos en su cuello y lo aprieto contra el suelo con todo el peso de mi cuerpo hasta sentir que estoy a punto de rompérselo. Saco un puñal de la cintura y lo empujo contra su cara; Gustavo intenta sujetarme con todas sus fuerzas.

Aun así, consigo bajar la hoja y cortarle un trozo de oreja. El grito que suelta casi me revienta los tímpanos. Me mantengo concentrado y presiono la hoja contra su boca, rasgándole los labios y las encías.

A Gustavo lo salva un peso que siento sobre mi cuerpo, pero que enseguida desaparece.

Miro de reojo y veo a un miembro de la policía secreta del palacio tumbado en el suelo, debatiéndose contra Stephan, que lo deja fuera de combate con tres puñetazos certeros.

—¡Están aquí! ¡Por todas partes! —avisa.

Me levanto, convencido de que Gustavo está sin fuerzas y no hará nada en los próximos segundos, pero el error me derrota.

—¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí! —Stephan tira de mí.

Recojo el martillo del suelo y me lanzo a por el escudo para impedir que Gustavo coja la pistola. Solo entonces me doy cuenta de que llevaba otra en la cintura, pero por lo visto se le había enganchado y no conseguía sacarla. Parece que ahora lo ha logrado.

—¡Vete al infierno, hijo de puta! —Me apunta.

Y dispara hasta agotar las balas del cargador.

CAPÍTULO 43

Ravena Lessa

—He oído disparos. —Me quedo sin aliento—. ¡Muchos disparos! —Necesito sentarme.

Los empleados que se quedaron encerrados con nosotros se tiran al suelo, angustiados. Los Iranovichk permanecen sentados en los sillones, como si esta fuera solo otra tarde cualquiera —salvo Gaius, que está inquieto y aferrado a su madre.

—La nueva policía secreta ha tomado el palacio. —Oigo una voz masculina.

Veo aparecer por un pasadizo a los primos gemelos de Haakon. Ambos vestidos con ropa antibalas, como si fuera un uniforme de los SWAT.

—¿La nueva policía secreta? —La reina Melissa arquea una ceja.

—Sí. Buena parte de los miembros de la antigua han desertado; no aceptaron las órdenes del parlamento ni de la nueva soberana —explica Bjorn.

—¿Órdenes del parlamento? ¿Nueva soberana? —La reina madre estira el cuello.

—Ah, ¿no estáis siguiendo las noticias? Han mandado al ejército. Dicen que somos desertores, usurpadores y un peligro para el pueblo. Van a venir a abatirnos.

—Mamá. —Gaius abraza a su madre.

—La buena noticia... —Ragnar deja el hueco.

Veo a más de una docena de hombres atravesar la estancia, todos armados y vestidos con una indumentaria parecida a la de los

gemelos.

—... es que hay gente dispuesta a luchar por el rey. Y por la reina —completa Bjorn lo que su hermano iba a decir—. Ahora vamos a salvar al rey. —Le da una palmada en el pecho a su hermano.

Príncipe Haakon III

El cuerpo de Stephan, que se interpuso ante el mío tras el segundo disparo, se tambalea hacia atrás con cada tiro. Sostengo su peso con mis brazos y lo tiendo lentamente en el suelo; escupe sangre y tose mucho.

—¡Svar! —grito.

Mi primo, que aleja el arma de Gustavo de una patada y le planta un pisotón en la cara, me aparta de encima de Stephan.

—¡Tenemos que irnos! ¡Vienen hacia aquí! —Svar tira de mí.

—¡No podemos dejarlo! Ayúdame a cargarlo. —Paso las manos por debajo de las axilas de Stephan.

—Haakon —murmura él, débil.

—No digas nada. Vamos a llevarte al hospital —hablo con la respiración pesada.

—Mi rey. —Sus manos temblorosas se aferran a los lados de mi cara—. ¡Vete!

—¡No voy a dejarte aquí! —insisto.

—Ella te necesita más que yo. Larga vida... —tose— ¡al rey!

—¡Tenemos que irnos! —Svar y Laios me arrastran fuera de la sala.

El pasillo con los cuadros de las reinas es acribillado a balazos por todos los flancos. Detrás de nosotros y delante. Dos equipos con indumentarias distintas alzan sus armas y empiezan a disparar; a nosotros tres solo nos queda agacharnos y rodar por el suelo hasta alcanzar otra puerta y cerrarla.

—¿Los dos bandos quieren matarnos? —Toso y me acerco a un candelabro, tiro de él y abro un pasadizo.

—Tus primos... idiotas... —refunfuña Svar.

Corremos por la oscuridad hasta llegar a la galería donde está la familia. Se me hiela el estómago al ver a tanta gente armada por allí, pero enseguida me doy cuenta de que llevan estampado en la espalda y el pecho el símbolo de los Iranovichk.

—¡Ravena!

—¡Haakon!

No sé si es ella quien se lanza a mis brazos o soy yo quien se lanza a los suyos. La mantengo dentro de mi abrazo hasta sentir que la sangre vuelve a circular por mi cuerpo.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

—Estamos todos bien —me asegura, y me besa.

De repente, todos levantan la cara y miran hacia arriba. Escuchamos, no sé de dónde, el sonido grave y retumbante de una trompeta de guerra. Suena cuatro veces de forma prolongada.

—¿Qué es eso? —Ravena me coge de la mano.

—Es una convocatoria. —Irinna se pone en pie.

—¿Una convocatoria para qué? —pregunta.

—¡Para que luchen!

Cinco personas entran en la estancia: mis dos primos, Bjorn y Ragnar Iranovichk, por el pasillo del oeste, y Raphael Saavedra, Ayslan Linkalter y Patrícia Sanches por el pasillo sur.

—¡Para que luchen por el rey! —Ayslan alza la trompeta, que parece hecha del cuerno de un animal gigantesco, la saca por la ventana y sopla.

Hasta los tímpanos tiemblan. Los pájaros de los árboles, las colinas y los prados se agitan.

—¿Qué hacéis aquí? —Frunzo el ceño—. ¿Os habéis vuelto locos? ¡Habéis venido a una guerra!

—Y hemos venido preparados. —Raphael me muestra su rifle de francotirador—. Servir en el Ejército de Israel tenía que servir de algo...

—¡Y encima habéis traído a una mujer embarazada! —Me doy una palmada en la cara y señalo a Patrícia.

—Soy yo la que ha venido a luchar. —Ella muestra las dos pistolas de su cintura—. Él es médico, no sabe ni disparar; yo soy comisaria de la policía federal, mi amor, mi trabajo es cruzarles la cara a los delincuentes —se burla de Ayslan.

—Lo que ella quiere decir... —Ayslan da un paso al frente y suspira hondo— es que soy hijo de esta tierra. Y ese bebé también. Si mi pueblo no es libre, nosotros no seremos libres. Abdiqué del trono, pero no de las obligaciones que tengo con mi rey. Por eso ofrezco mis servicios, ya sea para luchar, ya sea para ejercer como médico.

—Estupendo. —Lo agarro por el hombro—. Vamos a necesitar tus habilidades médicas —convoco al grupo de hombres.

Nos reunimos en círculo.

—Vamos a volver a rescatar a Stephan —digo.

—Mi señor... —Laios abre los ojos como platos—. Ya debe de estar muerto...

—No importa. Es uno de los nuestros. No podemos dejarlo atrás. Y si hay una posibilidad de salvarlo, lo haremos.

—El rey ha hablado. —Bjorn se pone el casco antibalas.

Su hermano lo imita al instante.

—Los cascos bien podrían tener cuernos, ¿no? Quedaría algo más vikingo. —Ragnar mira a su hermano.

—Eso es un anacronismo histórico; los vikingos no llevaban cascos con cuernos —explica Raphael.

—¿Y este quién es? —Bjorn tuerce el gesto.

—Este es Raphael Saavedra —lo presento—. Estos son mis primos Bjorn y Ragnar Iranovichk. Ayslan y Svar Linkalter —presento a todos.

—Laios. —El otro levanta la mano.

—El papagayo del rey —decimos Svar y yo a la vez.

—Si hubiera un Kjaerlighet, las cuatro familias estarían reunidas. —Bjorn se agarra al hombro de Raphael y al mío.

—Sí. Hay una Kjaerlighet, pero quiere matarnos. —Svar tuerce el ceño.

Ravena Lessa

Mi corazón parece que va a salírseme del pecho.

¿De verdad se va a ir? ¿No oye los disparos? ¿No ve que es peligroso?

Me meto en medio del corro de los hombres, de brazos cruzados.

—Haakon... no vas a salir, ¿verdad? ¿No ves que es peligroso? Está anocheciendo...

—Amor, tengo que ir. No puedo dejar atrás a Stephan.

Una parte de mí grita. Me dan ganas de patalear, de aferrarme a él, de decirle que no quiero que vaya, que tengo miedo, que solo de imaginar que pueda pasarle algo siento que preferiría estar muerta.

Al mirar a Haakon a los ojos, veo que es mucho más que el hombre al que amo. También es el rey de esta gente. Y no puedo detenerlo, porque por primera vez se está responsabilizando de todo y de todos, algo de lo que siempre huyó.

—Confío en ti. —Lo abrazo con todas mis fuerzas y lloro—. Vuelve a mí, por favor.

—Voy a volver —me promete.

Su nariz presiona contra la mía y el beso se demora. Siento sus dedos secándome las lágrimas y su respiración pesada calentándome la cara; sus labios se detienen en mi frente.

—Esta gente lucharía por mí hasta la muerte —me explica—. Así que yo debo luchar por ella hasta la muerte.

—No te mueras, o te mato. —Le ajusto las hombreras.

—Tenemos que acordar dónde... —La voz de Irinna se apaga cuando la puerta explota.

Todos nos tiramos al suelo y alcanzo a ver una lluvia de balas cayendo sobre los soldados que están ante nosotros; ellos también disparan en respuesta. Haakon me escolta hasta el pasillo sur, donde toda la familia se refugia y echa a correr.

—Tengo que ir. Nos vemos pronto. —Me besa las manos.

Vuelve al otro lado de la galería; sus primos lo cubren disparando contra la puerta.

Príncipe Haakon III

Es, en efecto, una escena de guerra.

Algunos pasajes están bloqueados, ya sea por muebles o por cuerpos que se amontonan. Mis primos y yo no vemos otra salida que volver a la galería y ganar terreno derribando a los invasores, uno a uno.

Siento la presión de los disparos en mi escudo, pero van disminuyendo a medida que avanzamos y derribamos a nuestros verdugos.

—Despejado —dice Bjorn, y cruzamos hacia la otra parte del palacio.

En alguna que otra encrucijada hay intercambio de disparos, pero estoy menos tenso porque todos van cubiertos con equipamiento antibalas —salvo Ayslan, que solo lleva protegido el pecho. Por eso lo cubro con el escudo y lo ayudo a avanzar.

—¡Está aquí! —Svar hace señas.

El humo de la destrucción de paredes, techo y mobiliario parece que va a cegarnos. El olor a polvo, sangre y muerte empieza a extenderse.

—¿Dónde está Gustavo? —Entro en la sala.

Raphael y Ragnar vigilan la puerta mientras Ayslan examina a Stephan.

—Solo dos balas lo han atravesado. —Es su diagnóstico rápido —. La mayoría las detuvo el chaleco, pero estas dos... —Señala por encima del pecho y cerca de la ingle—. Impactaron sobre otros disparos, así que perforaron. Tenemos que llevarlo al ala hospitalaria.

—Ahora mismo —convengo.

—Los invasores deben de haberse llevado a Gustavo —es lo que dice Svar tras buscar rastros por el perímetro.

Solo queda su reguero de sangre, que desaparece a partir de la puerta.

Laios, Ayslan y yo cargamos con Stephan hasta el ala norte; los demás nos cubren. Nos lleva casi treinta minutos, porque el camino está obstruido y nos topamos con algunos soldados perdidos con ganas de intercambiar disparos.

—Primero necesito extraer los proyectiles. —Ayslan empieza a moverse por el espacioso salón en busca de instrumental.

—Ha actuado como un verdadero rey, señor —me elogia Laios.

—No hay tiempo para cumplidos, Laios. Tenemos que salvarlo.

Raphael y Ragnar salen por los pasillos despejándolo todo y asegurándose de que nadie se acerque; luego se turnan con Svar y Bjorn.

Siento vibrar el móvil en mi bolsillo. La batería está a punto de agotarse; tiene tantas llamadas perdidas que el pobre debe de haberse consumido. Solo noto la llamada ahora porque he tenido tiempo de sentarme.

—Número desconocido. —Miro la pantalla.

—Contesta. —Raphael se acerca. Laios asiente.

—¿Hola? —Oigo una voz femenina.

—¡¿Tú?! —Arqueo una ceja.

—Haakon, no tienes ni idea de lo decepcionada que estoy contigo y con Ravena. Os di la oportunidad de huir, de salir de ahí y poder vivir vuestra preciosa historia de amor... —dice Amélia.

—¿Qué quieres? —gruño.

—Ah, solo quería saber cómo estás, claro. ¿Te han dado? —Se ríe bajito.

—Para tu desgracia, no. —Pongo el altavoz.

—¿Alguna vez soñaste que este momento llegaría, Haakon? —se divierte—. No. Claro que no. Jamás podría ser Amélia, aquella chica mosquita muerta y sosa cuya presencia ni siquiera notabas, ¿verdad?

—Di de una vez lo que quieres. ¿Quieres la corona? ¿Las joyas? ¿Quieres sentarte en el trono? Aprovecha. La sala debe de estar vacía.

—Estoy sentada en el trono ahora mismo, baby —se regodea —. Y con la corona en la cabeza —suspira—. Pero ¿sabes qué? Nada de eso me importa.

—¿No?

—Obvio que no.

—¿Entonces qué te importa, Amélia? —rechino los dientes.

—Haakon, Haakon —canturrea mi nombre—. ¿Recuerdas cuando tú y el jeque Zayn desmantelasteis una red de trata de personas en Europa?

—Mmm.

—Cuando tus amigos de América, Ethan, Jacob, Shawn, Ana Clara, también dieron con los cabecillas de la trata. ¿Te acuerdas de eso?

—¿Qué pasa con eso?

—Te metiste con mis negocios, Haakon. Te metiste con lo que me daba dinero, me lo quitaste todo —se ríe bajito—, hasta me impediste incriminar a tus primitos cuando intenté pasarles unas chicas traficadas de Siria y Turquía —dice con voz infantil.

—¿Así que eras tú?

—Sí, Haakon. Era yo. Todo este tiempo. Pero no te hagas ilusiones... aunque pudieras matarme, ellos no van a parar. Se han dado cuenta de lo lucrativo que es este negocio. Y mientras haya gente que quiera comprar, habrá gente que quiera vender. La ley de la oferta y la demanda. —La voz se vuelve cada vez más intensa, pegada al móvil.

—El señor Brown —canturrea—. Abramovisky... Terence Smith... el senador Lovatelli... todos marionetas. Todos jugueticos, perros hambrientos de dinero y poder. Y yo los tenía en mis manos, hasta que tú y tus amigos lo jodisteis todo.

—Ya que sabes el final que tuvieron tus compinches, Amélia, prepárate para el tuyo —rechino los dientes.

—Yo soy como una hidra, amor. Puedes cortarme la cabeza, pero nacerán dos en su lugar —ríe—. ¿No estás ansioso por saber lo que voy a hacer?

—¿Hacer con qué?

—Con este país de mierda que tienes. ¿De verdad crees que mi intención era reinar? ¿Crees que mi intención era quitarte la corona y gobernar a este pueblo? No, eso da mucho trabajo.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Ah, voy a vender todo el petróleo de estas islas al mejor postor. Imagínate... China y Estados Unidos vendrán como hienas a la carroña. Voy a vender cada una de esas reservas de millones de diamantes que guardáis. Voy a fundir esa corona, ese trono, a quemar cada cuadro... —reprime la carcajada—. ¿Todavía no has entendido por qué la guerra está ocurriendo aquí dentro?

—Mmm.

—Voy a destruir el palacio de Skarsgard y toda su historia. Después destruiré el palacio de Drü... el de Qäpak... el de Pelmuria... y luego escenificaré una muerte y se fundará la república.

Ah, ahora siento como si entendiera toda esta conspiración.

Qué idiota fui al pensar que ella solo quería el trono.

No.

Quiere humillar a mi familia y borrar nuestros nombres.

—¿Amélia? —la llamo.

—¿Sí, cariñito? ¿Seguro que no quieres reconsiderarlo y huir con tu gran amor? ¡Estoy segura de que tendréis unos hijos preciosos!

—Amélia, siento de verdad que te hayan envenenado el corazón. Pero no voy a permitir que destruyas a mi familia, lleves a mi pueblo a la desgracia y quemes nuestra historia.

—¿Permitir? Eres realmente más tonto de lo que pensaba —chasquea la lengua—. Mañana temprano el ejército del país estará aquí, junto con los líderes del parlamento. Van a invadir el palacio, a reventarles los sesos a los empleados, a los niños, a los animales; van a hacer que la sangre de tu asquerosa familia lave las alfombras persas y chinas.

—Si de verdad crees que eso va a pasar... —Es mi turno de sonreír—. La que es tonta de cojones eres tú.

—¡Y loca! —grita Laios, con la cara roja como un pimiento.

—Y loca —temo estar de acuerdo.

Cuelgo el móvil y me lo guardo en el bolsillo.

—Señores, es contra esto contra lo que estamos luchando —lamento, suspirando hondo, completamente triste ante la situación.

Pensaba que Amélia solo quería la cabeza de mi familia, pero no. Quiere vengarse de todo y de todos, incluso del pueblo, que no tiene nada que ver con esto.

—Aviso de antemano: quien mate a esa chiflada se llevará un beso en la boca —dice Ragnar.

Ravena Lessa

La familia real y yo huimos a la habitación más alta y apartada de todo el palacio. Por el camino conseguimos coger algo de comida procesada para alimentarnos y nos turnamos en el baño.

Aun rodeada de policías y de gente dispuesta a morir por nosotros, no he conseguido dormir y, por lo visto, Patrícia tampoco.

Nos sentamos frente a la ventana, espiando entre las rendijas de la cortina el movimiento de ahí fuera. El lugar ha empezado a quedar cercado.

—Yo ni siquiera sabía que este sitio existía y ahora voy a morir en él. —Patrícia se ríe bajito—. ¿Qué despacho mal hecho para la pomba-gira habré preparado yo, chica?

Me tapo la boca para ahogar la risa.

—Habré bailado en tanga de leopardo sobre la santa cena, no hay otra explicación.

—Las dos. —Aprieto con más fuerza para no despertar a nadie.

—Pero es un lugar precioso. Parece que merece la pena luchar por él. —Baja la cara.

—Te enamoraría en el periodo de noche polar; parece un lugar de película. —Me cruzo de brazos.

—¿Crees que ellos están bien? —Patrícia se echa a llorar.

Estaba tranquila, serena, y ahora se ha venido abajo. La entiendo perfectamente. Deben de ser las hormonas, que nos revolucionan; yo también estoy muy sensible y emotiva. Le cojo la mano con fuerza.

—Sé que lo están.

Ella asiente y se seca las lágrimas.

Me doy cuenta de que tenemos una tercera invitada cuando se sienta, apoya el bastón en el suelo y agacha la cabeza.

—¿Usted tampoco puede dormir, reina madre?

—Deja de llamarme así. —Me pone una cara avinagrada—. Sabes de sobra que yo no soy la reina madre.

—¿No? —Arqueo una ceja—. Tuvo dos hijos que fueron reyes, su nieto es el siguiente...

La mujer prefiere no discutir; gira la cara y deja la boca entreabierta.

—Si Harold y yo nunca hubiéramos aceptado esa mentira, nada de esto estaría pasando —se lamenta.

—Pero ¿mereció la pena, doña reina madre? —Patrícia la mira de reojo.

—¿El qué? —La mujer tuerce la boca.

—Amar a Harold. Tener hijos suyos. Ver nacer a los nietos. ¿Mereció la pena? Las noches que no durmieron juntos porque se habían peleado... los momentos en que tuvieron que fingir que todo iba bien delante de los demás... —Patrícia suspira hondo—. Para luego vivir días soleados en los que se miraron el uno al otro y vieron la vida entera reflejada en el iris del otro. ¿Mereció la pena?

La mujer parece convertirse en una estatua de cera, paralizada; mira a Patrícia, pero su mente parece vagar muy lejos.

—Mereció la pena —concluye.

—Pues eso. —Patrícia encoge los hombros—. Qué ironía más cabrona. Yo siempre quise morir de amor... y voy a morir de verdad... joder, pomba-gira...

—¿Pomba-gira? —La mujer frunce el ceño ante esa palabra extraña que dice Patrícia.

Antes de que me dé tiempo a explicar nada, Patrícia se pone en pie.

—¿Tenéis champán por aquí? —Y echa a andar, decidida.

—¡Jovencita, usted está embarazada, no puede beber! —La reina madre va tras ella.

—Yo no puedo, pero la gira va a beber y va a girar, cariño mío —dice con fuego en los ojos.

Príncipe Haakon III

Ha amanecido, pero el sol no ha aparecido.

La noche polar llegó sigilosa, dejando nítidas las luces de neón danzando por el cielo. No es la única vista que tengo cuando miro por la ventana: estamos sitiados, por todos los flancos.

Los soldados marchan con las armas empuñadas, marchan alrededor del palacio, así que tenemos que cubrir las ventanas y rezar para que no disparen.

Ayslan está durmiendo; se ha pasado toda la madrugada esforzándose por extraer las dos balas del cuerpo de Stephan. El regente sigue inconsciente; ya no está helado ni convulsiona, solo está pálido.

—Tal como ella prometió... —Laios nos muestra en su móvil el pronunciamiento del líder de la Cámara de los Lores.

—... El ejército ha sido enviado al palacio de Skarsgard para capturar y, llegado el caso, ejecutar a los desertores y traidores de nuestra patria. Asimismo, en una sesión de aprobación unánime, hemos votado que Leon Lessa sea entregado a las autoridades japonesas.

—¡No! —Svar, que parecía estar dormido, pega un salto.

—Esperamos que Japón vea este gesto como señal de una amistad milenaria que no debe romperse por culpa de unos delincuentes que intentaron usurpar el trono —concluye el hombre.

—Caballeros. —Los despierto a todos, menos a Ayslan y Stephan—. Comed bien. Bebed bien. Y rezad vuestras oraciones. Porque este puede ser vuestro último día en la tierra.

—O puede ser el suyo. —Bjorn encoge los hombros—. Nuestro ejército de Drü desembarcará en cualquier momento...

—El ejército de un reino entero contra el ejército de un país —suspiro—. Esperemos que lleguen, entonces.

—No es la cantidad de seguidores, tío. Es el empeño que se pone en la causa —refunfuña Ragnar.

—¿Quién dijo eso?

—Ah, yo qué sé, aquel tipo de Harry Potter.

CAPÍTULO 44

Príncipe Haakon III

Las diez de la mañana, el mediodía, las dos de la tarde: no hay diferencia, el cielo permanece cubierto por la noche. No sé qué me inquieta más: este silencio que precede a la guerra, que Stephan no haya despertado o mi preocupación por Ravena.

Sé que ella está bien.

No es, ni de lejos, la muchacha que conocí. Soy plenamente consciente de que se ha convertido en una mujer del norte, digna de sentarse en un trono y luchar por lo que quiere.

—Derretir las montañas con su presencia. Y congelar un volcán en erupción con su ausencia —dice una voz lejana en mi mente.

Pasa a una mujer, luego a otro hombre, y sigue así por siete voces distintas hasta que oigo la voz de mi abuelo, que se lo dice a mi padre, que me lo dice a mí.

—Repite lo que debe tener la mujer que elijas. —La voz fantasmal de mi padre retumba en mi mente.

—Derretir las montañas heladas con su presencia. —Contemplo las proyecciones voluminosas en el horizonte que anuncian el fin del norte—. Y congelar un volcán en erupción con su ausencia. —Vuelvo la mirada hacia las tierras que se extienden al sur, donde el límite lo marca un volcán.

—¿Has dicho algo? —Svar me mira.

—No. —Me pongo en pie.

Veo que todos me imitan.

—Señor —anuncia Laios, con la voz entrecortada—. Los líderes del parlamento y el ejército están marchando por la ciudad... pronto estarán aquí.

Asiento despacio. Sonrío a mis primos, los hijos de los hombres que gobernaron el Septentrión durante años y años.

—Nuestro ejército se retrasa. —Bjorn pone cara de pocos amigos.

—Escuchad, hombres, la voz de los ancestros —empiezo a pronunciar el discurso del rey y me detengo de golpe al ver a Raphael levantar el móvil—. ¿Qué es eso?

—Un móvil.

—Eso ya lo sé. ¿Para qué?

—Ethan me pidió que lo grabara todo y se lo enviara —explica Raphael.

Levanto las cejas y dejo la boca entreabierta.

—No va a venir, ¿verdad? —suspiro.

—Solo se ha retrasado. —Raphael vuelve a plantarme el móvil en la cara.

—¡Escuchad, hombres, la voz de los ancestros! —proclamo de nuevo—. ¡Aquellos que buscaron en el norte su hogar y fundaron un reino milenario que jamás podrá caer!

—¡RUUU! —gritan todos a una, alzando las manos.

—¡Si hay guerra, vuestro rey es el primero en ceñir la espada! ¡Cuando el enemigo avanza, es vuestro rey quien prepara el golpe! ¡Y en las filas, vuestro rey es el que va al frente, porque no teme a la muerte! —digo en voz alta, sintiendo que la garganta me arde.

—¡RUUU! —gritan de nuevo.

—¡Nosotros luchamos por la verdad! ¡Protegeremos lo que nos fue dado! ¡Y les arrebataremos a los usurpadores la sonrisa y lo que es nuestro por derecho!

—¡RUUU!

—¡Solo puede haber paz si el enemigo dobla las rodillas!

—¡RUUU!

—¡Solo venceremos cuando el último hijo del Septentrión sea libre! —Mi corazón parece a punto de estallar; todo mi cuerpo vibra al entonar las palabras que forjaron los antiguos.

—¡RUUU! —rugen y alzan el puño derecho.

—¡El Norte no caerá mientras su último hijo pueda respirar!

—¡RUUU!

—¡Y por la sangre, el poder y la fuerza de nuestros ancestros, recordaremos hoy y para siempre por qué esta tierra solo puede tener un señor, y este señor es el señor de la guerra!

—¡RUUU!

—¡Y de la paz!

—¡RUUU!

—¡Escuchad, hijos de los antiguos, aquellos que levantaron el imperio!

—¡RUUU! —responden, con los ojos anegados en lágrimas.

—¡Luchad por vuestro rey! ¡Pues vuestro rey luchará por vosotros!

—¡Por el rey! —gritan todos.

—¡Por el pueblo! —grito yo.

Dejamos a Ayslan con una de las armas en el ala hospitalaria y salimos limpiando el palacio de toda clase de gusanos que encontramos por delante.

No contamos con el ejército de Drü, no contamos con ayuda alguna: somos solo seis. Número suficiente para apostarnos en los pasadizos y derribar a diez, a treinta, a cincuenta que intentan cerrarnos el paso.

Cuando llegamos al vestíbulo de entrada del palacio, vemos la puerta abierta.

Ahí fuera hay un verdadero cerco: los miembros del ejército forman dos filas nutridas, una frente a la otra, abriendo paso en medio, por donde los líderes de la cámara desfilan, victoriosos.

—Que los ancestros nos acompañen. —Svar se ajusta el casco.

—No olvides que nosotros somos los ancestros de los que están por venir —respondo.

Ravena Lessa

Por lo visto, la nueva policía secreta del palacio estaba invadiendo cada estancia. No tardaron en llegar a la nuestra; de hecho, me sorprendió la rapidez. Dos hombres entraron y fueron acribillados a balazos por nuestros guardias.

Aquello llamó más la atención de la que debía, y entonces se produjo una verdadera carnicería.

No pasó mucho hasta que todos nuestros hombres, que eran poco más de una docena, quedaron amontonados en el suelo.

—Perímetro despejado —avisa uno de ellos por la radio—. Subid a la última habitación, los usurpadores están aquí.

Gaius no llora. Creo que ya no le quedan lágrimas, no le quedan fuerzas para sufrir. Patrícia todavía intenta sacar el arma y disparar, pero es arriesgado; la detengo y la mantengo cerca de mí.

Las cabezas se agolpan ahí fuera y quien entra no es ni más ni menos que Gustavo. La cara torcida, un ojo reventado, la boca completamente desfigurada. Aun así, sonríe de la forma más macabra posible y avanza aplaudiendo mientras pasa por encima de los cuerpos tendidos en el suelo.

—Mira la desgracia que le has traído a este pueblo. —Parece que hay placer en cada palabra.

—¡Ella no ha traído nada! —La reina Melissa se levanta, pero yo le impido avanzar.

—Te lo dije, Ravena... ¿por qué no me creíste? ¿De verdad pensaste que no cumpliría mi palabra?

—¿Qué es lo que dijo? —murmura Irinna.

La mayoría de nosotras está sentada en la cama; solo la reina madre sigue en la silla frente a la ventana. No se ha movido de ahí desde anoche; parece catatónica, en shock.

—Dije que sería mía o no sería de nadie más —proclama victorioso—. Ahora hay un pelotón ahí fuera esperando para mataros a todas. —Señala la puerta—. Y yo he venido a buscar lo que es mío.

Me sorprendo cuando me llama con la mano.

No me muevo, y todas las mujeres se ponen delante de mí.

—¿Así va a ser? Pues entonces las mataré yo mismo... —Sonríe, sin dientes—. Sientes placer con esto, ¿verdad? Con ver a la gente morir por ti. Con verlos sacrificarse por ti. Tu primo, estas pobres mujeres, tu principito de mierda.

—Te equivocas. —La reina madre se levanta despacio, con las manos temblorosas apoyadas en el bastón.

—¿A este punto hemos llegado? ¿Dejando que los ancianos luchen por ti? —se burla, mirando a la mujer de reojo.

—Ven. Quiero besar tu vientre. Llevarte a tu felices para siempre.

Realmente ha perdido el juicio. Está ciego dentro de una mentira que él mismo creó y nadie puede despertarlo de ella. Se ha convertido en un zombi.

—Merece la pena luchar por amor. —La reina madre sonríe.

—Vale —prepara el arma—, empezaré por la vieja.

—¡Nooooo! —La reina Melissa se lanza delante de mí y avanza de un salto, y el sonido del disparo estalla junto con la sangre que salpica hacia todos lados.

—Larga vida a la reina. —Antônia inclina la cabeza hacia mí.

Alza el bastón y empuja a Gustavo por el pecho. Él pierde el equilibrio y suelta el arma. Manotea, se aferra al bastón y arrastra a la mujer; ambos cuerpos atraviesan la cortina y caen.

—¡Nooo! —Me levanto y corro hasta la ventana, solo para ver durante una milésima de segundo los dos cuerpos tendidos cinco pisos más abajo: la reina madre con la mitad del cuerpo encima del

suyo y su bastón, como una espada, clavado en el pecho de Gustavo.

—¡Mamá! —El grito de Gaius me deja desorientada; se arroja a los brazos de su madre.

—Melissa. —Le cojo las manos.

—Respira, querida, vamos a pedir ayuda... —llora Irinna.

—Hazlo... feliz. —Son sus últimas palabras.

Con una sonrisa en el rostro, su semblante se apaga. Irinna cierra los ojos de su hija y llora; el pequeño también se desespera y abraza a su abuela.

Cuando los soldados del pasillo hacen ademán de entrar, empiezan a caer como fichas de dominó. Todas nos replegamos en la cama y aguardamos a ver qué es. No son soldados ni un ejército lo que aparece, sino Ivone e Ítalo, armados hasta los dientes.

—Hemos dado la vuelta para... —dice Ivone, sonriente, y se calla al ver a su hermana en el suelo.

Se arrodilla y toca sus brazos, el rostro blanco, el cabello corto.

—Oh, Melissa. —Le besa la frente—. Perdóname por no llegar a tiempo...

—No fue culpa tuya. —Irinna intenta secarle las lágrimas—. Y ella tiene razón. —Se yergue—. Somos mujeres del norte, así que vamos a morir como mujeres del norte: ¡haciendo lo que es justo!

Príncipe Haakon III

Markus y Raegnar entran por la puerta del palacio como si fueran sus dueños.

Los líderes de la Cámara de los Lores y de los Comunes traen un documento firmado por el parlamento. Cuando abren paso, veo a Amélia Kjaerlighet con un vestido azul y una corona en la cabeza.

—En nombre del parlamento que representa a los nobles y al pueblo del Septentrión, los usurpadores deben entregarse al ejército y recibir los castigos correspondientes —dice Markus; en este momento hay un deje de alegría en su voz.

—Y en caso de que no os entreguéis... —Amélia se ríe de esa hipótesis—. Tendréis que enfrentaros a los mercenarios que infiltramos en la policía secreta. Este palacio está lleno de ellos, como cucarachas escondidas, ¡esperando el momento justo!

De camino al vestíbulo, mis primos y yo derribamos por lo menos a cincuenta de esos mercenarios.

—Amélia. —La miro fijamente.

—Haakon —me saluda—. Mientras veníamos hacia aquí, me fijé en algo interesante. ¿Lo habéis visto vosotros? —Se aparta de la puerta y nos deja ver más allá de los muros.

La gente corriente se agolpa. Están lejos, pero alcanzo a ver que llevan armaduras; algunos parecen cargar machetes, tridentes, lanzas. Otros tienen sus propias armas y pistolas.

Al frente de ellos viene Katkins, ese periodista de mierda. Parece estar agitando a todo el pueblo para que avance y tome el palacio.

—Se acabó, Haakon. Dales un final digno a tus hombres y pídeles que bajen las armas —sugiere Amélia, con voz dulce.

—No vamos a bajar las armas —me murmura Svar—. ¡Somos hombres del norte y vamos a morir como hombres del norte!

—¡RUUU! —respondemos.

—Ah, claro... hay unas personas que quieren verte... —Amélia suelta una carcajada y se aparta para que tres personas entren en escena.

Apenas puedo creerlo cuando veo a Zayn, mi amigo de los Emiratos Árabes; con la vestimenta tradicional de su tierra, lleva una túnica blanca y un pañuelo en la cabeza sujeto por un cordón. Me mira de mal humor y dice:

—¿Así que este es el tipo de rey que eres? ¿De los que no visitan a sus amigos árabes?

—Mi mujer tenía que regresar, pero asumo la culpa —lo saludo con un gesto de la cabeza.

A Hajime lo he visto pocas veces, pero rezaba por no verlo en este momento. El hermano mayor de Jemima no parecía contento de estar aquí.

—Mi padre me ha enviado para honrar el nombre de nuestra familia y vengar a quien mató a mi hermana.

Svar da un paso al frente y yo lo detengo.

—No vas a tocar a Leon —gruñe.

—Ya me he reunido con tu Leon. —Hajime sonríe.

Y... por último, pero no menos importante, entra Ethan Evans.

Eso me provoca un sentimiento agridulce, sin saber si su aparición es algo malo o bueno; al fin y al cabo, odia las monarquías y se pasaba la vida llamándome «presidente».

—Hola, desaparecido. —Sonríe y se toca el sombrero fedora para saludarme.

—¿Desaparecido, yo? —Le devuelvo la sonrisa, aunque no pueda verla.

—Estaba ocupado, pero ya estoy aquí. Porque no me pierdo una fiesta: no puedo ver un tiroteo sin querer apuntarme... —dice animado.

—Muy bien, señores. —Amélia se sienta en un banco—. Yo he venido a mirar.

—¿Qué cojones es esa historia de que vas a vender el petróleo a los americanos o a los chinos? ¿Nuestra amistad no significa nada? —brama Zayn.

—Discúlpame, hermano, pero eso no es obra mía —me defiendo—. Tú y tu pueblo siempre habéis sido nuestros principales socios.

—Lo sé. —Zayn saca un rifle de la túnica—. Solo quería oírte decirlo... hermano.

Y dispara en la nuca al líder de la Cámara de los Lores, Markus Voik.

—¡Allahu Akbar («¡Dios es el más grande!»)! —grita alto y claro.

Contengo la respiración al ver que los soldados de ahí fuera apuntan sus armas hacia Zayn. Un segundo después, la mayoría cae al suelo, alcanzados en la garganta por soldados que estaban detrás o justo a su lado.

Una guerra civil sin precedentes estalla ahí fuera: gente disparando hacia todos lados, estampidas y gritos.

—¡Allahu Akbar! —gritan los hombres. Y empiezan a hacer un sonido con la lengua que me pone la piel de gallina.

—¿Señor lord de los Comunes? —lo llama Ethan.

—¿Mmm? —El hombre se gira, inquieto.

Ethan presiona el cañón del fusil contra la boca del hombre y dispara de una vez, haciendo volar sangre y sesos por los aires.

—Somos como Los ángeles de Charlie —dice Ethan.

—No lo somos —gruñe Zayn.

—Yo soy Lucy Liu —afirma, muy satisfecho.

Hajime lo mira de reojo, algo confundido.

—El oriental aquí soy yo. —Parpadea con sus ojos pequeños y encara al hombre rubio.

—Problema tuyo. Ella nació en Nueva York. ¿Sabes quién más nació en Nueva York? —hace una pausa—. ¡Yo! Yo soy Lucy Liu. Me encantan Los ángeles de Charlie.

—¡Aquí nadie es «Los ángeles de Charlie»! —dice Zayn, irritado.

Hajime ignora a sus dos colegas, saca de su kimono una espada larga y se vuelve hacia Amélia.

—Ahora, princesa, tú y yo vamos a tener una charlita —dice.

Amélia se levanta a toda prisa y sale en desbandada hacia el ala este del palacio, y Hajime va caminando tranquilamente tras ella.

—Por el amor de Dios, que alguien le dé cobertura a ese hombre, hay mercenarios dentro del palacio —digo.

Bjorn y Ragnar se ofrecen y siguen a Hajime.

—Hermano mío. —Zayn me agarra por los hombros y me da un beso en cada mejilla.

Se aparta para que vea sus ojos oscuros, sus cejas pobladas y sus labios gruesos.

—¿De verdad creíste que tus hermanos dejarían caer tu reino?

—Lo dudé, Zayn. Dudé de mis amigos y de mis ancestros. Pero ellos me dijeron algo.

—¿Ah, sí? —Sonríe.

Recuerdo el momento exacto en que vi a mi bisabuelo, Haakon Iovius Erick Harry II, el hombre que guio a buena parte de los ejércitos para derrocar al rey loco.

—¡Tenéis que matarlo! —Oigo el grito de Katkins ahí fuera—. ¡Él no es el rey! ¡Él no es...!

Y el pueblo que hasta entonces lo seguía lo muele a golpes con sus machetes y tridentes y lo acribilla a tiros en plena plaza pública. Después avanza y se suma a la guerra caótica frente a los jardines.

—Él me dijo... —respiro hondo, con la piel de gallina— que cuando dicen que fue uno de los mayores generales de la guerra, fue porque tenía un pueblo entregado y que creía en la causa. Me dijo que confiara en el pueblo que amo, porque ellos también me amarían.

—Ellos te aman, yo siempre te lo he dicho. —Svar apoya la cabeza en mi hombro.

—Fueron los padres de los padres de estas personas quienes levantaron este palacio. Fueron ellos quienes construyeron este país, quienes lucharon por la libertad, por el futuro y por la esperanza de sus hijos. Mi bisabuelo me dijo que sus hijos recordarían al hijo de aquellos que siempre estuvieron a su lado.

—Nunca dudes tampoco de tus amigos. —Zayn me da un abrazo apretado—. Aunque sigo esperando tu visita y la de tu señora a mis tierras.

—Será un honor, Zayn. Después del nacimiento de los bebés.

—Así lo quiere Alá. —Me suelta de sus brazos.

*

Me quedo catatónico, inmóvil, hipnotizado al ver a una multitud que se pierde de vista correr e invadir el palacio.

No avanzan hacia mí ni hacia mis invitados. Corren por los pasillos, alzan las espadas, blanden sus machetes y unen sus voces para gritar:

—¡RUUU!

Hasta el punto de hacerme sentir que las paredes del lugar tiemblan.

—¿Dónde está la reina? —me preguntan.

Apenas consigo verles las caras.

Siguen palacio adentro, se empujan, pisotean a los líderes del parlamento, ya muertos.

—¡La reina! —Oigo gritar a la multitud y me giro.

Abren paso, se apartan de las escaleras y se aprietan unos contra otros.

Un suspiro de alivio me invade el alma al ver bajar a Ravena, acompañada de Irinna y Gaius; más atrás, mi tía Ivone y Patrícia, la mujer de Ayslan. No veo a mi madre, y mucho menos a mi otra abuela.

—¡Haakon! —Ravena se lanza a mis brazos, temblando—. ¿Quién es esta gente? Es muchísima gente. —Tiembla y llora mientras me mira, y apoya la cabeza en mi pecho.

—Esta gente... —Le toco la barbilla y hago que mire hacia esos miles de cabezas que la observan, se agolpan y guardan un silencio solemne—. Es tu gente. Y si luchas por ellos, ellos lucharán por ti.

—Haakon... tu madre... tu abuela...

Cierro los ojos y guardo un minuto de silencio por su muerte. El corazón se me parte y siento que las piernas casi me fallan, pero una fuerza mayor me mantiene en pie.

Quizá Ravena no lo entienda. Pero yo moriría por aquellas mujeres.

Y en mi país, todo sentimiento puro es recíproco: ellas morirían por mí.

Y si murieron por mi mujer y mis hijos, significa que también la amaban.

Cojo a Ravena de las manos y subo las escaleras; mis compañeros de guerra me acompañan. El pueblo nos abre paso: algunos se sientan en los peldaños de las escaleras, otros se apoyan en las barandillas.

Intento hablar lo más alto que puedo y proyecto la voz para que todos puedan oírme. Como es costumbre cuando hay multitud,

repiten mis palabras en cuanto termino.

—Puede que no tenga la sangre para ser el rey del Septentrión.

Ellos repiten; el sonido parece que va a hacer caer el techo. En los jardines frente al palacio y hasta por las callejuelas de la ciudad se ve que realmente hay muchísima gente.

—Pero luché con bravura como si fuera vuestro rey.

Poso la mano en el vientre de Ravena.

—Yo huí de toda responsabilidad por creerme incapaz.

Oír el sonido de sus voces hace temblar mi cuerpo.

—Pero amar a esta mujer me preparó y me hizo capaz.

Ellos repiten, vibran, aplauden.

—Hoy me he entregado en cuerpo, alma y espíritu al Septentrión. —Alzo el rostro y aprieto los ojos, que me arden—. Y me entrego a mi pueblo de la misma forma, como deseéis que deba hacerse.

Repiten solemnemente. Silban, aplauden, nos saludan con las manos.

—¡Somos hijos del norte y jamás seremos esclavos! —grito el cántico de nuestros padres.

—¡Somos hijos del norte y jamás seremos esclavos! —Alzan los puños.

—¡Nuestros ancestros prepararon esta tierra y sus riquezas para nosotros!

Lo entonan como un cántico de guerra que anuncia el final.

—¡Nadie podrá alzarse contra nosotros mientras el último hijo del norte respire!

Puedo ver sus ojos brillando, igual que yo no puedo contener las lágrimas.

—¡RUUU!

—¡RUUU! —gritan—. ¡Larga vida al rey! ¡Larga vida al rey! ¡Larga vida al rey!

No me importa que me llamen rey.

Por primera vez no me pregunto si lo merezco; simplemente lo acepto.

Me arrodillo ante Ravena y abrazo su vientre, lo beso, lloro contra su vestido ensangrentado.

Y cuando me siento preparado para levantarme, veo que todo el pueblo —los que están ante nosotros, los de fuera de la puerta y los que están a kilómetros de distancia— también está arrodillado.

—¿Estás bien? —suspiro, con la garganta ardiendo.

—Estoy bien. —Ella llora y me besa entre sollozos—. ¿Se acabó?

—Se acabó, amor, se acabó. —La envuelvo en mis brazos, como si quisiera protegerla del mundo.

Desde donde estamos, tenemos una vista privilegiada de Amélia corriendo desorientada y mirando hacia todos lados.

—¡Vamos! ¡Haced algo! ¡Soy vuestra reina! ¡Obedecedme!

Intenta agitar al pueblo. Intenta arrancarles las armas de las manos, pero no lo consigue. Empuja, golpea el pecho de hombres y mujeres que la observan con un semblante nada agradable.

—¡Esto no va a quedar así! —Me señala con el dedo—. Tú y esa...

El sonido de sus palabras se apaga cuando alguien sale empujando a la multitud y le asesta un mazazo en la cabeza.

Amélia cae inerte al suelo.

—¡Leon! —Svar es el primero en abrirse camino al ver a su amado.

El primo de Ravena viste un kimono azul, con el pelo medio revuelto; el martillo que lleva en las manos es el mío, el que solté al ver a Ravena hace un momento.

—¡Chica, ya no hay quien te aguante! —le dice Leon a Amélia —. ¡Vete a hacerle una paja al diablo!

CAPÍTULO 45

Príncipe Haakon III

Los cuerpos de nuestros muertos fueron reunidos en la sala del trono. Mi madre tenía una expresión serena; de no ser por el vestido manchado de sangre y la marca de la bala en su pecho, parecería estar dormida.

—Eh. —Abrazo a Gaius por la cabeza y lo aprieto contra mi pecho—. Estoy aquí. No estás solo, vamos a estar juntos, ¿vale?

Gaius intenta secarse los ojos y solloza en silencio mientras me mira.

—¿Está en un lugar mejor, Harry? —Me abraza por la cintura y vuelve a llorar.

—Escucha. —Me arrodillo y le aliso el pelo—. Ella está aquí. —Presiono la mano sobre su corazón—. Y también está junto a nuestros ancestros, con los antiguos reyes y reinas.

—¿Nos va a acompañar para siempre, Harry? —Mira de reojo a su madre y hace un puchero.

—Nos va a acompañar, sí. Hasta que nosotros la acompañemos a ella, en el país del verano. —Le beso la frente—. Un día volveremos a encontrarnos.

—¿Será pronto? —solloza bajito.

—Será en el momento justo, Gaius. En el tiempo de Dios.

La reina madre tenía un semblante distinto al de mi madre. No parecía tranquila; al contrario, parecía decidida, obstinada, como si su último acto pudiera resumir toda su trayectoria.

—Su bastón lo atravesó, le perforó el corazón a Gustavo —dice Svar, que la cargó desde los jardines exteriores hasta aquí.

—Murió como la guerrera que era. Las dos. —Agacho la cabeza y rezo.

A Ravena la llevaron al hospital; necesitábamos asegurarnos de que estaba bien, hidratada, y de que el estrés no le había causado ningún daño.

Le doy la mano a Gaius para que se agarre y lo llevo conmigo adonde quiera que vaya.

—El ritual fúnebre exige que, en un plazo máximo de siete días, sean enviadas a Drü y tomen su última embarcación hacia la tierra del eterno verano, señor —avisa Laios.

—¿Puedes encargarte de eso, por favor, Laios? —Le aprieto el hombro—. En cuanto Ravena esté bien, viajaremos a Drü.

—Como desee, majestad. —Hace una reverencia respetuosa.

—¿Laios?

—¿Sí, majestad? —Levanta la cara.

—Sir Laios —inclino la cabeza ante él—, eres, sin lugar a dudas, el mejor papagayo que un rey podría tener jamás.

—¿Gracias? Majestad. —Se queda con la ceja arqueada.

—¿Qué hacemos con los cuerpos de los líderes del parlamento? —Svar me acompaña entre la multitud.

—Entregadlos a sus familias. Luego hablaremos de las consecuencias para los conspiradores.

—Por supuesto. —Se aleja.

—Majestad —me saluda la gente mientras camino entre ellos.

No estoy seguro de ser realmente su majestad; hasta donde yo sé, no soy el rey. Y eso me llena de alivio y, al mismo tiempo, de temor.

Nunca estuvo en mis planes ser rey, pero no puedo dejar que gente como Amélia intente aferrarse a la corona y hacer sufrir a estas personas.

—Venimos de Qäpak, majestad. —Un hombre con vaqueros holgados saluda con la mano; está junto a su hijo, que no aparenta ni dieciséis años y sostiene un arma.

—¿Habéis venido de tan lejos? —Poso la mano en la cabeza del más joven y le estrecho la mano al adulto.

—Nosotros venimos de Pelmuria, señor —dice una mujer detrás de mí.

—Nosotros también. —Otros levantan la mano.

—Yo soy de Drü —dice orgulloso un muchacho de pelo largo y uniforme del ejército.

—¿Habéis venido de todos los países del Septentrión? —Miro a mi alrededor.

—Escuchamos su discurso, majestad —comenta el hombre de los vaqueros.

—¿Lo escuchasteis? —Apenas me sale la voz; mis ojos se quedan clavados en el hombre.

—Alguien lo grabó y nos lo envió. —El hombre sonríe, luego sorbe por la nariz y se seca los ojos—. Mi abuelo luchó junto a su bisabuelo. —Llora.

—Ya está, papá, no me avergüences delante del rey. —El adolescente se ríe y abraza a su padre.

—El mío también luchó. —Una mujer levanta la mano.

—El mío también. —De repente, todos levantan la mano.

—Él repetía el discurso del general Haakon II día y noche. Decía que sus palabras lo hicieron estremecerse. Aunque nunca hubiera ido a una guerra, mi abuelo decía que se sintió capaz de luchar por el país —dice el hombre, emocionado.

—Mi abuela luchó —dice orgullosa la mujer de Pelmuria—. Decía que aprendió en la guerra que cuando el pueblo lucha, no puede ser esclavo. No nacimos para ser esclavos, majestad.

Asiento de inmediato.

—A mi padre le habría gustado estar aquí, majestad, pero ya tiene una edad avanzada... pero he traído la espada de la familia. —Me muestra la pieza, que aparenta ser antigua pero está muy bien cuidada.

—Los padres de vuestros padres fundaron, levantaron e hicieron prosperar esta tierra. —Agarro el hombro del hombre—. Esta tierra es vuestra. Y un día será de los hijos de vuestros hijos. —Le revuelvo el pelo al adolescente—. ¡Larga vida al pueblo!

—¡Larga vida al rey! —gritan.

Estrecho la mano de cada persona que encuentro por el camino y llevo a Gaius conmigo. Subimos las escaleras y caminamos despacio hasta llegar al Gabinete Real.

—El rey —anuncia Zayn, y se levanta de la silla frente a la mesa real.

Todos los presentes me hacen una reverencia.

—¿Cómo ha visto esta gente mi discurso...? ¿Ethan? —Miro al hombre que tiene el móvil en las manos.

—¿Pensabas que me había olvidado de ti, señor presidente? —Ríe—. Estaba haciendo mi trabajo... descubriendo quién difundía las fake news... cómo se viralizaban... así que imité el patrón. Lo hice también con la grabación de Amélia hablando de destruir el país.

—¿Cómo? —Frunzo el ceño.

—Raphael lo grabó todo y me lo envió. Y yo lo esparcí por ahí...

—Yo lo vi. —Zayn levanta la mano—. Y me puse en contacto de inmediato con Evans y con el líder de la Cámara de los Lores para venir a verte y cobrarte viejas promesas —se divierte el hombre—. Creyeron que venía a volarte la cabeza.

—Das el perfil. —Le guiño un ojo—. ¿Cómo infiltraste a tus soldados?

—Puede que no te dieras cuenta, pero mucha gente de tu ejército desertó o se negó cuando supo lo que iban a hacerle a tu

familia. Así que Amélia y los parlamentarios contrataron un ejército mercenario... bueno... yo tenía unos hombres de sobra, ya sabes. —Zayn encoge los hombros.

—Estoy en deuda contigo. —Le agarro el hombro.

—Quien puede pagarme no tiene deudas conmigo. Quiero tu petróleo. A un precio justo.

—Un buen descuento durante dos años —propongo.

—Eso sí que es amistad. —El hombre sonríe y me estrecha la mano.

—¿Y Gustavo? —pregunto. Svar no me ha dado noticias de él.

—Todavía sigue allí con un bastón atravesado en el corazón —me informa Bjorn, mi primo—. Le cortaron la cabeza. Y la polla. Dicen que aún gemía, así que primero le cortaron la polla. Entonces gritó y empezó a convulsionar... y luego le cortaron la cabeza. Bueno... tuvo más suerte que Katkins; creo que a ese hombre le cortaron cada parte del cuerpo.

—¿Llamamos al gobierno brasileño o a su familia? —pregunta Svar.

¿Sinceramente? Me da igual. Lo expondría sin problema en la plaza pública para que todos vieran el final trágico que tuvo aquel hombre, por todo el mal que causó.

—Haz lo que quieras. Si no vienen a buscarlo, que lo entierren fuera de mi tierra o lo arrojen al mar salado para que su alma se consuma.

—Así lo ha ordenado el rey. —Bjorn asiente.

—Haakon. —La voz firme de Hajime me llama la atención. El hombre de ojos rasgados y rostro terso me mira desde la parte más oscura del gabinete—. Debo volver a mi tierra y enterrar a mi hermana junto a mis ancestros.

—¿Entonces no mataste a Leon? —Arqueo una ceja.

—Me entregaron al muchacho, sí. Pero en cuanto lo vi, supe que no sería capaz de hacerle daño ni a una mosca. —Hajime

sonríe.

Todos lo miran, creo que con la nítida escena de Leon corriendo ciego de rabia, recogiendo el martillo del suelo y asestándole un golpe certero a Amélia.

—Bueno, al menos eso fue lo que pensé en aquel momento.

—Fue ella quien hizo todo esto. —Me masajeo la frente y la nariz con la mano izquierda, intentando aliviar un poco el dolor.

—En fin, el honor de mi familia ha sido restablecido. Tendré una deuda con Leon hasta el día en que pueda devolvérsela. —Se inclina de forma respetuosa, como hacen en Japón, y yo imito el gesto.

—¿No quieres quedarte a descansar o a comer?

—No, muchas gracias, Haakon. Y no te preocupes: las relaciones entre nuestras familias han quedado restauradas. Deseo un buen augurio para el nacimiento de tus hijos y estaré en tu coronación.

El hermano de Jemima se marcha y eso enciende una gran pregunta en mi cabeza:

—¿Dónde va a dormir toda esta gente? ¿Y qué van a comer? —Vuelvo a masajearme las sienes.

—¿No has presumido siempre de que tu palacio tiene tropecientas habitaciones? —Zayn se burla y pone los ojos en blanco —. Imagino que tu despensa será del tamaño de un mercado mayorista.

Asiento de inmediato.

—Pues vamos a cocinar para el pueblo, como hacían los antiguos cuando acampaban antes de la guerra. —Zayn se ofrece y se adelanta.

Bjorn y Ragnar lo acompañan.

—Pues eso es todo. —Encojo los hombros, mirando a Ethan, el único que queda, y a Gaius, que está sentado, inquieto—. ¿Señor Evans?

—¿Sí?

—¿Podría mi hermano pasar unas vacaciones en Nueva York? ¿Cuidaría de él?

Ethan gira la cara hacia mí, tuerce la boca y se baja las gafas lentamente.

—¡No, Haakon, quiero quedarme contigo! —Gaius hace un puchero.

—Y te vas a quedar. Vas a acompañarme en todo, vas a estar en Drü cuando nazcan mis hijos, pero después, ¿qué tal unas vacaciones en Nueva York?

El pequeño mira a Ethan.

—Claro que sí. —Apunta con un dedo acusador a mi hermano. Bueno, en realidad apunta a la estantería de libros que hay a su lado —. ¡Pero no te traigas tu propaganda comunista disfrazada de conejitos, eh, chaval!

Gaius se ríe bajito. Y Ethan niega con la cabeza.

Antes de que pueda decir nada, la puerta se abre.

Veo a tres personas: en primer plano, mi abuela Irinna; un poco más atrás, la tía Ivone e Ítalo, un amigo de la familia.

—Quieren verte, querido —avisa mi abuela.

—¿Quién quiere verme? —Levanto las cejas.

*

Salgo del gabinete real y sigo al trío hasta el ala oeste del castillo.

Pasamos junto a mucha gente, soldados con uniformes que representan varias partes del mundo. Entro en una galería abandonada donde normalmente se guardan las cosas que hay que tirar, pero en realidad me encuentro con una sala impecablemente

limpia, con una mesa gigante en el centro y el mapa del mundo dibujado sobre ella.

Echo un vistazo rápido y consigo contar doce personas repartidas por la sala. A cuatro las conozco; de las demás solo he oído hablar o tengo una vaga noción de quiénes son.

Irinna e Ivone se quedan atrás. Ítalo entra y empieza a caminar por la sala.

—Enhorabuena. —Un hombre de pelo blanco alza su vaso de whisky hacia mí.

—¿Quiénes sois? ¿Y qué hacéis aquí? —Me cruzo de brazos.

—Ellos forman parte de un grupo selecto de trece personas, querido. Y tú eres el decimotercero —avisa una voz femenina.

Wilhermina Reinhardt es una mujer que conocí en el palacio de Drü. Mi abuela Irinna la acogió allí hace ya algunos años y allí se quedó.

Nunca tuve la oportunidad de hablar con ella, pero ya que ha llegado el momento, me acerco y me siento en el sofá a su lado. Es la decimoquinta persona de la sala, es decir, no forma parte del grupo que vi al principio.

—¿Qué es todo esto?

Wilhermina me examina en silencio. Entrecierra los ojos y pone su mano sobre la mía.

—No sé qué estáis pensando, pero os equivocáis. —Alzo la voz —. Yo no soy el rey. Mi abuela no era una Kjaerlighet y, por lo tanto, no tengo sangre real.

La anciana rusa, que parecía llevar ropa encima de más ropa, muchos collares y el cabello voluminoso, mostró los dientes al sonreír.

—No lo entiendo.

—Tu abuelo era un Kjaerlighet y, por lo tanto, tú eres el rey — asegura Wilhermina.

—¿Cómo? ¿Mi abuelo? ¿Harold?

—Tu abuelo. Olaf. —Wilhermina habla del marido de Irinna, mi abuelo materno—. Y ese ni siquiera era su verdadero nombre —desdeña.

—¡¿Cómo que no?!

—Antes de que los Kjaerlighet «desaparecieran», el señor Kjaerlighet envió a su hijo primogénito a crecer entre los Iranovichk, sin nombre ni apellido de nacimiento, porque sabía del peligro que corría la familia —explica ella, con la voz débil y muy pausada.

Alrededor, todos siguen a lo suyo. Uno bebe, tres conversan, hay un grupo en torno a la mesa del mapa del mundo moviendo pequeñas piezas, como si fuera ajedrez.

—Así que Heustam Kjaerlighet pasó a llamarse Olaf Grimmaldi. Y más tarde se casó con Irinna... tuvieron a Ivone... y a Melissa...

—Entonces yo no soy el rey. —Parpadeo—. El linaje pertenece a la tía Ivone y a mis primos, Bjorn y Ragnar.

—Que amablemente declinaron. —Wilhermina sonríe—. De todos modos, Olaf quiso que Melissa se casara con el futuro rey Gullivar, para que el linaje volviera a tener sangre real.

Si lo he entendido bien, por lo visto, soy de hecho el rey legítimo.

¡Mierda!

Justo ahora que estaba seguro de haberme librado de ese tormento.

—Resulta que Olaf, por ser el mayor de la familia y el único superviviente localizable, heredó toda la fortuna y el poder de los Kjaerlighet, la familia más rica de Europa.

Asiento a sus palabras y miro a todas las personas de alrededor.

—Siguiendo las leyes internas de la Colmena, yo fui la Celadora de Olaf y él me pidió que solo dijera la verdad cuando el rey estuviera preparado.

Ítalo se planta ante mí y dice:

—Yo fui el Celador de Sasha; él fue el elegido hasta que tú estuvieras preparado, y ahora lo estás.

—¿Preparado para qué? —Parpadeo.

—Eres el Decimotercero, querido —explica Wilhermina—. Trece familias controlan la Colmena y el mundo. Eso era lo que Amélia quería, al fin y al cabo, pero tú ganaste la guerra justa.

—Yo entrenaré a tu Celador y después seré libre. —Ítalo asiente.

—Es mucho que procesar. —Parpadeo despacio y recuesto la espalda en el sofá.

—Nosotros dos, Ítalo y yo, servimos fielmente a la familia Kjaerlighet y seguiremos sirviéndola hasta nuestro último aliento. Estaremos aquí para ayudarte con lo que haga falta —garantiza Wilhermina.

—Rey Haakon Iovius Erick Harry Linkalter-Iranovichk-Kjaerlighet III. —Ítalo inclina la cabeza.

Estupendo. Otro apellido para la colección. Qué bien.

—¿Mi padre sabía esto? —Me cruzo de brazos.

Wilhermina sonríe, como si pudiera ver a través del tiempo.

—Lo sabía, querido. Por eso te presionó para que te casaras.

—Quería casarme con Jemima a toda costa —refunfuño.

—No. Él quería que fueras en busca del verdadero amor, porque serías el primero de tu linaje en casarse por sentimiento y no por deber. Al ser descendiente de las tres familias, reúnes todos los derechos y no necesitarías sellar alianzas con nadie más —explica Ítalo con calma.

—¿Entonces quiso que yo huyera? ¿Quiso que me marchara? ¿Cómo sabía que encontraría el amor? —Me quedo confundido.

—Porque sabía que eras merecedor de él, querido. Y la única forma de encontrar el verdadero amor es desconectar la mente y

seguir al corazón. —Wilhermina da unas palmaditas sobre mis manos—. Y tú seguiste a tu corazón. Él te estaba llevando desde el principio a un aeropuerto, el día justo, en la fecha justa. Y allí conociste el amor.

—Un amor capaz de derretir montañas y congelar volcanes —completa Ítalo.

—Necesitabas un arma poderosísima para vencerlo todo y la encontraste.

—¿Cómo? —Arqueo una ceja.

—*Eros Anikate Mahan* —dice la mujer.

—¿Y eso qué quiere decir?

—El amor es invencible en las batallas.

*

Cuando entro en el ala hospitalaria, están todos riéndose, incluido Stephan, que está tumbado mirando al techo. Las dos embarazadas están junto a la ventana confabulando cosas y Ayslan está sentado al lado de su hermano.

—No, no te levantes. —Detengo a Stephan—. Tienes que descansar.

—Todavía te debo una pelea —dice con la voz débil.

—Estoy seguro de que me la pagarás cuando estés bien. —Le agarro el hombro—. Así que por fin has conocido a tu hermano, ¿eh, Ayslan?

—Sigo siendo el más guapo de la familia. —El Linkalter sonríe; lleva la melena suelta y le cae por la cara cuando la agacha.

—Gracias por volver y salvarnos —le agradezco.

—No importa que me haya desligado de mis deberes reales: siempre serviré al rey... y aquella de ahí no quiso dejarme venir solo. —Señala a Patrícia.

—Sé bien lo que es eso.

—Por cierto —Ayslan saca un papel del bolsillo—, Svar me comentó algo. Que un médico dijo que de los bebés que esperaba Ravena, uno era tuyo y el otro de Gustavo.

Trago saliva. Esta es una conversación en la que no quiero pensar, y mucho menos tener.

—Mintió, tío. No es que sea imposible, puede ocurrir. Pero los dos bebés son tuyos; él dijo algo que no está aquí. —Me entrega el documento.

El documento que me da derecho a ser rey.

No sé si debería romperlo o prenderle fuego.

Patrícia viene, se sienta al lado de Ayslan y me mira.

—Hay alguien esperándote ahí. —Lo indica con la cabeza.

Los saludo rápidamente con la mano y le doy una palmada en la pierna a Stephan. Camino hacia Ravena, que está a unos metros de distancia, con los brazos apoyados en la ventana y el cuerpo un poco de lado para no presionar el vientre contra la pared.

—¿Creías que uno de los bebés era de Gustavo? —suspira ella.

Mi mente entra en pánico. Abro mucho los ojos, entreabro la boca y me enredo con las palabras.

—Ravena, yo...

—Yo también lo pensé. Por un momento. Y me destrozó, porque sabía que te haría daño. —Baja la cara.

—Me hizo daño. Y sufrí, pero ya pasó. —La sujeto por la cintura—. Tuve que concentrarme en lo que merecía la pena: la mujer que amo y los hijos que debo proteger. Incluso si fuera verdad, y sé que dolería cargar con un hijo nacido de una violación... —Trago saliva y siento la voz quebrada—. Yo jamás te abandonaría.

—¿Haakon?

—¿Sí, cerdita?

Ravena hace una mueca y mira hacia el horizonte, donde colores lilas y verdes se deshacen en el cielo.

—Prométeme que nunca más vamos a mentirnos ni a escondernos nada el uno al otro.

—Te lo prometo, amor.

—Creo que si hemos conseguido sobrevivir a todo esto... bueno... quizá sobrevivamos a cualquier cosa —suspira—. Hemos sobrevivido, ¿verdad?

—Sí. —Apoyo la barbilla sobre su cabeza—. Te quiero, chica.

—Yo también te quiero —suspira.

—¿Qué ha sido eso? ¿Por qué ese suspiro? —Me giro para mirarla al fondo de los ojos.

—Cuando te he visto hoy, además del alivio de comprobar que estabas vivo... he visto que has cambiado. —Se humedece los labios y me coge las manos—. En realidad, cuando decidiste que no debíamos huir y quisiste luchar, tuve la certeza de que ya no eras el Haakon del que me enamoré.

Mi corazón parece detenerse.

—Y te convertiste en el Haakon al que amé y al que decidí entregarle mi vida. —Apoya la cabeza en mi pecho.

Quería estrujarla, abrazarla hasta que los brazos me dieran calambres. Pero me contento fácilmente con contemplar su mirada. Y la sonrisa boba que esboza.

—¿Has decidido dejar de huir?

—No huyo desde el día en que te encontré, tonta. —Le pellizco la punta de la nariz.

—Es verdad —reflexiona por un minuto—. Sí, tienes razón.

—Tú me haces querer quedarme, luchar, proteger lo que es nuestro y lo que será de nuestros hijos. Despiertas lo mejor de mí. —Le beso los labios.

Mis manos van bajando por su espalda hasta llegar a las nalgas. No me contengo y aprieto con fuerza.

—Y lo peor... a veces.

—Me gusta lo mejor y lo peor de ti. —Ella guiña un ojo.

—Más te vale, porque vas a tener que aguantarme durante muuucho tiempo. —Sonrío.

—¿Será demasiado tarde para pedir habitaciones separadas? —Esboza una sonrisa amplia.

—Para nosotros, nada de habitaciones separadas. —Le beso la frente—. ¿Cómo va tu salud? Tenemos que ir a Drü.

—Mi salud está estupenda. El doctor Ayslan solo me ha recomendado descanso, seguir con las vitaminas y comer mejor durante los próximos días.

—Muy bien —asiento—, entonces nos vamos a Drü pronto; tus padres ya deben de estar llegando.

—¡Mis padres! —Abre mucho los ojos.

—Y los bebés —completo.

Le paso la mano por la cintura y la llevo hacia la salida del ala hospitalaria.

—¿Estás cansada?

—No, ¿por qué?

—Creo que vamos a tener que hacer pan de queso. Para mucha gente.

CAPÍTULO 46

Ravena Lessa

Al llegar a Drü, nos recibió una multitud que se perdía de vista.

Gritaban mi nombre y el de Haakon, ondeaban la bandera del país y cantaban el himno del Septentrión. Mi corazón se llenó de dicha al sentir el apoyo y el cariño de todos ellos, sobre todo en ese momento final y decisivo de mi embarazo.

Me encontré con mis padres en cuanto llegué al palacio que se alza sobre la playa.

Eso era todo lo que necesitaba para poner la mente en su sitio y poder dedicarme única y exclusivamente al mes siguiente, en el que nacerían los gemelos.

Los rituales fúnebres de las reinas se celebraron y ellas partieron con una hermosa puesta de sol, en barcos cubiertos de flores y regalos del pueblo.

A la semana siguiente, Ayslan aprovechó su estancia para darnos algunas clases sobre cómo cuidar de los bebés y también sobre el momento del parto. Su formación era de obstetra, aunque llevaba un tiempo sin ejercer.

—Ahora necesito que los dos respiréis juntos, en sintonía, como si fuerais uno solo —explica Ayslan; se ata el pelo y se coloca detrás de Patrícia para dar ejemplo.

Pasa la mano por los lados y por debajo de su vientre.

—¡Inspira, espira, empuja! —le murmura a la mujer.

—Si crees que vas a darme órdenes durante el parto de esta criatura, Ayslan, ¡te voy a dar un codazo! —amenaza Patrícia.

—Eso es, siempre manteniendo el buen humor, ¡vamos allá! —nos anima.

Para Haakon y para mí todo esto es bastante extraño.

Somos padres primerizos, y la responsabilidad con estos bebés nos vuelve locos. Tienen que venir perfectos, recibir la mejor educación posible y ser entrenados desde la cuna para su gran misión: gobernar el reino algún día.

Aun así, es natural sentir su mano en mi cuerpo, la barbilla sobre mi hombro; su respiración guía la mía y me indica cómo hacerlo:

—Respira —me pide.

Lleno los pulmones de aire y espero a que dé la siguiente orden.

—Cuando el dolor se apodere de ti y no recuerdes lo que debes hacer, confía en tu pareja, que estará ahí contigo —explica Ayslan.

No es tan difícil.

Creo que lo hemos practicado bastante en los últimos meses, o sea, estamos más que preparados para este parto natural.

—¿Vamos a bañar al bebé? Sujétalo así, con delicadeza, eso es. —Va observando a Haakon—. No hace falta tener prisa, no se va a escapar de la bañera.

Lo veo encoger los hombros y pasar agua por la barriguita del muñeco de tamaño y aspecto reales.

—¿Qué ha sido eso? —refunfuña cuando Ayslan aprieta la mano del muñeco y un chorro de agua le da directo en el ojo.

—Te ha hecho pis. —Se ríe a carcajadas y viene a acompañarme—. Muy bien... mira tú, Ravena tiene mano para esto.

—Siempre quise tener un hermanito. Obligaba a Leon a jugar a las muñecas conmigo cuando me visitaba.

—Ah, qué monos, erais el papá y la mamá...

—En realidad, nos peleábamos por ser la madre. —Termino de lavar la muñeca y la seco con cuidado.

Los días fueron pasando.

A veces me quedaba en el jardín en compañía de Leon, leyéndoles algo a los bebés. Otros días, Haakon y yo salíamos a caminar por la playa, descalzos, a sentir la brisa, el olor a salitre, y a construir castillos de arena que las olas se llevaban cuando empezaban a avanzar contra la orilla.

Algunos días me quedaba en el criadero con Gaius, cuidando de sus conejos. Con el tiempo volvió a parecer menos triste y se fue implicando cada vez más con la familia.

—¡Mi turno! ¡Mi turno! —Cierro los ojos para pensar.

A veces reuníamos a todo el mundo después de la cena para juegos y entretenimientos.

—Vivo en una especie de castillo, pero no soy una princesa y tengo poderes mágicos... —Intento recordar todas mis pistas—. ¿Soy Mickey Mouse?

—¡Ah, no vale! —protesta Bjorn.

Me quito el papel de la frente y compruebo el personaje que debía adivinar: Mickey Mouse.

—Se está volviendo una experta. —Haakon le saca la lengua a su primo—. A ver, todavía no sé quién soy yo... ¿tengo el pelo negro, pero también loco? ¿Soy Sia?

Todos se ríen. En su papel está escrito: Goku.

Algunos días nos juntábamos para cantar en el karaoke y montar una fiestecita privada en el salón de recepciones. Mientras los demás se lanzaban a por canciones pop internacionales o tradicionales de la tierra, Leon, papá, mamá y yo nos desgañitábamos cantando Evidências, Doce Vampiro y Garçom. Cuanto más hortera sonara, mejor para nosotros.

Entonces, un día las contracciones aumentaron y todos se pusieron en alerta inmediata.

Esperamos hasta que el intervalo entre ellas fue corto y entonces prepararon la habitación donde yo daría a luz.

Por fin iba a cumplir mi mayor sueño desde niña. Mi madre se quedó a mi lado izquierdo, preparándome y explicándome cómo iría todo, y Haakon a mi lado derecho, diciéndome que todo saldría bien y que no se apartaría de mí bajo ningún concepto.

La habitación preparada para el nacimiento de los bebés era la más hermosa posible: la cama, ancha y espaciosa, quedaba frente a la puerta de la terraza que, abierta de par en par, daba al mar infinito de Drü y a su horizonte siempre azul y límpido.

—Ha llegado la hora, vamos a empezar la cesárea. ¿Todo bien? —Ayslan me mira.

En ese momento veo a alguien caminando de puntillas hasta llegar junto a la cama. Mi querido y digníssimo amigo Freud.

Aprovecha para redactar otro de sus informes médicos: cumplidora de sueños.

—¿Va a doler? —Abro mucho los ojos.

—No, voy a anestesiarte —explica Ayslan, y comienza el procedimiento.

—Todo va a salir bien. —Haakon me besa el lateral de la cabeza y me aprieta la mano—. ¡Estoy aquí!

Siento una leve molestia en el vientre y las piernas; Ayslan va dando pequeños pinchazos en la zona para asegurarse de que estoy perdiendo la sensibilidad tras la anestesia raquídea, y solo entonces hace el corte quirúrgico muy despacio.

No consigo ver lo que está pasando; estoy cubierta por una sábana quirúrgica y el equipo médico trabaja en conjunto para ir limpiando y abriendo la incisión.

—Mira tú, he encontrado a alguien. —Ayslan sonríe y levanta las cejas.

El protocolo real establecía que el parto fuera natural, pero debido al estrés que sufrí y por tratarse de un parto de gemelos, el Consejo Real votó por unanimidad que se realizara una cesárea.

—Solo un poquito más, amor. —Haakon apoya la nariz en mi mejilla.

Hace muchos años, escribí en un papel mi mayor sueño: ser madre de un príncipe.

Cuando lo releí, hace unos meses, me sentí tonta. Porque estaba viviendo un momento que me había arrancado toda la luz, la energía y las buenas vibraciones.

Insistí y luché por tener un hijo con Gustavo, pero Dios sabe cuándo y cómo cumplir nuestros sueños.

Mereció la pena esperar.

Ahora aquellos momentos de aflicción, de espera eterna y de la sensación de que nunca podría cumplir mi sueño, se alejan.

—La primera en llegar ha sido la niña —avisa Ayslan—. Ya la veo; al otro también. ¿El padre quiere cortar el cordón umbilical?

Haakon me seca el sudor y me indica que debo respirar y concentrarme en mi trabajo.

—Voy a esperar a que todo esté bien. —Se queda conmigo.

Ayslan saca al segundo bebé y le hace señas al padre para que vaya a cortar el cordón; la criatura empieza a llorar con fuerza.

—¡Es un niño!

—¿La niña está bien? ¡No la he oído llorar! —digo afligida, mirando de uno a otro.

—Está estupenda. —Ayslan me pone a la pequeña en brazos—. Ha nacido tranquila, ni siquiera ha llorado; ha venido al mundo sabiendo que venía de vacaciones —bromea—. Creo que hace más de cuatrocientos años que el Septentrión no tiene una reina. —Mira a Haakon.

—La última fue Meredith Kjaerlighet.

—Muy bien. ¿Habéis pensado en el nombre? Tienen que ser cuatro, para dar suerte. —Guiña un ojo.

—Me encanta el concepto de tener cuatro nombres —se divierte Patrícia, desde su rincón—. En Brasil decimos que quien tiene nombre compuesto es pobre.

Estoy completamente de acuerdo, siempre lo he oído.

—Pues quien tiene cuatro... —desdeña.

—Es miembro de la realeza. —Ayslan le frunce el ceño.

—Talita Cristina —digo, y miro a Haakon.

Él asiente por completo y añade:

—Talita Cristina Antônia Melissa.

Yo no habría elegido un nombre mejor. Una parte de mí todavía encuentra extraño ponerle cuatro nombres a una criatura; la otra se queda pensando en los gritos que voy a dar usando cada uno de ellos.

¡Ven aquí, Talita! ¡Cristina, Cristina, no me hagas quitarme la sandalia! Antônia, ¿qué estás haciendo? ¡Melissa, un día vas a matar a tu madre y ya veremos si la echas de menos!

Tal y como hacía mi madre conmigo.

Freud levanta los dos pulgares: él aprueba.

—Y ahora el escandaloso, que ya ha nacido queriendo llamar la atención. —Ayslan entrega al niño.

Ambos han nacido bien grandotes y pesados, muy sanos y animados. Los dos tienen los ojos claros y ya lucen una cabellera notable.

—Este es fácil: Haakon Iovius —hago una mueca.

—¿Entonces será el cuarto?

—Será el cuarto. —Asiento con la cabeza.

Él parece impresionado y emocionado. Me besa la frente y mira a los dos pequeños de una forma en que nunca lo he visto mirar a ninguna otra cosa o persona, ni siquiera a mí.

—Haakon Iovius Erick Harry IV —piensa Ayslan en voz alta—. Un nombre poderoso, que debe de traerle mucha suerte al bebé.

—Eso espero. Porque yo tuve muchísima suerte. —Me pasa la mano por el hombro.

—¿Quieres sostenerlos? —le ofrezco al padre.

—¿Puedo? —Arquea una ceja.

Le paso los paquetitos, uno a uno, para que pueda babear a gusto. Haakon, que ha estado sentado en la cama desde el principio, sostiene a los gemelos para que yo pueda verlos y agarrar sus manitas.

—Hola, Talita. —Saludo y apoyo la nariz en la manita, que se cierra enseguida alrededor de ella—. Iovius. —Chasqueo la lengua para llamar la atención del pequeño, que tiene los ojos clavados en su padre.

—Creo que ya ha elegido quién le cambiará el pañal por primera vez —lo felicita Ayslan.

Paso un rato recuperándome mientras el médico termina el procedimiento quirúrgico. Asistentes y empleadas del palacio lo preparan absolutamente todo: la cuna, cambian todas las sábanas y limpian la habitación.

Cuando nos trasladamos a la habitación principal del palacio, tres horas después, ya está lista y adaptada para recibir a los dos nuevos miembros.

A todo el mundo le parece extraño.

Porque es costumbre de la realeza que cada uno tenga su propia habitación. Pero debido a los acontecimientos recientes y a una corazonada de madre, prefiero mantenerlos conmigo y bajo mi supervisión.

Tampoco dejo que les cambien el pañal, los bañen o los alimenten.

A Haakon le hace gracia.

—Mis padres nunca me bañaron.

—¿En serio? —Hasta pierdo el equilibrio.

—Ya te lo dije, los empleados del palacio lo hacen todo. Mientras a ti eso te parece de otro mundo, ellos son los que piensan que la de otro mundo eres tú.

—Pues en mi mundo, quien cuida de mis hijos soy yo. —Arrugo la nariz y él se divierte—. Como mucho, los parientes... pero ¿¡empleados!?

Gente no faltó para cuidar de los pequeños. Cuando mis padres no se turnaban para cambiar los pañales, el propio Gaius, la bisabuela Irinna y los primos Iranovichk cumplían su papel. Pero la mayor parte del tiempo éramos Haakon y yo, juntos, haciéndolo como habíamos entrenado.

—Sujétalo, es inquieto igual que tú —digo cuando vamos a bañar a Iovius.

Del padre no tengo nada que decir: un completo baboso.

Nunca imaginé que vería a Haakon soplándole la barriga al bebé intentando imitar un sonido de pedorreta y haciéndole ruiditos, a ver si el pequeño era capaz de devolvérselos.

El bautizo fue muy distinto de lo que imaginé.

La primera parte comenzó antes del amanecer, en la playa del otro lado del palacio, por donde sale el sol. Caminamos con los bebés en brazos, acompañados de los obispos, los miembros del Consejo Real y los parientes.

Temí la reacción que tendrían los niños al ser presentados ante el mar pero, en realidad, se mostraron muy inquietos, curiosos, mirando hacia la inmensidad.

Ellos no entraron en el agua. Nosotros, los padres, sí.

—Que los Antiguos, aquellos que navegaron por estas aguas, construyeron nuestro reino y protegieron a nuestro pueblo, miren al Linaje Real y permitan que absorban sus dones. El Septentrión solo caerá cuando el último hijo del Norte deje de respirar —dice el obispo en tono ceremonial.

—El Septentrión solo caerá cuando el último hijo del Norte deje de respirar —repiten todos.

El bautizo en la catedral quedó para tres meses después, porque sabíamos que una multitud abarrotaría las calles y necesitábamos garantizar la salud de todos.

Los niños requieren un trabajo redoblado, así que el cuidado se extendía a la propia catedral, al palacio y a cada persona que transitara por allí, aunque estuviera elegida a dedo.

Eso, claro está, no nos libró de una ceremonia tradicional del reino: salir al balcón del palacio, en el punto desde donde se ven las dos playas, para mostrar a los bebés ante el pueblo.

Ahí abajo abarrotaron la arena, el paseo marítimo y las avenidas hasta donde alcanzaba la vista.

En la televisión, en la radio y en internet, en todos los rincones se anunciaba que gente de todo el Septentrión había viajado a Drü para conocer a su futura reina Talita y al príncipe Haakon IV.

Me invadió una emoción que no sabría explicar al ver a tanta gente llorando, gritando y vibrando por dos criaturas.

Solo yo sé lo difícil que fue llegar hasta aquí y poder cumplir mi sueño. Las piedras del camino me hicieron tropezar, me hirieron, pero nunca me impidieron seguir adelante.

Sé que no estuve sola.

Tuve a Dios, a Haakon, a Freud... me tuve a mí misma.

Luché, aun sin saber si conseguiría empezar de nuevo, si siquiera podría escapar de mi verdugo. Y ahora, viviendo este momento, parece que siempre estuvo escrito, que siempre estuvo claro: los días que me asolaron quedarían atrás y la luz nacería en mi mundo para cumplir mis sueños y cosas que jamás imaginé.

Veo los fuegos artificiales silenciosos iluminar el cielo con colores verdes y lilas.

Parece que el sol brilla hoy más de lo que ha brillado en todos los tiempos.

Haakon y yo saludamos a las personas que gritan nuestros nombres y los nombres de nuestros hijos.

—¿Estás bien? —Él mantiene la pose y sonríe, mirándome de reojo.

—Me siento extraña. —Lo pienso un poco—. Una sensación como si mi historia ni siquiera hubiera empezado todavía... y todo me hubiera preparado para lo que viene a continuación.

—De hecho, estamos cerrando un capítulo de tu historia. Porque a partir de ahora, más que nunca, ya no eres la princesa Ravena.

—¿No?

—Reina Ravena. —Haakon me mira al fondo de los ojos.

¿Cuándo imaginé que podría ser amada, respetada y tratada mejor de lo que siempre soñé? Nunca. Ni siquiera en los cuentos de hadas que leí de niña.

¿Será este el tan soñado final feliz?

Eso espero.

Entonces, ¡que alguien suba los créditos y ponga la música final, por favor, antes de que pase alguna otra mierda!

CAPÍTULO 47

Ravena Lessa

Fueron seis meses que pasaron volando.

Mientras tanto, me dediqué a mis hijos, estudié francés y árabe para prepararme para la reanudación de la gira real —solo estábamos esperando a que los niños crecieran un poco más para llevarlos— y tuve que contratar a algunas niñeras. Me empeñé en que una fuera brasileña.

Aunque mis hijos tuvieran a Leon y a mis padres hablándoles en portugués, quería que hubiera alguien en el equipo que pudiera interactuar con ellos en mi lengua materna.

Papá y mamá no volvieron a Brasil. Las vacaciones en Drü se volvieron vitalicias: se quedaron alojados en una buena habitación del palacio y a veces salían por la ciudad conociendo los puntos turísticos y las playas, y estaban deseando acompañarnos a los Emiratos Árabes y a Japón —cómo, no lo sé, porque todavía no habían vencido el miedo a volar.

—Ha llegado la chica seleccionada para ser niñera —me avisa Leon; las dos bolitas regordetas y adorables duermen dentro del carrito que él sujetaba.

—Vale, vamos allá. —Me arreglo el mono de seda y voy al encuentro de la joven.

Se inscribieron más de cien; tuvimos que pasarlas por un filtro minucioso y elegir a una que tuviera buenas cualificaciones, y esta nos sorprendió por hablar varios idiomas.

—Dandara, majestad. —La chica hizo una reverencia.

Miré a Leon, sorprendida; por las cualificaciones pensé que sería mucho mayor. Cojo su ficha y observo que solo tiene diecinueve años.

—¡Tan jovencita y tan experimentada! —Sonrío y le indico que debe sentarse.

—Empecé a trabajar desde muy pronto para ayudar a mis padres. Y aprendí otros idiomas por mi cuenta —habla bien y no parece muy nerviosa.

—¿Has venido de Recife?

—¡Eso es!

—Pues te van a encantar nuestras playas. —Sonrío—. Y tampoco tienes problema en viajar con nosotros, ¿verdad? —Examino su ficha con más detenimiento.

—Estoy a su disposición, majestad.

La chica de cabellos de oro envejecido y mirada dulce me conquista de inmediato. No sé, veo algo de mí en ella y enseguida me identifico; fue así desde que entrevistamos a las candidatas por videollamada, y aposté todas mis fichas por Dandara al sentir que era la persona adecuada para mis hijos.

—Una camarera te mostrará tus aposentos; ponte cómoda. —Me levanto y me despido de ella.

Leon va empujando el carrito con los bebés hacia fuera y yo lo acompaño.

—Leon, ¡estos niños están recibiendo muchísima ropa! ¡Por si no bastara con las princesas y los nobles, la población en pleno envía cosas! ¿Qué hago?

—Dar las gracias. —Arruga la nariz y se ríe.

—Pero están creciendo deprisa y mucha ya ni les cabe. ¿Qué te parece si la donamos? A instituciones benéficas, a familias más necesitadas... ¿qué dice el protocolo real? —Me quedo inquieta.

—Bueno, no podemos rechazar un regalo, ¿verdad? Queda mal —reflexiona y cierra los ojos—. ¿Y si les ponemos la ropita, les hacemos fotos, las publicamos en su Instagram y luego donamos la ropa?

—Para mostrar que agradecemos los regalos, pero que ya no les caben o que hay gente que los necesita. —Entiendo la idea—. Gracias. ¡De verdad!

—Para eso estoy.

—Y tú... ¿cuándo vas a empezar la transición?

Leon suspira y esboza una sonrisa esperanzada.

—No lo sé. Antes de mi boda, probablemente.

—¡Madre mía, qué compromiso más largo! —Le saco la lengua y le doy un golpecito con el hombro.

—Todo tiene su momento; estoy respetando el mío y el de Svar. Han pasado tantas cosas en el último año... —Sacude la cabeza, con el pelo ya rozándole la barbilla—. ¡Uf!

Stephan dejó de ser regente, porque el país ya no necesitaba esa figura.

La primera medida de Haakon como rey fue disolver el parlamento y convocar nuevas elecciones, de modo que las familias nobles que apoyaron el golpe perdieron sus privilegios, y algunas hasta los títulos y las tierras.

Stephan recibió uno de los títulos nobiliarios; no solo fue elegido para la Cámara de los Lores, sino que se convirtió en su líder, regresando así al Consejo Real. La plaza del miembro de mayor edad de la familia real en el Consejo la ocupó Irinna, y otro joven prometedor se convirtió en líder de la Cámara de los Comunes.

No hace falta decir que mi boda con el rey fue aprobada por unanimidad por el nuevo Consejo Real.

Haakon fue reconocido formalmente como rey del Septentrión, y yo, como su reina. La coronación tendría lugar tras el final de la gira real.

*

Algunas semanas después de la llegada de la niñera, y de dejar que se acostumbrara al palacio, a sus reglas y a sus empleados, viajamos a los Emiratos Árabes.

La vista aérea de Dubái quita el aliento: un verdadero oasis en medio del desierto, un lugar precioso y tecnológico, una moda repleta de tejidos raros y brillantes, palacios más grandes y opulentos que los del Septentrión.

Aunque no fuera obligatorio, les pedí a las mujeres que me acompañaban que llevaran velo, en señal de respeto.

—Estamos en casa de nuestros amigos, así que vamos a comportarnos según sus reglas —fueron las palabras de Haakon.

Y las suscribí por completo: igual que me gusta que quienes nos visitan respeten nuestros protocolos, también debemos respetar los protocolos de los demás lugares.

—Siempre que puedas, usa las palabras en árabe que aprendiste. Vamos a demostrar que valoramos y respetamos la cultura de nuestros amigos.

El jeque y príncipe Khaled Zayn nos recibió con su comitiva, otros nobles de los Emiratos Árabes —entre ellos uno de sus hermanos, que tiene siete esposas— y su hijo único, un niño algo pálido e inexpresivo bajo una túnica blanca y un pañuelo en la cabeza: Youssef.

—As-salamu alaykom («Que la paz sea con vosotros») —saludo al pequeño con una sonrisa en la cara.

—Aalaykom as-salaam («Y con vosotros sea la paz») —me saluda el niño de manera formal, pero sin expresar nada.

Se ofreció un banquete de ensueño en nuestro honor. Primero me ocupé de alimentar a mis hijos; agradecí la generosidad de las esposas del hermano del príncipe, que se ofrecieron para ello, pero me di cuenta de que yo era de ese tipo de madres leonas que disfrutan estando encima, haciéndolo todo, manteniendo a sus hijos cerca.

Ser madre era mi mayor sueño y lo había cumplido hacía poco.

De ahí mi total extrañeza con Youssef y su padre.

Parecían distantes, no se miraron ni una sola vez; uno se sentaba en una punta de la mesa y el otro en el extremo opuesto, como si fueran desconocidos.

—No es que quiera meterme en la vida de esta gente... —suspiro cuando Haakon y yo estamos en la habitación; él me quita el collar de esmeraldas y me ayuda a retirarme la tiara de diamantes—. Pero ¿te has fijado en la distancia entre el príncipe Zayn y su hijo Youssef?

Me quedé muy inquieta. No podía estar loca.

Si Haakon tratara así a nuestros hijos, yo preferiría la muerte.

Y ese fue un miedo recurrente durante mi embarazo; por eso le presté tanta atención al asunto.

—Ajá. —Asiente y aprieta los labios.

Se pone a jugar con los niños encima de la cama y aprovecha para cambiarles los pañales.

Para mí, eso es la familia: el padre cuidando de sus hijos y jugando con ellos.

No lo que vi.

—Sé que no es nuestro país, pero él es tu amigo. ¿Qué le pasó, Haakon? —Me froto los brazos con las manos.

—La esposa de Zayn murió en el parto —explica Haakon, con la mirada llena de respeto—. Hace siete años. —Aprieta los labios.

—¿Y sus otras esposas? ¡Su hermano tiene siete!

—Zayn nunca quiso volver a casarse. Solo amaba a Sara. Aquella mujer era la vida del príncipe. Créeme, muchos árabes le ofrecieron a sus hijas, pero las rechazó a todas.

—Pero ¿y el hijo? ¡Ese niño es hijo suyo! ¿Por qué son tan distantes?

—Creo que, de alguna forma, culpa al hijo de la muerte de su mujer —suspira Haakon; termina de cambiar los pañales y me entrega los que hay que tirar—. Nunca ha sido cercano al chico.

—Eso me parte el corazón. —Tiro los pañales a la basura del baño, me lavo las manos y vuelvo a la habitación.

Ahora él está tumbado entre los niños.

Talita y Haakon IV están en pleno apogeo de la ternura de un bebé: la cabeza grande, desproporcionada respecto al cuerpecito regordete y lleno de pliegues, los ojos más grandes de lo normal, verdes, brillantes como esmeraldas. Están en la fase de gatear, agarrar cualquier cosa que encuentran por el camino y llevársela a la boca.

—Es su hijo... ¡ya han pasado siete años, Haakon! —digo, impactada.

—Algunos dolores tardan en cicatrizar —es todo lo que dice—. No vamos a meternos en la vida de Zayn; es adulto y sabe lo que hace.

Ah, por lo visto, no.

Que se haya vuelto amargado y huraño por la muerte de su esposa, hasta lo entiendo. Que no haya querido casarse con otra mujer en siete años, me parece loable. Ahora, ¿no coger de la mano a su hijo y dejarlo perdido en medio de tantos adultos? Eso me desconcierta.

Siempre he oído que una madre es una madre en cualquier lugar. Y después del parto, empecé a fijarme en cosas que antes no tenían importancia.

Yo respetaba la cultura de Zayn y actuaba conforme a las normas, pero no conseguía entender esa distancia entre padre e hijo. Yo no podría vivir así.

Al día siguiente, Haakon y Zayn iban a visitar una de las petroleras del país y a tratar de negocios, así que Dandara y yo nos fuimos a los jardines interiores del palacio. Mamá, papá, Leon y Svar

se fueron a visitar centros comerciales y a comprar cosas; yo preferí tener un momento más tranquilo y, de paso, buscar a Youssef.

Encontré al niño leyendo el Corán frente a una fuente de leones, no sé si hecha de oro o bañada en oro.

Espero a que el niño se distraiga o cierre el libro, cosa que tarda unos buenos minutos, y entonces me acerco.

—Hola, príncipe Youssef —sonrío—. ¡Hace un día tan bonito! ¿No deberías estar jugando?

—As-salamu alaykom —me saluda formalmente, recordándome que soy pésima practicando la cultura de los demás—. Debo estudiar el Corán para enorgullecer a mi padre.

—Aaah... ¿y cuándo juegas?

—¿Jugar? ¿Qué es jugar?

Esa pregunta me desarma por completo.

Abro mucho los ojos y me quedo sin palabras; solo sacudo la cabeza de un lado a otro.

Le señalo a mis hijos gateando por el césped, intentando alcanzar los juguetes que hay desperdigados.

—Divertirse, ¿sabes? Hacer cosas lúdicas... —No encuentro explicación, creo que por lo impactada que estoy.

—No debo jugar hasta que mi padre esté orgulloso —es su respuesta.

Abre el libro sagrado, como si esa fuera su manera amable de despedirme, y vuelve a leer.

Regreso, con los hombros caídos y expresión derrotada, junto a los niños.

Haakon IV grita más alto de lo normal cuando agarra su oso polar de peluche y se pone a sacudir el juguete de un lado a otro. Talita probablemente está midiendo la distancia entre el suelo y el borde de la fuente; quizá quiera ponerse de pie.

—¿Y bien? —dice Dandara, ansiosa.

—Nada. —Me arreglo el velo de la cabeza—. Pobrecito... Alguien tiene que cambiar esto de verdad —cierro los ojos—; no voy a poder irme a Japón dentro de dos semanas y dejar al pobre así.

Intento acercarme a Youssef varias veces, cuando tengo la oportunidad de encontrármelo por el palacio, pero siempre está muy ocupado leyendo el Corán, estudiando con sus tutores particulares o simplemente callado en un rincón, ignorado por los adultos y por su padre.

—Te he comprado algo. —Apoyo una caja en mi regazo.

—¿Qué es? —Ni siquiera la mira.

—¡Ah, muestra un poco más de entusiasmo! —Lo agarro del hombro y lo zarandeo con suavidad—. ¡Ha venido de Brasil! ¡Directo para ti! ¿Sabes que yo vine de Brasil?

—Sí.

Ni siquiera parece un niño de siete años, y eso me preocupa. Le falta entusiasmo, le falta brillo, le falta esa pizca de travesura. E imagino que es por el miedo a decepcionar a su padre.

—¡Y pasé unos días conociendo tu precioso país y descubrí que Brasil y los Emiratos Árabes adoran el fútbol! ¿Te gusta?

El ánimo de este niño me arranca las esperanzas del cuerpo. Me quedo mustia, con los hombros caídos, pero no me rindo.

—¡Ábrela! ¡Vamos a ver qué ha llegado de Brasil para ti!

Youssef es de ese tipo de niños que se comportan de una forma tan extraña que, en lugar de rasgar el papel de regalo, lo retira con calma, lo dobla y lo deja a un lado; después abre la caja. Esboza una sonrisa pequeña y sincera, que pasa casi desapercibida, al ver un balón y la equipación de la selección de Brasil, con botas y medias.

—¿Qué te parece?

—No sé jugar. —Me mira apenado.

—Ah, pero eso no es problema, podemos entrenar todos los días... también leí que a tu padre le encanta el fútbol y juega con

sus amigos. ¿Lo sabías?

No. Claro que no lo sabía. No debe de saber nada de su padre.

—Pues mañana quedamos en el jardín para jugar, ¿vale?

—¿Tú y yo? —Se sorprende.

—Y quien más se apunte. ¿Qué te parece? —Estoy que exploto de alegría, y solo con ver una sonrisa de medio lado en este niño, me pongo aún más radiante.

—Youssef. —Oigo la voz grave de su padre—. ¿No te da vergüenza pedirles cosas a nuestros amigos? Son nuestros huéspedes.

—Perdona, papá. —Agacha la cabeza.

—No, no, señor Khaled, Youssef no ha pedido nada, fui yo quien lo compró para regalárselo y...

El hombre ni siquiera me escucha. Le frunce el ceño a su hijo y le indica que debe salir de inmediato; el chico se adelanta hacia su habitación. Cuando está saliendo, Zayn se cruza con Haakon, que viene hacia mí.

—Controla a tu mujer, por favor —gruñe, y sale del salón.

—¿Qué ha pasado? Estaba de buen humor hasta hace un momento... —Se arregla la corbata y estira el cuello.

—Solo está de morros. —Le quito importancia y recojo la caja —. Vamos, Dandara, vamos a bañar a los niños y a planear qué haremos con ese chiquillo.

Dandara, Leon y yo maquinamos mil cosas: una fiesta en la piscina, preparar una visita a la ciudad o comprar algunos juegos para entretener al niño. Si Gaius no estuviera en Nueva York, lo traería aquí; seguro que él sabría bien qué hacer.

—Está hecho una furia, no lo provoques —suspira Haakon al tumbarse en la cama, cansado.

—El problema es suyo. No voy a permitir que trate así a su hijo.

—Él es el padre, Ravena. Y estamos en su país. Aquí la cultura es diferente.

—Un hijo es un hijo en cualquier cultura —es mi respuesta, y por eso encojo los hombros.

—¿Es que no te cansas de ser desobediente? —Me da un azote fuerte en el trasero y rueda por la cama para escapar de mis manotazos.

—¡No me canso! —Me cruzo de brazos.

—Aquí las cosas son diferentes...

—¡No lo son! —Frunzo el ceño—. Ahí fuera, en los jardines, hay tantos turistas y tantas madres y padres musulmanes paseando de la mano de sus hijos... cogiéndolos en brazos... ¡jugando con ellos!

—Ya. —Da su brazo a torcer.

—Tu amigo es increíble, nos salvó la vida, es tu mayor socio comercial. Pero ese hombre necesita mucho más que petróleo, diamantes y dinero. ¡Hay algo más valioso que no tiene! —refunfuño.

Haakon no me da la razón en voz alta, pero asiente con la cabeza: estoy en lo cierto.

—Anda, vamos a dormir —me llama y abre los brazos.

—¡Estoy inquieta, creo que no voy a poder dormir! —Me tumbo en la cama.

Dejo que me abrace y me apriete contra su pecho firme. Apoyo la cabeza sobre su brazo y deslizo la mano por su espalda fuerte y suave.

—Mira qué bien se está así —murmura, y apoya la nariz en mi frente.

Haakon se duerme fácilmente; debe de estar realmente agotado por el viaje.

Yo, en cambio... no puedo. No estoy en paz.

*

—Eso es, mi amor, ven con mamá, ven aquí —llamo a Talita, y ella avanza con sus manitas por la alfombra mullida que parece no tener fin.

La pequeña gatea con valentía y agilidad, balbucea algo y no se detiene hasta quedar agarrada a mi pierna.

—¡Qué niña más lista! —La cojo en brazos y la lleno de besos y mordisquitos—. ¡Qué niña más fuerte! —La sacudo en el aire.

Veo a la nena levantar los bracitos regordetes y gritar, entusiasmada.

Youssef, de vez en cuando, aparta los ojos del Corán y nos mira; tarda apenas medio segundo en volver a su lectura.

—Hace un día precioso ahí fuera. —Dandara llega animada con el balón en la mano—. ¿Jugamos, señora?

—¡Vamos! —digo entusiasmada—. ¿Leon?

Mi primo, que está dando de comer a Haakon IV, se levanta.

—Yo voy, pero no creo que sea buena idea: el príncipe acaba de comer.

—No pasa nada, necesita que le dé un poco el sol.

Salimos uno a uno y Youssef nos sigue con la mirada.

—¿Puedes leer el Corán ahí fuera, Youssef? ¡Hace un día precioso!

El niño mira a un lado y a otro y, como no ve a nadie, abraza el libro y nos acompaña.

Dandara y yo nos colocamos a unos tres metros la una de la otra, pasándonos el balón muy despacio y viendo a Talita gatear para intentar atraparlo. Cada vez que el objeto se escapa hacia un lado, ella se detiene en la hierba, recalcula el trayecto y va en la dirección que tomó el balón.

—¿No quieres venir a jugar, Youssef? —lo llama Dandara.

—Eso. Tenemos dos plazas libres, ya que Leon está dando de comer al bebé.

El niño no reacciona a nuestra llamada; vuelve al libro.

—No pasa nada, estamos jugando con la princesa. —Dandara intenta animarlo.

Youssef cierra el libro y lo deja donde estaba sentado, se acerca y se queda a cierta distancia de nosotras tres; formamos prácticamente un triángulo.

Dandara le pasa el balón a Youssef; él tiene que sujetarse la túnica para que sus pies detengan la trayectoria, y luego me lo chuta con fuerza moderada.

—Un poquito más despacio, ¿vale? Así. —Le muestro y le devuelvo el balón.

Youssef baja la cara y da media vuelta.

—No sé jugar.

—¡Claro que sabes! —Dandara y yo corremos hacia él, pero ella llega primero—. ¡Claro que sí! Y cuando no sepas, aprenderás rápido.

—No puedo fallar; así no enorgullezco a mi padre —dice cabizbajo.

—Pero ¿cómo vas a acertar si no fallas? —Dandara sonríe. Lo agarra por los hombros y se agacha para quedar a su altura—. Eres hijo de tu padre. Él juega bien al fútbol; tú también debes de jugar bien.

—¿Tú crees? —Se seca las lágrimas.

—Vamos a comprobarlo, ¿qué te parece? —Trae a Youssef de vuelta y luego regresa a su sitio.

—¡Venga! ¡Pásamelo, pero despacio!

Youssef todavía chuta con bastante fuerza, no voy a mentir: me pongo nerviosa y el corazón se me sube a la boca porque Talita

está justo ahí en medio. Pero no le pasa nada, y el niño le coge el truco enseguida.

Cuando menos se lo espera, está sonriéndonos y pasando el balón de un lado a otro.

—¡Youssef! —explota el padre al verlo, y viene a toda prisa.

La forma en que asusta al niño lo deja clavado en el sitio, con los hombros caídos y los ojos fijos en el suelo.

—¿Qué estás haciendo? ¿No ves que puedes hacerle daño a la princesa? Cuántas veces te he...

—No pasa nada, solo estamos jugando. —Dandara sonríe.

El hombre la mira como si se esperara cualquier cosa: que un objeto volador no identificado aterrizara en su césped, que Haakon IV metiera la mano en el pañal, cogiera la caca y se la lanzara a la túnica, que la fuente de oro se derritiera al sol, pero jamás, de ninguna manera, que una niñera le dirigiera la palabra.

—Es un niño muy despierto —explica ella—. Solo quiere aprovechar un día de sol.

Y por si hablarle fuera poco, le chuta el balón a los pies de Zayn.

El hombre abre la boca, se le inflaman las aletas de la nariz; parece que va a estallar en cualquier momento.

—¡Aaaaaah! —Talita grita fuerte y llama su atención—. Ubukebubu —dice, y agarra el balón, manoseándolo sin parar.

El hombre, desconcertado, se queda inmóvil mirando a la nena hasta que la cojo en brazos.

—Discúlpeme, príncipe Zayn. Es que hace un día tan bonito... Su palacio es precioso y fresco, pero a veces un niño necesita estar al aire libre disfrutando del buen tiempo —le explico.

Talita se estira entera para agarrarle la cara al hombre; dejo que lo haga. Se aferra al pañuelo de su cabeza y tira de él.

—¡Uy! ¡No, no hagas eso! —Me río—. Discúlpeme, príncipe Zayn.

—No pasa nada. —Él asiente con la cabeza, y una sonrisa imperceptible resquebraja su rostro duro.

—Deja, ya la cojo yo. —Dandara viene en mi auxilio y coge a Talita.

La niña, con ganas de jugar, le tira del velo de la cabeza y deja que su cabello voluminoso brille contra el sol.

—¡Ay, Dios mío! —Intenta agacharse para recoger el pañuelo, que ha caído al suelo, pero Zayn se agacha primero.

—Si me permite. —El hombre le cubre la parte superior de la cabeza y le arregla el velo lo mejor que puede.

Se queda casi un minuto entero contemplando el rostro de mi niñera, de cerca; hasta parece que no respira. Cuando termina, sigue mirándola, sin saber qué decir.

—¿Qué tal si seguimos jugando? —propongo.

—Vimos algunos vídeos suyos jugando al fútbol, señor. —Dandara baja la cara y sonríe—. Por eso se me ocurrió pedirle a la reina Ravena que comprara el balón y la equipación para Youssef. Para que crezca inspirándose en su padre.

El hombre no dice nada, pero tampoco deja de mirarla.

Se aleja un poco, hasta parece que se va a marchar, pero luego se detiene.

—De acuerdo, vamos a jugar.

—¡Bien! —Youssef se anima.

—¡Pero despacio, para no hacerle daño a la niña! ¡Es una princesa! —dice en tono tempestuoso.

—Sí, papá. —Youssef sonríe.

—Tú también eres un príncipe. —Dandara le sonríe a Youssef y le pasa el balón.

Ahora Talita pide volver al suelo, porque quiere atrapar el balón en movimiento. Dandara la coloca en el centro y formamos un cuadrado, pasándonos el balón lentamente y viendo a la niña perseguirlo.

—Eso es, muy bien, despacio —le dice el hombre a su hijo.

El niño pálido y algo tímido parece cobrar vida. Empieza a ponerse radiante, examina la forma en que su padre se comporta e intenta imitar la postura, la posición de las piernas, la manera de chutar el balón.

Eso, para mí, es una familia.

Y no me perdonaría marcharme de aquí sin que ellos se sintieran así.

Porque cuando somos felices, no queremos causar intrigas, peleas ni hacer daño a nadie. Solo queremos compartir amor y ver a los demás bien.

Dandara me mira de reojo, como diciendo: lo hemos conseguido, señora.

Gracias a Dios, sí, lo hemos conseguido.

CAPÍTULO 48

Príncipe Haakon III

Los días en los Emiratos Árabes estaban llegando a su fin.

Pronto partiríamos hacia Japón, haríamos una última parada fuera de casa en Rusia y después aterrizaríamos directamente en Koioskovo para celebrar, por fin, la coronación formal.

Mis días quedaron divididos entre acompañar a Petrus Avang, lord de los Diamantes, en las negociaciones con nuestros amigos árabes, llamar a Gaius para saber cómo iban sus vacaciones en Nueva York y cuidar de mis hijos.

También conseguí que los príncipes árabes consideraran apoyar a la organización Salve a la Reina. Llevé el nombre de la institución a todos los rincones que visitamos y, aunque encontré oposición y extrañeza entre los árabes, prometieron plantearse la creación de una casa de acogida para mujeres víctimas de violencia.

Aquello era inédito por mil razones. Pero lo importante era apoyar a mi mujer en todo.

Sobre mis niños... quizá en algún momento de mi vida habría creído que era una locura querer cambiar pañales y dar baños, pero descubrí que era una delicia.

Verlos crecer, verlos mirarme y sonreír, jugar y hacer payasadas con mis hijos: nada podría valer más que eso.

—Tengo una buena y una mala noticia para ti —le aviso a Ravena; me quito el cinturón y voy desvistiéndome lentamente, entro en el lujoso baño y me doy una ducha.

—Se me pone la piel de gallina cuando dices eso. —Se queda inquieta y me observa desde la puerta del baño—. La buena noticia, por favor.

—Nuestra gira está llegando a su fin, los negocios con los árabes fueron un éxito y, si quieres saberlo, más de ocho de esos tipos intentaron comprarme para casar a sus hijos o hijas con nuestros bebés.

—Dios mío. —La veo abrir mucho los ojos.

—Nuestros hijos elegirán con quién casarse; nada de contratos matrimoniales.

—Eso espero. —Se lleva la mano al pecho y empieza a secarse el pelo húmedo—. ¿Y la mala noticia?

—La niñera va a tener que quedarse. —Termino la ducha y me seco.

—¿Qué?

—Dandara. Va a tener que quedarse.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho mal? —Si antes estaba inquieta, ahora está desesperada.

—No es lo que hizo mal; creo que hizo algo bien —bromeo con desdén, termino de secarme y vuelvo a la habitación, desnudo—. El jeque la quiere.

—¿Qué jeque?

—Zayn. —Parpadeo.

—¿Es un príncipe o un jeque? —pregunta, confundida.

—Es un príncipe y un jeque —le explico—. Quiere que cuide de Youssef.

—Pero Haakon, la chica vino de Brasil... ¡es responsabilidad nuestra! —Ravena se sienta en la cama.

Me coloco entre sus piernas y empujo su torso hacia abajo, haciéndola caer sobre la cama. Le subo las piernas y las apoyo en mis hombros; empiezo a besarle el abdomen y voy subiendo despacio hasta que sus pechos están en mi boca.

—El hombre la quiere, y cuando ese hombre quiere algo, aconsejo que nadie se interponga en su camino. —Le paso la lengua

por el pezón y después le abarco el pecho con la boca.

La empujo para que suba lo máximo posible en la cama.

—¿Ella tiene opción? ¿La van a consultar? —dice jadeante entre mis besos en su cuello.

—Ya la consultaron; dijo que no le importaba, siempre que tú lo permitieras —respondo, para su alivio, que no dura mucho.

Presiono los dedos contra la entrada de Ravena y hago descender mi boca por su cuerpo. Al llegar a su ingle, abro bien la lengua y la abarco de una vez, succionándola.

Ella se retuerce en la cama, lleva las manos a mi pelo y tira con fuerza; después me empuja más adentro.

—¿Qué debemos hacer? —pronuncia cada palabra pausadamente, sin aliento.

—Hiciste un trabajo estupendo logrando que el padre, de alguna forma, se acercara de nuevo al niño. —La miro desde aquí abajo, solo los ojos a la vista y su cuerpo pareciendo la tierra con montañas generosas—. Si no sale bien, mando a buscarla.

—Ah, ¿va a ser tan simple? —Cierra los ojos y vuelve a retorcerse, aferrada a la sábana.

—Ajá.

Vuelvo a lo que estaba haciendo. Siento su abertura y me adentro entre los labios mayores, paso la lengua por el canal, dejándola más húmeda y lista para mí.

Como acordamos no tener hijos de nuevo hasta dentro de dos o tres años, cojo el preservativo y me preparo para entrar.

—Dios mío, voy a tener que buscar otra niñera... —Las palabras se pierden cuando presiono mi cuerpo para entrar en el suyo.

Ravena se despliega por la cama, abre mucho los ojos y da dos palmadas para que las luces bajen y dejen la habitación llena de sombras.

—¿Esa es tu mayor preocupación ahora mismo? —Contengo la risa y estiro el cuerpo para ganar espacio; ella se agarra al cabecero de la cama, intentando respirar.

—Voy a moverme sin parar si no me sujetas. —Guiña un ojo.

—Por desgracia no traje tus esposas, así que tendrá que ser a la antigua usanza. —Inclino el cuerpo hacia delante y agarro las manos de Ravena.

Nuestros dedos se entrelazan y la presiono contra la cama, inmovilizándola.

La cama parece atornillada al suelo: no tiembla, no se balancea y no cede. Eso me anima un poco más a hacer lo que quiera con la intensidad que Ravena aguante.

La beso para contener sus gemidos y sigo con las embestidas intensas, entrando casi por completo en su piel y saliendo hasta la mitad. Mi cuerpo ya no consigue mantenerse lejos del suyo ni una milésima de segundo.

—¿Qué pasa? —Parpadeo, atento a sus expresiones.

—No es nada, es solo que... —No completa lo que iba a decir.

—Vamos a conseguir a alguien igual de bueno, Ravena, no te preocupes —le aseguro—. Se inscribió muchísima gente competente.

—No es eso —dice apurada—. Es solo que... —Se mordisquea el labio.

—¿Qué pasa? —Estiro los músculos de la espalda—. ¿Quieres sentirme más adentro ahora? —Empiezo a bajar el cuerpo.

Ella aprieta los ojos y se ríe; niega con la cabeza.

—Solo estaba pensando si no querrías darme por detrás hoy.

Arqueo una ceja y parpadeo.

¿Contrato multimillonario con los árabes, todo saliendo bien y encima me toca la lotería esta noche?

—¿Qué pasa? —dice, inquieta.

—No, no es nada, yo solo... yo... yo solo estaba aquí, nada más —intento explicarme.

—Mmm, parece que te has quedado un poco descolocado.

—No, yo solo estaba aquí, así, sin más, y ahora esto, así que vamos allá. ¿Qué me pides tú sonriendo que yo no haga llorando? —Imito mi mejor cara de llanto.

—¡Payaso! —Se suelta de mi mano y me da un manotazo en el hombro.

—Anda ya, Ravena, hago este sacrificio por ti. —Pongo un puchero.

Con una mano bajo su espalda consigo darle la vuelta de una vez sobre la cama, debajo de mí. Estiro el cuerpo para coger el lubricante, le separo bien las nalgas y lo aplico.

—No pongas esa sonrisita —refunfuña.

Yo, que efectivamente estaba sonriendo, frunzo el ceño.

—No, qué sonrisa ni qué nada, estaba concentrado —miento.

—Pon más —protesta.

—Chica, estate quieta, sé lo que estoy haciendo.

—Haakon, pon más, que conozco el tamaño de tu polla.

Como la mejor inyección es la que te pilla desprevenido, entro, bastante animado. La veo hundir la cabeza en la cama, morder la funda de la almohada con fuerza y apretar los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí —dice jadeante; la voz casi desaparece porque está mordiendo la cama.

—Amor, si tienes hambre, pido que...

—¡Haakon! —Me da un manotazo y me obliga a callarme, a sostener el peso de mi cuerpo con las rodillas y a mantener las manos en sus nalgas abiertas.

Entro y salgo despacio, con bastante menos de la mitad de la polla trabajando.

—Yo y mis ideas...

—No, tus ideas son estupendas. —Le beso la espalda sudada y sigo moviéndome.

—Aaaah, esto duele.

—Te acostumbras. ¿Segura que no quieres servicio de habitaciones? ¿Un champán? ¡¿Unas fresas con chocolate?! —le ofrezco.

—Pensándolo bien, acepto —dice.

Su mano tantea la cama hasta conseguir agarrar el teléfono; no detengo las embestidas y me concentro para hablar con el cocinero del palacio.

—Hola. Soy el rey Haakon. ¿Podría dejar unas botellas de champán, sus mejores fresas y chocolate semiamargo fundido en la puerta de mi habitación? Dos copas frías también. Gracias.

—Por un momento pensé que ibas a tocar el timbre —dice Ravena, aliviada.

—Ah, no, no voy a permitir que nos interrumpan. —Me río.

Agarro con firmeza un puñado de su pelo y tiro de él, levantando su cuerpo. Ravena parece quedarse sin aire, suelta un gemido alto y sus dos manos vienen hacia atrás, apoyándose en mi cintura.

Su cuerpo va hacia delante con violencia y luego vuelve. A cada embestida agarro más fuerte su pelo y hago que se recueste sobre mí.

—Eso es, ahora levanta bien ese culo. —Lentamente voy sentándome sobre mis piernas, dejándola sentarse encima de mí a la velocidad que quiera.

Y como conozco a mi mujer, sé que la querrá a la velocidad más intensa posible.

—¡El champán, señor! —Llaman a la puerta.

—Yo me bebería ese champán sobre tu cuerpo. —La contemplo sentarse con fuerza encima de mí; los pocos vellos que tengo se me erizan, mis manos la sostienen para que no pierda el equilibrio—. Pero no puedo salir de aquí.

—¿Te atornillaron junto con la cama? —provoca.

—Me atornillaron junto contigo —respondo, y vuelvo a agarrarle el pelo.

La siento venir con tanta fuerza que mi respiración falla y mi cuerpo casi pierde el equilibrio. Solo esta mujer es capaz de sacarme de quicio y hacerme sentir como si me saliera del cuerpo, viviendo una experiencia casi espiritual en un acto tan carnal.

—Hoy se cumple un año de nuestra boda —dice.

El corazón se me para. Abro mucho los ojos.

—No te habrás olvidado, ¿verdad?

Paso la mano alrededor de su cuerpo y entro con aún más fuerza, dejándola sin aire.

—Claro que no, amor. —Sudo frío—. Te compré algo especial.

Mentira, no compré nada. Estoy jodido.

Nos salva —o mejor dicho, me salva— la campana. Apenas terminamos nuestro momento íntimo y abro la puerta para recoger lo que nos dejaron, oigo a los niños montar el berrinche en la habitación de al lado.

Ravena se pone rápidamente una bata y viene conmigo hasta el cuarto.

Los dos angelitos deberían estar durmiendo, pero parece que alguien se ha hecho caca en el pañal y, por la entonación del llanto de la otra, parece que le duelen los dientecitos que están saliendo.

Cojo al pequeño Iovius y lo llevo a la mesita alejada de la cuna que, en lugar de patas, tiene leones tallados con la melena muy dorada. Le cambio el pañal al niño y lo limpio bien, le pongo talco

para prevenir rozaduras, le doy una olisqueada solo para asegurarme de que está como nuevo y le pongo el pañal otra vez.

—Qué padre más atento. —Ravena me espía.

Tiene a Talita tumbada en su regazo, masajeándole la barriguita con la mano y meciéndola; le da un mordedor con forma de cerdito. La niña todavía hace algunos ruiditos, pero ya no llora.

—Vamos a llevarlos a la habitación; es nuestro último día aquí, deben de estar estresados —concluyo.

Al llegar al cuarto dejo a Iovius en la cama y acerco el carrito con las cosas que dejaron en la puerta hasta el lado de la cama.

Ravena intenta darle el pecho a Talita, pero ella no quiere; quiere quedarse entre los adultos fingiendo ser mayor. En cambio el hermano, al que ni siquiera se le ofreció, se agarra al pecho de su madre como si fuera suyo y se alimenta, abrazado a su cuello, colgado.

—Hijo mío, ¿esa postura no es incómoda? —Se ríe.

—Mmm —es todo lo que responde la criatura.

Preparo una de las fresas grandes y frescas en el chocolate y se la ofrezco en la boca. Ella se pringa entera y tengo que limpiarle la barbilla con la lengua.

—Gracias.

—No hay de qué.

Me recuesto en el cabecero de la cama y Talita se encaja entre mi cuerpo y el de su madre; agarrada a mi brazo, parece que va a volver a dormirse. El hermano lo quiere todo: intenta ponerse de pie, gatear por la cama, zapatear, pero no aparta la boca del pecho de su madre.

—Es mío, ¿eh? ¡Cuídalo bien! —Le clavo el dedo índice.

—¡Mmm! —Me devuelve el golpe con su manita regordeta, respondón como es.

Ravena sonríe, intenta colocar a su hijo en una postura más cómoda para ambos y se queda observándome comer.

—¿Quieres? —le ofrezco.

Abre la boca para que le ponga otra fresa y sigue mirándome mientras mastica.

—¿Qué pasa? —Arqueo una ceja.

—Nada, solo estaba pensando.

—¿En qué?

Ravena suspira y esboza una sonrisa.

—¿Vas a seguir amándome mientras envejezco?

La pregunta es tan inesperada que hasta me muerdo el dedo al llevarme una fresa sola a la boca.

—Sabes que yo también envejezco, ¿no? —Le saco la lengua.

—Lo que quise decir, Haakon, es: ¿seguirás amándome cuando ya no sea guapa?

Parpadeo, sin comprender de dónde viene esa pregunta. Probablemente de alguna broma de programa de televisión o algo por el estilo.

—Cada día estás más guapa, Ravena —digo, serio—. Tu cuerpo maduró y cambió con el nacimiento de nuestros hijos; estás en la cima de tu belleza. Y créeme —le paso una fresa con chocolate por la nariz, para mancharla y provocarla, y solo después se la pongo en la boca—, seguirás en la cima de tu belleza cada año. Dentro de diez, veinte, cincuenta, setenta años. Seguirás en la cima para mí.

—Mentiroso, despreciable. —Me da un manotazo.

Su hijo la imita: estira la mano gordita y me pega también.

—Nuestro amor no se sostiene en tu belleza, tonta. Nuestro amor se sostiene en algo más grande.

—¿Algo más grande como qué?

—Como lo que hace que las montañas se derritan y los volcanes se congelen. —Parpadeo despacio.

—¿Y qué sería eso? —pregunta, confundida.

Me río como respuesta y beso sus labios con restos de chocolate.

—Te deberé esa respuesta —murmuro.

—¡Mmm! —dice el niño de forma más incisiva, y ahora me pega en la cara. Claro que el manotazo duele tanto como una pluma cayendo sobre el cuerpo.

—¡Mmm! Para ti también, jovencito. —Le presiono la barriga con el dedo índice.

Me tumbo y contemplo a Talita dormir. En algún momento Ravena se levanta, hace eructar a Iovius y lo limpia, lo prepara para dormir y viene a acostarse con nosotros; el niño se agarra a su brazo y cierra los ojos. De vez en cuando levanta la cabeza, me espía y vuelve a recostarse en el brazo de su madre.

—Están creciendo rápido —murmuro.

—Ojalá se quedaran de este tamaño para siempre. —Ravena sonríe.

—¡Buenos días, el sol ya salió en la granjita! Despierta el ternero y la vaquita. —Leon entra en la habitación dando saltitos y saludando a los niños, que se quedan hipnotizados.

Las empleadas y camareras que nos acompañan están terminando de hacer las maletas y guardarlo todo.

Los pequeños van vestidos preciosos, con ropita formal, porque ya vamos a despedirnos del príncipe Zayn y seguiremos camino hacia Japón.

—No cantes eso, que ya no lo soporto —hago una mueca—. ¿Por qué estas canciones tienen que hipnotizarlos?

—Ah, ¿entonces vamos con baby shark? —Ahora Leon sube el volumen, a un nivel escandaloso, y se pone a bailar—. ¡Baby shark doo-doo-doo!

Con las manitas cerradas, los niños empiezan a sacudirse y a balancearse en la cama frenéticamente, queriendo bailar también.

—No, esa tampoco —suplico—. Tengo pesadillas con la granjita y con baby shark.

—Ah, pues si eso no, ¿qué cantamos? —Se pone la mano en la cintura.

—Yo qué sé. ¿Te acuerdas de lo que nos cantaba la abuela? Me gustaban tanto aquellas canciones...

—¿Como cuál?

—La de la bailarina, ¿te acuerdas?

Leon abre mucho los ojos y asiente, se sienta en la cama, coge la manita de cada uno y empieza a cantar aquella canción preciosa y antigua.

Canturrea sacudiendo las manitas de los niños, que se miran entre sí, porque no conocen esa canción. Yo aprovecho y me pongo

a cantar con él.

Mis padres, que pasaban a comprobar si ya estábamos listos, se quedan impresionados al vernos cantándoles a los niños.

Sin aviso ni preparación, se suman también a la canción.

Mamá coge a Iovius en brazos y papá coge a Talita. Leon ayuda a ponerles los zapatitos, que se me estaban resistiendo.

Terminamos y los niños imitan un aplauso y se balancean en los brazos de sus abuelos.

—Madre mía, cuánto tiempo sin oír esa canción. —Le sonrío a mamá.

—¡A tu abuela le encantaba! —dice emocionada—. ¡Y a ti y a Leon también! Leon hasta quería ser la bailarina...

—Ay, tía, ya encontré otra forma de hacer el espagat. —Leon suelta una carcajada y sale conmigo de la habitación.

—Oye, las canciones de antes sí que eran complejas, ¿eh? Mira esa, llena de versos... —suspiro.

—Ah, pero qué gusto daba aprendérselo todito. —Leon sigue feliz.

Vamos al encuentro del príncipe Zayn, su hijo Youssef y Dandara, que se quedará para cuidar del pequeño.

—Muchas gracias por recibirnos, majestad. Nos hemos sentido como en casa; ha sido sumamente agradable estar aquí —digo.

—Menos en la parte en que nos hizo acariciar leones, chica, todavía estoy cagada de miedo solo de acordarme —me murmura Leon al oído.

—El placer ha sido mío, porque sois de la familia. ¡Que la paz sea con vosotros, y que regreséis a vuestro reino con buenas historias y lazos más fuertes, con otros gobernantes y entre vosotros!

Zayn coge la mano de Haakon y la mía, y pone una encima de la otra.

Freud hasta se acerca a mi oído y dice: va a decir «mi pareja», ya verás.

—Que disfrutéis de la compañía del otro, que aprendáis a escuchar y a entender los dilemas de cada uno. El matrimonio es un compromiso, y el compromiso nos exige mucho. Pero si conseguís divertiros, la vida será más ligera y los momentos difíciles serán un mero detalle.

Vaya, me impresiona lo que dice.

Hay ratos en que se pone huraño y amargado, pero hay otros en que suelta unas palabras de sabiduría que te dejan con la boca abierta.

—Gracias, majestad. —Le hago una reverencia y dejo a Haakon conversando con él y mostrándole a los niños por última vez.

Voy hasta Dandara.

—¿Estás segura de que quieres quedarte?

Lejos de mí querer sembrar discordia ahora. Pero la chica vino para ser la niñera de mis hijos; siento como si fuera responsable de ella, más aún siendo tan joven y siendo la primera vez que sale de Brasil.

—Sí, segura. Siempre quise conocer Dubái y creo que esta va a ser una buena oportunidad.

—Llámame si necesitas algo. —Le cojo las manos y sonrío—. Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti.

—Gracias, majestad. —Ella hace una reverencia.

—Muy bien, hora de irnos —le digo a Youssef; le acaricio el pelo y sonrío—. ¡Ven a conocer el Septentrión! Allí no hay leones, pero hay osos polares.

—¡Osos polares! —Los ojos del niño brillan—. ¿Tú has visto alguno?

—No. Pero podemos ir a verlos juntos. —Me aparto y hago una reverencia formal.

—Maʿa s-salāma («adiós») —dice, y me abraza, para mi sorpresa y la de todos.

—Adiós, cariño, que Dios te bendiga.

Me despido de todos y nos vamos al avión real para continuar nuestro viaje.

CAPÍTULO 49

Ravena Lessa

Japón y Rusia eran los últimos países que visitaríamos para, por fin, regresar al Septentrión.

Me daba miedo conocer a la familia de Jemima, pero todos fueron muy amables y aceptaron mis condolencias; también se disculparon por el comportamiento de su hija, algo a lo que le quité importancia porque ya no la tenía.

Visité su tumba, le dejé sus flores favoritas y recé para que estuviera en paz.

Nuestro regreso a la Vieja Escandinavia ocurrió en un día lluvioso, por eso me impresionó ver, al avistar la pista de los nobles, una vasta multitud de personas —una de las mayores que he visto jamás— reunidas bajo paraguas, chubasqueros y carpas que habían montado.

—¡Haakon! ¡Haakon! ¡Haakon! —claman; las voces llegan hasta nosotros dentro del avión.

—Sí, te siguen queriendo —le dice Svar a su primo, entusiasmado.

—Sigo pensando que merecen un rey mejor —responde él con modestia.

—Permítame discrepar, majestad. Cada pueblo tiene el gobernante que se merece, y nuestro pueblo es el más feliz del mundo.

Leon y Svar se despiden de nosotros. Saldrán cuando ya estemos en el coche.

Cuando la puerta del avión se abre, el viento fuerte sopla contra nosotros. Sujeto con firmeza al pequeño Iovius y espero a

que Haakon salga delante con Talita, pero él me indica que debo seguirlo.

—¿Cómo consiguen quedarse aquí bajo todo este temporal? —pregunto.

El niño mira hacia arriba y hacia atrás, examinando el paraguas grande y al guardia de seguridad que nos sigue sosteniéndolo.

—Yo me pregunto lo mismo todas las veces. —Haakon respira hondo.

Pasamos entre los soldados del ejército que contienen a la multitud, saludamos y dedicamos un rato a estrechar la mano de algunas personas, haciendo que nuestros hijos se rían y saluden también, para que la espera bajo el temporal les merezca la pena.

—¡Buena suerte en la coronación, majestad! —nos gritan.

—¡Gracias! Espero que estéis allí —responde Haakon con amabilidad, y saluda con la mano.

Subimos al coche y vamos directos al palacio de Skarsgard, que en nuestra ausencia fue reconstruido por completo para parecer fiel a como era antes.

El heraldo nos anuncia. Me llevo un susto y siento las manos de Iovius aferrarse a mi cuello, impactado también.

—Dios mío, nunca me acuerdo de que gritan tan alto. —Respiro hondo e intento calmar a mi hijo, que sigue desconcertado tratando de entender por qué un hombre ha gritado de repente.

—Majestades. —Laios se acerca, muy entusiasmado.

—¿Me has echado de menos, Laios? —pregunta Haakon.

—Por supuesto que sí, majestad —dice, pomposo.

—¿Y a mí, Laios? —Hago una mueca.

—Sin lugar a dudas, majestad, este palacio no es el mismo sin usted...

El hombre es interrumpido por la mano de Haakon alzándose; entonces la coge y la besa.

—A mí nunca me ha dicho eso. —Mira al secretario del palacio con un disgusto fingido y se marcha hacia las escaleras.

—¡Majestad! ¡No es lo que parece! —Corre tras él para explicarse.

—No le hagas caso, Laios, solo te está provocando —digo, y le doy un besazo en la mejilla a Iovius—. ¿Echabas de menos tu casa, hijo?

—Umbuna mamama nanain —balbucea.

—Estoy de acuerdo, hijo. Ahora vamos a bañarnos y a ponernos ropa calentita.

Le beso la naricita.

Príncipe Haakon III

Estuvimos tres meses fuera, tiempo suficiente para que terminara la noche polar. Fijamos el día de la coronación para un jueves soleado; así todo el pueblo podría salir a las calles y los vuelos desde otros países no correrían peligro de turbulencias.

Todo pareció un flashback, salvo que Ravena y mis hijos estaban conmigo.

—Señor, la tradición dice que el rey debe ir solo en el carruaje. No sé cómo afrontar este cambio —reflexiona Laios sobre llevar a Ravena y a los gemelos conmigo.

—Creo que ya he roto algunas tradiciones antes. Una más no le hará daño a nadie. A menos que esté en el protocolo.

—Bueno... no hay nada en el protocolo... —El hombre lo rebusca todo entre las páginas de su libro grueso.

—Menos mal, porque si no, tendría que incumplirlo de todas formas.

Paso revista a las tropas frente al palacio para después abrir la puerta del carruaje y dejar entrar a Ravena con los niños; la ayudo y entro después.

El carruaje sale por los portones del palacio. Ravena y yo saludamos a todas las personas que hay en el camino, vestidas con sus mejores galas. Algunos cantan, otros gritan nuestros nombres y también nos desean buena suerte.

Hacemos un recorrido más largo, porque cerraron algunas calles para que la gente que viajó desde todo el reino para venir, además de los reporteros y turistas, pudiera vernos bien al menos una vez.

Cuando nos detenemos ante la catedral, salgo primero y cojo a Talita en brazos, ayudo a Ravena a bajar y tomamos caminos distintos.

Como es una ocasión especial, pues mis hijos ya han nacido y ya estoy legalmente casado, Ravena también será coronada al final, así como los niños recibirán sus títulos y yo anunciaré a mi sucesora, porque no hemos revelado al público cuál de los gemelos nació primero.

Las voces del coro invaden la iglesia y todos se ponen en pie cuando Ravena entra por la puerta central; yo entro después, cuando ella ya está en la primera fila.

Visto de nuevo mi mejor traje, los mejores zapatos de vestir, y veo a las mismas personas, con excepción de las que se fueron.

Marcho al son del coro; sus voces van disminuyendo hasta apagarse. Entonces me arrodillo ante el trono y se hace el silencio.

Rezo.

Todavía no sé si quiero ser el rey. Pero si el pueblo lo quiere y yo soy el más apto, que mi reinado sea justo y próspero.

Que las personas que amo puedan ayudarme a construir un reino de paz.

Cuando no sepa qué hacer, que los antiguos puedan orientarme.

Y cuando mis pies fallen, que me acuerde de Ravena. Del momento en que la conocí y supe, de alguna forma, que debía protegerla. Del momento en que ya no pude resistirme y tuve que ceder a mi pasión. Del momento en que luché por rescatarla. Del momento en que nacieron nuestros hijos.

Que eso me fortalezca y me ayude a cuidar del pueblo como si cuidara de mi mujer y de mis hijos.

Con la gracia y el poder de Dios.

Amén.

Me levanto y oigo al coro volver a cantar.

El obispo repite las mismas palabras de antaño.

Reconoce mi linaje y mi sangre como parte de la ancestralidad de los reyes que reinaron estas tierras durante más de mil años. Me recuerda mis deberes y entonces juro, con una mano sobre la constitución, que honraré y seré fiel.

—A mi pueblo, a mis ancestros, a la justicia, a las leyes y a las instituciones que forman el Septentrión.

Los periodistas y reporteros son retirados para que se celebre la ceremonia secreta.

Me siento en el trono. Un grupo de caballeros, entre ellos Svar y Stephan, levanta una tienda a mi alrededor. Los sacerdotes me quitan la ropa y me lavan los pies.

El obispo moja los dedos en un aceite rojo perfumado y dibuja en mi espalda y mi pecho símbolos rúnicos que fueron transmitidos a los otros reyes y así lo serán a los futuros.

Me visten con una túnica blanca, con incrustaciones de oro y diamantes. Me calzan los pies; me ponen hebillas, collares y demás accesorios.

Queman un incienso y lo pasan a mi alrededor, mientras el obispo dice:

—Yo te consagro y te unjo con la sangre de los Ancestros, los poderosos reyes y reinas de la Vieja Escandinavia, las Islas de Diamante, el Septentrión del mundo. Que el Dios todopoderoso y su ojo que todo lo ve te conviertan en el Señor del Cetro, el Tridente, el Martillo y la Espada.

La voz del obispo se va apagando... mantengo los ojos abiertos, pero el humo y su olor parecen arrancarme de la realidad.

—Yo despierto el espíritu y la voz de los Antiguos, señores de la espada, de la guerra, de la sabiduría, del poder. Pues hoy el rey es uno con ellos y ellos son uno con el rey.

La tienda se deshace.

Mis manos se aferran al trono. El humo se disipa lentamente hasta que consigo ver a las personas que tengo delante.

En el primer instante no son los nobles del país, los reyes y los grandes políticos del mundo quienes están ante mí. Son ellos. Los antiguos.

Aquellos que viven en los cuadros y en mi imaginación.

Con sus mantos idénticos al mío, se arrodillan ante mí. Uno, en especial, de cabellos y barba largos, está justo delante: el último rey del Septentrión, mi padre.

—Yo nunca dudé de ti. —Su voz resuena dentro de mí—. Espero que tú no vuelvas a dudar jamás.

—¡Larga vida al rey! —gritan al unísono los antiguos reyes.

—¡Larga vida al rey! —Parpadeo y veo al obispo y a los sacerdotes decirlo.

—¡Larga vida al rey! —dicen los presentes. Parece que viene también de ahí fuera.

Me levanto y camino hasta el obispo. Los sacerdotes se ponen en fila y él abre el primer baúl que uno de ellos sostiene, saca las espuelas de oro y las deposita en mis manos. Representan mi poder absoluto sobre el ejército del Septentrión. Las llevo al altar y regreso.

El segundo baúl contiene tres espadas. Las llevo una a una y las dispongo en el altar; indican el poder del soberano sobre el pueblo, sobre la justicia y el poder de ser intermediario de Dios.

Los brazaletes que recibo a continuación me recuerdan que mi pueblo jamás puede ser esclavo. Un orbe pesado de diamante representa mi derecho a gobernar las Islas de Diamante, formadas por Koioskovichk, Drü, Qäpak, Pelmuria y el centenar largo de islotes que las rodean. Y, por último, el anillo del último baúl, que representa mi matrimonio y mi unión con aquello para lo que nací.

—De este día en adelante, que todos sepan, en los cuatro rincones de la tierra, que el Septentrión tiene un rey —anuncia el obispo, y coloca la corona sobre mi cabeza.

Es hermosa, llena de brillantes, hecha completamente de oro —por eso es extremadamente pesada.

Con la espada y el martillo del antiguo rey depositados a mis pies, recibo dos cetros, uno en cada mano.

Todos se ponen en pie y declaran:

—¡Dios salve al rey! —gritan.

—¡Dios salve al rey! —Lo oigo por todos los rincones.

—¡Dios salve al rey! —Lo oigo más allá de la materia.

Me levanto del trono y todos se arrodillan. Veo a cada sacerdote portar una de las joyas de la corona alrededor del trono; agachan la cabeza cuando los miro.

Extiendo mi mano derecha hacia Ravena.

—Ven —digo.

Ella se levanta y viene hasta mí.

Tomo de las manos del obispo la corona que ahora le pertenece, le arreglo el pelo y por fin se la coloco.

—Yo, Haakon Iovius Erick Harry III, a partir de hoy Haakon III, por los poderes que me han sido otorgados por Dios, los ancestros, la Iglesia y el Parlamento, te declaro, Ravena, Reina del Septentrión.

Todos los que estaban en pie se arrodillan cuando la cojo de la mano y la presento ante todo el pueblo.

El obispo la cubre con el manto real y entonces la llevo a sentarse en el trono junto al mío.

Los sacerdotes van a por los niños, que parecen querer jugar a esto también; se les ve muy animados.

—Yo, Haakon III, te nombro a ti, Talita, mi primogénita, Princesa de Drü. —Coloco la tiara real sobre su cabeza y la alzo ante el pueblo que, antes en pie, vuelve a arrodillarse.

Entrego a la niña a su madre y cojo a Iovius en brazos.

—Yo, Haakon III, te nombro a ti, Iovius, mi heredero, Príncipe de Pelmuria. —Coloco la tiara real sobre su cabeza y lo llevo conmigo al trono.

En el trono, junto a mi reina y con mis hijos, recibo las felicitaciones del obispo, que besa nuestras manos, y después las de sus sacerdotes.

Los nobles del Septentrión, uno a uno, vienen, se arrodillan y besan nuestra mano derecha jurando lealtad. Así ocurre también con los caballeros, el Consejo Real y las autoridades del reino.

Los otros reyes y jefes de Estado se acercan a saludarnos, nos felicitan, nos presentan sus respetos a mí y a mi esposa.

Al final de todo, recibo la corona que fue fabricada especialmente para mi coronación y, portando los cetros, acompañado por la reina y mis príncipes, con los sacerdotes que cargan las joyas de la corona, salimos de la catedral al son del coro.

Ravena y yo saludamos al pueblo y cantamos el himno de nuestro país.

De regreso al palacio de Skarsgard, encontramos el jardín y toda la propiedad abarrotados de gente. Subimos a la planta más alta del palacio, donde está el balcón desde el que se hacen las presentaciones y los discursos reales al aire libre.

Traigo a Svar y a Leon a mi lado; Stephan también se acerca.

—No te vas a escapar, ¿eh? —Agarro a Gaius por los hombros y lo coloco delante de mí; él saluda al pueblo de ahí abajo.

—¡Salve el rey! ¡Salve la reina! —gritan.

—Que Dios te bendiga para que seas el mejor rey, amor. —Ravena me sonríe.

—Al lado de mi reina, ya me siento bendecido.

Le beso las manos.

Después le beso los labios; no sé si esto va a escandalizar aún más al pueblo, pero no consigo contenerme.

—Te amo. —Beso la frente de la reina Ravena y le aparto los cabellos que se empeñan en quedarse sobre su cara.

—Yo también te amo. —Apoya la cabeza en mi pecho.

—¡Laios! Ni se te ocurra no aparecer, ven aquí ahora mismo —llamo al papagayo del rey.

—Señor, es solo para la realeza... —Da un paso atrás.

—Déjate de tonterías y ven aquí, porque tú eres de la familia. Y los graciosillos esos de ahí —señalo a los que están detrás—, Raphael Saavedra y Sávio, Ayslan y Patrícia, además, claro, de los guapetones —señalo a Bjorn y Ragnar—, ¡venid de una vez!

—¡Qué dices, eso va a manchar nuestra reputación! —Bjorn arruga la nariz.

Su hermano tira de él.

Sávio se acerca despacio, observa a toda la gente saludando y cantando.

—¿Han venido a verte? —pregunta.

—Han venido a vernos a todos. —Le acaricio el pelo.

—Espero que tengáis aguacato para alimentar a tanta gente. —Echa un vistazo panorámico, con la mano agarrada a la de su padre.

—Seguro que tenemos. —Saludo al pueblo.

Estoy tan sudado que meto la mano en el bolsillo para sacar un paño y secarme la frente.

—¡Haakon! —Ravena se pone blanca, escandalizada; mira mi mano y después al pueblo—. ¡Mis braguitas beis! —Intenta quitármelas de las manos.

—Son mías —esquivo su intento—; estoy sudado, necesito secarme —le explico.

—No te vas a cansar nunca de ponerme los pelos de punta, ¿verdad?

Sonrío y sello nuestros labios.

—¿Por qué te sorprendes tanto? Algunas cosas nunca cambian, amor.

EPÍLOGO

Reina Ravena Lessa

13 años después

Me despierto temprano para acompañar a Gaius en la degustación de tartas y dulces de su boda. Su casamiento con Alice Evans será dentro de menos de veinte días, así que necesitamos dejarlo todo perfecto y al gusto de él y de su familia.

—¡Familia Evans! ¡Qué alegría veros! —saludo a los neoyorquinos.

Ethan y Valentina Evans acaban de llegar. Los demás hijos no llegarán hasta dentro de una semana.

—Esto es tan bonito y tan frío... —sonríe Valentina—. ¡Parece un lugar sacado de los cuentos de hadas!

—Es una época muy especial: está nevando y hay aurora boreal, todo se vuelve más especial. —Le sonrío a la mujer.

Gaius parece muy nervioso ante los padres de su amada; los conoce bien, viajaba todos los años a Nueva York, pero es la primera vez que la familia conoce oficialmente su casa.

—No es tan tecnológico como la Trojan Horse Security y no tenemos drones volando por ahí, pero tiene su encanto —intenta explicar, inquieto.

Le agarro el hombro para darle fuerzas y sonrío con firmeza.

—Es un lugar adorable. Pero ¿dijiste que Alice y tú viviréis en Koyaska? —pregunta Valentina, interesada.

—Sí, en un castillo. Koyaska no queda lejos de aquí. —Gaius acompaña a Valentina hasta el comedor; yo voy detrás con el señor Evans.

Somos los primeros en llegar; nos acomodamos y esperamos la llegada de la novia, que entra acompañada de Laios.

Alice ha crecido mucho. Todavía parece una muñequita, pero ya es toda una mujer. El cabello rizado y voluminoso como nubes en el cielo, y el vestido rosa que parece mecer su cuerpo. Sonrío en señal de aprobación y recibo su beso.

—Majestad. —Hace una reverencia respetuosa.

—Siéntate, querida, te estábamos esperando. —Miro el reloj—. Ya solo falta Leon...

Un minuto después, entran carritos llenos de exquisiteces con los empleados del palacio. Leon entra detrás, vestida de negro, con el pelo largo que le llega a la espalda recogido en un moño y la mirada felina vigilando sus creaciones.

Sonríe, viene hasta mí y me saluda.

—Tuve que llevar a Astrid al médico, perdona —se explica; se alisa la ropa con la mano y se sienta a mi lado.

—No pasa nada, yo también soy madre; todavía hoy me angustio cuando sienten algún malestar —suspiro—. ¿Está bien? —Le cojo la mano por encima de la mesa.

—Una infección alimentaria; no podrá acompañarnos hoy. —Sonríe con amabilidad a los Evans—. ¡Svar está hecho una furia, quiere descubrir cómo consiguió una infección alimentaria!

—Qué raro, sí —arqueo las cejas—. Ese pintalabios rosado te queda precioso, prima.

—Gracias. —Leon encoge los hombros—. Bueno, ¿empezamos por la tarta de frutas frescas? —dice con mucho entusiasmo.

Pasamos una mañana deliciosa disfrutando de tés para las tartas más dulces, zumos para los aperitivos salados y un poco de champán al final para celebrar.

Gaius se queda con los Evans, porque los llevará a sus habitaciones; Leon y yo seguimos para ir a ver a mis hijos.

Nuestra primera parada es la sala libre, junto a la sala de combate, donde Brigitte, mi pequeña de cuatro años, está entrenando ballet con algunas de sus compañeras, hijas de nobles.

Es una monada y cada día mejora su coordinación. Es todo mi orgullo; parece más madura de lo que era yo a su edad.

—¿La princesa Brigitte tiene algún compromiso esta noche? —le pregunto a Hannah, la empleada que se ocupa de todo lo relacionado con ella y la acompaña.

—Tiempo libre, majestad. —Lo comprueba en la agenda.

—Vale, esta noche vamos a Drü, vamos a recibir a mi prima Beatriz.

—Por supuesto, majestad.

Leon y yo subimos a la segunda planta, donde escuchamos una esmerada melodía de piano. Abrimos la puerta y nos encontramos con Hobbes, mi hijo mediano, de siete años, tocando sin parar.

—Cariño, ¿no tenías clase de historia ahora? —Lo miro.

Él gira el rostro lánguido, con los ojos verdes muy vivos y las cejas pobladas.

—Terminé los deberes de historia y matemáticas; tengo el resto de la mañana libre. Decidí practicar para tocar ante los neoyorquinos —dice de manera presuntuosa, sin dejar de tocar.

Miro a Leon, sin saber qué decir.

—He traído pan de miel y queso con dulce de guayaba; alguien lo servirá en breve —avisa Leon.

—Gracias, tía —dice, y vuelve a balancear la cabeza de un lado a otro, tocando.

—¡Dios mío, está tan concentrado! —digo orgullosa, y me agarro al brazo de Leon.

—El próximo Beethoven, ¿verdad, amores? Que se cuide Mozart —dice, y salimos muertas de risa.

Iovius es el más fácil de encontrar. Salimos del palacio y oímos los sonidos de disparos. El chico está entrenando con algunos amigos y un instructor; están disparando a latas y botellas. Les prohibí usar pájaros.

—Laios. —Encuentro al secretario del palacio admirando al muchacho practicar—. ¿El Príncipe de Pelmuria tiene algún compromiso esta noche?

—Esgrima, majestad. —Agacha la cabeza al darse cuenta de que estoy detrás de él.

—¿Puedes cancelarlo? Vamos a viajar a Drü para recibir a los Mitchell.

—¿Con tan poca antelación, majestad? —Parpadea y se agita.

—Querían dar una sorpresa —sonrío—, pero, como sabes, por aquí siempre necesitamos prepararnos, así que Ethan me lo confió durante la degustación.

—¡Dios mío! ¡Tengo que llamar a Drü! ¡Y a los Iranovichk! —dice, y sale a toda prisa, tecleando en el móvil.

—Pobrecillo. Un día de estos matas a ese hombre de un infarto. —Leon se sacude los copos de nieve de los hombros—. Deberíamos entrar y coger un abrigo.

—Tienes razón. Pero nos queda una última por avisar, y creo que está con su padre.

Le doy el brazo a Leon y vamos caminando; rodeamos el palacio y llegamos al mar. Justo frente a nosotras, a unos kilómetros, están las montañas que anuncian el fin del Septentrión.

—¿Están en un bote? —Leon entrecierra los ojos para ver mejor.

—Ajá. —Saludo con la mano a Haakon y a la Princesa de Drü.

—¿Deberíamos coger uno también? —Hace una mueca, dejando claro que no lo hará ni aunque le paguen.

—No, podemos esperar aquí; no deben de tardar.

Rey Haakon III

La ocasión de la boda de Gaius me trajo una sensación extraña: aquel muchachito que cuidé todos estos años había crecido y estaba listo para asumir sus compromisos reales y salir de debajo de mis alas.

Dolía, claro.

Era aún más aterrador, sin embargo, imaginar que dentro de cinco años, cuando Talita alcanzara la mayoría de edad, celebraríamos un baile para presentarla al mundo junto a su hermano.

Los malditos buitres, reyes y jefes de Estado de todo el mundo, traerían a sus hijos e hijas a probar suerte.

Eso me angustiaba como nunca antes lo había sentido.

—¿Estás bien, papá? —Talita intenta descifrar mi expresión.

Ni yo mismo sé qué aspecto tengo.

¿El de un padre desesperado y en shock?

¿El de un posible asesino en serie que se prepara para comprar su hacha y ahuyentar a los futuros pretendientes de su hija?

—Todo está bien. —Intento tranquilizarla y dejo de remar cuando estamos lejos—. Quiero decirte una cosa que no volveré a decirte en ninguna otra ocasión.

—Mmm. —Frunce el ceño, apoya los codos en las rodillas y la barbilla en los puños cerrados.

—Nunca más repetiré lo que tengo que decir, así que necesito que prestes mucha atención, Talita.

—Sí, papá. —Asiente.

Se distrae un segundo cuando gira la cara y ve a su madre y a su tía saludando desde tierra firme. Yo devuelvo el saludo.

—Ya volvemos, no te preocupes —respiro hondo—. No imaginaba que fuera tan difícil...

—¿Qué es tan difícil, papá?

—Verte crecer. Imaginar que un día serás la Reina del Septentrión y cargarás con mucha responsabilidad sobre tus hombros —suspiro.

—Pero usted va a vivir mucho. —Se agarra a mi brazo—. ¡Y su reinado es el más próspero y feliz de todos los tiempos! —dice entusiasmada—. Creo que no queda ni un solo republicano; todos dieron su brazo a torcer en los últimos años —celebra.

Sí. Es mucho más difícil de lo que pensaba.

Ahora intento retroceder mentalmente muchas décadas, hasta cuando mi padre me trajo aquí. ¿Qué estaría sintiendo? ¿Le temblarían las manos tanto como a mí?

—Ser un buen gobernante requiere sacrificios. Pero mi vida fue y seguirá siendo increíble, porque todas las noches me duermo y me despierto al lado de mi mejor amiga, mi mujer, mi confidente. —Intento poner una palabra mejor en lugar de «amante»; creo que no quedaría bien decirle eso a Talita.

—Mamá.

Asiento de inmediato.

—Un día, Talita, deberás casarte y tener un heredero para poder asumir el trono. —Respiro hondo y me masajeo las sienes. Dios, qué difícil es esto—. El hombre que elijas como tu consorte debe ser capaz de congelar aquellas montañas con su presencia. —Señalo el horizonte.

—Pero aquellas montañas siempre han estado congeladas y siempre lo estarán, papá —dice, confundida.

—¡No! ¡Me he equivocado! Discúlpame, he tenido un lapsus nervioso.

—No pasa nada —se ríe y me coge la mano—, dilo desde el principio entonces.

—El hombre que elijas como tu consorte debe ser capaz de DERRETIR aquellas montañas con su presencia. —Señalo el horizonte, poniendo énfasis en la palabra correcta—. Y de congelar un volcán en erupción con su ausencia. Repite lo que he dicho.

—El hombre que elija como mi consorte debe ser capaz de derretir las montañas con su presencia y de congelar un volcán en erupción con su ausencia —repite correctamente, aplicada como es.

Me siento muy orgulloso de eso.

—Perfecto. —Le acaricio la coronilla—. Talita, yo siempre soy tu padre. Pero a veces —suspiro, recordando la escena—, a veces tendré que ser tu rey y te daré órdenes.

—Sí, señor.

—Pero tú eres la futura reina —aclaro, llamando su atención sobre eso—. Y solo tú, de entre todas las personas que conoces, sabes el peso que eso tiene. Así que, por favor, escúchame como tu padre, pero cuestióname como rey; eres la única persona que tiene derecho a hacerlo.

—¿En serio? —Abre mucho los ojos.

—En serio —confirmo.

—¿Ni siquiera mamá? —Se queda boquiabierta.

—Bueno... —trago saliva—. No le cuentes esto. —Guiño un ojo.

—Vale.

—Quiero que tengas en mente que, a veces, las decisiones que yo tome por ti quizá no sean las adecuadas para tu vida.

—Mmm, estoy intentando entenderlo...

—Los dos descendemos de un linaje milenario de reyes. Ellos, los Antiguos reyes y reinas del Septentrión, saben lo que es mejor para su tierra. Cuidan de nosotros. Y están aquí —poso la mano sobre su pecho—; un día aprenderás a escucharlos. Ellos hablan con nosotros. A través de nuestros impulsos, nuestros instintos, nuestros sueños... nos llevan adonde necesitamos estar. Si mantienes el corazón abierto, te mostrarán el camino a seguir.

—¿Como fantasmas? —pregunta.

Parpadeo despacio y veo cuánto se parece a mí. Y cuánto me parezco yo a mi padre. Me pregunto si él pensó lo mismo el día en que habló conmigo.

—¡Bu! —suelto de sopetón.

—¡Aaaah! —grita ella, y se aferra al remo—. ¡Papá, qué susto! —dice jadeante y con la mano en el pecho, mirando alrededor.

—Como susurros en tu mente. —Me río de la situación—. Una voz que empezarás a oír dentro de tu cabeza. Que es tu voz. Pero que también es la voz del largo linaje milenario de reyes que vinieron antes que tú.

—Papá, con todo el respeto, ¿usted ha bebido?

Niego con la cabeza.

—Un día yo elegiré a tu esposo. Y si esa voz o tu corazón dicen que él no es tu consorte, no te cases con él.

—Pero usted siempre quiere lo mejor para mí, ¿por qué iba a desobedecerle?

—Porque te amo, hija mía, pero no conozco tu corazón. Y si él dice que no debes casarte, entonces no te cases —le explico.

—¿Estaré desobedeciendo al rey o a mi padre? —Vuelve a colocar el remo en su sitio con calma.

—Al rey. Por eso vinimos aquí, para que nadie escuche y nadie sepa jamás de esto; solo tú y yo. Un secretito que pasa de padre a hijo. Ten en mente que cuando el rey no sigue su corazón, se equivoca.

—¿Y qué debo hacer?

—Lo que la voz dentro de tu cabeza y tu corazón te digan. Porque los antiguos reyes hablarán contigo a través de ellos. Hay un dicho: cuando un rey no sigue su propio corazón, otro rey lo seguirá. Así es como el Septentrión se mantiene en pie.

—¿Tú sigues tu corazón, papá?

Cuánto ha crecido. Parecía que ayer mismo era solo un bebé y estábamos de viaje en la gira real. Eso me emociona. Y me enorgullece. Sé que ha crecido y se está convirtiendo en una niña inteligente; sé que un día estará lista para reinar.

—Todos los días, hija mía. —Sonrío y le aprieto los dedos—. Desde la hora en que me despierto hasta el momento en que me duermo. Yo soy todo corazón y lo sigo sin parar.

—Entonces todo está bien —suspira.

—Pero si un día flaqueo, ¿estarías ahí para mí?

—Siempre, papá. —Me mira con seriedad—. Siempre.

—Esa es mi chica. —La levanto de donde está y la traigo hacia mí.

Abrazo a Talita con fuerza y le beso la frente. Me cuesta dejarla volver a su asiento. Querría no tener que soltarla y protegerla de todo y de todos.

—El corazón nunca se equivoca. Los reyes del pasado se equivocaron y aprendieron de sus errores —le explico—. Y ahora intentan enseñarnos el camino a través de nuestro corazón. Para que nuestro pueblo sea feliz y viva bien.

—Vale.

—¿Cómo debe ser tu futuro consorte?

—Debe derretir las montañas con su presencia y congelar un volcán con su ausencia.

En un suspiro, necesito insertar un comentario paterno:

—Si yo no lo mato antes... —Arqueo una ceja.

—¡Papá! —se divierte ella.

—Solo un hombre capaz de hacerle eso al corazón de su reina es capaz de hacérselo al pueblo del Septentrión.

Cogemos los remos para volver a tierra firme y ver qué quiere la reina de nosotros.

Ahora solo consigo pensar en lo bendecido que fui con cuatro hijos maravillosos, mucho más listos y aplicados que yo.

Sé que si los preparo bien para el mundo, serán felices. Por ahora, preparo el mundo para ellos.

Con la esperanza de que vivan el final feliz que yo alcancé.

Es curioso pensar así.

—¡Chicos, hace frío! ¡¿Y vosotros os habéis ido al medio del mar?! —Ravena se muestra escandalizada.

Me quito el abrigo y la cubro de inmediato. Me quito la chaqueta y cubro también a Leon.

—Somos hijos del norte, lo aguantamos. —Beso a mi mujer.

Desde que llegó a mi vida, Ravena me hace sentir algo curioso.

Algo que va más allá del final feliz.

Y eso es el momento presente.

Y en este momento soy el hombre más afortunado y feliz del mundo.

—Ahora vamos adentro a tomarnos un chocolate caliente —propongo.

ESCENA POSCRÉDITOS

Rey Haakon III

Después de la coronación y pasadas todas las formalidades, la tía Ivone me pidió que reuniera a mis invitados en la sala del trono para comunicar algo importante, y así lo hice.

Me senté en el trono de monarca por primera vez y observé la sala prácticamente vacía, con excepción de las pocas personas que entraron y ocuparon las sillas dispuestas en semicírculo. Ravena se sentó a mi lado, en el trono que le correspondía por derecho, y me entregó a Talita; ella se quedó con Haakon IV en brazos.

Los presentes eran mis primos Iranovichk, mi mano derecha Svar, Leon, mi abuela Irinna, la tía Ivone, y Raphael y Sávio Saavedra, que se sentaron en las sillas más cercanas.

Los invitados —Ethan Evans, su esposa Valentina, Maria Eduarda, Ricardo, Leonardo Leão, Jacob Parker, el jeque Khaled, entre otros— se sentaron un poco más apartados.

Ítalo entró en el salón acompañando a Wilhermina Reinhardt-Magno, ayudándola a caminar. Otra mujer a la que yo conocía de nombre, Elizabeth Boccutti, venía junto a dos hombres; los distinguí cuando se acercaron: Shawn Cavalieri y Leonardo Fontes.

—Majestad. —Ítalo hizo una reverencia prolongada y ayudó a la antigua celadora a sentarse—. Le pedí que viniera para informarle de algunas cosas.

—Puedes hablar, Ítalo —asiento; intento calmar a Talita, que está golpeando con las manitas el brazo del trono, demasiado inquieta; creo que ver a tanta gente la ha puesto nerviosa de emoción.

—Cuando el Rey Loco mató a su propia esposa y conspiró para acabar con la familia Kjaerlighet, y estalló la gran guerra que

culminó con el fin de su reinado, los Linkalter decidieron exterminar a los Saavedra —me informa.

Como ya conozco esa información, me quedo callado, observándolo.

—El celador antecesor de Wilhermina —el joven mira con respeto a la mujer— convenció a la familia Iranovichk de salvar a los descendientes reales de los Saavedra y los envió a Brasil.

—Sí, y yo ya restituí los derechos de nobleza de Raphael y sus descendientes —asiento con la cabeza.

—Una acción digna de un rey. —La tía Ivone sonríe, orgullosa.

—Resulta que, temiendo lo que los Linkalter harían a continuación, el celador también embarcó a descendientes de los Kjaerlighet y de los Iranovichk en la nave que se dirigía a Brasil —dice Ítalo.

Arqueo una ceja, sorprendido. Nunca tuve esa información.

Ítalo toma un documento de las manos de Wilhermina y viene hasta mí.

—Aquí están los papeles que acreditan el linaje de Elizabeth Boccutti como hija de Luma Kjaerlighet, una de las descendientes reales de la familia. —Me entrega el documento.

Lo analizo; veo que las pruebas de ADN son compatibles con las de Sasha, uno de los últimos miembros vivos de la dinastía, y también con las pruebas de ADN de los antiguos reyes.

—Ella y todos sus descendientes forman parte de la familia Kjaerlighet; no de la rama que asumiría el trono, pero son legítimos —afirma con firmeza—. Elizabeth está aquí para viajar a Pelmuria, donde desea ser enterrada junto a sus ancestros.

—Que así sea —digo de inmediato.

La mujer esboza una sonrisa de gratitud que, de alguna forma, me calienta el corazón. Me alegra saber que somos familia, y yo mismo la acompañaré en su viaje de vuelta a casa.

—Mientras estuvo en Brasil, Sasha intentó localizar a otros descendientes de la familia; hasta sospechó que la reina Ravena podría ser una Kjaerlighet —Ítalo le sonríe a Ravena—. Pero las pruebas dieron negativo. Sin embargo, descubrió que una rama de la familia, de tercer grado, se cambió el apellido.

—¿Se cambió el apellido? —Me remuevo en el trono y acomodo a Talita en mi regazo.

—Lo adaptaron al portugués —asiente Ítalo—. Kjaerlighet significa «amor» en portugués. Así que encontramos una familia apellidada «do Amor» que posee vínculos sanguíneos lejanos, pero existentes. Si es su voluntad proseguir con esta investigación, aquí están los documentos.

El joven me entrega una carpeta con un verdadero dosier lleno de fotos y fichas que muestran las conexiones del árbol genealógico de las familias reales.

—Gracias. —Le paso la carpeta a la tía Ivone antes de que Talita intente llevársela a la boca.

—Dicho esto... —el joven mira a uno de los presentes y le indica que se levante—. Como manda la tradición, entrené a mi futuro celador, consciente de que el nuevo jefe de la familia asumiría en cualquier momento. —Me señala al hombre con un gesto de la cara—. Este es Leonardo Leão, hijo de Elizabeth Boccutti. Fue entrenado y considerado apto para ser su celador, señor.

Leonardo no es una figura desconocida. Es el suegro de Raphael Saavedra; nos conocimos en persona durante mi viaje a Brasil, pero ya había oído hablar de él dentro de la Colmena. Solo no sabía que había ascendido de rango.

—Asumirá como celador oficial de la familia ahora mismo. —Ítalo pone la mano en el hombro del hombre bastante mayor que él y, con una sonrisa en la cara, se aparta hasta sentarse al lado de Wilhermina.

—Majestad. —Leonardo inclina la cabeza y hace un saludo.

A diferencia de Ítalo, que parece tener un estilo más desenfadado y lúdico, Leonardo tiene un semblante serio, de hombre de negocios que no está para bromas.

—Señor celador —le devuelvo el gesto, mostrando mi aprobación.

—Mi antecesor —así es como se refiere a Ítalo— trabajó realmente duro para mantener a salvo a la familia y sus secretos. Pero no actuó solo. —Extiende los brazos hacia el semicírculo de sillas—. Él, Wilhermina y Elizabeth consiguieron reunir a familias poderosas en torno a un bien común.

—¿Que sería...? —Arqueo una ceja.

—Nuestra supervivencia frente a las otras doce Grandes Familias —dice, serio—. Que planearon matarnos, derrocarnos y aniquilarnos.

Sí. Algo he oído al respecto.

Una sucesión de grandes problemas en Brasil y en Estados Unidos.

—Por eso Ítalo nos reunió aquí —va señalando a cada hombre, que se levanta— junto con sus embajadores, Shawn Cavalieri y Leonardo Fontes... la Mano Oculta del Templo de Nueva York, Ethan Evans, y la Mano Oculta del Templo de Brasil, Maria Eduarda, para que podamos actuar y acabar de una vez con esta guerra por el poder.

—Y con la trata de personas —recuerda Ethan—. Y con otros crímenes que esos imbéciles llevan cometiendo.

Asiento de inmediato.

—Por eso pensamos en crear una sociedad secreta dentro de la Colmena. —Leonardo llega al punto crucial de la conversación.

—¿Y eso está permitido? —Miro a la tía Ivone, que es la Mano Oculta de la Colmena del Septentrión, y a Ítalo, el antiguo celador.

Ambos guardan silencio; quien me responde es Leonardo Leão.

—Usted es el jefe de la 13.ª Gran Familia, así que puede hacer lo que le plazca —sonríe de medio lado—. Igual que hicieron los otros Grandes Jefes cuando apoyaron a la princesa Amélia y empezaron este problema.

—Mmm.

—Tenemos personal, tenemos celadores y embajadores a su servicio, tenemos un objetivo claro por el que luchar. Y así como usted, majestad, pretende defender su reino y sus ideales, estas otras familias —señala a los que están sentados— también pretenden hacerlo. Luchamos juntos, permanecimos juntos y vencimos a gente poderosa, incluso cuando no había nadie de nuestro lado —explica.

Debo admitir que realmente hicieron un trabajo excelente.

Otros no habrían conseguido sobrevivir tanto tiempo, sobre todo con la cúspide de la pirámide de la Colmena intentando exterminarlos.

—Es mucho que considerar. —Aprieto los labios—. Les pido a todos que descansen, que disfruten del banquete que está servido en el palacio, y retomaremos este asunto dentro de una semana.

—Como desee, majestad. —Leonardo hace una reverencia, manteniendo una sonrisa de medio lado en los labios.

Me levanto y todos se levantan. Acomodo a Talita en mis brazos y extiendo la mano para ayudar a Ravena a ponerse en pie también.

—¿Por casualidad han pensado en un nombre para esa sociedad secreta? —le pregunto a Leonardo al pasar junto a él.

—Sí, señor.

—¿Y cuál sería?

Leonardo me mira al fondo de los ojos y mantiene una sonrisa casi cínica en los labios.

—La llamamos «Conspiración».

¡ATENCIÓN!

En este momento estoy traduciendo todas las historias de la familia Kjaerlighet. Tengo previsto publicar más o menos cada 15 o 20 días, así que recuerda volver a mi página de autor en Amazon durante ese período para comprobar si ya he publicado.

De momento, los títulos y las parejas son estos. Ten en cuenta que los títulos pueden cambiar durante el lanzamiento, pero en la sinopsis siempre aparecerá el nombre de la pareja.

101 noches: El jeque viudo y la niñera virgen

Embarazada del Príncipe – Ravena y Haakon III.

Príncipe Rebelde – Kimmye y el Príncipe Haakon IV.

La Perdición del Jeque – Youssef Al Makariam y Talita Melissa.

Vientre de Alquiler – Ragnar, Vanessa y Björn (trío MFM).

Tras el Rastro de la Venganza – Marina y Raffaello Lamarphe.

Cada historia puede leerse de forma individual y sin seguir el orden, ya que se trata de parejas diferentes, pero juntas forman el rompecabezas de toda la historia de la familia Kjaerlighet.

¡Nos vemos en la próxima aventura!

TAMBIÉN TE PUEDE GUSTAR...



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FKTNYPD8/

Relación jefe y empleada + secretaria virgen y director + dominante y sumisa + Atracción prohibida

Aurora López es una Cenicienta moderna. Nunca ha sido la más guapa, nunca ha tenido novio, nunca la han besado. Y, por supuesto, nunca ha hecho el amor con nadie.

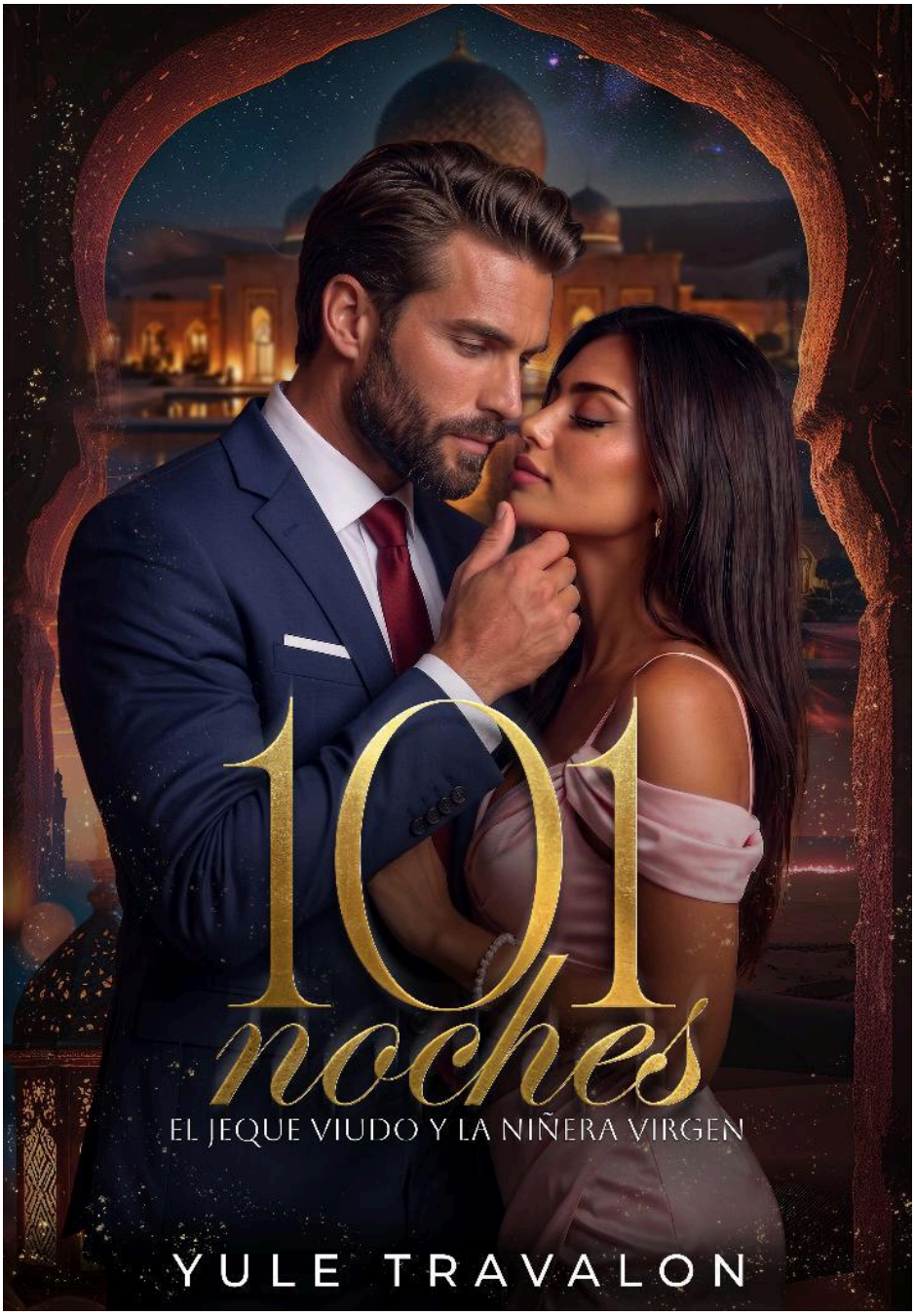
No tiene ratoncitos por amigos ni un hada madrina, pero creía que cumpliría sus sueños en Nueva York. Solo que… nada salió como esperaba. Con su familia al borde del colapso, recibe un ultimátum de su abuela: casarse con un viejo ranchero de su ciudad natal, que tiene el doble *(¿el triple? ¿quizá el cuádruple?)* de su edad.

En un último intento por cambiar su destino, se presenta a una oferta de empleo en la empresa de **Edward Cooper**, un CEO implacable, frío, calculador… y peligrosamente atractivo. Edward no es ningún príncipe azul, pero podría ser el único capaz de salvarla antes de que suenen las doce campanadas.

Lo que empieza como un trabajo se convertirá en una atracción irresistible.

Y cuando los secretos salgan a la luz… ni el amor podrá protegerlos.

No recomendada para menores de 18 años.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0H4J6NR94

DIFERENCIA DE EDAD + CONVIVENCIA BAJO EL MISMO TECHO + PROXIMIDAD FORZADA + PROTECCIÓN OBSESIVA (TOUCH HER AND YOU DIE) + FAMILIA ENCONTRADA + EMBARAZO INESPERADO

Consumido por el dolor de la muerte de su esposa al dar a luz a su hijo, el **Jeque Khaled** se convirtió en un hombre amargado, de corazón helado y que no creía en el amor. Ni siquiera consiguió conectar con Youssef, su hijo, de tan grande que era su amargura.

Para heredar el trono de su padre, está dispuesto a todo, incluso a un nuevo matrimonio por contrato con una mujer venida de una noble familia árabe.

Pero la llegada de una brasileña va a hacerle sentir lo que creía imposible y lo que, desde hacía mucho tiempo, el futuro rey pensaba que había muerto dentro de sí.

Nada en la vida de **Dandara** salió bien.

Sus estudios de pedagogía, su dedicación desde niña al ballet, su familia, que se fragmentó: todo en su vida parecía en vano. La necesidad de pagar la carísima cirugía de corazón de su hermana con síndrome de Down la lleva hasta los Emiratos Árabes, a *trabajar como niñera para un Jeque viudo que decide que quiere mucho más que la ayuda de la brasileña para cuidar de su hijo*.

Un hombre que tiene que luchar contra su propia familia para proteger a la mujer que lo hace sentirse vivo.

Una mujer que encuentra todo lo que buscó cuando dejó de buscar.

Y una conspiración que, aunque ellos no lo sepan, los envuelve en el ojo del huracán.

Recomendado para mayores de 18 años.

¿Te gustó esta historia? Espero que haya calentado tu corazón y te haya entretenido. Pretendo traducir varios libros al español, así que, por favor, si tienes algún comentario, sugerencia u observación que pueda ayudarme, ¿podrías enviármelo por correo electrónico? Siempre estoy abierto a escuchar y mejorar tu experiencia con mis libros.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

?? yuletravalon@gmail.com